



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

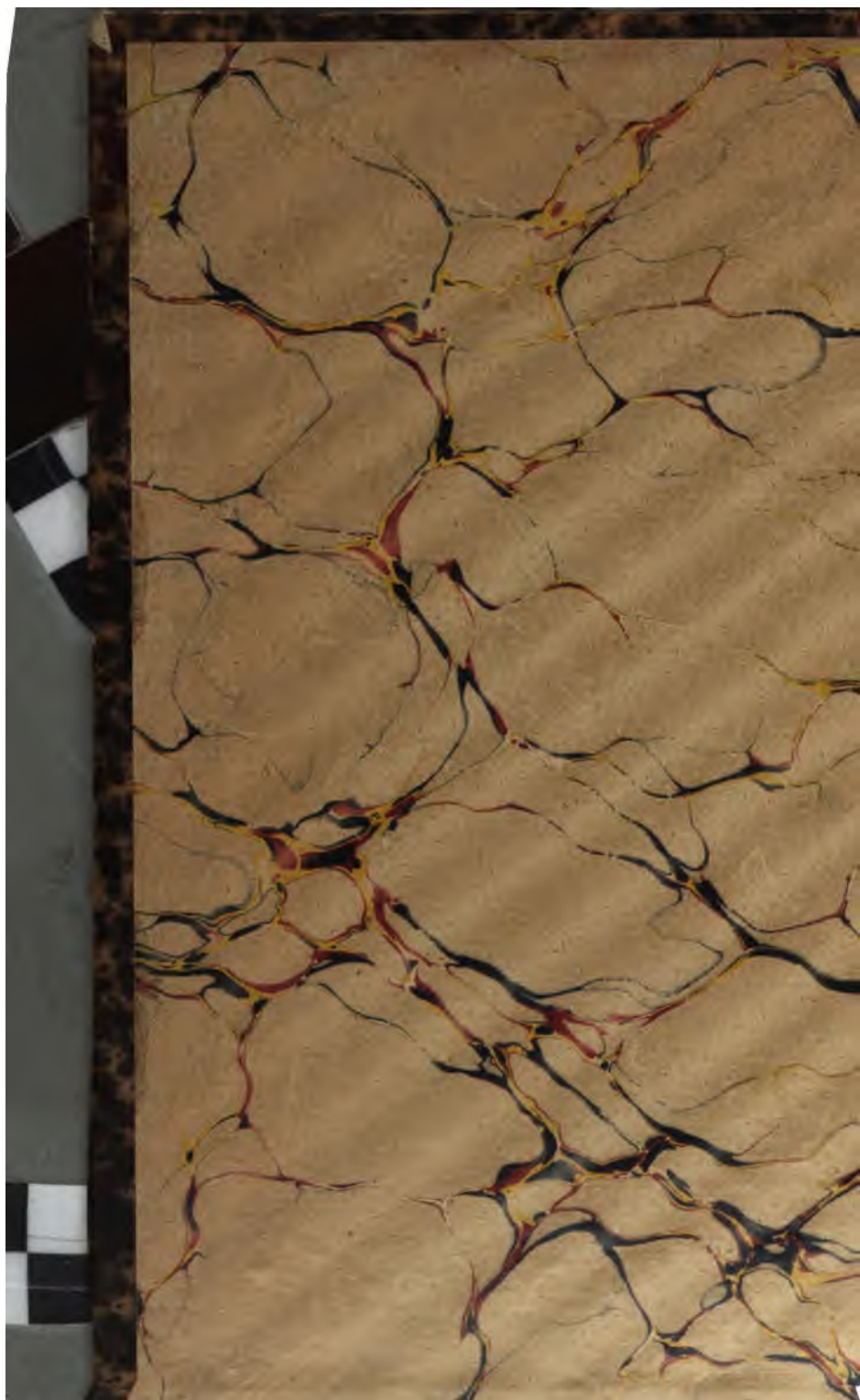
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

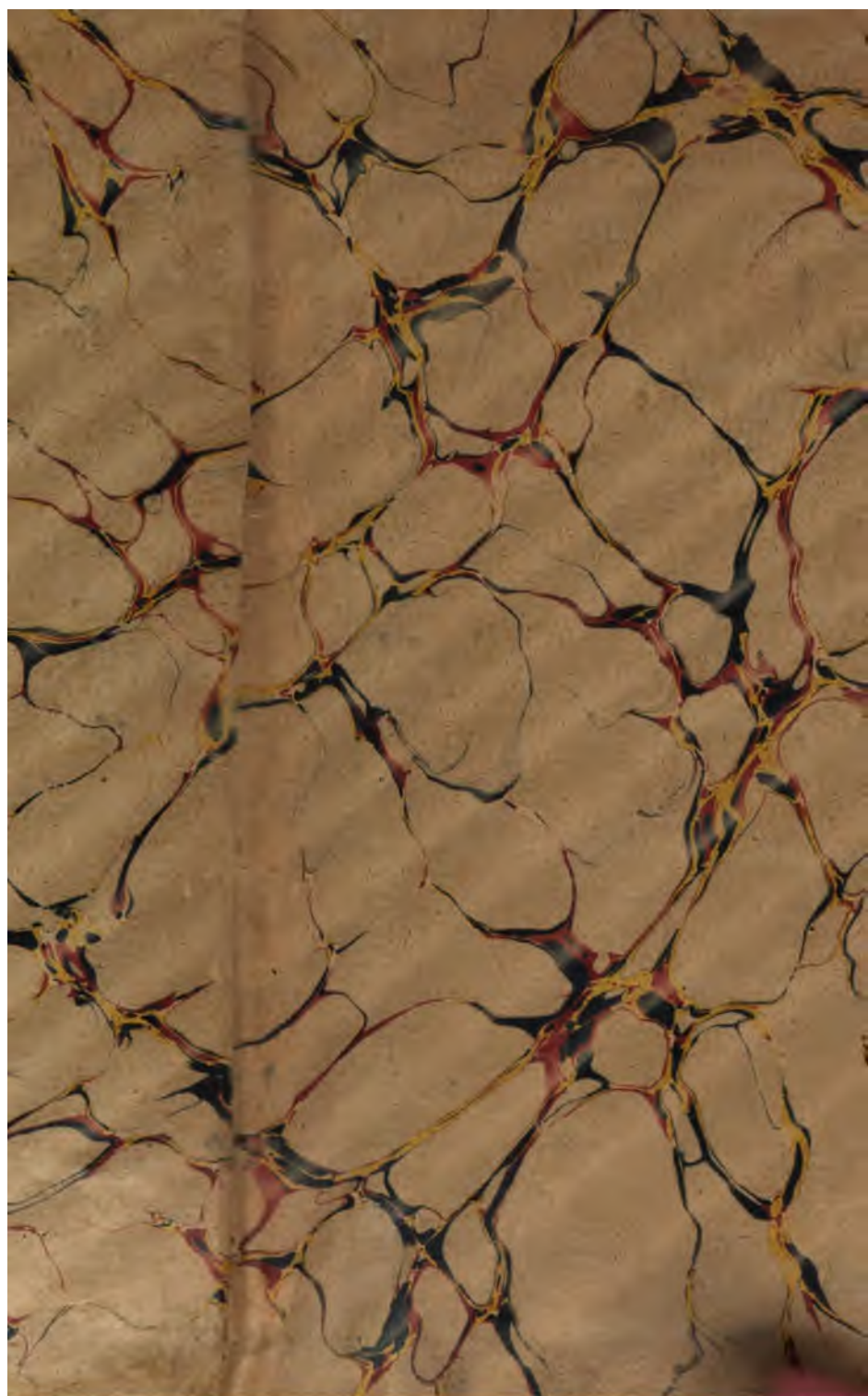
Asimismo, le pedimos que:

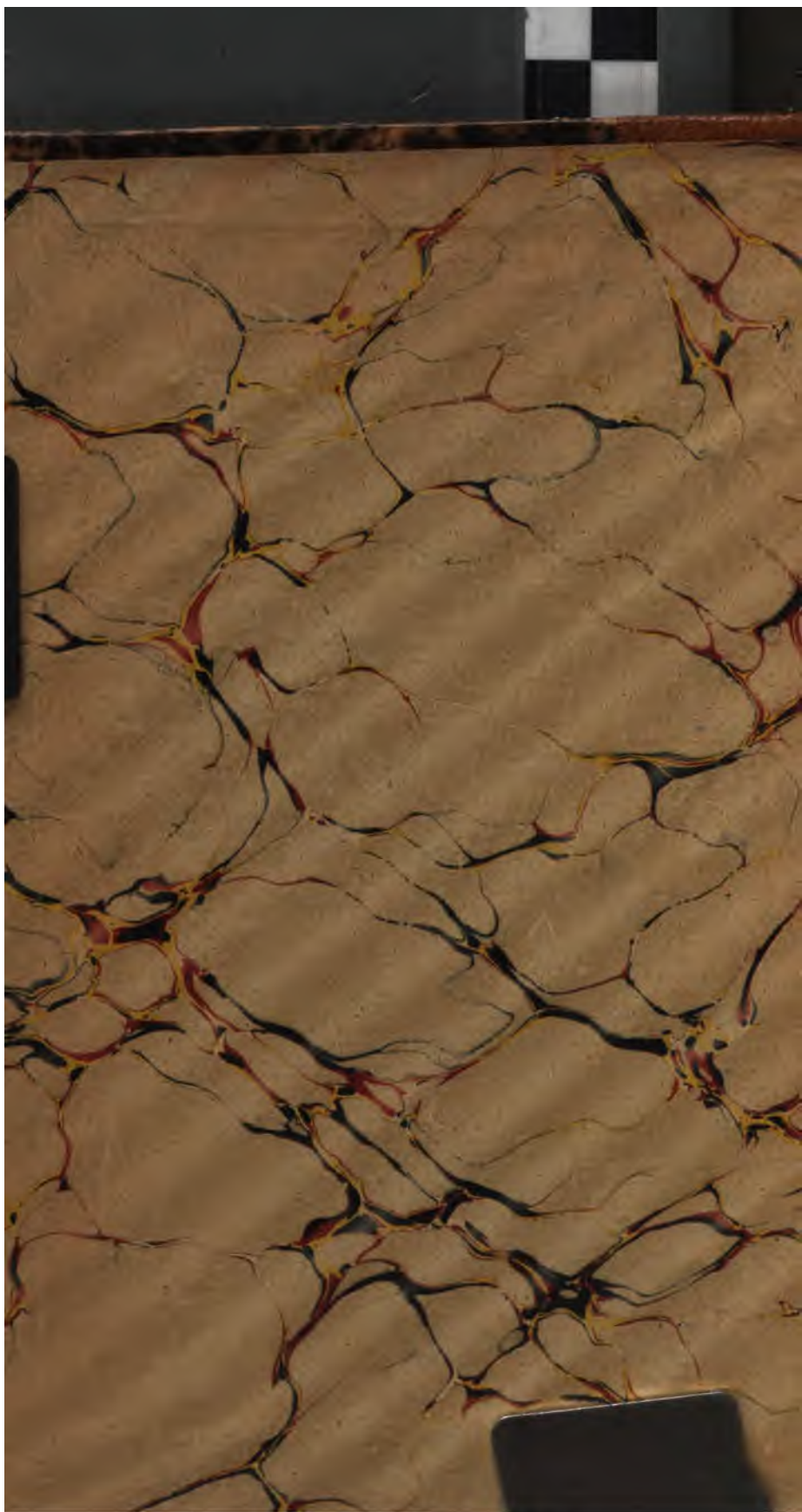
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

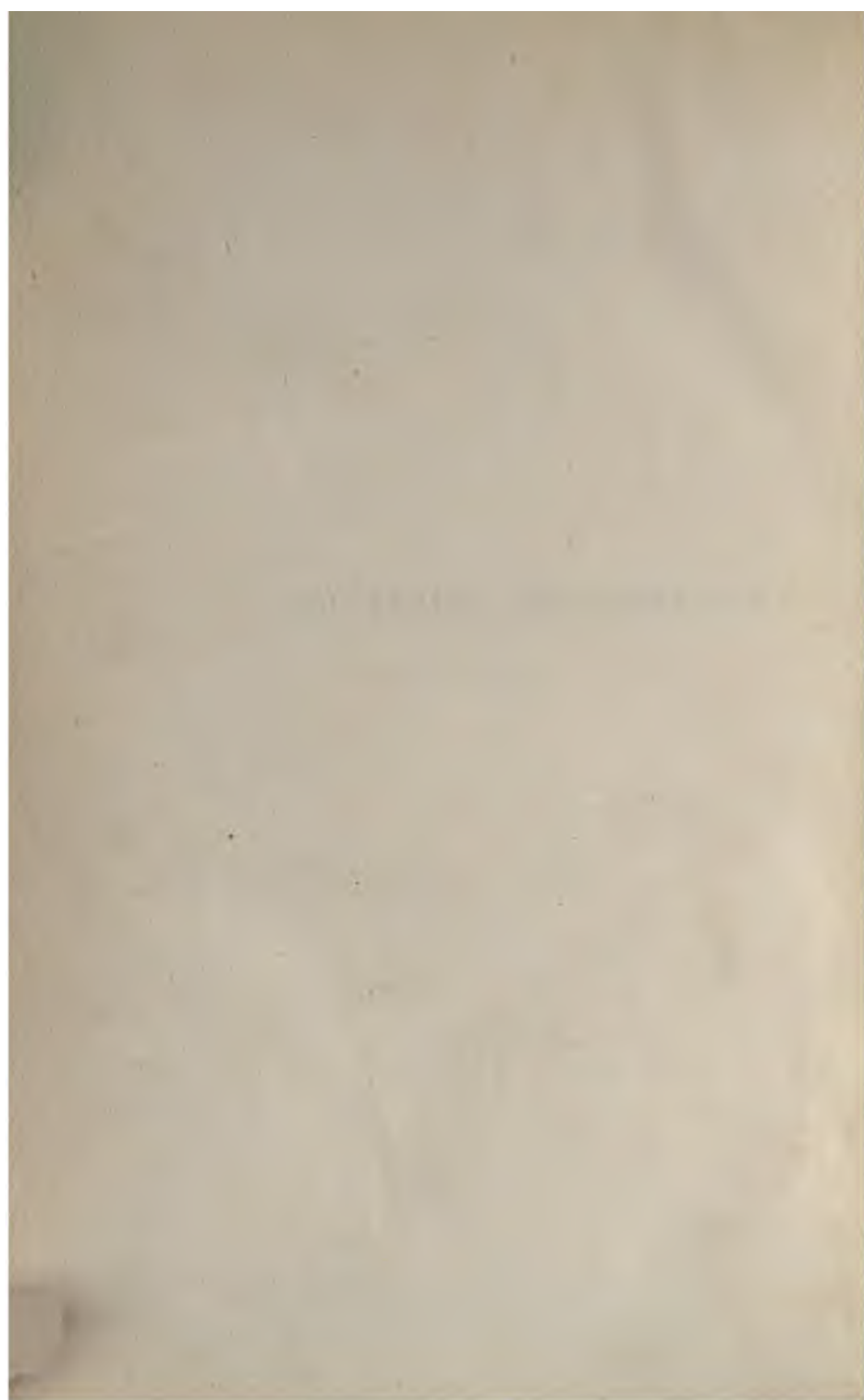
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.



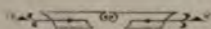
RECUERDOS

DEL

TIEMPO VIEJO

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.



STANFORD LIBRARY

BARCELONA.

—
IMPRESA DE LOS SUCESORES DE RAMIREZ Y C.ª

Pasaje de Escudillers, número 4.

1880.

↑

167203

STANFORD LIBRARY

ESTE libro no necesitaba prólogo: la carta del señor Velarde, con la cual va honrado, y la primera mia, contestacion á ella, justifican la publicacion en *El Imparcial* de los artículos cuya coleccion forma el texto de este volúmen; y el motivo de coleccionarlos en él, es la demanda que de su coleccion me han hecho los amigos que me leen y los libreros que me venden.

Y que no se me ofenda ningun librero, ni se me engalle ningun Académico por esta frase: porque se dice que se lee y que se vende á Quevedo ó á Valera cuando se leen y se venden sus obras: lo mismo me sucede á mí; unos me leen y otros me venden; y si los que me venden no me vendieran, no me leerian los que me leen, y yo publico este libro por agradecimiento á los unos y á los otros.

La razon y la excusa de lo que en él de mí mismo digo, van tambien alegadas en su relato; pero de las circunstancias en que le he escrito y del motivo de imprimirle dividido en dos partes y nó en Madrid sinó en Barcelona, me conviene, aunque necesario no sea, decir cuatro palabras; siquiera no encuentren cuatro lec-

tores á quienes leérmelas interese, ni media docena que en leérmelas se complazcan.

Un 27 de Junio, á las siete de la mañana, entró la muerte calladamente en mi casa, y dispersó con su guadaña una familia, para cuya reunion habia yo trabajado mucho tiempo y agotado mis ahorros. En el inmenso y legítimo duelo en que aquella muerte dejaba sumida mi casa, en cuyo escondido hogar me habia ya sumido modestamente *á vivir en el olvido y á morir en paz con Dios*, quedábame por solo recurso y por última esperanza el resto de las dos veces mermada pension, que en 1871 me habia concedido el Gobierno, cuyo ministro de Estado era el Excmo. Sr. D. Cristino Martos; pero llegado el ocho de Julio, y trascurrido el nueve, y pasado el diez, y visto que la libranza en que de Roma debia venir mi mensualidad vencida no venia, telegrafié á mi apoderado en la capital del Orbe Cristiano, preguntándole por ella. ¡Ay de mí! con mi telégrama se cruzó la carta suya, en que me participaba que por causa de economías inexcusables en la Administracion de los Lugares Píos españoles en Italia, mi comision habia sido suprimida: en consecuencia y ajustadas por él mis cuentas con aquella piadosa Administracion, me remitía los últimos sesenta y cinco duros que me restaban que cobrar hasta la fecha de la supresion de mi sueldo.

Quedéme yo con la libranza delante de los ojos, el verano delante de mí y detrás de mí los siete individuos de mi familia; y el ministro de Estado en los ba-

ños, y el de Fomento en sus haciendas, y el Sr. Cánovas mi amparador en Cotterets, y en Francia mi paño de lágrimas el Capitan General Jovellar; quien en tales casos molesta por mí á todos los ministros, y no pierde ocasion ni perdona empeño por sacarme del mio. La moda, que deja á Madrid desierto durante el verano, me dejaba á mí en Madrid como en medio del Sahara: la tierra bajo mis piés, el cielo sobre mi cabeza, mi esperanza en Dios, y Dios tras el velo azul del aire; que es impenetrable cortinaje del pabellon que le guarda de las miradas de los hombres. ¿Cómo pasé yo aquellos tres meses?

No puedo hacer al tiempo volver atrás: no puedo quitarme de encima ni uno solo de mis sesenta y cuatro años: no puedo hacer volver á mis manos el capital pagado por las deudas de mi herencia paterna, ni lo por mí gastado en vivir bien ó mal: no puedo rescindir los contratos de venta de mi *Don Juan* ni de mi *Zapatero y el Rey*, escritos cuando la ley de propiedad no existia: esta ley no tiene efecto retroactivo ni protege mi propiedad por lesion enorme: y no puedo pedir limosna en España, sinó poniéndome al pecho un cartel que diga: «este es el autor de *Don Juan Tenorio*, que mantiene en la primera quincena de Noviembre todos los teatros de verso de España y América;»—pero para esto seria preciso que yo esplicase cómo el autor de tal obra podia pedir limosna; cosa muy fácil de esplicar, pero muy difícil de comprender.

Antes de' pedirla escribí á mis editores de Barcelona,

los Sres. Montaner y Simon, dándoles cuenta de la suspensión de mi sueldo y pidiéndoles trabajo en su casa. Los Sres. Montaner y Simon me contestaron que «los editores no tenían en su casa trabajo digno de mí: pero que los amigos me enviaban adjunta una letra contra su corresponsal.» El Arzobispo de Valencia, de cuya ciudad soy hijo adoptivo, partió conmigo la limosna de sus pobres; el empresario del Teatro Español me ofreció una cantidad que jamás pude cobrar en contaduría; y al volver á Madrid el Sr. Conde de Toreno, ministro de Fomento, me presenté en su antecámara, en la cual no me detuvo ni un minuto. Expúsele en dos palabras mi posicion: asombróse de ella, confesándome que estaba muy lejos de imaginársela tal; y prometiéndome exponerla en consejo de ministros, en la primera ocasion, me dió cita para el día siguiente en el gabinete del señor Cárdenas, Subsecretario, con quien iba inmediatamente á consultar un medio de venir en mi auxilio. Al día siguiente el Sr. Cárdenas, con una delicadeza y un tacto que no podré jamás olvidar, me dijo: «que el señor Conde de Toreno, sabiendo que para continuar ciertos trabajos legendarios en que me ocupaba, necesitaria hacer algun viaje á alguna biblioteca ó archivo de provincia, me daba por su mano una pequeñez para ayuda de gastos,» y puso en la mia un bono de dos mil pesetas contra el Tesoro.

— Pero mientras todas estas cosas pasaban, habia pasado otra, principal engendradora, origen y causa más inmediatos de la confeccion de lo en este libro compaginado.

El Sr. D. Federico Balart, á quien suelo pedir opinion y consejos sobre mis obras ántes de publicarlas, y á quien voy ahora muchas veces á distraer de una mortal pesadumbre con mi escéntrica conversacion y mis ideas estrafalarias, habia ido á hablar en mi favor al propietario de *El Imparcial*. El Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset y Artime me abrió su casa, sus brazos y las columnas del *Lúnes* de su periódico, pagándome mis artículos en más de lo que valen; el Sr. Ortega Munilla, Director de los *Lúnes*, me hizo la distincion de colocármelos inmediatamente después de su semanal revista, y en la redaccion de *El Imparcial* encontré una nueva familia, que aceptó mi compañía con cariño tan afectuoso y tan respetuosa cordialidad, que me hicieron subir á los ojos dos lágrimas de gratitud, que no pudieron ya sostener las ralas hebras que me restan de mis ántes espesas pestañas.

Miéntras, gracias al Sr. Gasset y Artime, volvia á contar con el pan cotidiano, pasó al ministerio de Estado el señor Conde de Toreno, volvió del extranjero el Sr. Presidente del Consejo de ministros, y falleció el del Congreso, Adelardo Lopez de Ayala.—Pocos dias despues del entierro de éste, el Sr. Cánovas del Castillo, cuya casa he tenido siempre abierta y cuya amistad nunca se ha desmentido, me envió una carta para el ministro de Estado; á cuya presentacion el Sr. Conde de Toreno me dijo: «por el correo de hoy va á Roma la orden de continuar pagando á V. su sueldo; pero tengo el sentimiento de haber tenido que mermar de él doce mil reales, por-

que las economías ya hechas en la Administración de los Lugares Píos, no me han permitido devolverle los treinta y seis mil reales que ántes cobraba.»—Recibí con gratitud lo que se me daba, y me volví á mi casa, no ya como antes resuelto

á vivir en el olvido
y á morir en paz con Dios,

como mi edad y la conveniencia de retirarme ya de la arena literaria me lo exigían, sinó decidido por necesidad á luchar otra vez con la vida y á morir sobre el trabajo; á lo que parece que me condenan mis viejos pecados y las nuevas economías de los Lugares Píos. Ya varias veces en algunos periódicos, que no sé por qué me son hostiles, se me ha echado en cara el *no saber retirarme á tiempo*; pero no me han dicho á dónde; puesto que saben que no puedo retirarme á un monasterio. Ya me habia yo retirado á mi casa, y hacia ya año y medio que rehusaba presentarme hasta en el ateneo, donde tantas consideraciones se me han tenido y tantos aplausos se me han prodigado: pero al retirarme el gobierno el sueldo con que únicamente podia retirarme como se me aconsejaba, tuve yo por mejor consejo volver al trabajo y vivir honradamente de él mientras con él sustentarme pueda, que dejarme morir de inanición y de pesadumbre por dar gusto á los ya no le tienen de que viva yo entre la gente, porque conceptúan que sesenta y cuatro años son demasiada larga vida para un hombre á quien aun hay algunos que estiman y aplauden.

Pero juguemos limpio y hablemos claro por última vez. Yo no he pedido amparo al gobierno para mi vejez alegando mérito alguno en mis obras, ni yo he dicho á la naci6n ni al gobierno que tuviesen *obligacion* de ampararme: nó: pero he propuesto esta cuestion.— «Mis obras, que son tan malas como afortunadas, han enriquecido á muchos, y mi *Don Juan* mantiene en el mes de Octubre todos los teatros de España y las Américas Españolas, ¿es justo que el que mantiene á tantos muera en el hospital ó en el manicomio, por haber producido su *Don Juan* en tiempo en que aun no existia la ley de propiedad literaria?»

Y el gobierno ante quien espuse esta cuestion me subvencionó sobre los fondos de los Lugares Pios españoles en Roma, y mi subvencion tiene el carácter piadoso y de limosna con el que yo la pedí, sin que por ello me crea ni deshonorado ni humillado: y miéntras con ella he vivido, en lugar de echarme á dormir sobre mis doradas pajas, he entregado concluido en 1873 á los editores Montaner y Simon mi leyenda del Cid que consta de diez y nueve mil versos, y mi leyenda de los Tenorios que tiene ocho mil; y hoy cuando lo que de mi subvencion me resta no me basta por la posicion en que mi reputacion me coloca, recojo los últimos destellos de mi decadente ingenio, los últimos alientos de mis cansados pulmones, y los últimos átomos de honra y de brio que en el corazon me restan, y me arrojo otra vez en los brazos del trabajo, en vez de arrojarme por el balcon, ó en el fango de la holgazanería á quejarme de la

nacion y de sus gobiernos, á quienes no alcanza ni obligacion ni responsabilidad alguna en la posicion en que me han colocado mis circunstancias personales y mis negocios de familia.

Dime, pues, al trabajo, y entré en el del periodismo; que es el más rudo por ser el más perentorio y asiduo, el más expuesto á la crítica y el más coartado y riesgoso por la estrechez de la ley de imprenta, que suele tener que regir en nuestro inquieto país; y siguiendo á medias por no poderlo seguir por entero el consejo de los que retirarme me aconsejaban, me retiré al segundo recinto del alcázar de las Bellas Letras, descendí de sus salones de su piso principal á su piso bajo con puerta y vistas al patio; es decir, que me retiré del gremio de los poetas y renunciando á la poesía, me despedí del público de Madrid en un romance cuyos versos son los últimos que he escrito, no volví á presentarme como versificador ni como lector en acto alguno público y anuncié que iba á escribir en prosa; comenzando á devanarme los sesos en discurrir cómo servir con mi prosa los intereses del Sr. Gasset y Artime, y algun manjar no indigesto á los suscritores de *El Imparcial*.

La primera carta del bravo Velarde me dió pié para contar lo pasado en el cementerio al borde de la tumba de Larra: y por este recuerdo, como quien tira de un hilo de una madeja enredada, fuí yo tirando de mis pobres recuerdos del tiempo viejo, hasta formar con ellos el mal devanado ovillo de lo contenido en este libro.—Viejo é ignorante, no supe escribir más que mis

personales memorias: los lectores de *El Imparcial*, tal vez sorprendidos de leerme en prosa, tal vez pagados de la anticuada construccion de la mia, y acaso más que de lo que yo en ella decia, de la ingenuidad algo infantil con que yo lo iba diciendo, encontraron entretenidos mis artículos del TIEMPO VIEJO: unos porque refrescaban los suyos, y otros porque no habiendo alcanzado la época de que en ellos hablo, ó lo que en ellos traigo á cuento ignoraban, ó lo habían oido contar de muy diferente modo.

Como quiera que fuere, mientras los publicaba en el periódico, recibí varias cartas, unas anónimas y otras firmadas, en las cuales algunos me aconsejaban que coleccionase mis artículos; y el Sr. Gasset y Artime, renunciando generosamente en mi favor sus derechos á la propiedad de mi por él tan bien pagado trabajo, me otorgó omnímoda y perpétua facultad para hacer de él lo que más me conviniera.—El Sr. Ortega Munilla se ofreció espontáneamente á ayudarme en tal publicacion y se ocupaba ya de sus preliminares pormenores, cuando ocurrieron á la par su desastrada caida del caballo y mi impensado viaje á Barcelona: cuyos dos imprevistos acontecimientos me obligan á publicar este libro en la capital del Principado y no en la coronada villa.

Pero ¿por qué? ¿A qué vine yo á Barcelona por siete dias y por qué me quedo en ella por siete meses?

En uno y medio que en ella llevo no he tenido tiempo hasta hoy de hacerme tal pregunta, y voy á ver si averiguo alguna razon que me sirva de respuesta.

A pesar de mi necesidad de descanso, de la tenacidad con que há cerca de dos años que rehuso toda invitacion á presentarme en público, y á pesar, en fin, de mi deseo de complacer á los que me dicen «retírese V.», es decir, «quítese V. de en medio», aun hay algunos que recordando mis mejores años y olvidando los trascurridos, me buscan y me solicitan con la vana ilusion de que aun puedo, como en otro tiempo, cooperar en beneficio de sus empresas; y el país en donde por mí se conservan mas ilusiones y simpatías es en Cataluña y sobre todo en Barcelona. Así que el 27 de Octubre próximo pasado el empresario y el director de la compañía de verso del teatro Principal de esta ciudad me ofrecieron una indemnizacion por gastos de viaje, si emprendia uno para enderezar y poner derecho sobre la escena á mi buen *Don Juan Tenorio*; quien no sé por qué no queria tenerse este año muy en equilibrio. Tenia yo que abocarme con mis editores Montaner y Simon, para tratar de poner tambien en pié de imprenta á mi valiente Buralés Rodrigo Diaz, que agarrado al pupitre de mis editores, parece que tampoco quiere dejarse meter en prensa; y con la esperanza de matar dos pájaros de una pedrada, acepté la proposicion del viaje á Barcelona; pero miéntas la libranza del empresario llegaba á Madrid, y ciertos asuntos de mi jóven amigo el pintor Padró, que debia de acompañarme, se allanaban, se perdieron cuarenta y ocho horas y llegué yo tarde para enderezar á mi rebelde y voluntarioso *Don Juan*, y aún no he tenido tiempo para

tener cinco minutos de conversacion con mis editores del Cid; porque el pueblo Barcelonés, que no me habia olvidado en los once años que he pasado ausente de Cataluña, que se acordaba de que en Barcelona habia yo tenido casa, y me habia *recasado* en su parroquia de Santa Ana, y le habia leído muchos versos y me habia dado muchas fiestas, en las cuales habia yo procurado derramar toda la expansiva alegría de mi corazon de muchacho y toda la poesía de mi desordenada imaginacion de loco, creyendo que para mí el tiempo no habia pasado y que no habian pasado por él ni por mí los once años transcurridos, se empeñó en pedirme, como quien pide peras al olmo, que hiciera y le dijera lo que para él habia hecho y dicho cuando, con once años ménos, aún tenia once partes de aliento más. Echó á un lado á mi pobre *Don Juan*, y poniéndome en lugar suyo sobre la escena, oyó mi palabra ronca con la cariñosa atencion de una madre que escucha la respiracion de su hijo que duerme; me colmó de aplausos, me coronó de flores, no me dejó ni dormir ni trabajar á fuerza de obsequios y convites; sus periódicos publicaron mi retrato, las sociedades literarias se apoderaron de mí y enfloraron el teatro catalan para escucharme; el Ateneo me dió una velada y una primorosa medalla, y los sucesores de Ramirez pusieron á mi disposicion su magnífico establecimiento tipográfico; y esta vuelta mia á Cataluña fué la vuelta del hijo pródigo al paterno hogar, y el pueblo Barcelonés me dijo: «Sorrilla, parla, enrahona: ets á casa teva;» y cayó en gracia cuanto

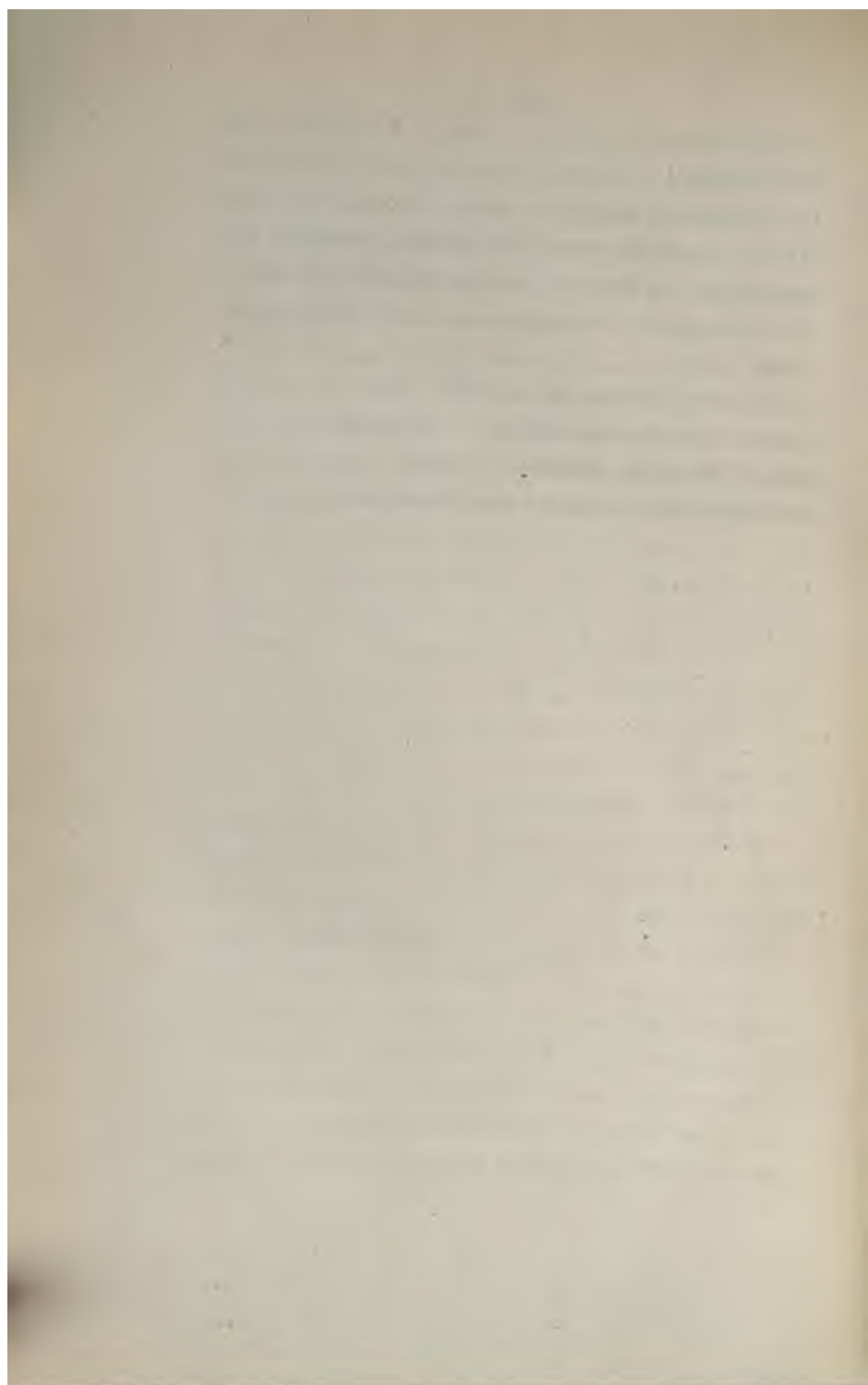
hice y dije, y se me abrieron todas las puertas y me recibieron como á hermano en todas las familias: y hé aquí cómo y por qué se imprimen en Barcelona estos mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

En ellos repito y amplifico lo que en este prólogo apunto: ni se hasta dónde con ellos iré á parar, ni me detendrá en mi marcha el temor de encontrarme al fin de ella cara á cara con mis contemporáneos, despues de haberme juzgado á mí mismo y á los que conmigo abrieron las puertas á la revolucion política y literaria del primer tercio de nuestra centuria. La ingenuidad infantil y la sincera buena fé con que hasta aquí los he escrito, creo que garantizan mi leal veracidad para el porvenir: pero una vez que Dios prolonga mi vida hasta los actuales y corrientes dias, á ellos pertenezco aún y en ellos voy á vivir y de ellos voy á hablar y en ellos voy á meter mi baza y voy por ellos á trabajar como trabajé por los pasados; y espero en Dios que este trabajo no me deshonrará, porque fio en la justicia de mi pueblo español que me rodeará del respeto á que siempre ha considerado acreedor á quien envejece y muere sobre el trabajo, por no sucumbir á la miseria y deshonrarse en la haraganería vergonzosa de los ingenios vergonzantes por holgazanes.

Para no hacer de estos recuerdos un libro demasiado voluminoso, y en tan pequeños caracteres impreso que resulte tan difícil como enojoso de leer y de tener en las manos, lo he dividido en dos tomos pequeños. No teniendo además la vanidad de creer que este miserable

y prosáico engendro mio, sea para mí la gallina de los huevos de oro, y deseando saber el número de ejemplares que necesito para mis lectores, y por el pedido del primero regular la tirada del segundo, suplico á mis suscriptores que hagan la suscripcion al segundo al recibir ó comprar el primero, en el recibo que le acompaña.

El tomo II llevará un apéndice nuevo en verso y prosa; y toda la obra corregida y ampliada como permite el libro y no admite el periódico, va dedicada al mas moderno y al mejor y mas bravo de mis amigos.



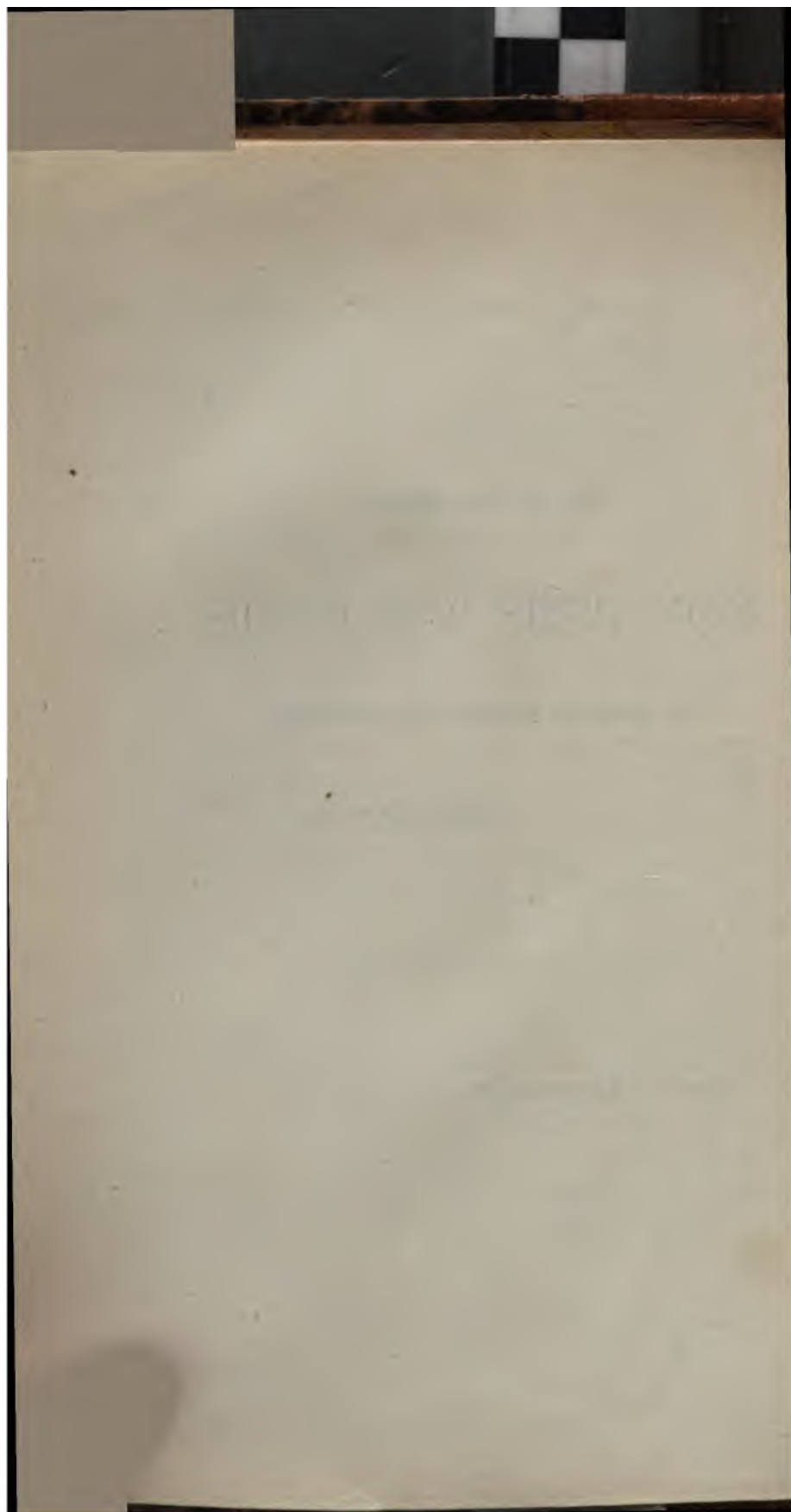
AL EGREGIO POETA

DON JOSÉ VELARDE

en prenda de amistad y agradecimiento.

José Borrilla.

Barcelona 1.º de Enero de 1881.



I.

EL POETA ZORRILLA.

ERA la tarde del 15 de Febrero de 1837. En el cementerio de la puerta de Fuencarral, un numeroso concurso se apiñaba en derredor de un joven desconocido, delgado, pálido, de larga cabellera y expresivos ojos, que, acongojado y convulso, leía, ante un féretro adornado con una corona de laurel, una sentida poesía.

El concurso lo formaba todo el Madrid artístico; el féretro encerraba el cadáver de Larra; el poeta era Zorrilla.

Aquella tarde fría y nebulosa fué solemne; vió la conjuncion de dos crepúsculos. Un sol se alzaba en el oriente de la literatura al hundirse otro sol en el ocaso.

A los desgarradores acentos de «La noche buena del poeta», de Fígaro, último canto del cisne moribundo, cuyos ecos aún estremecían el aire, se unieron los acordes del arpa de Zorrilla, primeros cantos de la alondra al alba.

España, al perder al más grande de sus críticos, encontró al más popular de sus poetas.

Desde aquel día, la Fama fatigada va dando á todos los vientos el nombre del vate inmortal. Desde aquel día, sus estrofas sublimes palpitan en todos los labios, y, como la voz divina, despiertan la inspiracion en el alma de la juventud y la lanzan á la vida del arte.

Poeta formado de las entrañas de su pueblo, sus ideas, sus sentimientos, aunque universales por lo que tienen de humanos, son ante todo españoles; tanto que al vibrar su lira nos parece escuchar el acento de la patria.

Várido y múltiple en sus concepciones y en la manera de expresarlas, ora arrebatado, elocuente y profundo, ora tierno, sencillo y vulgar, siempre ameno, siempre inesperado, siempre poeta, pulsa todas las cuerdas y se reviste como Protéo de todas las formas para llegar á todos los corazones.

Tiene su poesía algo de la ola que se hace espuma, de la luz que se quiebra en colores, de la flor que se disuelve en aroma, algo, en fin, de lo bello, inmateria-
lizándose para confundirse en lo infinito; y es, que así como la larva ha de trocarse en mariposa para volar, la poesía ha de espiritualizarse para subir al cielo, que es su patria verdadera.

Hay una poesía que jamás envejece, que no puede morir, que halla eco en todas las almas y hace latir al unisono todos los corazones; lenguaje universal que entienden el niño y el viejo, el ignorante y el sabio, y es la poesía de la naturaleza.

Y la naturaleza es la musa de Zorrilla, le da sus colores, le presta sus armonías y encarna en sus versos que nos repiten los gemidos del lago, las endechas del

ruiseñor, los estremecimientos del trueno, y nos pintan la nube que se tornasola, la espuma que bulle y el árbol que florece.

Zorrilla ha sido anatematizado por los retóricos que jamás han previsto á los poetas ni los han comprendido, preciándose de las medianías que siguen sus reglas y odiando al génio que las deshace. Siguió cantando el poeta y cayeron en el olvido las odas ampulosas, frías y limadas, y surgió la poesía del sentimiento y se ensancharon los horizontes del arte.

¡Siempre la misma lucha entre el sabio y el poeta, y siempre el poeta vencedor!

Las murallas que guardan lo desconocido son de cristal para el génio que penetra en el fondo de lo insondable. La obra del sabio es perfectible, la del génio perfecta; aquel aprecia los pormenores, éste abarca el conjunto; el uno halla, el otro crea; el sabio, para meditar, se inclina hácia la tierra; el poeta, cuando canta, mira al cielo; y es que el uno no va más allá de lo humano, y el otro se remonta á lo divino.

Zorrilla venció. Hoy todos le respetan. Ni la envidia le muerde, pues ni arrastrándose puede escalar la montaña de laureles que le sirve de pedestal.

¿Y cómo no respetarle, si las doradas ilusiones, los dulces recuerdos y los sueños juveniles de nuestras dos últimas generaciones están iluminados por el fuego de la inspiracion del gran poeta? Sí; sus versos fueron lo primero que balbucearon despues de las plegarias maternales; y aquellas impresiones, como el troquel en el metal, han dejado un sello imborrable en las almas.

Poeta de la tradicion, á su mágico acento, los héroes castellanos se alzan de sus sepulcros de piedra apercebidos al combate; desfila la comunidad por el claústro

sombrío de la gótica abadía, salmodiando sus preces al rayo misterioso de la luna; aparece el castillo feudal entre los riscos y breñas de la montaña; se coronan de arqueros las almenas, suspira la hermosa castellana al escuchar la enamorada trova; baja rechinando el puente levadizo para dar hospitalidad al peregrino, y el terrible señor de horca y cuchillo apresta su mesnada ó se lanza venablo en mano, azuzando la jauría por el bosque enmarañado persiguiendo al colmilludo jabalí. Ahora surgen la tapada, el rodrigon ceñudo, la dueña mediadora y el doncel galanteador; ahora se acuchillan en la tortuosa callejuela dos rondadores de una misma dama, á la luz mortecina de un retablo, ó bien se puebla de cármenes y harenes la vega granadina, y resuenan en el Generalife los ecos de la zambra, y el sarraceno corre la pólvora, y, como sol entre nubes, asoma al calado ajimez la hermosísima sultana exclareciendo el día con la luz de sus ojos.

¡Qué poder el del génio! En vano curiosos eruditos é historiadores concienzudos se afanan en dar á conocer el verdadero carácter de D. Pedro de Castilla, en probar la muerte del rey D. Sebastian en el inhospitalario suelo de Africa, y en negar la vida borrascosa de Mañara, ó sea de D. Juan Tenorio.

¿Quiénes les han de creer? Para el pueblo, para todo el mundo, no hay más D. Pedro de Castilla que el del *Zapatero y el Rey*, ni otro D. Sebastian que el de *Traidor, inconfeso y mártir*, y D. Juan Tenorio fué sevillano y mató al Comendador, y amó á D.^a Inés, y cenó con los muertos y se fué á la gloria; porque no ha habido, ni hay, ni habrá jamás verdades más creidas, más amadas y más libres del olvido que las creaciones del génio.

Las obras de Zorrilla vivirán siempre. El fuego de la inspiración, que algunos creen fuego fátuo, es como la lava que se endurece y adquiere la consistencia del bronce para resistir al tiempo. A más, que la mano del «Cristo de la Vega», al desclavarse para jurar, decretó la inmortalidad de nuestro poeta.

¿Cómo premia la patria los merecimientos de su esclarecido hijo?

Hoy que la edad le agobia y el trabajo le fatiga, le ha retirado la modesta asignación con que vivía y lo ha abandonado á la miseria, sin duda para que cifa á un tiempo á sus sienes la corona de laurel de la poesía y la de espinas del martirio.

José VELARDE.

II.

AL JÓVEN POETA

D. JOSÉ VELARDE.

LEGÓ á mis manos con retraso, porque vivo en el retiro de mi hogar, por donde acaba de pasar la muerte, el artículo que me dedicó V. en el número de *El Imparcial*, del lunes 29 de Setiembre; y he andado dos días perplejo y caviloso, sin poder hallar cómo darme por entendido de lo que de mí dice V. en él. Corriendo empero, el tiempo, temiendo por una parte que mi silencio le parezca descortesía, y no queriendo por otra dar motivo á que el público crea que, hinchado de vanidad, acepto, como buena y corriente moneda, todas las extremadas excelencias que á mis versos atribuye, me resuelvo á dar á V. simplemente las gracias en cuatro palabras; que cuanto más le parezcan vulgares, más han de parecerle sinceras.

Yo soy, Sr. Velarde, lo único que he podido ser: lo único que Dios ha querido que sea: un poeta español,

hijo ignorante y desafortunado de la naturaleza, que ha cantado á su patria, como ha podido; como los pájaros cantan en la selva, como susurran las abejas al elaborar sus panales; yo no me he jactado nunca de haber hecho mas, y á mi presentacion en el Ateneo el año pasado, lo dije en esta quintilla de mi *Canto del Fénix*:

Lo que hice, lo que dije, todo ese laberinto
de versos que concentran la esencia de mi sér,
de Dios son obra: un estro no pude haber distinto:
yo obré y hablé sintiendo y hablando por instinto:
ni supe hacer más que eso, ni pude más hacer.

Esta mi poesía del *Canto del Fénix* es una respuesta anticipada que yo dí á los primores con que V. en su artículo tan cariñosamente me obsequia; y como sé que V. la sabe de memoria, no necesito añadir una palabra más; V. que va hoy á la cabeza de aquella á quien yo llamé

estirpe generosa de la progénie nueva,

creyéndome ya en el caso en que yo me ponía en la penúltima estrofa de mi *Canto del Fénix*, que dice:

Y si las tempestades que el porvenir amasa
en mi país me obligan á mendigar mi pan,
no dejes que en él nadie las puertas de su casa
empedernido cierre, ó esquivo diga—«¡Pasa!»—
al que mató á D. Pedro, al que salvó á D. Juan,

saltó V. el primero á la arena á romper la primera lanza en pró del viejo, en quien V. ve un gigante á través del prisma del entusiasmo con que le mira. Gracias, mil gracias, Sr. Velarde: ya sabia yo que la ju-

ventud literaria de la generacion que á la mia sigue, no habia de abandonar nunca al poeta que no ha inculcado más que amor á la patria, y respeto á las creencias y á las tradiciones de sus padres.

No puedo, sin embargo, permitir á su entusiasmo juvenil, que atribuya á la patria el abandono en que deja mi vejez la supresion de un sueldo, que á cargo de los Lugares Píos Españoles de Roma se me concedió, para llevar á cabo mi legendario del Cid y de otras obras que me ha oido V. leer en el salon del Ateneo. No, Sr. Velarde, no: la patria no tiene nada que ver en esto; y nadie ménos que yo tendria razon para quejarse de su patria, porque las economías necesarias en el presupuesto del Ministerio de Estado hayan alcanzado hasta mi ya mermada pension; la cual, si sola no podria sacar de ningun apuro á la administracion de los Lugares Píos Españoles de Roma, tal vez unida á las demás economías hechas en Julio último pueda contribuir á alguna obra perentoriamente necesaria para el decoro nacional. *Suum cuique*, y dejemos á la patria en el buen lugar que en este caso la corresponde.

¿Qué es la patria? La tierra; la nacion, el lugar en que se nace. Y como la nacion la forman los habitantes de la tierra, la patria vive y se expresa por la vida y las acciones de los ciudadanos de cada nacion. ¿Y cómo ha tratado su patria al poeta Zorrilla? Como no ha tratado nunca á ningun poeta, incluso al fénix de los ingenios Lope de Vega; quien tal vez debió parte de la gloria y los obsequios que su época le tributó á su favor en la corte y al carácter que le imprimia su dignidad sacerdotal. Yo no pertenezco á ninguna clase de la sociedad, porque los poetas no estamos clasificados en ninguna categoría social; no he pertenecido jamás á

ningun partido político, á ninguna Academia, ni á ningun Instituto que haya podido alcanzarme favor con poder alguno, y por consiguiente, nadie ha tenido interés en aplaudirme ni en adularme.

Yo me ausenté de mi patria en 1847 por razones que á nadie importan: me fuí el 55 á América por pesares y desventuras, que nadie sabrá hasta despues de mi muerte, con la esperanza de que la fiebre amarilla, la viruela negra ó cualquiera otra enfermedad de cualquier color acabaran oscuramente conmigo en aquellas remotas regiones. No quiso Dios que allá muriera. Su proteccion visible me salvó de los naufragios, de las pestes y de las guerras civiles; y cuando volví en 1866 á mi patria, ¿cómo me recibió España? Como su padre amoroso al hijo pródigo, como su santa familia á Lázaro el resucitado, como Roma á los triunfadores, á quienes coronaba en el Capitolio. Barcelona y Tarragona me obsequiaron con regatas y fiestas de noche y dia; la Universidad de Zaragoza renovó por mí una solemnidad que sólo habia dedicado á los reyes de Aragon; Búrgos y Valladolid me alfombraron de flores mi camino, y un altar de la parroquia en que fuí bautizado está desde entónces cubierto con cien coronas, para las cuales no concebí mejor depósito. Valencia, despues de haberse vuelto loca por mí, como una muchacha atolondrada que se enamora de un viejo, me hizo su hijo adoptivo, y yo la escribiré un libro con el cual espero probarla mi gratitud. Granada se desbordó en entusiasmo en honor mio en 1846 á la sola promesa de escribirla mi aún no concluido poema; y aún se recuerda allí una representacion de *Don Juan Tenorio*, al fin de la cual el beneficiado Pepe Calvo, padre de Rafael, la empresa y yo, convidando al público á la mesa á que habia venido la

estátua del Comendador, hicimos al capitan general, al gobernador de la Alhambra y á las hermosas granadinas comer todos los dulces y beber todo el Champagne que habia en la ciudad. Amanecia ya, y ni autoridades ni pueblo se daban cuenta de que nadie estaba en su juicio ni en su lugar.

Madrid, declarado en estado de sitio, y prohibida en él la reunion pública de más de cinco personas, reunió cuatro mil, para acompañarme á mi casa desde la estación, una mañana de Octubre de 1866. No pasa un mes de Noviembre en que no haga en mi favor alguna ruidosa demostracion en alguna representación de mi *Don Juan*: y el Ateneo, en fin, tomándome bajo su amparo, ha abierto conmigo á la poesía sus salones, en los cuales no habian penetrado aún más que las ciencias. En resúmen, mi patria, representada por la sociedad, no ha podido hacer más en España por un poeta, á quien indudablemente estima en más de lo que vale, sólo porque su poesía es la expresion del carácter nacional y de las pátrias tradiciones.

Cuando en 1859 la muerte le privó en la Habana de un compañero, y destruyendo su fortuna con la de Cipriano de las Cagigas, el Capitan general de la Isla, D. José de la Concha, le colmó de atenciones y de consuelos, y el banquero D. Manuel Calvo le alojó espléndidamente en su tranquilo y salubre cafetal; procurándole en él la soledad necesaria para el trabajo, y salvándole la vida y el honor con los cuidados de su amistad.

El poeta Zorrilla, que es el que más debe á su patria, representada por la sociedad de su época, es el que ménos puede quejarse de ella, si la considera representada por su Gobierno.

Cuando en 1871 le pidió su protección para emprender su *Leyenda del Cid*, obra de largo aliento, con la cual quería corresponder á la excesiva reputación que por sus poco importantes trabajos se le habia acordado, el Sr. D. Cristino Mártos, Ministro de Estado entónces, le dió una comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto tan visible como honroso para acordarle una pensión, que no podia tener nombre y carácter absoluto de tal, por no haber antecedentes de que se hubiera pensionado en España á ningun poeta; y acompañada de una gentilísima carta autógrafa, le envió la credencial de la Gran Cruz de Cárlos III, que constituía su persona en una alta dignidad, y de cuya Excelencia nadie se ha acordado nunca; porque á nadie se le ocurre en España que el poeta Zorrilla sea más ni ménos que el poeta Zorrilla, cuya larga intimidad con el público autoriza ya á todo el mundo para tutearle y llamarle Pepe.

Hoy, que las perentorias economías de los Lugares Píos de Roma me obligaron á pedir amparo al señor Ministro de Fomento, escudándose con una carta del Capitan general Jovellar, que honra á Zorrilla con su amistad desde que se conocieron, ¿cómo ha recibido á Zorrilla el Sr. Conde de Toreno? Hijo de aquel ilustrado repúblico, que fué gloria del Parlamento y honra de las letras, dió al poeta cuanto tenia facultades de dar, mientras discurría medio mejor de asegurar su porvenir; y el Sr. Cárdenas allanó ante sus pasos todos los difíciles que hay que dar en las oficinas del Ministerio de Hacienda para el cobro de su interina subvención.

Los editores de Barcelona, Montaner y Simon, se apresuraron á ofrecer los servicios de su amistad; un ilustre prelado partió con él la limosna de los pobres

de su diócesis, y V. mismo, Sr. Velarde, á la cabeza de la juventud literaria de Madrid, inició *algo* que le agradece en el alma y que no olvidará jamás el viejo poeta desheredado.

Empieza V. su artículo por un recuerdo de la tarde del 15 de Febrero de 1837: un lunes le diré á V. de aquel dia lo que nadie sabe: y entre tanto, conste que cree que sería un loco y un ingrato si se quejara ni exigiera más de su patria; pero que no teme que España deje morir sin pan al viejo matador del rey D. Pedro, al loco salvador de D. Juan Tenorio, su agradecido autor el poeta,

JOSÉ ZORRILLA.

III.

Sr. D. José Velarde:

OFRECÍ á V., mi cariñoso amigo y generoso encomiador, decirle algo del 15 de Febrero de 1837, y no se me cuece el pan por cumplirle á V. mi oferta; no sólo para que V. sepa á qué atenerse sobre lo acontecido en aquel día y especialmente en aquella tarde, al viejo y asendereado poeta, á quien V. hoy tanto encomia, sino para disipar la neblina de cuentos y de pormenores absurdos en que los narradores vulgares, los chistosos de oficio y los amigos indiscretos ó pretenciosos han rodeado después la verdad de lo que en aquel día sucedió. La gente meridional, y sobre todo los españoles, tenemos la pretension de ser todos buenos narradores; y cuando algo se nos cuenta, no lo repetimos jamás sin añadir cada cual algo de su cosecha: con cuya manía resulta que el hecho más sencillo, al pasar por unas cuantas bocas, queda tan desfigurado, que pueden contárselo como nuevo al primero que lo relató, sin que éste reconozca ya lo relatado por él, en la décima relacion del hecho, que en vez del suyo, corre de boca en boca.

Y hay otra circunstancia peyor en este modo de narrar, inherente tambien á nuestro país; y es, que la mayor parte de los que, añadiendo pormenores á la narracion de los hechos, convierten al fin las más sencillas verdades en absurdas y fantásticas mentiras, llegan á creerse estas de buena fé; y pueden jurar que han sido de ellas parte ó testigos, alucinados por su fantasia meridional, que les hace preferir á la deseada verdad la fábula más fantástica é inverosímil.

Hé aquí por qué, mi buen amigo Sr. Velarde, quisiera yo contar á V. algunas cosas de aquel buen tiempo viejo, que no está aún tan léjos de nosotros que de él no vivan presenciales testigos, pero á quiénes el afán de ponderar, ó de darse personal importancia, ha hecho desfigurar de tal manera las cosas que en él pasaron, que hay quien hoy me cuenta á mí de mi mismo lo que jamás pasó, ni pudo pasar por mí; y yo callo y escucho, convencido de lo inútil que sería intentar convencerle de que yo, y no él, soy quien debe saber la verdad; pero vamos al 15 de Febrero de 1837.

Permítame V. que le recuerde á vuelapluma los ensayos por que pasé, ántes de representar mi papel en la escena del cementerio.

Metiame mi padre á los nueve años en el Real Seminario de Nobles, establecido por los jesuitas en el edificio que es hoy, en la calle del Duque de Alba, cuartel de la Guardia civil, y trasladado en 1828 al que hoy es hospital militar, en la calle de la Princesa. Tengo para mí que la idea de los buenos padres de la Compañía de Jesús, al establecer un colegio tan lujoso y tan privilegiado, para entrar en el cual era preciso hacer pruebas de nobleza, fué la de tener más tarde por discípulos á los hijos de todas las familias nobles, im-

portantes ó influyentes de España; como quiera que fuese, halléme yo allí condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educacion muy superior á la que hasta entónces solian recibir los jóvenes de la clase media; mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, habia por sus estudios llegado á un honroso puesto en la alta magistratura.

En aquel colegio comencé yo á tomar la mala costumbre de descuidar lo principal por cuidarme de lo accesorio: y negligente en los estudios sérios de la filosofía y las ciencias exactas, me apliqué al dibujo, á la esgrima y á las bellas letras, leyendo á escondidas á Walter Scott, á Fenimore Cooper y á Chateaubriand, y cometiendo en fin á los doce años mi primer delito de escribir versos. Celebráronmelos los jesuitas y fomentaron mi inclinacion; díme yo á recitarlos, imitando á los actores á quienes veia en el teatro, cuando alguna vez iba al del Príncipe, que presidian entónces los alcaldes de casa y corte, cuya toga vestia mi padre; híceme célebre en los exámenes y actos públicos del Seminario, y llegué á ser galan en el teatro en que se celebraban estos, y se ejecutaban unas comedias del teatro antiguo, refundidas por los jesuitas; en las cuales, atendiendo á la moral, los amantes se transformaban en hermanos, y con cuyo sistema resultaba un galimatías de moralidad que hacia sonreir al malicioso Fernando VII y fruncir el entrecejo á su hermano el infante D. Carlos, que asistian alguna vez á nuestras funciones de Navidad. Don Carlos enviaba á sus hijos á nuestras aulas y á cumplir con la iglesia en nuestra capilla; á la cual habia enviado Su Santidad Gregorio XVI su bendicion y los cuerpos de cera de dos santos jóvenes mártires, degollados

en Roma en tiempos de no recuerdo qué mónstruo imperial, cuyas figuras degolladas me daban á mí tal miedo, que no pasé jamás de noche por delante de la capilla en cuyos altares laterales yacian.

Salió mi padre desterrado de Madrid y Sitios Reales el 1832, y yo del Seminario el 33. Murió á poco el Rey Don Fernando VII. Sopló la revolucion; encendióse la guerra civil, envióme mi padre desde su destierro de Lerma á estudiar leyes á la Universidad de Toledo, donde siguiendo mi mismo sistema del Seminario, en vez de asistir asiduamente á la Universidad, me dí á dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando y los puentes del Tajo; y vagando dia y noche como encantado por aquellas calles moriscas, aquellas sinagogas y aquellas mezquitas convertidas en templos, en vez de llenarme la cabeza de definiciones de Heinecio y de Vinnio, incrusté en mi imaginacion los góticos rosetones y las preciosas cresterías de la Catedral y de San Juan de los Reyes, entre las leyendas de la torre de D. Rodrigo, de los palacios de Galiana y del Cristo de la Vega, á quien debo hoy mi reputacion de poeta legendario.

Mi tío, el prebendado á cuya casa me habia enviado mi padre, que habia creido recibir en ella á un pajecillo que le ayudara á misa y le acompañara al coro llevándole el paraguas y el breviario, se escandalizó de que yo leyera á Víctor Hugo; á quien él confundia, sin que lograra yo sacárselo de la cabeza, con Hugo de San Víctor, expositor de Sagrada teología, de quien él suponía que los franceses habrian encontrado algunos versos inéditos; tomó muy á mal mi amistad con algunos estudiantes de la alta sociedad de Madrid, que como Pedro Madrazo eran condiscípulos míos de colegio, y conclu-

yó por escribir á mi padre que yo no era más que un botarate, que más *iba para pinta-monas* que para abogado, segun los papelotes que llenaba de piedras, de torres y de inscripciones ya en posesion de los buhos y cubiertas de telarañas.

No pluguieron mucho á mi-padre los informes del prebendado toledano; y al año siguiente me envió á continuar mis estudios á Valladolid, bajo la inspeccion de un procurador de aquella Chancillería, y la proteccion del Rector de la Universidad, el ilustrado D. Manuel Tarancon, Obispo después de Córdoba y muerto Arzobispo de Sevilla. Hícelo yo allí mucho peor que en Toledo; y evocando mis recuerdos de niño en la ciudad donde habia nacido, y encontrándome otra vez á Pedro Madrazo en aquella Universidad, continué dándome á estudiar piedras, ruinas y tradiciones, ayudado por los periódicos y publicaciones literarias que recibia de Madrid Pedro Madrazo; cuya casa era entónces emporio del arte, donde brillaban ya los cuadros de su hermano Federico, y donde Ochoa tenia la redaccion de *El Artista*, el primer periódico literario é ilustrado de España.

Atraquéme, pues, de Casimire de la Vigne, de Víctor Hugo, de Espronceda y de Alejandro Dumas, de Chateaubriand y de Juan de Mena, y del Romancero y de Jorge Manrique, y no pude digerir cuatro páginas del Heinecio, ni de las Pandectas: en vista de lo cual, el procurador á quien por él estaba encargado, escribió á mi padre punto más de lo escrito por el prebendado: esto es, que yo no era más que un holgazan vagabundo, que me andaba por los cementerios á media noche como un vampiro, que me dejaba crecer el pelo como un cosaco, y que era, en fin, amigo de los hijos de los

que no lo habian sido nunca de mi padre, como Miguel de los Santos Alvarez. Parece que su padre y el mio, ambos abogados relatores en otro tiempo de la Chancillería, realista mi padre y liberal el de Alvarez, no se habian mirado nunca de buen ojo. Los hijos, inconscientes y ajenos de las divisiones de los padres, nós amamos de mozos, y aún somos amigos en la vejez: cuestion de los tiempos y de los caracteres.

Enojóse mi padre, y con razon, con las noticias del bilioso procurador; gané yo curso por favor del Sr. Tarancon, y díjome mi padre, al enviarme por tercera vez á la Universidad de Valladolid: «tú tienes traza de ser un tonto toda tu vida, y si no te gradúas este año de bachiller á cláustro pleno, te pongo unas polainas y te envío á cavar tus viñas de Torquemada.» Era mi padre muy hombre para hacer tal con su hijo; pero ya era yo hombre perdido para los estudios sérios: odiaba á Justiniano y se me daba una higa de todos los doctores *in utroque* de todas las Universidades de España: adoraba en sueños á García Gutierrez, á Hartzenbusch y á Espronceda; y ver una obra mia impresa, y apretar la mano de amigo á estos ilustres poetas, me parecía destino de más prez que el de llegar á ser un Floridablanca; *el demonio* de la poesía estaba ya posesionado de todo mi sér; y con disgusto de Tarancon y estupefaccion del procurador, anuncié redondamente que así me graduaria yo á cláustro pleno aquel año, como que volaran bueyes. Metiéronme, pues, en una galera, que iba para Lerma, á cargo del mayoral: pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba á serme muy agradable; y sin pensar ¡insensato! en la amargura y desesperacion en que iba á sumir á mi desterrada familia, en un descuido del conductor, eché á lomos de una yégua, que no era mia

y que por aquellos campos pastaba, y me volví á Valladolid por el valle de Esgueba, que era otro camino del que la galera habia traído.

Sirvióme mucho la equitacion que en el colegio me enseñaron, porque la yegua era reacia y antojadiza; mas no me convenia en modo alguno dejarla volverse á la querencia de su establo, y entré sobre ella en Valladolid al anochecer, donde la vendí; y acomodándome en otra galera que para Madrid al amanecer salia, me desembanasté á los tres dias en la calle de Alcalá, y me perdí á la ventura por las de esta coronada villa, huyendo de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia, y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura.

Mi familia, no creyéndome capaz de la resolucion de abandonar para siempre mi casa paterna, me buscó por las de mis parientes de las provincias de Búrgos y de Palencia, donde suponía que me habria guarecido; y habiendo yo hecho mi fuga dándome por hijo de un artista italiano, gracias á mis principios de dibujo y á la lengua italiana que me era familiar, tardó mucho en dar con mi rastro. Presentéme yo á mis amigos y condiscipulos de Madrid; pero pronto tuve que esquivarme de los duques de Villahermosa y de los Madrazo, que recibieron cartas de mi padre, y que en vista de mi tenaz resistencia á volver á mi hogar, no creyeron prudente insistir con quien tan obstinadamente rechazaba sus amistosas amonestaciones.

Entónces... ¡ay de mí! busqué y contraje otras amistades; unas de las que no quiero volver á acordarme, otras de las que jamás me olvidaré; como la de Manuel Assas, con quien gané algunos pocos reales enviando mis dibujos de la torre de Fuensaldaña y otros, con ar-

tículos arqueológicos escritos por Assas en francés, al *Museo de las familias* de París, y la de Jacinto Salas y Quiroga: poeta ya casi olvidado, que contó con mi pluma en donde quiera que llegó á meter los puntos de la suya. Entónces prediqué en las mesas del café Nuevo una política de locos, que hizo reir sin hacer afortunadamente prosélitos; y entónces escribí en un periódico que solo duró dos meses, al cabo de los cuales dió la policía tras de sus redactores, con el objeto de encargarles de hacer un viaje á Filipinas por cuenta del ministerio de la Gobernacion. Ví yo la justicia, por el balcon, entrar por la puerta principal que bajo él estaba; y montando en la baranda de otro que se abría sobre un patio de una vecina casa, por la parte posterior de la de la redaccion, caí diestra y silenciosamente á cuatro piés sobre sus enyerbadas losas; emboqué un callejon oscuro que ante mí se abría, y justificando mi apellido, me escurrí por él hasta la calle opuesta de la manzana; enfilé tranquilamente la de Peregrinos, subí la de Postas, mirando atentamente las tiendas como si tuviera letras que cobrar en alguna de ellas; y de recodo en recodo, y de callejon en pasadizo, dí conmigo en la de la Esgrima, y en ella de manos á boca con un gitano á quien habia salvado de ser fusilado dos años hacia en la tierra de Aranda. Víle y conocióme; preguntóme y respondíle; comprendióme á media palabra, y llevándome á un cuarto del núm. 30 y... tantos, trezóme la melena, coloróme el semblante, y endosándome unas calzoneras y una chaqueta de pana, con un sombrero con más falda que una dolorosa de procesion, y una faja más ancha que la del Zodíaco, me sacó entre los de su cuadrilla por la puerta y puente de Toledo; sirviéndome de infalible seña gitanesca mi trezada melena, que, riza y suelta,

servia de seña personal á los que me buscaban, de parte de mi familia, para volverme á mi casa, y de órden del gobernador de las tres ppp, D. Pio Pita Pizarro, á los que pretendian enviarme á saber lo que en Filipinas ocurría. Pasó una revolucion á los pocos dias con la desastrosa muerte del general Quesada en Hortaleza; pasó... lo que pasa en las revoluciones, un juicio final en cuarenta y ocho horas; y al cabo de diez dias torné yo á pasar destrenzado y desteñido por la Puerta de Toledo, y volví á vivir á salto de mata, y á dormir en casa de un cestero, que de portero habíamos tenido en la redaccion de marras... y así me cogió en Madrid el dia 12 de febrero de 1837, anterior con tres al del entierro de Larra, cuyos pormenores quedarán para una siguiente carta, á la cual sirve de preliminar esta de su afectísimo y agradecido amigo.

IV.

COMIENZO á apercibirme, mi buen amigo Sr. Velarde, de que es más difícil de lo que creí la tarea que me he impuesto ahora, y de que hemos andado poco acertados en dar publicidad á estas mis cartas. Aglomeránense en mi memoria, segun las voy escribiendo, tantos pormenores, imposibles de suprimir si he de hacerme comprender; pasábanme tántas y táles cosas, y pasaba yo por tales y tan estrechos pasos y pasadizos en los días de la muerte y del entierro de Larra, que me temo que ni la benevolencia del director y de la redaccion de *El Imparcial* para conmigo, ni la paciencia de sus lectores quieran pasarme el importuno relato de tan íntimos y personales recuerdos. Mas como quiera que ya es tarde para volverme atrás, voy á pasar á la carrera por sobre todos estos tan resbaladizos pasos; é imponiéndome esta tarea como una penitencia pública, seré claro y sincero en mi narracion, para que mi claridad y sinceridad prueben á lo ménos lealtad y modestia: probando que en la altura á que me ha elevado el favor público, no he perdido nunca de vista ni la nada en que yo nací, ni el polvo de que aquel me levantó.

Sigo, pues, adelante con mis recuerdos.

Habíase venido á Madrid, siguiendo mi mal ejemplo, mi grande amigo Miguel de los Santos Alvarez, en cuya casa pasé la noche que en Valladolid me detuve en mi fuga de la mia paterna, y único confidente de los secretos de mi corazon. Llevaba yo en éste dos afanes y dos esperanzas, que en un solo afan y en una esperanza sola se confundian: mi primer amor á una mujer, y la esperanza de conseguirla, y el amor á mi padre y la esperanza de sepultar su enojo bajo una montaña de laureles. Soñaba yo con una fama y una gloria táles, que obligaran á aquella mujer y á mi padre á tenderme sus brazos á un tiempo, asombrados y deslumbrados por el resplandor de mi nombradía. ¿Quién no delira á los diez y nueve años?

Alvarez estaba en Madrid con consentimiento de su familia hacia muy pocos dias, y yo pasaba las noches en la bohardilla de mi pobre cestero, las mañanas en el hospedaje de Alvarez, el centro de los dias en la Biblioteca Nacional, y las tardes y primeras horas de la noche vagando con Alvarez por las calles de la corte, como golondrinas nuevas que buscan por vez primera sitio en que colgar su nido en una tierra desconocida.

Y aconteció que entre las personas con quienes un dia tropezamos en la Biblioteca, acertó á ser una la de un italiano al servicio del infante D. Sebastian, llamado Joaquin Massard, quien con un su hermano Federico andaba bien admitido por las tertulias y reuniones, que con su canto y alegre carácter amenizaban: el Joaquin y el Federico poseian dos deliciosas voces, de tenor el uno y de barítono el otro. Abordónos Joaquin Massard, que por Pedro Madrazo nos conocia, y nos dió de repente la noticia de que Larra se habia suicidado al ano-

checher del día anterior. Dejónos estupefactos semejante noticia, y așombróle á él que ignorásemos lo que todo Madrid sabia, é invitónos á ir con él á ver el cadáver de Larra depositado en la bóveda de Santiago. Aceptamos y fuimos. Massard conocia á todo el mundo y tenia entrada en todas partes. Bajamos á la bóveda, contemplamos al muerto, á quien yo veia por primera vez, á todo nuestro despacio, admirándonos la casi imperceptible huella que habia dejado junto á su oreja derecha la bala que le dió muerte; cortóle Alvarez un mechón de cabellos y volvímonos á la Biblioteca, bajo la impresion indefinible que dejaban en nosotros la vista de tal cadáver y el relato de tal suceso.

Aquí tengo que advertir á V., mi querido Velarde, que no volvíamos á la Biblioteca por nuestro afan de estudiar, sinó porque siendo el hospedaje de Alvarez y la bohardilla de mi cestero estancias muy poco agradables para pasar el día, y estando la Biblioteca muy bien esterada y caldeada, pasábamos en ella todas las horas que estaba abierta, como hidalgos poco acomodados, en el abrigado alcázar de un opulento amigo que generosamente á los suyos lo franqueara.

A nuestra vuelta halléme allí con un condiscípulo del colegio, quien enterado de mi posicion, me dió una carta para su hermano D. Antonio María Segovia, propietario y director de *El Mundo*; uno de los periódicos mejor escritos que en Madrid se han publicado, rebosando de ingenio y de oportunísima vis cómica. En aquella carta pedia para mí á su hermano, mi condiscípulo, la plaza de un empleado que acababa de despedirse, diciéndole quién yo era, la educacion que habia recibido, y lo útil que yo podia ser, atendida la módica retribucion del empleo que para mí solicitaba. Mi ambicion era llegar á

ser periodista, llegar á firmar el folletin de un periódico que llegase á manos de mi padre: tomé, pues, la carta de mi condiscípulo, y metiéndola en la cartera del capitán Antonio Madera (otro condiscípulo nuestro), la cual no sé ya por qué llevaba yo en el bolsillo, creí meter en ella mi fortuna.

Joaquin Massard, que en todo pensaba y de todo sacaba partido, me dijo al salir:

—Sé por Pedro Madrazo que V. hace versos.

—Sí, señor, le respondí.

—¿Querria V. hacer unos á Larra? repuso entablándolo su cuestion sin rodeos; y viéndome vacilar, añadió: «yo los haria insertar en un periódico, y tal vez pudieran valer algo.» Ocurrióme á mí lo poco que me valdrian con mi padre, desterrado y realista, unos versos hechos á un hombre tan de progreso y de tal manera muerto; y dije á Massard que yo haria los versos, pero que él los firmaria. Avínose él, y convíneme yo; prometíselos para la mañana siguiente á las doce en la Biblioteca; y despidiéndonos á sus puertas, echó Massard hácia la plazuela del Cordon donde moraba, y Alvarez y yo por la cuesta de Santo Domingo á vagar como de costumbre. Pensé yo al anoecer en los prometidos versos y fuíme temprano al zaquizamí, donde mi cestero me albergaba con su mujer y dos chicos, que eran tres harpías de tres distintas edades. No me acuerdo si cenamos: pero despues de acostados, metíme yo en mi mechinal, con una vela que á propósito habia comprado.

En aquella casa no se sabia lo que era papel, pluma ni tinta; pero habia mimbres puestos en tinte azul, y tenia yo en mi bolsillo la cartera del capitán con su libro de memorias. Hice un kalam de un mimbre como lo ha-

cen los árabes de un carrizo y tomando por tinta el tinte azul en que los mimbres se teñían. ...

Hé aquí, Sr. Velarde, cómo se hicieron aquellos versos, cuya copia trasladé á un papel en casa de Miguel Alvarez á la mañana siguiente, y parti á entregar mi carta al director de *El Mundo*.

Salió á recibirme á una antecámara: presentéle la carta, y mientras la leía, penetraron mis ojos indiscretos en el aposento inmediato, cuya puerta habia dejado él abierta. Parecióme á mí la de un paraiso: una mujer pequeña y fina, esbelta y ondulosa como una garza, con una cabellera como los arcángeles de Guido Reni y con dos ojos límpidos y serenos como los de las gacelas, esperaba reclinada en un mueble á que su marido concluyera con el importuno que habia venido á separarle de ella. Cuando aquel me dijo, con los más atentos modales, que sentia no necesitarme porque acababa de dar á otro la plaza que su hermano le pedia, me marché cabizbajo y cariacontecido, pero convencido perfectamente de que un hombre que tenia aquella mujer no debia necesitar de mí ni de nadie, y dí conmigo en la Biblioteca. No estaba ya en ella Joaquin Massard, pero me habia dejado una tarjeta, en la que me decia: «Puede V. traerme los versos á casa, á las tres? Comerá V. con nosotros.»

A los tres cuartos para las tres eché hácia la plaza del Cordon; los Massard habian comido á las dos: la hora del entierro, que era la de las cinco, se habia adelantado á la de las cuatro. Los Massard me dieron café; Joaquin recogió mis versos y salimos para Santiago. La iglesia estaba llena de gente; hallábanse en ella todos los escritores de Madrid, ménos Espronceda que estaba enfermo. Massard me presentó á Garcia Gutierrez, que me

dió la mano y me recibió como se recibe en tales casos á los desconocidos. Yo me quedé con su mano entre las mias, embelesado ante el autor de *El Trovador*, y creo que iba á arrodillarme para adorarle, miéntras él miraba con asombro mi larga melena y el más largo leviton, en que llevaba yo enfundada mi pálida y exígua personalidad.

El repentino y general movimiento de la gente nos separó, avanzó el féretro hácia la puerta; ordenóse la comitiva; ingirióme Joaquín Massard en la fila derecha, y en dos larguísimas de innumerables enlutados nos dirigimos por la calle Mayor y la de la Montera al cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Mohino y desalentado caminaba yo, poniendo entre los días nefastos aquel aciago en que me habían negado una plaza en *El Mundo*, había llegado tarde á la mesa, y en que iba, por fin, ayuno, á enterrar á un hombre, cuyo talento reconocia, pero que no entraba en la trinidad que yo adoraba, y que componian Espronceda, García Gutierrez y Hartzembusch. Parecíame que con aquel muerto iba á enterrarse mi esperanza, y que nunca iba yo á tener un papel en que enviar impresos mis delirios á la mujer á quien había pedido un año de plazo para pasar de crisálida á mariposa, ni mis versos laureados al padre á quien con ellos había esperado glorificar. Así, el más triste de los que íbamos en aquel entierro, marchaba yo en él, envuelto en un *sur tout* de Jacinto Salas, llevando bajo él un pantalon de Fernando de la Vera, un chaleco de abrigo de su primo Pepe Mateos, una gran corbata de un fachendoso primo mio, y un sombrero y unas botas de no recuerdo quiénes; llevando únicamente propios conmigo mis negros pensamientos, mis negras pesadumbres y mi negra y larguísima cabellera.

Llevaba yo, y veníanme, sin embargo, todas aquellas ajenas prendas como si para mí hubieran sido hechas; y traídas, pero no maltratadas, no revelaban que su portador salía con ellas bien cepilladas del alto zaquizamí de mi hospitalario cestero.

Llegamos al cementerio: pusieron en tierra el féretro y á la vista el cadáver; y como se trataba del primer suicida, á quien la revolucion abría las puertas del campo santo, tratábase de dar á la ceremonia fúnebre la mayor pompa mundana que fuera capaz de prestarla el elemento láico, como primera protesta contra las viejas preocupaciones que venía á desenrocar la revolucion. D. Mariano Roca de Togores, que aún no era el marqués de Molins, y que ya figuraba entre la juventud ilustrada, levantó el primero la voz en pró del narrador ameno del Doncel de D. Enrique, del dramático creador del enamorado Macías, del hablista correcto, del inexorable crítico y del desventurado amador. El concurso inmenso que llenaba el cementerio quedó profundamente conmovido con las palabras del Sr. Roca de Togores, y dejó aquel funeral escenario ante un público preparado para la escena imprevista que iba en él á representarse. Tengo una idea confusa de que hablaron, leyeron y dijeron versos algunos otros: confundo en este recuerdo al conde de las Navas, á Pepe Diaz..... no sé..... pero era cuestion de prolongar y dar importancia al acto, que no fué breve. Ibase ya, por fin, á cerrar la caja, para dar tierra al cadáver, cuando Joaquin Massard, que siempre estaba en todo y no era hombre de perder jamás una ocasion, no atreviéndose, sin embargo, á leer mis escritos con su acento italiano, metióse entre los que presidían la ceremonia, advirtiéndoles de que aún había otros versos que leer, y como me había llevado

por delante, hizome audazmente llegar hasta la primera fila, púsome entre las manos la desde entónces famosa cartera del capitan, y halléme yo repentina é inconscientemente á la vera del muerto, y cara á cara con los vivos.

El silencio era absoluto: el público, el más á propósito y el mejor preparado; la escena solemne y la ocasion sin par. Tenia yo entónces una voz juvenil, fresca y argentinamente timbrada, y una manera nunca oida de recitar, y rompí á leer..... pero segun iba leyendo aquellos mis tan mal hilvanados versos, iba leyendo en los semblantes de los que absortos me rodeaban, el asombro que mi aparicion y mi voz les causaba. Imaginéme que Dios me deparaba aquel extraño escenario, aquel auditorio tan unísono con mi palabra, y aquella ocasión tan propicia y excepcional, para que ántes del año realizase yo mis dos irrealizables delirios: creí ya imposible que mi padre y mi amada no oyesen la voz de mi fama, cuyas alas veía yo levantarse desde aquel cementerio, y ví el porvenir luminoso y el cielo abierto..... y se me embargó la voz y se arrasaron mis ojos en lagrimas..... y Roca de Togores, junto á quien me hallaba, concluyó de leer mis versos; y miéntras él leía..... ¡ay de mí! perdónenme el muerto y los vivos que de aquel auditorio queden, yo ya no los veía; miéntras mi pañuelo cubria mis ojos, mi espíritu habia ido á llamar á las puertas de una casa de Lerma, donde ya no estaban mis perseguidos padres, y á los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos, en donde ya no estaba tampoco la que ya me habia vendido.

¡Feliz aquel cuyo primer amor se malogra! ¡Desventurado aquel cuyo primer delito es una rebelion

contra la autoridad paternal! Al primero le abre Dios el paraíso terrenal: del segundo no deja que repose la conciencia.

Cuando volviendo de aquel éxtasis, aparté el pañuelo de mis ojos, el polvo de Larra había ya entrado en el seno de la madre tierra: y la multitud de amigos y conocidos que me abaraban no tuvieron gran dificultad en explicar quién era el hijo de un magistrado tan conocido en Madrid como mi padre.

Pero, ¿sabe V., mi buen Velarde, quién era entonces, lo que valía y cómo y por quién llegó á ser famoso su agradecido amigo?

V.

LA importuna pregunta con que concluí mi artículo-carta del lunes 20 de Octubre, me obliga á dirigirle á usted esta, mi estimado Sr. Velarde.

Tal vez enoja á V. ya, mi querido poeta, el verse tomado en pluma, que no puede aquí, á mi ver, decirse en boca, por un viejo impertinente que se empeña en contarle sus necedades de muchacho ; pero disimule usted tal impertinencia, porque tiene sólo por móvil mi gratitud á V. por su artículo del lunes 29 de Setiembre, con el cual motivó V. la publicacion de estas mis cartas. Usted pertenece al porvenir, y mira naturalmente hácia adelante; al mirar yo hácia atrás, porque pertenezco al tiempo viejo, al relatar á V. lo que en él fui, tenga V. presente que no pretendo servirle á V. de ejemplo, sino de escarmiento; puesto que viviendo yo hoy persuadido de que el porvenir le guarda á V. un muy elevado lugar en la república de las letras, quisiera yo, por la mucha estima en que le tengo, que las suyas le dieran tanta fama como á mí las mías, pero que le fueran de más utilidad y provecho. Por eso no más voy á decir á V. lo más sucintamente posible quién

era, lo que valia y cómo y por quién llegué yo á ser tan famoso en aquel viejo tiempo, cuyos recuerdos me complazco ahora en evocar, no quiera Dios que con hastío ó impaciencia de V. y de los suscritores de *El Imparcial*.

No teman estos, y sea esto advertido de paso, que llene yo sus columnas con los insignificantes y poco trascendentales sucesos de mi vida. A mí, que no he ocupado jamás ningun cargo público, que no he sido ni embajador, ni ministro, ni siquiera individuo de corporacion ni academia alguna, jamás me ha sucedido nada que sea digno de ser sabido, ni ménos contado: ni me acosa tampoco vanidad tal ni tal comezon de bombo, que intente no dejar pasar un lunes sin hablar de mí mismo, para que no me olviden mis contemporáneos, ni se den los venideros de calabazadas por mis estupendas fechorías. Para que mis contemporáneos no me olviden, basta ese bravucon inocente y desvergonzado perdonavidas llamado *D. Juan Tenorio*, que está encargado contra mi voluntad y por la del pueblo español, de no dejarme olvidar en España; y con decir de este drama mio y del *Zapatero y el Rey* cómo y por qué fueron escritos y cómo y por quién fueron y son hoy representados, pienso dar fin á estos mis recuerdos del tiempo viejo; y si quiera sea con pesadumbre de algunos, y desengaño de muchos, será tambien con honrado cumplimiento del deber mio y descargo de mi conciencia.

Continúo, pues, mi relato, tomándolo en el mismo cementerio de Fuencarral, donde lo dejé.

Rompiendo por entre los amigos que me abrazaban, los entusiastas que me felicitaban y los curiosos que absortos me contemplaban, enfundado en mi gran *surtout*

de Jacinto Salas y circundado por mi flotante melena, un mancebo pálido y aguileño, de resueltos modales y de atrevida y casi insolente mirada, me asió cariñosamente de las manos, diciéndome: «Tenga V. la bondad de venirse conmigo, para presentarle á dos personas que desean conocer'e.» Seguíle, y sacándome de aquella confusion, me hizo subir á una cómoda y elegante carretela, cuyos dos asientos, uno del fondo y otro de adelante, estaban ocupados por dos individuos del sexo feo, cuya fisonomía no podía yo ver ya bien, porque ya era casi de noche. Saludáronme y correspondíles; colocáronme en el asiento de honor; colocóse mi presentador en frente de mí; cerró el lacayo la portezuela, y á la voz del de mi izquierda, que dijo: «Calle de la Reina,» salieron á un resueltísimo trote las dos poderosas yeguas que nos arrastraban: y, como dicen los mejicanos, «de las vidas arrastradas, la mejor es la del coche,» y aquella carretela inglesa estaba maestramente montada sobre sus muelles. Hablábanme dos, de los tres con quienes en ella iba, y contestábales yo, sin recordar ya de lo que hablamos, y sin saber entónces con quiénes, en la semi-oscuridad crepuscular.

La direccion dada á la calle de la Reina era á la fonda de Genyes, que era entónces lo que hoy Fornos y Lhardy; de donde yo deduje que mis nuevos amigos moraban ó comían en ella habitualmente, puesto que el nombre de la calle habia bastado al cochero para sentar en firme sus yeguas á la puerta de la fonda. En un gabinete estaba preparada una mesa con tres cubiertos; añadieron el cuarto para mí; desembarazáronse ellos de sus abrigos exteriores, quedándome yo con el mio por razones que no son del caso; sentámonos á la mesa y presentóme mi presentador á mis comensales. El de mi

derecha era Buchental, llegado á Madrid hacia pocos meses; nuestro anfitrión era un rubio como de cuarenta años, de amenísima conversacion, con la cual demostraba que habia viajado mucho, de cuyo nombre no me he podido volver á acordar, á quien no he vuelto á ver más, y por quien no tuve despues ocasion de preguntar á mi resuelto y aguileño presentador: que era ni más ni ménos que Luis Gonzalez Brabo, ántes de ser diputado, embajador y ministro. Desde aquella tarde fué para mí Luis, como yo para él fuí Pepe; la suya fué la primera mano en que me apoyé para poner mi pié derecho en el primer escalon del efimero alcázar de mi fama: y desde entónces no he tenido un más bravo amigo que Gonzalez Brabo. No era por entónces más que *tijera* en no recuerdo qué periódico; pero segun fué ascendiendo por la escala de la fortuna, se volvió á mí desde cada peldaño que subia, á tenderme aquella misma mano con que me sacó del cementerio; pero mi objetivo, como hoy se dice, no era la política, y con tanta pena suya como desden mio, le dejé subir solo. Ignoro lo que fué Luis Brabo social ó políticamente considerado, porque he vivido veinte años fuera de España y once en América, sin correspondencia con Europa; cuando volví á Madrid en 1866 era presidente del Consejo de ministros y decian que tenia la nacion en sus manos; pero para mí fué el mismo Luis Brabo, que me la tendió como en 1837; el primer amigo del poeta Zorrilla.

Aquí dirá V., mi querido poeta Velarde: ¿cómo el primero? ¿Pues y los Villa-Hermosa y los Madrazo, y Assas y Miguel Alvarez y Fernando de la Vera, sus condiscípulos de Universidad y del Seminario? ¿Y Joaquin Massard y Roca de Togores cuyas manos tomaron de las de V. los versos que le abrieron las puertas de la

sociedad y le dieron la nombradía?—Los Villa-Hermosa, los Madrazo, Alvarez y de la Vera, eran los amigos de mi niñez: los del estudiante y del discípulo; los amigos cariñosos, casi los hermanos, del mancebo que iba á ser hombre; la casualidad llevó á Massard á la biblioteca y me puso al lado de Roca de Togores en el cementerio: pero Luis Brabo buscó el primero al poeta y no abandonó jamás al amigo. La primera obligación del narrador es ser verídico: la del hombre bien nacido la de ser justo: la del hombre noble ser agradecido. Desde la fonda me llevó Luis Brabo, orgulloso de llevarme, al café del Príncipe, donde hallé á Breton, á Ventura, á Gil y Zárate, á García Gutierrez, que me reconoció y con quien trabé pronto amistad; al buen Hartzenbusch, á quien quise desde aquella noche como á un hermano mayor, y que fué parte y testigo de sucesos íntimos y posteriores de mi vida, y en fin, á la mayor parte de los que por entónces figuraban en las letras y en las artes.

No sé quién me llevó á las diez á casa de Donoso Cortés, que aún no era el marqués de Valdegamas: allí encontré á Nicomedes Pastor Diaz y á D. Joaquin Francisco Pacheco, quienes con el conocido jurisconsulto Perez Hernandez, estaban tratando de publicar su periódico *El Porvenir*.—Preguntáronme mil cosas: examináronme, sin que de ello me apercibiera, de lo que habia aprendido en el colegio; indagaron lo que habia leído, lo que me habia propuesto. Yo era un chico, no cumplí veinte años hasta cuatro dias despues del de la muerte de Larra: estaba animado por el éxito de aquella tarde y por los plácemes y aplausos que acababa de recibir en el café del Príncipe; recitéles mi destartalada composicion «A Venecia», el romancillo de unos Gomeles que corrian por la vega de Granada, y unas redon-

dillas á una dueña de negra toca y mongil morado, que sea dicho de paso y con perdon de mis admiradores, pero en Dios y en mi ánima creo que no sabia yo entonces lo que era mongil, segun el color morado episcopal de que le teñí. Donoso y sus amigos debieron apereibirse de mi poco saber; pero se fascinaron con las circunstancias fantásticas de mi aparicion, y con la excentricidad de mi nuevo género de poesia y de mi nueva manera de leer, y me ofrecieron el folletin de *El Porvenir* con 600 reales mensuales; único sueldo que en este periódico se debia de pagar, porque iban á escribirle sin interés de lucro, en pró de su política comunión.—Diéronme á traducir para el periódico uno de los infantiles cuentos de Hoffmann, y á las doce me llevó Pastor Diaz consigo á su casa.—Pastor Diaz, cuya alma de niño simpatizó con la ignara candidez de la mia, me entretuvo hasta muy avanzada hora, desde la cual hasta la de su muerte, me tuvo el más fraternal cariño.

No era ya aquella la de volver á recogerme á la bohardilla del cestero, y... á pesar del frio, vagué por las calles hasta el nuevo dia, abrigado interiormente con el champagne y el café de mi generoso y desconocido anfitrión, y exteriormente sostenido con la esperanza y las ilusiones de mis aún no cumplidos veinte años.

No recuerdo ya donde me amaneció; pero á las ocho estaba ya á la cabecera de la cama de Alvarez, contándole mis venturas del dia anterior; de las cuales nada sabia, no habiéndole yo podido buscar desde que hacia veinte horas me habia separado de él, para ir á llevar mi carta á *El Mundo* y mis versos á Massard.—Asombróle primero lo sucedido; alegróle despues; lloramos, reimos, ayudéle á vestir, y saltamos y cantamos al redor del chocolate como los indios de Fenimore Cooper

al rededor del postre de la guerra; la patrona creyó que nos habia caído la lotería.

Como si tal nos hubiera acontecido, nos echamos á la calle y comenzamos á dar fin á los pocos duros que le quedaban á Alvarez; declarámonos los dos modernos Píldes y Orestes; presentéle yo á cuantos me presentaron; presentóme él á la que despues fué mi mujer, y cuando llegaron á nuestras manos mis primeros treinta duros de «El Porvenir», de Donoso, nos creimos dueños del Universo.

VI.

COMO el relato de las muchachadas de ambos no entra por nada en la explicacion de mis preguntas finales en el artículo del lunes último, voy adelante con mis desatinos personales. Escribí muchos en *El Porvenir*: á Cervantes y á Calderon, cuantos pudieron ocurrírseme, y á la luna de enero, donde dije que el cielo era ojo de la eternidad y la luna su pupila; escribí, en fin, los suficientes para impacientar á cuantos tenían sentido comun y estudios, y gusto en las bellas letras; pero Nicomedes y Donoso seguían sosteniéndome y animándome, y yo seguí asombrando al público con la multitud de mis poéticos engendros.

Una noche me encontré al volver á mi casa de pupillaje, una carta de D. José García Villalta que decia: «Muy señor mio: he tomado la direccion de *El Español*, periódico cuyas columnas surtía Larra con sus artículos: pues la muerte se llevó al crítico dejándonos al poeta, entiendo que éste debe de suceder á aquel en la redaccion de *El Español*. Sírvase V., pues, pasar por esta su casa, calle de la Reina, esquina á la de las Torres, para acordar las bases de un contrato. Suyo, afectísimo, *J. G. de Villalta*».

Era este el autor de *El golpe en vago*, la novela mejor escrita de las de la colección primera del editor Delgado. Teníale yo en mucho desde que la había leído, y las relaciones entabladas con el hombre acrecentaron mi respeto y mi estimación hacia el escritor. Villalta era un hombre de mucho mundo y de un profundo conocimiento del corazón humano: de una constitución vigorosa, con una cabeza perfectamente colocada sobre sus hombros; de una fisonomía atractiva y simpática, con una boca fresca, cuya sonrisa dejaba ver la dentadura más igual y limpia del mundo. Su cabellera escasa era rubia y rizada, y no he podido nunca explicarme el por qué su busto abultado de contornos me recordaba el olímpico busto de Neron, pero del Neron poeta y gladiador en su viaje á Grecia: el Neron que ponía fuego á dos viejos barrios de Roma para obligar al municipio republicano á construir otro nuevo, tan suntuoso como la mansión palatina que él junto á lo incendiado habitaba. Yo tengo á Neron por un emperador muy calumniado; y desde que he vivido en Roma, estoy convencido de que hizo bien en quemar lo que quemó, para que se construyera lo que se construyó; y á este Neron que yo me figuro, es el Neron á quien me figuraba yo que se parecía Villalta.

El hecho es que Villalta era todo un hombre: sóbrio y diligente, pero gracioso y amabilísimo; como andaluz de la buena raza, su trato era fascinador; y en cinco minutos hizo de mí lo que le convino en nuestra primera entrevista; el cuarto en que esta pasó infuyó sin duda en mi aceptación. Era una sala grande cuadrada, en cuyas blancas paredes no tenía Villalta más adornos que dos espadas de combate, dos sables de academia de armas y un magnífico par de pistolas. Una grandísima mesa

de despacho cargada de papeles estaba entre él y yo, y por una puerta entreabierta se veía en el inmediato aposento el baño del que acababa de salir.

Vió Villalta que no era yo hombre de abandonar á Donoso y á Pastor Diaz, sin una grave razon, y me dió una carta para ellos, en la que les decia las proposiciones que me habia hecho y las razones que yo le daba. *El Porvenir* tenia apenas suscripcion, y *El Español* la tenia numerosa. Si me querian bien, debian dejarle dar á mis versos la más lata publicidad, etc.

Ofrecíame un sueldo con que no habia yo contado nunca, y que entónces creo que no sabia contar en moneda efectiva: pagarme aparte las poesías del número de los domingos, que era una revista de mayor tamaño; la colaboracion en el folletin con Espronceda convaleciente ya de una larga enfermedad, y mi presentacion inmediata en su casa por él en persona. Espronceda era el ídolo de mis creencias literarias. Donoso y Pastor Diaz me autorizaron abrazándome para abandonarles, y me pasé al campo de Villalta sin traicion ni villanía.

Continué en él publicando centenares de versos, entre los cuales habia algunos chispazos de ingenio que hacian, por efecto de la moda, no parar mientes en mis infinitos y excéntricos disparates. Es verdad que contribuian á darlos boga las lecturas que de ellos hacia en los salones del Liceo, en el palacio de los duques de Villahermosa, quienes, ausentes de Madrid á la sazón, se los habian cedido á aquella sociedad literaria y artística. Era el Liceo... Pero ya ha dicho lo que era en *La Ilustracion* el ameno *Curioso parlante* D. Ramon de Mesonero Romanos; y ante él arría bandera quien en su juventud supo aprovecharse de su picante y donosa crítica, y hoy se complace en hallar una ocasion de dar-

le una prueba pública de consideracion y respeto. Allí, en el Liceo, reñí yo y gané grandes batallas, y cobré fama de gran lector; allí ayudé á subir á la tribuna y entrar en la palestra literaria á Rodriguez Rubí, con su precioso romance de la venta del jaco; allí coroné una noche á Carolina Conrado y presenté una mañana á Gertrudis Avellaneda; allí... pero lo que sucedió allí lo sabe todo el mundo, y lo que no sepa se lo dirá mejor que yo el *Curioso Parlante*.

Ya se lo ha dicho en *La Ilustracion* del 22 de Octubre: «de allí salieron los que allí figuraron despues como ministros, embajadores, consejeros, senadores, diputados y publicistas, alternando en diversos bandos y épocas, segun la marcha de los sucesos: y sólo Zorrilla y el que esto escribe se obstinaron en conservar su independencia y su nombre exclusivamente literario, sin aspirar á su engrandecimiento por otros caminos; con la circunstancia en pró de Zorrilla de que á mí sólo me faltaba la ambicion, y á Zorrilla le faltaban la ambicion y la fortuna.» Esto dice D. Ramon de Mesonero Romanos, y Dios le bendiga como yo le agradezco que lo haya dicho.

Lo que no dice y le voy á decir yo á V., mi querido Velarde, es cómo éste á quien llama ilustre, corriendo quijotesicamente trás de ideales fantásticos, no era en la vida social ni en la literaria más que un tonto y un ingrato.

VII.

LENTA y perezosa carrera lleva mi correspondencia epistolar con V., mi querido poeta, interrumpida dos veces por versos que no pudieron ménos de ser en su lugar publicados: atañendo ambas á asuntos tan perentorios y tan de actualidad como es el de las inundaciones y el de mi escaso beneficio (*). Concluyo, pues, con las noticias que de mí me propuse dar á V: y Dios haga que la gente de hoy vea bajo su verdadero punto de vista, y tome en su sentido verdadero, lo que de mí me resta que decirle.

Una tarde me dijo Villalta: «esta noche irémos á casa de Espronceda, que ya desea ver á V.» Figúrese usted que un creyente hubiera enviado por escrito su confesion al Papa, y que S. S. le hubiera contestado: «venga V. esta noche por la absolucion ó la penitencia» esta fué mi situacion desde las cuatro de la tarde, hora en que Villalta me anunció tal visita, hasta las nueve de la noche, hora en que se verificó. Yo creía, yo idolatrabá en Espronceda. Si aquel oráculo divino á quien yo iba á consultar desaprobaba mis versos, si aquel ídolo á

(*) Estas dos composiciones van en el apéndice de esta obra.

cuyos piés iba yo á postrarme desdeñaba mi homenaje, no tenia más remedio que irme á buscar á mi padre á la corte de Oñate, y suplicarle con trito que me matriculase en la Universidad de Vergara.

Villalta leyó sonriendo en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior, y me condujo en silencio á la calle de San Miguel, núm. 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aún tenia que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba, y diciendo sencillamente «aquí tiene V. á Zorrilla», me empujó paternalmente hácia el lecho en que estaba incorporado Espronceda. Yo, no encontrando una palabra que decir, sentí brotar las lágrimas de mis ojos, los brazos de Espronceda en mi cuello, sus labios en mi frente, y su voz que decía á Villalta, «es un niño».

Hubo un minuto de silencio, del cual no he sabido nunca hacer un poema: Villalta se dispidió y nos dejó solos; de la conversacion que siguió... no me acuerdo ya: al cabo de media hora nos tuteábamos Espronceda y yo, como si hiciera veinte años que nos conociéramos; pero la luz que estaba en el gabinete no iluminaba la alcoba, en cuya penumbra no habia yo todavía visto á Espronceda; «no te veo», le dije; «pues trae la luz», me respondió; y trayendo yo la bujía, le contemplé por primera vez, como á la primera querida que me hubiera dado un beso á oscuras.

La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara, pálida por la enfermedad, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas y rectas, doselaban sus ojos límpidos é

inquietos, resguardados como los del leon por riquisimas pestañas: el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculta en un fino bigote y una perilla unida á la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa pronta y frecuente, no rompía jamás en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas. A mí me pareció una encarnacion de Píndaro en Atinoo: de tal modo me fascinó su belleza varonil, su conversacion animada y la alta inspiracion de su poesia. Espronceda sabia más que la mayor parte de los que despues de él hemos alcanzado reputacion: discipulo de Lista como Ventura de la Vega y Escosura, era buen latino y erudito humanista; pero empapado en la poesia inglesa de Shakespeare, Milton y Pope, era la personificacion del clasicismo apóstata del Olimpo, y lanzado, Luzbel-poeta, en el infierno insondable y nuevamente abierto del romanticismo.

Espronceda era leal, generoso y bueno: la política y los amigos le dieron un carácter y una reputacion ficticia, que jamás le pertenecieron; y las medianías vulgares le han calumniado despues de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames, que jamás pensó en producir.

A la tercera visita que le hice de dia, me cansé de la sociedad de sus amigos: no porque su conversacion me espantara, sino por que no la comprendia; vivia yodado á mi trabajo, y no conocia á nadie de los ni de las de quiénes allí se hablaba. Una noche entré en su alcoba despues de las doce: dolores articulares y escasez nece-

saría de nutrición teníanle á él desvelado, y á mí con pocas ganas de recogerme temprano la estrechez de mi pupilaje.

—Vengo á esta hora—le dije—porque es en la que no tienes amigos en tu casa.

—¿No te gustan mis amigos?

—No.

—Pues hablemos de otra cosa; y me alegro de que tengas libres estas horas, que son para mí las más insupportables; ¡tardo tánto en conciliar el sueño!..

Hacia poco que le habia abandonado Teresa: yo ni la conocía, ni aun tenia por entónces conocimiento de que existiese: yo no conocía de la vida de Espronceda más que sus escritos; yo adoraba al poeta, y aun no conocía del hombre ni siquiera la persona, puesto que no le veía más que en el lecho donde le retenia su enfermedad.

Seguí pues yendo á visitarle despues de media noche.

Y de aquellas conversaciones á solas con Espronceda sí que podría yo hacer un libro; pero hay libros que no deben ser leídos hasta cuarenta años despues de escritos.

Espronceda y yo nos quisimos y nos estimamos siempre; pero nuestras diversas costumbres, áunque no las entibieron, hicieron ménos frecuentes nuestras relaciones. Yo deserté el primero del cafetin del teatro del Príncipe, en donde nos juntábamos, y me pasé al de Sólito, con los Gil y Zárate, G. Gutierrez y otros, á quienes comenzó á importunar el elemento militar y político que se incrustó allí en el literario; y con motivo de mi primer matrimonio, del cual Espronceda no se atrevió á hablarme más que una vez, comprendió que el niño era ya hombre; y habiendo ya escrito *El Cristo de la Vega* y

Margarita la Tornera, estimó al hombre como un hermano y al poeta como ingenio privilegiado que él era, y que no tenía nada que envidiar al mono atrevido que osaba trepar á tientas al Parnaso.

Encorréme yo en mi casa y seguí produciendo libros: García Gutiérrez me dió la mano para presentarme en la escena, ó más bien me sacó á ella en brazos, en un drama que escribimos juntos, y comencé la vida aislada y poco social que he llevado siempre. La gimnasia, que necesitaba mi sistemésina naturalera, el tiro de pistola, que en tiempos tan revueltos no era inútil estudio, y los paseos á caballo por fuera de puertas, eran mis perennes entretenimientos; en medio de los cuales escribí once tomos de versos, de los cuales no he sabido jamás cuatro de memoria.

El Liceo concluyó entre tanto, saliendo sus socios más notables para las embajadas, los ministerios y los destinos más importantes de la nación: Mesonero Romanos se fué á su casa, cargado de memorias, y yo á la mia de coronas de papel recogidas en una funcion de obsequio que se me dió, y con un album en cuya primera hoja escribió S. M. la Reina D.^a Isabel, Tal fué el fin y el fruto que yo saqué del Liceo.

Salustiano Olóraga, á quien había hecho emigrar mi padre cuando era superintendente general de policía, y que fué uno de mis mejores amigos, me ofreció la entrega de mis bienes paternos, que habían sido secuestrados; pero yo rehusé incautarme de ellos, creyendo que «pues había abandonado mi casa, había renunciado á mis derechos de hijo...» Olóraga vió que yo era un tonto: mi padre me lo dió cuando volvió de su emigración, y yo lo creo ahora que lo escribo. Mi quijotesco modo de ver las cosas y mi caballeresco desprendimien-

to no fué apreciado por nadie: mi padre me dijo que habia hecho mal en no aprovechar mi favor en el partido liberal, sacrificio que yo creia muy agradable á su intransigencia realista; mi extrañamiento de la sociedad y mi vida oscura de diario trabajo, no me procuró más amigos que el público; y como todos no son nadie, no tuve más amigo que mi trabajo; y como corriendo los tiempos cambian las aficiones y las predilecciones sociales, yo gané mucha fama con dos ó tres afortunadas obras, y llegué á la vejez como la cigarra de la fábula. Pero en mis famosas obras se revela la insensatez del muchacho falto de mundo y de ciencia, exento de todo sentido práctico, y jamás apoyado en principio alguno fijo.

Yo debia mi fama á mis inspiraciones románticas de Toledo.

Aquella gótica catedral, cuyas esculturas se habian levantado de sus sepulcros para venir á cruzar por mis romances y mis quintillas; aquel órgano y aquellas campanas que en ellos habian sonado; aquellos rosetones, capiteles y doseletes; aquellos cláustros católicos, aquellas mezquitas moriscas, aquellas sinagogas judías, aquel río y aquellos puentes y aquellos alcázares que habian dado á mis *repiqueados* y desiguales versos la vistosa apariencia de sus festonadas labores de imaginaria y de crestería, no me habian merecido más que el desprecio de su antigüedad y la mofa de su perdida grandeza; y aquel pueblo, á cuyas costumbres, á cuyas tradiciones y á cuyas consejas debia yo todo el valor de mi poesía lírica y legendaria, no me mereció más que el epíteto de *imbécil*, en aquella estrofa, padron de mi infamia:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza:

gracia ni es que alivie el hambre
 lo que Toledo le aglora tal.

Tiene un templo curado en una frontera,
 las puertas y entre ruinas y sillares
 un altar cubierto en una alfara
 y un pueblo insensil que vejeta al pñ.

Concibe V. poeta más necio y más ingrata, mi querido *Veárate*? Por qué llamé yo *insensil* al pueblo de Toledo? Por que era religioso y legendario, y pretendía yo edificaciones de incréculo y de viltariano? Pues entonces, por qué seguía buscando fama y favor con mi poema de *Maria* y con el carácter religioso y creyente de todas mis obras? Porque el insensil era yo, y gracias á Dios que me ha dado tiempo, juicio y valor civil para reconocer y confesar públicamente en mi vejez mi juvenil insensibilidad.

En cuanto á mi ingratitud... por más que me avergüence y me humille tal confesión, no quiero morir sin hacerla. La muerte de Lara fué el origen de mis versos leídos en el cementerio. Su cadáver llevó allí aquel público, dispuesto á ver en mí un génio salido del otro mundo á éste por el hoyo de su sepultura; sin las extrañas circunstancias de su muerte y de su entierro, hubiera yo quedado probablemente en la oscuridad, y tal vez muerto en la más abyecta miseria; y apenas me ví famoso, me desculpé diciendo un día:

Nací como una planta corruptida
 al borde de la tumba de un malhecho, etc.

Hé aquí un insensato que insulta á un muerto, á quien debe la vida; que intenta deshonrar la memoria del muerto á quien debe el vivir honrado y aplausido. ¿Con-

cibe V., Sr. Velarde, un ente más ingrato ni más imbecil? Pues ese era yo en 1840; mezcla de incredulidad y superstición, ejemplar inconcebible de progresista retrógrado, que ignoraba, por lo visto, hasta la acepción de las palabras que escribía.

Han trascurrido treinta y nueve años: nadie ha venido jamás á pedirme cuenta de mis palabras, y aprovecho la primera, aunque tardía, ocasión que á la pluma se me viene, para dar á quien corresponde una satisfacción espontánea y jamás por nadie exigida; quiero decir: á los toledanos de hoy y á los hijos de Larra.

Y en estas últimas líneas, con las que con V. corto mi correspondencia, fundo yo más vanidad, mi querido Velarde, y espero que halle V. más motivo de estimación que en los cuarenta tomos de versos que lleva escritos el autor de *D. Juan Tenorio*.

VIII.

ABREVIEMOS este relato, sobre el cual deseo pasar como sobre áscuas. Mis memorias son demasiado personales para inspirar interés, y demasiado íntimas para ser reveladas en vida: temo además que parezcan comezon de hablar de mí mismo, cuando siento un profundísimo anhelo y tengo perentoria necesidad de desaparecer de la escena literaria

á vivir en el olvido
y á morir en paz con Dios.

Corramos, pues, cuatro años en cuatro líneas. Habíame hecho conocer como poeta lírico y como lector en el Liceo: el editor Delgado me compraba mis versos coleccionados en tomos, despues de haber sido publicados en *El Español* y en otros periódicos; pero terminada la guerra carlista con el convenio de Vergara, emigró mi padre á Francia y era forzoso procurarle recursos. Acudí á mi editor D. Manuel Delgado, quien á vueltas de larguísimas é inútiles conversaciones no me dejaba salir de su casa sin darme lo que le pedia; es decir, ja-

más me lo dió en su casa, sinó que me lo envió siempre á la mia á la mañana siguiente del dia en que se lo pedí: parecia que necesitaba algunas horas para despedirse del dinero, ó que no queria dejarme ver que lo tenia en su casa, ó que no era dueño de emplearle sin consulta ó permiso prévio de incógnitos asociados. Como quiera que fuere, comenzó á pasarme una mensualidad, de la cual enviaba parte á mi padre; pero era preciso trabajar mucho; y tan falto de ciencia como de tiempo, continué produciendo tántas líneas diarias cuantos reales necesitaba, sin tiempo de pensar ni de corregir las vanalidades que en ellas decia. Comprendiendo al fin que no era posible repicar y andar en la procesion, suprimí las amistades del café y las visitas de cumplimento; y encerrándome en mi casa cerré su puerta á los ociosos y á los gorristas; quedándome reducido á la cariñosa amistad de Pastor Diaz, á la proteccion incondicional de Donoso Cortés, y á la sociedad de G. Gutierrez, á quien quise y quiero como á un hermano mayor, y á la de Fernando de la Vera, el corazon más leal y más constante de cuantos me han acordado su afecto y pasado cariñosamente por las desigualdades de mi carácter.

Años hemos pasado juntos y años sin vernos ni escribirnos; al volvernos á encontrar, Gutierrez despliega la misma sonrisa semi-séria con que nos despedimos hace treinta años, y Fernando de la Vera, de prodigiosa memoria, toma la conversacion donde la dejamos hace veinte. Yo admiro y saboreo aún los versos de G. Gutierrez, aunque ya él no me los lee, y Fernando de la Vera se admira de haber escrito los suyos, sin haber tenido jamás necesidad de escribirlos. Los Villa-Hermosa habian desaparecido de Madrid; y cuando yo leia mis

versos en las sesiones del Liceo, en los salones de su palacio, esperaba siempre ver aparecer por detrás de algun tapiz la severa figura del viejo duque, que me perdonaba las muchachadas que le enojaron, ó la pálida hermosura de la duquesa, que tengo aún en las pupilas como la imágen de la duquesa de quien habla Cervantes, ó la faz, en fin, semi-burlona del actual duque, que venia á decirme: «Mira cómo te regocijas en mi casa, como si estuvieras en la tuya.» Los Madrazos se habian dividido en muchas familias, y Espronceda entre sus ruidosos amigos me llamaba el viejo de veinticuatro años.

Pero era preciso vivir, y para vivir era forzoso trabajar. La casualidad, que es la providencia de los españoles, y la debilidad de García Gutierrez para conmigo, me abrieron campo más ancho, franqueándome la escena, cuando más necesitaba variar y acrecentar mis medios de accion y de subsistencia.

No recuerdo por qué ni cómo, porque aún no conocia el teatro por dentro, habia quedado Madrid aquel verano sin compañía dramática alguna, ni por qué ni cómo andaban por las provincias Matilde, los Romeas y los empresarios habituales de sus coliseos: el hecho era que desde fines de Mayo actuaba en el del Príncipe una sociedad improvisada, bajo un programa tan modesto que no anunciaba más pretensiones que la de no dejar al público de Madrid sin ningun espectáculo. Componíanla García Luna, Juan Lombía, Pedro Lopez, Alverá, Bárbara y Teodora Lamadrid, la Llorente, la Puerta como graciosa, Azcona, Monreal y media docena de bailarinas. Luna y la Bárbara eran ya actores de reputacion; Azcona y la Llorente eran resto de las buenas compañías de Grimaldi: Breton no habia aún escrito

para Lombía *El pelo de la dehesa*, y no había tenido aún tiempo Teodora de abordar los grandes papeles. Una mañana de Junio, miércoles ántes de un *Corpus Christi*, pasaba yo por la calle Mayor, de vuelta de casa de Delgado, á quien no había podido ver; acordéme de que hacia más de un mes que no veía á G. Gutierrez, que habitaba en un piso principal de los soportales, y me ocurrió verle y ver si él me procuraba el dinero que de Delgado no había obtenido. Colocaban los operarios del municipio el toldo para la procesion del dia siguiente; y como yo anduviese por entónces muy dado á la gimnasia, para fortalecer el brazo izquierdo que me habia roto de muchacho, y como dos cuerdas del toldo colgasen hasta la calle, aseguradas en el balcon de G. Gutierrez, trepé á su aposento por tan inusitado camino, encontrándole todavía acostado, á pesar de ser cerca de medio dia. Nuestra conversacion no fué muy larga

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás aún en la cama?

—Porque me aburro: y tú, ¿qué traes?

—Mohina por no haber encontrado á Delgado en casa.

—¿Necesitas dinero?

—¿Cuándo no?

—Pues dos dias hace que estoy yo aquí discurrendo de dónde sacar dos mil reales.

—¡Pero, hombre, tú, con ofrecer una obra al teatro!..

—No tengo más que medio acto de un drama.

—Pues yo te ayudaré; y haciendo en tres dias tres actos cortos, yo me encargo de sacarle á Delgado el precio del derecho de impresion, y tú puedes tomar los de representacion de la compañía del Príncipe, que verá el cielo abierto de tener en Junio un drama del autor del *Trovador*.

Hice á Gutierrez oferta tal, sin pesar más que mi buen deseo, y aceptóla él sin pensar en mi inexperiencia del arte dramático, ni la distancia que entre él y yo mediaba. Convinimos en que él me escribiría el plan de su obra y vendria á las cuatro á comer con mi familia, para repartirnos el trabajo. Hízolo así Gutierrez; leyóme las dos primeras escenas que tenia escritas: tocóme á mí escribir el acto segundo, y nos despedimos al anochecer para juntarnos el jueves á las cuatro, á examinar el trabajo por ambos hecho en la noche. El jueves me trajo dos escenas más, y leíle yo todo el acto segundo. Asombróle mi trabajo y exclamó:—¡Demonio! ¿Cómo has hecho eso?—Pues poniéndome á trabajar ayer en cuanto te fuiste, y no habiéndolo dejado ni para dormir, ni para almorzar.

Fuése picado, y concluyó su primer acto en aquella noche: el viernes concluimos cada cual la mitad del tercero que le tocó: el sábado lo copié yo, el domingo lo presentó él al teatro y cobró tres mil reales, y el lunes cobré yo otros tres mil de Delgado... y no siguió aburriéndose García Gutierrez, y envié yo á mi padre dos mensualidades, y ganosos los actores de complacer al público, y éste de recompensarles su buena voluntad, se representó y se aplaudió el drama *Juan Dándolo*; en cuyo apellido esdrújulo veneciano cargamos nosotros el acento en su segunda sílaba, por razones que no hay necesidad de aducir: y cátenme ya autor dramático por gracia de García Gutierrez, que me aceptó en él por su colaborador.

Mi innata é inconsciente audacia me arrastró á escribir inmediatamente mi *Cada cual con su razon*, en cuya comedia atropellé la historia, clavándole á Felipe IV un hijo como una banderilla; pero la limpia y

armoniosa dición de Bárbara Lamadrid, la intencionada representación de García Luna, el empeño de Lombía, el esmero de Alverá en ensayar como profesor de esgrima el duelo á cuatro con espada y daga del primer acto, el discreto galán de algunas escenas, y mi insolente fortuna sobre todo, hicieron parecer un éxito la benevolencia del público con el atrevido mozalvete, autor de aquel afiligranado desatino.

«A mí que las vendo,» me dije: y á los dos meses presenté mis *Aventuras de una noche*, comedia en la cual levanté un chichón histórico á don Pedro de Peralta y otro al príncipe de Viana. Al infantil enredo de esta mi segunda comedia dieron un alto relieve la Bárbara y la Llorente: y á fin de año dí mi primera parte de *El Zapatero y el Rey*, en cuyo drama hizo Luna maravillas, y yo una conjuración de muchachos de colegio, que no hay narices con que admirar; pero en cuyo argumento hay realmente el gérmen de un drama.

Desde aquella noche quedé, como un mal médico con título y facultades para matar, por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela, capaz de asesinar y de volver locos en la escena á cuantos reyes cayeran al alcance de mi pluma. Dios me lo perdone: pero así comencé yo el primer año de mi carrera dramática, con asombro de la crítica, atropello del buen gusto y comienzo de la descabellada escuela de los espectros y asesinatos históricos, bautizados con el nombre de dramas románticos.

Si entónces hubiera vuelto mi padre de la emigración, y él con su jubilación de consejero de Castilla (que más tarde le concedió S. M. la Reina doña Isabel) y yo con el producto de mis leyendas, hubiéramos cuidado de nuestro solar y de nuestras viñas, habríamos

ambos vivido en paz; habria él muerto tranquilo y sin deudas, y hubiérame yo ahorrado tantos tumbos por el mar y tantos tropezones por la tierra, acosado por la envidia y por las calumnias de los que codician una gloria que no es más que ruido y unas coronas de papel, bajo cuyas hojas sin sávia vienen siempre millones de espinas, que bajan atravesando el cerebro á clavarse en el corazon de los que en España llegan á la celebridad literaria.

Pero mi padre, tenáz en sus opiniones, se obstinó en no acogerse á amnistía alguna; mi infeliz madre siguió oculta por las montañas, no queriendo ver ni aprovechar la tolerancia del progreso; y Lombía, al hacerse empresario del teatro de la Cruz, me ofreció un sueldo mensual por no escribir para el del Príncipe, á donde volvieron Matilde y Julian, y ajustó á Cárlos Latorre con la condicion de que estrenara mi segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, de la cual habia yo hablado, como consecuencia del ensayo hecho en la primera.

Lombía, actor de ambicion, empresario activo y espíritu tan malicioso como previsor, habiendo crecido en reputacion con la ayuda de las obras de Breton y de Hartzenbusch, sus amigos casi de infancia, no desaprovechó la doble ocasion, que á la mano se le vino, de interesar pecuniariamente en su empresa á Fagoaga, director entónces del Banco, y de ajustar en su compañía á Cárlos Latorre; á quien Julian Romea, su discípulo, habia desdeñado, dejándole sin ajuste en la suya del Príncipe. Latorre era el único actor trágico heredero de las tradiciones de Maiquez y educado en la buena escuela francesa de Talma. Su padre habia sido alto empleado en Hacienda, intendente de una provincia, en tiempos anteriores; y Cárlos, buen ginete, diestro en las

armas y de gallarda y aventajada estatura, habia sido paje del Rey José, y adquirido en Francia una educacion y unos modales que le hacian modelo sobre la escena. Grimaldi, el director más inteligente que han tenido nuestros teatros, habia amoldado sus formas clásicas y su mímica greco-francesa á las exigencias del teatro moderno, haciéndole representar el capitan Buridan de *Margarita de Borgoña* de una manera tan intachable como asombrosa y desacostumbrada en nuestro viejo teatro. Cárlos Latorre no era ya jóven, pero no era aún de desdeñar, sobre todo si se le procuraba un repertorio nuevo, en cuyos nuevos papeles, obligándole á concluir de perder sus resabios de amaneramiento francés, se le abriese un nuevo campo en que desplegar sus inmensas facultades.

Lombía se apresuró á ajustarle en su compañía del teatro de la Cruz, en la renovacion de cuyo escenario y decoracion de cuya sala gastó cerca de cuarenta mil duros; y agregándose al erudito y estudioso galan Pedro Mate, á la Antera y á la Joaquina Baus, heredera ésta de los papeles del teatro antiguo de la Rita Luna, y hermosísima dama de *Lo cierto por lo dudoso*, y á las dos Lamadrid, Bárbara, ya acreditada, y Teodora, esperanza justa del porvenir, juntó una numerosa aunque algo heterogénea compañía, de la cual no supo sacar partido por dejarse llevar de su vanidad personal y de las miserables rencillas de bastidores, dividiéndola en dos y sacrificando una mitad en provecho de la otra.

Pero es larga materia, y merece número aparte.

HACIA ya tres meses que habia abierto Lombía el teatro de la Cruz, corregido y aumentado con un espacioso escenario y un nuevo telar que permitian poner en escena las obras que más aparato exigiesen; pero como dueño de su caballo, se habia apeado por las orejas, y no habia puesto más que obras, en las cuales como en *El Cardenal y el judío*, se habian gastado muchos dineros á cambio de algunos silbidos y del desdén y la ausencia del público. Julian y Matilde con su compañía marchaban miéntras viento en popa, llevándose con justicia su favor y sus monedas al teatro del Príncipe. Lombía era un gracioso de buena ley y un característico de primer orden en especiales papeles; era uno de los actores más estudiosos y que más han hecho olvidar sus defectos físicos con el estudio y la observacion. Su figura era un poco informe por su ninguna esbeltez y flexibilidad; su fisonomía inmóvil, de poca expresion; y sus piernas un sí es no es zambas; cualidades personales que, en lo gracioso y lo característico, le daban el sello especial del talento, pues se veia que luchando consigo mismo de sí mismo triunfaba; pero le

hacian desmerecer en los papeles y con los trajes de galan, cuya categoría tenía afan de asaltar, saliéndose de la suya, en la cual algunas veces era una verdadera notabilidad: como en D. Frutos de *El pelo de la dehesa*, en el Garabito de *La redoma encantada* y en el exclaustrado D. Gabriel de *Lo de arriba abajo*. En tal empeño, y luchando desventajosamente con la competencia del Príncipe, llegó Lombía en el teatro de la Cruz á las fiestas de Navidad, habiendo agotado el bolsillo de Fagoaga y la paciencia del público.

Cárlos Latorre y la parte de la compañía que en su género sério le secundaba, apenas habia trabajado en unos cuantos dramas viejos, de los cuales estaba ya el público hastiado; y si la obra que en Navidad se estrenara no sacaba á flote la nave de la Cruz del bajo en que Lombía la habia hecho encallar, tenia las noventa y nueve contra las ciento de naufragar ántes de Reyes. Todos los autores de alguna reputacion estaban con Romea: excepto yo, que tenia señalados, pero no los cobraba, mil quinientos reales mensuales por no escribir para el Príncipe, y la obligacion de presentar un drama en Setiembre y otro en Enero. El 21 de Setiembre habia presentado la *Segunda parte del Zapatero y el Rey*: llegó, empero, el 23 de Diciembre, y se puso en escena, con grandes esperanzas, una *Degollacion de los inocentes*, arreglada del francés, y en la cual hacía Lombía el papel del rey *Herodes*. Fagoaga habia consentido en suplir gastos y abonar sueldos hasta la primera representacion de Noche-buena; pero los inocentes fueron degollados en silencio en el acto segundo, en medio de cuya degollina se presentó Lombía con el flotante manto y el tradicional timbal de macarrones en la cabeza, con el que solian representar á Herodes los pintores y esculto-

res de imaginería de la Edad Media; y el drama continuó arrastrándose penosamente hasta su final entre los aplausos de los amigos de la empresa, á quienes nos interesaba su porvenir, y la hilaridad del público de Noche-buena, que tomó en chungá á Herodes y á sus niños descabezados.

Entónces recordó la empresa que yo habia cumplido mi contrato, y que mi rey D. Pedro descansaba en el archivo, y preguntó si habria medio de ponerle en escena con la rapidez que exigian las circunstancias, y como tabla de salvacion del *Naufragio de la Medusa*, que habia tambien naufragado antes del degollador Tetrarca Hierosolimita.

El pintor-maquinista Aranda, que era amigo mio, habia armado y pintado en ratos perdidos, y con *palitos y tronchitos*, como se dice en lenguaje de bastidores, las decoraciones de mi drama: Latorre, Noren, Mate y la Teodora habian estudiado sus papeles, por no tener cosa mejor en que pasar su tiempo; de modo que con un poco de la buena voluntad á que obliga la necesidad con su cara de hereje, el rey D. Pedro podia presentarse al público con tres ensayos y el paso de papeles. Pero habia la dificultad de que el papel del zapatero requeria un primer actor, y Latorre y Mate se habian ya encargado de los del rey D. Pedro y del infante Don Enrique. Yo me fui derecho á Lombía, por consejo de Cárlos Latorre, y le dije: que el papel de zapatero era el principal del drama, puesto que se tiutlaba *El Zapatero y el Rey*, y no *El Rey y el Zapatero*; que los maldicientes malquerientes de la empresa, y nuestros enemigos naturales (que eran los del teatro del Príncipe), decian que no se atreveria nunca á presentarse en escena con Cárlos Latorre, y que por eso habia dividido en dos

la compañía ; que yo había escrito el papel de Blas expresamente para él, y que finalmente, el único modo de salvar el teatro y mi pobre drama, que trás de tantos tumbos y naufragios se iba á hacer á la mar, necesitaba al capitan del buque para cuidar del timon.

Lombia, ó vencido por mis razones, ó viendo que el papel era de aplauso seguro, aunque el drama no gustara, cayó en el lazo, aceptó el papel, se activaron los ensayos y llegó el momento de redactar el cartel. Aquí era ella. ¿Qué nombre iria en él delante? ¿El de Cárlos ó el suyo? Las vanidades del teatro son más incapaces de transaccion que las de D. Alvaro de Luna y del conde-duque de Olivares: Carlos cedió, en obsequio á mí; pero me costaba la transaccion más tal vez de lo que valía el drama: se me impuso la condicion de que había de consentir que se anunciase con mi nombre; cosa inusitada hasta entónces, y aún muy rara vez usada hoy en día. Neguéme yo á semejante innovacion, alegando que era un alarde de vanidad que iba á atraer indudablemente una silba sobre mi obra, y que mi nombre puesto en los anuncios desde la primera representacion, era un cartel de desafio, cuyo guante arrojaba la empresa y cuyo campeon inmolado iba á ser el pobre autor en cuyo nombre lo arrojaba. Sostuvo la empresa su opinion, alegando que, en el estado en que se hallaba el teatro, sólo mi nombre atraeria gente á la primera representacion, y que era una falsa modestia el encubrir mi nombre, porque ¿á quién se podría ocultar que habria escrito la segunda parte el mismo que había escrito la primera? Yo, entre la espada y la pared, pospuse mi derecho al bien de la empresa; y una mañana apareció el cartel anunciando la primera representacion de la *segunda parte* de *El Zapatero y el Rey*, por D. José Zorrilla: y el

nombre del poeta más pequeño que había en España, apareció en las letras más grandes que en cartel de teatros hasta entonces se habían impreso.

Resultó lo que yo había previsto: todos los poetas, periodistas y escritores de Madrid,—excepto Hartzembusch y Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, que me sostuvieron y ampararon siempre, y el Curioso Parlante, que no sé si había ido más que á la inauguracion del teatro de la Cruz,—se dieron de ojo para preparar la más estrepitosa caída á mi forzada vanidad: las cañas se me volvieron lanzas, y mis mejores amigos tornaron la espalda al orgulloso chicuelo que decia al firmar el cartel—«¡aquí estoy yo!—ficcó Blas y punto redondo.»—Apeché yo con la desventaja de la lucha y me resolví á morir en brava lid, como el gladiador á quien decia «digitum porgo» el pueblo de los circos de Roma. La empresa y los actores tomaron despechados á pechos llevar el drama adelante, y la noche del ensayo general estaba el teatro más lleno que lo iba á estar la de la primera representacion. Una multitud *de amigos* fué á estudiar las situaciones débiles, y las escenas difíciles y atacables de mi obra, para herirla á golpe seguro y en sitio mortal.

Era esta una escena del acto tercero. Pedro Mate, actor cuidadoso, idólatra de su arte y enamorado de mi drama por la amistad que me tenia, se habia encargado del ingrato papel de D. Enrique; y encariñado con él se habia hecho, no solamente un costoso traje, sinó una sombra de fino alambre y bien engomada gasa, moldeada sobre su mismo cuerpo, para que apareciese en el lugar en que mi acotacion la reclamaba. Aquella sombra era una maravilla de trabajo y de parecido: era un Pedro Mate, un infante D. Enrique flotante y trasparen-

te como una aparicion de vapor ceniciento: era una sombra del rey bastardo de un efecto maravilloso; pero cuanto más ligera, fantástica y asombrosa era aquella sombra, era tanto más difícil de manejar. Puesto sobre el fondo cárdeno de la piedra de la torre de Montiel al lado de Mate, daba frio y parecia fantasma desprendida del mismo D. Enrique; pero como Mate la habia ideado y confeccionado sobre mi acotacion que dice: «La sombra de D. Enrique... *aparece en lo alto del torreon, bajando poco á poco hasta colocarse en frente del rey,*» Mate la habia registrado en dos alambres paralelos en plano inclinado; pero por más exactamente paralelos y perfectamente aceitados que estuviesen, la figura de gasa cabeceaba al moverse, y bajaba tambaleándose como borracha, convirtiendo la aparicion temerosa en ridículo maniquí. Añadióle Mate peso en la cabeza y pataleaba como un ahorcado; púsosele á los piés y cabezeaba como los gigantones de Búrgos: cuanto más ensayábamos la presentacion de la sombra, más mala sombra tenia para el drama y para la empresa: y á las tres de la madrugada desocuparon los amigos y los curiosos el teatro diciéndonos: «hasta mañana.»

Cárlos Latorre, despues de arrancar de cólera con las uñas una media caña dorada de la embocadura, se fué á su casa renegando de la empresa, del drama, del autor y de la hora en que se ajustó en aquel desventurado teatro; y en él nos quedamos solos, Lombía paseándose por detrás de los torreones de carton de Montiel, el maquinista Aranda por delante con intenciones de quemarlos, el pintor Esquivel en una butaca de proscenio hilvanando una retahila de interjecciones de Andalucía, y yo respaldado en la embocadura sin poder digerir aquel

«hasta mañana» con que los amigos me habían emplazado tan sin merecerlo.

Aranda, que como una zorra cogida en trampa, daba vueltas por el proscenio, sin hallar salida para una idea en la confusión en que sentía entrampado su pensamiento, trabó un pié en un aparato de quinqués, portátil, volcólo rompiendo los tubos y vertiendo el aceite sobre un forllo que por tierra estaba, y al mismo tiempo que soltó alto y redondo uno de los votos que Esquivel ensartaba por lo bajo, se levantó éste exclamando— ¡ya está!—y trepando á la escena, empezó á extender el aceite por la tela del forllo, mientras acudíamos Lombía y yo á ver el estropicio de Aranda y la untura que Esquivel seguía dando al lienzo sin cesar de repetir: «Ya está, hombres, ya está!» De repente comprendimos el «ya está» de Esquivel por lo que éste hizo; toméme de la mano Lombía, y sacándome del teatro y dejando en él á los dos pintores, nos despedimos todos «hasta mañana,» y al cruzar la plazuela de Santa Ana para irme con el alba que ya lucía, á mi casa, núm. 5 de la plaza de Matute, lancé al aire con todo el de mis pulmones, aquel «¡hasta mañana!» que no había podido digerir.

X.

LEGÓ, en fin, aquel mañana, que en los teatros es siempre noche. El despacho del de la Cruz estaba cerrado, porque todas sus localidades estaban ya vendidas. El alumbrante había ya encendido los quinqués de los pasillos; los actores pedían ya luz para sus cuartos, y los comparsas se probaban los arrequives que mejor convenían á sus tan desconocidas como necesarias personalidades. Los comparsas son en el teatro y en la política de España lo más arriesgado y difícil de presentar.

Tenia yo por contrata el derecho de ocupar el palco bajo del proscenio de la izquierda en todas las funciones, excepto en las de beneficio: generosidad que hasta entonces no había costado nada á la empresa, porque apenas había tenido diez entradas llenas, fuera de los estrenos: mi familia entraba en el teatro por la plaza del Angel, y al palco por el escenario; con cuya costumbre sólo los actores me veían en el teatro, á donde no iba yo nunca á hacerme ver, sino á estudiar desde el fondo escondido del palco lo que en escena pasaba, y el trabajo de los actores para quienes me había comprometi-

do á escribir. Aquella noche ocupó mi familia el palco cuando aún estaba á oscuras la sala, dentro de cuyo escenario por todas partes hacia miedo; yo subí al cuarto de Cárlos Latorre.

Estaba solo con Agustin, el ayuda de cámara que le vestia, á quien hallo aún en la portería de un teatro, y á quien doy la mano como si fuera un antiguo camarada de glorias y fatigas: no há muchas semanas me hizo venir las lágrimas á los ojos recordando á su amo á quien adoraba; y eso que dice el refran que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara,» pero este refran es francés, y en España falso por consiguiente. Cárlos se vestia cabizbajo, y la primera palabra que me dijo: fué «tengo miedo,» — «Yo le tengo siempre, le contesté; aunque nunca lo manifiesto.» — «¡Y yo que le esperaba á V. para que me diera valor!» repuso: á lo cual, cerrando la puerta y mandando al ayuda de cámara que no dejara entrar á nadie, le dije: «Hablemos cuatro minutos: y si despues de lo que le diga no se siente V. con más valor que Paredes en Cerignola, no será por culpa mia.»

Cárlos era un hombron de cerca de seis piés de estatura y podia tenerme en sus rodillas como á una criatura de seis años. Habia conocido á mi padre, superintendente general de policia; le habia debido algunas atenciones en los dificiles tiempos en que mandaba en Madrid y presidia los teatros; le habia Cárlos prestado armas y trajes para que yo hiciera comedias en el Seminario de Nobles, y habia yo empezado á declamar tomando á éste por modelo: pero por una de esas revoluciones naturales en el progreso del tiempo, habíame éste colocado en la situacion de tenerle que hacer observaciones y darle consejos; que, en honor de la ver-

dad, escuchó y siguió con la convicción de que eran dados con la más sincera franqueza y la más fraternal buena fé. Durante dos semanas nos habíamos encerrado en su estudio, él y yo solos, y allí me habia hecho leerle y releerle su papel y decirle sobre su desempeño todo cuanto pudo ocurrirseme. Él, el primer trágico de España, sin sucesor todavía, la primera reputacion en la escena, escuchó con atencion mis reflexiones y se convenció por ellas de que su aversion á los versos octosílabos y al género de nuestro teatro antiguo era injusta: de que su declamacion de los endecasílabos del Edipo conservaba aún cierto dejo francés, que sólo le haria perder la recitacion de los versos de arte menor, y de que las rondillas de mi rey D. Pedro, escritas por un lector y teniendo los alientos estudiadamente colocados para que el actor aprovechara sin fatiga los efectos de sus palabras, le debian de presentar ante el público, bajo una nueva faz y como un actor nuevo en el teatro Español, sin las reminiscencias del francés, que era el único defecto que el público alguna vez le encontraba. Todo esto habia yo dicho á mis veinticuatro años á aquel coloso de nuestra escena, que iba á presentarse aquella noche en el papel del rey D. Pedro, transformado en otro actor diferente del hasta entónces conocido por gracia y poder de un muchachuelo atrabiliario, que se habia atrevido á decir la verdad á un hombre de verdadero talento y de verdadera conciencia artística.

Cuando aquel gigante se quedó solo en su cuarto con aquel chico, hé aquí lo que éste le dijo á aquel:

«Dice el vulgo, mi querido Cárlos, que este teatro es un panteon donde Lombía ha reunido una coleccion de mómias, que un chico loco está empeñado en galvani-

zar. Usted es una de estas supuestas mómias, y yo el loco galvanizador; pero yo, que le quiero á V. con toda mi alma, y que espero que su voz de V. llegue con las palabras de mi rey D. Pedro hasta los oídos de mi padre, emigrado en Burdeos, necesito que resucite usted, aunque me deje en la oscuridad de la fosa de que usted se alce. Jugamos esta noche V. y yo el todo por el todo; pero, aunque se hundan el autor y el drama, es forzoso que el actor se levante; nuestro público tiene aún en sí el germen del entusiasmo revolucionario de la época, y el personaje que va V. á representar será siempre popular en España. Vamos á tener además un poderoso auxiliar en Mr. de Salvandy, el embajador francés, que ha pedido ya sus pasaportes y un palco para asistir inconsciente á la representación; «ya verá usted la que se arma cuando salga Beltran Claquin.» — Carlos Labarre brincó, oyendo esto, de la silla en que estaba sentado, y yo seguí diciéndole: «con que haga usted cuenta que representa V. á Sanson, y asegúrese bien de las columnas; aunque no le darán á V. tiempo de demorar el tiempo. — Mucho me temo que me le den, me dijo no muy confortado por mis palabras. — ¡Qué diablos! repúse yo, si se le dan á V. sepúltese con todos los filistinos. Yo me voy á mi palco. — Pero, ¿y la sombrera, que ni siquiera he visto? me dijo viéndome tomar la puerta. — Fíese V. en Aranda, que tiene ya luz con que produciría, le respondí, escapándome por el escenario.

Cuando entré en mi proscenio, ya había empezado la sinfonía y el teatro estaba lleno. Nunca he tenido más miedo, ni más resolución de provocar á la fortuna. A las tres cuartos para las nueve se alzó el telón; el fin del escenario entró en mi palco, sin que yo le dejara entrar en mi corazón. Se oyó el primer acto en el más

sepulcral silencio; cayó el telon sin un aplauso, pero yo conocí que la impresion que dejaba no me era desfavorable.

Cárlos comprendió que necesitaba todo su brío y su talento para atraerse á un público tan mal prevenido, y al levantarse el telon para el acto segundo, encabezó su papel con uno de esos pormenores que sólo saben dar á los suyos los cómicos como Cárlos Latorre. El rey don Pedro se presenta de incógnito en el primer acto de mi obra: al presentarse Cárlos en el segundo, presentó la figura del rey como un modelo de estatuaria; apoyado el brazo izquierdo en el respaldo de su sillón blasonado de castillos y leones, y el derecho en una enorme espada de dos manos. Vestia un jubon grana con dos leones y dos castillos cruzados, bordados en el pecho; un calzon de pié, anteaado y ajustado, sin una arruga, borceguís grana bordados y con acicates de oro, y gola y puños de encaje blancos; tocando su cabeza con un ancho aro de metal, que así podía tomarse por birrete como por corona; de debajo de la cual, asomando sobre la frente el pelo cortado en redondo y cayendo por ambos lados las dos guedejas rubias, encuadraban un rostro copiado del busto del sepulcro del rey D. Pedro en Santo Domingo el Real. Era Cárlos Latorre un hombre de notables proporciones y correccion de formas: sus piernas y sus brazos, clásicamente modelados, daban movimiento á su figura con la regularidad académica de las de los relieves y modelos de la estatuaria griega: siempre sobre sí, en reposo y en movimiento, estaba siempre en escena; y ni el aplauso ni la desaprobacion le hacian jamás salirse del cuadro ni descomponerse en él. Al empezar el acto segundo, su figura semi-colosal, vestida de ante y de grana, se destacaba sobre el fondo pardo de un

telon que representaba un muro de vieja fábrica, reposando perfectamente sobre su centro de gravedad, ligeramente escorzada y en actitud tan intachable como natural; y así permaneció inmóvil, hasta que el público aplaudió tan bello recuerdo plástico del rey caballero á quien iba á representar; y no rompió á hablar hasta que el general aplauso espiró en el silencio de la atencion: parecia que allí comenzaba el drama. El gigante habia tenido en cuenta el consejo del muchacho pigmeo, y el actor habia ganado para sí al público que tan hosco se mostraba con el autor.

En la escena endecasilaba con Juan Pascual desplegó Cárlos todas sus poderosas facultades orales y toda la clásica maestría de su dominio de la escena; la cual estaba estudiada con tan minucioso cuidado, que tenian marcado su sitio los piés de los comparsas, los de Juan Pascual y los suyos para la escena penúltima; y al decir al conspirador que si el cielo se desplomara sobre su cabeza le veria caer sin inclinarla, rugió como un leon estremeciendo al auditorio; y al barrer, despues de un gallardísimo molinete de su tremendo mandoble, las once espadas de los conjurados, al tiempo que el antiguo zapatero Blas abria tras él la puerta de salvacion, el público entero se levantó en pró del rey que tan bien se servia de sus armas, y aplaudió entusiasta la promesa de su vuelta para el acto siguiente. El actor habia ganado la primera jugada de una partida de tres. El rey habia derrotado el ala derecha del enemigo: el público no habia visto jamás un combate tan bien ensayado en los teatros de Madrid, y pedia ¡el autor! que no parecia. Alzóse el telon sobre Cárlos Latorre; y cuando éste, dirigiendo la vista á mi palco me dirigia una mirada de indefinible satisfaccion, esperando que yo saltase á la escena para

compartir con él un triunfo que era solamente suyo, oyó con asombro á Felipe Reyes, *autor de la compañía*, decir: «Señores, el nombre del autor está en el cartel y »el Sr. Zorrilla en su palco; pero suplica al público que »no insista en su presentacion, porque tiene mucho mie- »do al tercer acto.»

El público de entónces entraba en el teatro á ver la representacion y se embebecia con lo que en ella pasaba; entendió que mi miedo era natural y no insistió en llamar al autor; pero continuó aplaudiendo, ayudado de *mis amigos* que me tenian aplazado y me esperaban en el acto tercero.

Levantóse el telon para éste. Era la primera vez que se veia la escena sin bastidores: Aranda, malogrado é incomparable escenógrafo, presentó la terraza de la torre de Montiel dos piés mas alta que el nivel del escenario; de modo que parecia que los cuatro torreones que la flanqueaban surgian verdaderamente del foso, y que los personajes se asomaban á las almenas; desde las cuales se veian en magistralmente calculada perspectiva las blancas y diminutas tiendas del lejano campamento del Bastardo, destacándose todo sobre un telon circular de cielo y veladuras cenicientas, representacion admirable de la atmósfera nebulosa de una noche de luna de invierno. El pendon morado de Castilla, clavado en medio de la terraza en un pedestal de piedra, se mecía por dos hilos imperceptibles, como si el aire lo agitára, y el aire entraba verdaderamente en la sala por el escenario, desmontado y abierto hasta la plaza del Angel. La silueta fina de la Teodora, cuya pequeña y graciosa cabeza, tocada con sus ricas trenzas negras, se dibujaba sobre el blanquecino celaje, animaba aquel cuadro sombrío, cuya ilusion era completa. Carlos y Lumbreras

yacian absortos en profunda meditacion en los dos ángulos del fondo, de espaldas al público, que aplaudió largo rato, y el pintor continuaba el triunfo del actor. Teodora dió á sus breves escenas una melancolía tan poética, Lombía al suyo una resignacion tan adustamente resuelta, y prepararon tan maestramente la escena fantástica del fatalismo bajo el cual se iba á presentar el rey D. Pedro, que cuando éste se levantó, el público estaba profundamente identificado con aquella absurda y fantástica situacion. Oyóse en silencio todo el acto; colocóse Lumbreras (Men-Rodriguez de Sanábria) sobre el torreón del fondo de la izquierda, y salió el rey con la lámpara del judío. Cárlos, al colocarla sobre el pedestal, me echó una mirada que queria decir: ¡Y la sombra! Yo permanecí impasible para no turbarle, y empezó su monólogo con el temblor del miedo que tenia á la sombra, y que hizo, por lo mismo que era un miedo real, un efecto maravillosamente pavoroso en los espectadores. ¡*Brotó la llama!* dijo el rey D. Pedro, y apareció detrás de él, cenicienta, callada é inmóvil, la sombra trasparente de D. Enrique sobre el oscuro torreón: asombróse Cárlos de verla tan al contrario de como la esperaba; identificóse con su papel, creciéndose hasta la fiebre que se llama inspiracion: y cómo dijo aquel actor aquellas palabras, cómo soltó aquella carcajada histérica y cómo cayó riéndose y estremeciéndose al público de miedo y de placer, ni yo puedo decirlo, ni concebirlo nadie que no lo haya visto.

El público y el huracán entraron en el teatro: mis amigos ahullaban de placer de haber sido vencidos; Aranda y Cárlos Latorre habian convertido en éxito colosal el atrevido desatino de un muchacho, y la empresa habia parado con él á la fortuna en el despacho de billetes de su

arrinconado teatro. Cuando Lumbreras anunció *¡el farol!* y se aperció éste del tamaño de una nuez sobre la mirmidónica tienda de Duglesquin, ya nadie escuchó la salida del rey. Carlos, rendido y anheloso, volvió á la escena con Teodora, Noren y Lumbreras á recibir los aplausos del público, á cuyos gritos de «¡el autor!» volvió á presentarse Felipe Reyes y á decir medio espantado: que yo tenia más miedo al cuarto acto que al tercero.

El por entónces teniente coronel Juan Prim, que no me conocia más que por haberme encontrado varias veces en el tiro de pistola, y que se habia apercebido del elemento hostil que yo tenia en la sala, aplaudia de pié en su luneta, dispuesto á sostenerme á todo trance, comprendiendo todo el riesgo de mi negativa.

Carlos me envió á decir que «no estirase tanto la cuerda que la rompiese.» Yo habia ensayado mi obra á conciencia: sabia cómo iban á hacer la escena de la tienda Carlos y Mate, y fiaba además en la presencia del embajador francés en la de D. Pedro con Beltran de Claquin. Esperé, pues, el acto cuarto sin moverme del fondo de mi proscenio, y mi cálculo no salió fallido.

La tienda del acto cuarto estaba tan bien preparada por Aranda como la torre de Montiel: Carlos dijo sus redondillas á los franceses con un brio tan despechado, hizo una transición tan maestra como inesperada en la que empieza *sí, si vosotros, señores*, é hicieron por fin la suya él y Mate con tal verdad, que sólo pudo serlo más la realidad de la de Montiel.

Al cerrarse la tienda sobre la lucha de los dos hermanos, el público quedó en el mas profundo silencio; pero la salida de Mate pálido, sin casco, desgreado y saltadas las hebillas de la armadura, arrancó un aplauso

igual al de la presentación del rey D. Pedro en el acto segundo. Mate, casi tan alto como Carlos, pero flaco y herido de la tisis de que murió, se presentó trémulo del cansancio y del miedo de la lucha, recordando la siniestra fantasma aparecida en el torreon, y dió á su papel una poesía y unos tamaños que no habia sabido darle el autor. Cuando él concluía su parlamento, cubria yo con mi capa y su manto á Carlos Latorre; que, tendido en la tienda, esperaba jadeante de cansancio y de emoción á que el infante mostrase á Blas Perez su cadáver. Cuando nos presentamos todos al público, me tenía de la mano como con unas tenazas: y cuando caido el telon por última vez, me cogió en brazos para besarme, creí que me deshacía al decirme las únicas y curiosas palabras con que acertó á expresarme su pensamiento, que fueron: «¡diablo de chiquitin!» y me dejó en tierra.

Así se ensayó y se puso en escena la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, el año 41 ó 42, no lo recuerdo con exactitud: tal era la fraternidad que entónces reinaba entre autores y actores; tal era el cariño y entusiasmo del público por los de entónces, y tan poco consistentes sus ojerizas y enemistades, que el menor éxito la vencia, y el soplo vital de la lealtad las disipaba.

Un pormenor digno de no ser olvidado. Llevaba ya *El Zapatero y el Rey* treinta y tantas representaciones que habian producido sobre veinte mil duros, estaban ya pagados hasta los espabiladores, y aun no le habia ocurrido á la empresa que me debía seis meses de sueldo y el precio del drama con que se habia salvado. Siempre en España ha sido considerado el trabajo del ingenio como la hacienda del perdido y la túnica de Cristo, de las cuales todo el mundo tiene derecho á hacer tiras y capirotos.

Hasta que el viejo juez Valdeosera se presentó una noche á intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía de que no podíamos los poetas vivir del aire, y se apresuraron á darme paga cumplida con intereses y sincera satisfaccion, y era que realmente, con la más cándida impremeditacion, se habian olvidado recogiendo los huevos de oro del que les habia traído la gallina que los ponía.

De cómo se escribieron y representaron algunas de mis obras dramáticas.

SANCHO GARCÍA.—EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

CONTINUABA la competencia de los teatros del Príncipe y de la Cruz, dirigidos por Romea y Lombía, y continuaba yo comprometido á escribir sólo para el de la Cruz, miéntras en su compañía conservara su empresario á Carlos Latorre y á Bárbara Lamadrid; yo era, pues, el único poeta que no ponía los piés en el saloncito de Julian Romea, porque yo no he vuelto jamás la cara á lo que una vez he dado la espalda. No era yo, empero, un enemigo de quien se pudieran temer traiciones ni bastardías; es decir, guerra baja ni encubierta de críticas acerbas y de intrigas de bastidores: yo tenía mi entrada en el Príncipe, á cuyas lunetas iba á aplaudir á Julian y á Matilde, pero no escribía para ellos; era su amigo personal y su enemigo artístico; era el aliado leal de Lombía, y le ayudaba á dar sus batallas llevando á mi lado á Bárbara Lamadrid y á Carlos Latorre, con cuyos dos atletas le di algunas victorias no muy fácilmente conseguidas, algunos puñados

de duros y algunas noches de sueño tranquilo. Pero la lucha era tan ruda como continuada: duró cinco años. En ellos nos dió Hartzzenbusch su *D. Alfonso el Casto* y su *Doña Mencía*, una porcion de primorosos juguetes en prosa y verso, y las dos mágias *La redoma* y *Los polvos*: diónos García Gutierrez el *Simon Bocanegra*, que vale mucho más de lo en que se le aprecia, y defendió su teatro el mismo Lombía, metiéndose á autor con el arreglo de *Lo de arriba abajo*, que alcanzó un éxito fabuloso. Teníamos además unos auxiliares asíduos en Doncel y Valladares, que escribian á destajo para la actriz más preciosa y simpática que que en muchos años se ha presentado en las tablas: la Juanita Perez, quien con Guzman en *No más muchachos* y en *El pilluelo de París*, habia hecho las delicias del público desde muy niña. La Juana Perez era de tan pequeña como proporcionada personalidad; con una cabeza jugosa, rica en cabellos, de contornos purísimos, de facciones menudas y móviles y ojos vivísimos; su voz y su sonrisa eran encantadoras, y se sostenia por un prodigio de equilibrio en dos piés de inconcebible pequeñez, sirviéndose de dos tan flexibles como diminutas manos. Cantaba muy decorosa y señorilmente unas canciones picarescas que rebosaban malicia; y vestida de muchacho hacia reir hasta á los mascarones dorados de la embocadura, y hubiera sido capaz de hacer condenarse á la más austera comunidad de cartujos.

La Juana Perez, cuya gracia infantil prolongó en ella el juvenil atractivo hasta la edad madura, no pasó jamás en las tablas de los diez y siete años; y fué, miéntras las pisó, el encanto y la desesperacion del sexo feo de aquel tiempo, que la vió pasar ante sus ojos como la *fée aux miettes* del cuento de Charles Nodier. Auxiliáronnos

poderosamente el primer año las dos espléndidas figuras de las hermanas Baus, Teresa y Joaquina; madre esta última de nuestro primer dramático moderno Tamayo y Baus, y heredera y continuadora de la buena tradición del teatro antiguo de Mayquez y Carretero. Pero ni la tenacidad atrevida de Lombía, ni el talismán de la gracia de la Juana Perez, ni nuestra avanzada de buenas mozas como las Baus, y la retaguardia de buenas actrices como la Bárbara, la Teodora y la Sampelayo, nos bastaban para contrarrestar la insolente fortuna de Julian Romea, la justa y creciente boga de Matilde, que hechizaba á los espectadores, y la infatigable fecundidad de Ventura de la Vega, que les daba cada quince días, convertido en juguete valioso ó en ingeniosísima comedia, un miserable engendro francés; en cuyo arreglo desperdiciaba cien veces más talento del que hubiera necesitado para crear diez piezas originales. Julian y Matilde contaban sus quincenas por triunfos, y á los de *La rueda de la fortuna*, de Rubí, al *Muñete y verás* y á las trescientas obras de Breton, y á *Otra casa con dos puertas*, de Ventura, no teníamos nosotros que oponer más que las repeticiones del *D. Alfonso el Casto*, *Simon Bocanegra* y *D.^a Mencía*, y las mágias de Hartzzenbusch, con los arreglos de dramas de espectáculo que se elaboraba Lombía, asociado á Tirado y Coll, é impelidos los tres por el fecundísimo Olona.

Mi *Rey D. Pedro*, mi *Sancho Garcia*, mi *Excomulgado*, mi *Mejor razon la espada*, mi *Rey loco* y mi *Alcalde Ronquillo*, contribuyeron á nuestro sostén, gracias al concienzudo estudio, á la inusitada perfeccion de detalles y á la perpétua atención con que me los representaban Cárlos Latorre y Bárbara Lamadrid; quienes encariñados con el muchacho desatentado que para ellos

los escribía, considerándole como á un hijo mal criado á quien se le mimaba por sus mismas calaveradas y á quien se adora por las pesadumbres que nos da, me sufrían mis exigencias, se amoldaban á mis caprichos y se doblegaban á mi voluntad, de modo, que en la representación de mis obras no parecían los mismos que en las de los demás, y los demás se quejaban de ellos, y con razón; pero no había culpa en nadie. Carlos Latorre había conocido á mi padre, á quien debió atenciones extrañas á aquella *ominosa década*; Carlos Latorre, de estatura y fuerzas colosales, me sentaba á veces en sus rodillas como á sus propios hijos, y me preguntaba cómo yo había imaginado tal ó cual escena que para él acababa yo de escribir: él me contradecía con su experiencia y me revelaba los secretos de su personalidad en la escena, y daba forma práctica y plástica á la informe poesía de mis fantásticas concepciones: estudiábamos ambos, él en mí y yo en él los papeles, en los cuales identificábamos los dos distintos talentos, con los cuales nos había dotado á ambos la naturaleza, y... no necesito decir más para que se comprenda cómo hacia Carlos mis obras, como un padre las de su hijo; yo era todo para el actor, y el actor era todo para mí.

Con Bárbara Lamadrid, mujer y mujer honestísima é intachable, mi papel era más difícil, mi amistad y mi intimidad necesitaban otras formas; pero, actriz adherida á Carlos, compañera obligada en la escena de aquella figura colosal, *dama* imprescindible de aquel *galan* en mis dramas, necesitaba el mismo estudio, la misma inoculación de mis ideas innovadoras y revolucionarias en el teatro, y yo la trataba como á una hermana menor, á quien unas veces se la acaricia y otras se la riñe; yo la decía sin reparo cuanto se me ocurría; la hacía re-

petir diez veces una misma cosa, no la dejaba pasar la más mínima negligencia, la ensayaba sus papeles como á una chiquilla de primer año de Conservatorio; y á veces se enojaba conmigo como si verdaderamente lo fuese, hasta llorar como una chiquilla, y á veces me obedecía resignada como á un loco á quien se obedece por compasion; pero convencida al fin de mi sinceridad, del respeto que su talento me inspiraba, y de la seguridad con que contaba yo siempre con ella para el éxito de mis obras, hacia en ellas lo que en *Sancho García*, lo que es lamentable que no pueda quedar estereotipado para ser comprendido por los que no lo ven. ¡Desventura inmensa del actor cuyo trabajo se pierde con el ruido de su voz y desaparece trás del telon!

En la escena con Hissem y el judío reveló la fascinacion que la supersticion ejercia en el alma enamorada de la mujer; tradujo tan vigorosamente el poder de una pasion tardía en una mujer adulta, que traspasó al público la fascinacion del personaje, suprema prueba del talento de una actriz. En las escenas sexta y sétima del acto tercero se hizo escuchar con una atencion que sofocaba al espectador, que no queria ni respirar. Bárbara tenia mucho miedo al monólogo: en el segundo entreacto me habia suplicado que se le aligerara, y Carlos y yo no habíamos querido: Bárbara acometió su monólogo desesperada, conducida por delante por el inteligente apuntador, y acosada por su izquierda por mí que estaba dentro de la embocadura, en el palco bajo del proscenio. Carlos y yo la habíamos dicho que si no arrancaba tres aplausos nutridos en el monólogo, la declararíamos inútil para nuestras obras; y comenzó con un teblor casi convulsivo, y llegó en el más profundo silencio hasta el verso vigésimo cuarto; pero en los cuatro

siguientes, al expresar la lucha del amor de madre con el amor de la mujer, y al decir

«Hijo mio... ¡ay de mí! me acuerdo tarde,»

hizo una transición tan magistral, bajando una octava entera después de un grito desgarrador, que el público estalló en un aplauso que estremeció el coliseo. Crecióse con él la actriz; entró en la fiebre de la inspiración; hizo lo imposible de relatar; y cuando exclamó concluyendo, con el acento profundo y las cóncavas inflexiones del de la más criminal desesperación,

«para uno de los dos guarda esa copa,
de la callada eternidad la llave!»

quedó Bárbara inmóvil, trémula, inconsciente de lo que había hecho, ajena y sin corresponder con la más mínima inclinación de cabeza á los aplausos frenéticos, que tuvo que interrumpir Carlos Latorre presentándose á continuar la representación, sacando á Bárbara de su absorción con el «¡Madre mía!» de su salida.

Así hacían Carlos y Bárbara *Sancho García*. Aún vive: pregúntenselo mis lectores á Bárbara, y que diga ella cuántos malos ratos la dió con el ensayo y cuántas noches insomnes la hice pasar con el estudio de mis papeles; cuántas lágrimas la hice derramar y cuántas veces la hice detestar su suerte de actriz; pero que diga también si tuvo nunca amigo más leal ni aplausos y ovaciones como las de mi *Sancho García*. Hoy siento orgullo con tal recuerdo, y me congratulo de poderla dar este testimonio de mi gratitud treinta y ocho años después de aquella representación.

Lombía, por su parte, lo inventó y lo intentó todo en aquellos cuatro años para sostener nuestro teatro de la Cruz enfrente del afortunado del Príncipe. A su iniciativa se debió que Basili, Salas, Ojeda y Azcona echaran los fundamentos de la Zarzuela con la escena de *La pendencia* y *El sacristan de San Lorenzo*, y otras parodias de *Norma*, *Lucía* y *Lucrecia*, en las cuales despuntó Caltañazor, y concluyó por presentar *La lámpara maravillosa*, baile maravillosamente decorado por Aranda y Avrial, ejecutado por la familia Bartholomin, cuya primera pareja, Bartholomin-Montplaisir, fué reforzada con un cuerpo de baile de andaluzas y aragonesas; de cuyos cuerpos se han perdido los moldes, y de cuyas modeladuras no quiero acordarme, por no quitar tres meses de sueño á los que no las vieron con aquellos vestidos, que no eran más que un pretesto para salir en cueros.

En el verano del 40 ó del 41, ántes de que estas huríes hicieran un infierno del teatro de la Cruz, reclamó Lombía de mí una comedia de espectáculo, en ausencia de Carlos Latorre, que veraneaba por las provincias. Los actores serios y jóvenes se habian ido con Carlos, y el trabajo cómico de Lombía, no acomodándose con el mio patibulario, no sabia yo cómo salir de aquel compromiso ineludible, segun mi contrato con la empresa. Apurábame Lombía, y devanábame yo los sesos trás del argumento por él pedido, sin que él aflojara un punto en su demanda y sin que yo me atreviera á decirle que no éramos el uno para el otro. Acosábale á él tal vez la secreta comezon de abordar el drama en ausencia de Carlos, y pesábame á mí tener que escribir para otro que no fuera aquel único modelo del galan clásico del drama romántico; costaba mucho á mi lealtad lo que tal

vez podía parecer una traición á Carlos Latorre, y ¡Dios me perdone mi mal juicio! pero tengo para mí que Lombía tenía la mala intención de hacérmela cometer. Impacientábase Lombía y desesperábame yo de no dar con un asunto á propósito, lo que ya le parecía, vista mi anterior fecundidad, no querer escribir para él, cuando una tarde, obligado á trabajar un caballo que yo tenía entablado hacia ya muchos días, salía yo en él por la calle del Baño para bajar al Prado por la Carrera de San Jerónimo. Era el caballo regalo de un mi pariente, Protasio Zorrilla, y andaluz, de la ganadería de Mazpulle, negro, de grande alzada, muy ancho de encuentros, muy engallado y rico de cabos, y llevábale yo con mucho cuidado, miétras por el empedrado marchaba, por temor de que se me alborotase. Cabeceaba y braceaba el animal contentísimo de respirar el aire libre, cuando, al doblar la esquina, oí exclamar á uno de tres chulos que se pararon á contemplar mi cabalgadura: «Pues miá tú que es idea dejar á un animal tan hermoso andar sin ginete.»

La verdad era que siendo yo tan pequeño, no pasaban mis piés del vientre del caballo; y visto de frente, no se veía mi persona detrás de su engallada cabeza y de sus ondosas y abundantes crines. Por mas que fuera poco halagüeña para mi amor propio la chusca observacion de aquellos manolos, el de montar tan hermosa bestia me hizo dar en la vanidad de lucirla sobre la escena, y ocurrírseme la idea de escribir para ello mi comedia *El caballo del rey D. Sancho*. Rumié el asunto durante mi paseo, registré la historia del Padre Mariana de vuelta á mi casa, y fuíme á las nueve á proponer á Lombía el argumento de mi comedia, advirtiéndole que debía de concluir en un torneo, en cuyo palenque debía

él de presentarse armado de punta en blanco, ginete sobre mi andaluz caparazonado y enfrontado.

Aceptó la idea de la comedia, plúgole la del torneo final y halagóle la de ser en él ginete y vencedor. Puse manos á mi obra aquella misma noche, y díla completa en veinte y dos días. El señor duque de Osuna, hermano y antecesor del actual, á quien me presentó y cuya benevolencia me ganó el conde de las Navas, puso á mi disposición su armería, de la cual tomé cuantos arneses y armas necesité para el torneo de mi drama, cuya última decoracion del palenque trás de la tienda real montó Aranda con un lujo y una novedad inusitadas.

Pasóse de papeles mi drama; ensayóse cuidadosamente y conforme á un guion, que los directores de escena hacen hoy muy mal en no hacer, y llegó el momento de enseñar su papel á mi caballo. Metile yo mismo una mañana por la puerta de la plaza del Angel, desde la cual subian los carros de decoraciones y trastos por una suave y sólida rampa hasta el escenario: subió tranquilo el animal por aquella, pero al pisar aquél, comenzó á encapotarse y á bufar receloso, y al dar luz á la batería del proscenio, no hubo modo de sujetarle y ménos de encubertarle con el caparazon de acero. Lombía anunció que ni el Sursum-Corda le haria montar jamás tan rebelde bestia, y estábamos á punto de desistir de la representacion, cuando el buen doctor Avilés nos ofreció un caballo isabelino, de tan soberbia estampa como extraordinaria docilidad, que aguantó la armadura de guerra, la batería de luces y en sus lomos á Lombía, que no era, sea dicho en paz, un muy gallardo ginete.

La primera representacion de este drama fué tal vez la más perfecta que tuvo lugar en aquel teatro: Lombía se creció hasta lo increíble: é hizo, como director de es-

cena, el prodigio de presentar trescientos comparsas tan bien ensayados y unidos, que se hicieron aplaudir en un palenque de inesperado efecto; y Bárbara Lama-drid, para quien fueron los honores de la noche, llevó á cabo su papel con una lógica, una dignidad tales, que al perdonar al pueblo desde la hoguerra y á su hijo en el final, oyó en la sala los más justos y nutridos aplausos que habían atronado la del teatro de la Cruz.

Pero aquel drama no pudo quedar de repertorio; hubo que devolver las armaduras al señor duque de Osuna y el caballo al doctor Avilés, y... ni mereció los honores de la crítica, ni ningun empresario se ha vuelto á acordar de él, ni yo, que de él me acuerdo en este artículo, recuerdo ya lo que en él pasa. En cambio, al fin de aquel mismo año se escribió otro que todo el mundo conoce, que no hay aficionado que no haya hecho con gusto y aplauso, de cuyo origen se han propalado las más absurdas suposiciones, que me ha valido tanta fama como al mismo *D. Juan Tenorio*, y en cuya representacion no han dado jamás pié con bola más que los tres actores que, bajo mi direccion, lo estrenaron: Latorre, Pizarroso y Lumbreras; hablo de *El puñal del godo*, del cual me voy á ocupar en el siguiente número.

XII.

EL PUÑAL DEL GODO.

I.

ACABABA de estrenarse Sancho García y espiraba el tercero día de Diciembre de 1842. Trabajaba yo aprovechando la luz que comenzaba á cambiarse en crepúsculo, cuando un avisador del teatro me trajo un billete de Lombía, en el cual me suplicaba que no dejara de ir á la representacion de aquella noche, porque deseaba tener conmigo una entrevista de diez minutos.

Ya Lombía, á imitacion de Romea, tenia una antecámara en la cual se reunian sus autores favoritos y sus amigos íntimos, como los de Julian en el saloncito del teatro del Príncipe. De aquel venian algunos que escribian para ambos teatros, y que como Hartzenbusch y García Gutierrez no formaban pandillaje; porque su talento, formalidad y reputacion, les habian ya colocado muy encima de todo mezquino espíritu de partido. Yo no iba nunca al saloncito del Príncipe é iba poco á la antecámara de Lombía, pero asistia continuamente á mi

palco de proscenio para estudiar mis actores, y bajaba en los entreactos á saludar á Cárlos Latorre y á la Bárbara, las noches que trabajaban. Aquella era de Lombía; en el primer entreacto me aboqué con él en su cuarto y trabamos inmediatamente conversacion, presentes Hartzenbusch, Tomás Rubí, Isidoro Gil y no recuerdo quiénes más. Hé aquí en resúmen nuestro diálogo:

Lombía.—La empresa espera de V. un señalado servicio.

Yo.—Debo servirla segun mi contrato y segun mis fuerzas.

Lombía.—Sabe V. que es costumbre que las funciones de Noche-Buena sean beneficio de la compañía, repartiéndose sus productos á prorata entre todos sus actores y empleados segun su clase.

Agucé yo el oído sintiendo abrir una trampa en la que se trataba de hacerme caer, y continuó Lombía diciéndome:

Sabe V. que Cárlos Latorre no toma nunca parte en las funciones de Navidad, so pretesto de que en el género cómico de estas alegres representaciones no cabe el suyo trágico; de modo que cobra y se pasea desde Navidad á Reyes. Queremos que comparta este año con nosotros el trabajo de tales días, y no hay más que un medio con el cual se avenga, y es, que se le escriba una pieza nueva, y la empresa ha pensado en V.

Yo.—Estamos á 13, y por breve que sea el trabajo...

Lombía.—Deberia estar concluido el 17; copiado y repartido, el 18; estudiado, el 19 y el 20; ensayado el 21 y 22, y representado el 24.

Yo.—Imposible: me faltan tres escenas y copiar el tercer acto de la segunda obra, que debo entregar á ustedes ántes de año nuevo; si la interrumpo no la concluyo;

no puedo, pues, ocuparme de nada más hasta el 17, y ya no es tiempo.

Lombía.—No quiere V. servir á la empresa por no contrariar á su amigo.—(Lombía partía siempre del principio de que yo era mejor amigo de Cárlos que suyo.)

Yo.—Mi obligacion es primero que mi amistad.

Lombía.—Su excusa de V. nos prueba lo contrario.

Yo.—Voy á hacer á V. una propuesta que le asegure de mi buena fé. Concluiré mi trabajo el 16: én su noche volveré aquí; y si para entónces el Sr. Hartzenbusch se ocupa de encontrarme un argumento para un drama en un acto, yo me comprometo á escribirlo el 17 y presentarlo el 18.

Lombía.—Propuesta evasiva: con decir que el argumento que á V. se le dé no es de su gusto....

Yo.—El Sr. Hartzenbusch sabe el respeto en que le tengo, y todos Vds. saben que sigo sus consejos y acepto sus correcciones como de mi superior y maestro. He buscado al Sr. Hartzenbusch en dos situaciones difíciles de mi vida; sabe todos los secretos de mi casa, es en ella como mi hermano mayor, y lo que él me diga que haga, eso haré yo, como mejor hacerlo sepa.

Lombía.—Se conoce que ha estudiado V. con los jesuitas: sus palabras de V. son tan suaves como escurridizas. Si no quiere V. no hablemos más.

Yo.—Mi última proposicion. Traiga V. aquí el 16 por la noche un ejemplar de la historia del P. Mariana; le abriremos por tres partes, desde la época de los godos hasta la de Felipe IV: leeremos tres hojas de cada corte en sus hojas hecho; y si en las nueve que leamos tropezamos con algo que nos dé luz para un asunto dramático, lo amasaremos entre todos, yo lo escribiré como Dios me dé á entender, y el jesuita Mariana abonará la

fé del discípulo de los jesuitas del Seminario de Nobles.
Lombía.—Propuesta aceptada.

Yo.—Pues hasta el 16 á las siete.

En tal dia y en tal hora, concluido mi trabajo, volví á presentarme en el teatro de la Cruz, donde Hartzembusch, Rubí y algunos otros de quienes no me acuerdo, me esperaban con *Lombía*, que tenia sobre la mesa una *Historia de España*. Metimos tres tarjetas por tres páginas distintas, y en el primer corte tropezamos, en el capítulo XXIII del libro sétimo, estas palabras sobre el fin de la batalla de Guadalete y muerte del rey D. Rodrigo: «Verdad es que, como doscientos años adelante, » en cierto templo de Portugal, en la ciudad de Viseo, » se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto » en romance dice:

» AQUÍ REPOSA RODRIGO, ULTIMO REY DE LOS GODOS.

» Por donde se entiende que, salido de la batalla, huyó » á las partes de Portugal.»

Al llegar aquí, dije yo: «Basta: un embrion de drama se presenta á mi imaginacion. ¿Con qué actores y con qué actrices cuento? Necesito á Carlos, á Bárbara, y á lo ménos dos actores más.» Y mientras esto decia, me rodaban por el cerebro las imágenes de Pelayo, don Rodrigo, Florinda y el conde D. Julian.—*Lombía* dijo: «Imposible disponer de Bárbara.»—«Pues Teodora, repuse yo.»—«Tampoco; la cuesta mucho estudiar, replicó *Lombía*.»—«Pues Juanita Perez, ni la Boldun, no me sirven para mi idea, repuse.»—«Pues compóngase usted como pueda, exclamó por fin *Lombía*: tiene V. á Carlos, á Pizarroso y á Lumbrera: *los tres de V.* Van á levantar el telon y no quiero faltar á mi salida. ¿En qué quedamos? ¿Es V. hombre de sostener su palabra?»

Picóme el amor propio el tonillo provocativo de

Lombía, y sin reflexionar, tomé mi sombrero y dije saliendo tras él de su cuarto: «Mañana á estas horas quedan Vds. citados para leer aquí un drama en un acto.— Buenas noches.

—¿Apostado? me gritó Lombía dirigiéndose á los bastidores.

—Apostado: me darán Vds. de cenar en casa de Próspero ; respondí yo echándome fuera de ellos por la puerta de la plaza del Angel.

Poco trecho mediaba de allí á mi casa, núm. 5 de la de Matute: poco tiempo tuve para amasar mi plan, pero tampoco tenia minuto que perder. Me encerré en mi despacho: pedí una taza de café bien fuerte, dí orden de no interrumpirme hasta que yo llamara, y empecé á escribir en un cuadernillo de papel la acotacion de mi drama. «Cabaña, noche, relámpagos y truenos lejanos. —ESCENA PRIMERA.» Yo no sabia á quién iba á presentar ni lo que iba á pasar en ella: pero puesto que iba á desarrollarse en una cabaña, debia por álguien estar habitada: ocurrióme un eremita, á quien bauticé con el nombre de Romano por no perder tiempo en buscarle otro; y como lo más natural era que un ermitaño se encomendase á Dios en aquella tormenta que habia y desencadenado en torno suyo, mi monje Romano se puso á encomendarse á Dios, miéntras yo me encomendaba á todas las nueve musas para que me inspiraran el modo de dar un paso adelante. Pensé que si el monje y yo no nos encomendábamos bien á nuestros dioses respectivos, corria el riesgo de meterme, empezando mal, en un pantano de banalidades del que no pudieran sacarme ni todos los godos que huyeron de Guadalete, ni todos los moros que á sus márgenes les derrotaron.

Llevaba ya el monje rezando treinta y seis versos, y

era preciso que dijera algo que preparara la aparición de otro personaje; que era claro que si andaba por el monte á aquellas horas y con aquel temporal, debía de poner en cuidado al que abría la escena en la cabaña. Decidíme por fin á atajar la palabra á mi monje romano y escribí: ESCENA SEGUNDA. *Sale Theudia*: y salió Theudia; mas como no sabía yo aún quién era aquel Theudia, le saqué embozado, y me pregunté á mí mismo: ¿Quién será este Sr. Theudia, á quien tampoco podía tener embozado mucho tiempo en una capa, que no me dí cuenta de si usaban ó no los godos? era preciso empero desembozarle, y él se encargó de decirme quién era: un caballero; por lo cual, y por su nombre, y por su traje, tenía necesariamente que ser un godo; quien trabándose de palabras con aquel monje que en la choza estaba, me fué dando con los pormenores que en ellas daba, la forma del plan que me bullía informe en el cerebro; de modo que andando entre Theudia, el ermitaño y yo á ciegas y á tientas con unos cuantos recuerdos históricos y unas cuantas ficciones legendarias de mi fantasía, cuando al fin de aquella larga escena segunda escribí yo: ESCENA TERCERA. *El ermitaño, Theudia, Don Rodrigo*, ya comenzaba á ver un poco más claro en la trama embrollada de mi improvisado trabajo, y el cielo se me abrió en cuanto me ví con Carlos Latorre en las tablas; porque miéntras él estuviera en ellas, era lo mismo que si en sus cien brazos me tuviera á mí el gigante Briareo; porque estaba ya acostumbrado á ver á Carlos sacarme con bien de los atoladeros en que hasta allí me había metido, y á él conmigo le había arrastrado mi juvenil é inconsiderada osadía.

En cuanto me hallé, pues, con Carlos, fiado en él,

me desembaracé del monje como mejor me ocurrió, y me engolfé en los endecasílabos: cuando yo los escribía para Carlos Latorre en mis dramas, ya no veía yo en mi escena al personaje que para él creaba, sino á él que lo había de representar, con aquella figura tan gallarda y correctamente delineada, con aquella accion y aquellos movimientos, y aquella gesticulacion tan teatrales, tan artísticos, tan plásticos, nunca distraido, jamás descuidado; dominando la escena, dando movimiento, vida y accion á los demás actores que le secundaban: así que al entrar yo en los endecasílabos de la escena cuarta, me despaché á mi gusto haciendo decir á D. Rodrigo cuanto se me ocurrió, sin curarme del cansancio que iba á procurar á un actor, que por fuerte que fuese era ya un hombre de más de sesenta años con un papel que sostenía solo todo mi drama; mas la inspiracion había ya desplegado todas sus alas, y no vacilé en añadirle el fatigósimo monólogo de la escena V para preparar la salida del conde D. Julian. Aquí me amaneció: tomé chocolate y lei lo escrito; parecióme largo y asombréme de tal longitud, pero no había tiempo de corregir; presentía que me iba á cansar, y temiendo no concluir para las siete, acometí la escena del conde con D. Rodrigo, que me costó más que todo lo llevado á cabo, y me faltó la luz del día cuando escribía:

Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo
á cuánto llega mi rencor contigo!

No me había acostado, no había comido, no podía más y se acercaba la hora de la lectura. Me lavé, tomé otra taza de café con leche, enrollé mi manuscrito y me personé con él en el teatro de la Cruz. Leyóse; asóm-

bréme yo y asombráronse los que me escucharon; abrazóme Hartzenbusch, y frotábase ya Lombía las manos pensando en que la función de Navidad trabajaría Carlos, cuando éste dijo con la mayor tranquilidad: «Señores, yo no tengo conciencia para poner esto en escena en cuatro días; esta obra es de la más difícil representación, y yo me comprometo á hacer de ella un éxito para la empresa, si se me da tiempo para ponerla con el esmero que requiere; mientras que si la hacemos el 24 vamos de seguro á tirar por la ventana el dinero de la empresa y la obra es la reputación del Sr. Zorrilla.

Convinieron todos en la exactitud de lo alegado por Latorre; mascó Lombía de través el puro que en la boca tenía y... se dejó *El puñal del godo* para después de las fiestas; y tampoco aquel año trabajó en ellas Carlos Latorre.

Así se escribió *El puñal del godo*. ¿Cómo lo puso en escena aquel irreemplazable trágico?

La representación para el próximo lunes.

XIII.

EL PUÑAL DEL GODO.

II.

DURANTE las fiestas de Navidad ocupóse Cárlos La-torre del estudio de aquel repentino aborto de mi irreflexivo ingenio, que habia yo escrito y leído en veinticuatro horas y bautizado con el título de *El puñal del godo*: y durante aquellos quince días, habia yo tenido tiempo para reflexionar sobre lo que habia hecho.

Debo yo á Dios una cualidad por la cual le estoy profundamente agradecido; pero por la cual es probable que no sea nunca respetado en mi patria: la de no dejarme alucinar por los aplausos, y no creer por ellos que mis obras son el non plus ultra de la perfeccion: como yo sé mejor que nadie cómo y por qué las he escrito, no tengo vanidad en ellas; y no solamente veo sus grandes defectos, sinó que tampoco me ofende su crítica, por más que muchas veces me las haya acerba, personal y agresivamente flagelado.

Desde que el 17 por la noche leí en el teatro de la

Cruz lo que en aquel día y la noche anterior había escrito, había yo comprendido que aquel *Puñal del godo*, forjado en el breve tiempo y del modo que llevo dicho, escribiéndolo ántes de pensarlo, creándolo y dándole forma segun escribiéndolo iba, y fiándome al escribirlo en que era Cárlos quien lo debía de representar en cuatro días, adolecia de gravísimos defectos, que hacian dificilísima su representacion. Yo había escrito sin juicio, sin correccion y sin poder pararme á leer lo que escribia, por miedo de perder los minutos que para concluir á tiempo mi trabajo podian faltarme; por consiguiente, mis personajes no decian en las cuatro primeras escenas lo que debian para hacer comprender la accion á los espectadores, sinó lo que yo me iba diciendo á mí mismo para comprender mi pensamiento, que no se trababa y desarrollaba en mi imaginacion, sino ya en el papel por los puntos de mi pluma; la cual no podia volverse á borrar una redondilla, sin perder sus cuatro versos y los cuatro minutos empleados en escribirlos, no en pensarlos, porque para pensar no tenia ni se me había concedido tiempo. Así en la escena IV endecasílabo, parece que Theudía y D. Rodrigo se quieren desquitar de lo que no han hablado desde la desastrosa jornada del Guadalete. Fiado yo en Cárlos Latorre, que contaba de una manera cuyos pormenores concienzudamente estudiados en voz, posiciones, accion y fisonomía avasallaban la atencion del auditorio constante y crecientemente, puse en boca de D. Rodrigo aquella fantástica historia del monje; figurándome conforme la iba escribiendo cómo me la iba á poner en accion aquel amigo gigante, que en sus brazos me levantó y á quien debo la poca reputacion que como autor dramático he obtenido.

Y en verdad que, con sinceridad revelándose hoy al público despues de treinta y ocho años, hasta que hice decir á la vision del bosque en la narracion de D. Rodrigo, que

él, á quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno
con tu mismo puñal á hender tu seno,

maldito si sabia yo aún en lo que había de parar todo aquello, que no era todavía más que la exposicion. Hasta que brotó del diálogo aquel bienaventurado puñal, mi mal perjeñado trabajo no tenia ni accion, ni final, ni título: desde allí el drama lo es, y caminé desde allí resueltamente á la escena VI, que es lo único que en él tiene un valor real y un interés verdadero.

Cuando nos reunimos por primera vez en el gabinete octógono de su casa de la plaza de Santa Ana Cárlos y yo, para tratar del reparto y ensayo de mi drameja, me dijo Cárlos: «La espontaneidad con que ha escrito usted *esto*, la exuberancia de versificacion en sus escenas acumulada, hacen difícil su representacion. Yo no quiero que corrija V. ni suprima una sola palabra; quitaría V. á su obra su originalidad; quiero hacerla tal como está; pero quiero que mis actores, conmigo, aseguren el éxito de su estreno con el mismo lujo de pormenores de que V. la ha colmado, y con tanto exceso de estudio para representarla cuanto á V. le ha faltado para escribirla. Escúcheme V., y vamos á ver si yo he comprendido bien su pensamiento.»

Latorre y yo teníamos siempre esta conferencia preliminar, en la cual exponíamos mutuamente nuestra manera de ver la accion de la obra que íbamos á poner

en escena: yo le decia cómo la habia yo concebido, y él me decia cómo pensaba desarrollarla. Siguió, pues, Carlos diciéndome: «D. Rodrigo es en *El puñal del godo* un rey acosado por dos grandes pasiones: la supersticion del godo de su edad tosca, y la profunda melancolía que en su corazon ha engendrado el vencimiento. La concentracion en sí mismo y la distraccion perpétua en que sus pensamientos le tienen absorbido son las señales externas del carácter de esta figura. ¿No es eso?

—Exactamente.

—El conde D. Julian es un mal hombre: por más que la ofensa que ha recibido le da derechos para mucho, él va tras de una venganza insaciable, en la cual no ha dudado envolver á toda la nacion de su ofensor. La aspereza violenta, la ira traidora de la hiena, y la marcha oblicua del lobo, son los caractéres exteriores de esta figura, que se mueve en el cuadro inquieta, torva y siniestra, como amenaza viviente. ¿No es así?

—Exactamente.

—Theudia es... su Sancho Montero y su Blas de usted en *Sancho García* y *El Zapatero y el Rey*: á Lumbreras le viene como pintado el papel de Theudia, y daremos el del conde á Pizarroso.

Y se envió á estos actores su respectivo papel.

Lumbreras era entónces un mozo de buena estatura, de franca fisonomía, de varoniles maneras, bien proporcionado de piernas y brazos, y de fresca y bien timbrada voz; pero era algo tartamudo, aunque no se apercibía en escena este defecto, que vencia el estudio y el cuidado. Lumbreras tenia el germen de un buen actor sério; habia estrenado con justo aplauso el papel del moro Hissem en *Sancho García*; y en la escuela y compañía de Latorre le secundaba dignamente bajo su direccion.

Pizarroso era un actor de angulosas formas, de voz áspera y *garrasposa*, pero de buena estatura y fisonomía, de fácil comprensión, de buena voluntad para el estudio, muy cuidadoso en el vestir, y secuaz ciego y adorador idólatra de Carlos Latorre, entre cuyas manos era materia dúctil como actor útil y aceptable.

Con estos elementos y diez días de estudio, ensayamos otros diez *El puñal del godo* y levantamos el telon sobre el interior sombrío de una fantástica cabaña, pintada por Aranda para mi drama en miniatura, en una noche en que la política traía un poco inquietos los ánimos, y la atmósfera tan cerrada en nubes como aquella en incertidumbres; una noche, en suma, muy mala para dar nada nuevo á un público que no sabía lo que quería ni lo que recelaba, dispuesto á descargar su inquietud sobre el primero que se la excitara, anheloso por distraerse, pero inseguro de hallar quien le distrajera.

Ante este público se levantó el telon del teatro de la Cruz sobre la cabaña de mi monje Romano, quien empezó aquella larga plegaria, de la cual no había querido Carlos que suprimiera un verso. Nunca he tenido yo más miedo: tenía cariño á mi tan mal forjado *Puñal*, y temía que mi triunfo de veinticuatro horas se convirtiera en veinticuatro minutos en vergonzosa derrota. Presentóse Lumbreras, y se presentó bien: franco, sencillo y respetuoso con el monje, pidióle de cenar con mucha naturalidad, comió como sóbrio que dijo ser, observó al ermitaño como hombre que está sobre sí, pero con la tranquila serenidad de un valiente, y llevó en fin á cabo la escena, dándola la flexibilidad, el movimiento y el lujo de pormenores de que Carlos había previsto la necesidad. El público la oyó en el más desanimador silencio.

Salió al fin Cárlos, cabizbajo, distraído, sombrío y brusco, llenando la escena del misterio del carácter del personaje que representaba, y á los primeros versos se captó la atención de los espectadores, y al sentarse empujando á Theudia y diciéndole: «Haceos, buen hombre, atrás...» yo respiré en mi palco, porque ví que todo el mundo quería ya ver lo que iba á pasar.

Cárlos no tenía par para estas escenas: no dejó enfriar la atención un solo instante; y cuando, sólo ya con Theudia, entró en los endecasílabos, se le escuchaba con religioso silencio, y sofocábanse por no toser los á quienes traía resfriados aquella húmeda frialdad del Enero de 43.

Cárlos reveló tanto miedo, tanta esperanza, tanta superstición, tal lucha interior de pasiones oyendo las noticias de Theudia, que entró en la narración de su cuento tan vaga y tan fantásticamente, que al concluirle diciendo

«Dijo: y por entre la niebla arrebatado
huyó el fantasma y me dejó aterrado,»

estalló un general aplauso: era que el público expresaba así el placer de que Cárlos le hubiera dejado respirar: Lumbreras picó y despertó el amor propio, y el valor del rey vencido con una intención tan bien marcada; Cárlos olfateó y oyó el aura militar del campamento y el clarín que estremecía á los corceles con una acción tan dramática y levantada, y con una amplitud de aliento tan vigorosa, que la sala estalló en aquel ¡bravo, Latorel que era sólo para él y que él sólo sabía arrancar. La partida estaba ganada: y preparada de este modo la salida del conde D. Julian, rápido, perfectamente á

tiempo y entre el fulgor de un relámpago, se presentó por el fondo Pizarroso, torvo, sombrío, hosco é insolente, envuelto en una parda y corta anguarina, con una larga y estrecha caperuza amarilla, que le cortaba la espalda de arriba á abajo. Fuése directamente á la lumbré, que estaba á la derecha, y picando con intachable precision el diálogo de entrada, Cárlos con supersticiosa desconfianza y Pizarroso con agresivo mal humor, llegó éste al rústico banquillo que junto á la lumbré estaba, y diciendo

D. JULIAN. ¿Tiene algo que cenar?

D. RODRIGO. Nada.

D. JULIAN. Pues basta;
la cuestion por mi parte ha dado fondo,

engánchase la borla de su capucha en un clavo del banquillo, vuélcase éste y da fondo Pizarroso, sentándose á plomo sobre el tablado.

Aquí hubiera acabado hoy el drama; pero hé aquí el público y los actores de aquel tiempo viejo: el público ahogó en un ¡chist! general la natural hilaridad que iba á romper; Cárlos, en lugar de decir: «desatento venís donde os alojan,» dijo en voz muy clara y con un altanero desenfado: «desatentado entraís donde os alojan,» y aprovechando Pizarroso aquel dudoso instante, incorporóse enderezando el banquillo, asentóle sobre sus piés con un furioso golpe, y sentóse tranquilamente, como si lo sucedido estuviera acotado en su papel. Cárlos, en una posicion de supremo desden y de suprema dignidad, se quedó contemplándole de través y en silencio, hasta que el público rompió en un aplauso universal; y continuó la escena en una suprema lucha de los actores por la honra del autor. La conclusion fué tan rápida y pre-

cisamente ejecutada por el hachazo de Lumbreras, y aconterada por Cárlos con la octava final con tal sentimiento y brío, que el aplauso final se prolongó muchos minutos. *El puñal del godo* obtuvo el éxito que se obligó á darle Cárlos Latorre, si se nos concedía tiempo para ponerle en escena como él había concebido que debía ponerse.

Así se hacían y así se escuchaban las obras dramáticas desde 1832 á 1843.

XIV.

INTERRUPCION.

Sr. Director de *Los Lunes de El Imparcial*:

MI querido amigo: Siento mucho no poder enviar á V. original de mis *Recuerdos del tiempo viejo* para el número de mañana: pero la primavera que Dios prematuramente nos ha enviado esta semana á los que en Madrid vivimos, ha hecho fermentar en mi viejo corazon el espíritu vagabundo y holgazan de todo buen español en la estacion primaveral. Confieso á V., y sin que tal confesion me pese ó me ruborice, que no he hecho más en toda la transcurrida semana que pasear al sol mi pellejo, que con el frio comenzaba ya á apergaminarse, conversar con dos amigos tan viejos como yo, del tiempo que no volverá, y vagar por las calles de Madrid como un gorrion nuevo recién escapado del nido, que no piensa en volver á él mientras luzca el sol sobre el horizonte.

En esta ociosa vagancia me ha cogido el sábado, mi querido Munilla, sin haber escrito ni acordarme de escribir una palabra del artículo de mañana: así que, mi *Puñal*

del godo pendiente se está como quedó en nuestro número del 1.º de Marzo, y no lo volveré á coger hasta el del lunes 15; y para bien sea; porque un puñal en manos de un viejo loco, puede acarrear á cualquiera un susto, si no un disgusto. Yo quisiera sincerar mi falta dando á V. alguna razon que de ella con V. me disculpara: pero, la verdad es que no la tengo: si le escribiera á V. en verso, ya inventaria yo alguna mentira, por excusa; pero escribiendo en prosa, debo decir la verdad como hombre honrado.

El lunes, satisfecho de haber publicado y cobrado mi artículo, me salí al sol á expaciar el ánimo y á descansar del trabajo hecho. Los martes son malos días para empezar negocio ni labor alguna: el miércoles me volví á salir al sol para prepararme á oír por la noche en el Ateneo al Sr. Moreno Nieto; á quien voy yo siempre á escuchar con tanto asombro como respeto, porque sabe tantas cosas que yo no sé, y las dice de una manera tan de mi gusto, que le escucho arrobado, y me pesa siempre de que concluya de exponer aquellos sus tan bien hilados discursos, tan lógicamente hilvanados en tan primorosas frases. El jueves continué paseándome al sol, para rumiar lo oído al Sr. Moreno Nieto; y á las siete y media (costumbre mía de los jueves) me senté á la mesa de la condesa de Guaquí, quien siendo hija de mi condiscípulo el duque de Villahermosa, es al mismo tiempo hermana del ángel rubio encargado por Dios de abrir las puertas de la aurora y de derramar la luz y la alegría sobre la tierra. Recibe conmigo á su mesa los jueves esta gentilísima señora al prodigio de memoria, de erudicion y de precocidad, el jóven Menendez Pelayo, al infatigable Grilo, que nos recita sus versos, los míos y los de todos los poetas que conoce; á Pepe Esperanza,

quien me hace concebir la de escuchar el celeste concierto del Paraiso, cuando él pone las manos en el piano, y otros renombrados ingenios y conocidísimos personajes, de quienes no cito á V. los nombres, porque no le parezca que trato de darme más importancia de la escasa que mis versos me han adquirido, más por el ajeno favor que por su mérito propio. Puede V. comprender que no tendria perdon de Dios, si empleara los viernes en otra cosa que en saborear los recuerdos en prosa y verso del salon de aquella condesa Cármen, con la cual no tienen flor comparable ninguno de los Cármenes escalonados en el valle de los Avellanos de la morisca Granada.

Del viernes ya pensé emplear la noche en escribir mi artículo; pero fatalmente para V., los viernes ha dado en reunir en su casa la señora de Malpica á algunos amigos suyos, entre los cuales me cuenta; y ¡ay, señor Director de *Los Lunes de El Imparcial!* recibe esta señora con tal cariño y con tan buen gusto en una tan elegante morada, y van á casa de esta señora dos niñas morenas, que cantan como dos ángeles, dos rubias que tocan como dos serafines, y otras dos de tez apiñonada y cabello castaño que tocan y cantan como dos Santas Cecilias... en fin, de aquella casa se sale con pesar á las cuatro de la mañana; y el sábado hay que pasarlo en soñar con aquellas tres parejas de muchachas, que le dejan á uno en los oídos para veinticuatro horas el eco de todas las harpas de Sion, y de los gorjeos de todos los ruseñores de los bosques de la Alhambra.

La tarde del sábado, cuando ya iba disipándose la especie de embriaguez en que envuelven el espíritu de los poetas, aunque seamos viejos, el recuerdo de tanta poesía, tanta música y tantos serafines con forma hu-

mana... ella bajando y yo subiendo, tropecé en la calle de la Montera con la marquesa de D. H., que es la más mona de todas las marquesas de los reinos unidos y desunidos de Europa; una malagueña que tiene una mata de rayos de sol por cabellos, un puñado de azucenas por cara, dos pedazos de cielo por ojos y dos ramilletes de jazmines por manos; y que me dió justísimas quejas, y que la dí merecidísimas satisfacciones, y que me ofreció el perdon suyo y el de su esposo, y que la prometí enmienda, y que me fuí á mi casa entre la niebla del crepúsculo, mareado y andando á tientas con el recuerdo de sus palabras y la imágen de su hermosura.

Envié á mi familia al teatro de Apolo, y dejando el estreno de la comedia *Angel* por oír á Blasco, me dirigí al Ateneo.

Pero Blasco es más vagabundo que yo, y á las diez nos dijo el secretario que Blasco no daba su lectura aquella noche. Un poco despechado de aquel chasco que con su ausencia me pegaba Blasco, eché hácia el teatro de Apolo, desesperanzado de acabar la semana tan poética y armoniosamente como la habia pasado, puesto que daban una comedia en prosa para mí desconocida: *Lo positivo*.

A más de la mitad iba ya la representacion del acto segundo, cuando ocupé yo mi butaca de primera fila; ignoraba el argumento y dábame apenas cuenta de lo que en la escena sucedía, cuando la Hijosa, que en ella estaba sola, dejó un periódico en que habia leído y tomó una carta que tenia delante por leer. Desplegó poco á poco el papel de aquella carta y comenzó su lectura con una indiferencia que cambió en atencion, y que fué pasando de ésta al interés, y de éste al sentimiento, y luego á la ternura, y ví con mis gemelos que

las lágrimas brotaban de los ojos de la actriz, y sentí las mias anublarme los cristales á cuyo través la contemplaba, y oí por fin estallar un aplauso universal, y solté mis anteojos para aplaudir su final de acto, cuya ejecucion hacia mucho tiempo que no habia yo visto par.

En el tercero desplegó Pepita Hijosa un lujo de pormenores, un estudio de detalles tan minucioso, un cuadro tan acabado de cómica coquetería, manifestó tal seguridad y franqueza, tal posesion de la escena, que envidié la fortuna del Sr. Tamayo ó Estévez, ó como quiera llamarse el académico autor de aquella comedia, en la cual se me revelaban á un mismo tiempo el más práctico de nuestros autores, y una actriz incomparable para el estudio de sus papeles.

Puede un gran poeta desarrollar en ricos versos ó en castiza prosa, un gran pensamiento, y dar cima á una gran creacion; pero el mejor poeta no puede hacer más que escribir sus palabras; y si el actor no da á cada una de las de su papel una intencion, una inflexion, un movimiento y una vitalidad competentes, de la palabra no resulta más que un sonido sin vibracion, que excita seca, pálida y fría la idea en ella expresada. En lo que yo ví de *Lo Positivo*, el poeta ha confeccionado sus palabras y sus escenas como maestro, pero la Hijosa da á su palabra el movimiento, el relieve y la vida del sentimiento del arte.

Yo no conocia, amigo Munilla, á esta actriz que ha hecho su reputacion durante mis treinta años de ausencia de España, y como todavía su acento me resuena dentro del tímpano, su figura y su juego escénico me bailan aún en las pupilas, y el recuerdo de la actriz me turba la memoria, no tengo ni tiempo ni ánimo para escribir el artículo de mañana.

Compóngase Vd., pues, como pueda; que yo voy á probar si durmiendo doce horas seguidas, puedo des- embarazarme de la deliciosa pesadilla que me producen en vigilia las encantadoras imágenes de las nueve bien- hechoras hadas, con quienes he tenido la fortuna de tro- pezar en la semana que acabó ayer. Si Dios me da otras cuatro como ésta, el premio grande de la lotería en la quinta, y la gloria despues de la muerte... reclame us- ted, señor Munilla, reclame usted ante todos tribunales humanos y en el divino, porque no habrá justicia ni en la tierra ni en el cielo.

Suyo afectísimo...

Los redactores de *El Imparcial* no quisieron dejar pasar el número de aquel lunes sin artículo mio, y sus- tituyéndole con mi anterior epistola, le completaron con la siguiente nota y los subsiguientes versos: todo lo cual dejo yo en este lugar interrumpiendo mis recuerdos co- mo ellos lo intercalaron en los *Lunes* de su periódico.

Mal satisfechos con esta carta del Sr. Zorrilla, corri- mos á su casa, pero no le hallamos en ella. Registramos osados su pupitre, y encontrando en él el borrador de las siguientes octavas, las publicamos á continuacion de su carta, en lugar del artículo que hoy no contaba darnos.

Dios te ha dado, Valenciana,
la beldad de las huries;
en tu faz, cuando sonries
se abre el cielo y se ve á Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura,
»y como esa no hago dos.»

te creó la Omnipotencia
sola y sin par, como el sol.

En tus ojos nace el día,
que ajimeces son del cielo
por los cuales manda al suelo
de Valencia Dios la luz.
Ha supuesto Andalucía
que era Vénus sevillana...
no lo creas, Valenciana;
erró vano el andaluz.

Al matar el cristianismo
á la Vénus de Cithères,
se asió á tí Cupido, y eres
quien le lleva de sí en pós;
si hizo á aquella el paganismo
de la espuma de los mares,
de capullos de azahares
y de luz te hizo á tí Dios.

Tú eres Vénus, Valenciana;
tu hermosura es más perfecta
que la helénica, romana,
bizantina y oriental;
tú eres la obra más correcta
de las manos de aquel númen
que es la cifra y el resúmen
de lo bello y lo ideal.

Y contigo, almo trasunto
de aquel gérmen de hermosura,
de sin par modeladura
en su inmensa creacion,
no tiene el más leve punto
de adhe-

ningun tipo de hermosura
que no fuera á tu belleza
algun rasgo á demandar;
te pidió el cisne blancura,
el armiño tu limpieza,
el halcon tu gentileza
y el antilope tu andar.

Tienes ojos de paloma
y hebras de sol por pestañas;
Dios te ha puesto en las entrañas
los esfluvios del rosal:
y respiras los aromas
que desprende en las montañas
de sus troncos y sus gomas
el calor primaveral.

Tu cabeza toca airosa
tu abundante cabellera,
como al cedro y la palmera
su ramaje secular:
de las hondas de tus rizos
la espiral es más graciosa
que los arcos movedizos
de las ondas de la mar.

Tu cintura, más esbelta
que los vástagos del mimbre,
hace el paso que se cimbre
de tu andar de garza real;
y tu leve falda suelta
flota en torno de tu talle,
cual la niebla que en el valle
alza el sol matutinal.

Más sutilmente no liba
colibrí de cien colores
en el cáliz de las flores
el rocío que en él ve;
más ingrávida no estriba
la ligera mariposa
en las hojas de una rosa,
que al andar pisa tu pié.

De tus labios la sonrisa
como un alba se desprende

que la miel de las abejas;
el olor que trás tí dejas
aventaja al del clavel:
y tu amor, con el que labras
mi ventura, reasume
la dulzura y el perfume
de la flor y de la miel.

Tú eres Vénus, Valenciana:
tus dos labios carmesíes
al abrir cuando sonries
se abre el cielo y se ve á Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura:
»mas como esa no haré dos.»

XV.

EL PUÑAL DEL GODO.

III.

GANÓME esta obrita más favor con el vulgo é hízose pronto más popular y famosa que cuantas escritas llevaba, por la circunstancia de que, no necesitándose dama para su representacion, la pusieron en escena todos los aficionados en liceos, casinos y demás sociedades más ó ménos literarias que por entónces comenzaron á surgir; y permítame el lector que con vanidad le recuerde que sé de cierto que miles de personas, que han sido y son hoy conocidos personájes, han hecho el papel de alguno de los cuatro de mi *Puñal del godo*: y no há muchas noches dieron una dedada de miel á mi amor propio mi paisano Nuñez de Arce, Sellés y otros que valen y son hoy más de lo que yo antaño valia y era, revelándome alegremente que habian de estudiantes representado á Theudia y á D. Rodrigo, y el primero añadió que aún sabia de memoria toda mi rápidamente abortada composicion; lo cual, sea dicho en paz y en gracia de Dios, me congratula

con aquel pequeño aborto de mi ingenio y casi me enorgullece de haberlo escrito.

Y la ocasion me viene como de molde, para exponer aquí mi opinion sobre las representaciones de los aficionados, en los más ó ménos cañeros teatros de sociedades más ó ménos públicas ó privadas. Cuando invitado un conocido autor á la representacion de una de sus obras en uno de estos teatros, le dicen durante ó despues de ella: *¡Cuánto habrá V. sufrido viéndose así ejecutado!* ni los que tal le dicen son justos, ni él lo fuera pensando tal. Yo por mi parte no sólo asisto sin pena á estas ejecuciones, sinó que es la sola ocasion en que escucho mis versos sin hastío. Los aficionados suelen ser muchachos de quienes aún no se sabe el porvenir, que estudian sus papeles con afan, los representan con entusiasmo, y se encariñan con el autor; de quien se acuerdan continuamente y con quien contraen esa amistad leal, noble y desinteresada, que se basa en la fruicion espiritual de la lectura y del estudio de una obra que nos procura ap'ausos y favor, siquiera sea de amigos. Tal vez un muchacho á quien el porvenir guarda una faja de general ó un sillón presidencial de un Parlamento ó en una Academia, representa delante de la niña que ha de ser su mujer, ó de la mujer que ha de ser su gloria ó su condenacion. Tal vez alguno, con la representacion del papel de Theudia ó del conde D. Julian, ha conseguido el amor de su Florinda, y uno y otro han bendecido y conservado por ello toda su vida una amistad por él ignorada al viejo autor del *Puñal del godo*. En estos teatros y en estos actores de aficion todo es disculpable, en atencion á la buena fé con que todo se hace: en ellos suelen presentarse individuos que fácilmente llegarían á buenos actores, si en serlo pusiesen

empeño ó de serlo se vieran en la necesidad. Yo soy tal vez el viejo que tiene más amigos jóvenes: soy el poeta que goza de más popularidad entre la juventud escolar de España: y no por mi ciencia, de la cual dan mis escritos bien pobre y escasa muestra, sinó por las octavas de D. Rodrigo y el diálogo de éste con D. Julian, de los cuales hay apenas estudiante que no tenga en su memoria algunos de sus versos ó algunas hojas parásitas de los míos entre las de sus libros de asignatura.

Los actores de provincia son tambien dignos de la indulgencia de los autores; porque la variedad diaria que en sus representaciones exige un público escaso que nunca varía, no les da tiempo de estudiar ni de ensayar convenientemente las obras; pero basta de esto, que es tratado aparte de mis recuerdos viejos: ya volveré sobre ello cuando llegue el turno á mis impresiones del tiempo actual; y tornemos y demos fin á las de *El puñal del godo* con una anécdota poco conocida.

Habia en Méjico cuando vivia yo en aquel paraiso, que debió ser para mí y no quiso Dios que fuera limbo del olvido un Casino español, pródigamente sostenido, en cuyos salones se daban algunas espléndidas fiestas; una de ellas, la imprescindible, se verificaba el día onomástico de la Reina Isabel, á quien, como á la persona que entónces representaba la patria, enviábamos un saludo los expatriados de España. Era yo el encargado de hacer una lectura en aquellas noches, que concluia siempre con el viva á España, al cual contestaban los mejicanos y españoles en aquellos salones reunidos.

Un año, queriendo el Casino hacerme un obsequio por lo que parecia trabajo y era en un español obligacion de buen ciudadano, dispuso que en una de estas

fiestas se representase mi *Puñal del godo* y se me ofreciese una corona.

Colocáronme, para honrarme, en un grande y magnífico sillón, en el cual resaltaba más mi exígua personalidad, á la derecha de la orquesta y de cara al público: ejecutóse mi pobre drama lo mejor que se pudo y mejor de lo que se esperaba; diéronme mi corona, aplaudiéronme mucho, y despues de una exquisita cena aconterada con muchos brándis, metiéronme, tras de muchos abrazos y plácemes, en mi coche y... buenas noches.

Al dia siguiente un periódico mejicano, no muy afecto á los españoles pero redactado por gente ingeniosísima, daba cuenta de la fiesta, la representacion, mi coronacion y la cena final en los términos más halagüenos para la riqueza, la esplendidez y el patriotismo de los sócios del Casino; pero concluía con este cuentecillo: «Sin que salgamos garantes de la verdad del hecho, se cuenta que entre el poeta Zorrilla y un amigo nuestro y suyo, que no habia asistido á la funcion del Casino y que se acercó á saludarle al bajar aquel del coche á la puerta de su casa, se cruzó el siguiente diálogo, que resultó improvisada redondilla:

«EL AMIGO. ¿Qué tal lo hicieron los godos?
 EL POETA. ¡Hombre!... lo han hecho tan mal,
 que buscaba yo el puñal
 para matarlos á todos.»

En cuyo cuentecillo quedábamos mal todos los españoles de Méjico: los del Casino por haber hecho mal mi drama, y yo por hacerlo peor con ellos en semejante epígrama.

Ni es mio, ni en aquella ocasion pudiera haberseme ocurrido; pero me le ha recordado la última representacion que he visto en Madrid de mi pobre *Puñal del godo*.

XVI.

LOS DOS VIREYES.

Suum cuique.

ESTE drama está ya olvidado del público de Madrid, y apenas si se representa alguna vez en provincias, afortunadamente para mi honra.

De él se ocupó la crítica muy somera aunque muy ágricamente, y tuvo razon: es la más miserable rapsodia representada en el teatro moderno; y si andando el tiempo algun curioso bibliómano ó algun crítico investigador tropezaran con ella en algun juicio retrospectivo, seguramente exclamarían con asombro: «¡Cómo diablos fué posible que aquel poeta escribiera esto!»

Y no puedo negar que lo escribí, y es lo peor que al afirmarlo no me avergüenzo de haberlo escrito; materialmente escrito, porque el argumento, la forma y las escenas en prosa, no son míos: están rastreramente cogidos y literalmente copiadas de una mala novelucha de un autor italiano engerto en francés, á quien todo París literario y artístico ha conocido, pero cuya reputa-

cion no ha llegado á España: la novelucha se titulaba *El virey de Nápoles*, y su autor se llamaba Pietro Angelo Fiorentino.

¿Cómo llegó á mis manos esta novela? ¿Quién me puso en mientes trasformarla en drama, copiando en él servilmente los amanerados diálogos de su falso relato y sin curarme de corregir sus errores históricos, ni de dar á mis personajes otro carácter más acusado y dramático, más verdadero y más español?

Es una historia que debía de quedar para contada despues de mi muerte; pero que se me antoja contar en vida, porque nada hay en ella que no abone mi lealtad de amigo y mi buena fé de hombre honrado; porque no quiero que piense ninguno de los que en mi tiempo viven que temo abordar en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO ninguna cuestion personal sobre el pasado que no vieron, y porque no quiero cargar para el porvenir con culpas que no fueron mias. En cuanto á mi reputacion literaria, confieso que no me trae con mucho cuidado; porque sólo la posteridad depura y acrisola lo que vale la fama adquirida en vida por un autor de loca fortuna ó de gran favor entre los profesores de bombo; y tengo yo para mí, aunque pese á los pocos amigos que me quedan, que más me vá á honrar despues de mi muerte, la sinceridad con que reconozco la escasa valía y los defectos de mis obras, que el haberlas escrito; y digo sinceridad, por no atreverme á decir modestia; virtud que creo que no existe ya en España y que es un capital que... quien lo pone lo pierde: sabiendo lo cual, aunque lo tuviera no lo pondria yo.

No quiero, sin embargo, que mis amigos renieguen de mí, tomando mi sinceridad por hipocresía; y voy á decirles de paso, y aún á peligro de que en vez de hi-

pócrita me crean vanaglorioso, que tengo cierta conciencia de mí mismo, teniendo por bien hecho y por valioso algo de lo por mí hecho: mi *Cristo de la Vega*, mi *Capitan Montoya* y mi *Margarita la tornera*, son tres leyendas muy imitadas, pero no corregidas aún por otro poeta mejor narrador, ó más legendario y tradicional; y Dios y el tiempo nuevo me perdonen mi pretension de creer que me dan derecho á tenerme por legendario buen narrador. Por poeta dramático no me tuve jamás, y sólo puedo presentar sin vergüenza los dos primeros actos de *Traidor, inconfeso y mártir* y la segunda mitad del tercero y primera del cuarto de *El Zapatero y el Rey*; lo cual no es tanto que sirva para bravear, ni tan poco que me humille y me cierre las puertas del teatro; y en cuanto á mis poesías líricas... ¡ay de mí! no son más que hojarasca; y en ellas hay muchas hojillas verdes y algunas florecillas frescas, pero cuando el tiempo seque tal hojarasca, poca sombra dará á mi fama el follaje que deje su soplo en las pobres ramas del laurel de mi gloria.

Volvamos á la historia de mis DOS vireyes.

Habia en 1838 y 39 una tienda de gorras en la Puerta del Sol, cuya dueña, honradísima mujer, tenia un hermano menor que de ella dependia y que era taquígrafo de las Córtes. Alto, desgarbado, de pesados movimientos, modales vulgares y saltones ojos, era en su exterior el tipo de la honradez, y en sus características manifestaciones la expresion de la buena fé.

No recuerdo cómo, ni por quién, tropezó y comenzó á juntarse conmigo; pero ello es que paró en ser mi inseparable sombra, y que no pasaba dia que no pasara conmigo y en mi casa las horas que su ocupacion de taquígrafo le dejaba libres. Alababa todo lo que yo ha-

cia, celebraba todas mis escentricidades de poeta y mis niñerías de muchacho; y como si en mi cronista se hubiese constituido, propalaba y encomiaba por donde quiera mis hechos y mis dichos, clasificándolos todos entre los más chistosos y originales del mundo; lo cual contribuía más que á mi buena fama á procurarle á él la de mi único amigo, confidente único de los secretos del muchacho que iba haciéndose popular.

Llevaba yo por entónces, como he llevado siempre, una vida aislada, que me ha obligado á llevar el trabajo necesario á mi subsistencia y mi poca simpatía por las banalidades que forman base de la vida social de Madrid. Las visitas inútiles, las relaciones superficiales y los convites sin cariño, han sido cosas que no he aceptado jamás en mis costumbres: y he preferido siempre para mis alegrías y expansiones el interior modesto de mi pobre hogar, al suntuoso salon y la opípara mesa del opulento y millonario anfitrión. Mi idea fija era hacer famoso el nombre de mi padre, para que éste, volviéndome á abrir sus brazos, me volviera á recibir para morir juntos en nuestra casa solariega de Castilla; única ambición mía y único bien que Dios no ha querido concederme. Bajo esta idea huí siempre de la sociedad política y rechacé el favor y la protección de los gobiernos, á quienes no pudo ligarme nunca compromiso alguno personal; mi padre era realista, tuvo que irse con el infante D. Carlos María Isidro á las Provincias Vascongadas y que emigrar á Francia un mes ántes del convenio de Vergara; y puse mi empeño en probarle, que la fama que yo había dado á su apellido, la debía sólo al trabajo y al favor del pueblo, no á haber vendido mi pluma á un partido contrario á sus opiniones; y sin cuya revolución no hubiera yo, sin em-

bargo, tenido una prensa en que publicar los versos que me hicieron popular.

Pasábame, pues, la vida en mi casa dado á mi asídúo trabajo, del cual descansaba y me distraía en el tiro de pistola y en el circo de la plaza del Rey; mis dos únicos vicios, porque en vicio les constituía mi diaria presencia en el tiro y en el circo, donde constantemente me acompañaba X el taquígrafo, tosco eslabon humano que con la humana sociedad me encadenaba. X no tiraba; juzgaba de los tiros, convenia las apuestas, aplaudia los triunfos, y tomaba parte muy principal en los almuerzos en que las ganancias se invertían. Mr. Arnaud, el propietario del tiro, tenia para su establecimiento el reclamo de nuestra fama, y en el actor Monreal, en D. Juan Valleras y en mí, tres seguros mantenedores de las apuestas que él con extranjeros generalmente entablaba, y que el bueno de X con él organizaba y llevaba á cabo; almorzando siempre, como árbitro y adlátere mio, con los vencidos y los vencedores.

No puedo resistir al deseo de consagrar aquí cuatro renglones al recuerdo de aquellos viejos compañeros de mis juveniles aficiones.

Monreal era un actor inimitable en lo que entónces se llamaba papeles de traidor: era un segundo sin primero y un tirador de pistola de primera fuerza; pero habia que fiarle en las apuestas los primeros tiros; porque era tan orgulloso, que el primero perdido le hacia perder la serenidad á impulsos del amor propio que le devoraba. Juanito Valleras era un gaditano de 24 años, fino y esbelto como un galgo inglés, caballeroso y leal hasta el recorte de las uñas, andaluz hasta la médula de los huesos, y tan incapaz de hacer una villanía como de soltar una gracia agresiva ni de mal tono. Era el primer

tirador de entónces; tiraba por vanidad, y daba siempre la mitad del valor de cada tiro al francés Arnaud, porque no se convalachara con ningun tirador paisano suyo para desigualar la carga ó las ventajas de las apuestas. Con Valleras y conmigo llevaba Arnaud el 50 por 100 de cuanto en ellas se atravesaba; y el tiro de apuesta de Valleras eran nueve balas colgadas á nueve distintas alturas, que debian casarse con las de nueve tiros sin interrupcion; y rara vez le faltaba una por casar. De su hidalguía es prueba irréchazable el hecho siguiente:

El francés Arnaud andaba siempre á caza de ingleses con quienes empeñarnos en apuestas de tiro, y dió una vez con unos que nos invitaron al del encargado de negocios de Dinamarca, que le tenia precioso en su jardin de la casa de la calle del Barquillo, residencia de su embajada. Los ingleses lo eran de pura raza, y nos recibieron como gentes de la mejor sociedad, prévia la más irrecusable presentacion. Tiraban con unas magníficas pistolas belgas, tres pulgadas más largas que las nuestras: fiáronse á la suerte todas las condiciones, y tocó á cada cual el derecho de usar de sus propias armas. Durante los preliminares, Monreal y X fijaron su atencion en un inglés viejo, que sentado á la cabeza del tiro tenia un groom de pié á su espalda y un gran saco á sus piés: era sin duda un maniaco apostador.—«¡Ojo al saco!» dijo por lo bajo X,—y una mirada furtiva de Mr. Arnaud nos probó á Valleras y á mí que el francés habia tramado aquella conjuracion contra el saco del inglés. Tocó á los de Albion tirar los primeros; pusieron por primer blanco un huevo á treinta pasos: tiró el primer inglés, é hizo blanco: tiró el segundo con igual acierto; y hecho lo mismo por el tercero, nos tocó nues-

tro turno á los españoles. Valleras permaneció impasible, apoyada la mano derecha en el pilar de la barandilla, para tener la muñeca libre de sangre y el pulso tranquilo; pero invitado por uno de los ingleses á hacer su tiro, dijo tranquilamente: «Mis compañeros y yo no hacemos ese tiro.»

Mr. Arnaud se mordió los labios, yo sentí palidecer mis mejillas, y los ingleses echaron sobre nosotros una mirada de compasion acompañada de una sonrisa, en la cual su esmerada educacion no llegó á marcar el desprecio. Valleras, sacando un puñado de monedas de á ochenta reales isabelinas y recientemente acuñadas, mandó al criado poner una en el blanco apoyada en el tapon de corcho tendido. Tomó su pistola, y pasándosela á Monreal para el primer tiro, dijo á los ingleses: «Nuestro tiro no pasa nunca de este tamaño.» El blanco se veía mal, porque no era blanco sinó amarillo, y á treinta pasos sólo lo veía un ojo de tirador; tiró Monreal y quitó la moneda; puso el criado otra, y Valleras me pasó la pistola con que él tiraba; puse yo mi alma en mi dedo índice, é hice blanco; Valleras dijo: «Yo no tiro eso: cuelgue V. mis nueve balas.» Valleras hizo su tiro; los ingleses saludaron respetuosamente, y el del saco se le entregó al groom, que desapareció con él. La apuesta paró en un refresco y en un puñado de monedas que Valleras y los ingleses dieron á Mr. Arnaud; y cuando á la mañana siguiente, al volvernos á reunir en el tiro de éste, argüia á Valleras por no haberse dejado ganar los primeros tiros para engrosar las puestas, Valleras contestó con su desenfado andaluz: «Mr. Arnaud, si V. habia pensado que nuestro blanco fuese el saco del inglés, hizo V. mal en pensar en nosotros para sostener tal apuesta.»

Valleras murió dos años despues, de una afeccion pulmonar; Monreal se metió una noche la bala de su último tiro en el cerebro... y yo abandoné el tiro, cuando mis compañeros abandonaron el mundo.

Al montar Ignacio Boix su librería en la calle de Carretas, dando á este ramo de comercio una forma y un impulso hasta entónces inusitado en España, X se ingirió en su casa como administrador, ya con ciertas pretensiones literarias, como amigo y conjunto inseparable mio: Boix aceptó la literatura de X bajo su palabra: dióse éste á escribir algunos artículos en *El Pensamiento*, semanario que Boix fundó: ganóse X la confianza de éste como había ganado la mia, y Boix le comisionó para ir á establecer en Cuba y Méjico dos sucursales de su casa de Madrid.

Hé aquí el talento y la historia de las medianías que saben no desperdiciar la sombra de la más pequeña hoja que puede dárseles: X empezó por adherirse á la pequeñísima sombra que mi pequeñísima persona comenzaba á proyectar: cobijóse despues á la sombra de mi casa: recogió como reliquias todos los borradores de mis manuscritos y todos los más íntimos pormenores de mi vida; y, al cabo de dos años, salió para Cuba, agente de la primera casa de librería, con mejor porvenir que yo, y con el manuscrito inédito de mi leyenda de *El capitán Montoya*, de la cual hizo cuatro ediciones en la Habana y Méjico, acompañándola de una biografía del autor *su grande amigo*, cuyo nombre iba con el suyo en la primera página, viva representacion de mi personalidad: segundo yo en aquellos países, que no pensaba yo entónces visitar despues de él, ni X pensaba que yo en ellos habia de hallar más tarde la huella de sus pasos. Volvió á Madrid en 1842, trájome grandes noticias de

mi gran fama por aquellos países y del éxito fabuloso de mi *Capitan Montoya*; pero ni á él le ocurrió darme, ni á mí pedírsela, cuenta de lo que sus cuatro ediciones habían producido. Entre amigos...

Entre tanto habia yo tenido un poco de fortuna en el teatro con mi *Cada cual con su razón* y las dos partes de *El Zapatero y el Rey*, y X me habia dado á leer aquella novelilla de Pietro Angelo Fiorentino, que habia traducido y publicado *allá* en compañía de mi *Capitan Montoya* y bajo las mismas bases de lucro para Pietro Angelo que para mí. Celebróme mi bienandanza teatral: y anudando naturalmente su antigua intimidad conmigo, siguió acompañándome á los ensayos en el escenario y á mi mujer en mi palco en las representaciones... y un dia me preguntó que qué me parecia *su* novela de *El virey de Nápoles*... y otro dia que si se podría hacer de ella un drama... y una noche que si yo queria transformar en drama su novela, y por fin que si, escribiéndola en verso y prosa, queria yo aprovechar los diálogos de la novela, y poniéndolos á nombre suyo, ponerle á él al par del mio como autor dramático: *cosa* que á él le daría una grande importancia con su principal Boix, etc., etc.

¿Por qué no habia yo de ayudar á hacerse hombre á un tan buen amigo? Me habia acompañado dos ó tres años cinco ó seis horas diarias, y día y noche en las épocas de enfermedades y pesadumbres: habia empezado su carrera de escritor poniendo en las nubes mis versos y en boca de todos la prosa de mi vida... emprendí la trasformacion de la novela *El Virey de Nápoles* en el drama *Los dos vireyes*; pero por más empeño que puse en semejante trabajo, le concluí convencido de que habia salido como no podia ménos de salir una obra

malamente confeccionada, muy desigualmente escrita y de éxito dudosísimo.

Llamé á X y le dije que en mi cualidad de buen amigo y de hombre leal, mi conciencia me obligaba á advertirle que *Los dos virreyes* era un tiro que iba á salir para él por la culata; y que al silbarme el público por primera vez, no faltaría á quien le ocurriera que escribiendo solo me habia hecho aplaudir, y que la asociacion con X me habia atraído la primera silba; y en fin, que aquel seguro mal éxito, en vez de procurarle reputacion y de abrirle la escena, le iba á desacreditar y á cerrársela para siempre.

Pareció X convencido de mis razones: y como la temporada cómica iba ya muy avanzada, la obra estaba prometida y yo obligado á dar la tercera del año, segun mi contrato, determinamos presentarla bajo mi solo nombre, y que corriera yo solo el riesgo de un desaire casi seguro del público y de una justa rechifla de la crítica por semejante rapsodia.

Entregué mi obra á Lombía: recomendésla á Cárlos, poniéndole en los pormenores de su historia: prometióme Cárlos, con el paternal cariño que me tenia, ponerla en escena con tánto más esmero cuanto ménos probabilidades de éxito presentaba: y pretestando yo no poder esquivar por más tiempo el compromiso de ir á pasar la Semana Santa con el duque de Rivas, partí á Sevilla, huyendo de la primera representacion de aquellos *Dos virreyes*, con cuyo azaroso porvenir dejé cargados á Mate y Cárlos Latorre, diciéndome al meterme en la diligencia: «ojos que no ven, corazon que no siente.»

¡Y qué recuerdo tan fresco, tan juvenil, tan poético, es el de aquel viaje y el de la estancia en la casa y con la familia de aquel tan gran poeta y tan grande amigo

como fué mio, aquel á quien yo llamaba mi ángel, á quien la posteridad llama duque de Rivas, y cuya memoria vive aún por la amistad en mi corazón, y en España por el *Don Alvaro*, que está todavía en pié sobre la escena en que hace cuarenta años que apareció!

Desde que Juanito Donoso y Nicomedes Pastor Díaz primero y Villalta despues, me habian dado trabajo en sus periódicos, no habia yo dejado pasar una semana sin publicar una ó dos composiciones por lo ménos: en tres años habia de ellas coleccionado ocho tomos mi primer editor Delgado. Desde que García Gutierrez me habia abierto la escena, asociándome á él en el *Juan Dándolo*, habia yo presentado seis dramas, benévola-mente acogidos por el público, que tuvo sin duda en cuenta al aplaudírmelos mi poca edad y mi constante trabajo: tenia yo mucha priesa de meter ruido que llegara á los oidos de mi padre, emigrado en Francia, y no me remuerde la conciencia de haber desperdiciado aquel tiempo viejo. Era la primera vez que cogia yo un mes y un puñado de onzas para mi solaz. Mi miedo al éxito de mis *Dos víreyes*, pedía á Dios alas para huir de Madrid: y el editor D. Manuel Delgado, que era el único que sabia lo que yo valia en dinero, que me gruñó siempre, pero no me negó jamás el que le pedí, me dió el susodicho puñado de onzas, para sustituir con un asiento en la diligencia las alas que Dios no ha concedido á ningun poeta al lado de los homóplatos. Dióme Lombía una docena más de aquellas graves y amarillas monedas que por atrasos de mi sueldo me era en deber, y otra docena Boix por adelanto y seguridad de mi primer tomo de leyendas: dejé las dos docenas á mi familia; y con el primer puñado en el bolsillo, me acomodé en la berlina, que despues hemos llamado *compé*,

de la diligencia que á las tres de una mañana de marzo arrancaba para Sevilla, de la calle de Alcalá.

Llevaba por compañeros á D. Juan Jústiz, noble mozo habanero, de tan mala salud como buena educación, y tan sobrado de rentas como falto de humor para gastarlas; á quien acompañaba Lorenzo Allo, otro habanero de tan buen humor y tan buena salud como poco amigo de guardar su dinero, con quien habia trabado yo amistad en el tiro de Mr. Arnaud y en el gimnasio del conde de Villalobos.

Era este Lorenzo Allo el mejor amigo y el más agradable compañero del mundo: tan enjuto como récio, era nervioso hasta tener trémulas las manos, á pesar de lo cual tomaba café cuatro veces al día; y usando en anteojos de oro unos cristales de muy bajo número, alternaba con los primeros tiradores; sin que me haya podido yo dar cuenta de cómo veía el blanco, ni de cómo sujetaba é inmovilizaba sus nervios para hacer finísimos tiros. Teníame una sincera amistad y sabía de memoria muchos versos míos: dábame tan buenos consejos como malos ejemplos; y tan diestro boxador como mediano humanista, estaba siempre dispuesto á saltar un ojo de un puñetazo á quien no le concediera sin discusión que era yo el primer poeta de ambos mundos. Cuidaba de mí en el gimnasio como si fuera yo de cristal, y de mi honra como si fuera la suya, é hijo yo de su mismo padre.

Jústiz y yo le hicimos administrador de ambos durante el viaje y le entregamos nuestros dineros: aquel para no tener el trabajo de pensar en ellos, y yo para ahorrarme el de contarlos: negocio que era por entónces no poco peliagudo en España, con los ocho cuartos y medio de sus reales, los ciento setenta de sus duros,

los trescientos veinte reales de sus onzas, las tres onzas y *dos duros* de sus mil reales, etc.; de modo que la más mínima cuenta tenía siempre más picos que una custodia.

La noche estaba fría, lejano el amanecer, y los tres viajeros de la berlina que habíamos acudido con tiempo por no habernos acostado, estábamos en nuestros puestos desde que empezaron los mozos á cargar el carruaje, durmiendo tranquilamente bien embozados en nuestras capas. La empresa era nueva, y en competencia con la antigua: el conductor ocupó el pescante y al dar las tres en el Buen Suceso, dió una voz y tendió su fusta á los caballos, que nos arrebataron entre el ruido de sus herrados cascos y de sus agujereados cascabeles.

La nueva empresa había montado á la francesa sus tiros, sustituyendo al antiguo rosario de mulas, enfrenadas sólo las dos del tronco y las seis restantes encomendadas á un muchacho ginete en el mingo delantero, un tiro de seis buenos caballos todos embridados; dos en la lanza y cuatro en balancin. Aquellas nuevas diligencias, carruajes de sólo berlina y rotonda, eran unas especies de sillas de posta; y eran á las antiguas galeras y diligencias lo que hoy son á aquellas sillas de posta las locomotoras y trenes de los ferro-carriles; pero aquel ruido de los cascabeles, aquel perpétuo vocerío con que á sus caballos animaban los mayores, aquellos zagales dicharacheros que enganchaban y recogían los tiros en las remudas, aquellos venteros y maestros de postas, aquellas hosterías en donde se hacían los altos y las comidas, conservaban el carácter jaranero y alegre de nuestra patria y la tierra por donde viajábamos los españoles; y se veía el país, y se bromeaba con las paisanas; y sea dicho en paz, no tenía

tantas ventajas para los intereses materiales, pero tenia más poesía que el actual nuestro modo de viajar del tiempo viejo. Los caballos daban cierto decoro de caballeros á los viajantes; y no todo el mundo podía permitirse el lujo de viajar en berlina de una silla-correo, que corría por el centro de la calzada, pasando al vulgo de los viandantes; la máquina lo arrastra todo, y los caballos arrastraban la flor de lo arrastrado, y bien lo decia el refran: «de las vidas arrastradas... la del coche.»

El en cuyo *coupé* íbamos Allo, Jústiz y yo paró en Ocaña para almorzar. Sin que Allo y yo hubiéramos bajado los cristiles, ni hablado con los viajeros del segundo compartimento en las postas pasadas, por respeto al descanso de Jústiz, que iba convaleciente de larga enfermedad, con fuentas abiertas en los brazos y encomendado á nuestra amistad por su cariñosa familia. Pero al apearme en Ocaña, unos brazos poderosos me arrebataron del estribo, y al depositarme en tierra me decia la voz vigorosa del individuo á quien aquellos fornidos brazos correspondian:— «¿Aquí tú, Pepe?»— Era Paco Elipe, diputado bullicioso, poeta un poco excéntrico, pero no despreciable, hacendado manchego y amigo leal, de quien ya apenas hace nadie memoria; pero de la de quien voy á traer algunos recuerdos á estos míos de aquel viejo tiempo.—¿Quién es tan descortés ni tan ingrato que no se pare á dar un apretón de manos al viejo amigo, á quien encuentra por acaso en el viaje de la vida? ¿Y qué son estos recuerdos más que un viaje de vuelta por el casi borrado rastro del florido camino de mi juventud?

Paco Elipe fué sócio del Liceo y escribió de todo, en verso y en prosa; y empezando por un drama en compañía de Romero Larrañaga, titulado *La Vieja del*

Candilejo, cuyo plan está no más preparado y versificado limpia y galanamente : escribió otros más, y tuvo sus éxitos y sus aplausos y su reputacion no inmerecidos y fué uno de los que, con quienes empezábamos á hombrrear, arrimó el hombro para empujar el carro del progreso de aquella época. Recto y tenaz, y de vigorosísimo carácter, hacia y decia las cosas de muy original y personalísima manera. Un dia cerraba con lacre una carta, y echándose por descuido una gota de él encendida en un dedo, en lugar de sacudírsela dijo, conservando el dedo inmóvil: «¡Bruto Paco; para que no seas torpe otra vez!» Y dejó apagarse el lacre en la carne. Una noche sorteamos en el Liceo varios argumentos para una improvisacion, entre varios poetas, y tocóle á Elipe el de la *Noche-Buena*.

El tiempo dado para el trabajo de la improvisacion era el de una hora, al fin de la cual comenzaba la lectura de las composiciones en la tribuna; llegó su turno á Elipe, y en medio de muchas redondillas facilísimas, en que describia todo el tumulto que traen consigo los panderos, zambombas y el jaleo de aquella noche de la Misa de Gallo, soltó con la mayor formalidad la semi-blasfemia de esta cuarteta:

Y aunque la ilacion se quiebre,
lo que no apruebo y resisto
es el mal gusto de Cristo
de nacer en un pesebre.

Y continuó su descripcion de la *Noche-Buena* con tanta imperturbabilidad suya como estupefaccion del auditorio.

Fué el amigo más consecuente de José Fernandez

de la Vega, el fundador del Liceo, mal recompensado por todos los á quienes hizo hombres con el establecimiento de tan única y brillante sociedad. El Gobierno no supo dar á Vega más que el Gobierno de una provincia de tercer orden; y Paco Elipe fué el más fiel amigo de aquel á quien tantos faltaron.

Pero de Paco Elipe haré más larga y justa mencion más adelante, porque espero en Dios que me dará tiempo de hacerle una visita en su palacio solariego de Manzanares: y ocasion de hallar en él materia para más curioso relato.

Con este mi tercer compañero de viaje almorcé en Ocaña, en un parador nuevo, en una mesa muy limpia y enflorada, servida por dos buenas mozas de diez y ocho y veinte años, de trigueña tez, boca sensual y risueña, grandes, negros y retozones ojos, moño de picaporte con zorongo de largos cabos, y robustez muy mal disimulada en sus ceñidos corpiños, y sus estrechos y cortos guarda-pieses.

El conductor nos presentó á los postres un libro en blanco, en cuyas hojas rogaba la empresa á los viajeros que anotasen las faltas de servicio para corregirlas. Elipe y yo acusamos en ellas, y en unas quintillas, al posadero de hacer servir su mesa por aquellas dos muchachas, que embelesaban á los viandantes para que no comiesen más que ojeadas y sonrisas, productoras para ellas de dobles propinas y de vanas esperanzas para los comensales; y pedíamos á la empresa que, ó suprimiese aquellas dos muchachas, ó que cambiando las horas de salida de sus carruajes, dispusiera que los viajeros no almorzaran, sinó que cenaran y pernoctaran en aquel parador de Ocaña.

.

El 1.º de Abril á las siete de la mañana nos apeamos de la diligencia en Sevilla, café del Turco, calle de la Sierpe. Salía yo á ver la tierra por primera vez; y como el pájaro que deja por primera vez el nido apenas emplumado, y goza de la luz, la vida y la libertad, desempolvando sus plumas entre el fresco césped y las primeras margaritas, y se baña en el brillante ajófar y las líquidas perlas de las gotas de agua que desparrama el Guadalquivir en sus siempre verdes orillas, me salí por la Puerta del Arenal á ver el puente, y el rio, y la Torre del Oro, y á respirar aquel ambiente perfumado de azahar, y á bañarme en aquella luz, reflejo dorado de la del Paraiso; á pasar, en fin, una mañana de muchacho que hace novillos.

Y fué aquel uno de los pocos dias que en mi vida cuento como felices, y cuya dicha tuvo fin y colmo en mi nocturna presentacion en casa del egregio poeta, del cariñoso amigo, del entretenidísimo conversador, y del nunca olvidado autor del *Moro expósito* y del *Don Alvaro*.

El recuerdo de la amistad, de la casa y de la familia del duque de Rivas es una isla de arribada en el revuelto mar de mi existencia, un oasis frondoso en el arenal desierto de mis estériles aspiraciones, una tienda de reposo en el pedregal por donde ha hecho peregrinar mi inutilidad viviente, mi improductiva é improvisora poesía. La casa del duque en Sevilla es en mis recuerdos un nido de ruiseñores, donde fué á albergarse una noche de primavera una golondrina desanidada.

XVII.

¡Gran tierra es Andalucía!
La gente allí alegre toma
la vida efímera á broma,
y hace bien, por vida mia.
Quien á Sevilla no vió
no vió nunca maravilla;
ni quiso irse de Sevilla
nadie que en Sevilla entró.
«¡Ver Nápoles y morir!»
dicen los napolitanos.
Y dicen los sevillanos:
«¡Ver Sevilla, y á vivir!»

ESTO digo yo de Sevilla en *La leyenda de los Tenorios*, y esto hice cuando fui á aquella ciudad sin más objeto que á ver á Sevilla y á vivir. No existían aún en España las academias y los profesores de bombo, ni *La Correspondencia* anunciaba la salida de Madrid de don Fulanito y doña Menganita, ni nos habian hecho cardenales, tratándonos de *Eminencias*, á los que por algo comenzábamos á distinguarnos los que aún no se distinguían por su profesion de *bombistas*; ni habíanse aún establecido las sociedades y comisiones de aplausos mútuos que anuncien, calificándolo de aconte-

cimiento, la partida, la llegada ó el resfriado de cualquier medianía ó nulidad, á quien cuatro amigos, si no ella misma, dan importancia miéntras se lee el número en que se da ó se la da bombo: así que pude yo pasearme por Sevilla con Allo y Jústiz sin riesgo de hacerme enemigos todos los liceos, ateneos y teatros caseiros, cuyas invitaciones rehusara, y cuya sancion necesita hoy todo hombre notable para pasar por donde pasa, como moneda resellada, en cada provincia. Algunos curiosos iban á ver cómo era el autor de *El Zapatero y el Rey* cuando entraba ó salía en el café del Turco, donde se hospedaba; y el tal autor salía ó entraba en su alojamiento, y gozaba de aquel sol y aspiraba aquel aroma de azahar que llena los paseos y las alamedas, y visitaba aquellos viejos y moriscos edificios, por y entre los cuales anduvo el rey, tan popular como mal juzgado todavía, de su drama *El Zapatero y el Rey*. Hacía, en fin, la vida que en Sevilla se hacía: la del pájaro, como dije en mi número anterior; picotear los capullos de las rosas y de los azahares, cantar y esponjarse á la sombra y entre las hojas de los naranjos y las magnolias, y vagar de barrio en barrio, como los pájaros de rama en rama, hasta la hora de acogerse al nido de los ruiseñores, que era la casa del duque de Rivas.

En ella duraban algunas caseras costumbres de nuestras nobles familias de los siglos del Renacimiento. La del duque se reunía en las primeras horas de la noche en torno de una gran mesa; donde, presididas por la duquesa, trabajaban sus hijas en alguna labor, y leían ó dibujaban sus hijos, ó escuchaban todos al duque, que les leía ó recitaba algunos de sus característicos romances, ó algunas de las consejas por él recientemente desenterradas de bajo alguna piedra mal segura del rincón

de una callejuela de Sevilla. El duque leía sus versos con un entusiasmo, un tono y una gesticulación esencialmente suyos y completamente originales; y acompañaban su voz el murmullo del aire en las hojas y del agua en las fuentes del jardín, sobre el cual se abrían los dos balcones de aquella estancia. El cariñoso respeto y la cordial é infantil admiración de su numerosa familia para con el padre y el poeta, era la cualidad característica, el fondo típico de aquel cuadro de interior, en cuya atmósfera se respiraba la más sincera alegría y la más tranquila felicidad. Aquellas cabezas juveniles de las muchachas, en cuyos ojuelos retozaba la curiosidad reprimida y en cuyos labios retozaba la maliciosa sonrisa; las inteligentes fisonomías de los muchachos, Enrique reflexivo y Alvaro bullicioso; aquellos álbums, grabados y caballetes abiertos siempre, ó siempre cargados de algun trabajo no concluido; aquellos retratos de los hijos, pintados por el padre; aquel piano siempre abierto, y aquellos tres salones seguidos, en donde siempre habia murmullo de música ó de poesía, y cuyo silencio era el són del agua y los árboles del jardín, daban á aquella casa un carácter especial, único y típico, que me hizo calificarla de nido de ruiseñores, y cuya paz fué yo á interrumpir con el desordenado turbion de versos de mi leyenda de *La cabeza de plata*, de la cual iba escribiendo el último capítulo durante aquel viaje. Había en aquella leyenda (que el fin se publicó bajo el título del *Talisman*, y de la cual ya nadie probablemente se acuerda), un enamorado Genaro, á quien vuelve loco la cabeza de una hermosa Valentina, cortada por un bárbaro y celoso tutor, cuya historia no sabia yo á punto fijo cómo concluir, pero que entusiasmó á la duquesa, complació al duque por lo que me

queria, y encantó á las muchachas por lo romántica y apasionada.

Pasemos pronto por tan gratos como personales recuerdos: la muerte nos quitó de delante aquel ídolo á quien adorábamos, gloria de España, cuyos versos hemos aplaudido no ha muchos meses en el teatro en su *Don Álvaro*; y no quiero que su recuerdo parezca en estos míos como motivo de alabanza propia, ni como afán de propio engrandecimiento á la sombra suya, ni como halagüeña adulación á los hijos vivos del amigo muerto; de cuya viva estimación vivo seguro, por los puros recuerdos de aquellos dichosos días y de aquellas deliciosas noches.

Obligábame á pasar á Cádiz un asunto de familia; y librándome á fuerza de voluntad del encanto con que en Sevilla me retenía la sociedad del duque, me embarqué con mis compañeros en un vapor que descendía al Guadalquivir. No había yo visto el mar, y para no ver prosaicamente desde una playa, me eché á lomos de aquella serpiente de plata, que deshace las móviles escamas de sus dulces ondas en las amargas profundidades del que rodea y arrolla aquel castillo de plata, que se llama Cádiz. Ni de esta ciudad ni de la de Sevilla dió una palabra más; porque ni hay ya nada que de ambas en prosa y verso no se haya dicho, ni estos recuerdos son memorias históricas, ni relaciones de impresiones de viaje, que obligan á seguir lógica y consiguientemente una narración; sino la consignación de mis ideas en un papel, según en mi imaginación desordenadamente se van presentando. Esta ya convenido que el autor del *Lepidoro* y el *Rey* y de *Margarita la Tannora* es un poeta... bueno ó malo, grande ó pequeño; pero ¿cómo fué poeta? ¿Cuáles fueron los gérmenes

de su inspiracion? ¿Qué influencia han tenido en sus escritos las vicisitudes de su vida? ¿Qué hay en la suya íntima, puesto que no la tiene pública no habiendo sido nunca más que poeta? Esto es lo que él solo puede decir, y esto es lo que exponen estos sus RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, tan desprovistos de interés como de orden, por ser personales y desligados de toda adherencia con la política, el progreso, la vida, y en una palabra, de la generacion en que ha vivido, como una planta parásita sin raíces que á su tierra la sujetaran.

Poseía en Cádiz una persona de mi familia una de las pocas huertas, que reverdecen en el escaso terreno de su puerta de tierra.

Ni la dueña de aquella posesion conocia su finca, ni jamás había estado muy clara la historia de ella; habíasela cedido un pariente suyo en cambio de unos terrenos en Ultramar; y tasada sin duda en más de lo que valia, no redituaba lo que de su capitalizacion podia esperarse. Había habido en ella en otro tiempo un establecimiento industrial, cuyo abandonado edificio é inútiles utensilios habían ido vendiéndose cuando la ocasion se había presentado. Teníala entónces en arriendo un signor Doménico Maggiorotti, genovés ó livornés, de una honradez sin tacha, el cual daba cuentas cuando se le pedian, descontando siempre algo por gastos hechos en recomposiciones absolutamente necesarias, como reconstruccion de tapias y renovacion de puertas. De vez en cuando había hablado de calderas viejas y de útiles ya inútiles de hierro, que allí arrinconados existían, cuya venta le habían propuesto y para cuya enajenacion pedía permiso; diósele siempre la propietaria, y el livornés tuvo siempre á su disposicion el precio de lo vendido. Las cuentas del año anterior

iba yo encargado, con legal poder y de su propietaria.

Fuíme una tarde con Allo á la rotti, quien, segun costumbre de abreviadamente Ménico, y á quien e gares con quienes trataba, llamaban nico y otros el tio Mónico; no alcanza del nombre italiano. Dimos en la hue ella con el signor Ménico Maggiorotti mente mayor en años y en estatura q tos, y uno de los mayores hombres tropezado en mi vida. Tenia, segun n dos años, y segun vimos cerca de seis una cabellera y unas patillas como la crecidísimas, bajo las cuales relampag de un azul pardo y de una admirable l curtida como si hubiese pasado mucho á los aires del mar; una boca grande e sa y guarnecida aún de su completa e hombros, unos brazos y unas manos f res y encallecidas, como de quien de do largos años en rudo y continuado déle yo afablemente; dijele quién e credenciales; tendióme él su diestra l al sombrero, y misf

dar la maniobra entre la tempestad:—«Mañana á las diez le llevaré á usted á su casa ocho mil reales, y los seis mil trescientos restantes, el día 30, á la misma hora: porque no habiéndome usted avisado de su venida, no le tengo juntos los catorce mil trescientos del total de su cuenta.»

Ocurrióseme decirle que á mí, como el más joven, correspondía ir á su casa; y contestóme, frunciendo más el entrecejo, y mirándome como quien necesita seis como yo para almorzar:—«Si tiene V. empeño de ir á mi casa, vaya; pero yo no hago ningun trato en mi casa, sinó en los *Montañeses* que tengo en frente de ella, y ante un jarro de manzanilla, como tal vez no es costumbre entre los señoritos de Madrid, y yo pago siempre.»

Acepté, tomé en mi cartera las señas de la casa y despedímonos hasta las diez de la mañana siguiente. Allo y yo convinimos en que aquel viejo tenia trazas de haber sido tallado sobre el modelo del Laoconte, y de ser un hombre tan formal como poco hecho á sufrir cosquillas.

—Parece que no tiene muchas ganas de recibirte en su casa—me dijo Allo.

—Y no sé por qué las tengo yo de meter en ella las narices,—le dije yo; y nos fuimos á buscar á Jústiz, para ir á la ópera.

Al día siguiente, exacto como un suizo, me presenté á las diez en casa del signor Ménico, que la tenia en una calleja cerca de la muralla y en frente de una tienda de montañeses; á la cual se entraba por un patinillo cercado de un emparrado, bajo cuyos vástagos se veian cinco ó seis mesillas, con sus correspondientes bancos, éstos y aquellas clavados, que nó asentados en el suelo.

La casa del signor Ménico Maggiorotti tenia su parte habitable en el piso principal, que, sostenido sobre dos postes, gravitaba entero sobre ellos y las paredes maestras de un gran portalon, todo lleno en derredor de bien apilados sacos de lana, en la cual comerciaba su propietario. Enclavada en la pared de la izquierda, pendiente, estrecha y de un solo tramo, una escalera de madera con su pasamano remataba en una puerta de maciza encina, único paso al piso superior; y en vez de postigo en ella abierto, se abria en la pared derecha un ventanillo, que dominaba el portalon, y desde cuyo ventanillo, un hombre armado de una escopeta de dos tiros ó de un par de pistolas, podia defender la subida y la entrada de una docena de asaltantes, que caerian infaliblemente uno tras otro ántes de que ninguno lograra forzar la puerta. Mil suposiciones, á cual más absurdas, forjó mi imaginacion de poeta y mi juvenil inesperienza sobre las riquezas, la avaricia y el misterio de la vida del signor Ménico á la vista de aquellos sacos de lana, que representaban un buen par de sacos de duros, y de aquella colocacion de postigo y escalera, que delataban muy calculadas precauciones.

Y todos estos supuestos me los hice yo como autor acostumbrado á preparar la escena de mis dramas, y como maniático tirador que no veia por donde quiera más que escenarios ó tiros de pistola; mientras el corpulento signor Ménico venia á presentarme su mano de Titán, abandonando un saco de lana sobre el cual dormitaba ó echaba cuentas á mi llegada. Saludámonos, y atajando tiempo y cumplidos, el viejo italiano, con su vigoroso acento, pero en un tono cariñoso y dulcísimo, aunque imperativo, pronunció, llamándola, el más bello nombre de mujer que habia yo oido nunca.

—¡*Stella!*—dijo, y á su voz asomó al ventanillo una cabeza rubia, que respondió con una voz de indefinible dulzura: «Eccomi, nonno.»—«Troverai un sacco con un pò di danaro sulla tavola: portalo colla vesta:»—repuso Maggiorotti, y, unos momentos despues abrióse la puerta y descendió, con el saco y la chaqueta por él pedidos, la más deliciosa y poética criatura. Era una muchacha diez y ochena, blanca como una perla, rubia como un querubin y ligera como una corza. Traia el cabello recogido en dos trenzas sobre los hombros, con dos ligeros rizos flotantes sobre las sienes, un corpiño de terciopelo negro abrochado hasta el cuello con botones de plata, y un delantal blanco encima de una falda gris; por bajo cuyos ribetes se la veia bajar sobre dos piececitos inconcebibles, metidos dentro de dos esarpines de charol con hebillitas de plata. *Stella* la habia llamado su abuelo, y á mí me pareció, en efecto, la estrella de la mañana.

Notó el viejo la impresion que en mí hacia la presencia de aquella criatura, y diciéndola: «son qui alla bottega col signore,» la despidió. Saludónos ella, y, al desaparecer en lo alto de la escalera, me sacó maese Mé-nico de su portalon, diciéndome: «es mi nieta;» seguille yo, sospechando si podia ser un ángel á quien aquel viejo demonio debia de haber arrancado las alas, y nós metimos uno tras otro en el patio de la tienda de los montañeses.

Va á ser más fácil de comprender para mis lectores que para mí de relatar, la escena de mis cuentas con el signor Mé-nico Maggiorotti; porque la forma y consecuencias de tal escena son tan comunes y vulgares, como extraño y fantástico su fòndo. El hecho en resúmen, por más empacho que confesarlo me cueste, fué que el

signor Ménico, bebedor consuetudinario, enterró en el fondo de un jarro de manzanilla la razon de un muchacho, para quien era exceso lo que para aquel costumbre; la manera visible con que se efectuó este entierro, fué la de ingerir una á una en el estómago las aceitunas de un plato, y otra á otra las cañas en que Ménico vaciaba el contenido del jarro; cuya vulgar operacion vieron sin curiosidad ni extrañeza los propietarios del local que detrás del mostrador estaban; pero su fondo, es decir, la intencion del signor Ménico y el pensamiento mio, es lo de todos aún ignorado, y lo que voy en breves palabras á revelar; si acierto con las frases á propósito para escribir tan vulgar como fantástica situacion. Comenzó el corpulento administrador por enterarme, entre las dos primeras aceitunas y las dos primeras y aún inofensivas cañas, de las partidas de cargo y data de su cuenta, y de la que á favor de mi poderdante resultaba; vació en seguida el saquillo que le habia entregado su nieta, y apiló con la destreza y rapidez del más ducho banquero de cabecera, primero las monedas de oro, despues los pesos, y en fin, las pesetas, que componian la suma que me correspondia: cuatro mil reales en onzas y cuatro mil en plata; hizo rollos primero del oro, despues de los duros y de las pesetas; hízome guardar los primeros en los bolsillos del pecho de mi levita y en los del chaleco; metióme los de las pesetas en los del pantalon, y haciendo un lio de los de los duros en mi pañuelo, lo colocó dentro de la comba que mi brazo izquierdo trazaba sobre la mesa, é introduciéndome la cuenta en el bolsillo del reloj y guardando él mi recibo en su cartera, y ésta en el inmenso bolsillo de su chaqueton de pana, dijo: «ahora emprendámosla con el manzanilla.»

Pero todo esto que él hizo y que yo le dejé hacer, lo hizo él con la calma, el aplomo y la prevision de quien sabía lo que iba á suceder, no queriendo que sucediera nada que fuera en perjuicio de su honradez de buen administrador y de pagador exacto.

Bebíamos y hablábamos del estado de la huerta, de lo que yo hacia en Madrid, y de lo que pensaba hacer en adelante; de lo que él habia hecho en Génova y en algunas otras partes del mundo por tierra y mar. De mi manera de vivir debió comprender él muy poco, por ser para él los versos despreciable capital y mezquino género de comercio; y de lo que él habia hecho no comprendia yo tampoco mucho; porque además de que me lo contaba por terceras partes, en dialecto genovés, en italiano y en español, formulaba su narracion con tales circunloquios y digresiones, que tan pronto llevaba mi atencion por el mar, en un buque que iba y volvía á no recuerdo qué puntos de América; como por entre los fardos, las cuentas y las disputas de una casa de tráfico en un puerto del Mediterráneo; ya me hablaba de los granaderos de Nápoles y de una campaña de Italia, ya de un barco pirata y de encuentros con los contrabandistas de la montaña; ya de una casa tranquila y pintoresca de la campiña de Livorno, cuyo interior tenían hecho un cielo una hija y tres nietas como pintadas por Rafael; ya de una especie de génio siniestro de su familia que habia enterrado vivas á todas aquellas mujeres... y yo le escuchaba mirándole, á través del manzanilla sin duda, ya soldado, ya pirata, contrabandista, comerciante, padre, marido y abuelo de aquellos seres, que, tan hermosos como desventurados, pasaban todos por delante de mí, y saludándome bajo la forma de aquella *Stella*, que acababa de aparecer y desaparecerse en

el portalon de la extraña casa de maese Ménico Maggiorotti.

Esta era mi idea fija, y la única clara que en el turbio cristal de mi mente se dibujaba; en cuanto el más mínimo intervalo de aspiracion ó reposo del viejo Ménico me lo permitia, intercalaba yo mi eterna pregunta— «¿y Stella?»—á la cual oponia él tenazmente su eterna respuesta— «mi nieta: mi última nieta»—y continuaba bebiendo y hablando, y yo contemplando su enorme boca, ya jurando en genovés, ya dilatándose en homéricas carcajadas; y sentíame fascinado por aquellos dos ojos que brillaban inquietos y chispeantes bajo el toldo blanco de sus nunca recortadas cejas. A veces enjugaba una lágrima con un pañuelo de algodón, que sacaba y metia rápida y facilísimamente de un bolsillo, en el cual cabria con comodidad una pieza entera de doce pañuelos; y á veces dando un formidable puñetazo sobre la desvencijada mesa, hacia saltar en ella el jarro, las cañas y mis rollos de duros envueltos y anudados en mi pañuelo de batista, sobre el cual ponía él su mano como único objeto de que habia que cuidar, diciendo «mi scusi... ma...» y miraba al cielo cerrando el puño. Yo, asegurando tambien por instinto mi dinero, aprovechaba aquel respiro para dirigirle mi eterna pregunta— «¿y Stella?»—y él exclamó al fin levantándose y apabullándose de través su sombrero hasta las orejas:— «¡Dio santo! ¡Stella... Stella!—¡Sventurata! ¡Condannata á morte comme tutte le altre!»

Habia yo llegado á aquel período en que el mundo baila y gira en torno del mal bebedor, y al levantarse el signor Ménico, quise tambien ponerme derecho; pero al levantarme comprendí que mis piés no podían cómodamente con mi cabeza. Dióme el brazo maese Ménico;

metióme el pañuelo de duros en el bolsillo izquierdo de atrás de mi levita; y arrollando este bolsillo en el faldon correspondiente, me lo colocó bajo el brazo izquierdo, y diciéndome en su galimatías:—«Niente, niente: en diez minutos se pasa todo: tenga firme el brazo, ed avanti sempre: questo vino non é che fummo.»

Me sacó á la calle, me acompañó no sé hasta dónde; y yo, sintiendo reirse y danzar al rededor mio la gente, la muralla, los árboles, las fuentes y las casas, llegué á la mia, y dí conmigo y con mi dinero en brazos de Jústiz, que casi lloraba, y de Allo que reía como si él fuera el borracho. Yo, con una lengua que me pesaba seis arrobas, acerté á decir—«ahí traigo ocho mil reales... acuéstense... y déjenme dormir»—me dejé desnudar, y ni ví cuándo me dejaban solo, ni sentí cómo me cerraban puertas y ventanas; y en la lobreguez de aquel vergonzoso y forzado sueño de mi primera embriaguez, no surgió luminosa, ni siquiera por un instante, la pura y poética imagen de aquella Stella fotografiada en mis pupilas y en mi cerebro, desde que apareció en el último peldaño de la empinada escalera del portalon de maese Ménico.—¡Tánto rebaja y embrutece tán inno-ble vicio al hombre inspirado por la más espiritual y fantástica poesía!

No recuerdo si desperté ó me despertaron: pero anoche-ecía cuando abrí los ojos, y me hallé entre el melancólico Jústiz y el siempre alegre Allo: interrogábanme ellos y respondíales yo: pero, ni me atrevia, ni podia explicarles lo que todavía no se acusaba bien definido en mi confusa memoria; excepto la de Stella, que, como la de los Magos, fué lo primero que brotó claro del caos espirituoso que aún envolvía mis enmarañados recuerdos.

Allo, hombre de sentido práctico, concluyó por declarar que lo que sacaba en limpio de mi inconexo relato era, que el viejo italiano, fiel á las costumbres del país, habia hecho beber más de lo que podía al que no la tenia de beber en ayunas; pero que no habia motivo alguno de queja, ni acusacion en él de torcido intento, puesto que los ocho mil reales estaban completos y su cuenta exacta y sin tacha. Que aceitunas y manzanilla era una nutricion andaluza insuficiente, aunque excesiva para un castellano viejo; y que lo más acertado y perentorio era sentarnos á la mesa, y que yo echara un buen lastre en mi estómago, deslabazado por un vino chacharero y poco arropado, como la gente ligera de ropa de la caliente Andalucía.

Sentámonos, pues, á la ya preparada mesa, que alegró Allo con su conversacion un poco verde, que escuchó Jústiz con su atildada compostura, y las *dos hijas de la casa*, sin darse por entendidas de lo hablado, en atencion á una noble botella de Sillery que destaponó y las sirvió Allo en són de próxima despedida; pues segun anunció, debíamos embarcarnos para Málaga á la siguiente noche.

Y no sé por qué á tal anuncio se me oprimió el corazón.

Comí poco, bebieron Allo y las muchachas, y á instancias del impaciente Jústiz, que no queria perder la salida de Salvatori en *Los Puritanos*, ocupamos nuestras lunetas (hoy butacas) en el teatro. Una de las mayores desventuras con que castiga Dios á un hombre es la de crearle poeta; es peor que si le creara bizco: todo lo ve de través, y en cambio de los imaginarios goces con que embelesa su espíritu, le extravía en el mundo real y le condena á vivir fuera de su época y extraño

generalmente á sus contemporáneos. *Los Puritanos* son para mí la más deliciosa partitura de la escuela italiana; no tienen una nota de desperdicio, y yo he sabido de memoria música y letra, á pesar de que el libreto del conde Peppoli es indigno de aquella sentida inspiración de Vincenzo Bellini. Pues bien; yo escuché aquella noche *Los Puritanos* como quien oye llover: no me di cuenta de nada de lo que en escena pasaba; y desde que el primer coro cantó:

La luna, il sol, *le stelle*
le tenebre, il folgor
dan laude al Creator
in lor' favelle,

yo no pensé ni me fijé en más que en el recuerdo de la pálida nieta de Mélico Maggiorotti, como si fuera la tiple que por la escena se movía: al llamarla el bajo *l'angelica sua Elvira* creí que se equivocaba, y al oír al tenor juzgarla *tremante ed spirante*, los ojos se me arrasaron en lágrimas. ¡Qué desventura la de nacer poeta! ¿Qué tenía yo con la nieta de maese Mélico? ¿Sentía por ella desgraciadamente una de esas pasiones que nacen, crecen, se desarrollan y hacen feliz ó infeliz á un hombre en cinco minutos? Nada ménos que eso: era una impresión poética, un misterioso castillo en el aire, forjado sobre la vulgarísima historia de un tratante en lanas italiano que tenía una nieta que se llamaba Stella; era que acababa yo de compaginar el asunto italiano de mis *Dos víreyes*, cuyo éxito me tenía inquieto, y aquella inquietud, unida al recuerdo de lo que en aquel drama pasa á la enamorada Anunciata, me hacía esperar de Stella una heroína de un cuento, fin de la historia de la representación de mi drama; era, en fin,

la curiosidad, el sueño, el delirio de un poeta, que no ha visto nunca la vida tal como es, ni las personas vivas sinó como personajes: era una muchacha rubia, vista á través de una copa de manzanilla, vino chacharero y poco arropádo, como decia Lorenzo Allo.

Antes de acostarnos, acordaron éste y Jústiz nuestra partida para Málaga: declaréles yo mi resolucíon de quedarme: tenia que cobrar el 30 los 6,000 reales de mi crédito con maese Ménico. Allo se echó á reir: Jústiz me miró tristemente. Allo me dijo: el italiano es hombre formal; lo mismo te pagará el 30 que el 10, que estaremos de vuelta.

—No, repuse; quiero concluir mi *Cabeza de plata*.

—Otra cabeza rubia es la que ha barajado el seso de la tuya.

—Idos: me quedo.

—Pues nos iremos: quédate; pero volveremos por tí, y *velis nolis*, aunque haya que romper alguna cabeza, tú volverás á Madrid conmigo—dijo Allo—y nos acostamos.

Allo y Jústiz partieron á Málaga á la noche siguiente: en la mañana del otro dia cambié yo de alojamiento: me ofendia la sonrisa perpétua de aquellas dos muchachas morenas y alegres que me habian visto volver de través, abrazado con el pañuelo de duros de Ménico: me disgustaban los ojos negros, los rizos negros y las formas redondas de aquellas dos andaluzas: yo soñaba rubio, veía rubio, adoraba lo blanco, lo esbelto y lo ligero; lo robusto, lo redondo, me parecia materia bruta: lo blanco, flexible y delicado, espíritu y corazón; lo andaluz, carne y prosa; lo italiano arte y poesia.

Me instalé en el hotel del Correo, donde no habia más huésped que un inglés, y cuyo camarero era italia-

no. Púseme á concluir mi *Cabeza de plata*, para poder-sela leer completa á la duquesa de Rivas, que habia quedado curiosa de saber su conclusion, que ignoraba yo todavía á mi paso por Sevilla.

Pedí al camarero noticias de Maggiorotti una noche.

—E un ogro, me respondió; non riceve nessun italiano in casa sua.

—¿Conocette Stella?—le pregunté.

—¡Chi! ¿Stella? ¿Una vecchia brutta?

—¡Va via, grand' imbecile!—le dije despidiéndole furioso.—¡Una vecchia brutta Stella!... il Sole.

Marchóse el pobre hombre sin comprenderme... y quedéme yo tan asombrado como él de lo dicho.

¿Quién era Stella? ¿Qué tenia para mí? Que Dios me habia hecho nacer poeta y que habia dicho de ella mae-se Ménico: ¡Sventurata! ¡condamnata á morte comme tutte!

Y todos nacemos condenados á muerte; sinó que los poetas vivimos como sonámbulos, y corriendo siempre tras de fantasmas.

El inglés, único huésped del Hotel del Correo cuando yo tomé en él aposento, era el compañero más á propósito para mí en aquella ocasion. Taciturno gastrónomo, recorría todos los países del mundo para estudiar la cocina nacional de cada uno. Comia, callaba, digería y dormía: escribia yo, pues, sin ruido, visitas ni estorbos, y descansaba sólo algunas horas de la noche. La luna en creciente tendia sobre la antigua Gades el rico manto de su luz de plata, y vagaba yo por sus limpias calles y sus ya arboladas plazas, á la luz melancólica del astro poético de la noche, como lo que he sido siempre, como una sombra de otro mundo y un habitante de otra region perdido sobre la tierra.

Vagabundo nocturno de profesion, conozco todos los ruidos, las sombras y las luces nocturnas; sé cuántas formas toma la sombra de los árboles y de las casas, según la luna las traza, las prolonga ó las recoge, desde que sale hasta que se pone. Sé los infinitos ángulos y triángulos que trazan los hierros de los faroles, los brazos de las cruces y las siluetas de las chimeneas; conozco todos los cuadros de luz que estampan sobre el oscuro y húmedo empedrado los balcones alumbrados de las casas en que se vela ó se baila, de las puertas que se abren para despedir á los contertulios á la luz de bujía, farol ó linterna; todos los huecos de sombra de los postigos abiertos y cerrados con precaucion y á oscuras para recibir ó despedir á los amantes; todos los rumores de las pisadas que se acercan ó se alejan con resolucion ó con miedo, de las del adúltero escurridizo ante la hora de la vuelta del marido; del jugador ganancioso y del hijo de familia retrasado; del ratero y de la buscona, del centinela y del médico; mis leyendas están llenas de esas noches, y yo tengo ciertas pretensiones de ser un poeta nocturno, rico de nocturna y pormenorizada observacion; todas mis comedias y dramas comienzan de noche y de noche se han concluido; y en aquellas de Cádiz concluian mis nocturnos paseos en una plazuela sobre la muralla derruida, por encima de cuyas desencajadas piedras metia el mar los hirvientes y desgarrados pedazos de encaje de la espuma de sus encrespadas olas; á través de cuyo rumor temeroso y del salino vapor en que el aire convertia la ola que en los peñascos se estrellaba, adoraba yo á Dios y aspiraba la poesía que ha extendido sobre los mares para el poeta creyente.

El mar es para mí el grande espejo en que se pinta

la faz de Dios, y mil veces he deseado tener por tumba su inmenso y móvil panteon de líquido cristal. Dos veces he naufragado, y el mar me ha devuelto vivo á la tierra. ¡Qué mausoleo más magnífico que el mar! A quien naufraga y muere en alta mar, le da Dios la muerte más dulce y sin agonía; una impresion rapidísima de inmersión en un baño, un zumbido de oídos semejante á una lejana música, un resplandor fosfórico que deslumbra las pupilas... y el alma sale del cuerpo y entra en la eternidad. ¡Buenas noches! Aquel cuerpo y aquel alma se ahorran todo lo doloroso y lo ridículo de que la sociedad rodea al que se muere; el pesar verdadero de los que le aman, la hipócrita comedia del dolor de los que le heredan, los falsos consuelos de los que están deseando que espire pronto, ofendidos de su superioridad ó envidiosos de su gloria; el entierro oficial, si es un personaje ó una celebridad; el olvido inmediato tras de las ceremonias, y la profanacion, en fin, de su tumba por la posteridad, encomendada por Dios de castigar al orgulloso que olvida que le dijo al crearle: *Pulvis es et in pulverem reverteris.*

Yo adoro el mar, y cuando el frío, la soledad, la reflexion y la necesidad de continuar mi trabajo me arrancaban de aquel boquete de murallon roto, por donde yo miraba el de Cádiz en aquellas noches, me volvía á mi hospedaje del Correo, pasando por el callejon en que se alzaba sombría y casi aislada la casa de maese Ménico Maggiorotti. En su esquina del Mediodía veía siempre iluminado por dentro el postigo de una ventana. ¿Quién velaba allí? ¿Hacia allí las prosáicas cuentas de sus sacos de lana ó de cuartos maese Ménico, ó mecían allí á la luz de una lamparilla los sueños de la esperanza, el espíritu virginal de la hermosa nieta del miste-

rioso italiano? Todas las noches volvía á mi alojamiento sin haberlo averiguado, y volvía á trabajar en mi *Cabeza de plata*, bailándome perpétuamente delante de los ojos la rubia de Stella; y el recuerdo de su poética imágen bajaba y subía perpétuamente por la escalera del portalon, empotrada en mi cerebro, miéntras con ella distraído avanzaba lentamente en mi trabajo y esperaba impaciente el día 30.

El veinte y ocho recibí una carta de Cárlos Latorre, en la cual me decia: «Se levantó el telon sobre el primer acto de *Los dos víreys* con entrada llena. Mate llevó con aplomo sus escenas en verso, y el público las escuchó con agrado: oyó sin repugnancia las en prosa, gracias al cuidado que pusieron todos los actores, y concluyó Azcona caracterizando con mucha inteligencia su final, que se aplaudió: no me lo esperaba, y comencé á respirar.»

«Al empezar el acto segundo, el viento habia cambiado y el mar hacia oleaje. Durante el entreacto, un criado incógnito habia repartido al público, y nó al buen tun, tun, sinó entre la gente de letras de las lunetas (hoy butacas), quince ó veinte ejemplares de la novela *El vírey de Nápoles*, de Pietro Angelo Fiorentino; los cuales tenian una nota con lápiz que decia «los diálogos que Zorrilla ha copiado en su drama van marcados al márgen.» Los poseores de aquellos librillos se los mostraban y pasaban riendo á los curiosos que se los pedian: los palcos, las galerías y el pueblo pedian silencio: los actores no comprendian tal inquietud en las lunetas, pero no se desconcertaron. Concluyeron al fin las nueve escenas en prosa; quedó Mate sólo en escena, y el público respetó su respetable personalidad; é hiriendo sus oídos las octavillas italianas, comenzó á hacer

silencio; y Mate le aprovechó para decírselas tan vigorosa é intencionadamente, que al concluir las arrancó el primer aplauso de la noche. La canción de Basili hizo un efecto inesperado; y Mate se llevó la sala con la redondilla:

con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola,

y con un segundo aplauso preparó mi salida. Excuso ponderar á V. lo que hicimos ámbos en el resto del acto: cumplimos con los deberes de la amistad.»

«En el entreacto segundo nos enteramos de la villanía de X, que era quien indudablemente había enviado al teatro los ejemplares de la novela; yo me apresuré á dar la clave del ataque traidor de que era V. objeto; y la empresa y los actores resolvimos defender el final del drama con todo el empeño de que hombres y mujeres fuéramos capaces; pero *los amigos* de fuera trabajaban en contra con los librejos; la escena en prosa y los endecasílabos pasaron apenas difícilmente; y ya temía yo una catástrofe para el final, cuando nos salvó lo que temíamos que nos perdiera: el virey encerrado en el balconcillo despues de la escena VI, en la cual logré arrancar un aplauso y hacerme escuchar. Mate estuvo impagable en aquella desairada posición; rebotando orgullo, rencor y sed de venganza, hizo aborrecible el personaje que representaba, y al volvérselo las tornas, las galerías y la ignominia ahogaron á las lunetas, y dimos el nombre del autor, y hoy damos tranquilamente la cuarta representación. Duerma V. tranquilo, y permítame V. que le prevenga para el porvenir con aquellas palabras de Fabiani en *La familia del boticario*: Bue-

nos amigos tienes, Benito;» y cuenta V. con este que le querrá siempre.»

No me sentó tan mal como me asombró la incomprendible partida mulata de X, porque me revelaba más estupidez que malas entrañas; puesto que, mero traductor de la novela de que me habia hecho *sacar* el drama, quien tenia derecho en resúmen á aparear su nombre con el mio no era él, sinó Pietro Angelo Fiorentino—á quien yo habia robado por darle gusto.

Tal es la historia de mi miserable rapsodia *Los dos víreyes*, y tal la de su primera representacion; de la cual no he hablado jamás á X, ni él ha podido nunca apercibirse de que yo le estimaba en lo que valia: sobre mis hombros no pudo, empero, volver á poner los piés. Así vivimos en estos tiempos y en esta sociedad, en que las medianías se atreven á todo, y á todo tal vez alcanzan, ménos á engañar á la posteridad.

El 30 á las diez trepaba yo, que no subia por la empinada escalera del portalon de maese Ménico; pues no hallándole en él, quise ver si podia forzar el paso al, segun fama, impenetrable *sancta sanctorum* de su misterioso hogar. Subí rápida y llamé ruidosamente á la puerta en que la insegura escalera finalizaba, y al tiempo que por el ventanillo acechador asomaba una curiosa cabeza de mujer, me franqueaba la entrada el mismo maese Ménico, por la barreada puerta, ante mí abierta de par en par.

El genovés, en chaleco, pantalon y babuchas, me recibió con algo encapotado ceño y melancólica sonrisa; en los cuales mi extraviada preocupacion y mi fantástico espíritu se empeñaban en ver algo misterioso y siniestro: quise yo motivar mi presencia, pero él atajó mis excusas diciendo:

—«Son las diez, y es la hora. ¿Trae V. el recibo?»

—Sí, señor.

—Pues los seis mil están contados: y conduciéndome á través de una antesala y un comedor, tan limpia como modestamente amueblados, á una especie de despacho, me mostró sobre la parte alta y plana de su pupitre los trescientos duros en pilas de á veinte y cinco. Mostréle mi recibo firmado y comencé á hacer rollos de á cincuenta, en los ocho pedazos en que corté un periódico que me alargó.

Callaba yo haciendo, no muy diestramente, mis rollos, y callaba él esperando distraído á que yo concluyera de hacerlos; tal vez se reía en su interior de mí por la poca costumbre de manejar dineros que mi poca destreza le revelaba; pero mi indiscrecion de muchacho sin mundo y mi irresistible curiosidad me hicieron al fin prorumpir en la pregunta que hacia diez dias tenia en mis labios:—¿y *Stella*?

Sentí la mirada de Ménico sobre mi faz, y la busqué con la mia, resuelto á todo: entre las blancas pestañas de sus hundidos ojos percibí dos lágrimas, que no dejó rodar por sus curtidas mejillas, enjugándolas ántes con el reverso de su mano.

—¿*Stella*?—dijo, como si su voz fuera en su respuesta el eco de mi pregunta.—¿Quiere V. verla?

—Si V. me lo permite...

—¿Por qué no? Acabe V. de recoger su dinero; no he podido procurarle á V. oro, porque...

Interrumpióse sin acabar de darme su razon; concluí yo de liar mi sexto rollo, y miéntras ataba los seis en mi pañuelo, completé néciamente mi pensamiento, formulándole en esta menguada frase:

—Stella es una preciosa criatura, cuya vista regocija los ojos, cuya voz arrulla los oídos.

—¡Desventurada!—exclamó el viejo;—«¡é la più sventurata creatura del mondo! ¡Non può essere sposa, ne madre, ne padrona di sé stessa!—Y abriendo ante mí una puerta, me mostró en un gabinete cariñosamente lleno de cuanto puede necesitar la coquetería mujeril, y en un lecho, que no exhalaba más que virginales emanaciones, ni excitaba más que castas ideas, la pálida Stella, cuya cabeza, doblada sobre las almohadas, tenía los ojos abiertos y fijos en espantosa inmovilidad.

Sin poderme contener, exclamé:—¡Muerta!—Y Mé-nico, poniéndome bruscamente la mano en la boca, me dijo al oído:—¡silencio: oye, está en catalepsia!—y cogiéndome por el brazo, sacóme del aposento.

Iba yo estupefacto á pronunciar un vulgar *mi scusi*; pero el infortunado maese Mé-nico me le atajó con otro, que en su boca y en su situación resultó sublime de abnegación y sentimiento, y siguió diciéndome:

—Es la última de tres hermanas; un infame, castigado por Dios con esa enfermedad, se casó con mi hija: sus dos mayores han muerto á los 21 años; ella de pesadumbre; él... á manos de la venganza; yo les he enterrado á todos; no me queda más que Stella: si me sobrevive... ¡qué vida tan horrible la espera! Si se me muere... ¡qué soledad!... *Misero me!*

Yo habia escrito ya muchas comedias, pero no tenia aún aplomo en el teatro del mundo. Mudo é inmóvil, no sabia ni consolarle ni despedirme. La vieja que se habia asomado al ventanillo, presentándose en la antesala, dirigió á maese Mé-nico algunas palabras, que no comprendí: éste me abrió la puerta de la escalera, y yo descendí por ella abrazado con mi dinero, y me salí de

aquella casa, más ébrio con la emoción y el desencanto que la primera vez con el manzanilla.

Llegué al Hotel del Correo y hallé una carta que me había traído de Madrid el día anterior; mi mujer se había roto un brazo al salir á oscuras del teatro del Príncipe; Julian Romea había cuidado de ella en los primeros instantes, la había conducido á casa con el doctor Codorníu, y me suplicaban ámbos que regresara inmediatamente á Madrid.

Hé aquí la historia de mis *Dos vireyes* y de la primera salida del Quijote de los poetas, á hacer por el mundo real la vida fantástica de los pájaros y de los locos.

¿Qué logró en ella el hombre? Dos pesadumbres, dos desengaños y la vergüenza de una embriaguez; tres espinas en el corazón; pero quedó en la imaginación del poeta legendario este tan delicioso como triste recuerdo del tiempo viejo: la imagen de Stella.

XVIII.

CUATRO PALABRAS SOBRE MI «DON JUAN TENORIO».

CORRIA la temporada cómica del 43 al 44: Cárlos La-
torre habia trabajado en Barcelona, y Lombía solo
sostenido el teatro de la Cruz con su compañía,
para la cual habia yo escrito aquel año tres obras
dramáticas: *El Molino de Guadalajara*, drama es-
trambótico y fatalista, en el cual Lombía hizo un tarta-
mudo de mi cosecha: papel erizado de dificultades inú-
tiles, que él superó con una paciencia y un estudio que
no sabré yo nunca ponderar ni agradecer, y cuyo tercer
acto hicieron él, la Juana Perez, Azcona y Lumbreras
de una manera inimitable; que fué lo que hizo el éxito
de aquella mi extravagante elucubracion, forjada con
tan heterogéneos elementos.

La Juanita, disfrazada de sobrino del molinero, can-
tando la cancion de Iradier para dormir á Azcona, ar-
rancó aplausos hasta de las bambalinas; pero repito que
el éxito de esta obra se debió al esmero con que los ac-
tores la representaron, y al gasto con que la empresa
la decoró; pagando además las palomas, los versos y

las flores que sus amigos, y no el público, me arrojaron la primera noche. Lombía no se descuidaba, y era preciso que las obras que yo para él escribía no tuvieran éxito inferior á las de Latorre.

La mejor razon la espada, refundicion ó rapsodia de *Las travesuras de Pantoja*, fué otro de mis triunfos de aquel año; pero no hay para qué alabarme por él, puesto que lo que en aquella obra vale algo es de Moreto, y no mio.

En Febrero del 44 volvió Cárlos Latorre á Madrid, y necesitaba una obra nueva: correspondíame de derecho aprontársela, pero yo no tenia nada pensado y urgia el tiempo: el teatro debia cerrarse en Abril. No recuerdo quién me indicó el pensamiento de una refundicion del *Burlador de Sevilla*, ó si yo mismo, animado por el poco trabajo que me habia costado la de *Las travesuras de Pantoja*, dí en esta idea registrando la coleccion de las comedias de Moreto; el hecho es que, sin más datos ni más estudio que *El burlador de Sevilla*, de aquel ingenioso fraile y su mala refundicion de Solís, que era la que hasta entónces se habia representado bajo el título de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* ó *El convidado de piedra*, me obligué yo á escribir en veinte dias un *Don Juan* de mi confeccion. Tan ignorante como atrevido, la emprendí yo con aquel magnífico argumento, sin conocer ni *Le festin de Pierre*, de Molière, ni el precioso libreto del abate Da Ponte, ni nada, en fin, de lo que en Alemania, Francia é Italia habia escrito sobre la inmensa idea del libertinaje sacrilego personificado en un hombre: Don Juan. Sin darme, pues, cuenta del arrojito á que me iba á lanzar ni de la empresa que iba á acometer; sin conocimiento alguno del mundo ni del corazon humano; sin estudios sociales

ni literarios para tratar tan vasto como peregrino argumento; fiado sólo en mi intuición de poeta y en mi facultad de versificar, empecé mi *Don Juan* en una noche de insomnio, por la escena de los ovillejos del segundo acto entre D. Juan y la criada de doña Ana de Pantoja. Ya por aquí entraba yo en la senda de amaneramiento y mal gusto de que adolece mucha parte de mi obra; porque el ovillejo, ó séptima real, es la más forzada y falsa metrificacion que conozco: pero afortunadamente para mí, el público, incurriendo despues en mi mismo mal gusto y amaneramiento, se ha pagado de esta escena y de estos ovillejos, como yo cuando los hice á oscuras y de memoria en una hora de insomnio. Escribílos á la mañana siguiente para que no se me olvidaran y engazarlos donde me cupieran; y preparando el cuaderno que iba á contener mi *Don Juan*, puse en su primera hoja la acotacion de la primera escena, poco más ó ménos como habia hecho en *El puñal del godó*, sin saber á punto fijo lo que iba á pasar ni entre quiénes iba á desarrollarse la exposicion. Mi plan en globo, era conservar la mujer burlada de Moreto, y hacer novicia á la hija del Comendador, á quien mi D. Juan debia sacar del convento, para que hubiese escalamiento, profanacion, sacrilegio y todas las demás puntadas de semejante zurcido. Mi primer cuidado fué el más inocente, el más vulgar, el más necesario á un autor novel: el de presentar á mi protagonista, á quien puse enmascarado y escribiendo, en una hostería y en una noche de Carnaval; es decir, en el lugar y el tiempo que creia peores un colegial que todavía no habia visto el mundo más que por un agujero; y para calificar á mi personaje, lo más pronto posible, como temiendo que se me escapara, se me ocurrió aquella hoy famosa redondilla:

«¡Cuál gritan esos malditos!
pero mal rayo me parta
si en acabando mi carta
no pagan caros sus gritos.»

La verdad sea dicha en paz y en gracia de Dios; pero al escribir esta cuarteta, más era yo quien la decía que mi personaje D. Juan; porque yo todavía no sabía qué hacer con él, ni lo qué ni á quién escribía: así que comencé á hacer hablar á los otros dos personajes que habia colocado en escena, sólo porque lógicamente lo requería la situación: el dueño de la hostería, y el criado del que en ella habia yo metido á escribir.

La prueba más palpable de que hablaba yo en ella y no D. Juan, es que los personajes que en escena esperaban, más á mí que á él, eran Ciutti, el criado italiano que Jústiz, Allo y yo habíamos tenido en el café del Turco de Sevilla, y Girólamo Buttarelli, el hostelero que me habia hospedado el año 42 en la calle del Cármen, cuya casa iban á derribar, y cuya visita habia yo recibido el día anterior. Ciutti era un pillete, muy listo, que todo se lo encontraba hecho, á quien nunca se encontraba en su sitio al primer llamamiento, y á quien otro camarero iba inmediatamente á buscar fuera del café á una de dos casas de la vecindad, en una de las cuales se vendía vino más ó ménos adulterado, y en otra carne más ó ménos fresca. Ciutti, á quien hizo célebre mi drama, logró fortuna, segun me han dicho, y se volvió á Italia.

Buttarelli era el más honrado hostelero de la villa del Oso: su padre Benedetto vino á España en los últimos años del reinado de Cárlos III, y se estableció en aquella hoy derribada casa de la calle del Cármen, cuya hostería llevaba el nombre de la Virgen de esta advoca-

cion, y en donde yo conocí ya viejo á su hijo Girólamo, el hostelero de mi *Don Juan*. Era célebre por unas chuletas esparrilladas, las más grandes, jugosas y baratas que en Madrid se han comido, y tenia vanidad Buttarelli en la inconcebible prontitud con que las servia. Tenian las tales chuletas no pocos aficionados; y con ellas y con unos *tortellini* napolitanos se sostenia el establecimiento. Viví yo seis meses alojado en el piso segundo de su hostería, tratado á cuerpo de rey por un duro diario, y allí tuve por comensales á Nicomedes Pastor Diaz y á su hermano Felipe, á García Gutierrez, á Eugenio Moreno Lopez y á otros muchos á quienes gustaban los *tortellini* y las chuletas de Buttarelli. Este buen viejo, desanidado de su vieja casa, murió tan pobre como honrado y desconocido, y de él no queda más que el recuerdo que yo me complazco en consagrarle en estos míos de aquel tiempo viejo.

Por lo dicho se comprende fácilmente que no podia salir buena una obra tan mal pensada; pero no quiero decir aquí lo que de ella pienso, porque tengo determinado decirlo en un libro que se titula *Don Juan Tenorio ante la conciencia de su autor*, publicado á fines de un mes de Octubre, para que el público tenga presente mi opinion al asistir en Noviembre á sus obligadas representaciones; en nuestro país nadie se acuerda en el mes de Octubre de lo dicho en el mes de Mayo.

Haré sin embargo brevísimas observaciones sobre mis más pasaderos descuidos, para probar tan sólo la ligereza imprevisora y la falta de reflexion con que mi obra está escrita.

Pero ántes de todo voy á responder á algunas objeciones á que da lugar la severidad de mis juicios. No hablo con la crítica racional, sinó con la malevolen-

cia, la envidia y la necesidad, que no dejarán de decir:

1.º Que insulto al público criticando y dando por mediana una obra que aplaude hace treinta y seis años.—No.

2.º Que soy ingrato y mal español, despreciando la reputacion fabulosa que por mi *Don Juan* me ha acordado.—Tampoco.

3.º Que de lo que con mi crítica trato, es de perjudicar á mis editores y á las empresas, porque no me dan parte de los productos de mis obras.—Mucho ménos.

A lo primero, respondo que mi *Don Juan*, tal como está, tiene condiciones para merecer el favor de que goza; pero al cabo de treinta años es natural que un autor reconozca los defectos de una obra, lo cual no implica ni sombra de pensamiento injurioso para el público que la aplaude, reconociendo como él sus defectos: es decir la parte inteligente del público, porque el vulgo no es nunca juez competente ni aceptable ni aceptado en materias literarias.

A lo segundo, que el no ser vanidoso, no es ser ingrato, y el aceptar con modestia lo que me corresponda solamente de gloria por lo bueno de mi obra, no es despreciar mi popularidad, sinó aceptarla con justa medida en lo que vale. Y aquí me ocurre una observacion, y es, que si un vanidoso hubiera en mi lugar escrito mi *Don Juan Tenorio* y alcanzado el éxito colosal que yo con el mio, hubiera sido probablemente necesario echarle de España ó encerrarle en un manicomio; porque hubiera querido ser ministro de Hacienda, gobernador de Cuba y tener estátuas en vida.

Y á lo tercero, que en lugar de intentar accion alguna retroactiva contra mis editores, poseedores legales de la propiedad de mi *Don Juan* en época en que aún

no existía la ley de propiedad literaria, en vez de dirigirme contra ellos, al ver que Dios alargaba mi vida más de lo que yo esperaba, me dirigí francamente al Gobierno, diciéndole: «Mi *Don Juan* produce un puñado »de miles de duros anuales á sus editores, y mantengo »con él en la primera quincena de Noviembre á todas »las compañías de verso en España; pero como tu ley »no tiene efecto retroactivo, no por el mérito de mi »obra, sinó por lo que á los demás produce, no me de- »jes morir en el hospital ó en el manicomio.»

El Gobierno, teniendo por razonable mi demanda, me dió pan y con él me he contentado.

Pero reclamo el derecho de ver y reconocer los defectos de mi obra; Revilla y otros críticos juiciosos los han indicado ya, con la opinion de que deben corregirse y de que su autor está, no sólo en el derecho, sinó en la obligacion de refundirla. Mi obra tiene una excelencia que la hará durar largo tiempo sobre la escena, un génio tutelar en cuyas alas se elevará sobre los demás Tenorios; la creacion de mi doña Inés cristiana: los demás Don Juanes son obras paganas; sus mujeres son hijas de Vénus y de Baco y hermanas de Priapo; mi doña Inés es la hija de Eva ántes de salir del Paraíso; las paganas van desnudas, coronadas de flores y ébrias de lujuria, y mi doña Inés, flor y emblema del amor casto, viste un hábito y lleva al pecho la cruz de una Orden de caballería. Quien no tiene carácter, quien tiene defectos enormes, quien mancha mi obra es D. Juan; quien la sostiene, quien la aquilata, la ilumina y la da relieve es doña Inés; yo tengo orgullo en ser el creador de doña Inés y pena por no haber sabido crear á D. Juan. El pueblo aplaude á éste y le rie sus gracias, como su familia aplaudiria las de un calavera

mal criado; pero aplaude á doña Inés, porque ve tras ella un destello de la doble luz que Dios ha encendido en el alma del poeta: la inteligencia y la fé. D. Juan desatina siempre, doña Inés encauza siempre las escenas que él desborda.

Desde la primera escena, ya no sabe D. Juan lo que se dice; sus primeras palabras son:

Ciutti... este pliego
irá dentro del orario
en que reza doña Inés
á sus manos á parar.

¡Hombre, no! en el orario en que rezará, cuando usted se lo regale; pero no en el que no reza aún, porque aún no se lo ha dado Vd. Así está mi D. Juan en toda la primera parte de mi drama, y son en ella tan inconcebibles como imperdonables sus equivocaciones hasta en las horas. El primer acto comienza á las ocho; pasa todo: prenden á D. Juan y á D. Luis; cuentan cómo se han arreglado para salir de su prision: preparan don Juan y Ciutti la traicion contra D. Luis, y concluye el acto segundo diciendo D. Juan:

A las nueve en el convento,
á las diez en esta calle.

Relój en mano, y había uno en la embocadura del teatro en que se estrenó, son las nueve y tres cuartos; dando de barato que en el entreacto haya podido pasar lo que pasa. Estas horas de doscientos minutos son exclusivamente propias del relój de mi D. Juan. En el tercer acto se oye el toque de ánimas; yo tengo en mis dramas una debilidad por el toque de ánimas; olvido siempre que en aquellas épocas se contaba el tiempo

por las horas canónicas; y cuando necesito marcar la hora en la escena, oigo siempre campanas, pero no sé dónde, y pregunto qué hora es á las ánimas del purgatorio. La unidad de tiempo está *maravillosamente* observada en los cuatro actos de la primera parte de mi *D. Juan*, y tiene dos circunstancias especialísimas; la primera es milagrosa, que la accion pasa en mucho ménos tiempo del que absoluta y materialmente necesita; la segunda, que ni mis personajes ni el público saben nunca qué hora es.

En el final, D. Juan trae á los talones toda la sociedad representada en el novio de la mujer por engaño desflorada, en el padre de la hija robada y en la justicia humana, que corren gritando justicia y venganza trás el seductor, el robador y el sacrílego: en aquella situacion está el drama; por el amor de doña Inés, va á matar á su padre y á D. Luis, y tiene preparada su fuga y el rapto en un buque de que habla Ciutti; pues bien, en esta situacion altamente dramática, aquel enamorado que por su pasion ha atropellado y está dispuesto á atropellar cuanto hay respetable y sagrado en el mundo, cuando él sabe muy bien que no van á poder permanecer allí cinco minutos, no se le ocurre hablar á su amada más que de lo bien que se está allí donde se huelen las flores, se oye la cancion del pescador y los gorjeos de los ruiseñores, en aquellas décimas tan famosas como fuera de lugar: doña Inés las encarrila desarrollando á tiempo su amor poético y su bien delineado carácter, en las redondillas mejores que han salido de mi pluma.

De la desatinada ocurrencia mia de colocar en tan dramática situacion tan floridas décimas, resulta que no ha habido ni hay actor que haya acertado ni pueda acer-

tar á decir las bien. El público, que se las sabe de memoria, le espera en ellas como el de un circo á un clown que va á dar el doble salto mortal: si el actor, verdadero y concienzudo artista, las quiere dar la suavidad, la ternura, la flexibilidad y el cariño que sus suaves, cariñosas y rebuscadas palabras exigen... ¡ay de mí! como aquellas décimas no fueron por mí escritas acendrándolas en el crisol del sentimiento, sinó exhalándolas en un delirio de mi fantasía, resulta su expresion falsa y descolorida por culpa únicamente mia; que me entretuve en meter á la paloma y á la gacela, y á las estrellas y á los azahares en aquel duo de arrullos de tórtolas, en lugar de probar en unos versos ardientes, vigorosos y apasionados la verdad de aquel amor profundo, único, que celeste ó satánico, salva ó condena; obligando á Dios á hacer aquellas famosas maravillas que constituyen la segunda parte de mi *D. Juan*.

Si el actor, pasando sobre su conciencia y haciendo caso omiso de la del autor y de su deber de imponerse al vulgo, por dar gusto á éste y arrancar un aplauso, las declama á gritos y sombrerazos como se hace hoy por nuestros más roncós y aplaudidos actores... el aplauso estalla, es verdad; pero ¿á quién pertenece? Al actor, no; porque al exponerse á arrojar por la boca los pulmones arroja con ellos al sentido comun por encima de la batería del proscenio, en cambio del aplauso de los engañados espectadores: al poeta, tampoco; porque aquellas palmadas resultan poco ménos que bofetadas para él, á quien jamás pudo ocurrírsele que túvieran que ahullarse y berrearse unas décimas tan artificiosas y tan mal traídas, pero forjadas con los más poéticos pensamientos y expresadas con las más suaves, armónicas y cariñosas palabras.

¿Qué quiero yo decir con esto? ¿Que los actores no saben representar mi *D. Juan Tenorio*? No: quiero decir que *en mala situacion no hay actor bueno*; que obra mía es aquella situacion mala; y que yo, que no transijo con mi conciencia al juzgar mis obras, no transijo con los actores que transigen con la suya en las mías.

¿Intento yo, como se ha supuesto, al decir la verdad sobre mi *D. Juan*, y al hablar con tal ingenuidad de mí mismo, desacreditar mi obra y conspirar contra su representacion y éxito anuales, por el inútil y villano placer de perjudicar á mis editores y á los empresarios y actores, porque la propiedad de mi obra no me pertenece?

Estúpida ó malévola suposicion. *D. Juan Tenorio*, que produce miles de duros y seis dias de diversion anual en toda España y las Américas españolas, no me produce á mí un solo real; pero, me produce más que á ningun actor, empresario, librero ó especulador: porque la aparicion anual de mi *D. Juan* sobre la escena, constituye á su autor su fénix que renace todos los años. *D. Juan* no me deja ni envejecer ni morir: *D. Juan* me centuplica anualmente la popularidad y el cariño que por él me tiene el pueblo español: por él soy el poeta más conocido hasta en los pueblos más pequeños de España y por él solo no puedo ya en ella morir en la miseria ni en el olvido: mi drama *D. Juan Tenorio* es al mismo tiempo mi título de nobleza y mi patente de pobre de solemnidad: cuando ya no pueda absolutamente trabajar y tenga que pedir limosna, mi *D. Juan* hará de mí un Belisario de la poesía: y podré sin deshonra decir á la puerta de los teatros: «dad vuestro óbolo al autor de *D. Juan Tenorio*,» porque no pasará delante de mí un español que no nos conozca ó á mí ó á él.

¿Cómo, pues, he de anhelar yo desprestigiar, ni desterrar del teatro á mi venturoso desvergonzado *Don Juan*, que es el sér de mi sér y la única esperanza de mi porvenir?

Pero ¿qué intereses ataca, qué amor propio ofende el modesto conocimiento de sí mismo que el autor del tal *D. Juan* manifiesta al juzgar su obra, cuando ha tenido treinta y tres años para estudiarla? ¿cuando, *velis nolis*, le han hecho presenciar ochenta veces su representacion, durante la cual, á no haber sido de piedra como su estatua del Comendador, tiene forzosamente que haberla visto y héchose cargo de cómo pasa lo que en ella sucede?

¿Sería posible, aunque para mí inconcebible sería, que se ofendiera la crítica de que yo, á mis sesenta y cuatro años, al ajustar cuentas con mi conciencia, dijera de mi *D. Juan* lo que ella ó por consideracion al autor ó por no atreverse á ir contra la corriente de la opinion, no ha dicho en los mismos treinta y tres años? Es imposible; la crítica tiene que ser hidalga y leal en España, como lo es su pueblo, y no puede tornarse nunca en injusta, corrigiendo sólo al autor, no concediéndole ni permitiéndole nada, ni aún reconocer y corregir sus defectos, sin corregir el mal gusto, cuando estravía los juicios del público y el arte de los actores, ocasionando los excesos y faltas de las empresas: todo lo cual constituye lo que se llama el teatro: que no es sólo la palabra escrita del poeta.

Dejémoslo aquí. Con todo lo dicho y lo que por decir me queda, no he pretendido más que alegar el derecho y la obligacion que tengo de ser modesto confesando mis defectos y errores, para que ni mis contemporáneos que me aplauden, ni la posteridad si de mí se acuerda, tengan

motivo dado por mí en que apoyarse, para creer que yo vivo hinchado y esponjado como el pavon y sueño conmigo mismo cuando duermo, por la vanidad de ser quien soy, y de haber hecho y escrito lo que he escrito y hecho.

Y si hay alguno que me envidia el ser autor del *Don Juan*, ¡ojalá pudiera yo traspasárselo para que gozara en mi lugar las consecuencias de haberlo escrito!

La veracidad de mi opinion sobre esta obra la expresé muy claramente y de todo corazon en las últimas rondillas de las que leí en un beneficio que con él me dió Ducazcal en el teatro Español el año pasado, que inserto aquí para concluir, y por creer que aquí tienen su legítimo puesto y lugar.

En los años que han corrido
desde que yo le escribí,
mientras que yo envejecí
mí *Don Juan* no ha envejecido:

Y fama tal por él gozo
que se cree, á lo que parece,
porque *Don Juan* no envejece,
que yo he de ser siempre mozo:

Y hoy el bravo Ducazcal
os anuncia en su cartel
que he de hacer aquí un papel,
que tengo que hacer ya mal.

Yo no soy ya lo que fui:
y viendo cuán poco soy,
dejo á los que más son hoy
pasar delante de mí;

Pues por Dios, que por más brava
que sea mi condicion,
la fiebre rinde al leon,
la gota la piedra cava.

Aún latir mis bríos siento:
pero es ya vana porfía,
no puedo ya la voz mía
pedirle otra vez al viento:

Y á quien me lo quiere oír,
digo años há por do quier,
que pierdo el sér de mí sér
y que me siento morir;

Pero nadie me hace caso
por más que hablo á voz en grito,
porque este *Don Juan* maldito
por do quier me sale al paso;

Y ni me deja vivir
en el rincón de mi hogar,
ni deja un año pasar
sin dar de mí qué decir.

Yo me apoco día á día,
y este bocon andaluz,
á quien yo saqué á la luz
sin saber lo que me hacía,
me viste con su oropel
y á luz me saca consigo;
por más que á voces le digo
que ir no puedo á par con él.

Mas tanto favor os debo
por él, que en verdad me obliga
á que algo esta noche os diga
de este insolente mancebo.

Oid... es una leyenda
muy difícil de contar,
porque tiene algo á la par
de ridícula y de horrenda:
una historia íntima mía.
Yo era en España querido
y mimado y aplaudido...
y me huí de España un día.

Vivía á ciegas y erré:
y una noche andando á oscuras
tropecé en dos sepulturas,
y de Dios desesperé.

Emigré: me di á la mar;
y esperando en el olvido
una muerte hallar sin ruido,
en América fuí á dar.

No llevando allá negocio
ni esperanza á qué atender,
al tiempo dejé correr
en la oscuridad y el ócio.

Once años anduve allí
vagando por los desiertos,
contándome con los muertos
y sin dar razon de mí.

Los indios semi-salvajes
me veian con asombro
ir con mi arcabuz al hombro
por tan agrestes parajes;

y yo en saber me gozaba
que nadie que me veia
allí, quién era sabia
el que por allí vagaba;

y esperé que de aquel modo
de mí y de mi poesia
como yo se olvidaria
á la fin el mundo todo.

Mi nombre, pues, con intento
de dejar perder, y en suma
sin papel, tinta, ni pluma,
ni libros ya en mi aposento,

bebía en mi soledad
de mis pesares las heces:
mas tenia que ir á veces
del desierto á la ciudad.

Vivo el cuerpo, el alma inerte,
á caballo y solo, iba
como una fantasma viva,
sin buscar ni huir la muerte.

Y hago aquí esta narracion
porque sirva lo que digo
á mis hechos de castigo,
y á modo de confesion.

Sobre mí á un anochecer
un nublado se deshizo,
y entre el agua y el granizo
me dejó una hacienda ver.

Eché á escape y me acogí
de la casa entre la gente,
como franca lo consiente
la hospitalidad allí.

Celebrábase una fiesta:
que en aquel país no hay día
que en hacienda ó ranchería
no tengan una dispuesta;
y son fiestas extremadas
allí por su mismo exceso,
de las hembras embeleso,
de los hombres emboscadas.

Y á no ser de mi leyenda
por no cortar la ilacion,
hiciera aquí descripcion
de una fiesta en una hacienda,
donde nadie tiene empacho
de usar á gusto de todo;
porque son fiestas á modo
de las bodas de Camacho.

Allí acuden sin convite
buhoneros, comerciantes
y cirqueros ambulantes;
sin que á nadie se le quite
de entrar en corro el derecho,
de gastar de los abastos,
ni de colocar sus trastos
donde quiera que halle trecho.

Jamás se apaga el hogar,
jamás el servicio cesa;
siempre está puesta la mesa
para comer y jugar.

Por salas y corredores
se oye el són á todas horas
de carcajadas sonoras,
de onzas y de tenedores.

Todo es peleas de gallos,
toros, lazos, herraderos,
manganas y coleaderos
y carreras de caballos;

Y al fin de un día de broma
que nada en Europa iguala,
todo el mundo entra en la sala
y sitio en el baile toma.

Entré é hice lo que todos:
y cuando creí que al sueño
se iban á dar, dí yo al dueño
gracias por sus buenos modos:

mas mi caballo al pedir,
asiéndome por la mano,
me dijo el buen campirano
soltando el trapo á reir:

«¿Y á quién hay que se le antoje
dejar ahora tal jolgorio?
Vamos, venga usted á la troje
y verá el *Don Juan Tenorio*.»

Y á mí que lo habia escrito
en la troje me metia;
y allí al paso me salia
mi audaz andaluz precito.

Mas ¡ay de mí, cuál salió!
Lo hacia un indio Otomí
en jerga que el diablo urdió;
tal fué mi *Don Juan* allí,
que ni yo le conocí
ni á conocer me dí yo.

Tal es la gloria mortal,
y á quien Dios se la confiere
si librarse de ella quiere
se la torna Dios en mal.

A mí no me la tornó,
porque por mi buena suerte,
del olvido y de la muerte
do quier *Don Juan* me salvó.

¡Dios no quiso allá de mí
y de mi patria el olvido

temiendo, como había ido,
á mi patria me volví.

¡Feliz malogrado afán!
al volver de tierra extraña,
me hallé que había en España
vivido por mí *Don Juan*.

Comprendí en su plenitud
de Dios la suma clemencia:
Don Juan había en mi ausencia
borrado mi ingratitud.

Mónstruo sin par de fortuna,
mientras yo de España huía,
en España me ponía
en los cuernos de la luna.

Y ni fuerza ni razón
han podido derribar
tal ídolo del altar
que le ha alzado la opinión.

Pero hablemos con franqueza
hoy que todo coadyuva
para que aquí se me suba
á mí el humo á la cabeza:

Desvergonzado galán
siempre atropella por todo
y de atajarle no hay modo,
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?

Del fondo de un monasterio
donde le encontré empolvado,
yo le planté remozado
en mitad de un cementerio:

Y obra de un chico atrevido
que atusaba apenas bozo,
os parece tan buen mozo
porque está tan bien vestido.

Pero sus hechos están
en pugna con la razón:
para tal reputación
¿qué tiene, pues, mi *Don Juan*?

Un secreto con que gana
la prez entre los don Juanes:

el freno de sus desmanes:
que Doña Inés es cristiana.

Tiene que es de nuestra tierra
el tipo tradicional;
tiene todo el bien y el mal
que el génio español encierra.

Que hijo de la tradicion,
es impío y es creyente,
es baladron y es valiente,
y tiene buen corazon.

Tiene que es diestro y es zurdo,
que no cree en Dios y le invoca,
que lleva el alma en la boca,
y que es lógico y absurdo.

Con defectos tan notorios
vivirá aquí diez mil soles;
pues todos los españoles
nos la echamos de Tenorios.

Y si en el pueblo le hallé
y en español le escribí
y su autor el pueblo fué...
¿Por qué me aplaudís á mí?

Dejémoslo aquí hasta que veamos á mi D. Juan ante
la conciencia de su autor, que tambien veremos á los
actores ante mi *Don Juan*.

XIX.

(PARÉNTESIS.)

I.

MI campaña teatral habia durado cuatro años: del 40 al 45. Fiel á mi bandera, no me habia yo pasado jamás al enemigo, combatiendo siempre en primera fila; y en aquellos cuatro años, porque en la temporada del 41 al 42 no escribí nada por lo que adelante diré, habia yo dado á la empresa Lombía veinte y dos obras escénicas, desde *Cada cual con su razon* hasta *D. Juan Tenorio* (1). Ninguna de ellas habia sido silbada, ni retirada del cartel sin cinco representaciones; y habian quedado del repertorio de Latorre, con éxito completo, *El Zapatero y el Rey*, *Sancho*

(1) *Cada cual con su razon*; *Lealtad de una mujer*; primera y segunda parte de *El Zapatero y el Rey*; *El eco del torrente*; *Los dos víreyes*; *El molino de Guadalajara*; *Un año y un día*; *Apoteosis de Calderon*; *Sancho García*; *El caballo del rey D. Sancho*; *La mejor razon la espada*; *El puñal del godo*; *La oliva y el laurel*; *Sofronia*; *La Creacion y el Diluvio*; *El rey loco*; *La reina y los favoritos*; *La copa de marfil*; *El alcalde Ronquillo*; *D. Juan Tenorio*.

García, El rey loco, El puñal del godo, El alcalde Ronquillo y el D. Juan: Lombía repetía en el suyo el Cada cual con su razon y La mejor razon la espada. La empresa del teatro del Príncipe no me había visto jamás en el saloncito de Julian Romea, ni para sus afortunados actores había yo en los cuatro años escrito un sólo verso; siendo el único escritor que siguió constante la inconstante suerte de la empresa de la Cruz, y escribiendo exclusivamente para Lombía y Latorre.

¿Por qué? Lo diré más adelante al recordar cómo, por qué y para quién escribí el *Traidor, inconfeso y mártir*; ántes y por hoy tengo necesidad de decir algo de las vicisitudes por que habian pasado los teatros de verso, durante los cinco años de la revolucion literaria, de la cual fuí entónces hijo mimado y hoy todavía viviente recordador.

Porque estos mis desordenados RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO son una madeja de quebradizos y rotos hilos, de cuyos cabos voy tirando al azar segun los voy devanando en el desigual ovillo de mis artículos de *El Imparcial*; y en éste veo que es preciso que dé á mis lectores, si tengo algunos, un cabo conductor y alguna luz que les guie por el laberíntico relato de mis entradas y salidas por las puertas y escenarios de los teatros de la Cruz y del Príncipe. Mis RECUERDOS no son, desventuradamente para mí, una obra de cronológica ilacion, de continuidad lógica y progresiva de bien enlazados sucesos, y de uniforme estilo, como las curiosas MEMORIAS DE UN SETENTON, del Sr. de Mesonero Romanos; á quien aprovecho esta ocasion para dar gracias por el cariñoso recuerdo que en ellas hace de mí, y para rendirle el homenaje debido al más fácil de nuestros prosistas, al más ameno y castizo de nuestros narrado-

res, al más cortés de nuestros críticos, y al más exacto pintor de nuestras costumbres. Mis RECUERDOS no pueden, ni intentan competir con sus MEMORIAS; y cuando hoy se reducen á libro con una más ordenada forma, aún no pueden parangonarse con aquellas; elegante y última, pero genuina producción del vigoroso ingenio del CURIOSO PARLANTE, en cuya curiosa personalidad prolonga Dios la luz de la inteligencia para gloria y contentamiento de la presente generación.

Hecha esta salvedad y cumplido este deber, vuelvo la vista atrás y retrocedo cuatro años, para entrar por preparado camino en el quinto y último de mis recuerdos teatrales.

La temporada cómica del 38 al 39, por no sé qué circunstancias fortuitas ó premeditadas, iba á pasar sin que hubiese compañía en los teatros de Madrid. Lombía, asociado con Luna, Pedro Lopez, las Lamadrid y otros se presentaron en época avanzada, con las más sinceras protestas de modestia, á llenar como mejor pudiesen aquel vacío. Estimóselo el público, y quedó constituida en compañía aquella sociedad, para la temporada del 39 al 40. *La redoma encantada* fué para ella la gallina de los huevos de oro, y en aquel año cómico presenté yo mis tres primeras comedias, segun van marcadas en la nota correspondiente á este párrafo. Con la cooperacion del infatigable Breton, de García Gutierrez, Olona, y otros autores, el año fué un negocio, y á la temporada siguiente (la de 40 al 41) vino á tomar parte en él Julian Romea con Matilde y su compañía. Romea, Salas y Lombía tomaron ambos teatros, y habiendo yo comprometido mi palabra con Carlos Latorre de escribir para él la segunda parte del Rey D. Pedro, cuya primera habia estrenado Luna, pero no habiendo querido

Romea escriturar á Latorre, preferí no escribir para el teatro á faltar á la palabra empeñada á éste.

No duró mucho la union de Julian con Lombía; y como por aquel tiempo trasformara en teatro su circo Colmenares, que del de la plaza del Rey era propietario, Lombía, que habia tomado el viejo coliseo de la Cruz patrocinado por el banquero Fagoaga, director del Banco, estrenó el del Circo en el verano con Cárlos Latorre, miéntras se hacia de nuevo el de la Cruz. La empresa Colmenares, que era adinerada y emprendedora, hizo competencia á los dos teatros y á las dos compañías del Príncipe y de la Cruz, primero con grandes pantomimas y despues con ópera y baile: del 42 al 43.

Lombía, que disponia de no escasos fondos y que era hombre de no cortos alcances, se volvió á unir con Romea contra el enemigo comun; y conservando independientes sus dos compañías de verso, fueron coempresarios para dos nuevas de baile y de ópera, que alternaron en sus dos teatros. La Lema (que casó despues con Ventura de la Vega), La Tossi (mujer luego de Lorenzo Milans) y la Villó ganaron allí con justicia la reputacion de primeras cantantes; y Salas en *Chiara di Rosseberg* se hizo el primer caricato español; sosteniendo el baile la pareja Bartholomin, con su padre de director, Aranda de pintor, otra pareja italiana y un par de docenas de coristas aragonesas y valencianas, que se las tuvieron ten con ten á la Petit y á la Guy-Sthefan y á las andaluzas del circo.

II.

Del 43 al 44, Lombía solo, sin Romea, pero con Matilde, Guzman, Latorre, Sobrado, Pizarroso, Azcona,

las Lamadrid y la Sampelayo, sostuvo la competencia contra las compañías del Circo con la mejor de verso que tal vez se ha reunido, y una de ópera de *primoca: tello* (hasta el 45) con Moriani, Guasco y otros célebres cantantes. En estos dos años se pusieron en escena en la Cruz *La lámpara maravillosa*, fantástica y maravillosamente decorada por Aranda, *El triunfo de la Cruz* y *La Encantadora*, y en el Príncipe *La Sílfide* y *Hernan-Cortés*, varios dramas de Hartzenbusch y García Gutierrez, el *Don Alfonso el Casto* y la *Doña Mencía*, el *Alfonso Munio* y *El Príncipe de Viana*, de Gertrudis Avellaneda, y muchas comedias de Breton, que dieron prez al arte escénico y dinero á la administracion. El Circo, al fin, amparado por Narvaez, Salamanca y otros personajes de valía, se llevó la atención con la competencia de la Fuoco y la Guy, á quienes se presentaban gigantescos ramos de flores conducidos en brazos de servidores con librea, en azafates y jarrones de plata y porcelana de china, y hasta en un carro que apenas cabía por la calle del centro de las butacas.

Yo no sé lo que el arte ganó con aquel frenesí y aquellos delirios; pero el público se hartó de gritar por uno ú otro partido, y de divertirse con las excéntricas locuras de ambos; y se vieron en la escena de los tres teatros las más costosas decoraciones, los más lujosos trajes, las más cortas y transparentes enaguas, y las bailarinas más correctamente empernadas y de más ricas formas de los cuatro reinos de Andalucía y de la antigua coronilla de Aragon.

Por fin perdimos nosotros los de la Cruz, que estuvimos á pique de ser crucificados. En Diciembre del 45 Lombía tuvo que prescindir de Carlos Latorre, que se fué á Granada, y yo á mi casa á contentarme con saber

que en Granada se aplaudía á Cárlos; sin el cual abrió Lombía el teatro del Instituto, con Caltañazor, las hermanas Flores, la Pámias, la Cairasco, la Concha Ruiz, Lumbreras, etc. En esta temporada, y ántes de abandonar la Cruz, se hicieron las zarzuelas *El Sacristán de San Lorenzo*, *La Venganza de Alfonso* y *La pradera del Canal*, parodias de la *Lucia* y la *Lucrecia*, escritas por Azcona, el más inteligente y entendido de nuestros actores de entónces, excepto Pedro Mate: cuadros de costumbres concienzudamente estudiados y con maravillosa exactitud copiados del natural.

En Junio del 46 fuí yo á Francia, de donde regresé en Enero el 47, por el fallecimiento de mi madre: á mi vuelta hallé instalada en el Instituto la compañía andaluza de Calvo y Dardalla, donde estos dos actores representaban de una manera tan incomparable como encantadora *Los celos del tío Macaco* y *La flor de la canela*. Pepe Calvo, padre de Rafael, hacia un tío Macaco tan indescriptible y característico, un gitano tan picaresco y atruhanado, tan anguloso, descaderado y zancudo, que no le produjeron más espierrabao ni Triana en Sevilla, ni el Perchel en Málaga.

Del 48 al 49. El Ayuntamiento se encargó del teatro y se fundó el Español, con una compañía completa compuesta de Romea, Valero, Arjona, Matilde, Bárbara, Teodora y Osorio, etc. Catalina no aceptó su puesto en ella por razones personales, y Carceller con un asociado tomó para Catalina el viejo teatro de Variedades, con la Manuela Ramos, la Juana Samaniego, Juan Catalina, Cortés el buen gracioso, Manuel Gimenez y otros. Al fin de temporada contrataron á Salas, Adela Latorre, al tenor Gonzalez, etc., con quienes pasaron al teatro de los Basillos, miéntras que Harpa, propietaria

rio de Variedades, remodelaba su sala y escenario, dejándolos como estaban aún el año pasado de 79.

Y aquí acaban mis recuerdos de los teatros que conocí antes de mi expatriación, y salvo algunas inexactitudes de fechas, y alguna confusión de ajuste de actores, esta es la historia de los teatros de Madrid desde el 40 al 49: tan ligeramente apuntada como lo permite el ligero espíritu de estos recuerdos á vuelo pluma, y tan en confuso cuadro como se conservan amontonados en mi turbia memoria todos aquellos empresarios tan activos y batalladores, todos aquellos actores tan bien vestidos y todas aquellas bailarinas tan bien desnudas.

Pálidas, dispersas y móviles siluetas, recuerdos desperdigados de la memoria del muchacho, que aún bailan en sueños una diabólica danza Macabra por el ya frío, desierto y nebuloso campo de la imaginación del viejo poeta.

III.

Y aquí abre mi memoria un oasis fresco, umbroso y apacible en el árido y enmarañado desierto de mis recuerdos; en él se levanta y por él corre, y su abrasada atmósfera templada y oréa una brisa vital, salubre y perfumada que envía mi corazón amante á mi descarriada fantasía. ¿Por qué no he de sentarme á reposar un punto á la sombra de este oasis? ¿Por qué no he de aspirar esta brisa á la luz del único rayo de esperanza que ilumina la lóbrega y tempestuosa atmósfera de mis recuerdos, y el turbio y estéril arenal de mi inútil existencia? ¿Qué son estos mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO más que las aspiraciones íntimas de mi alma, los suspiros de mi corazón y los latidos de mi conciencia? Surja, pues,

de las aguas azules del pintoresco lago de la poesía el vapor puro de los suspiros del alma; revélese el hombre en la faz del poeta, y véase el corazón de aquel á través de las cuerdas de la lira de éste.

Por aquel tiempo vino á Madrid mi pobre madre, á quien yo no habia visto y de quien nada habia sabido desde aquella desventurada noche en que abandoné mi paterno hogar.

Dos figuras bellísimas, dos imágenes tan queridas como nunca olvidadas, resaltan en este cuadro de mis recuerdos: la de mi madre y la de Paco Luis de Vallejo, corregidor de Lerma en 1835, á quien dediqué mi *D. Juan Tenorio* en 1844. Volvamos un instante la vista al mes de Julio de 1835 para posarla despues en el de 1844.

A la llegada á Madrid de la Reina María Cristina, era mi padre superintendente general de policía del reino: el duque de San Carlos y Arjona, que para traerle hasta tan importante puesto le habian hecho pasar por la Chancillería de Valladolid, la Audiencia de Sevilla y la Sala de Alcaldes de casa y corte, se le habian propuesto á Fernando VII como un partidario fiel de la causa realista, como un íntegro magistrado y un hombre de carácter enérgico, á propósito para limpiar á Madrid de los ladrones y vagos que pululaban en 1827 por las mal empedradas calles y peor alumbrados callejones de la villa y corte de entónces, de la cual dan tan exacta idea las Memorias de Mesonero Romanos. Al instalarse mi padre en la superintendencia, en la casa de la calle del Príncipe que hoy habita el duque de Santoña, tenia ya montada una policía, que acabó en cuarenta dias con todos los ladrones, de la manera que tal vez diré en algun artículo posterior. Bástame, por hoy, in-

dicar el principio tan bárbaro como exacto de que su justicia partía, y era este: «Los séres humanos, que faltos de educacion moral y religiosa, y viviendo en guerra con la sociedad, creen que el robo es una profesion, y el asesinato necesario para cometer y encubrir el robo, no tienen más que un miedo: el de la muerte.» En consecuencia de cuyo principio, y conociendo el modo lento y embrollado con que la justicia ha solido caminar siempre en España, anunció que «los ladrones quedaban sujetos á una comision militar, asesorada por un alcalde de casa y corte y un escribano del crimen;» instalóse la tal comision; y ladron cogido, ladron ahorcado. Bárbaro era tal vez el principio, pero necesario y eficaz fué el procedimiento; los únicos tres años que Madrid ha estado completamente libre de ladrones *de profesion*, fueron los de 28, 29 y 30. Otro dia hablaremos de esto: no manchemos hoy con tan repugnantes memorias la purísima de mi madre y la alegre y caballeresca del apuesto *garçon* corregidor de Lerma, Paco Vallejo.

Mi padre fué el primer dignatario de la situacion realista depuesto por la influencia liberal de la Reina Cristina: cayó como los vencidos que capitulan, y salió con armas y bagajes: las condiciones de su destitucion no fueron más que la de salir de Madrid y sitios reales en el término de ocho dias. Fué, pues, á refugiarse á un pueblecillo de la provincia de Búrgos, en donde un hermano de mi madre era cabeza de una numerosa familia, y á cuyo otro hermano, capellan de aquel pueblo, habia nombrado canónigo de la colegiata de Lerma el duque del Infantado, patrono de aquella iglesia y heredero del duque de Lerma, su fundador. El cólera del 34, que introdujo la muerte y la division en la familia, nos

obligó á abandonar aquel pueblecillo tan pequeño, oculto y desconocido, que su nombre no se halla en los mapas; y mientras yo pasaba las temporadas del curso escolar en las Universidades de Toledo y Valladolid, mis padres vivían en un tranquilo destierro en casa de mi tío el canónigo de Lerma. Allí fué de corregidor mi inolvidable Vallejo.

Su llegada fué un acontecimiento para el partido que iba á gobernar, y un justo motivo de sobresalto para mi padre; quien no habiendo aprobado el levantamiento carlista, en cuyo éxito no creía, había rechazado las sugerencias de los amigos y de los agentes del levantamiento, resuelto á no mezclarse en él por voluntad propia; pero hombre importante y conocido de la pasada situación, no podía ménos de ser sospechoso al nuevo gobierno, y se dió tal vez por perdido al ver llegar á Lerma un corregidor modelado en un molde tan distinto del en que él había concebido que debían vaciarse los corregidores. Paco Vallejo era un mozo de veintisiete años, que vestía con elegancia, que marchaba con soltura, que fumaba ricos habanos que de Madrid le remitían, que bebía Jerez, y, ¡cosa inconcebible para mi padre! que se presentó á tomar posesión de su corregimiento con el uniforme de nacional de caballería de Madrid, con el chacó en la cabeza, el bastón en la derecha y el sable á la cintura. Paco Vallejo era uno de los calaveras de buen tono de aquella edad de calaveras, que volvieron del revés á España como un sastre la manga de una levita, á la cual hay que poner forros nuevos: un Don Juan de la clase media, que podía presentarse y bravear en el salón más aristocrático: un abogado joven lleno de audacia y de talento, tan agudo de ingenio como seductor de modales, á quien

era preciso tener un par de años en un corregimiento para hacerle llegar á una toga en la audiencia de la Habana: y á quien mi padre y yo tuvimos la fortuna de que nos enviara á Lerma D. Cláudio Anton de Luzuriaga.

Cuando Vallejo llegó á Lerma, acababa yo de volver, concluido el curso de la Universidad de Valladolid. Dimos uno con otro, él bajando y yo subiendo la calle Mayor; llamé yo su atencion por mi traje y porte más cortesano del de la gente del país: encaróse conmigo, plantémele yo delante cediéndole la derecha, pero sin bajar mis ojos á su investigadora mirada, y preguntóme:—¿Quién es V., caballero, que no tiene trazas de ser de esta tierra?

Decliné yo mi nombre y el de mi padre, y esperé, sombrero en mano, á que tomara mi filiacion en unos instantes de silencio y bajo el poder de una escrutadora mirada, ante la cual no creí conveniente bajar la mia.

—Está bien—me dijo, concluido su exámen—tendré mucho gusto en conocer al padre de tal hijo. ¿Dónde le ha educado á V. su señor padre?

—En el Real Seminario de nobles de Madrid—respondí.

—¡Hola! ¿es V. discípulo de los jesuitas?

—Sí, señor; pero no les hago mucho honor, porque he sido siempre muy desaplicado.

—No habrá sido en la cátedra de la lengua castellana.

—Ni en la de otras.

—¿Conoce V. muchas lenguas extranjeras?

—Tengo rudimentos de tres y rompo en ellas la conversacion.

—Espero tener ocasion de hablar con V. en alguna; tal vez en las tres.

—Estoy á la disposicion de usía.

—Y mi corregimiento á la de su señor padre: hagá-selo V. presente de mi parte.

Siguió su camino el corregidor, y apreté yo el paso hácia mi casa para advertir á mi padre de que creia que acababa de cometer una torpeza, que podia muy bien habernos puesto en mal con el miliciano corregidor.

Frunció mi padre el entrecejo escuchando mi narracion, pero no desplegó sus labios, y ántes de anochecer fué á visitar á Vallejo, dejando á mi madre y á su hermano el canónigo en angustiada incertidumbre; era para ellos evidente que yo habia traído á mi padre la órden de presentarse inmediatamente ante aquella extraña autoridad.

Al volver mi padre de su visita, respondió á la interrogadora mirada de mi madre con estas palabras:—«Es un hombre atentísimo y no temo doblez en él; pero no puedo comprender sus intenciones.

Yo no puedo visitar á V.; me ha dicho al despedirme; pero envíeme V. á su hijo: no sé comer solo, soy algo hablador y me ha parecido que su hijo de V. no tiene pelos en la lengua.—¡Dios ponga tiento en ella! exclamó mi padre volviéndose á mí. Mañana irás al alojamiento de ese botarate, y sereis dos: si te invita á comer, acepta; pero no bebas. Habla poco, si puedes, y escucha bien lo que te diga, porque probablemente te lo dirá para que me lo repitas.»

Maldita la gracia que me hizo la posicion en que el nuevo corregidor me colocaba entre él y mi padre: pero despues de una noche no muy tranquila para ninguno de los tres que componíamos la familia, á las cuatro en

punto de la tarde pasaba yo un poco receloso los umbrales de la casa en que se alojaba D. Francisco Luis de Vallejo, á quien desde aquella tarde consagré un cariño fraternal y un agradecimiento que no se extinguirá sinó con la vida.

Llegué hasta el aposento del corregidor sin tropezar con portero ni alguacil, pues habian ya pasado las horas del despacho; y como, aunque no las llevaba todas conmigo, no queria yo que miedo ni empacho en mí conociera, dí resueltamente dos golpes en la puerta con los nudillos, y al «adelante» con que desde dentro me autorizaban á penetrar en aquel *sancta sanctorum* de la justicia lermeha, me presenté con tanta resolucion aparente como desconfianza real ante la primera autoridad del partido. Leia Vallejo, tendido en un sillón de cuero, un libro encuadernado en vetusto y amarillento pergamino; los piés tenia con botas y espuelas puestos en dos sillas y el codo izquierdo en la esquina de una mesa de piés salomónicos, que sobre su tablero sustentaban por el momento, y en vez de legajos de papel sellado, un gran plato de nueces frescas, muy pulcramente peladas, y un pichel de aquella agradable bebida compuesta de limonada y vino que se llamaba sangría en aquel tiempo viejo, y con la cual templaba el corregidor el ardiente efecto del oleoso fruto del nogal. Soltó el libro y levantóse para recibirme; é hizolo con tan atractivos modales y con tan afectuosas palabras, que al cabo de media hora, uno en frente de otro, dábamos cuenta de la última nuez y de la gota postrera de sangría, en medio de la más alegre conversacion de estudiantes y de la más franca y espontánea amistad de muchachos.

Esta rápida é inconcebible union de dos tan distintos individuos, la habia operado en pocos minutos el libro

que Vallejo leía: las coplas del marqués de Santillana y de Jorge Manrique, manuscritas y encuadernadas en la edición gótica de Sevilla de las trescientas de Juan de Mena.

Si en lugar de escribir estos recuerdos en las columnas de un periódico los escribiese en las páginas de un libro, llenarían algunas los pormenores de esta escena. Paco Vallejo era originalísimo en sus opiniones, excéntrico en sus ideas, y tan picante como ameno en su conversacion. Venía de la corte impregnado en el espíritu de todos los gérmenes políticos, económicos, artísticos y literarios de la revolución.

Era un índice vivo de cuantos libros y periódicos iban publicados en aquella primera, modesta y recelosa libertad de imprenta; sabía de memoria las principales escenas del *Edipo*, de Martínez de la Rosa; del *Macías*, de Larra; de la *Marcela*, de Breton, y los chistes, de Ventura, y los *Cantos* de Espronceda, que acababa Ochoa de publicar en *El Artista*, y podía decir al dedillo la historia de todas las cantantes, desde la Albini, la Cesari y la Lorenzani, y de todas las bailarinas, desde la Sichero y la Volet; recitóme veinte canciones italianas, para mí desconocidas, y encantóme con la de Zanotti, que lleva por estribillo aquel famoso *oh giuramenti predda de' venti!* Recitóme yo mi *Dueña de la negra toca* y mi *Canto de Elvira*, con los versos á una Catalina, la moza más garrida que por entonces vivía en Lerna; pidióme y díle noticias y narréle lo que de las muchachas de la comarca se susurraba; díjome y díjele, contéle y contóme tantos versos tan ingeniosos como subidos de color, y tantas historias tan gratas de recordar como imposibles de repetir; y cuando la dueña de la casa se decidió á avisarnos que la sopa estaba en la

mesa, así nos acordábamos, como por los cerros de Ubeda, ni él de que era corregidor, ni yo de que era el hijo de mi padre.

Aquellas tan frescas como excitantes nueces nos habían hecho acabar con el pichel de sangría; y aunque el vinillo ágrico de Lerma, según decía mi tío el canónigo, no era bueno más que para echar lavativas á galgos, nos había abierto tanto el apetito como alegrado el corazón y calentado la cabeza—borrando los diez años de diferencia que entre mis diez y siete y los veintisiete del corregidor mediaban. Comimos como dos discípulos que á hallarse juntos volvieron tras diez años de separación, y éramos á los postres tan amigos y tan iguales como si de veras discípulos hubiéramos sido desde la escuela de primeras letras. Y así llegamos á las nueve de la noche, y oí yo con asombro, y casi con espanto, las campanas de la Colegiata, que tocaban á las Animas: era la primera vez que tal hora me cogía fuera de la casa de mi padre, era la en que se rezaba el rosario en ella, y era yo el encargado de guiarle.

Conoció Vallejo que algo me angustiaba; preguntóme qué, y revelélelo yo: entónces, tomando una de las dos luces que habían alumbrado nuestro festín, y volviendo á llevarme al aposento en donde le hallé, escribió una carta de media página á mi padre; llamó al alguacil de ronda y le mandó que á mi casa me acompañara; dióme por despedida lo escrito cerrado en un sobre, y díjome al oído: «dí á tu padre que queme ese papel en cuanto le lea, y que no deje de enviar á su hijo de cuando en cuando á comer con el corregidor.»

Entré yo en mi casa con los carrillos muy encendidos y los ojos muy alegres: aguardábame ya impaciente mi familia, y recibíome mi padre con el ceño un poco frun-

cido y en un silencio muy poco á propósito para infundirme ánimo; pero yo, sin decir palabra ni darle tiempo de pronunciar una, púsele en las manos la carta de Vallejo, con lo cual obligándole á fijar su atencion en la misiva, logré que la apartara del portador.

Leyó mi padre y quedóse un punto suspenso, contemplando lo escrito como si no lo comprendiera; y aprovechando la posicion en que, inclinado hácia adelante, tenia la carta y la cabeza cerca de la luz, díjele al oido como Vallejo me lo habia dicho: «Que queme V. ese papel en cuánto le lea.»

Quitó mi padre sus ojos del papel para fijarlos en los míos, y preguntóme: «¿Te lo ha leído él á tí?»

No, contesté con la firmeza de quien decia verdad; y en silencio mi padre quemó el papel, quedando de él no más que el pico, por el cual entre su pulgar y su índice lo tuvo miéntras ardió. Tiró despues del cordón de la campanilla y mandó que sirvieran la cena: «Tú habrás comido muy tarde, me dijo: nosotros hemos rezado ya el rosario, y tendrás ganas de acostarte: toma tu luz, y te dejaremos en tu cuarto;» y miéntras todos bajaban al comedor, que estaba en el entresuelo, me dijo mi padre al dejarme en mi dormitorio, que tenia su puerta en el arranque de la escalera:

«Mañana irás á decir á Vallejo lo que me has visto hacer con su carta y le darás las gracias,» y añadiendo entre dientes y como quien habla consigo mismo: «¡si tuviera la cabeza tan sana como el corazón...!» me cerró la puerta y me acosté tan satisfecho de haber salido tan bien librado como curioso de saber lo que decia aquella carta, que tan bien me habia escudado del justo mal humor de mi padre.

Vallejo tenia suficiente juicio para no fiar al chico lo

que corriera riesgo de su insensata locuacidad: el corregidor fué con el padre un caballero de la tabla redonda y un muchacho desatentado con el hijo futuro autor del *Tenorio*, y único sér con quien el noble calavera madrileño, á quien debia aquel drama ser dedicado, podia tener afinidad en aquel país.

El corregidor liberal, el apuesto y caballeroso garzon, arriesgó su favor y su empleo por amparar al magistrado en desgracia y fué el primero que auguró al hijo un porvenir tan brillante como inútil para uno y otro.

Ocho años después, supe por mi madre que la carta de Vallejo, que de su parte llevé yo á mi padre, decia: «Traigo orden de vigilar á V. y de no dejarle respirar, pero puede V. dormir tranquilo miéntras yo sea corregidor de Lerma; y cuando tenga V. que *emprender algun viaje*, avisemelo V. con tiempo para que pueda usted partir sin despedirse de mí, miéntras esté yo de expedicion por mi ínsula Barataria; pero no deje usted de enviarme al chico; que tendrá siempre tan buen lugar en mi mesa, como creo que le tiene en el porvenir que abre en España á las letras la revolucion que se desarrolla.»

¡Oh, bueno y leal Paco Vallejo! Pocos meses despues tenias que consolar á mi pobre madre y desvanecer las sospechas del receloso y severo juez, que tal vez creyeron por un momento que podias tener parte con tus consejos en el crimen con que el hijo se abrió las puertas del porvenir famoso que tú le habias predicho, y que sólo valió al padre, á la madre y al hijo pesadumbres y desengaños.

Mi madre, harta de vivir escondida en un pueblucho de una sierra, en donde nieva desde Noviembre hasta

Febrero, y en el cual, incomunicada y sin noticias del mundo, habia vivido cinco años sin saber lo que en el mundo pasaba, vino por fin á llamar á las puertas de la casa del hijo ingrato, cuyo amor filial creia extinguido por la vanidad de unos triunfos que no la habian producido más que ruido y coronas de papel dorado. Un viejo eclesiástico, que la habia servido de protector, se presentó al hijo con la desconfianza de un católico que tuviera necesidad del amparo de un hereje; que era, y es aún lo que se cree en algunos pueblos de Castilla de los que usamos perilla y bigote; pero no bien el anciano sacerdote comenzó á tantear los sentimientos del hijo, cuando éste se echó en sus brazos deshecho en lágrimas, clamando ansioso por abrazar á su infeliz madre; trajímosla á nuestra casa, y una nueva luz, una nueva vida y una nueva inspiracion entraron en ella. Habia yo vivido poquísimos años con mi madre; á los ocho años me habia metido mi padre en un colegio de Sevilla; á los diez me puso en el de nobles de Madrid, y sólo dos veranos, durante las vacaciones del 34 y 35, habíamos vivido bajo el mismo techo, pero entre el miedo y los pesares del destierro y en la escasez de expansiva confianza de los que se conocen mal y no se aprecian bien; resultado inevitable de la educación fuera de la familia: se pierde uno para ésta tanto cuanto se gana para la sociedad; yo me gané para el mundo y me perdí para mi familia, no nos tratamos y no nos conocimos. Vino, pues, mi madre á mi casa, y yo no sabia ser su hijo; la trataba como á hija mía. Yo la mimaba, yo la peinaba, yo la dormía; sentia que no fuese una niña de tres años, para poderla tener todo el día sobre mis rodillas y velarla de noche el sueño, colocada en mis brazos su cabeza. A la luz de sus ojos, al calor de su cariño, al in-

flujo de su presencia, produjo yo en tres meses los tres tomos de mis *Cantos del Trovador*; y un libro del P. Nierenberg, en que ella leía, me sugirió la idea de mi *Margarita la tornera*; y en aquel D. Juan que tan mal estudia en la Universidad,

Sintiéndose el alma seca
de hablar de legislacion
y con la mala intencion
de quemar la biblioteca,

y que vuelve por fin despechado y pobre á aquella casita solitaria, hay algo de mi historia y de la de mi casa; y en aquel altar enflorado, y en aquella despedida de la monjita en el altar arrinconado del cláustro, y en aquella narracion rebosando fé sincera, inspiracion juvenil, frescura de selva virgen, y aroma de rosas de Mayo y poesía nacional y cristiana, está encerrado el espíritu religioso de mi devota madre; está derramada á manos llenas la esencia del amor filial, la poesía del corazon amante del hijo que escribió aquellos versos ante la sonrisa de la madre adorada... y por eso es *Margarita la tornera* la única produccion que me ha conquistado el derecho de llamarme poeta legendario, y creo que el poeta que la escribió no merece ser olvidado en su patria; y cuando veo que la fama eleva en sus alas á otros poetas contemporáneos, no tengo envidia de sus merecidos triunfos ni de las justas alabanzas de sus modernas obras, y me digo á mí mismo callandito, sin orgullo, modestamente, pero con conciencia de mí mismo: «yo tambien soy poeta; yo tambien he escrito mi *Margarita la tornera*.»

Pero, ¿qué diablos importan todos estos recuerdos íntimos y personales á los lectores de *El Imparcial*?

Mi pobre madre, que tenía mucho miedo á mi padre, se fué de mi casa... y murió sin que yo la volviera á ver; mi *Margarita la tornera*, inspirada por la presencia de mi madre, es el sudario en que puedo envolver mi memoria póstuma para que se conserve más tiempo sobre la tierra; puede servirme de confesion á la hora de mi muerte, si la Providencia me hace morir inconfeso, ¡y quién sabe si podrá abonarme ante el tribunal de Dios, cuando mi alma sea por Él llamada á juicio!

Paco Vallejo volvió de la Habana, y yo le dediqué mi *D. Juan Tenorio*, para que su nombre viviera con el mio unos cuantos dias más despues de nuestra muerte; que es lo ménos que en nombre mio y de mi padre debo á la memoria del amigo leal y del caballeroso amparador.

Volvamos ahora al teatro, para el cual habia dejado de escribir de los de Madrid en ausencia de Cárlos Latorre; y veamos cómo y por qué fué mi *Traidor, inconfeso y mártir*, el único drama que yo escribí para Julian Romea, y el único que estoy satisfecho de haber escrito.

XX.

DE CÓMO SE ESCRIBIÓ Y SE REPRESENTÓ

Traidor, inconfeso y mártir.

SIETE años de asíduo trabajo habian atraído sobre mí la atención del público; llevaba ya escritas veinte obras dramáticas, más ó ménos aplaudidas, pero ninguna rechazada, y tres ó cuatro que eran ya de repertorio en todos los teatros de España; ocho tomos de versos, que habian merecido el honor de la reimpression, y los tres de los *Cantos del Trovador*, publicados por Ignacio Boix, habian hecho mi nombre popular, y mi exhibicion continúa como lector en los salones del palacio de Villahermosa, donde se instaló primero y resucitó despues el *Liceo*, habian puesto en evidencia mi exígua personalidad.

Pero á pesar de que del teatro y del *Liceo* habian salido todos mis compañeros á diputados, gobernadores, ministros plenipotenciarios, y los más modestos á bibliotecarios, cuando ménos, yo me habia quedado *poeta á secas*, esquivo á la sociedad, extraño á la política y sin influencia con los gobiernos.

El último año de la brillante y efímera existencia del

Liceo, su Junta directiva, agradecida, según dijo, á lo que con mi constante trabajo había contribuido al lucimiento de sus sesiones y á los disgustos que me habían ocasionado sus juegos florales, en los que yo había sido juez, presidente, y yo no recuerdo que más, acordó que se diese una funcion en obsequio mio, y se representó por los sócios mi *Cada cual con su razon*, y se me colocó en preferente sitio en un gran sillón, en el cual se notaba más mi pequeñez, y se me ofrecieron una magnífica corona y un rico álbum, cuya primera hoja había escrito y firmado S. M. la Reina doña Isabel II; y cargado de papeles y de flores, y ensordecido por los aplausos, me volví á mi piso tercero de la plazuela de Matute, agradecido y contento, pero no desvanecido por el humo aromado y embriagador de la gloria mundana, y volví al dia siguiente á ser el poeta del dia anterior, y á vivir al dia con el producto de mis leyendas. ¿Por qué?

¿Había algo en mi vida por lo cual se me mostraran esquivos los gobiernos y la sociedad de aquel *tiempo viejo*? No: yo era quien, esquivo á la sociedad y á los gobernantes, me encastillé en mi hogar doméstico á vivir con los legendarios personajes de mi fantástica poesía: yo era el poeta del tiempo viejo; y fiado solamente en el pueblo, y esperando mi recompensa de un solo hombre, desdeñé todo lo que de aquel hombre no viniera; y la fortuna loca llamó mil veces á las puertas de mi casa; y yo la cerré mis puertas y mis ventanas, dejándola pasar como si no la oyese y derramar sobre otros las venturas que para mí destinadas traía. Ya hablaremos tal vez más de esto en el último capítulo de estos RECUERDOS.

El exceso del trabajo, la profunda y perpétua inquietud

tud que me roía el corazón, y las malas aguas que el municipio hacía beber por aquellos tiempos á los habitantes de Madrid, me procuraban todos los veranos una debilidad de estómago y una inflamación de las vísceras abdominales, que el bueno del Dr. Codornú, médico del regente Espartero, quería curarme á fuerza de sanguijuelas, cáusticos y demás excesos de la ciencia, que está hace siglos empeñada en atacar al enfermo para librarle de la enfermedad. Entre la mía y mi médico el Dr. Codornú, que me quería como á sus propios hijos, me tenían en cama hacia ya cuarenta días, al fin de los cuales vino una noche á verme Julian Romea. En ocasión de los juegos florales del *Liceo*, y en otra que á nadie importa, le había yo probado mi amistad, y no podía Julian dudar de ella. Pero era una extraña amistad la mía con Julian: no iba jamás á su teatro del Príncipe más que para aplaudirle á él y á su mujer; pero jamás subía á su cuarto ni al de Matilde, ni había nunca escrito un verso para ellos. Carlos Latorre andaba por las provincias, y yo escribía libros, pero no comedias. Y el teatro de Julian había encadenado á la fortuna en su vestíbulo, y la fama hacía resonar perpétuamente su bocina desde el balcon del saloncillo en el cual tenía Romea su corte y su cuarto de vestir, y todos los poetas iban á quemar incienso en aquella sucursal del Parnaso y en aquel peristilo del templo de la gloria.

Yo he sido siempre tenaz en mis opiniones, porque siempre son éstas hijas legítimas de mis convicciones, y las mías y las de Julian estaban en completa contradicción en el teatro. Que yo era su amigo, no podía dudarle un hombre por quien no había vacilado en arriesgar mi reputación y mi pellejo; que admiraba al actor no podía tampoco dudarle el que por mí se veía

constantemente aplaudido; pero ni el amigo ni el actor venian al poeta más que en la ocasion extrema; y Julian vino á verme *in extremis*, porque despues de cuarenta dias de cama, un poeta tan débil y tan chiquito como yo, debia de hallarse casi *in articulo mortis*. Hallóme efectivamente Julian reducido á lo que de mí habian dejado las sanguijuelas de Codornú envuelto en los trapos de sus cataplasmas; pero con el ojo siempre avizor y el espíritu vivo dentro de la frágil carne—es decir, de la piel y los huesos, porque mi escasa carne se la habian ya comido las sanguijuelas y la calentura.—Abrazóme Romea y enteróse cariñosamente de mi situación; distrajo la melancólica influencia de la enfermedad y del aislamiento con el relato de la crónica no muy edificativa de bastidores; ponderóme la boga de su amigo el Dr. Larios, quien segun él, hacia maravillas, y dejándome alegre y esperanzado, se despidió hasta el dia siguiente. A las once de la mañana de este volvió con el Dr. Larios, quien me desenterró de entre la infinidad de trapos en que Codornú me tenia sepultado; metiéronme entre él y Julian en un baño, y á los dos dias, limpio y renovado, me llevaron en un coche al Pardo; donde con el cambio de aguas y de temperatura, las emanaciones salubres del arbolado y la proximidad del otoño, retoñó en mí la salud y la fuerza; y un dia me dijo Romea, trayendo á la realidad mi pasado y mi porvenir: «¿Por qué no me escribes un drama? Matilde y yo lo haríamos con el alma.»—«Pensaré en ello, le respondí; y si en estos dias de convalecencia doy con un argumento á propósito para tí, te lo consultaré y haré lo que sepa. Pero...

—Pero ¿qué?—me preguntó receloso Julian.

—Nada—repose;—ya hablaremos.—No me atreví á

darle más explicaciones sobre aquel «pero» que se me había escapado.

Convalecí y cazé, y me repuse, y volví á Madrid. Mi editor Delgado habia ya muerto: Boix, sin ideas ni rumbo fijo en el comercio de libros, no me habia hecho trato alguno en que poder fiar, y Julian habia dado á mi mujer, prohibiéndola que me lo dijera, seis mil reales que habian subvenido á los gastos de mi enfermedad. Era forzoso trabajar: el editor Gullon se me habia ofrecido en lugar del difunto Delgado, y no podia rehusar á Romea una obra que él y un nuevo editor me pedían á un tiempo. Pensé en un argumento, en el cual sin salirme de mi terrorífico romanticismo, pudiera colocar un personaje característico adecuado á la escuela exclusiva y al género personal de representacion de Romea; y habiéndome procurado Salustiano Olózaga la causa original de *El pastelero de Madrigal*, amasé, amoldé y emprendí mi *Traidor, infanado y mártir*. Tenia yo desde que era estudiante un inmenso cariño á este personaje tradicional, y siempre habia pensado hacer de él una leyenda; pero el *Ni Rey ni Roque* de Escosura habia puesto una insuperable valla ante mi pensamiento. Al ocurrírseme hacer del Rey Don Sebastian y del pastelero de Madrigal uno sólo, concebí que aquel personaje legendario podia transformarse en otro altamente dramático y profundamente misterioso.

Estudié su historia y su tradicion, dormí y soñé con la accion y sus personajes, y cuando la ví clara en mi imaginacion comencé á tenderla sobre el papel: y aquella es mi única obra dramática pensada, coordinada y hecha, segun las reglas del arte: sus dos primeros actos están *confeccionados* maestramente, y tengo para

mí que por ellos tengo derecho á que mi nombre figure entre los de los dramáticos de mi siglo.

Miéntras yo viva no faltará quien me alabe; pero tampoco quien acuse mejor los defectos y la incompletitud de sus obras. Váyase lo uno por lo otro; y sea dicho en paz de los que no reconocen en las suyas los defectos de que carecen las mías.

En cuanto tuve escritos mis dos primeros actos, los copié y los cosí, seguro de no tener que variar nada en ellos para concluir el drama: llamé á Julian y se los leí: escuchómelos atentamente, asombróle su forma, enamoróse del carácter del protagonista, que para él destinaba; expliquéle cómo pensaba desarrollar el tercer acto, y prometíselo concluido para la semana siguiente. Entreguéle los dos primeros para que mandara sacar los papeles, y djome al partir, llevándoselos en el bolsillo:

—Creo, Pepe, que es lo mejor que has hecho.

—Yo tambien lo creo—le respondí—pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, nada—le dije—sin atreverme todavía á revelarle mi pensamiento. Miróme un momento sin comprenderme, llevóse los dos actos, desconfiando por el «pero» de que yo concluyera la obra, y yo la emprendí con el tercer acto, del cual no levanté mano hasta darle fin. Volví á llamarle, y tornó Julian á mi despacho; leíle la conclusion, pagóse mucho de su papel, y paguéme yo no poco de que fuera tan de su gusto mi trabajo: entreguésele grandemente satisfecho de lo escrito, y dispusóse él á llevárselo con gran contentamiento y muy lisonjeras esperanzas; pero... detúvele yo, concluyendo nuestra entrevista con este diálogo:

Yo.—¿Vas convencido de que he hecho en conciencia todo lo que he podido?

Julian.—Completamente; y puedes tú quedarlo de que en la representacion haremos cuanto podamos: y si de mi empeño sólo dependiera el éxito...

Yo.—Perdona que te ataje; pero el éxito de este drama no será grande.

Julian.—¿Por qué?

Yo.—Porque tú y yo, como actor y poeta, no somos el uno para el otro. No te amostaces. ¿Crees, ó no, que yo soy tu amigo?

Julian.—Aunque no tuviera más pruebas de tu amistad que esta obra que ya está en mi poder, no podría racionalmente dudarle.

Yo.—Pues bien, por ser tan tu amigo, te debo la verdad. Creo que no has de salir airoso del papel de Don Sebastian.

Romea era orgulloso y tenia en su talento disculpa suficiente para serlo: al oir estas palabras, aún de su mejor amigo, frunció el entrecejo y encapotó con él su mirada.—Escucha,—seguí yo diciéndole, sin darme por entendido de su gesto ni de su cambiado color—escucha: tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte, más claro, en la escena: yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir en que la luz de la batería es la del sol; en que la decoracion es el palacio ó la prision del rey Don Sebastian; en que el jubon, el traje y hasta la camisa del actor son los del personaje que representa, no puede haber en medio de todas estas verdades convencionales del arte y dentro del vestido de la creacion poética, un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sinó otra verdad convencional y artística; un personaje dramático, detrás y dentro del cual desaparezca la fiso-

nomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.

—¿Y qué?—me dijo desabrida y desdeñosamente Julian.

—Que tú eres el actor inimitable de la verdad de la naturaleza: que tú has creado la comedia de levita, que se ha dado en llamar de costumbres: que puedes presentarte, y te presentas á veces en escena, conforme te apeas del caballo de vuelta del Prado, sin más que quitarte el polvo y sin polvos ni colorete en el rostro: pero en estas escenas copiadas de nuestra vida de hoy, dialogadas por personajes que son á veces copias de personas conocidas, que entre nosotros andan, que con nosotros viven y hablan, tú que con ellos vives y que eres de ellos conocido, no estorbas y no pareces intruso. Tú eres Julian Romea y puedes serlo en la comedia actual: pero el drama es un cuadro, es un paisaje, cuyas veladuras, que son el tiempo y la distancia, se entonan de una manera ideal y poética, en cuyo campo jura y se tira á los ojos la verdad de la naturaleza, la realidad de una personalidad: yo necesito un personaje para el papel de mi rey D. Sebastian.

—Y le tendrás, Pepe, le tendrás:—esclamó Julian.— ¡Qué diablos de autores! A vosotros os toca escribir y á nosotros representar.

—Eso, eso quiero; que representes, no que te presentes.

—¡Pepe, Pepe! *Suum cuique*. Porque tú alucinas á tus oyentes cuando lees tus versos, y porque yo mismo te he dado á leer los míos en el Liceo, para que me los luzcas, no creas que sabes mejor que yo lo que es la escena, sobre la cual estoy desde que me despuntó la barba.

—Y estás en ella con derechos de rey: porque eres uno de los de nuestra escena: pero...

—Déjate de peros, y fíate en mí—y partió Julian con el fin de mi drama en la mano: y se ensayó con cuidado, y los actores se encariñaron con sus papeles, y á los pocos días, á las ocho de la noche de un viernes, para el beneficio de la incomparable Matilde, se alzó el telon sobre la primera escena de mi *Traidor, inconfeso y mártir*.

Ni la crítica hostil de eruditos apasionados, ni la mordacidad atrevida de medianías envidiosas, me han negado que esta obra me da derecho á tenerme por autor dramático, y el tiempo y la opinion pública han sancionado esta pretenciosa vanidad mía. La exposicion de este drama está *confeccionada* con todas las reglas del arte, y la presentacion del protagonista preparada con intencionada habilidad. El papel de Aurora estaba confiado á Matilde; yo, seguro de que Julian iba á dejar pálida la figura del rey D. Sebastian, de que no iba á pasar de Espinosa el pastelero, de que iba á seguir su fatal sistema de presentar en el drama la verdad de la naturaleza en lugar de la del arte, y de que iba, en fin, á representar un rey D. Sebastian de levita; y como encariñado y casi fanatizado yo con mi personaje fantástico, habia, prescindiendo á sabiendas de la verdad de la historia por la poesía de la tradicion, hecho del pastelero de Madrigal y del rey portugués una sola personalidad poética, necesitaba que la exuberancia del arte diese relieve á las medias tintas de la verdad de la naturaleza, que la luz de la poesía esclareciera y relevara la sombra que la maciza figura de la verdad iba á proyectar en el paisaje fantástico de la ficcion: y pensé en Matilde, la actriz más poética, sentimental y apasionada

que hemos conocido en nuestro moderno teatro Español.

Yo tenia, y espero que se haya comprendido por lo que llevo dicho, mi razon de no escribir para Julian; pero debia satisfaccion á Matilde por no haber escrito para ella, que era la gloria, el sostén y la fortuna del teatro del Príncipe y de los autores que para él escribian. Matilde era la gracia, el sentimiento y la poesia personificadas sobre la escena; su voz de contralto, un poco *parda*, no vibraba con el sonido agudo, seco y metálico del tiple estridente, ni con el cortante y forzado *sfogatto* del soprano, sinó con el suave, duradero y pastoso són de la cuerda estirada que vuelve á su natural tension, exhalando la nota natural de la armonía en su vibracion encerrada. El arco del violin de Paganini, al pasar por sus cuerdas para dar el tono á la orquesta, despertaba la atencion del auditorio con un atractivo magnético que parecia que hacia estremecer y ondular las llamas de las candilejas; y la voz de Matilde tenia esta afinidad con el violin de Paganini: al romper á hablar se apoderaba de la atencion del público, heria las fibras del corazon al mismo tiempo que el aparato auditivo, y el público era esclavo de su voz, y la seguia por y hasta donde ella queria llevarle, con una pureza de pronunciacion que hacia percibir cada sílaba con valor propio, y la diferencia entre la *c* y la *s*, y la doble *s* final y primera de dos palabras unidas que en *s* concluyeran y empezaran. Matilde no se habia dejado seducir ni contaminar con el exagerado y revolucionario lirismo de la lectura y recitacion salmodiada, que Espronceda y yo dimos á nuestros versos, nó; Matilde recitaba sencilla, clara y naturalmente, saliendo de su boca los periodos y estrofas como esculpidas en láminas invisibles de

sonoro cristal, y los versos y las palabras como perlas arrojadas en un plato de oro.

Matilde hizo y dijo la escena XI del acto primero con la flexibilidad, el primor de pormenores y el raudal de gracia y de sentimiento de que apenas habrán podido dar idea á mis lectores mis antecedentes frases; y al retirarse acompañada de un aplauso genneral, dejó completa la exposicion, prevenido al público en favor de la obra y enflorada con una guirnalda de poesía la puerta del fondo, por la cual iba á presentarse el misterioso protagonista.

Por ella salió á escena Julian, perfectamente vestido, pintado y con su papel concienzudamente estudiado: pero salió Julian; presentó y no representó su personaje. Si yo hubiera podido evocar y resucitar al verdadero juez Santillana, hubiérase vuelto á apoderar de aquel verdadero Espinosa, confundiéndole con el que él hizo ahorcar; pero para el público tenia algo de la sombra; le faltaba voz, movimiento, fisionomía, relieve, poesía. Julian hizo sus escenas del primer acto con el capitán y con el alcalde con una exactitud, con un aplomo, con una verdad intachables para los palcos de proscenio y las dos primeras filas de butacas: la sala no pudo apreciar su perfecto trabajo escénico; y al caer el telon, no se oyeron mas que algunas palmadas sin consecuencia. Quedó en el público el recuerdo de Matilde y la curiosidad que habia excitado la exposicion.

En el segundo acto, un nuevo actor vino en refuerzo de Matilde: Barroso. Era éste un mozo sevillano, de los que vinieron á inocular en la corte la sávia andaluza de los Pachechos, los Saavedras y los Perez Hernandez con Bermudez de Castro, Tassara, Sartorius y otros buenos ingenios, cuyos hechos y escritos contribuyeron

honrosamente al progreso literario y político de aquella época. Antonio Barroso era poeta; pero habiéndose presentado en el teatro privado del Liceo con Ventura, Marrací, el marqués de Palomares y demás sócios de la seccion de declamacion, concluyó por consagrar al teatro su talento nada vulgar, á consecuencia de los aplausos allí obtenidos y de la buena acogida que de Romea obtuvo. A Barroso habia yo, pues, confiado el ingrato y difícil papel del Alcalde Santillana; tan ganoso yo al dársele de probarle mi amistad y la estima en que le tenia, como él de abordar, estudiar y probarse en un carácter que podia colocarle en muy buen punto de partida para su carrera dramática, y muy alto en la consideracion del público si acertaba á desempeñarle con éxito. Era Barroso un mancebo de buena estatura, cenefo y nervioso, de cabeza pequeña y rubia, pero de aguileño perfil y límpidos ojos y correctamente colocada sobre los hombros.

Suelto de modales, como hombre bien educado, de buena memoria y comprension perspicaz como sevillano y confiado en el porvenir por esa esperanza inconsciente que hace atrevido á todo talento meridional, Barroso estudió, preparó y vistió su papel con tal esmero, que se identificó con el personaje que representaba. Con su toga y su golilla, sus vuelillos de encaje y su junco con cabos de plata, encuadró tan poéticamente su figura severa y su carácter odioso en contraposicion del sencillo y virginal del de la Matilde, que desde su primera escena resaltó como sombra negra é infernal de aquella blanca y celeste aparicion, entre cuyas dos figuras iba á pasar desde la hostería al patíbulo aquel otro vago, misterioso y casi indeciso fantasma del perpétuamente acusado y jamás reconocido soberano pastelero de Madrigal.

Barroso en la escena VI secundó y sirvió de apoyo á Julian con la atención perpétua de su maestra ejecución; desarrolló tan á tiempo y alternativamente su doble carácter de juez y de reo con el marqués de Tavira y con Espinosa, que preparada magistralmente la escena XI endecasilaba, pudo desplegar en ella Matilde toda la ternura de su corazón, toda la poesía de su amor recóndito, y toda la grandeza de su incondicional abnegación; en un juego escénico tan infantil como apasionado, con un acento de castísima ingenuidad, con una declamación tan impregnada de sentimiento y unas inflexiones de voz tan melódicas, tan suaves y tan variadas, que encantó, enterneció, fascinó y exaltó al público, arrancándome á mí las lágrimas: á mí, poeta entusiasta y satisfecho, que escuchaba por primera vez mis versos de su boca, como si estuviera oyendo arrullar á una paloma enamorada de un ruiseñor. El arte de Matilde reverberó con tal intensidad, rebotó tan profusamente sobre la verdad de Romea, que envuelta y arrebatada en la poesía de Aurora, concluyó la escena en universal aplauso.

En el acto tercero, Barroso tomó creces tan imprevisas ante la seguridad de su éxito y la esperanza de su porvenir, que comenzó desde la primera á dominar la escena con su atención nunca distraída, su figura siempre en cuadro, su exactitud en las entradas, su creciente juego escénico según sus pasiones; la superstición, el miedo y la ira se iban desarrollando y apoderándose de su espíritu. La escena sétima entre Aurora y Santillana no tiene descripción; el recuerdo de una ribera donde yo cogía

yerbezuelas y conchas, del rugiente
mar que sus ondas sin cesar mecía,

de un monasterio triste y solitario
fundado al pié de un monte, y vagamente
la memoria de un templo, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
el recuerdo también, porque la daban
miedo aquellas inmóviles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas,

es preciso habersele visto y oído hacer y decir á Matilde; la creciente angustia del juez ante el tremendo esclarecedor relato de la ingénuo y enamorada doncella... es preciso habersele visto representar á Barroso en la noche del estreno; pero la escena novena volvió, no á enfriar, pero sí á descolorar la representación.

Lo misterioso de la historia, lo terrorífico de la situación, la calma heroica del rey mártir, la indecisa concentración de las pasiones del juez, la inconsciencia de la realidad de la hija y de la amante, dieron por un momento á la verdad el dominio sobre la poesía y partió en silencio al patíbulo el incógnito é innominado protagonista. Quedó el teatro y el público en el silencio de la espectación, y yo, en la duda del éxito y más convencido que nunca de que la verdad de la naturaleza no es la verdad del arte. Esta volvió á surgir en la escena al recobrar Aurora sus sentidos. Matilde, con la mirada extraviada, los movimientos inciertos, la voz perdida aún en la cavidad de la garganta, sin que el aliento pudiera aún extraerla de los pulmones, preguntó:

¿Qué sucede? ¡ay de mí! los pensamientos
no acierto á combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel?

y empezó á buscar á Gabriel y á sentir por la ventana el rumor de la plaza, y vió y escuchó, pero no concibió lo que oía ni lo que miraba, pero se lo hizo comprender al espectador y le estremeció. ¡Allí vá! ¿A dónde se le llevan sin ella? ¿qué palos son aquellos? ¿qué le ponen al cuello? ¡es una sogal! Una nube sangrienta la ofusca la mente. ¡Un sacerdote! y comprendiendo de repente, grita vuelta á Santillana:

pero vos, ¡miserable! que sois hombre,
gritad conmigo...

y el juez vencido invoca el nombre del rey; pero el grito, el aullido, el estertor, todo junto, que constituyó la exclamacion de Matilde ¡ay! ¡es ya tarde! no son para escritos.

Lo más á tiempo, lo mejor, que ha hecho y ha dicho Florencio en su vida es el decir á Santillana:

Tomad: sepamos la verdad postrera,

y obligarle á tomar y abrir el relicario que encerraba el secreto del rey Don Sebastian.

Lo mejor que hizo Matilde en *Traidor, inconfeso y mártir*, fué el final. Al reconocer el retrato de su madre y al rechazar á su padre... estuvo sublime de dolor y de ira:

¡Tu hija!—¡Esto tan sólo me faltaba!
Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya... mas te engañas,
nada hay en mí que tu maldad abone,
para tí solo hay ódio en mis entrañas.

Aquí acababa el drama: el mal gusto del tiempo me

arrastró á prolongar con veintiseis versos más tan repugnante escena: sólo Matilde pudo hacerla pasar.

El telon cayó en un momento de silencio, que se cambió en un espontáneo y general aplauso. El autor y los actores fuimos llamados al proscenio: Julian sonreía, Matilde no podía respirar, Barroso estaba convulso como si fuese á sufrir un ataque de nervios... de mí no sé lo que era... Pero ¿gustó el drama?

Sus siguientes representaciones dieron el mismo resultado cada noche: Romea le retiró á los pocos dias del cartel, y no se volvió á hacer más en el teatro del Príncipe.

Andando el tiempo, Catalina, separándose de Julian, formó compañía y ajustó á Matilde; y habiéndose llevado con ella la mayor parte del repertorio de Julian, Catalina hizo su presentacion con mi *Traidor, inconfeso y mártir*. ¡Qué éxito el del pastelero! Mi drama se hizo en todas las provincias, y en todas las Américas, y aún es hoy de repertorio en todos los teatros, ménos en los de Madrid; y he visto actores muy medianos y sin pretensiones y hasta de teatros caseros que siempre se han hecho aplaudir en el papel del rey D. Sebastian.

Yo estoy muy pagado de ser autor de esta obra mia, y Matilde la ha dado á conocer en todos los países en que se habla la lengua castellana, gracias á Catalina.

¡Bendita Matilde! Desde la noche de su estreno, data el cariño fraternal y la gratitud, que la tengo y la tendré siempre.

Post scriptum.—¡Pobre Barroso! Víctima de la medicacion á grandes dosis, murió de repente una tarde en el teatro, saturado de yodo y otras drogas de este jaez. En un ensayo exhaló repentinamente un profundísimo gemido: dió luego un gran grito y dijo: «¡me

muerol» y una repentina parálisis comenzó á apoderarse de su cuerpo, comenzando por los piés. No hubo tiempo más que para conducirle á la habitacion y cama del portero, donde recibió la Extrema-Uncion, y espiró contando *cómo se moria*: ya se me ha muerto el brazo derecho, exclamaba: ya se me muere el corazon... lo último que pareció vivo en él fueron los ojos, cuyos párpados no quisieron cerrarse. Desde la representacion del *Traidor inconfeso y mártir*, dejé de escribir para el teatro.

AQUÍ debian tener fin estos RECUERDOS míos. Lo que va á seguir, no deberia tal vez ser publicado hasta despues de mi muerte; pertenece, más que á mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, á mis memorias póstumas: es exclusiva y personalmente mio, es historia íntima de mi corazon: va acaso á ser enojoso para mis lectores de *El Imparcial*, y no va seguramente á interesar más que á dos docenas de viejos como yo, que á aquellos tiempos hayan como yo sobrevivido: y no va por fin á despertar en ellos más que un sentimiento ficticio, efímero, *artístico*, si se me permite esta calificacion, como el que nos inspira la accion de un drama sentimental miéntras á la representacion asistimos. Lo que va á seguir es una página de la leyenda de mi alma: soy yo en ella el protagonista; ¡y soy yo tan poca cosa para hablar tánto de mí mismo!

Una razon me abona sin embargo: hace cuarenta y tres años que se habla de mí en España: quiénes me celebran y quiénes me critican; algunos me calumnian, muchos me envidian y pocos saben lo que de mí dicen, y pocos dejan de juzgarme sin pasion, porque ya

nadie me conoce á través de tánto como se ha supuesto y se ha dicho del vagabundo autor de *D. Juan Tenorio*.

Los meridionales, y más que ningunos los españoles (y más entre estos los andaluces), tenemos la cualidad y la pretension de ser narradores y narradores chistosos: no podemos repetir una historia, un cuento, un sucedido, un dato cualquiera, sin añadirle algo de nuestra cosecha; así que, al salir de la boca del quinto narrador, ya no conoce la historia ó el suceso narrado, ni el que la inventó ni al que le sucedió; y como cada cual sostiene las añadiduras y variaciones por él intercaladas en el relato, é impugna ó contradice las de los demás, todo copo de nieve llega á ser una bola, todo grano de arena un monte, toda historia una novela y todo cuento una mentira; por lo cual, no creo yo nunca nada del mal que se dice, ni de lo malo que se cree de las mujeres ni de los hombres notables: al contrario, comienzo siempre á simpatizar con toda mujer de quien se habla mal y con todo hombre conocido á quien se critica; porque estoy convencido de que tánto más de bueno deben de tener, cuanto más de malo les aplica y atribuye la maledicencia.

De la mujer especialmente tengo yo mis ideas particulares.

Hay sobre la mujer mil pareceres;
allá va el mío aunque parezca raro:
yo amé toda mi vida á las mujeres;
entendámonos bien y hablemos claro:
más que por torpe gérmen de placeres
me es el amor de las mujeres caro,
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Se ha hecho moda hablar de ellas con desprecio;
yo de hablar de ellas bien tengo manía;
al que habla de ellas mal tengo por necio,
falto de corazón y cortesía.

No objeto para mí de menosprecio
son, sinó manantial de poesía:
no obró conmigo mal jamás ninguna,
y debo más de un bien á más de una.

Desde la virgen que en los claustros ora
hasta la vil, impúdica ramera
que, enfangada en el vicio, á cada hora
á sí se infama y á su raza entera,
toda mujer que deshonrada llora,
toda la que en dolor se desespera,
de su duelo ó su infamia, no os asombre,
la ocasion ó el origen es un hombre.

Y apuntada de paso esta opinion mia con respecto á las mujeres, sigo adelante con las que respecto á mí mismo voy aduciendo: y no creo que voy muy descarriado al creerme con derecho á decir algo de mí mismo, despues de haber oido y tolerado sin chistar por espacio de cuarenta y tres años, quanto amigos y enemigos, chismosos y desocupados y vulgo, en fin, que nunca sabe donde tocan las campanas que oye, han dicho y escrito de mí; de mí, pobre insensato que nunca supe contentar á nadie, ni acerté con nadie á quedar bien, y á quien Dios acordó lo único bueno que de nada en España sirve: la modestia de reconocerse y la humildad de no aspirar á nada; no creyéndome para nada con aptitud, por haberme pasado la juventud concentrado en mí mismo, aspirando sólo á conseguir un ideal que sólo dentro de mí mismo albergaba mi esperanza, y en la soledad de mi alma únicamente crecía, como una palma estéril sin compañera, condenada á secarse sin fruto en el desierto de mi inútil existencia.

Voy, pues, á alargar con unos capítulos más estos RECUERDOS, y á decir de mí mismo y de mi casa lo que yo sólo sé; porque por mucho que de mí sepan, por observacion y por induccion, los curiosos, los críticos, los murmuradores y los entremetidos, sólo los necios podrán disputarme el derecho de saber mejor que yo lo que por muchos años he guardado entre pecho y espalda, y la idea que mi pensamiento en palabras jamás ha formulado.

Pero vayamos ya adelante con mi historia, echando á un lado digresiones y zarandajas.

Era jefe político de Madrid el Sr. D. Antonio Benavides, y secretario Pepe Rojas, pariente mio por parte de mi primera mujer. Hacia ya muchos meses que mi infeliz madre habitaba en casa de una vieja prima de mi padre, viuda, bien acomodada, que habia vivido largos años en una ciudad de Francia, que por entónces vivia sola en Madrid, porque se habia extrañado de la única hija que de su único matrimonio habia tenido, porque aquella hija habia contraido uno de esos que se llaman de amor con un hombre tan honrado y laborioso como falto de bienes de fortuna. Aquella tia segunda mia, que habia hecho cierto papel en el tiempo de Fernando VII, y la vida del gran mundo en la buena sociedad de su tiempo, no habia perdonado jamás á su hija, que vivia en Toledo en donde yo la conocí, tan honrada como pobre y tan contenta con su mala suerte cuanto serlo la permitia el largo abandono y el tenaz olvido de su madre orgullosa ó descorazonada.

Parece que en mi familia los cabezas de ella han mantenido el principio de la autoridad paterna en toda la rigidez absoluta del derecho romano, y no han sabido nunca transigir con el tiempo, ni contemporizar con

las circunstancias, ni perdonar la desobediencia, ni otorgar olvido al extravío juvenil, ni tener en cuenta la fuerza de la pasión, ni la ceguera del error de sus hijos. Mi prima de Toledo tenía una hija preciosa á quien habia bautizado con el poético nombre de Esperanza: la chica era á los catorce años una preciosa criatura, cifra expresiva de la esperanza de su pobre madre; pero su abuela no albergó nunca bajo su techo á su tan hermosa como inocente nieta... é ignoro lo que de ésta y de sus padres ha sido despues del fallecimiento de mi tia. Con ella vivia mi madre en provincia, cuando mi pariente Pepe Rojas me envió con un guardia civil una carta anunciándome que el Excmo. Sr. Benavides, su jefe, deseaba que me avistara con él en su gabinete, de nueve á diez de la noche, para un asunto que me concernia.

Alarmó á la gente de mi casa aquella cita con puntas de órden; pero como nunca me habia yo mezclado en la política, acudí sin inquietud al gabinete del jefe político, que era por otra parte lo más político y bien educado del mundo, muy deferente como muy ilustrado con la gente de letras, y especialmente benévolo conmigo.

La cuestion era tan sencilla y prevista en su fondo como inesperada y extraña en su forma; mi padre, despues de seis años de emigracion, en vista de que casi todos los de su partido, acogiéndose á las amnistias, habian regresado á sus pátrios hogares, y de que S. M. la Reina D.^a Isabel II reinaba tranquilamente en España, reconocida por todas las potencias de Europa, se convenció de que su constante y leal adhesion á la causa del Pretendiente no le serviria más que para morir inútilmente, sin provecho suyo ni ajeno, en tierra extranjera,

y se decidió á enviar al Gobierno una representacion solicitando el permiso de volver á España.

Pero esta representacion se dirigia á S. M. la Reina, empezando con estas palabras: «Señora: puesto que V. M. reina ya de hecho, D. José Zorrilla Caballero, alcalde de casa y corte, consejero, etc., etc.,» lo cual parecia significar que el que aquella representacion firmaba no reconocia Reina de derecho á D.^a Isabel. El jefe político, por encargo del Consejo de ministros, me llamaba para que yo dijese si era la firma de mi padre la de aquel documento: y ante mi afirmativa respuesta, no dijo más aquella grave autoridad que estas palabras: «En ese caso...» y encogiéndose de hombros, dobló el papel en que me mostró la firma.

Despues de una breve conferencia, en la cual la discrecion del Sr. Benavides correspondió con la reserva que á mí me convenia guardar en aquel caso por respeto á mi padre, me despidió con muy corteses palabras, y yo me apresuré á ir á tranquilizar á mi mujer; en España no las tiene nadie consigo cuando tiene que haberse-las con la autoridad.

Yo fuí quien no pude tranquilizarme ni conciliar el sueño en toda la noche. La forma en que venia la representacion de mi padre habia levantado en mi corazon una tempestad de inquietudes, en mi imaginacion un volcan de preocupaciones y una tupida niebla de dudas en el campo de mi esperanza. Tenia yo entónces fé en muchas cosas en que hoy ya no creo, y quedábame aún un amigo en cuyos consejos esperar podia, en cuyo amparo debia fiar y en cuyos brazos podia esconder mi cabeza para derramar mis lágrimas. Era este el docto é ilustre prelado D. Manuel Joaquin de Tarancon, recientemente preconizado obispo de Córdoba, y que moraba

entonces en la corte y en la calle de la Union por ser senador del reino. El Sr. Tarancon, condiscípulo de mi padre, á quien éste tenia en muy alta estima y que á mí me profesaba un cariño paternal, habia sido mi catedrático y mi confesor.

Habia gozado con los éxitos de mis obras, como si verdaderamente mi padre hubiera sido; me habia ilustrado con sus consejos, me habia corregido con sus observaciones, y tenia una sincera satisfaccion de haber llegado á ver poeta celebrado al estudiantuelo de quien habia cuidado en la universidad, y al chiquitin á quien habia visto romper á hablar en los brazos de su madre, en la intimidad y al calor del hogar paterno. Aún tengo en mis pupilas la imágen venerable de aquel sabio, tan hombre de mundo como poco mundano, revestido de su morado hábito episcopal, con su pectoral y su anillo de esmeraldas, que me contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas, pasando por mis abundosos cabellos sus aristocráticas manos, y derramando con sus santas palabras la luz de la esperanza sobre las tenebrosas dudas de mi alma. ¡Dios tenga la suya en la mansion eterna de las de los justos!

Entre mis recuerdos del tiempo viejo su memoria es el más precioso, y su figura es la más augusta é imponente que esculpida en la mia conservan mi gratitud y mi veneracion.

Por él supe pocos dias más tarde que el Gobierno habia enviado á mi padre autorizacion para volver al suelo pátrio, reconociéndole ántes sus títulos y gerarquía, considerando sus años de emigracion como pasados al servicio de la Reira, y señalándole veinte mil y pico de reales de jubilacion que le correspondian por su categoría en la alta magistratura. Debia todo esto mi pa-

dre, no sólo á la influencia de mi reputacion literaria, sinó á la eficaz proteccion con que le ayudaba un conocido personaje, que aún vive y conserva su influencia en los negocios políticos de nuestro país; pero á quien yo nunca he tratado, de quien no sé si se ha ocupado jamás de mí, ni si ha leído una letra mia, ni si personalmente me conoce. Un día me dijo Tarancon: «Prepara en tu casa un aposento para tu padre, que vendrá la semana próxima.»

Mi mujer se ocupó con miedo y alegría del mueblaje y decoracion del alojamiento de aquel tan esperado y temido huésped, y anduve yo ocho días casi insomne y ayuno por su venida; y anduvo mi mujer inquieta y avizorada, como si la llegada de mi padre debiera ser la aparicion de la sombra de Bancuo en el drama de Shakespeare.

Diez días despues recibí un billete en que me decia el obispo Tarancon: «Mañana llega tu padre; pero no vayas tú á esperarle ni á recibirle; debe de ver y hablar á otra persona ántes que á tí; yo le tendré un día en mi casa y te le llevaré á la tuya.» Y todo se hizo como Tarancon lo dispuso; y él llevó á mi padre á su casa, y estuvo y habló en ella con él á solas veinticuatro horas; al cabo de las cuales entró con el venerable prelado el ex-superintendente general de policia del Rey D. Fernando VII, en casa de su hijo, el autor de *Don Juan Tenorio*.

Mi padre era el último eslabon entero de la rota cadena de la época realista, la cifra viviente, el recuerdo personificado del formulista absolutismo, el buen estudiante ergotista de las Universidades de sotana y manteo, el doctor en ambos derechos por el claustro de la de Valladolid; convencido desde su niñez de que sólo el

estudio del derecho, la teología y los cánones podía producir hombres, y de que sólo la toga y la golilla podían darles representación, dignidad y posición social. Yo era el primero y débil eslabón de la nueva época literaria, el atropellador desaforado de la tradición y de las reglas clásicas, el fuego fátuo, leve é inquieto, personificación de la escuela del romanticismo revolucionario: mi padre, cansado pero no rendido, iba á perderse en la sombra de lo pasado, y yo sin medir la inmensidad desconocida en que iba á arrojarme, fiaba en mis nacientes alas para cruzar el espacio luminoso del porvenir. El padre y el hijo, el último y el primer eslabón de los dos pedazos de la rota cadena, se enlazaron en un abrazo, se fundieron al fuego del natural cariño, y brillaron por un momento unidos y soldados, esmerilados y limpios por las lágrimas ardientes que vertían por sus ojos sus corazones prensados y exprimidos por un placer inexplicable.

Yo no he tenido hermanos: mi padre me separó de sí á los nueve años para meterme en un colegio, y habíamos vivido juntos muy poco tiempo: él no había modificado su cariño ni sus derechos paternales en la gradación del trato de su hijo niño, adolescente, mancebo y al fin hombre; me encontraba niño como cuando de nueve años me separó de sí; y viejo robusto y de elevada estatura, me levantó en sus brazos como si todavía no hubiera pasado de aquellos nueve años á que su cariño y sus recuerdos paternales se remontaban. Al volver á dejarme en el suelo, dijo mi padre contemplándome, no sé aún con qué sentimiento:—«¡Qué chiquitín te has quedado!»—El obispo Tarancón, que enjugaba sus lágrimas sin rebozo, le dijo:—«Chiquitín es; pero se ha colocado á tal luz que ya te cobija con su som-

bra.»—No sé lo que pensó mi padre, que no respondió á la halagüena alusion del prelado. Mi mujer le mostró y condujo á su habitacion: el buen obispo de Córdoba nos dejó en ella muy satisfecho, y quedólo no poco mi padre de hallar en mi casa la paz doméstica, y el tranquilo bienestar de la medianía á quien nada falta ni nada sobra. Halló en su cuarto muchas coronas, cuyas fechas y dedicatorias leyó con mucha atencion, y sin atreverse en largo espacio á volverse á mí, para no dejarme ver la emocion que le causaban aquellos emblemas poéticos de la efímera gloria de su hijo. Así comenzó la breve temporada de la vida de familia que con nosotros hizo. Comimos, salió él en carruaje á sus visitas y volvió á las diez y media de la noche. A las once anunció su necesidad de recogerse: le ayudé á desnudarse, le acosté... y no me da vergüenza consignarlo: cuando le tuve acostado, me senté en su cama, le di mil besos, le hice mil cariños, le dije mil niñerías; le traté como habria tratado á mi pobre madre, acariciándole y mimándole como cuando yo tenia seis años. Rióse él y enternecióse, y dijome en fin despidiéndome: — «Eres un chiquillo y no tienes formalidad.» Le arreglé la ropa, le coloqué la pantalla en la lamparilla, y dándole las buenas noches con el último beso... le dejé solo con sus pensamientos.

No habíamos hablado de nada: nada nos habíamos dicho: ni una palabra del pasado, ni una alusion al porvenir, ni una observacion sobre lo presente. ¿Qué pensaba de mí mi padre? Que me habia quedado chiquito y que no tenia formalidad: esto era lo único que su lengua habia dicho, pero su corazon habia tambien hablado por la emocion y las lágrimas deladoras de sus sentimientos de padre: su corazon habia respondido al

llamamiento del mío, y el hijo estaba ya seguro de que tenía padre. Pero ¿quién iba á dominar mañana en su ánimo, el corazón ó la cabeza? ¿Quién se iba á revelar definitivamente, el padre ó el magistrado? Yo dormí mal, y esta cuestión me tuvo insomne é inquieto toda la noche.

A la mañana siguiente, despues del desayuno, entabló á solas conmigo el diálogo, sobre palabra mis ó ménos, de esta manera.

—Necesito algo de algun ministro; ¿cómo estás tú con este Gobierno?

—Yo estoy bien con todos.

—Tengo una pretension en el negociado de Instrucción pública.

—El director es D. Antonio Gil y Zárate y el ministro Nicomedes Pastor Diaz.

—Segun el prólogo que puso á tu primer libro, si no le has hecho alguna botaratada, debe de ser muy tu amigo.

—Es como si fuera mi hermano mayor: tan indulgente y tan cariñoso, que si hubiera cometido la torpeza ó tenido la desgracia de jugarle alguna mala pasada, no se hubiera dado por entendido de ella ó me la hubiera perdonado. Donoso Cortés, D. Joaquin Francisco Pacheco y Pastor Diaz me han servido de padres en ausencia de V.

—Buenos amigos tienes, si sabes conservarlos. ¿Cuándo podré ver á Pastor Diaz?

—Hoy mismo, á la una, en el ministerio. No será la primera vez que hable V. con él.

—¿Te ha dicho?...

—Todo: que le debe á V. tal vez la vida.

—Es posible: su situacion era difícilísima. Venia yo

de comisario régio con la expedicion carlista que entró en Segovia. Creíamos encontrarte allí con él.

—Yo esparcí la voz de que me encerraba en el alcázar, pero me volví á Madrid.

—Te hubiéramos visto con gusto.

—Yo no le hubiera tenido en ir á Oñate á hacer versos á Cárlos V y á San Luis Gonzaga. No hubieran tenido el éxito de los que he escrito en Madrid.

—Es verdad: Nicomedes se vió obligado á esconderse en un horno; yo lo supe y me alojé en la casa en que estaba. En un momento en que soldados revoltosos podían haber dado con él y cometer cualquier tropelía, me senté yo á la boca del horno y entablé con él conversacion á través de la tapa que le cerraba y que él sostenia por dentro. Le dije quién era y le pregunté por tí. Cuando tocaron bota-silla, no abandoné aquella casa hasta que las tropas comenzaron á salir de la poblacion, y le dije el camino que íbamos á tomar para que echara por el opuesto.

—Así me lo ha contado él.

—Me holgaré de conocerle, porque no pudimos vernos entónces.

—Pues hoy se verán Vds.

Salió yo á la imprenta de Boix, donde tenia en prensa una leyenda, salió mi padre á hacer ciertas compras, y á la una nos presentamos en el edificio de la calle de Torija, donde estaban por entónces las oficinas del ministerio de Fomento.

A mi presentacion abrió el portero la mampara del despacho de Nicomedes, y anunciándome, me abrió paso. Hallábase allí accidentalmente Patricio de la Escosura, que acababa de ser nombrado jefe político de Madrid; soltó al verme el baston y el sombrero que en

la mano tenía, y pasándome el brazo por la cintura, me hizo dar una vuelta de él suspendido: no tuve yo más que el tiempo necesario para decirle al oído: «mi padre», ni él necesitó más para volverme á dejar en pié, y dirigiéndose á aquel que tras mí habia entrado, le dijo, tendiéndole la mano: «A nuevos tiempos nuevas costumbres, Sr. Zorrilla: hoy son así recibidos los poetas, y donde quiera que vaya V. con su hijo verá lo mismo.»

—Ya veo—respondió mi padre—que mi hijo es el más afortunado tarambana de Madrid.

Presentéles yo unos á otros, mi padre á Nicomedes y Escosura á mi padre: recordó éste al de aquel don Jerónimo de la Escosura, director de la fábrica de tabacos en su tiempo; y unos con otros cortesés, y unos con otros cumplidos, despidióse Patricio y quedamos mi padre y yo á solas con Pastor Diaz.

Hablaron en secreto mi padre y él: pidió éste á poco su carruaje y partió con mi padre, previniéndome que si me cansaba de esperar me fuera á mis quehaceres, que él se encargaba de mi padre; y yo, despues de aguardar largo tiempo su vuelta en el despacho de Gil y Zárate, volví á mi casa, donde el carruaje de Pastor Diaz habia conducido á mi padre.

—¿Qué tal?—le dije.—¿Ha quedado V. contento de Nicomedes?

—Jamás fué pretendiente mejor servido que yo. Dentro de cuatro dias puedo irme á cuidar de la hacienda de Torquemada, con todos mis negocios despachados en Madrid.

—¿Tan pronto piensa V. dejarnos?

—No es Madrid ya para mí. Sus casas son muy estrechas: tenemos casi un palacio allá: hay además que re-

cepar y acodar las viñas, que abonar las tierras y repone-
ner las huertas, de todo lo cual no te has ocupado tú.

—Yo al abandonar á V. renuncié á todos mis derechos: ¿por qué no me envió V. órden y poderes legales?

—Olózaga te los ofreció, y levantar el secuestro.

—Pero yo se lo hice á V. avisar: ¿por qué no determinó V?

—Eres hijo único y heredero forzoso: todo el mundo te hubiera dado la razon.

—Yo no he contado con nadie en el mundo más que con V.: todo lo que he hecho, por V. ha sido y no he pensado más que en V. Si yo me he hecho aplaudir y me hecho querer, no ha sido mas que para esperar y preparar su vuelta de V.; no he tenido más ambicion que la de volver á los brazos y al cariño de mi padre, y morir con él en la tranquilidad del hogar paterno.

—Has sido un tonto. Con la fama que has adquirido, con los amigos que tienes, hoy debias de ser cuando ménos subsecretario de Pastor Diaz.

—Usted era carlista y optó por la emigracion: no creí decoro del hijo no ser nada en el gobierno que no habia aceptado el padre; he rechazado todo cuanto se me ha ofrecido: todos los literatos están empleados ménos yo: hoy puede V. haber visto que no es por falta de favor.

—Por eso te he dicho que eras un tonto.

—Pero si yo he hecho milagros por V... Me he hecho aplaudir por la milicia nacional en dramas absolutistas como los del rey Don Pedro y Don Sancho: he hecho leer y comprar mis poesías religiosas á la generacion que degolló los frailes, vendió su conventos, y quitó las campanas de las iglesias: he dado un impulso casi reaccionario á la poesía de mi tiempo; no he cantado

más que la tradición y el pasado: no he escrito una sola letra al progreso ni á los adelantos de la revolución, no hay en mis libros ni una sola aspiración al porvenir. Yo me he hecho así famoso, yo, hijo de la revolución, arrastrado por mi carácter hácia el progreso, porque no he tenido más ambición, más objeto, más gloria que parecer hijo de mi padre y probar el respeto en que le tengo...

—¡Bah, bah! Quijotadas.

—¡Ay, padre! Cuando perdamos los españoles lo que tenemos de Quijotes, ¿en qué vendremos á parar?

—Lope de Vega y Calderon eran teólogos ántes de poetas: Melendez Valdés fué como yo oidor de la Chancillería: todavía es tiempo; eres muy jóven: métete un año á estudiar, y con cuatro ó cinco mil reales y los amigos que tienes, puedes doctorarte en Toledo; y siendo jurisconsulto puedes serlo todo. Yo me voy para Torquemada: allí debe de ir tu madre, y no quiero que se encuentre sola sin mí entre aquellos pardillos, maestros de gramática parda.

Una nube negra que pasó por mi cerebro entristeció mi alma, envolviendo en lágrimas mi pasado y en tinieblas mi porvenir.

Aquella noche me fuí á casa de Tarancon y le dije: «he perdido todo lo hecho: mi padre, el único por quien todo lo hice, es el único que en nada lo estima.»

Tarancon lo comprendió todo: me abrazó y sobre su morada túnica episcopal dejé correr las lágrimas más amargas que han abrasado mis párpados. Tarancon no era hombre de intentar consolar con palabras banales una pesadumbre que no podía tener momentáneo consuelo.

—Yo me arreglaré con tu padre—me dijo despues de

largo silencio.—Tú emprende alguna obra de importancia que necesite estudios, atencion y tiempo. Teníamos convenido en escribir juntos un libro de la Virgen; esto halagaria mucho á tu padre y enloqueceria á tu madre de alegría; pero yo no tengo ya tiempo para meterme en tal trabajo. Me has hablado de Granada. Emprende tu poema morisco y empieza por ir á localizarte en la ciudad de Boabdil. Si no tienes dinero, cuenta con mi bolsillo; no está muy lleno, pero entrarás á la par con los pobres de mi diócesis. Deja á tu padre irse á Torquemada, y... ¡á Granada tú! Fia en Dios y cuenta conmigo.

Y mi padre se fué á Castilla, y yo empecé á pensar en Granada. Pero, ¿qué importa todo esto á los lectores de *El Imparcial*? Todas estas *memorias íntimas* figurarian tal vez muy bien en las mias *póstumas*: vivo yo aún, pueden ser tachadas de pretenciosa é insoportable vanidad: pero ya he tirado del primer hilo y voy á deshacer todo el ovillo.

Terpsícore. Allí tuvo Borelly que matar á puñaladas en presencia del público á su tigre real de Bengala, porque éste tenia ya entre sus dientes la pantorrilla izquierda del domador: quien al levantarse lanzando un caño de sangre de una arteria rota, tuvo tiempo, ántes de perder el sentido, de decir á los espectadores á modo de satisfaccion: «Señores, ya habia gustado mi sangre, y ó él ó yo.»

Esto en el teatro. En los templos las fiestas son tan suntuosas como concurridas: pero á los católicos españoles se nos hacen al principio muy difíciles de aceptar aquella forma mundana y teatral y aquellos accidentes mercantiles con que los actos sublimes de nuestra religion se verifican. Yo escribí mis primeras impresiones de Burdeos en una larga epístola á un condiscípulo mio, cura carlista, de la cual recuerdo las siguientes líneas, versos tan malos como verdades de á puño:

En Francia hay religion, y fé y conventos,
seminarios, colegios, catedrales,
y todos los cristianos elementos
de nuestra santa fé fundamentales:
pero todo está hecho á la francesa,
todo sujeto á reglas comerciales;
aquí todo se tasa, mide y pesa,
aquí todo se hace por empresa:
la gente para orar no se arrodilla
mas que con una pierna en una silla;
no se atiende al altar ni al sacerdote;
las mujeres se plantan por delante
con mucho faralá, mucho volante,
abultado postizo y largo escote;
y los hombres detrás, misa durante,
se distraen en mirarlas el cogote;
y como nadie en equilibrio posa,
y es perpétuo el rumor y el desacato
y la desatencion y el movimiento,

es el pensar en Dios difícil cosa,
mientras pasa una vieja con un plato
pidiendo en alta voz sin miramiento
los cuartos que *la rinde* cada silla
en que apoya un cristiano su rodilla.

.....
Atraviesa despues el presbiterio
con balandrán, sobre-pelliz y estola,
y sus pasos al púlpito dirige
un pulcro capellan, de quien muy sério
un monago gentil lleva la cola.
Hace su adoracion, su texto elige,
comenta el evangelio de aquel dia,
y siempre encuentra medio en su homilia
de echar un par de pullas al gobierno,

.....
..... que el infierno
está abierto ante el siglo refractario,
que Enrique quinto al fin subirá al trono,
que hay peregrinacion á tal Santuario
que se sale á tal hora y de tal parte,
que lleva cada pueblo su estandarte,
que el precio es un doblon por peregrino,
incluso todo gasto del camino
y además un bonito escapulario;
pero que en el doblon no entra el rosario,
porque estos los fabrica por empresa,
de encina negra y de eucaliptus blanco,
una judía asociacion inglesa
que los da á todos precios desde un franco.

Todo lo cual se anuncia aquí en la iglesia
como puede anunciarse un electuario
ó sus botes azules de magnesia
mister Bóllon en Lóndres boticario,
Ilustrados ya pues sus feligreses
de lo que en sus negocios les importa
y á sus espirituales intereses,
con un responso en homilia corta
el cura; y ya *pro domo*, á lo que creo,

dá volviendo á apretar el *quibus quobis*
 la vieja con su plato otro paseo.
 Larga el buen cura un *benedico vobis*,
 hace la cruz, se cala el solideo
 y respondiendo el pueblo *ora pro nobis*
 se acaba la funcion y *Läus Deo*....

.....
 con qué como ver puedes por la muestra,
 la religion de Francia no es la nuestra.
 Dios es el mismo, porque Dios es uno;
 mas de adorarle el modo
 ligero asaz y asaz inoportuno,
 es en Francia francés como lo es todo;
 y á un español asombran si no irritan
 la irreverencia con que á Dios se trata,
 y el ver cómo sus preces se recitan
 sobre un pié y sobre un codo,
 como banda de grullas que dormitan
 en el invierno al sol sobre una pata;
 pasando en cuenta que se queda ayuno
 de lo que en Francia se le dice á Cristo,
 con una fé de bolsa que no acata
 al Señor más que á medias por lo visto,
 y en un latín francés que cual ninguno
 la habla gentil de Ciceron maltrata:
 todo siempre fué aquí como hoy en día
 doublé, contrefaçon, bisuteria.

.....
 Nunca así á Dios se adorará en Castilla;
 nuestra fé es más profunda y más sencilla.

Tal fué mi primera impresion hace treinta y cuatro años: poeta creyente, hallé de ménos mucho fondo y de sobra mucha forma en la manifestacion religiosa del catolicismo francés en Burdeos, arzobispado primado de la nación vecina: despues he pasado en Burdeos largas temporadas, y es la ciudad en donde más tranquilo y más á gusto he vivido. Me acostumbré á leer á la puerta

de la catedral el anuncio de la funcion, el nombre del orador que debia de llevar la palabra en el púlpito, los del director y el organista que dirigian la parte instrumental, y los de las damas y los ó las artistas que sostenian la parte de canto; el objeto piadoso á que la funcion se dedica bajo el patronato de tales ó cuales damas, prelados ó corporaciones, y el precio (generalmente de dos francos) por el cual se puede adquirir el derecho á ocupar una de las sillas, numeradas ó no, que llenan el templo. ¿Y por qué no?

A nosotros nos choca esta asimilacion de las basílicas á los teatros; pero es, al mio, un mal modo de ver las cosas: en Francia usa cada cual libremente del derecho de anuncios y propaganda; y puede que en los templos y fiestas religiosas francesas haya ménos fé, ménos devocion y ménos fervor, pero hay más orden que en las nuestras: nosotros entramos y salimos de las iglesias á codazos, empujones y puñetazos; nos colocamos donde podemos, pisamos á las mujeres que se arrodillan y se sientan en el suelo, etc.; los franceses entran por una puerta y salen por otra, y ocupan tranquilamente los puestos que les corresponden, bajo la direccion de bedeles y pertigueros; que á nosotros nos parecen ridículos, pero cuyos oficios y trajes están encarnados en sus costumbres.

Los franceses han comprendido que la sociedad moderna es un hermoso lago cuyo fondo es cieno, y tienen cuidado de no revolver jamás el agua, poblando su superficie de blancos y ligeros cisnes entre los cuales bogan sin remo miles de botecitos sin quilla, que hacen temblar y rielar el líquido, pero que no levantan oleaje: siembran y plantan las orillas de jardines y de bosques, y van á sentarse á contemplar el espectáculo social á la

sombra de los árboles y entre el perfume de las macetas.

Nosotros tenemos la maldita manía de revolver el agua y de arrancar hasta la yerba al rededor del lago, y nos tenemos que estar al sol y al aire, siempre sedientos, contemplando el agua cálida y turbia que hacemos difícilísima de beber.

Hé aquí mis impresiones de ayer y hoy en Burdeos. Esta ciudad, cuyo casco componen miles de edificios tan macizos y suntuosos, y calles más anchas y regulares que las de Roma antigua, atestada de recuerdos y monumentos históricos, aireada por anchos paseos y frescos jardines, regada por dos soberbios rios, el Garona y la Dordoña, salpicada de Colegios, Museos, Academias, Bibliotecas é Institutos, conteniendo veintidos clubs y círculos para todas las clases sociales, diez teatros y salas de recreo, un hipódromo, nueve periódicos diarios y once lógias masónicas; mitad católica, militante y revolucionaria libre pensadora, la tengo yo comparada á una rica, nobilísima y aristocrática viuda legitimista que sonríe á la república, papista que no llora el perdido poder temporal de los Papas, que se ha retirado á vivir y á morir tranquila en sus opulentas posesiones, á cuidar de sus incomparables viñedos y á gozar de sus rentas sin miseria y sin despilfarro, sin ruinosos vicios y sin pretenciosas virtudes, sin orgullo de la majestad de su noble raza, però con la conciencia de la dignidad de su ilustracion y de su bien heredada opulencia.

Hé aquí mi juicio sobre Burdeos, donde empecé mi poema, y de donde salí para París á estudiar mucho que no sabia, y á adquirir algo que me hacia falta para llevar á cabo mi incompleta *Granada*.

XXIII.

PARÍS tiene dos fases : es el manicomio de los ingenios y el paraíso de los tontos. En el primero forjan sus grandes elucubraciones todos los grandes locos, que con sus inventos y con sus escritos impulsan hácia el progreso el movimiento social europeo; y en el segundo pierden su tiempo, su salud y su dinero, en el turbion de marionetas, charlatanes, estafadores y mujeres perdidas, que pueblan aquel falso eden á la luz del gas y al son de las orquestas de Mussard y de Straus, todos los imbéciles que de las cuatro partes del mundo acuden como mariposas á quemarse en aquel foco de luz infernal.

De París salen simultáneamente los gérmenes de todo lo bueno y de todo lo malo, sobre todo para nosotros los españoles; que, sea dicho sin que nadie se ofenda, ó aunque se amosque conmigo la mitad de la nacion, solemos tomar casi todo lo malo y poquísimos de lo bueno. Llegué yo á París miéntras ocupaba el trono francés el rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, de quien sabian trazar la caricatura todos los chicos de su capital bajo la forma de una pera, cuya régia representacion se veia por todas las paredes y siempre de un parecido

maravilloso. No era todavía el París ensanchado, dorado y ámpliamente refundido por el imperio del tercer Napoleon; era todavía su primer teatro la sala de la rue Lepelletier, y no estaba aún cerrada la plaza del Carroussel por la calle de Rivoli: existían aún al frente del Palais-Royal una espesa red de callejuelas, tan conocidas como mal afamadas, y á su espalda los dos famosos restaurants de Befour y de los tres hermanos Provençales, y se alzaban todavía gárrulos y chillones, en los boulevares du Temple y de Beaumarchais, los cien teatrillos más divertidos del mundo, la Gaité, Follies-Dramatiques, Delassements-comiques, etc., etc.

Asomé yo las narices los dos primeros meses al paraíso de los tontos y, sin dejarme fascinar ni embriagar por sus delicias de contrabando ni por sus huríes sin corazón, me establecí á la puerta del manicomio, haciendo con el editor Baudry un trato poco lucrativo; por el cual fueron mis versos los primeros que de poeta español tuvieron lugar en su magnífica colección. Por un puñado de lises y dos carros de libros, le dí el derecho de coleccionar todas las obras por mí hasta entónces escritas, por dos razones que me eran exclusivamente personales; la primera para que mi padre leyera mi nombre en el catálogo de la colección de los primeros escritores de Europa; y la segunda porque la extensa venta, el gigantesco anuncio y el renombre universal que ya tenía la colección Baudry, me hicieran conocido como poeta fuera de mi patria. A pesar de que mi padre, encerrado en nuestro solar de Castilla, no había vuelto á darme noticias suyas, esperaba yo que esta prueba honrosa de aprecio de la librería editorial francesa para su hijo, le convencería, por fin, de que no era menester que me doctorara en Toledo y de que ya no había ra-

zon de cerrarme la casa y los brazos paternos. En esta esperanza viví en París desde Julio a Noviembre, estudiando y trabajando en mi *Granada* y dividiendo mi tiempo entre las bibliotecas y los teatros, esquivo como en España, á la sociedad banal de las visitas y la chismografía, y un poco en contacto con la sociedad del arte y de las letras.

La redaccion de *La Revista de Ambos Mundos* me acogió con simpáticos obsequios, y sus redactores Charles Mazzade, Paulino de Lymerac y Xavier Durrieux fueron mis amigos y comensales; y por mi influencia y la de Juan Donoso, que fué despues nuestro embajador, empezaron á publicarse en aquella importante *Revista* artículos sobre España, en los cuales comenzaba á probarse á los franceses que el Africa no empieza en los Pirineos. Pitre Chevalier, director del *Museo de las Familias*, se empeñó en publicar en él mi retrato y mi biografía, y lo hizo, como francés, sin atender á mis justas y modestas observaciones. Convirtió mis breves notas biográficas en una fantástica novelilla, y Mr. Pauquet, el primer dibujante de aquel tiempo, recibió su orden de retratarme embozado en mi capa española y mirando de perfil al cielo, como un D. Juan Jerezano que espera que se le aparezca su Dulcinea en el balcon para decirla: «por ahí te pudras». No era posible que mi retrato indicara que era de un poeta español, si no tenia capa y si no buscaba con la vista la inspiracion del Espíritu Santo; y aún le quedé agradecido á que no me pusiera una guitarra en la mano, de lo que creo que me libró solo su afan de embozarme.

En aquel retrato, correcta y francamente dibujado, y por aquella biografía, *bisarramente detallada* á la parisienne, no me conoce la madre que me parió; pero no

por eso quedó ménos agradecido el español á la buena intencion del francés.

Trás estos necesarios precedentes, pasemos una rápida ojeada por los últimos y sombríos cuadros de estos mis tristes recuerdos del tiempo viejo.

Entre los conocimientos que hice y renové por entonces en París entre Dumas padre, Jorge Sand (Mme. de Devant), Alfred de Musset y Teophile Gautier; entre embajadores, editores, escritores, emigrados, cómicos y bailarinas; entre Fernando de la Vera, la Rachel, la Rose Chery, Frederik Lemaitre, Giusseppe Multedo, Zariategui y otros emigrados liberales y carlistas, italianos y españoles, se me vino á los brazos uno de estos, el más honrado y divertido andaluz que la tierra de María Santísima y la tenacidad carlista echaron á Francia. Era este D. Fernando Freyre, pariente próximo del general del mismo apellido, adherido no sé muy bien cómo á la corte de Fernando VII, de quien elegía los caballos y para quien iba á buscar los toros; amigo de los ganaderos, amparador de los *diestros*, y el primer inspector de la escuela taurómaca sevillana, institucion de aquel Sr. Rey, que santa gloria haya.

Fernando Freyre no habia sido nada importante ni influyente, ni en la corte huraña y recelosa de las camarillas y apostasías políticas del difunto Rey, ni en la trashumante de D. Carlos María Isidro de Borbon, segundo Carlos V en Oñate; pero en ambas habia sido recibido y estimado por todos, incluso por mi padre, porque tenia uno de los mejores corazones y uno de los caracteres más alegres y más iguales del mundo. Realista por conviccion, no transigió nunca con las modernas ideas liberales, ni quiso jamás acogerse á amnistia ni indulto alguno; pero jamás odió, ni esquivó siquiera

el saludo, á ningun liberal emigrado ó viajero con quien en tierra extranjera se topara, siendo de todos los españoles sinceramente apreciado y noblemente acogido por los legitimistas franceses. Con apoyo de éstos, no temió ni le avergonzó establecer un pequeño y privado depósito de vinos, pasas, caldos y frutos de Andalucía, que aquellos le compraban; y con los setenta á noventa duros que este oscuro comercio le producía, vivía modesta y honradamente en la mejor sociedad de la *legitimidad* francesa y de la aristocracia española. Establecido ya de años en París, y encargado por sus amparadores de toda clase de comisiones, era conocido en el comercio y conocía á París, como un *commis-voyageur* á quien comprar en la tienda ó en el taller, puede producir legal y honrosamente un tanto por ciento más crecido de utilidad. Por uno de estos encargos dimos allí uno con otro, y por las horas buenas que le debo, me complazco en consagrarle cariñosamente estas líneas en mis recuerdos.

Era ya por entónces hombre de más de sesenta años; pero ágil, robusto y colorado, con sus patillas blancas de *boca-é-jacha* y su sombrero sobre la oreja derecha, corría por las calles *recortando* los coches y evitándolos apoyándose en la saliente lanza, como quien pone rehiletes de sobaquillo, porque todo lo hacía y lo hablaba á lo torero y lo macareno; y asombraba el verle cruzar los *boulevarts* sin tropezar ni vacilar entre la multitud de carros, ómnibus y coches que de continuo los obstruyen. Todo era en él extraño y original; en su negocio no tenía más que un empleado, y éste tenía las más incompatibles cualidades: era polaco, judío, carlista, fiel y discreto; hablaba un castellano aprendido en Vizcaya, tan disparatado como el francés que hablaba Freyre, y

entre los dos me decían despropósitos imposibles de reproducir. Yo llamaba tío á Freyre; y cuando mi familia me dejó solo en París, me fuí á vivir al hotel de Italia, frente á la Opera-cómica, en cuyo piso tercero habitaba Freyre un pequeño aposento, compuesto de sala, gabinete y alcoba, y atestado de botellas y cajas. Cuando mi trabajo asídúo y sus compromisos con sus anfitriones nos dejaban libres las noches, comíamos juntos, y las concluíamos en el teatro, en algunos de los cuales tenía yo entradas libres, como escritor extranjero con editor en Francia.

Llegó así Noviembre, y ya tenía yo apalabrados contratos para imprimir mi poema de Granada, y pagábanme ya no escasamente la prosa y los versos que para sus publicaciones de América me pedían, cuando se acordó Dios de mí, como dicen los católicos, enviándome una de esas desventuras que envenenan y enturbian para toda la vida el manantial amargo de la memoria.

Pedíame de Madrid mi primo P., consócio mio, con Rafael X, una cadena de reloj igual á otra mia, que era una cinta hecha con mil pequeñísimos cilindros de oro engarzados y giratorios en una red de ejes, de tan prolijo trabajo, como maravillosa flexibilidad. Averiguó Freyre el domicilio del obrero que para el platero los trabajaba, y nos acostamos conviniendo en que á la mañana siguiente muy temprano iríamos á comprar ó á encargar la demandada cadena.

Habíanme regalado en Burdeos un *necessaire* de ébano fileteado de marfil, que garantizado por una guadamacilada funda de cuero, llevaba yo á la mano y servía en nuestros viajes de escabel á mi mujer. Al levantarme al día siguiente, híceme la barba segun costumbre

con las navajas y ante el espejo de aquel *necessaire*, y llamando Freyre á mi puerta y dándome prisa, porque él la tenia de acudir á sus negocios despues que al mio, vestime apresuradamente y partí con él; dejando las navajas sobre el velador y el espejo colgado en la escarpía, que para ello tenia puesta á mi altura en el marco de la vidriera.

Fuimos hasta el final del Faubourg de San Dionisio; hallamos y compramos el objeto pedido, acompañé á Freyre á tres ó cuatro puntos que tenia que recorrer, y volvimos juntos al hotel de Italia.

Pedimos al conserje nuestras llaves, pero la mia no estaba en el llavero; en vez de dejarla en él al salir, me la habia llevado en el bolsillo. Al entrar en mi cuarto, exclamó Freyre: «Mal agüero, zobrino: aquí han andado loz menguez en auzencia nueztra: mira:»—y me mostró el espejo hendido transversalmente de arriba á abajo.—Reíme yo de su supersticiosa observacion, y llamé al camarero; el cual respondió á mis reclamaciones diciendo, que ni él habia podido *hacer* mi cuarto, ni nadie entrar en él, porque yo no habia dejado la llave en la conserjería.

«¡Mal agüero, zobrino, mal agüero!» Seguia Freyre rezungando entre dientes, y yo, que no creo más que en Dios, le hice observar que al cerrar la puerta de golpe, la vibracion de las vidrieras produjo probablemente el choque y rotura del espejo; y que teniendo los dueños de los hoteles dobles llaves por mandato expreso de la policia, tal vez el no haber yo dejado la mia llamó la atencion, abrieron sin precauciones la puerta y ocasionaron el fracaso.

Freyre tragó como pudo mi explicacion; y teniendo ambos el dia libre, nos fuimos á almorzar á la taberna

inglesa de la calle de Richelieu, con la intencion de ir á las dos al hipódromo del Arco de la Estrella.

Almorzamos tranquilamente, y habiendo encontrado Freyre en el fondo de una botella de Chambertin, un raudal de andaluza verbosidad y un tesoro de alegría juvenil, salíamos cruzando el patio como estudiantes que hacen novillos, cuando dimos de manos á boca con un sobrino del banquero A. B., que en el piso principal de aquella casa tenia su escritorio establecido. «Del cielo me caen Vds.—exclamó al vernos—y me ahorran un viaje. Hace dos dias que tenemos una carta de España para el Sr. Zorrilla, y á llevársela iba; por cierto que trae luto y la apostilla de urgente. Aquí está.»

Y presentóme la carta, que me hizo palidecer. Era de mi padre y revelaba en sus cuatro líneas su extraño carácter, y lo más dolorosamente extraño de nuestras relaciones.

Decia:

«Pepe, tu pobre madre ha fallecido hoy á las tres de la madrugada; tú verás si te conviene venir á consolar á tu afligido padre

» JOSÉ. »

No puedo decir lo que sentí ni lo que hice en aquel momento.

Aquella noche rompí mis contratos y retiré las palabras dadas á los editores franceses; y á la mañana siguiente, rompiendo con mi porvenir, emprendí mi vuelta á España y al paterno hogar, cuyas puertas me abria la muerte por la tumba del sér más querido de mi corazon.

Dejé á Freyre llorando en la estacion, y repitiendo

lo que desde el día anterior le había oído rezungar muchas veces por lo bajo: «Sí, dicen bien las gitanas de Triana: que el diablo ez quien inventó loz ezpejos, y que anda ziempre entre el azogue é zuz criztalez.»

Yo partí viendo á través de mi espejo roto el rostro adorado del cadáver de mi madre, cuyo último suspiro no me había permitido recoger Dios.

XXIV.

UENIA mi padre gran fuerza de voluntad y absoluto dominio sobre sí mismo; pero no pudo dominar su emoción en el momento de volverme á ver en su casa y por tan doloroso motivo. Nos abrazamos llorando: él fué el primero que se repuso y volvió á la prosáica realidad de la vida.—«Vienes muy cansado:—me dijo—no agravemos el mal que no tiene ya remedio. Come y reposa: la naturaleza es un tirano irresistible: tenemos tanto tiempo como razones para contristar-nos; pero en este instante nuestro dolor está endulzado por la alegría, y no podemos ni alegrarnos ni condoler-nos, sin asustarnos de nuestra alegría como de nuestra pena.»

Y era verdad; los recuerdos alegres de la niñez que poblaban aquella casa, la satisfacción de volver á respirar en aquellos aposentos, la vista de aquellos muebles tan conocidos, el servicio de aquellos antiguos criados tan leales, y la presencia, en fin, de mi padre, tan firme, tan erguido y tan vigoroso, que iba y venia dando á aquellos las órdenes necesarias, me tenían en un estado de arrobamiento que me impedía darme cuenta de mi

mismo; me sentia tan impulsado á llorar como á reir; y la imágen de mi madre muerta se me ocultaba y casi desaparecia tras de mi padre vivo. Acompañóme éste durante un ligero almuerzo que preparado me tenia; me habló del estado en que habia hallado sus viñas, de las mejoras que habia hecho en el cultivo de los viñedos y de las que necesitaba la casa; ni una palabra de mi madre; ni la más leve alusion á mi vida pasada: ni la más mínima esperanza para el porvenir. Yo volvia á casa de mi padre, no á la mia; así lo habia yo entendido, y volvia resuelto á respetar todos los derechos y á acatar todas las disposiciones de mi padre, sin permitirme la más nimia observacion: puesto que al abandonar á mi familia en 1836, habia yo renunciado á todos mis derechos de hijo y de heredero, dando á mi padre el de hacer de su hacienda lo que más á cuenta le viniere, como si Dios le hubiera quitado por muerte natural el hijo que civilmente murió, al fugarse del paterno hogar en brazos de su locura. Tal era mi respeto por mi padre, tales la justicia y las facultades omnímodas con que yo mismo le habia investido; y si le hubiera dado por ser jugador y vicioso, yo me hubiera empeñado y vendido á Satanás por pagar sus deudas ó mantener sus concubinas. Yo no le pedia, al volver á mi casa, más que un poco de cariño y el perdon de aquellos dramas y leyendas mias, por los cuales habia tirado por la ventana las Pandectas y las Novelas de Justiniano.

Y fueron trascurriendo los dias, y fuéme él llevando á ver las bodegas y los plantíos; y mostróme deseos de adquirir unos solares de casas quemadas por los franceses, que lindaban con la nuestra por Mediodía y Poniente, con lo cual se la añadiría un amplio jardín cercado, logrando hacer de ella la mejor y más cómoda de mu-

chas leguas á la redonda; y como me diese á entender que las dos cosas que le hacian desistir de la adquisicion de aquellos solares eran, la primera, que yo no queria venir á vivir allí nunca, y la segunda, que él no estaria ya nunca sobrado de dineros; porque el laboreo de las fincas y algunos atrasos contraidos en sus seis años de emigracion absorberian todas sus rentas, ofrecile yo la suma de que menester hubiese; asegurándole que mi única ambicion era la de vivir allí con él y hacerle lo más agradable posible aquella mansion, con la cual habia soñado siempre, y la cual me habia siempre imaginado como un oasis de reposo en el desierto de mi vida de trabajo y de abnegacion.

No creí, me dijo, que tal pensaras; pero si es como dices, voy á decirte lo que sé y pienso: ni los dueños de esos solares, ni nosotros, que queremos adquirirlos, sabemos bien, ellos lo que van á vender y nosotros lo que vamos á comprar. Escucha.

Fuí yo uno de los jefes del batallon de estudiantes Palentinos que contra los franceses se levantó á fines de 1808. Una noche, sabiendo que avanzaba una division, nos emboscamos en el puente con aquella audacia inconsciente que nos hizo hacer lo que á pensarlo y comprenderlo no hubiéramos hecho. Al amanecer apareció una descubierta de coraceros, que con aquella confianza petulante que perdió á los franceses de Napoleon en España, entró sin precauciones en el largo y tortuoso puente de veintiseis ojos, que enlaza las dos riberas del rio y el camino real con esta villa. La vanguardia venia aún muy léjos, veiamos apenas el polvo que levantaba. Los coraceros y sus caballos nos sintieron debajo de ellos ántes de haber podido vernos enfrente; y encabritándose los caballos y empujando nosotros por los piés

á los ginetes, calzados con grandes é inflexibles botas, los arrojamos al agua desequilibrándoles con el peso de sus cascos y sus corazas. Algunos de los últimos, que volvieron grupas, dieron la alarma á los de la vanguardia; pero cuando llegaron al puente, no hallaron más que algunos muertos y apercibieron en el agua algunos ahogados, cuyos cadáveres arrastraba la corriente. Los estudiantes montados en sus caballos y armados con sus carabinas, entrábamos en el páramo sin temor de que nos siguiesen.

Peró pegaron fuego á Torquemada; y ese terreno elevado que desde el balcon estás viendo, cubre los escombros de cinco casas, cuyos cimientos y primer piso eran de piedra labrada, que nadie ha desenterrado.

Hay además cegados cinco pozos de los cinco corrales á cada casa anejos; y entónces todo castellano que huía al monte, echaba al pozo la poca plata y alhajas que poseía; no habrá ahí riquezas, pero sí plata y piedra para indemnizar el desembolso del comprador.

No podía yo permanecer en Torquemada, y al cabo de un mes volví á Madrid. Acababa de establecerse en la corte la sociedad editorial *La Publicidad*, de la cual era uno de los directores D. Joaquin Francisco Pacheco, quien ya he dicho que con Donoso Cortés y Pastor Diaz había sido mi primer amigo y amparador. Propuse la compra de la propiedad de mi *Granada*; y en dos mil duros por tomo, cerré y firmé el contrato, debiendo presentar mi manuscrito por medios tomos y cobrar mil duros por cada mitad.

Empecé á enviar dinero á mi padre, que con él compró los solares, pero no los tocó; intactos los hallé yo al verano siguiente, cuando invitado por él fuí con mi mujer á hacerle compañía.

Mi padre ofreció á ésta las llaves y el gobierno de la casa; yo me opuse diciéndole que su ama de llaves y sus criados eran de su completa confianza, y que mi mujer y yo no éramos más que unos huéspedes por aquel verano.

Pagóse mi padre y más su servidumbre de aquella confianza nuestra; comencé yo á convertir el corral en jardin, y gozaba mi padre viéndome cavar y trasplantar frutales, y abrir arriates para las flores. No hice yo de aquel corralon de lugar un jardin de Falerina; pero al ménos veíase desde los balcones algo muy diferente del muladar en que convierten sus corrales los labriegos descuidados de nuestra mal cuidada Castilla.

Fuimos y volvimos dos veces de Torquemada á Madrid y de Madrid á Torquemada, y en la corte volví á poner casa por consejo de Tarancon, á quien su cargo de senador volvió á traer á Madrid.

La sociedad de *La Publicidad* se extendió mucho y no pudo abarcar tanto; llevaba yo presentado tomo y medio de mi poema, y habíame dado, por orden de Pacheco, hasta setenta y dos mil reales; pero husmeando la liquidacion próxima, y no queriendo que mi manuscrito pasara á manos desconocidas, suspendí la entrega de original, con la intencion de rescatar la propiedad de mi manuscrito, por una transaccion ventajosa, cuando la liquidacion llegara.

Extendia entre tanto sus negocios el editor Gullon; y habiéndome pedido un libro de la Virgen, consultado el caso con Tarancon, y fiado en sus consejos, ofrecí á Gullon el poema de María en seis meses y en treinta y dos mil reales; pero siendo Madrid el punto del Universo en que más tiempo se pierde y más holgazanes encuentra con quienes malgastarlo el hombre que lo necesita,

tomé en el Pardo y en la Casa de Infantes un aposento, que empapelé y amueblé, y retiréme á trabajar en aquella arbolada y jabalinesca soledad. Pasábame allí las semanas enteras; los sábados me enviaban mi mujer y mi primo los caballos, y venia á pasar á Madrid los domingos. Escribíame poco mi padre, porque tenia gota y mal pulso y costábale mucho el llevar la pluma; y escribíale yo tambien muy poco, porque estaba muy cansado de tener entre los dedos continuamente la mia. Sabía él de mí que trabajaba en un libro de la Virgen; sabía yo de él que la gota le tenia en descuido de la hacienda que habia en parte arrendado, y en el endiablado humor en que la podagra pone á quien la padece; y sabía de ambos el bueno de Tarancon, porque de ambos se ocupaba y á mi padre escribia, miéntras yo algunas veces le visitaba; y así corrió el invierno de 48, preguntando yo á mi padre si necesitaba de mí, y contestándome él que no valia su mal la pena de que yo interrumpiera mi trabajo.

Conservaba yo roto, y así de él me servia, aquel malhadado espejo de mi *necessaire* que se me rompió en París, y cuya rotura dió tanto á Freyre que rezungar; pero habiéndose desprendido uno de los dos trozos de su cristal por un costado, adherido sólo al carton en que encuadrado estaba por su parte superior, hacíase ya tan engorroso como arriesgado el servicio del tal espejo; y como conservábale yo roto por mero recuerdo del mal día en que se rompió y no por supersticioso empeño, que Dios, en quien solamente á puño cerrado creo, me ha librado de creer en agüeros ni supersticiones de ninguna especie, determiné al fin renovar el espejo, ya que el *necessaire* era en verdad prenda que merecia tenerse completa. Vivía yo en las casas de Santa Catalina de la

calle del Prado, y hallábase establecida una fábrica de espejos en donde hoy lo está el Casino Cervantes; llevó mi mujer misma el carton en que el roto estaba encuadrado, y en él la pusieron otro espejo de la exacta medida, prometiéndosele para el lunes: pero no se lo llevaron hasta el martes. El azogado cristal nuevo encajaba perfectamente en el hueco para él hecho en el fondo de la tapa del *necessaire*; coloquéle en su lugar, púsele encima la almohadilla que le garantizaba contra choques y movimientos, y cerrado el *necessaire*, forcé la tapa para hacer girar la llave: pero al forzarla, sentí crugir algo dentro; el espejo se había vuelto á romper; yo había dejado por debajo del cristal uno de los pasadores que por arriba le sujetaban.

Resignéme á tenerlo roto y me volví á mi escondite del Pardo, y volví á emprenderla con el libro de la Virgen. Era un martes. Mi familia no iba nunca á verme al Pardo; yo la pedía ó ella me enviaba los caballos ó un carruaje, pero nunca en día de entre semana, sinó en sábado ó en domingo. El jueves había yo concluido un capítulo; hacia un tiempo delicioso y salí á hacer ejercicio ántes de comer, en compañía de un guarda que en tales casos me servía de cicerone. A mi vuelta hallé un coche en el patio de la casa y á mi mujer esperándome en mi aposento. Volví yo contento de mi paseo, porque lo estaba de mi trabajo, y alegremente abracé á mi mujer y á la persona de su familia que la acompañaba.

La mesa estaba puesta: sentíame con apetito, y comencé tranquilamente á dar cuenta solo de mi pitanza, de que los recién venidos rehusaron participar, y pasé distraído las primeras cucharadas de la caliente sopa: pero al notar de repente el silencio tan sombrío como

desusado de mi familia, asaltóme un siniestro presentimiento, y exclamé inquieto:

«¡Dios mio! ¿Qué sucede, que venís tan tristes y tan pronto?»

—Nada, pero es preciso que vengas con nosotros,

—¿Por qué?»

—Porque... ha llegado una carta de Torquemada... —y al decir esto, mi buena mujer rompió á llorar sin poderse contener.

No recuerdo si el del espejo roto fué lo que excitó en mi mente la tremenda idea: «¡Ha muerto mi padre!» — exclamé angustiado.

—No, todavía no—se arriesgó á decir mi mujer; pero como esto, por vulgar que sea, es lo primero que suele ocurrir á todo el mundo decir en casos semejantes... no me quedó ya duda de mi desventura, y otra idea más tremenda envolvió mi espíritu en las tinieblas de otra duda que sumía mi alma en la más impía desesperacion.

«¡Mis padres mueren, me dije á mí mismo, sin llamarme en su última hora! ¡Dios me deja sobre la tierra sin el último abrazo y sin la bendicion de mis padres!... ¿Qué le he hecho yo á Dios? ¿Están malditos mis pobres versos?»

Recogí los que llevaba escritos de la Virgen y me volví á Madrid y á casa de Tarancon, á quien ya no hallé: hacia dos dias que habia salido para su diócesis.

APÉNDICE A ESTE TOMO.

RAZON suficiente da el prólogo de este libro de mi venida y permanencia actual en Barcelona: pero por torpe é ingrato deberia tenerme, si yo cerrara este libro sin dar á sus habitantes las gracias por el recibimiento que en su ciudad me han hecho, y el hospedaje que en ella me han dado.

Atemorízame y apócame sin embargo el miedo de no acertar con palabras que espresen mi gratitud, y pesárame en el alma que, con las que voy á escribir, pareciese que sólo intento darme importancia, y prolongar el ruido que esta especie de resurreccion mia ha levantado en la capital de Cataluña.

A ella llegué el 30 de Octubre, y su pueblo se aglomeró en el teatro para saludarme; pero con tan cordial cariño, con tan franca espontaneidad, que nó en mis oídos sinó en mi corazón resonaron los aplausos que, de pié y vueltos al palco que ocupaba, me dirigieron los espectadores. ¿Quién era yo, qué habia yo hecho para merecerlos de Barcelona? Aún puedo apenas comprenderlo; y las lágrimas, que como aquella noche anublaron mis ojos, vuelven á enturbiar mi vista ahora que, con infinito agradecimiento, en estas líneas hago de aquella escena tal vez inoportuna conmemoracion.

No espero que nadie de mí se mofe ni me avergüence por mis lágrimas de gratitud, ni por consignar aquí con la más sincera los obsequios de que fui objeto y los nombres de los que me los prodigaron.

El 1.º de Noviembre apareció en Madrid, en el número 1841 de *El Globo*, un tan curioso como oportuno y por mí no esperado artículo, prohijado por la redacción, puesto que aparece de fondo y sin firma, en el cual me considera como un muerto que sobrevive á su gloria y asiste á su apoteosis desde una butaca del salon de espectáculo; ¡Dios mio! si la redaccion de *El Globo* me hubiera podido honrar con su compañía en mi palco del teatro Principal de Barcelona el 30 de Octubre, hubiera comprendido lo poco que estimo mis obras, pero tambien la escitacion febril que me producía el placer de recibir aquella ovacion del público de Barcelona. ¡Gracias á quien quiera que aquel original artículo me escribió en ocasion tan oportuna; gracias á la redaccion que lo aceptó por suyo, y gracias (si le hay) á su trás ella escondido é invisible inspirador.

El *Diario* literario de avisos de Barcelona, copió este artículo de *El Globo* en su número del jueves 4; y en el del viernes 5 de *La Crónica de Cataluña* apareció otro afectuosísimo de D. Teodoro Baró, á quien sería imposible que yo expresara mi reconocimiento por tál escrito, en frases que á las suyas correspondieran. Baró siente sin duda por mí algo que no se puede comparar más que con un amor de niño: con una sencillez infantil, y una fraternal familiaridad se ocupa de mi faz, de mi traje, de mis costumbres, hasta de mis intereses; recordando en su artículo que cómo y pago alquiler de casa, y que no es justo que se me reimpriman mis obras como si fueran propiedad de todos, impidiéndome utilizar sus

productos, para probarme la inmensa popularidad que me han adquirido. Baró trata de mí, de mis obras, de mis acciones y hasta de mis sentimientos íntimos y de mis pensamientos recónditos, con una discrecion, con una delicadeza, con un decoro y con un respeto, que no fueran mayores si él fuera padre, hijo ó hermano del viejo poeta, á quien honra con el artículo en que le da tan cordial bienvenida. Yo ocupo, por lo visto, en el alma de Baró un lugar entre sus creencias: leyó de niño mis versos, se familiarizó conmigo desde muy muchacho, aprendió sin duda al mismo tiempo el Catecismo y mis *Cantos del Trovador*, el Padre nuestro y *El reloj*, la Historia de España y *Margarita la Tornera*, y ahora tiene de mí la misma idea que de los personajes históricos y de las imágenes religiosas, que entran en nuestro espíritu con los primeros rudimentos de nuestra primera educacion. Y ¿qué voy yo á responder á los artículos de Baró? ¿Cómo voy yo á corresponder á esta especie de veneracion innata que por mí siente? Con palabras es imposible: no las encuentro; con versos, ya no puedo, porque ya no los hago: con visitas, con cumplidos, con banalidades sociales, seria bajarme yo mismo cantando las peteneras del altar en que Baró me tiene en su corazon colocado; tengo pues que callar, consagrándole en el mio una silenciosa gratitud.

Alonso del Real, en los lunes de *La Gaceta de Cataluña*, hoja literaria del 25 del mismo mes de Noviembre, me dió por un poeta sin rival, indiscutible, indeelible, digno y capaz de vivir sin decadencia ni senectud los años matusalénicos; la redaccion de *La Publicidad*, en su número del 7, compuso su artículo de fondo con mi biografía encomiástica, y encuadró mi retrato en su primera página: y ¿cómo voy á corresponder á tan be-

névola acogida? Enviando á Alonso del Real y á los redactores de *La Publicidad*, y á los de *El Diluvio*, y del *Diari Catalá* y de *La Ilustracion Catalana*, y *El Correo Catalan*, mis tarjetas ofreciéndoles mi casa y dándoles las Páscuas y acompañándolas con un pavo?—Tengo, pues, que encomendarme á Dios y al tiempo, que me deparen una ocasion de probarles mi agradecimiento; y ellos tendrán que darse por contentos y satisfechos con estas pocas y desaliñadas frases.

Pero hay algo más difícil aún de recibir y de aceptar que los escritos encómios: estos, al cabo, se leen á solas, y los que los han escrito no ven la cara que al leerlos pone aquel en loor de quien los escribieron. El Presidente del Ateneo, D. Manuel Angelon, me preparó una velada literaria: en ella hizo el Presidente de su seccion de literatura, Sr. Feliu y Codina, mi presentacion al Ateneo en un discurso floridísimo, durante el cual no sabia yo qué continencia tomar. El poeta D. Enrique Freixas, me dedicó unos endecasílabos, de cuyas ideas soy yo el único que no puede hacer mencion: el jóven Mata y Maneja, me probó que habia tomado por un género de poesía mis extravíos fantásticos y mis delirios métricos, en uno tan intrincado que me pareció mio; y por último, el Ateneo me regaló una magnífica medalla de plata, que no pude colocar en ningun bolsillo por temor de que con su peso me lo desgarrara.

La Sociedad «Romea» dió una funcion en obsequio mio, en el Teatro Catalan del mismo nombre y me ofreció una corona.

La Sociedad «Latorre» me dedicó otra, y otra la Sociedad «Cervantes;» y por fin, dióme la de «Romea» una segunda fiesta, poniendo en escena mi *Sancho Garcia*; en cuya representacion pusieron los actores más

esmero y dieron á la obra mia más relieve de los que acostumbran hoy los que por primeros se consideran; y me inundó el escenario de flores y de laureles.

El Sr. D. Santiago Vilar, en una velada de despedida, me presentó á los alumnos de su colegio, como modelo de yo no sé cuántas cosas: los niños pasaron la noche entera en recitar versos míos, lo que probaba que habian pasado un mes estudiándolos y pensando en mí; el Sr. Obispo de Avila me abrazó en público por los que yo recité; y no sé yo lo que pensar pudieron los espectadores que atestaban aquel salon de aquel abrazo episcopal, dado con cariñosa efusion al poeta más desatentado del siglo. Presentáronme en un estuche una joya preciosa, primoroso ejemplar de cinceladura, en cuyo trabajo de argentería son estremados los artistas barceloneses; y después de un refrigerio, necesario para reponer en los vasos linfáticos la saliva gastada en tan prolongada lectura, salimos de aquella conmovedora fiesta de la niñez, presidida por un ilustre prelado, á deshora de la noche, como viciosos que á su casa vuelven ruidosamente de madrugada, calmando la inquietud de su desvelada familia é interrumpiendo el tranquilo sueño de sus honrados vecinos (1).

A este mes entero de fiestas y regalos, no puede el viejo poeta corresponder más que apuntando rápidamente en este apéndice lo sucedido. He protestado mil veces contra mis públicas exhibiciones; pero Barcelona

(1) En la lectura de la sociedad «Latorre» debí el honor de que me acompañara al célebre poeta dramático, sostenedor del teatro catalán, D. Federico Soler; quien bajo el seudónimo de «SERAFI PITARRA», hace años que con prodigiosa fecundidad surte de obras originales la catalana escena. De él, de sus obras y del teatro Romea, tendré ocasión de ocuparme en mis artículos de *El Imparcial*.

como Valencia, á manera de muchachas locas enamoradas de un viejo, han pedido á gritos mi presentacion en los teatros: he alegado los sesenta y cuatro años que me apocan y enronquecen, y Barcelona me ha dicho: «que nó; que yo no tengo edad y que canto como un ruiseñor.» He tenido que acudir al Dr. Osío para que me azoara la glotis, y Barcelona ha escuchado como sonora y argentinamente timbrada mi voz perdida, y ha aplaudido frenética, como si nunca los hubiera oido, mis versos tan viejos como yo. A esta idea preconcebida, á este partido tomado, á este cariño maternal de Barcelona, ¿qué puedo, qué debo yo ofrecer en accion de gracias? Dejarme querer, y seguir trabajando en silencio, y en la duda afanosa de si la posteridad sancionará los aplausos, la predileccion y el juicio con que Barcelona me acepta y me recibe en su seno.

Me he limitado, pues, á escribir estas cuatro vulgares páginas; y como ya no hago versos dos años hace, y el molde en que los vaciaba está ya enmohecido y agujereado, no he sabido más que hilvanar con unos que hice á Valencia, mi madre adoptiva, y otros que me ha inspirado mi gratitud á Barcelona, una estrafalaria poesía, que aquí publico como recuerdo de mi madre y homenaje á la Ciudad Condal. Carece completamente de mérito literario, y la presento sin pretension alguna: es sólo un ejemplo de lectura, en la cual colocados los alientos y dilatados sus períodos para ser leida por mí, tal vez sólo mi arte de alentar la hace escuchar sin fatiga, y tal vez sólo en mi boca tiene armonía su dislocada metrificación. Creada en el corazon más que imaginada en el cerebro, espero que sólo con el corazon me la acepten y me la juzguen Valencia y Barcelona.

BARCELONA Y VALENCIA.

LECTURA HECHA POR EL AUTOR EN BARCELONA.

I.

BARCELONA y VALENCIA son dos hermanas;
y reclinadas ambas del mar á orillas
como dos garzas blancas, son dos sultanas
que tremolan bandera de soberanas
sobre ricas ciudades y alegres villas.
Yo soy huésped en ambas bien recibido;
y en las villas que de ambas son comarcanas,
voy y vengo á mi antojo, paso ó resido:
y dó quier, campesinas ó ciudadanas,
á mí, poeta viejo de las Castillas,
al par Barcelonesas y Valencianas,
desde las pobres huérfanas á las pubillas,
me reciben alegres y oyen ufanas
mis romancejos godos y mis coplillas,
que son mitad muzárabes, mitad cristianas:
y desde las más cándidas y más sencillas
payesas á las damas más cortesanas,
donde á cantar me paro, niñas y ancianas,
oyendo de mis cuentos las maravillas
sonríen al poeta y honran sus canas.

Así que en Barcelona como en Valencia,
dó quier que me preguntan «y tú ¿quién eres?»
digo con ciertos humos de impertinencia:
«Soy el viejo poeta de las mujeres.»

Pero en conciencia,
¿Qué soy de Barcelona? ¿Qué de Valencia?

II.

Yo de los valencianos hijo adoptivo,
considero á Valencia como á mi madre;
mas cuando á Barcelona vengo, aquí vivo
como si aquí tuviera casa mi padre.
Aquí y allí de raza ni de abolengo
nó, sinó de cariño títulos tengo;
allí y aquí mis versos en castellano
me dan fuero y derechos de ciudadano,
porque á mi vieja musa mora-cristiana
Cataluña y Valencia ven como hermana.

Mas no es mi vida en ambas muy regalona,
pues aquí y allí vivo como la ardilla
en inquietud perpétua: se me eslabona
una con otra fiesta; de villa en villa,
de teatro en teatro se me pregona;
voy y vengo sin tiempo de tomar silla:
por dó quiera me dicen: «¡parla! ¡enrahona!»
yo suelto de mis versos la taravilla,
y dó quier mi presencia fiesta ocasiona:
porque aquí y allí paso por maravilla,
porque escribí el *Tenorio*, que es quien me abona
lo mismo en Cataluña que por Castilla;
y aquí, cuando en las calles ven mi persona,
dicen los *noys* que pasan:— «es en Surrilla,»
lo mismo que si fuera de Barcelona.

Mas mi conciencia
¿qué cree de Barcelona?
¿qué de Valencia?

III.

Faro de isla cercado de guardabrisas,
camarin alfombrado de minutisas,
ajimez festonado con ramos de oro,
joyel que de cien reinas guarda el tesoro,
sultana de pensiles cultivadora,
látina, provenzala, cristiana y mora,
Valencia es un compendio de los primores
con que ornó al mundo la Omnipotencia,
cuna de silfos, nido de amores,
patria de bardos y trovadores,
vergel poblado de ruiseñores,

pomo de esencia,

jarron de flores:

eso, señores,

eso es Valencia.

Mas Barcelona

es la muchacha alegre de la montaña,
sana, robusta y ágil: que, rica obrera,
de un blason que mancilla servil no empaña
y un condal nobilísimo féudo heredera,
tiene al pié de un peñasco que la mar baña
y de un aro de montes trás la barrera,
un campo con mil torres para cabaña,
por toldo y guardabrisa la cordillera,
por taller la más rica ciudad de España,
por mercado las plazas de España entera;
y obrera que de estirpe noble blasona,
da á la historia de España su prez guerrera,
el floron máspreciado de su corona,
el cuartel más glorioso de su bandera.

Artesana, que ciñe condal corona,
en el taller sin penas trabaja y canta;
con hilos y alfileres hace primores;
en un puño de tierra cultiva y planta
viñedos y olivares que, en vez de flores,
en sus breñas y cerros, lomas y alcores
diestra escalona,
cuida y abona
con cien labores:
eso, señores,
es Barcelona.

IV.

Valencia es la florida puerta del cielo,
el balcon por donde abre la aurora el día;
Dios por él de la España bendice el suelo
y la salud, la gracia y el sol la envía.

Valencia es un florido pensil modelo,
mansion de los deleites y la alegría,
á quien sirve de cerca, de espejo y velo,
á sus plantas echada, la mar bravía.

Valencia está debajo del paraíso;
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcon del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia.

Valencia es alkatifa de cien colores
de Dios tendida para una audiencia,
donde del cielo los moradores
de Dios derraman en la presencia
ramos de flores,
pomos de esencia:

eso, señores,
eso es Valencia.

Mas Barcelona.....

Barcelona es la reina del mar Tyrreno,
cuyas ondas azules cubre de lona;
y á los hijos activos que da su seno
la posesion del mundo dar ambiciona.

Barcelona es un águila de vuelo altivo,
fénix que, renaciendo de sus cenizas,
torna jardín su suelo duro al cultivo
y en palacios sus viejas casas pajizas.

Barcelona, á quien nutre vital esceso,
late con los volantes de sus talleres,
se remonta en las alas de su progreso,
brilla con la hermosura de sus mujeres:
y cuando Dios se ausenta del paraíso
y duerme Barcelona de noche, al peso
del trabajo rendida, sin su permiso
baja un ángel por todos á darla un beso.

Porque del cielo los moradores,
miéntras los mundos Dios inspecciona,
al noble pueblo que en sí amontona
turbas de pobres trabajadores,
cuyo trabajo con Dios le abona,
como á una vírgen limpia de amores
cuya alma el cuerpo casto abandona,

del huerto Edénico
con lauro y flores
tejen los ángeles
una corona:

y esa, señores,
cae de sus manos
en Barcelona.

V.

Valencia, más hermosa, más cortesana,
es más jóven, más libre, más Moslemina;
Barcelona es más hosca, ménos galana,
más morena, más séria, más Bizantina:
aquélla más coqueta, y ésta más llana.

Valencia afecta á veces ser campesina,
mas bravéa con humos de soberana:
y es una rubia y grácil hurí-cristiana,
que viste por capricho de tunecina.

Valencia dice á todos que es hortelana,
y es una neerlandesa pálida ondina
que duerme en una rica concha perlina;
y del mar en la espuma blanca y liviana
canta á la arrebolada luz matutina,
vestida por capricho de valenciana.

Barcelona es el cráter donde fermenta,
con el hierro fundido y el tufo denso,
el espíritu hermano de la tormenta
que se pasea, de ellas sin tener cuenta,
sobre el móvil abismo del mar inmenso.

Valencia es la Hada núbil de la alegría
que respira de rosa y ámbar esencia;
la Vénus Afroditis del Mediodía,
de quien ver deja ignuda la gallardía
de un pudor algo moro la transparencia.

Barcelona es Minerva ya desarmada;
cuyo manto, que lame la mar bravía
salpicando de perlas su orla murada,
lleva en lugar de armiños y pedrería
la greca de su vuelo y cáuda bordada
con rieles y máquinas de ferrovía,
con espolones, hélices y anclas de Armada.

Valencia, alméa grácil y encantadora,
trova, canta, recita, danza y se espresa
en voz, accion y gracia tan seductora,
que atrae, fascina, embriaga, turba, embelesa,
magnetiza, avasalla, rinde, enamora,
y en tierra con las almas da por sorpresa.

Barcelona, valiente, ruda payesa
con timbres y con fueros de gran señora,
labra, teje, cultiva, destila, pesa,
funde, lima, taladra, cincela y dora;
y ejemplar solo de alta noble condesa
con corazon de obrera trabajadora,
con el trabajo nunca de latir cesa:
y apresurada siempre trás árdua empresa,
hierva como encendida locomotora:
cuando se mueve, asombra; cuando anda, pesa:
respira fuego y humo cual los volcanes,
y estremece la tierra, como si dentro
de ella fuera la raza de los titanes
queriendo de la tierra cambiar el centro.

VI.

Barcelona y Valencia son dos hermanas,
pero una es blanca y rubia y otra morena:

son por naturaleza dos soberanas;
pero la una celeste, la otra terrena.
Valencia es la versátil hija del cielo,
á quien Dios por herencia dió un paraíso;
Barcelona, hija de Eva, vive en anhelo
de tornar por sí misma su estéril suelo
en el Edén que el cielo darla no quiso.

VII.

Yo idolatro á Valencia por su hermosura,
su luz, su poesía, la donosura
de su gente, sus usos, trajes y aliños;
y de un amor primero con la fé pura,
la doy de hijo y amante los dos cariños.

Pero amo á Barcelona por tiranía
de ley inevitable de mi destino:
Dios condenó al trabajo la vida mia;
morir sobre el trabajo tengo por sino.

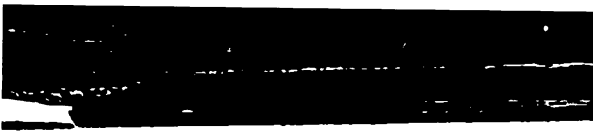
Barcelona trabaja... y á su existencia
el trabajo da fuerza, pan y alegría:
que me dé cuando espire tumba Valencia,
pan Barcelona, mientras mi inteligencia
Dios alumbró y mis ojos la luz del día.

VIII.

Olvidaba que entre ambas hay diferencia:
nó en la tierra, en el cielo; pero os aviso
que es secreto que á solas fiarme quiso
el buen ángel que alumbra mi inteligencia.

La diferencia es esta: pero es preciso que Valencia lo ignore; cuando en ausencia de Dios se quedan dueños del paraíso y con la luz del alba, sin su permiso, los ángeles se asoman á ver Valencia.... es porque á Barcelona Dios en persona baja en el sol, y absorto de complacencia se olvida de los ángeles en Barcelona.

Esta obra es propiedad de su Autor, el que perseguirá ante la ley á quien la reimprima en todo ó en parte sin su consentimiento.



RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO





RECUERDOS

DEL

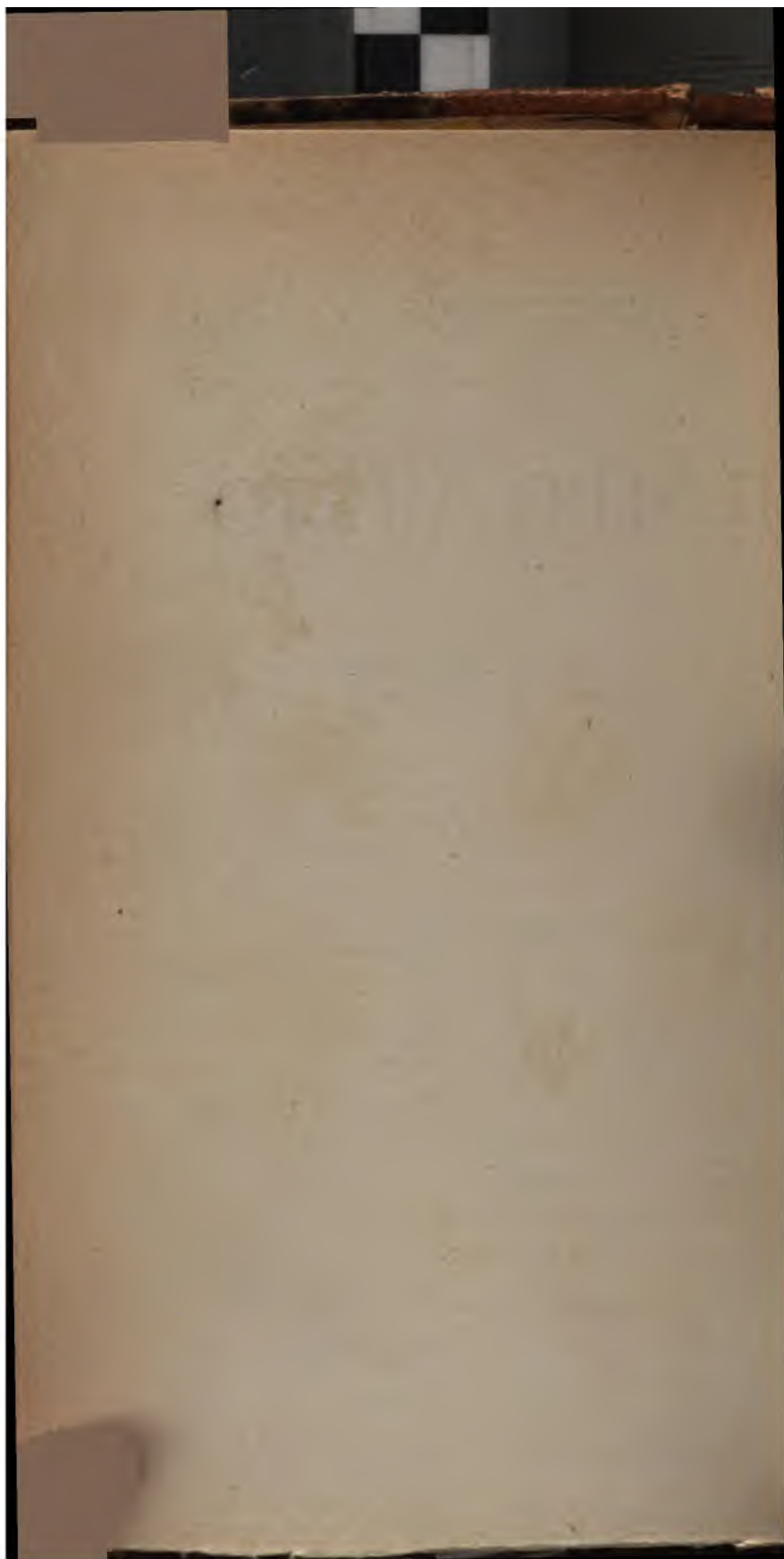
TIEMPO VIEJO

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO II

MADRID
TIPOGRAFÍA GUTENBERG
Calle de Villalar, núm. 5
1882



XXV

EL ÚLTIMO FUEGO DEL HOGAR.

I

GRA por entónces ministro omnipotente Sartorius, y yo, había sido amigo de Sartorius ántes de que lo fuera. Fuíme á él, y expúsele mi situacion y la de mi padre en nuestra provincia. Mi padre, hombre de partido y de poder en el suyo, había podido defenderse y ofender, y se había creado amigos y enemigos en el país; dos veces le habían intentado quemar la casa, y muchos años habían estado sus haciendas en manos de quienes sin derecho se las codiciaban: historias de lugareños. Preguntaba un maestro á un chico, examinándole de doctrina: ¿Qué cosa es el infierno?— Es un lugar: respondió el chico. — Basta, hijo, exclamó el maestro.

Sartorius me comprendió; y no olvidando que yo había sido su amigo me trató como á tal, dándome una carta, especie de credencial ó real órden reservada, en la cual me recomendaba á las autoridades de mi provincia para que se pusiesen de mi parte inmediatamente

en la forma y en el caso en que yo su amparo solicitase, constituyéndose él en fiador mío para tales casos si llegaban á acontecer.

Yo iba á un país que no conocía, heredero de una historia que ignoraba y de unas opiniones de las cuales jamás había participado. Al despedirme, me dijo Sartorius:

— Los duelos, Pepe, con pan son ménos: debes de quedar rico.

— No lo sé, le respondí: mi padre me ha pedido siempre y nunca me ha dado.

— Por eso, por ahorrártelo. Consta en los archivos que tu padre recibió seis millones para gastos secretos de policía, y tu padre no los gastó: ahora los encontrarás.

— Te repito que no sé nada; además, yo no he querido nunca el dinero, sino el corazón de mi padre.

Abrazóme Sartorius, despedímonos y partí para Castilla.

La villa de Torquemada, donde radicaron mis bienes paternos, en la provincia de Palencia, no era por aquel tiempo lo que hoy ha hecho de ella el ferrocarril del Norte, que por ella pasa y en ella tiene una estación. Hoy exporta los vinos, los granos y las legumbres de su tierra de primera calidad, tiene casino y gabinete de lectura; sus hijos salen á emplear sus capitales y á utilizar el saber adquirido en escuelas especiales; los hay que se dedican al comercio, y los hay en la Península y en América con fama de honradez y con esperanzas de fortuna. Las locomotoras dejan en pos de sí, con el humo de sus chimeneas, la luz de la civilización y el germen del progreso: de lo cual no necesito yo más prueba que la transformación de la vieja villa de Torque-

madra en la actual, y la diferencia de los nietos y los abuelos de sus familias solariegas.

La Torquemada de entónces era un lugaron, y, según el chico á quien el maestro examinaba, el infierno no es más que un lugar. Torquemada no era más que un lugar, es decir, un infierno de chismes, de calumnias, de creencias absurdas y de mezquinas pasiones, que hervían perpétuamente en un cráter de ignorancia, y en aquel lugar me apeé yo de la diligencia de Valladolid y me dirigí desde el arrabal á mi casa, seguido de la curiosa admiracion de todos los desocupados, que pretendían averiguar *cuánto* me dejaba mi padre y *cuánto* podrían sacar de mí por la cara que yo llevaba.

Mi casa era la mejor de la villa y de algunas leguas á la redonda. Mi padre la había reedificado sobre la vieja de mis abuelos, formando en su interior la fábrica nueva y la vieja un ángulo al Poniente y al Mediodía; la prolongacion de cuyas dos líneas encerraban unos extensos corrales (que yo había convertido en jardines para solaz de mi padre) y en donde se gozaba en el invierno de un sol vivificador, y de una temperatura que avanzaba de un mes la madurez de los racimos de las parras y la de los frutales allí por mí trasplantados. Entre los brazos de aquel ángulo y las tapias que cercaban el terreno de mi propiedad, estaban las cuadras, el horno, la troje, el pajar y las bardas; y bajo la fábrica la bodega, donde tenía mi padre el vino del consumo de la familia, mejor elaborado y mejor conservado que el resto de la cosecha; el cual, si no era negro y espeso, no encontraba fácilmente compradores. Era aquel rincón un nido de recuerdos, un manantial de poesía donde se encerraban los de mi madre y la de mis primeros amores; toda la memoria del niño y toda la esperanza

del mozo, que iba á dispersar para siempre el viento de la desventura del hombre.

Mi padre había hecho de aquella casa una especie de fortaleza; sus paredes eran piedra y ladrillo de formidable espesor y de maciza solidez; sus puertas eran fuertes y pesadas, y aseguradas por barras y pasadores de hierro; las tapias de los corrales, de seis metros de altura, no dejaban penetrar en nuestro recinto la indiscrecion de los vecinos, y los balcones de la fachada que daba á la calle habían criado moho á fuerza de permanecer cerrados. Tenía su exterior tanto de frío, oscuro, triste, carcelario é inquisitorial, cuanto su interior de abrigado, claro, alegre, ventilado y patriarcal; era un paraíso para heredado por el hijo con el amor y la bendicion de sus padres; pero era un antro inevitable para el que á heredarle venía como poseedor forzoso, amparado no más por la ley, que no tiene entrañas ni sentimientos, sino derechos.

Un escribano jóven, recién establecido en la villa, y á quien mi padre había con justicia acordado su confianza, me entregó el testamento de mi padre, escrito todo de su puño, y me dió cuantos pormenores le pedí acerca de su vida y de su muerte.

Desde la de mi madre no había recibido en casa más que á él, á quien había fiado sus negocios; á los dos labradores ricos con quienes consultaba su laboreo, y á un primo mio, cirujano, que le ayudaba á soportar el mal humor y los dolores de la podagra de que murió. Cada cuatro ó cinco meses venía á verle un presbítero prebendado de la colegiata de Covarrubias; pasaba con él un día, y se tornaba al lugar de su prebenda sin que nadie del pueblo hubiera podido olfatear la razon de las idas y venidas del tal prebendado.

Otros dos eclesiásticos de Covarrubias, viejos amigos que habían mantenido oculta en las montañas á mi madre durante la primera guerra carlista, vinieron una vez á visitarle, pero no quiso recibirlos; tuvieron que irse á dormir al meson y volverse á Covarrubias sin poderle hablar, y sin que nadie diera tampoco con la razon de semejante repulsa.

Leía mucho, paseaba poco y no recibía mas cartas que las mias, otra de cuándo en cuándo de Madrid, y alguna que otra de Burdeos.

Una noche que los dolores de la gota se le recrudecieron, se hizo aplicar no se sabe qué apósito calmante, y el médico le anunció al día siguiente que estaba en peligro de muerte. Manrique le pidió permiso para avisarme, á lo cual se opuso mi padre diciendo: « No vale la pena; ya le desbaratamos todos sus planes en París á la muerte de su madre; déjele usted en paz. » No quiso confesarse con ninguno de los doce curas de Torquemada, y envió á llamar para ello á un abad ex-clausturado, que, como él retirado, vivía á pocas leguas de distancia; y cumplidos sus deberes de cristiano, con la más estóica indiferencia volvió la cara á la pared y la espalda al mundo, espirando tranquilamente como quien se acuesta á dormir.

Manrique y yo registramos todos los cajones en busca de instruccion, nota, cuenta ó cosa que lo valiera; sólo encontramos siete duros en plata en un saquillo y doscientos cuartos en otro, resto del pago de los obreros de las viñas. En el fondo de uno de los tres cajones del tocador de mi madre hallamos una magnífica repeticion, con el entónces todavía secreto de French, y el nombre en la tapa interior de JOSÉ LORENZO DE LA TORRE. Este señor fué uno de tres españoles hermanos que emigra-

ron á Méjico al emanciparse aquella República del dominio de España. Nuestro Gobierno les pidió un crecido tanto por ciento por la traslacion de sus capitales á la madre patria; los franceses les hicieron saber que nada pagarían si se instalaban en Francia, y lo hicieron en Burdeos. La galería-pasaje de Santa Catalina de aquella ciudad es obra de ellos, y propietarios de la mitad de las casas de una acera de la calle del mismo nombre; conocieron allí á mi padre durante su emigracion. Murió abintestato en Valladolid el D. José Lorenzo; y tratándose de millon y medio de duros, mi padre, como abogado conecedor de las leyes de España, sacó á flote la barca de aquella testamentaria, expuesta á naufragar en el mar sin fondo de nuestra legislacion; los señores Torre, en vista de la negativa de mi padre de recibir los emolumentos que como abogado le correspondían, le hospedaron en su lujosa morada y le regalaron la preciosa repeticion del opulento difunto. Hé aquí por qué hallé yo en un cajon del tocador de mi madre una alhaja tan valiosa. Sus agujas habían marcado las últimas horas de la vida de mi madre; las de la de mi padre no habían llevado cuenta, porque nadie se había atrevido á dar cuerda á la repeticion cuando mi padre no pudo hacerlo. Yo lo hice; la puse en hora y la suspendí como mi padre la tenía en la cabecera de la cama de acero en que habían pasado su última enfermedad y espirado mis padres.

En ella me acosté yo aquella noche, y al son metálico del volante de la repeticion, que me imaginaba yo que me hablaba de mi madre, pasé seis mortales horas de desesperacion y de angustia, dando vueltas á los recuerdos de mi pasado, sondando en vano la vacía profundidad de mi porvenir, y no viendo más que el vacío alrededor de mi existencia.

A la mañana siguiente me encontré tan otro, que me espanté de mí mismo y me pude decir como el portugués: « Eu mesmu me teñu miedo. » En consecuencia, escribí á Gullon que buscase quien concluyera el libro de *María*, que no quería yo continuar; dí parte á los señores Torre, de Burdeos, de la muerte de mi padre, y me encerré en aquel aposento mortuorio á esperar los acontecimientos sólo con las sombras esquivas de mis difuntos padres, no sé hoy decir si invocándolos ó provocándolos.

En cinco días cambiaron completamente mis ideas, perdí cuanta fe y entusiasmo habían sostenido en mi corazón una esperanza perdida, y desde entónces á hoy no he vuelto á abrir espontánea y voluntariamente ninguno de mis libros publicados hasta 1849.

Una tarde sentí pisadas de caballos que á la puerta de mi casa se detenían; una de las criadas me anunció al presbítero Nebreda, de Covarrubias, y al decirla «que pase,» me dije á mí mismo: «Este me trae la clave del misterio y las cuentas de mi padre.»

XXVI



El presbítero Nebreda era un hombre alto, enjuto y vigoroso, de ojos vivos y escrutadores, de fisonomía móvil é inteligente y de cabeza pequeña, airosamente unida á sus hombros por un cuello récio y flexible, sobre el cual se movía con asombrosa facilidad, como una veleta que, perfectamente equilibrada, obedece á la más leve impulsión del viento más ténue. La movilidad de aquella cabeza, cuyos movimientos seguían los de sus perspicaces ojos, cuya atención llamaba todo lo movable ó sonoro que en su alrededor produjera rumor ó movimiento, revelaban al cazador; la seguridad flexible de sus brazos y piernas, y el aplomo recto con que su busto y dorso se mantenían sobre su cintura, delataban al jinete, y su circunspección acusaba al hombre práctico en los negocios y conocedor del corazón humano: lo de presbítero sólo en él lo mostraba el alzacuello que con su traje de campo traía.

Comprendí yo que vacilaba en exponerme el asunto desagradable que conmigo venía á tratar sin sondar

ántes á un mozo de la corte, cuya fama había llegado á Covarrubias entre las columnas de los periódicos y las noticias absurdas, con las cuales adornan el vulgo la historia de los que conoce por el ruido que Dios les condena á meter con sus mal comprendidos y peor interpretados escritos; y para ahorrarle el trabajo y el resultado de un exámen erróneo bajo erróneos antecedentes preconcebido, tendí mi juego sobre la mesa, diciéndole: «He venido á Torquemada para aceptar, sin discusion y sin restriccion, todos los compromisos contraidos en vida por mi difunto padre. Tienda usted, pues, sus cartas como yo tiendo las mias, y nos ahorraremos tiempo y palabras.»

A pesar de su *trastienda* de clérigo, de campesino y de castellano viejo, su fisonomía dejó claramente traslucir el asombro que le causaba mi franca declaracion; y ¡Dios se lo perdone! temiendo aún una emboscada del mal discípulo de los Jesuitas, me dijo:

— Permítame usted que le entere de lo que se trata.

— Se trata de la honra de mi padre —exclamé interrumpiéndole — y yo, ni en vida ni despues de su muerte, me creo con derecho á juzgar sus acciones; las acepto todas como buenas, y toda responsabilidad que por ellas me quepa. Yo no sé de mi padre sinó que soy su hijo, ni sé de negocios más que lo que él de ellos me ha querido decir; y entre mi padre y yo, no acepto más juez que Dios.

Viniéronsele á Nebreda las lágrimas á los ojos: convirtieron mis palabras en amigo sincero al desconfiado acreedor; y, tendiéndome los brazos, exclamó conmovido:

— Veo que sé yo más que usted de su señor padre y de su casa, y me pongo á su disposicion; tengo poderes y autorizacion para todo.

— ¿Cuánto debe mi padre á la Indiana de Covarrvias, de quien es usted administrador?

— Tanto... y con esta escritura.

— No está pasada por la contaduría de hipotecas en el tiempo marcado por la ley — le dije despues de examinarla.

— No — respondió Nebreda — fiamos en la palabra de su padre de usted para guardarle el secreto; nos lo rogó, y puede usted comprender que siendo él un notable jurisconsulto, sólo á sabiendas por ambas partes puede haber permanecido tantos años esta escritura sin el requisito que en ella echa usted de ménos. Nunca se nos ocurrió que pudiera ser un subterfugio ni una *trampa legal*.

— Repito — le volví á interrumpir — que yo no juzgo á mi padre; por no aprender á valerme de esos subterfugios, ni hacer esas que se llaman *trampas legales*, no he querido ser abogado; su escritura de usted es buena para mí si en cambio de esta concesion mia me hace usted la de la rebaja de los intereses que mi padre no haya pagado.

— Está hecha — dijo Nebreda.

— Pues ya que no somos acreedor y deudor, hablemos como amigos y quédese usted unos días de huésped mio.

Aceptó el bravo presbítero mi invitacion, y entramos en pormenores.

Y aquí me creo en el deber, por segunda y última vez, de pedir al Director, á la Redaccion y á los lectores de *El Imparcial* excusa y benevolencia por concluir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO con algunos que sólo deberán tener cabida en mis *Memorias póstumas*. Hay

pormenores de la vida que no debe nadie contar sino á su prepósteros, pero que yo voy á decir á mis contemporáneos por no poder ya, sin romper el hilo, devanar la madeja de los hechos de mi vida más íntimos, más personales y más desprovistos de interés cuanto más van encarnando en mis días de voluntario aislamiento, de voluntaria expatriacion, y del inconcebible y acaso imperdonable alejamiento en que he vivido veinticinco años de los hombres y de las cosas de mi patria.

Al fin y al cabo, lectores míos benévolos, si los hay que hayan seguido la narracion de mis vulgares casos, mi vida, por mucho que Dios la alargue, será ya breve; y lo mismo da que sepan de mí ciertas cosas algunos días ántes que despues; y como yo he pasado mi inútil vida fuera de mi tiempo y del círculo de la sociedad de mis contemporáneos, es justo que acabe y muera, poeta loco, en el manicomio ó el hospital, para cumplir el castigo de mi egoismo, de cuyo inevitable fin me consuela sólo que despues de mi muerte el vulgo irreflexivo me compare con Cervántes y con Camoëns, con quienes, en verdad y en conciencia, no tendré más semejanza que el pobre fin.

Volvamos, pues, á mi casa de Torquemada en 1849, y á mi conversacion con el tan leal como perspicaz presbítero de Covarrubias. Sólo voy á dar tres ó cuatro pormenores, y á bosquejar dos ó tres escenas anecdóticas y caracteríscas, que conduzcan á mis lectores al epílogo de mis *Recuerdos del tiempo viejo*, y les hagan comprender cómo, si no por qué, volví yo en 1854 la espalda á España, á Europa, á mis creencias y á mi poesía, con el objeto, imposible de alcanzar, de huir y de librarme de mí mismo.

EL PRESBITERO Y YO.

PRESBITERO. — ¿De veras que no ha hallado usted en su casa más que siete duros en plata y un saquillo de cuartos?

YO. — Ni más ni menos.

EL. — ¿Pero ha mirado usted bien los cajones de los muebles? ¿Ha registrado usted bien la casa?

YO. — ¡Ay, amigo mio! Yo no soy capaz de descerrajar un cajón, ni de levantar un ladrillo para buscar dinero.

EL. — Pues su padre de usted debía tenerlo; no puede haber gastado el con que yo le dejé hace mes y medio.

YO. — Pues no me deja de él la más mínima indicación.

EL. — ¿Ha escrito usted á los señores Torre, de Burdeos?

YO. — Sí, y espero ya su respuesta.

EL. — Entre tanto que ellos le dan á usted luz sobre lo en Francia existente ó pasado, voy yo á dársela á usted sobre lo que sé de esta casa. No há tres meses que vendió su padre de usted una olmeda, avisándome para que viniera á cobrar de su producto una cantidad á cuenta de intereses atrasados. Su padre de usted estaba ya trémulo; y no pudiendo abrir pronto el secreto de un mueble se fió de mí, y yo mismo saqué y conté lo que me dió, dejando en onzas una cantidad donde él mismo la guardaba.

YO. — ¿Conocerá usted el mueble?

EL. — Sí, estaba en esta habitación. ¿Se ha deshecho usted de algunos?

Aún no han venido por los que he regalado á enta, porque algunos recuerdos de mi madre estecen demasiado, y he resuelto quitármelos; pero todos están en la sala, que está al cuidado de llaves de mi padre.

el cordon de la campanilla: presentóse la más las dos criadas, que con el cachican componían la servidumbre de mi padre, y la pedí las llaves de la sala y de los muebles depositados en ella. Ya creo haber dicho que esta sala y los dos gabinetes que daban á la calle estaban siempre inhabitados y cerrados.

Entramos en la sala, donde en desórden se veían los muebles destinados á mi parienta: una sillería, una cómoda, un tocador tallado, mueble antiguo, pero sólido y de lujo, y un grande armario donde yo había visto en otro tiempo toda la ropa de mi madre. Aquel espejo en que tantas veces se había ella mirado, y aquel armario donde había guardado todas las cosas de su uso personal, y que mi padre había dado en vida, no me importa saber á quién, me eran insoportables á la vista. Poeta fantástico y exaltado por mis pesares, temía que una noche, al pasar con luz por delante de su azogada luna, me presentára la imágen pálida del semblante oval de mi madre, coronado de su riquísima y negra cabellera, ó que alguna vez se me apareciera saltando viva de aquel grande armario que cuando niño me daba miedo.

—Aquí está mi mueble— dijo Nebreda.

Yo le alargué el manojito de llaves. Fuése él derecho al tocador, y al abrir y sacar el cajon del centro, de los tres que tenía debajo el mármol en que apoyaban dos pájaros de talla que sostenían el ovalado espejo, comprendí el fácil y comun secreto en que no había pensado.

Entre los tres cajones grandes había dos secretos, largos y angostos, que saltaban apretando un resorte por un agujero en que encajaba una clavija de bronce. Introdujo Nebreda la clavija, apretó el resorte, saltaron hacia adelante los cajones secretos, y al amarillear las onzas en ellos verticalmente amontonadas, soltó Nebreda las llaves y me dejó libre el paso.

Vací sobre el mármol los dos secretos y dijele:

— Cuente usted, y llévese ese dinero á cuenta.

Contó Nebreda y apiló las monedas con la destreza y rapidez de quien está acostumbrado á manejar caudales, y me dijo sonriendo:

— Quince mil trescientos cincuenta y seis reales, que le hacen á usted falta para vivir aquí como quien es, y para no interrumpir el laboreo de las viñas. A mí me basta de usted la palabra, como me bastó la de su padre.

Volvimos á encerrar el dinero en los secretos; y volviendo á llamar al ama de llaves y á entregárselas todas, nos volvimos el presbítero y yo á mi aposento; donde con un tono y una expresión que jamás se me olvidarán, me dijo Nebreda:

— Perdone usted la pregunta que le voy á hacer. ¿Piensa usted tener en su casa mucho tiempo á esa mujer, y hacer siempre de ella tan absoluta confianza?

— Siempre— le respondí en tono y con expresión que no admitían ni réplica ni duda. — Los que á mi padre sirvieron y los á quienes mi padre quiso, no saldrán de mi casa más que por su propia voluntad, ó cuando con ellos me eche de ella un nuevo propietario ó un inflexible acreedor.

— No seré yo ¡por vida mía! ni nadie á quien yo conozca— exclamó el presbítero, cogiendo y apretando mis manos entre las suyas.

Y faltándonos en esto la luz del día, pedimos la lámpara, y nos pusimos á registrar la biblioteca de mi padre mientras nos disponían la cena. Tal vez el previsor prebendado de Covarrubias hojeaba los libros con la esperanza de dar con algun papel entre sus hojas apelmazadas, ó entre los despegados cartones de sus amarillentos pergaminos.

XXVII



OLVIÓSE á su colegiata de Covarrubias el presbítero Nebreda, y pocos días despues llegó de Burdeos la contestacion de los señores de la Torre, que el presbítero y yo habíamos convenido en esperar para cerrar un convenio definitivo. Aquellos tan honrados como opulentos españoles me daban el pésame de la muerte de mi padre por mi carta participada, y me decían que, «no sólo nada debía mi difunto padre á su casa, sinó que aquella carta debía ser tenida por mí como finiquito y cancelacion de cuentas, quedando siempre á disposicion del hijo como lo estuvieron á la del padre.» Y por conclusion me anunciaban «que éste había dejado en su poder un grueso paquete sellado, con órden de que me lo entregáran despues de su fallecimiento.» En consecuencia de haber llegado este caso me enviaban el dicho paquete con una persona de toda su confianza, cuyo nombre me daban, y para entenderme con quién me remitían una contraseña, y cuyo

enviado llegaría á Búrgos tal día y se hospedaría en tal fonda, fijándome uno y otra.

Bajé yo á Búrgos, aboquéme con el portador del paquete, dile de él correspondiente recibo, y volvímonos al día siguiente él á Burdeos y yo á Torquemada.

Era el paquete del grueso, tamaño y forma del de una resmilla de papel de cartas de las fábricas de Angulema, lacrado con tres sellos y con un sobre á mi nombre de letra de mi padre. Nunca esperaba yo que éste me dejara valores ni billetes del Banco de Francia en aquel póstumo legado, porque conocía su honradez y estaba convencido de que era incapaz y de que no había tenido ocasiones de atesorar; pero confieso que recordé lo que Sartorius me había dicho en Madrid al despedirme de él, y que abrí el pliego con una emoción que no parecerá extraña á ninguno de mis lectores; confieso, sin embargo, que nunca creí hallar lo que hallé bajo aquel sobre tres veces sellado.

No había más que un documento que probaba irrecusablemente que mi padre había devuelto á S. M. el rey Don Fernando VII ciento setenta mil y pico de duros de los trescientos mil que había recibido para gastos de policía secreta; cuyo documento concluía con esta nota de letra de mi padre, quien sin duda á mí me la dirigía: «Así sirven los buenos vasallos á sus reyes cuando los sirven de buena fe.»

Sartorius tenía razón... y yo también.

El resto del paquete lo componía un manuscrito en cuadernos sueltos y paginados para formar volumen, en el cual pretendía mi padre probar, á vueltas de mucha ciencia universitaria y datos históricos rebuscadísimos, que desde Luis XIV y el tratado de Utrech todo lo hecho era nulo, y que los legítimos herederos de la

corona de España no eran ni el infante D. Carlos María Isidro (Carlos V) y sus herederos, ni la reina doña Isabel II y los suyos, sino los herederos y descendientes de María Teresa de Austria.

Maldito si comprendí yo la cuarta parte de lo que mi padre, como abogado, en su manuscrito decía, ni nada nuevo me enseñó en él que ya no se hubiera dicho respecto á la sustitucion del testamento de Carlos II por el cardenal Portocarrero, etc., etc., etc.; cosas ya perdidas de puro manoseadas; pero mucho ménos comprendí entónces, ni he comprendido hasta hoy, lo que mi padre pretendía de mí dejándome tal trabajo histórico-jurídico en compensacion de sus haciendas hipotecadas, sin dejarme ni una hilacha de lo que mi pobre madre poseyó en vida.

¿Creía tal vez que la publicacion de su libro me sería más lucrativa que la de todos mis tomos de versos? ¿Pensaba acaso que podía yo volverme loco y fanatizarme con la política hasta el punto de hacer propaganda por la casa de Austria contra la de Borbon?

Ante aquel libro se levantó en mi cerebro la más desconsoladora idea y el más desesperado anhelo en mi corazon. Mi padre no había estimado en nada mis versos ni mi conducta, cuya clave él sólo tenía, y no había pensado en su emigracion en su hijo, á quien, con justicia ó sin ella, aplaudía toda España haciendo célebre su nombre, por renegar de D. Carlos, á quien había servido, y de doña Isabel, á quien debió su jubilacion, y con ella la tranquilidad de sus tres últimos años. ¡Oh, maldita antisocial y anticristiana política, cuyo fanatismo puede separar en vida á los padres de sus hijos y hacerlos morir sin darse ni pedirse su postrera bendicion!

Ante aquel manuscrito sentí el intento de emplear

los 15.356 reales en descepar mis viñas, y haciendo con sus cepas una inmensa pira en sus corrales, pegar fuego á mi casa encerrándome dentro. Ante aquel manuscrito y de tan despechadas intenciones acosado, me amaneció y escribí á Nebreda.

XXVIII



QUE pasó en mi espíritu en las horas de desesperada vigilia de aquella tristísima noche? Mi alma había sido desde niño un jardín en donde habían profusa y espontáneamente brotado las rosas de la poesía y las siemprevivas de la esperanza; mi alma había siempre alcanzado á ver un giron azul del cielo á través de las nieblas de la duda, cuyas tinieblas jamás me habían cegado y cuya voráGINE jamás había podido absorberme; mi carácter había conservado siempre la infantil alegría del niño, en medio de los trabajos y las vicisitudes de la existencia del hombre; habíanse conservado puros, luminosos, los recuerdos de las historias y de las imágenes simbólicas que en mi imaginación había esculpido mi primera educación religiosa; las leyendas bíblicas, las tradiciones legendarias, la espléndida imaginería y las maravillas esculturales de la Edad Media, las vírgenes, los ángeles, todas las piadosas creaciones que habían formado el escenario y las figuras de mi desordenada pero creyente é inspirada

poesía, abandonaron de repente mi alma, dejándome en el corazón y en la cabeza un inmenso vacío; por cuyo espacio, sin luz y sin límites, sentía yo perderse los últimos y vagos sonidos de mis cantares, y los impalpables y fugitivos fantasmas de mis leyendas.

Miré descorazonado dentro de mí mismo, sondeé desesperado el arcano de mi conciencia, interrogué mi pasado... y me encontré solo en el mundo. Yo no había procurado nunca ganar amigos; había vivido siempre, sin sentido práctico, fuera de la sociedad de mi tiempo en el país fantástico de la poesía, y no había querido aceptar las ofertas positivas de Pastor Díaz Pacheco y Donoso cuando habían sido ministros. Luis Gonzalez Brabo, cuando vivía en el núm. 3 de la plazuela de Matute, en cuyo núm. 5 habitaba yo, pasó un día á verme, siendo ministro omnipotente, y me dijo:

— Todos los hombres de letras (con perdon por el galicismo) están empleados en los ministerios y en las bibliotecas; tú sólo no tienes una base de posición para cuando los versos pasen de moda y no te den con qué vivir. ¿Quieres ir de secretario de la legación de París? Martínez de la Rosa, que será tu jefe, tendrá que venir al Senado, y te quedarás dentro de pocos meses de encargado de negocios, interino, en su lugar. ¿Qué dices? me preguntó Brabo viendo que yo, cabizbajo, no le respondía.

— Que no, le contesté resueltamente; y seguí inmediatamente diciéndole: supongamos que Calderon y Lope son niños de escuela para mí, y que mis versos valen más que los de Shakspeare y los de Homero; ¿puedes tú probarme lógicamente que, por haberlos hecho, debo y soy capaz de ir á desempeñar la secretaría de una embajada? Mira, Luis; yo temo que nuestra revolución va á ser infructífera para España por creernos

vanidosamente todos los españoles buenos y aptos para todo, y meternos todos á lo que no sabemos. Yo no sé nada ni sirvo para nada más que para hacer versos; no sé una palabra de derecho internacional, ni tengo maldita la idea de las formas cancillerescas; á la primera dificultad que en mi embajada ocurra, tiro sin querer por la ventana el honor y los intereses de mi patria, y silban en París al encargado de negocios, y se desacredita para siempre el poeta que ha tenido la suerte de ser siempre aplaudido. Busca otra cosa para mí. Encárgame un Romancero, la refundición del de el Cid, la reivindicación del rey D. Pedro, el poema de *Granada*, cuyo manuscrito puedo rescatar de *La Publicidad*, en liquidación; nómbrame cronista legendario de una provincia, de España entera, si quieres, y dame una pensión vitalicia para llevar á cabo mi legendario, cuyo trabajo puede durar mientras me dure la inteligencia, y serviré á mi patria del único modo que puedo serla útil.

Escuchóme á su vez cabizbajo Gonzalez Brabo, y me dijo al fin, encogiéndose de hombros:

— No hay antecedentes, Pepe, de que se haya hecho eso nunca en España con un poeta, y vamos á levantar contra nosotros un *tolle tolle* universal.

— Dios mío, exclamé yo, los antecedentes, los expedientes... las cosas de España...; es decir, que la crítica, el país y el sentido comun callarán y encontrarán bueno que hagas un ridículo embajador de un poeta aceptado como tal, y se levantará España contra el ministro que dé título de poeta-cronista al poeta á quien su nación reconoce ya como un poeta legendario.

— Pepe mío, me interrumpió Brabo, no se puede vivir en el Parnaso; ten sentido práctico de la vida. Un puesto diplomático te dará una posición y una carrera,

y una renta que temo que las letras no darán á nadie en España. En tres meses te pondrás al corriente de lo que necesitas saber, y las nueve décimas partes de los españoles tendrán por mejores tus versos cuando los firmes en un palacio de una embajada; si no eres nunca nada más que poeta, tus contemporáneos creerán siempre que cuando tu poesía no te ha valido para ser diputado, embajador ó ministro, es porque ni tú, ni tu poesía lo habeis merecido. En España no tiene nunca importancia más que el que se la da.

— Pues escucha, Luis; yo no tengo conciencia para sentar plaza de secretario de legación, y temo que otro ministro que venga tras tí me haga pasar por la vergüenza de presentar mi dimision.

— Pues mira, Pepe; no hay antecedentes de que la conciencia y la vergüenza hayan hecho prosperar á nadie en nuestro país, y los hombres como tú no suelen tener dos veces ministros amigos como yo.

Luis Brabo tenía razon, pero yo me quedé en paz con mi conciencia y todavía estoy en mis trece. Aquella noche en que me ví como un pária sobre la tierra, recordé aquella visita y aquella conversacion de Luis Brabo, y no fué el recuerdo que ménos influyó en mi conviccion de que yo había de morir en mi país en el hospital ó en el manicomio, y se apoderó de mí el irresistible anhelo de irme á morir... á otra parte.

Volvió Nebreda: arreglamos el modo de cancelar su crédito, imponiéndole la condicion de que me ayudase á vender secretamente mi hacienda. Hízome reflexiones tan justas como juiciosas en contra; pero cedió ante mi tenaz resolucion. Para desorientar á la malicia perspicaz de los lugareños, comencé á desmontar los solares que había comprado contíguos á mi casa en

vida de mi padre. Efectivamente no se había engañado éste: bajo aquellos escombros de dos metros de altura había mucha piedra labrada, con cuya venta podría indemnizarme de mis gastos, y suficiente material para cercar mi propiedad de una alta y sólida tapia; y conveniendo al pueblo de que iba á establecerme en una morada en la cual tantas mejoras hacía, y tanta seguridad y comodidad me prevenía, compré unos caballos, empecé á ver y cuidar del laboreo de mis viñedos, y un buen día tomé por el páramo el camino de Palencia, capital de mi provincia, que no conocía.

Hospedéme en casa de un antiguo amigo, el vizconde de Villandrando, y mi llegada provocó un curioso incidente.

Súpose mi llegada á Palencia, y los estudiantes se prepararon á darme una serenata, y la compañía dramática una funcion en el teatro. Como mi familia era conocidísima en el país, y yo pasaba por rico en la provincia y por influyente en Madrid, vinieron á visitarme las principales familias palentinas, y entre ellas la de Obejero, jefe del partido progresista.

Fueron los estudiantes y los cómicos á pedir permiso al jefe político para hacerme sus prevenidos obsequios; pero les fué negado el permiso con no muy corteses razones, diciendo que quién era yo para todo aquel ruido; que serenatas no se daban más que á los diputados y altos personájes: que un poeta no era más que un coplero, etc., etc.

Hízole reflexiones el empresario del teatro, que se resignaba mal á perder una buena entrada, y protestaron los estudiantes; pero insistió en su negativa la autoridad, y amoscáronse los estudiantes, y empezó á unírseles la gente caliente de cascos, y tomaron el desaire

como suyo los progresistas por mi amistad con Obejero; y al anochecer se presentó en mi alojamiento el secretario del gobierno político, quien, mozo ilustrado y de muy esmerada educacion, no sabía cómo decirme que lo que le enviaba el jefe á que me dijese era que ensillase mis caballos y me volviera á Torquemada.

Saqué yo tranquilamente de mi cartera la real orden y la carta de Sartorius, díselas á leer al secretario y le rogué que se las llevára á su jefe para que las leyera, y le advirtiese de que yo no renunciaba á mi serenata, y que le hacía responsable de las consecuencias con Sartorius.

A las nueve me dieron la serenata, la gente cantó y gritó alegremente debajo de mis balcones, desde los cuales les dije lo que me ocurrió en prosa y en verso, y todo pasó en adelante con la franqueza y cordialidad más castellanas.

Pero de una de las palabras por el gobernador dichas brotó otro conflicto para mí, mayor que el de tener que renunciar al bombo de una serenata, que me importaba poco, porque yo no he buscado jamás el bombo. Obejero y su partido se empeñaron en sacarme diputado á Cortes en las elecciones que estaban próximas; alegué yo mi ineptitud, insistieron ellos, y advertíles yo que debía partirme á París; atajáronme ellos diciéndome que querían absolutamente presentar un hombre nuevo por candidato: que yo diría cuatro palabras sobre propiedad literaria en una sesion, y que en seguida se me autorizaría para irme á Francia, sustituyéndome el marqués de Albaida, que era su verdadero diputado. Quedamos en esto y volvíme yo á Torquemada, y comenzó Obejero á trabajar en lo convenido; y fui yo y torné de Torquemada á Palencia siempre que asuntos míos ó invitacio-

nes ajenas á tales idas y venidas me obligaron; y mientras ellos preparaban mi diputacion, preparaba yo mi fuga, y así llegaron las elecciones.

El marqués de Albaida y yo teníamos (segun Obejero me lo escribia) todos los votos del partido; en el supuesto de que yo iba al Congreso, hablaba, se me autorizaba para ir á Francia y el marqués me sustituía, y el partido quedaba tan satisfecho como yo honrado. Pero el marqués de Albaida, que era el hombre de sangre más caliente y de palabra más suelta de toda Castilla, las tuvo tales con el Gobierno y el gobernador que para sacarle del berengenal en que con sus palabras se había metido no hubo más remedio que sacarle diputado único inmediatamente.

Y fuera yo del compromiso y vendida mi hacienda sigilosamente, al fin de una noche pasada en vela apagué con mis lágrimas la lumbre del hogar paterno, me enjuagué las últimas con las ropas de aquella cama en que habían muerto mis padres, y sacando por cinturón la trenza de los cabellos de mi madre (que ni quiero ni debo decir cuándo ni cómo me la procuré), y llevando rellenas de onzas las sillas de los caballos que montábamos, al romper el alba de un día frío y húmedo salimos de la que fué mi casa, mi cachican y yo, camino de Covarrubias. Desde allí, pagada á Nebreda la deuda de mi padre y despedido mi criado, con mis caballos y armas vendidos, para Torquemada, me eché yo al mundo solo y desheredado á buscarme por él una vida con la cual no han podido acabar ni las pesadumbres, ni el trabajo, ni las enfermedades, ni las calumnias de la tierra, ni los riesgos de las navegaciones y de las tempestades del mar.

XXIX

EPÍLOGO.

DURANTE los catorce meses que había yo pasado en mi casa de Castilla, habían ocurrido en Madrid muchas novedades, de las cuales apenas tenía yo noticia. Una era la instalacion de un teatro español, con una compañía en la cual trabajaban todos los primeros actores de España: Arjona, Valero, Romea, Teodora, etc. Se había inaugurado aquel teatro con toda la ostentacion y pretensiones de un templo del arte, que auguraba infalible la regeneracion del teatro para el porvenir. Bajo la proteccion y con la subvencion del Gobierno, y bajo la direccion de los más sábios é inteligentes literatos, iban la flor de los cómicos, los maestros viejos y los genios nuevos á dar á conocer y á infiltrar en el pueblo de Madrid las obras maestras de nuestros buenos autores y el buen gusto literario, extragado por los excesos de los dramaturgos revolucionarios que le habíamos corrompido.

Asistí á una muy esmerada representacion del *Sí de las niñas*, de MORATIN; y por la gente que ví en la sala, por los actores que ví en el escenario, y por lo que ví y

suyos muriera, dejando de ser teatro nacional y teniendo que pasar á la direccion de un empresario forzosamente especulador, sea actor ó comerciante.

Se creó una Junta para el caso, segun la oficinesca costumbre de nuestro país, y de ella fuí yo nombrado individuo; pero en la primera sesion que tuvimos en casa del Excmo. Sr. D. Antonio Benayides alegué cortésmente mi necesidad de partir para Francia, é hice renuncia y fuí relevado de aquel honorífico cargo.

Levanté mi casa, vendí la mesa sobre la cual había escrito todas mis incorrectas obras dramáticas, envié á mi mujer á Burdeos y me quedé en Madrid una semana para arreglar mis cuentas con la sociedad literaria *La Publicidad*, ya en liquidacion. CÁNDIDO NOCEDAL transigió con ella como abogado mio, y me rescató de ella el manuscrito y la propiedad de lo que llevaba escrito y entregado del poema de Granada en la cantidad de veinte y dos mil reales, que adelantó el honrado librero D. LEON VILLAVERDE, á cuenta del derecho exclusivo de la venta de aquella obra mia en España; de cuya entrega de ejemplares se encargó D. Dionisio Hidalgo, gerente-librero que había sido de *La Publicidad*, y que debía pronto ir á establecer en París una casa-librería en comision.

He dicho esto en este lugar, porque en esta nuestra tierra de los garbanzos y las guitarras, alimento y distraccion nacionales de holgazanes alegres y desocupados difamadores, se ha dado, por supuesto en ausencia mia, que yo había estafado á *La Publicidad*, y que legalmente no me pertenecía ni tenía derecho de propiedad sobre el mi incompleto poema de Granada.

Viven aún Nocedal y Villaverde... y si el tal poema ha quedado incompleto, no es porque tenga sobre sí impedimento alguno legal para salir á luz.

Y aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, con mi voluntaria, extemporánea, inmotivada é injusta expatriacion, porque nadie me había dado en mi patria motivo para semejante fuga. Mis versos corrían como moneda de buena ley: la Academia me había aceptado por aclamacion, y los Gobiernos me habían ofrecido lo que yo había rehusado con el honor que me había hecho la Academia.

Pero yo tenía por lo visto dentro de mí un espíritu vagabundo, y me fugaba de mi patria como me había fugado del paterno hogar. ¿De quién huía yo?

De mí mismo, de mi inconstante corazon, siempre por mi imaginacion dominado; tal vez, en fin, de mi conciencia; porque yo, que no debo ni mi escasez ni mi falta de amigos más que á mí mismo, á mi falta de sentido práctico y de tacto social, no he andado jamás perseguido más que por mi propia reputacion, y no me ha dado nunca miedo más que mi propia sombra.

Una sola cualidad me resta para creerme con derecho á la benevolencia, si no al respeto, de mis contemporáneos, y es que mi sola vanidad ha sido siempre la de no tener ninguna; la de no tenerme ni darme nunca por superior á nadie; y conociéndome á mí mismo, juzgo á mis obras como muy inferiores á la fama que han alcanzado.

¿Y por qué he escrito yo en *El Imparcial* estos recuerdos, y por qué he hablado yo en ellos por mi propia cuenta, exhibiendo y adelantando en cada renglon mi egoista personalidad?

¿No está esta petulante conducta mia en contradiccion con la modestia de que hago alarde, y con el filosófico conocimiento de mí mismo que acabo de alegar como única cualidad que mi carácter abona?

XXX

DESPUES de haber pasado revista á mis extravagantes lucubraciones literarias, me he puesto muchas veces á considerar cuáles han sido los gérmenes inspiradores de mi descabellada poesía.

¿Por qué, siendo yo un hombre de sencillas costumbres, con los instintos caseros del gato, apegado á mis libros y á mis muebles, no encontrándome jamás á gusto sinó en mi casa, ni escribiendo con comodidad sinó en mi mesa, por qué, me he preguntado, he mudado tantas veces de casa y de clima, y amigo de la quietud he pasado mi vida en perpétuo movimiento?

Muerto mi padre, ya no tenía objeto ni razon de continuar dado exclusivamente á la poesía, que no había sabido devolverme su paterno amor, y que por ello comenzó á inspirarme repulsion y hastío. Me pareció que mi padre se había llevado consigo á la sepultura mi inspiracion, mi fe, mis creencias, mi amor á la patria y mi gratitud á ésta, que me había colmado de aplausos; y que si no me había colmado de honores, y tal vez de riquezas, había sido porque yo volví siempre la espalda y cerré mi puerta á la fortuna.

Podía yo haber empezado mi carrera por ir de secre-

tario de nuestra legacion á París, que era lo que de mí quería Luis Brabo hacer; ¿y quién sabe á lo que, como tantos otros, hubiera yo logrado llegar tomando aquella secretaría por primera posta del viaje de mi porvenir? Es verdad que hubiera probablemente, como tantos otros, sido inútil, oneroso y tal vez perjudicial á mi patria; pero poseería hoy casa propia en Madrid, en lugar de la solariega que vendí en Torquemada, y en ella tendría aquella calma, aquel bienestar y aquella casera é independiente vida, sin la cual he pasado toda la mia, y con la cual he soñado como puede soñar con novios una monja sin vocacion. Porque indudablemente mi fortuna hubiera hecho pasar por buenos servicios mis desatinos diplomáticos, como ha hecho pasar por creaciones mis disparates literarios, lo cual se ha visto más de una vez; y por ahí conocen mis lectores muchas medianías y no pocas nulidades que son estimadas como sustanciosos y perfumados melones de Valencia, sin ser más que calabazas insaboras de Quintanilleja.

En verdad tambien que en tal caso no tendría el cariño y el aplauso popular que ahora me capto por donde voy, ni sería el poeta del hogar del pobre, ni el asombro de las niñeras y el espanto de los chicos en los cuatro primeros días de Noviembre; y no tendría, en fin, por único título el de poeta popular, con el cual algunas veces arrancó lágrimas de compasion á los que bien me quieren, y me las arranca á mí de emocion y de gratitud este mi pueblo español, que se ha encargado por sí mismo de compensar todas mis amarguras y de colmar con su cariño todo el vacío que dejó en mi corazon, toda la soledad en que dejó mi alma el desvío de mi padre, y la oscura, triste y misteriosa historia de la

vida de mi madre, escondida siete años en las montañas, y de la prolongada agonía que tuvo fin en su santa muerte... á la cual no me hizo asistir por mis pecados la justicia de Dios.

Pero no era de esto de lo que yo quería hablar ahora: mi intencion era decir algo de lo que tengo yo para mí que influyó desde muy niño en mi locura, y por consiguiente en mi poesía. ¿Por qué, siendo yo un hombre pacífico y enemigo de quimeras, no me he dedicado á escribir más que de pendencias y cuchilladas? ¿Y por qué, siendo desde chico muy cobarde, no hay en mis escritos más que muertos y desastres, fantasmas y aparecidos, conjuros y evocaciones, que más parecen mis libros tratados de cabalística y demonología que trabajos de hombre social y de buen cristiano?

El diablo y los muertos son los personajes con quienes más habitualmente trata mi musa, que más que una de las nueve compañeras de Apolo tienen trazas de una de las tres Furias compañeras de Pluton. En mi drama del *Alcalde Ronquillo* hace el diablo un papel tan simpático como galan, y en todos mis cuentos y dramas está Lucifer presentado bajo tan halagüeña y poética faz, y tratado por el poeta con tanto mimo como si se tratase de Luzbel el Lucífero ántes de su rebelion, y no del ángel caído enemigo y maldito de Dios.

Los lectores formales de *El Imparcial*, las personas de juicio y no contaminadas con la pasion loca y criminal de la poesía llamada romántica, la gente en fin sesuda, creyente y de sentido recto, no debe de continuar leyendo los absurdos que voy á continuar yo escribiendo en los siguientes renglones.

Voy á evocar unos cuantos recuerdos de mi más tierna niñez y de mi más loca juventud, que no han podido

borrar de mi memoria los más espontáneos aplausos que más ó menos merecidos han arrullado mis oídos y halagado mi vanidad, ni las más recónditas pesadumbres que me han puesto alguna vez al borde de la desesperacion y á dos pasos del suicidio; del cual no siendo yo partidario me fuí á esperar de Dios en América una muerte natural, pero que creí encontrar más próxima en aquellas extrañas regiones.

Tendría yo de cinco á siete años, y no podía tener más porque viví con mis padres los siete primeros de mi vida en la calle de la Ceniza (hoy de Elvira) de Valladolid, y en aquella casa, donde nací, es en donde me aconteció el primer absurdo, precursor y engendrador tal vez de mi posterior afición á lo absurdo, fantástico é imposible.

Llevábame mi buena madre todos los días á la misa que tenía ella costumbre de ir á oír en la parroquia de San Martín, en donde fuí bautizado. Mientras ella devotamente asistía á la celebracion del Santo Sacrificio, yo me entretenía en mirar las imágenes, las flores y las luces de los altares. En el mayor hay un San Martín de talla, ginete en un caballo blanco, partiendo con su espada la capa, cuya mitad dió á Cristo. De esta piadosa tradicion tenía yo la leyenda en la cabeza desde que pude acordar lógicamente dos ideas en mi cerebro; y como los sentidos y la costumbre de ver todos los días aquel santo ginete tan gallardo sobre su blanco corcel, y aquella capa que nunca acaba él de partir, ni el caballo de mirar escorzándose, ni el pobre de llevarse para abrigar su cuerpo desnudo, me ayudaban á conservar en la memoria la piadosa leyenda, y á ampliarla y pormenorizarla en mi imaginacion, concluí por tener siempre delante de los ojos aquella tallada

imaginería del altar mayor, separando y uniendo á mi antojo las tres figuras: la del pobre para abrigarle con aquella capa que nunca concluía de tomar, la de San Martín para ponerme su casco empenachado y tomar su inmóvil espada, y su caballo blanco para colocarme yo en su silla; cuyo antojo satisfizo mi padre comprándome un caballo blanco de carton y una espada de hoja de lata. Los caballos y las espadas fueron, pues, los dos primeros juguetes con que mi niñez se entretuvo, y fueron puestos en mis manos como si fueran el caballo y la espada de San Martín; recuerdos palpables de su santa tradición, incrustados en mi memoria desde que pudo mi mente concebir ideas.

En la nave de la iglesia de la parte del Evangelio había un altar de San Miguel, con su espada levantada sobre un gran diablo que á los piés tenía; San Miguel muy bien encorazado, bizarramente tocado con un casco de airosas plumas, y el diablo con una cara muy morena, en la cual resaltaban dos ojos de mucho blanco, y unos blanquísimos dientes que parecía que iban á salirse de su sangrienta y entreabierta boca.

Todo aquello veía yo todos los días, y con ello soñaba no pocas noches: trastornándolo y confundiéndolo todo, como sucede cuando se sueña, y dándole á San Martín la posición supina del diablo, ó á éste la inefable sonrisa del bienaventurado arcángel, ó á éste los cuernos dorados del que á sus piés vencido se retorcía.

Y me he detenido en tales pormenores, porque sólo teniéndolos presentes puedo, no explicar, sino concebir lo que no me atrevo aún á asegurar que ví, y que si no lo ví no comprendo ni he podido comprender nunca cómo lo concebí para retenerlo claro, distinto y como

positivamente visto, en un rincón iluminado de la memoria del niño, entre la oscuridad espesada de los años en el cerebro del poeta viejo.

Era una mañana de invierno, nebulosa y húmeda, pero no tan fría como suelen ser las de época tal en la antigua corte de Castilla. Mi ama Bibiana y mi rolla Dorotea, á quienes mis padres conservaban á su servicio, tenían abiertos los balcones de la sala y gabinete que sobre la desierta calle se abrían: en ella no hay más que mi casa: el resto hasta San Pablo está formado con tapias de huertos sin rejas ni claraboyas.

Miéntras las criadas hacían las faenas de la casa, fuí yo á sentarme en el rodapié de un balcon, y asido á dos hierros de la baranda, y á horcajadas sobre el que entre los dos asidos por mí formaba la vertical paralela, cantaba yo y columpiaba mis dos piernas, colganderos mis piés sobre la calle.

De repente sentí el trote de un caballo que venía por el lado de San Martín; al volver yo la cabeza hácia aquella parte, entraba ya por la calle de la Ceniza un ginete tan gallardo como colosal, que con la cabeza llegaba al rodapié de los balcones de mi casa. Su caballo blanco y de ondulosa crin avanzaba cabeceando, y bufando, y arrojando por sus narices dos nubes de caliente vapor, que en la fría atmósfera se desvanecían, y el ginete sonriéndome desde que apareció á mis ojos. Contemplábale yo, no solamente sin asombro ni miedo, sino con infantil complacencia. Al pasar por delante de mí me saludó con la mano, enviándome desde su blanco caballo una mirada luminosa de sus ojos de mucho blanco: una sonrisa fascinadora de su boca, entre cuyos labios extremadamente rojos mostraba una blanquísima dentadura, y un saludo conti-

nuado de su morena mano zurda, porque con la derecha conducía su blanquísimo caballo.

Cuando desapareció por la esquina de San Pablo, corrí yo muy contento á decir á mi madre que acababa de ver pasar al diablo de San Miguel en el caballo de San Martín.

¿Le ví yo, ó no le ví real y positivamente? Si le ví, ¿cómo pudo efectuarse tan absurda escapada de la imaginaria de los altares? Si no le ví, ¿cómo pudo ser tan de bulto aquella vision para conservarla yo como recuerdo de cosa positivamente vista? ¿Es que los niños están más cerca, por no estar aún de él sus almas bien desprendidas del mundo de los espíritus de donde vienen... ó es que esta alucinacion era la primera que en mí engendraba el espíritu visionario de mi fantástica poesia? Yo puedo jurar hoy que lo ví; pero es imposible que viera tal imposible. ¿Quién me explica, pues, este fenómeno?

El doctor Simarro y el doctor Letamendi me harán tal vez sobre ello una eruditísima disertacion; pero yo no me explicaré nunca si esta vision, real ó fantástica, es el origen de la poesia con que la mia ha caracterizado al diablo de mis dramas y mis leyendas.

Pero hay otro recuerdo de aquella mi temprana edad que tiene más difícil explicacion, y es éste.

XXXI

LA antesala de aquella casa es un cuarto cuadrado lleno de puertas, y en el único vano que sin ellas tiene desemboca el tramo de escalera por el cual se sube desde la puerta exterior al piso principal. A la derecha de este vano, la mampara de la sala; al frente, la de un aposento que da al corral; á la izquierda de ésta, la de la cocina; en la pared frontera á la de la sala un balcon sobre el jardin, y en la pared de la escalera, y á la izquierda de ésta, la puerta que da á las habitaciones interiores. Así estaba entonces la casa de la calle de la Ceniza, en la cual nací, y así está hoy con algunas variaciones que en ella han hecho mis hospedadores y amigos los señores Acero, sus actuales propietarios. De esta casa y de la familia que hoy la posee pienso decir algo más en mi libro *Vuelta á la patria* que voy á escribir, puesto que Dios y las economías de la administracion de los Lugares Pios me condenan, por lo visto, á vivir y á morir sobre el trabajo.

En el aposento de la antesala, frontero al vano de la escalera, había, cuando yo era niño, una cama y un sillón que nadie ocupaba; apenas su ventana se abría de

cuándo en cuándo para ventilarle, y por la noche se cerraba con llave, como si en él hubiera algo que guardar, ó de él no se quisiera que saliese alguien. Sólo mi nodriza Bibiana entraba en él y les despolvoreaba, dejándole siempre preparado como si alguien pudiera en él venir á hospedarse. En todo esto no había empero misterio alguno, ni á mí se me había prohibido nunca abrirle, ni entrar en aquel cuarto, donde ni había ni cabía más que la cama y el sillón y un viejo baul cerrado, que no recuerdo haber visto jamás abrir.

Ignoro aún si la historia y si los muebles de aquel inhabitado aposento tenían ó no alguna relacion con la historia de la juventud de mi padre ó con la de su casamiento, en la cual, por mi parte, no sé que hubiera nada que no fuera natural y comun en la vida de los pueblos. Mis abuelos paternos eran labradores acaudalados; pero con muchos hijos, todos labradores ménos mi padre, que despuntó por los estudios. Un tío eclesiástico y una tía viuda y rica, le dieron estudios y le dejaron por heredero de sus bienes: mi padre repartió los paternos entre sus hermanos y se quedó con los de sus tios. Como los lugareños no estudian nunca lógica, sino gramática parda, los hermanos de mi padre, desde que con ellos repartió lo del abuelo, se empeñaron en que tambien debía darles lo de los tios, puesto que ya el abogado y jurisconsulto podía y debía mantenerse sin necesidad de sus rentas; historia y lógica comun á todas las familias numerosas de todos los pueblos de España, y tal vez del universo. Esta situacion y la necesidad de permanecer mi padre en su puesto de relator de la Chancillería de Valladolid, debió sin duda dar motivo á la separacion y tal vez á la ruptura definitiva de mi padre con el resto de mi familia paterna, con ninguno de cu-

yo individuos tuve yo relaciones en vida de mi padre.

Tal vez, y esto me ocurre sólo ahora, en aquel cuarto de la antesala de que voy hablando se había hospedado, había vivido ó habría muerto alguna persona de la familia, cuyo recuerdo fuese caro, doloroso ó antipático para mi padre; quien, como hombre de negocios, depositario de muchos secretos ajenos, tenía la costumbre de no decir nunca una palabra de los suyos, y acaso daba sin intencion importancia con su silencio á cosas en las cuales ningun misterio se encerraba. De cualquier modo que fuere, aquel aposento no se habitaba: y una tarde miéntras dormía mi padre la siesta (porque trabajaba de noche), y miéntras mi madre en el comedor arreglaba los trastos con las criadas, arrastraba yo por la antesala mi caballo de carton, pasando y repasando por delante de la puerta entreabierta del inocupado aposento, cuya ventana entornada, como de costumbre, tenía su interior en una turbia y neblinosa penumbra.

En una de mis vueltas creí ver á alguien en el sillón de brazos; y suponiendo que sería Bibiana que dormía tambien su siesta á escondidas de mi madre, empujé y abrí del todo la puerta: una señora de cabello empolvado, encajes en los puños y ancha falda de seda verde, á quien yo no había visto nunca, ocupaba efectivamente el sillón, y con afable pero melancólica sonrisa me hacía señas con la mano para que me acercase á ella. Como ni yo era un chico hosco, huraño, ni mal criado, ni aquella señora tenía nada de medroso, ni amenazador, tirando con mi mano izquierda del cordel con que arrastraba mi caballo me acerqué á ella sin miedo ni desconfianza, y puse mi mano derecha entre las dos suyas, que me alargaba sonriendo. Dióme ella primero una palmadita muy suave con su derecha en la mia, que posaba en su

izquierda, y pasándomela despues por mi suelta cabellera, que mi madre tenía gusto en dejarme larga y en mantenérmela rizada, me dijo con una voz que no sabré explicar dónde me resonaba, si en el corazon, en el cerebro ó en el oido: «Yo soy tu abuelita; quíereme mucho, hijo mio, y Dios te iluminará.»

Estoy seguro de haber sentido el contacto de sus manos en las mias y en mis cabellos, y recuerdo perfectamente que sus palabras me dieron al corazon alegría; y como ni sus manos me retenían ni yo podía callar nada, solté mi caballo de carton, dejándole atravesado á la puerta del aposento, y entré en el comedor diciendo muy contento á mi madre: «Mamá, ahí está la abuelita.» Creyó mi madre que era la suya, que había llegado de Búrgos sin avisar, y corrió á la antesala; pero no hallando á nadie, me dijo:

—¿Pero dónde está la abuelita?

—Ahí, en ese cuarto—la respondí señalándosele.

—¡En ese cuarto tu abuelita Jerónima! (Era el nombre de mi abuela materna.)

—No, otra vestida de verde, con puños de encaje: ven á verla. Y tomándola de la mano la conduje á la puerta del aposento, cuyo sillón estaba vacío, y yo añadí: «Pues aquí estaba.»

Presentóse en esto mi padre, que me había tal vez oido anunciar en voz alta á mi abuela; y enterado de lo que yo contaba frunció un instante el entrecejo, y despues de mirarme fijamente, me dijo: «Muchacho, tú sueñas,» y dió vuelta á la llave del aposento, que no volví nunca á ver abrir.

Todo lo dicho entra naturalmente en el tratado de las alucinaciones: fué una del cerebro ó de la retina: cualquier hombre medianamente educado, que para

esto no se necesita ser un sábio, lo explicaría de esta manera, y no tiene otra explicacion aceptable.

Yo insisto, sin embargo, en que el alma de los niños, mal desprendida aún de la region de los espíritus en donde Dios la crea y de donde la saca para envolverla en el barro corporal, tiene tal vez alguna afinidad con los espíritus entre quienes ha sido creada, y puede ver y oír lo que sus sentidos no pueden percibir en el posterior desarrollo vital de la materia corpórea:

De esta vision mía tengo una prueba: héla aquí.

Nueve ó diez años más tarde, en 1833, salí del Seminario de Nobles, concluidos en él mis primeros estudios, y fuí á Torquemada á reunirme con mi padre, desterrado de Madrid y sitios reales. Allí una tarde, registrando unos camaranchones de la casa vieja de nuestro apoderado, el viejo escribano de coleta Don Gil Donis, tiré yo de una maraña de lienzos, manojos y restos informes y polvorientos de despedazados trastos, y dí entre ellos con un lienzo sin marco, cuya pintura no se apercibía bajo una capa de polvo y telarañas. Miéntas mi padre quitaba las de unos libros en pergamino que á las manos le habían caído, limpié yo mi lienzo con un trapo mojado, que fuí á traer de la cocina; y al descubrir el retrato que en él hallé pintado, dije á mi padre: «¡El retrato de la abuela!»

Volvióse mi padre, miró el retrato, y me dijo con extrañeza:

—¿Pues de qué la conoces tú, si jamás la has visto?

—¿No se acuerda usted—le contesté yo—de que siendo muy niño ví una señora, que me dijo que era mi abuela, en el aposento cerrado de la antesala de nuestra casa de la calle de la Ceniza?

—¿Y era ésa?—exclamó con asombro mi padre.

—La misma: tengo su imagen en las pupilas—respondí yo.

—No lo entiendo—dijo mi padre volviendo á ocuparse de sus pergaminos, no sé si con verdadera indiferencia ó para ocultarme la expresion de su semblante.

Ahora pregunto: si no hubiera yo visto á la del aposento cuando niño, ¿hubiera podido reconocerla por su retrato diez años despues?

Si fué una alucinacion, como lo fué, ¿cómo y por qué se quedó tan grabada en mi memoria que, despues de diez años de no pensar ni preocuparme de ella, la reconocí?

Dos explicaciones tengo para resolver una cuestion, tan extraña y extemporánea en esta época positivista, que pretende negar á Dios y explicarlo y palparlo todo.

La primera es que mi cerebro comenzaba ya á destornillarse y á dar en la locura que produjo al fin mi delirante poesía legendaria.

La segunda, que infaliblemente mis padres debieron hablar de él ó tener á mi vista aquel retrato en circunstancias en que mi extrema niñez no estaba aún, segun ellos, en capacidad de comprender y retener en mi memoria lo visto ú oido en derredor de mí; tal vez ví yo aquel retrato desde la cuna; tal vez oí hablar de mi abuela paterna en alguna discusion de familia ó en alguna conversacion de mi padre con algun individuo de ella. Ello es que una primera é ignorada idea produjo la alucinacion primero y la persuasion despues.

La alucinacion y la persuasion influyeron indisputablemente en el carácter fantástico de mis obras.

Yo tengo en la mia muchas historias de alucinaciones, y muchos tropiezos con muertos y aparecidos.

Ahí van vários pormenores de algunas, para concluir de aclarar el origen de mis disparates sociales y literarios.

XXXII

SEGUÍA yo en la universidad de Valladolid el curso de 1834 al 35. Vivíamos en el piso principal de una casita de dos balcones de la calle de la Chancillería un D. Segundo Valpuesta, de Lerma, y un tal Soroeta, vascongado, como claramente lo indica su apellido. Era el D. Segundo hijo de D. Pedro Valpuesta, rico hacendado y administrador de los bienes del duque del Infantado en Lerma; mozo el D. Segundo de intachable conducta, de constante aplicacion, y de formalidad, para sus veinticuatro años, casi excesiva. Había concluido la carrera de leyes, y concluía la de cánones; porque su padre, que tenía tres hijos, estaba empeñado en que hubiera en su familia un militar, un abogado y un eclesiástico; tocóle, pues, á Segundo apechar con un beneficio, y para obtenerle se daba, no de muy franca voluntad, pero con una resignacion admirable, á llenar los deseos de su familia. A este mozo, que ya por aquel entónces había recibido la primera tonsura, me tenía mi padre más inmediatamente encomendado, haciéndome vivir en su compañía, y encargado Valpuesta de la administracion de nuestros fondos.

Hacíalo conmigo Segundo Valpuesta como el más in-

dulgente amigo; cuidaba de mí como si mi hermano mayor hubiera nacido, y dejábame gastar de su peculio lo que al mío mi padre escatimaba por temor de que diera yo en vicios costosos. Valpuesta me acompañaba algunas veces en mis excursiones al castillo de Fuensaldaña y á los inmediatos pueblos, donde yo buscaba ruinas y piedras viejas, y aún á los cementerios que por entónces arreglaba el Ayuntamiento, y solía yo ir á ver arreglar, complaciéndome en las repugnantes escenas á que daba lugar el traslado de los restos humanos encerrados en los nichos condenados á reedificación. Leíale yo allí, y de vuelta á casa, los centenares de versos mal hilvanados que sobre aquellos repugnantes y patibularios asuntos me daba yo á escribir día y noche sobre las hojas del Vinnio y del Heinccio, cuyas definiciones no me entraban en la cabeza: asombrábase él de aquellas mis espeluznadoras lucubraciones; y teniéndome sin duda la compasion que se tiene por un hombre cuyo cerebro está un poco *chiflado*, escuchábame á veces con complacencia, y aconsejábame por mi bien que estudiára, tomando aquella chifladura versificante por ocupacion amena para distraerme del estudio sério. Yo le oía como quien oye llover, y acabé por arrastrarle en mi poética locura, pues él concluyó por pedirme unos versos muy retumbantes, pero muy melancólicos, para despedirse del mundo que iba á abandonar, y de una ingrata á quien había amado y á cuyo amor renunciaba por cumplir sus deberes de buen hijo. Comenzaba la poesía á ser una peste, y no hubo apenas un estudiante que con ella no se contaminára.

Pedro Madrazo, á quien todos queríamos en el Seminario y en la Universidad, que recibía todas las noticias, obras y periódicos literarios que se publicaban

en Madrid, nos reunía en su casa, á la cual iba alguna vez Segundo Valpuesta, y á quien Madrazo era grandemente simpático, aunque nunca tuvieron íntimas ni seguidas relaciones por el aislamiento y escaso trato en que á Valpuesta tenían su necesidad de estudiar y la oculta tristeza en que su corazón envolvía sin duda la de abrazar una carrera que no hubiera sido tal vez la de su elección. Dejábame, pues, á mí hacer, contra lo que mi padre le recomendaba tanto, aquella vida evaporada y vagabunda, entregado á mis amenas conversaciones de Pedro Madrazo, que fué siempre eruditísimo conversador, á los paseos por los cementerios con Miguel de los Santos Álvarez, y á los teatros con Manuel Assas, á quien su padre pasaba una crecida pension, que conmigo alegremente gastaba por íntima amistad que conmigo llevaba, y por llevar la contraria á mi padre, quien toda diversion me prohibía, al contrario del suyo, que se las permitía todas con tal que estudiára; y estudiaba Assas sólo y conmigo se divertía; y dibujábamos juntos cuantas torres góticas y bizantinas, y cuantos balcones del Renacimiento encontrábamos, y cuantas viejas almenas quedaban en los viejísimos caserones que aún se elevaban á orillas del entónces descuberto Esgueva, cuyo río descuberto daba á la ciudad de Don Peranzules un carácter que, cubierto, la ha hecho perder en romántica poesía y en pintoresca originalidad lo que la ha hecho ganar en salubridad y pulcritud. Y existía por aquellos años uno de los hombres más honrados que Dios me ha hecho conocer, y le conocí por el cordón de San Francisco que decoraba la puerta de la *Casa del Cordón*, fábrica del cardenal Cisneros, en ruina casi por aquel tiempo, y en una de cuyas interiores habitaciones moraba el

mencionado honradísimo hombre, que se llamaba don Feliciano Barrio, y que tenía un hijo que se llamaba Pedro, y una hija que se llamaba Petra. Era el Pedro un alegrísimo muchacho que estudiaba medicina, y que tenía un caballo y un perro de aguas, á los cuales había enseñado á hacer mil monerías; y era la Petra una muchacha un poco morena, un poco pequeña y un poco melancólica, pero tan buena como su padre, en quienes adoraban ambos hijos y á quienes idolatraban D. Feliciano y su madre, la cual contaba por poco en la familia por estar algo ida del cerebro.

Había sido el D. Feliciano no sé qué de la Chancillería cuando mi padre en ella era relator, y había estado muchos años empleado en su archivo; pero habiendo venido á ménos por el cambio de los tiempos, y no haber él querido cambiar de opiniones, vivía en cierta estrechez, pero tan tranquilo como contento con su amantísima familia. Con ella pasábamos algunas noches Assas y yo, que habíamos trabado amistad con sus individuos por habernos ellos encontrado dibujando y admirando la suntuosa escalera y la elegante portada del ruinoso casularion en cuyo interior vivían, hoy trasformado en casa de locos.

Si en vez de verificarse esta trasformacion veinte años despues se efectúa en el año de 1834, de seguro quedamos Assas y yo como pensionistas en la nueva casa de Orates; pero lo que algunos meses despues en ella me aconteció influyó indudablemente en mí, concluyéndome de arrastrar por aquella galería de *espectrus* y sombras ensangrentadas de que mis libros están atestados, y que atestiguan mi poética demencia.

A la mitad de Enero del 34 cayó mi padre en Lerma peligrosamente enfermo de una pulmonía; curóse la mal

la docta facultad lermña, y entró en cincuenta días de convalecencia muy parecida á una agonía, de la cual le sacó al fin su voluntad de hierro y su robusta constitucion; pero mientras duró, y fatigada ya mi pobre madre por continuo afan y el perpétuo insomnio, determinaron llamarme para que á mi padre velára.

Abandoné, pues, la Universidad, encargándose el despues obispo D. Manuel Tarancon de conservarme mi puesto entre mis discípulos y de hacerme ganar el curso *por orden de la rectoría* cuando tornára.

¡Ay de mí! Mi padre estaba en un estadó casi desesperado; yo pasé las noches insomne á la cabecera de su lecho, porque había que ayudarle á todo, y tosía y expectoraba sin moverse cada diez minutos. Yo cumplí con mi deber, y no tengo que ir con miedo ante Dios á darle cuenta de mi conducta; pero nó era tan grande mi afan por mi padre que al fin, segun dijeron médicos venidos de Valladolid y Búrgos, tenía las noventa y nueve de escapar salvo, como el en que me tenía continuamente mi tio el canónigo, que á mi padre gobernaba, á quien mi madre temía, y que á mí me tenía ojeriza á inquina por lo que no es del caso.

El caso era que cuando yo me retiraba con permiso suyo ó de mi madre á descansar ó á estudiar, jamás encontraba mi tio buena mi actitud ni en regla mi posicion. Si me encontraba durmiendo, hallaba siempre largo mi sueño; si me ponía á leer la Biblia, el *Genio del Cristianismo* ó las obras de San Agustin, que él tenía sobre la mesa, de las manos me las quitaba. Si permanecía en el aposento de mi padre acompañando á mi madre, me echaba de allí diciéndome que «era el espía de la familia, y que contaba despues su santa vida y me burlaba de ella con los herejes de mis amigos.» Si me

estaba solo en mi aposento, venía á sacarme de él diciéndome «que era un descastado, que nada quería con los míos.» Y aquí lo dejo, porque no necesita más el lector para comprender la bñlis que yo tragaba y no digería, por no hacer llorar á mi madre ni ocasionar á mi padre uno de aquellos accesos de tos, que tenían apiadada de nosotros á toda la vecindad de Lerma.

Así pasé la mitad de Enero, todo el Febrero y la primera quincena de Marzo. Restablecióse mi padre y volvíeronme á enviar á la universidad de Valladolid. Durante aquellos dos meses, en que no había yo escrito ni una carta á Assas ni á mis otros amigos, contraí el vicio de apretar los dientes y fruncir el ceño; de modo que me quedó para siempre la frente dividida por la raya del entrecejo. Llegué á Valladolid al anochecer del 19 de Febrero, dos días ántes de mi cumpleaños; para celebrar el cual sin duda me había dado mi pobre madre una onza á escondidas de mi padre y de mi tío, que eran de opinion que yo tuviese todo pagado, pero ni un real en mano para vicios.

Aquella misma noche tuve que ir á presentarme al Sr. Tarancon y á otro procurador que mi padre me había puesto por vigilante; no pude, pues, ir á ver á Assas, ni á Álvarez, ni á Madrazo. A la mañana siguiente, á la ñora temprana de cátedra, y como que á ella iba, eché por San Martín á la calle de Esgueba, y á casa de Pedro Madrazo. Se había vuelto á Madrid tras prévio exámen; pasé por la de Assas: se había mudado, y de él no sabían tampoco; con que me ocurrió, naturalmente, dirigirme á casa de los Barrio, suponiendo que en la casa del Cordon sabría por Pedro de todos ellos.

Hacia una endiablada mañana de niebla, de esas

que el Pisuerga proporciona tan continuamente á los habitantes de la antigua corte: había helado y era preciso andar con los ojos y con balancin; un cierzo tan manso que no despejaba la niebla, però tan frío que, cortada la respiracion, me obligaba á andar con el embozo sobre las narices, y así llegué al postigo abierto en uno de los dos portones del caseron de Cisneros. Entré en el patio: el balcon de la sala de D. Feliciano Barrio estaba en la pared del patio frontera á la puerta, y me llamó la atencion el ver que le tenían de par en par en semejante mañana y á tan temprana hora: eran apénas las nueve. Pareciéndome que por el abierto balcon llegaría mi voz más pronto que yo á las habitaciones de la familia, llamé poco ménos que á voces, primero á Pedro, despues á Petra, y por fin á los perros.

Petra tenía una faldera, que á mis silbidos asomó al balcon meneándome la cola. Suponiendo que tras el cariñoso animalejo se me ocultarían sus amos, subí la escalera gigantesca, obra de Cisneros, y descendí la excusada que al cuarto de los Barríos conducía; su puerta estaba tambien abierta como el balcon: á la derecha del corredor en que se abría, estaba la sala; pero su puerta, abierta tambien, me dejó ver vacía toda la estancia y corrida la cortina de muselina que decoraba la alcoba: seguí adelante, entré en el comedor, en el cuarto de Pedro, me asomé al de Petra, cuyas puertas estaban tambien abiertas, é imaginé que, habiéndome visto venir ó sabiendo que había vuelto, me preparaban una broma de las que solíamos darnos en aquella tan modesta como alegre casa. Volví, pues, á desandar lo andado; y al volver á pasar por delante de la sala, y al ver corrida la cortina de la alcoba, tuve por cierto que en ella se habían escondido para dejarme

volver á bajar al patio y darme una silba desde el balcon.

Púseme sin desembozarme delante de la corrida cortina de la alcoba, y dije alto: «Vaya, salid, que ya está de mas el escondite.» Nadie respondió á mis palabras: la perrita salió cola entre piernas por debajo de la cortina, y con un aullido se echó á mis piés; fué para mí evidente que tras ella estaba la familia. Saqué la mano derecha de bajo la capa sin desembozarme, levanté la cortina, y allí estaba sobre la cama, amortajado con hábito franciscano, calzados los piés con sólo las medias y con las manos cruzadas sobre el pecho, el cadáver de D. Feliciano Barrio, que esperaba á los enterradores.

Una familia amiga se había llevado á la del difunto, y yo, espantado ante aquel cadáver, vacilé de miedo en salir por la puerta ó por el balcon, llegando al fin á la calle cubierto de sudor y trémulo del miedo fantástico que me infundió aquel cadáver.

¿Qué se hizo aquella familia? No lo he sabido jamás. Creo que el miedo no me ha dejado todavía preguntar por sus individuos.

XXXIII

ERA aquel el primer año en que la juventud de las Universidades se veía privada de sus estudiantiles manteos. Mala, aunque oportuna disposición; porque es verdad que nos quitaba aquel aire de monaguillos que la sotana les daba; pero suprimía, al quitárnosla, entre los estudiantes aquella igualdad democrática, aquella fraternidad escolar, el espíritu, en fin, de corporación que nos hacía á todos considerarnos como hermanos, tratarnos todos familiarmente, y ampararnos y protegernos mutuamente, sin distinción de pobres y ricos, de nobles y de plebeyos, de carlistas ni liberales. Cuanto más avanzado en su carrera y cuanto más acaudalado era un estudiante, más alarde hacía de sus rotos manteos y de su desformado tricordio; y los que de sus padres recibían una gruesa mesada, tomaban en su compañía, so pretexto de servicio, á los pobres y desacomodados, cuyas familias escasas de bienes de fortuna podían á duras penas sostenerles en los meses de curso universitario. Aquellos mancebos privilegiados de la fortuna surtían de libros y vestían con sus ropas, que á medio uso y á propósito desechaban, á aquellos desheredados de ella, quienes no tenían incon-

veniente en aceptar del condiscípulo lo que su amor propio hubiera del superior rechazado. Los nobles y acomodados nos acostumbábamos á tratar de igual á igual con los menesterosos; y á veces estos menesterosos, que mejor que nosotros estudiaban porque no más que en sus estudios ponían su porvenir, nos repasaban las lecciones por nosotros mal aprendidas, y nos preparaban para un exámen, del cual, sin su repaso, no hubiéramos podido salir airosos.

El estudiante pobre contaba para sus futuros medros con la amistad contraída con el rico ó el influyente, y de esta igualdad del manteo han salido muchas lumbreras del foro y no pocas dignidades eclesiásticas, apoyadas en justicia por sus encumbrados condiscípulos, que con su justo apoyo han pagado los servicios que de estudiantes les debieron. Donde quiera que un estudiante en riña ó apuro pedía auxilio, en su favor acudían cuantos manteo y sotana vestían; lo mismo los que bajo de ellos usaban camisa de batista y repeticion cincelada, que los que ocultaban lienzo arpillerado y pantalón de paño de Astudillo ó de Santa María de Nieva. Los ricos se hacían obligacion y gloria de defender los intereses y los derechos de los pobres, y no dudaban éstos jamás, al meterse en un mal paso por ayudar en un arresto riesgoso ó en una atrevida calaverada á los ricos, y no había miedo de que salieran de ellos unos que otros mejor librados; porque, bien ni mal, premio ni castigo, los unos sin los otros aceptaban.

Mandaba por aquellos días en Valladolid un jefe político que tenía la hija más preciosa que echó al mundo mujer legítima de gobernador nacido ni por nacer. Era la muchacha una rubia más dorada que la Margarita de *Fausto*, y más graciosa que la Monna Lissa de Leonardo

Vinci; más blanca que una azucena, más ligera que una corza, más alegre y cantadora que una alondra, y más querida por un estudiante que Angélica por Medoro y doña Isabel de Segura por Diego Marsilla. Creía el gobernador que no había nacido hombre que por los ojos de gacela de su hija mereciera ser mirado; pero aunque ella no le miraba por miedo á su padre con los ojos de la cara, pintada tenía en su mente y esculpida en su corazón la imágen del estudiante, á quien, ni á ninguno de sus amigos, admitía en su casa el altanero gobernador.

Respetábamos los estudiantes aquella pasión recíproca, por todos nosotros conocida y patrocinada, y acotada y barreada por el padre de la muchacha con cuantos medios estaban al alcance de su paterna y civil autoridad. Perteneecía el estudiante á una familia de Madrid, y un oficial de graduacion se daba ya humos de ser por el padre favorecido y por la chica no mal mirado; con lo cual, y sin que nadie hubiera formulado en palabras semejante idea, fermentaba una todavía oculta rivalidad entre la guarnicion y la estudiantina. Solía ésta salir en rondalla algunas noches y dar algunas serenatas á las doncellas más conocidas por su hermosura ó su posición, y formaban la mayor parte de los músicos de aquella estudiantina los de Madrid, entre los cuales casualmente había muy aventajados instrumentistas; pero la rondalla estudiantil no se había parado nunca bajo los balcones del gobernador por no hacer mal tercio al estudiante Medoro de aquella Angélica. Fuése por temor de que alguna noche se parára, ó porque la influencia militar con el gobernador, que naturalmente recibía en su tertulia á los jefes superiores de la guarnicion, lo hubiera de él conseguido, ó por un insignificante tumulto

que una de las serenatas produjo, aquella autoridad prohibió las rondallas galantes de los escolares, con tan justo despecho de éstos como disgusto de la población, que con su nocturna música se deleitaba. Hacía, pues, más de dos meses que nada turbaba el nocturno silencio de la pacífica ciudad de Cazalla, cuando llegó el Carnaval, y con el último de sus tres días el del santo patrono de la rubia hija del hosco gobernador.

Daba éste por la noche, para celebrar el día, lo que hoy llamamos, y aún felizmente no se llamaba, una *soirée*, después de la cual debía de servirse lo que ya afrancesadamente se llamaba un *ambigú*; y á ambas cosas estaban invitados los jefes superiores civiles y militares, entre los cuales contaba el presumido pretendiente, rival presunto del estudiante. Que el capitán general, por personal galantería ó por instigación del oficial enamorado la hubiese dispuesto, ello fué que á las diez de la noche rompió en una brillante serenata una banda militar bajo los balcones del gobernador, que en la calle de Santiago tenía su casa. Acudió el vecindario y multitud de máscaras á la calle, y salieron los convidados á los balcones; aplaudieron unos y saludaron otros. Satisfechos los de arriba y contentos los de abajo, y á las once en punto, retirados los atriles, desfilaron los músicos, retiráronse de los balcones los de la fiesta y fueron dispersando los curiosos por ser la noche una de las últimas de Febrero, fría y sin luna, que por esta época no se goza en Valladolid de primaveral temperatura.

Bailóse y jugóse en los salones del gobernador, y á la media noche en punto abriéronse las puertas del comedor; y sentándose á la mesa las señoras y sirviéndolas los caballeros, dió principio el festín con general y

ranquila satisfaccion. Ya la conversacion se había generalizado y el maestre-sala iba á hacer saltar el tapon de la primera botella de Champagne, cuando al pié de los balcones que á la calle traviesa que va á la Boariza caían, rompió una rondalla estudiantina en la más alegre y repicada jota que brotó jamás de guitarras y bandurrias aragonesas al cascabelero compás de estruendosas panderetas madrileñas. Saltó el tapon del espumoso y rubio vino francés por entre los dedos del sorprendido maestresala, y saltó de su asiento el padre de la rubia al oír una voz que así en la calle cantaba:

Si hay gobierno y hay justicia
esta noche en la ciudad,
donde toca la milicia
canta la Universidad.

A la jota jota de los estudiantes
que tan bien jotean despues como ántes.
A la jota, jota, que salgan señores,
á oír los panderos como los tambores.
Y á la jota, que ésta, si no les agrada,
á los estudiantes no se les da nada.

Y aquí rasgaron los instrumentistas el ritornelo, y lo acompasaron las panderetas con un brío tan resuelto que hizo temblar las vidrieras, y de miedo á las convidadas, y de cólera al gobernador y á sus militares, que todos por las palabras del canticio comprendido habían la situacion. Pero no era para aquellos hombres aceptable, ni soportable para el gobernador, y echaron por la escalera todos los oficiales con la intencion de escarmentar á los provocativos jotistas; mas cuando al portal descendieron, y en el umbral de la puerta pusieron los piés, hallaron la calle tomada por una treintena de bi-

zarras máscaras que con los trajes caballerescos del tiempo de los Felipes austriacos, traían al cinto largas espadas de sala de armas de las llamadas *negras*, y pistolas de gancho en los cinturones.

« Señores, dijo adelantándose uno de los que en la calle esperaban á los que de la casa salían: sabíamos que el juego iba á copas; pero por si queríais echar una partida á espadas, hemos traído las nuestras. Os aconsejamos, sin embargo, que lo mireis bien, porque somos más de trescientos, y ninguno meterá un pié en la casa; y como la calle es de todos, si salís á atacarnos seréis los agresores, y si á estos perros que traemos en los cinturones se les antojase ladrar, sus ladridos podrían retumbrar en Madrid, lo que no ha de suceder con la música. Oidla, pues, con resignacion, que no es deshonra ceder á la razon y á la fuerza. »

Y á un movimiento del que la palabra llevaba, el peloton de enmascarados apechugó con los de la casa; y ántes de que éstos valerse pudieran, cerraron sobre ellos las puertas dejándoles dentro; y volvió á romper la estudiantina en la segunda estrofa de su inesperada jota.

Ya que por alguna puerta falsa saliera algun criado á requerirla, ya que ella, prevenida muy de antemano, tomase tal resolucion, la guardia de la plaza acudía reforzada y con sus oficiales á la cabeza. Al embocar ésta por la calle de Santiago, la multitud de estudiantes y máscaras se lanzó por el Arco de San Miguel, por donde la calle desembocaba en el campo Grande; desapareciendo por él y por las callejuelas laterales, como banda de golondrinas que se juntan para pasar el estrecho, y se dispersan al cañonazo con que saluda un barco inglés al peñon de la venganza (Gébel-Athar). Los soldados, engañados por la repentina fuga de los estudiantes, em-

prendieron su persecucion para echar á algunos mano; pero al salir por el arco caían malamente unos tras otros, á los lejanos silbidos de los fugitivos y ya salvos estudiantes.

Avisóse inmediatamente al rector de la Universidad, y el Sr. Tarancon con sus bedeles y el gobernador con sus agentes comenzaron á registrar los hospedajes; pero todos estaban durmiendo, algunos estaban sin disfraz en el teatro, casi ninguno dejó de probar su coartada, y unos pocos inocentes ajenos á la travesura, á quienes hallaron aún vestidos en sus casas, fuimos á la cárcel de la Uiversidad por algunas horas.

Cuando al día siguiente el bondadoso Sr. Tarancon me acosaba en su despacho para que declarase lo que supiera, y me decía:

— ¿Por qué no te habías acostado anoche, y por qué reias y cantabas al balcon cuando íbamos á tu hospedaje?

— Yo no sé qué decir á usted — respondía yo. — Le juro á usted que yo me había acostado sin tener arte ni parte en lo que usted me cuenta como sucedido. Cuando me encontré vestido delante de usted y de los bedeles, á quienes alumbraba la patrona, no pude explicarme lo que me pasaba, y estoy de ello tan asombrado como usted.

— Pero, muchacho, por los clavos de Cristo, no quieras hacerme comulgar con ruedas de molino; tú estabas á medio vestir, con los ojos abiertos, apoyado en la baranda del balcon y dirigiendo la palabra á la calle. ¿Qué hacías así?

— Vuelvo á jurar á usted, Sr. Tarancon, que no lo sé; que cuando me ví cara á cara con usted, como si volviera de un sueño, me asombré de no encontrarme

en la cama; porque tengo conciencia de haberme desnudado y acostado á las diez; ya se lo dijo á usted la patrona.

— Todas están siempre dispuestas á declarar en vuestro favor — dijo Tarancon.

— Esta vez no dijo más que la verdad.

— Entónces — exclamó el cariñoso sacerdote, tomando entre sus manos mi cabeza, y contemplándome atentamente — entónces, á no ser que seas sonámbulo...

A esta palabra recordé ciertas circunstancias sólo de mí sabidas, y me eché á llorar.

Sí: ¡yo era sonámbulo á los 19 años! Los disgustos de familia me habían envenenado el corazon, y la fiebre del corazon me había exaltado y descompuesto el cerebro. Yo era sonámbulo: y el sonambulismo es la primera estacion del camino de la locura.

¿Y quién duda que mi desarreglo cerebral tiene que haber influido en el giro loco y desordenado de mi poesía? ¿Y quién sabe si un poeta no es más que un monomaniaco que va para loco? ¿Y si yo soy un poeta, como se dice?.. ¡Quién sabe! ¿Por qué no? Mi padre murió creyendo que yo era un tonto... y yo creo que sólo los tontos son los que se vuelven locos.

XXXIV



YA no teníamos manteos los estudiantes en el curso universitario de 1835 al 1836; ya éramos en ella cada cual el hijo de su padre y lo que su ropa representaba; ya no nos unían, confundían y hermanaban á todos las desgarradas sotanas y los agujereados tricornos; y como ya los ricos no podían hacer vida comun con los pobres, y como ya los pobres no se atrevían á familiarizarse con los ricos; y como el natural despego de éstos comenzaba á engendrar en aquéllos el despego natural del inferior, avergonzado de ser pobre ante el superior orgulloso por ser rico, comenzó el estudiante pobre á procurar valer más en las áulas que el rico, que valía más en la calle; y salieron á la calle desde la cátedra aquellas ventajas del estudiante pobre, interpretadas por el rico, no como efectos de noble emulacion, sino como pretenciosas pruebas de superioridad intelectual; y al fin, interpretadas malamente la dignidad del acomodado y el justo anhelo del pobre, concluyó el espíritu de fraternidad universitaria, de corporacion y de clase, y comenzó á germinar en las escuelas el espíritu de bandería, y entró en la Universidad la division política que fermentaba en la sociedad.

Separáronse primero los teólogos de los legistas: co-

menzaron á echárseles de materialistas los que en la cátedras de medicina y farmacia estaban matriculados; comenzaron á averiguarse unos á otros las vidas y los antecedentes de sus respectivas familias, y hubo en la Universidad cristinos y carlistas; y en lugar de galantes rondallas y serenatas amorosas, circularon escritas y cantadas las provocativas poesías, y resonaron por las desiertas calles en la nocturna sombra las insolentes canciones; y buscándose y encontrándose en la oscuridad los provocados y los insolentes, se ingirieron en las costumbres las tradicionales palizas del 23 y 24, y no hubo medio de llevar de noche sobre ellas el traje universitario sin riesgo de las costillas.

Yo era tan sonámbulo en la política como en el estudio del derecho, y más sonámbulo despierto que dormido; porque olvidando que en Valladolid era el hijo de mi padre, allí conocidísimo, respiraba inconscientemente las auras de libertad y las aspiraciones del progreso; haciéndome igualmente hostiles á los realistas, amigos de mi familia, y á los liberales, que no podían creer en los humos progresistas del hijo del superintendente general de policía del difunto rey D. Fernando VII, el Deseado.

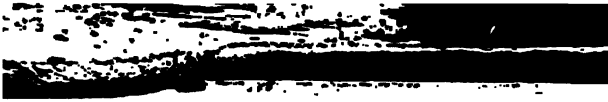
Como toda la Universidad sabía que yo hacía versos, andaba siempre expuesto á que me achacasen los unos y los otros los que con unos y otros se zaherían; y andaba el bueno de Segundo Valpuesta azorado por mí, cuando tardaba algo más de lo acostumbrado en volver de noche á nuestro comun hospedaje. Yo he tenido siempre afición al vagabundaje nocturno: y como las amonestaciones del rector Tarancon por un lado, la vigilancia del procurador de mi padre por otro, y mi carácter esquivo, sobre todo, me habían casi excluido de la sociedad estudiantil, andaba yo siempre sólo y des-

perdigado, leyendo al sol, por los andurriales, á Walter-Scott y á Fenimore Cooper, y estudiando de noche por las callejas y las plazuelas las siluetas y sombras de aquellas torres bizantinas, de aquellas ventanas enrejadas, y de todos aquellos románticos arrequives con que llené posteriormente mis libros. Mi corazón y mi cerebro eran dos laberintos, en donde no podía yo mismo penetrar sin perderme; porque, mientras asistiendo á mi padre enfermo, permanecí en la casa del canónigo de Lerma, hermano de mi madre, había yo adquirido una tan secreta como dolorosa idea de la situación de mi familia. El prebendado había sido siempre el consejero, el favorito y el administrador de mi padre; quien, como buen abogado, sabía arreglar la hacienda ajena, pero no manejar la suya; con tanto más motivo, cuanto que los pleitos y los negocios políticos no le habían nunca dejado tiempo para ocuparse de sus cuentas, llevadas siempre por el canónigo, en números muy entendido, y á quien estaban por ello confiadas las del Cabil-do de su Colegiata.

El incesante sobresalto en que á los dos hombres de mi casa tenían las vicisitudes políticas, y la presencia en las inmediaciones de partidas carlistas, cuyos jefes eran por ambos más ó ménos conocidos; el repentino é inesperado fallecimiento de otro pariente, presbítero de Tordomar, á quien habían confiado todos los ahorros de mi padre, que se perdieron con la silenciosa muerte de aquél; la eterna preocupacion en que á mi padre tenía mi porvenir; la oculta ojeriza que entre el canónigo y yo hervía en la conciencia de ambos, y el descabellado giro de mi espeluznadora poesía, tenían á mi madre llorando y rezando incesantemente, y en guerra sorda y ojo avizor conmigo á los dos varones de mi confinada

y mal segura familia; y habiaseme á mi metido en la cabeza que mi pobre madre estaba entre su marido y su hermano como estaría un pájaro anidado en el hueco de un olmo, con un milano posado en su copa y una culebra enroscada á su tronco. Idea sin duda injustificada é infundada, pero surgida en mi cerebro y arraigada en mi corazon por mis tal vez mal hechas observaciones. Ello es que, entre el pesar y las continuas cavilaciones que esta idea engendraba en mi espíritu, mi constante lectura del gran novelista inglés y de su rival americano, Walter Scoott y Cooper, y la avenida romántica francesa, por la que me dejaba arrastrar con el más desenfrenado delirio, llegué á vivir en una exaltacion febril y en un aislamiento semi-salvaje, que produjeron por fin la divagacion diaria y el sonambulismo nocturno; doble sonambulismo de la vigilia y del sueño, germinado y sostenido al mismo tiempo por el delirante romanticismo de mi imaginacion de poeta y por la pesadumbre real de mi corazon; vivía yo, pues, si aquello fué vivir, acompañado y perseguido por mis imaginarios fantasmas y acosado al par por mis verdaderos pesares.

Una noche me acosté cansado de dar vueltas á una idea, la cual no pude encajar en la métrica elegida para mi composicion: conté, segun mi costumbre, los versos aquel día escritos; marqué su número debajo de una línea horizontal puesta al lado del último, y me entregué al sueño, esperanzado de encontrar el fin de mi estrofa con el reposo de aquella noche y la luz del siguiente día. ¡Cuál fué mi admiracion encontrando al levantarme seis versos más escritos debajo de los contados, con la misma igualdad, con tan segura mano como éstos, y encerrando la idea rebelde que había resistido á



todos mis esfuerzos de la noche anterior! No lo concebí, pero tampoco lo adiviné. Dióme mi padre várias reglas de vida práctica que nunca he olvidado; una de ellas fué: «no te hagas servir por nadie en lo que puedas servirte solo;» y en consecuencia de ella me puso un día en las manos un par de finisimas navajas para que empezára á afeitar el naciente bozo que comenzaba á negrear en mis descoloridos carrillos. No fué nunca difícil para mí, que nunca carecí de destreza manual, la operacion de hacerme la barba: pero dábame yo con ella importancia, y en la noche del 31 de Diciembre de 1836, víspera de los días del señor Tarancon, me acosté pensando en que debía ir á dárselos muy bien afeitado. Pero ¡cuál fué mi asombro cuando, al ponerme ante el espejo, me encontré á la mañana siguiente sin rastro de bozo! La palangana contenía agua de jabon, pero las navajas estaban limpias y en su caja; entónces caí en que era sonámbulo... y tuve miedo. Despues de haberme sentido mis compañeros y la dueña de la casa vagar á oscuras por ella algunas noches, supliqué á Valpuesta que me encerrára en mi alcoba, á cuya puerta vidriera pusimos llave. Concluyó el curso académico; volví á Lerma, y no me atreví á confiar á mi madre mi nocturna enfermedad; pero una noche, al despertar frío y sobresaltado, me hallé desnudo, asido á las dos hojas de una abierta ventana, y rodeado de mi padre, mi madre y el canónigo, que me contemplaban con asombro, teniéndome este último cogida mi mano izquierda con su derecha.

— ¿Qué pasa? — les pregunté más asombrado que ellos.

— Eso te pregunto yo — díjome mi padre severamente.

— No sé — repuse con la más ingénuu veracidad. —
¿Qué he hecho?

— Has abierto muchas veces la ventana, has sacado la cabeza á la calle sin soltar las hojas, y despues decir no sé qué en italiano, has vuelto á cerrar y abrir, hasta que tu tío te ha cogido la mano.

Confuso y avergonzado confesé que era sonámbulo.

— ¡Pues no te faltaba más! — exclamó mi padre.

Y enviándome á dormir, dejó que mi madre quitara con los ojos arrasados en lágrimas, todo lo que en el cuarto pudiera lastimarme, y me dejó en él encerrado.

¿Y por qué hago hoy yo aquí tan íntimas y tan poco interesantes revelaciones?

Lo diré el próximo lunes, en la *última hoja traída* de estos RECUERDOS.

XXXV

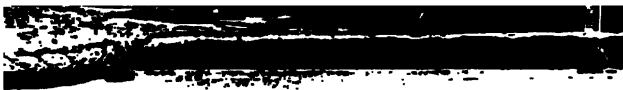


CONCLUÍA mi artículo del 10 de Enero corriente anunciando que el próximo lunes, es decir, el 17, diría por qué he hecho en los *Lúnes de El Imparcial* las tan íntimas como poco interesantes revelaciones de mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO. Pasóse el lunes 17, y me lo pasó yo en silencio; no me creo, pues, comprometido más que para aquel lunes, y no pienso decir del asunto una palabra más.

Con las glorias se me han ido las memorias; y de mis glorias voy á decir cuatro palabras, ya que alcanzamos unos venturosos tiempos en los cuales el que no se alaba no encuentra un alma de cántaro que *de balde* le diga « por ahí te pudras. » Como no pertenezco todavía, á lo ménos ostensiblemente, á ningun partido político; como no soy individuo de ninguna Academia, aunque soy ex-académico desde 1847; como no tengo título alguno ni académico ni universitario, ni he sido todavía ni diputado á Cortes, ni secretario de un Consejo de ministros, ni presidente ó individuo de ninguna de esas asociaciones útiles y benéficas, en las cuales se beneficia uno con la beneficencia y la utilidad públicas, cuando alguien me aplaude ó alguna poblacion me

recibe bien, me tomo los aplausos y el buen recibimiento por moneda corriente; porque como no tengo nada que dar, ni favor alguno con los que lo tienen para ofrecer á nadie dispensarle los míos, me supongo que quien me aplaude y los pueblos que bien me reciben lo hacen por puro afecto y porque realmente les parece bien lo que llevo hecho, y se lo agradezco; pero como sólo con mis palabras puedo yo demostrar mi gratitud, voy á concluir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO mostrándome agradecido, despues de haberme en aquellos manifestado humilde, confesando los infinitos defectos de mis obras, y los prosáicos orígenes y móviles de mis incalificables poesías. Y de incalificables las califico, porque la mayor parte de ellas no pertenecen á escuela conocida ántes de que yo las produjera, y porque las he producido olvidando y atropellando todas las reglas y preceptos académicos que en sus áulas me enseñaron los Jesuitas, de quienes las aprendí.

He probado en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y en lo dicho me ratifico, que casi todas mis producciones literarias son muy medianas, y producidas bajo malos principios y en desfavorables condiciones: que sólo el acto tercero de *El Zapatero y el Rey*, y los dos primeros de *Traidor, inconfeso y mártir*, me dan derecho á tener pretensiones de autor dramático, y que mi *Capitan Montoya*, mi *Cristo de la Vega* y mi *Margarita la tornera* me le dan positivo á creerme poeta descriptivo y legendario. Nunca he manifestado aspiraciones á más; y por saberse el pueblo español de memoria estas leyendas mías, he venido á parar sin empeño ni *trastienda* mía en parecer el poeta más popular, ayudado, amparado y anualmente sostenido por *Don Juan Tenorio*, á quien por ahora no hay modo de derrocar; idolo



quien el pueblo ha hecho un altar del escenario, y quien yo no me empeño ya en probar lo débil y malo del barro en que está hecho, y la deleznable base encima del pedestal sobre que están apoyados los pies de la deificada y adorada imagen, porque es el único protector que me queda y la única deidad á quien puedo encomendarme.

XXXVI

BARCELONA, *Enero* 1881.



HE probado que desde mi primera juventud he caminado hácia el manicomio, y que soy además el mayor tonto que hay en España, puesto que he podido serlo todo y no soy nada, he enriquecido á muchos quedándome pobre, y he llegado á viejo sin derecho ó maña suficientes para ser protegido por los que con mi trabajo legalmente se han enriquecido, y por los de quienes sus productos anuales forman las rentas. He declarado y descrito cómo despues de ser loco y ántes de ser tonto he sido sonámbulo, y ni estoy obligado ni quiero obligarme á decir en vida de mi TIEMPO VIEJO lo que dirá despues de mi muerte un curioso libro que escrito pienso dejar.

La exigente demanda de un actor amigo y la no completa correspondencia de un empresario, me trajeron y me hicieron hallar, en Barcelona, á los sucesores de Ramirez, que se brindaron á imprimir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y he puesto á la venta su primer tomo, reservándome el derecho de completar el segundo con dos partes, tituladas *Tras los Pirineos* y *Allende el mar*, y más tarde tal vez con un tratado y ejemplos

de lectura; de cuyo arte me he declarado profesor, como Napoleón III se declaró Emperador «por la gracia de Dios y el sufragio universal.»

Cataluña me ha acogido como si hijo de Cataluña hubiese nacido, y se ha empeñado en volverme á oír decir mis versos como doce años há cuando diciéndolos volví de América; y como ya no hago versos nuevos, me ha escuchado y aplaudido los viejos, y por ellos me ha obsequiado y regalado y dado hospitalidad, y por ello la doy gracias en esta extraña conclusion de mis RECUERDOS, como más ámpliamente la pruebo por ello mi gratitud en el apéndice de su primer tomo.

Algunas poblaciones me han invitado á hacer en ellas las lecturas en Barcelona hechas, y mi último viaje á la inmortal Gerona, impidiéndome escribir el artículo del lunes 17, ha puesto este extravagante fin á mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

¡Pero cuánto no queda por escribir de la vieja Gerona! ¡Qué manantial tan rico de históricas, religiosas y fantásticas leyendas encierran aquel patio bizantino, donde se ha establecido un naciente y curiosísimo Museo, aquella Catedral originalísima por su atrevido embovedado, y la apilarada y cubierta galería que la rodea; aquellas escalinatas tortuosas que llevan allí nombre de calles; aquellas angulosas y estrechas encrucijadas, por las cuales me parecía imposible no topar de manos á boca con los judíos que en sus casas vivieron, ó con los cristianos que en ellas les degollaron; aquellas murallas acribilladas, y puedo decir caladas y festonadas, por las bombas y balas francesas; desmoronado pero sólido y perenne testimonio del indomable valor de Álvarez y sus gerundenses, y de la incuria de nuestros presentes tiempos, que en más de media centuria no se han

ocupado de reparar las fortificaciones, que podemos necesitar de un día á otro en estos de guerras generales, y de revueltas civiles y cuotidianas, que son actual entretenimiento de este siglo de filosófica discusion, y de escuela práctica de despoblacion por el incendio y las ametralladoras.

Los habitantes actuales de Gerona nos han colmado de aplausos á un poeta catalan, Mata y Maneja, que me acompañaba, y á mí; y yo tengo fotografiada en mi memoria su antiquísima y romántica ciudad, partida por dos ríos y cercada de los más pintorescos montes, tras de cuyas crestas asoman los nevados penachos de las pirenaicas montañas. ¡Si yo no tuviera ya sesenta y cuatro años! Si tuviera tan fresca la imaginacion, tan firme la mano y tan exaltada la fantasia como tengo aún jóven el corazon... ¡qué romancero tan parejo con el de mi Zamora la prometería y llevaría á cabo ¹. Gerona encierra los anales de una época romana, un legendario de la Edad Media y la epopeya moderna, que duerme en el sepulcro de Álvarez. Desde Zamora, rayana de Lusitania, á Gerona, fronteriza en las Galias, hay sembrados más secretos históricos y arquitectónicos, más misterios legendarios, más tesoros tradicionales, más poesia y más gloria que en la olímpica Grecia y en la Roma capitolina. ¿Por qué no soy yo Homero, Virgilio ó Dante? ¡Ay de mí! ¡El más pigmeo de los poetas modernos sueña con la edad de los gigantes!

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y mis cantares de poeta; mi pluma se resiste á escribir más versos; las coronas de flores se han agostado sobre mis cabellos encanecidos; he roto la lira, pero no quiero

¹ Ver en las *Hojas traspapeladas* la carta de Zamora.

soltar la pluma. Voy sin embargo á contar algo más de lo que he visto; voy á hablar algo de los hombres con quienes he tratado, de las obras que de algunos he leído, de algunas insignes tradiciones y de algunas leales proezas que he visto hacer, de algunas cosas buenas que pasan por malas, y de muchas que ante mis ojos han pasado allende el mar; voy á escribir algunas historias que parecen novelas, y algunos cuentos que son historias; todo ello tan descosido, tan ilógico, tan destartalado y fantástico como mi vieja poesía; pero acaso más útil, más trascendental y más de mi tiempo; lo cual será curioso porque manifestará que, habiendo vivido entre vejez y sido narrador de viejas historias en mi juventud, entro, viejo verde, en la corriente del tiempo nuevo en mi vejez, y me preparo á morir vestido á la última moda y segun el último figurin. Voy á sentarme sobre mi ataúd á la puerta del cementerio á ver á los que ante mí pasan muertos ó vivos; he pasado mi vida derramando flores, consuelos y esperanzas; voy á sacudirme de encima algunas espinas que han dejado en mi piel los ramos de rosas de que he llevado cargados mis brazos, y á reirme del mundo como me he reido de mí mismo despues de haber llorado las ajenas desventuras, haciendo reir con las mias.

Huye, pues, de mí, espíritu, inspiracion entusiasta y creyente de mi poesía juvenil; vuélvete al cielo, de donde viniste, musa cristiana mia, que no nacistes en el Parnaso, ni en la Castalia fuente bebiste, y deja á mi lado al olímpico bufon, semi-dios pagano y representante bufo de nuestro desvergonzado positivismo, para morirme riendo con él de lo que he vivido cantando y glorificando.

¡Evohé! haced paso al viejo Sileno, que, coronado

de pámpanos sobre su asnillo cojo y orejigacho, atraviesa el fangoso circo de la tierra, resbaladizo y rojo con la sangre de los soberanos y de sus legiones, encharcado á trechos con las lágrimas de los pueblos, y alumbrado por la luz de la filosofía alemana y del incendio nihilista de Rusia. ¡Evohé! bebamos vino peleon de á diez y seis cuartos, y hablemos en prosa flamenca. Tomemos el tiempo conforme viene. Discutamos al Criador y corrijamos la creacion: invoquemos á Cristo y ametrалlemos á los cristianos: establezcamos una casa de beneficencia en cada plaza, y una administracion de loterías en cada esquina: que no quede el pueblo más ruin sin plaza de toros, y que no pase nunca la moda de los trajes ceñidos, que prensan las entrañas á nuestras mujeres, pero que dejan adivinar sus formas, cuyo movimiento las hace más incentivas que la plástica desnudez del paganismo. ¡Oro, mucho oro! el oro es la luz: tomémoslo de donde lo hallemos, y escribamos, como Séneca, un tratado de moral sobre una mesa de pórfido con mosaicos de ágata. Y como dicen los árabes: *Besm Allah alvrahman alrahim*. En el nombre de Dios clemente y misericordioso: aquí acaban mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.



TRAS EL PIRINEO

SEGUNDA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

I

DESPUES de la muerte de mi padre, mi cerebro se entenebró y no volví á tener rumbo ni á proponerme fin en el camino de la vida; viví al azar, esperando morir sin desear ni temer la muerte. Aborrecí todo lo pasado, y hubiera querido poder olvidarlo; si me hubiera quedado una renta segura, por exígua que hubiera sido, habría yo inventado una novela para dar la noticia de mi muerte; y cambiando de nombre, hubiera desaparecido tranquilamente de la existencia literaria y civil que me habían creado mis escritos y en que la fortuna me había hecho nacer. Esta idea me halagó largo tiempo; rompí con todo lo pasado, patria, familia, amigos... y me quedé solo en París. Solo vivía, solo paseaba, y con ningun español me trataba que conocerme pudiera. El haber anunciado mi poema de Granada me obligaba á cumplir la palabra que á mí mismo me había dado, y á no estafar el capital para tal obra aprontado por R. de G. y por un mi pariente, que fué al fin más desventurado que yo, muriendo

abandonado de su ingrata esposa y rodeado de mala compañía. Trabajaba, pues, en mi poema con febril afán, y salía no más de mi modesto albergue á ver con la luz del Ayuntamiento á aquel populoso París, á quien no veía ni de quien ver con el sol me dejaba. Pasando á veces por los *boulevards* de la Magdalena y los Italianos confundido entre la ociosa multitud, veía á algunos de mis amigos bajo los toldos de los cafés, conversando ó saboreando el moka, ó saliendo ó entrando en los teatros; ni yo les abordaba, ni en mí reparaban ellos; y cuando entre diez y once, para retirarme á mi estudiantil tugurio, atravesaba alguno de sus puentes, el Sena me atraía con su turbia y cenagosa corriente, y luchaba mi dignidad un momento con la idea, jamás por mi conciencia aceptada, del suicidio; lo que de él me salvó entónces, fué sin duda el saber nadar: tuve miedo á una prolongada agonía, y á una vergonzosa exposicion póstuma en la *morgue*.

No recuerdo cómo volví á la sociedad; pero empecé la impresion de mi poema de Granada ayudado y amparado por el amigo más sincero, más benévolo y más tolerante con mi carácter veleidoso y hurafío: quien con Fernando de la Vera substituyó entónces (y éste substituye todavía) en el mundo á cuanto mi padre se había llevado de mí al sepulcro: la fe, la esperanza, la familia, el hogar... y no digo la honradez, porque el trabajo me ha evitado el perderla. ¿Y por qué no escribir el nombre de aquel amigo que no labró mi felicidad porque Dios dejó al diablo apoderarse de mi cerebro y de mi corazón, en los cuales no pudo él meter la luz de sus severos principios y de su buen sentido práctico?

Era D. Bartolomé Muriel, veracruzano, establecido en París por aquellos años; hombre de mundo, caba-

lloso y de aristocráticas costumbres, expatriado voluntariamente de Méjico, amigo de los españoles y grandemente relacionado en Europa. Permitíanle sus rentas costear una lujosa morada sobre el *boulevard* de la Magdalena, en la cual vivía solo, teniendo preparada habitación para sus dos hermanos, uno de los cuales no supe nunca dónde residía, y otro que era oficial del ejército austriaco.

En una de la de estos me instaló una noche, no recuerdo cómo á la mano se nos vino de ello la ocasion ni el motivo; puso á mi disposición su biblioteca, y dándome una diminuta llave de secreto, igual á la con que abría él la puerta de la escalera, me dijo: «Aquí es usted el dueño absoluto de cuanto hay en este cuarto; le encontrará usted siempre servido de día por un criado, que acudirá al son de la campanilla, cuyo cordon tiene usted en la alcoba; de noche se servirá usted solo como yo. Puede usted retirarse á la hora que guste; á nadie estorbará usted, ni hará usted esperar; comerá usted dónde y como quiera; pero los domingos lo hará usted con algunos amigos que á mi mesa reuno; es el único día que cómo en mi casa y no sé comer solo. Yo no pasaré nunca á este aposento; de diez á doce me hallará usted siempre en el mío; y si alguna vez se encuentra usted sin el dinero preciso para su gasto diario, no tiene usted más que enviarme á decir por escrito con el criado lo que necesita por la noche, y lo tendrá usted á la mañana siguiente.»

Muriel era aficionadísimo á las artes, y habia gastado mucho en cuadros con que adornar su casa; yo tenía la Santa Cecilia de Guido Reni á la cabecera de mi cama, y frente á mi pupitre una Santa Lucía de Zurbarán; en la introduccion y dedicatoria de mi poema de Granada,

he dado una idea del aposento en que Muriel me alojó. En él escribí el segundo tomo y lo que del tercero conservo inédito de aquel poema: allí estudié árabe con el Rdo. Cassangian, sacerdote armenio eruditísimo, que trabajaba en un diccionario árabe con significados en siete lenguas, en cuyas partes española é italiana le ayudé lo que pude, y de quien salí malísimo discípulo, separándome al fin de él por un viaje que tuve necesidad de emprender á Bélgica.

Tengo idea de que este sábio Cassangian no quiso vender su diccionario á una Sociedad inglesa en siete mil quinientos duros, y que fué al fin elevado á la dignidad episcopal, asistiendo al Concilio ecuménico convocado por Pío IX. No quisiera confundir su persona con otra: de él conservo el más agradable recuerdo, porque era el hombre más recto y más aprovechador del tiempo del mundo; un minuto de retraso en la hora de la leccion le causaba una pesadumbre, y él entraba en mi cuarto á las diez en punto, reloj en mano; ponía el suyo sobre la mesa durante la leccion, y al tocar el minuterero en las once, se levantaba. Vestía de armenio con jubon y enagua de paño negro, bajo de un balandran á manera de kaftan turco; calzaba con media blanca y zapato negro, y tocaba su cabeza con una especie de fez rojo sin borla. No comprendía cómo sufríamos los europeos el pantalon, que él jamás había usado, y llevaba en todo tiempo un paraguas azul, que le servía para el sol como para la lluvia. *La Ilustracion* y el *Museo de Familias* publicaron su retrato, llamándole *el sacerdote armenio de la biblioteca*, porque se pasaba en la de Richelieu todas las horas en que estaba abierta, y los que de aquel tiempo vivían, no habrán podido olvidar la figura de aquel sábio, honrado y virtuoso sacerdote.

Mi poema tuvo una maravillosa aceptacion: á los cuarenta días de publicacion tenía vendidos mil ejemplares á Cipriano de las Cajigas para Méjico: quinientos á Baudry para Alemania, y setecientos cincuenta á vários corresponsales en París de librereros americanos; pero su éxito fué para mí infructuoso, porque Ignacio Boix, que me compró dos mil ejemplares, quebró ántes del plazo en que espiraba el pagaré con que me los aseguró; y Dionisio Hidalgo, contra mi órden expresa, vendió condicionalmente á algunos editores de la América del Sur, y no vimos más que la prima dada por sus enviados en París. Añadiendo á este sistema de contabilidad que un hermano de Boix reimprimió en Méjico el poema, que Cajigas había comprado dándole á mitad de precio, y que se hacían de él reimpressiones en Bélgica y en vários puntos de América, simultáneas con la mia y conforme yo iba publicando mis tomos, resultó que iba yo á ser tan famoso como pobre por mi poema. Decidí, pues, matar las reimpressiones matando mi publicacion, y renunciando á ser propietario de mis obras, cuya celebridad me iba á empobrecer, enriqueciendo á mis reimpresores.

Estaba escrito, como dicen los árabes, que el miserable ingenio que Dios me dió no me había de servir más que para mi perdicion; mis versos estaban malditos por mi padre y yo comencé á aborrecerlos, comenzando á pensar en atravesar el Atlántico en busca de una muerte que creí yo casi segura, bajo pretexto de ir á buscar una fortuna, que estaba yo más seguro de no alcanzar jamás con mis obras.

Añanzáronme en mi determinacion algunas miserias de la vida que de la mia me hastiaron por mi falta de sentido práctico, que probada llevo en esta desordenada

narracion de los desatinos, que forman la cadena de los hechos de la inconcebible existencia mia, alguno de los cuales no tengo inconveniente en revelar.

Casóse Eugenia Montijo con Napoleon III, y trató de regalarla un álbum por los poetas españoles. Surgieron en España no sé qué obstáculos para la pronta formacion de este álbum, y el general C., apoderado particular de la ya Emperatriz de los franceses, me escribió á Bélgica diciéndome que la condesa del Montijo esperaba que yo escribiese *algo* á la nueva soberana; que Mery se le habían dado cinco mil francos y la cruz de la Legion de Honor por su cantata epitalámica, etc., etc. Contesté yo que el advenimiento de una dama española al trono francés era un hecho histórico que no había por qué no celebrar; y que no teniendo yo compromiso alguno con la política de España, á ninguno de cuyos partidos estaba ligado, yo haría lo que supiese, sin que hubiera que darme por eso más que una sonrisa ó la palabra «gracias» de la hermosa soberana, y envié á pocos días á París mi conocida serenata. Intentáronme por que volviera á la capital de Francia; fuéme envióme M. Damas Hinard, secretario de la Emperatriz, un billete de recepcion para que yo la ofreciese mi autógrafo; pero en la mañana de la tarde en que debía yo por S. M. ser recibido, cayó enferma; y lo fui por M. Tascher de la Pagerie, con quien cambié treinta cartitas en un minuto, y entregándole mi manuscrito, no volví á saber ni á hablar más de semejante cosa.

Dijéronme que se me había concedido la Legion de Honor; pero que nuestro embajador, á quien yo no conocía, ni recuerdo siquiera quién fuese, había dado á mí muy malos informes... y allá quedaron cruz, serenata y honras mias.

Creí yo que si mis circunstancias eran buenas para pedirme aquel trabajo cuando había dificultad ú oposicion en hacerlo, no era justo tenerlas en cuenta para hacerme un desaire que no había provocado mi petulancia, cuando bien en la sombra me estaba yo en Bélgica.

Pocos días despues pasé por la mayor vergüenza en que en mi vida me he visto. Habíame un mi amigo de Madrid presentado dos carlistas emigrados que lo eran suyos, y que trabajaban en la imprenta de M. Pillet, donde imprimía yo mi *Granada*. Corrió el mayor de ambos con la correccion de pruebas y demas trabajos de impresion, y cumplió, en verdad, con la mayor exactitud. Tenía yo convenido con el impresor el pago de cada tomo por terceras partes: una al contado, otra á tres y otra á nueve meses de plazo, cada una de ellas de dos mil y pico de francos. Un día vino el recomendado de mi amigo á proponerme aceptar mi pagaré, y saldarle á su ventimiento con fondos que su familia le mandaba de España si yo le hacía el servicio de adelantarle los dos mil francos. Créime en el caso de hacerle tal servicio por la recomendacion de nuestro comun amigo; endoséle el pagaré, entreguéle los francos y no volví más á pensar en ellos.

El 17 de Octubre, á las seis de la mañana, abrióse la puerta del cuarto que en un hotel habitaba, y un hombre que me enseñó una faja tricolor y mi pagaré, me preguntó si le pagaba ó no. Díjele que debía de ser pagado por fulano, y díjome que el tal se había embarcado el 15 en el Havre para la Habana, y que yo era el único responsable del pagaré. Un deudor extranjero sin casa puesta, es un perro en Inglaterra y en Francia: «pagas ó preso.» El agente del Tribunal de Comercio

registraba desvergonzadamente mis libros y mis efectos, mientras yo me vestía para seguirle al Juzgado; pero habiendo tropezado con un ejemplar de la edición de Baudry de mis obras completas, me preguntó si era yo el autor; y al decirle yo que sí, cambió de tono y maneras, confesándose que comprendía era yo víctima de una estafa, y ofreciéndose á hacer mi posicion lo más llevadera posible. Vivía yo entónces de ochocientos francos mensuales que me daban los hermanos G. por la confeccion de un periódico español quincenal que enviaban á América; no tenía, pues, dos mil francos en mi casa; pero podían adelantármelos aquellos editores. El agente del Tribunal de Comercio me metió en un coche de alquiler, donde nos esperaban dos alguaciles de presa, y me llevó ante un somnoliento juez, que me preguntó:

— ¿Paga usted ó no?

— Sí.

— Pues pague usted.

— Necesito veinticuatro horas.

— No, ahora.

— No puedo.

— Pues á Clichy (prision por deudas).

Volvíme á poder del agente, y á meterme con él y los de presa en el coche.

En él me explicó el hombre de la ley que en aquel coche podíamos pasearnos por París hasta las cinco de la tarde: que yo podía ir en él á todas partes donde creyera que podía procurarme el dinero; pero que no podía bajar del carruaje, ni entrar en ninguna casa, porque él no podía volverme á prender dentro de ninguna. Ir á la de mis editores en aquel coche y aquella compañía era inútil; me tendrían por el estafador siendo el esta-

fado; hacer bajar á ningun amigo, ni áun á Fernando de la Vera, para que dentro de aquel vehículo me contemplára, era más fuerte que yo; con que ¡á Clichy! Pero el bueno del agente seguía callejeando, esperando que me ocurriera una buena idea. No me ocurrió: sino que al pasar por la calle de Luxemburgo salía de su casa Muriel; vióme, y comprendiendo mi situacion... paró el carruaje, preguntó la cantidad, volvió á subir á su aposento y tornó á bajar con una carta-orden de dos mil quinientos francos contra su banquero; no tenía el dinero en casa. Fui á la del banquero; cobré y pagué en el patio, y me volví á mi hotel, del cual saqué mis baules sin hablar palabra.

Cuando volví á ver á Muriel fué para pedirle cartas de recomendacion para Méjico, lo que él me había alguna vez aconsejado.

Hubo otro caso extraño que me decidió á salir de París; pero entra en el dominio de lo fantástico, pertenece á aquellas extravagancias que formaron la base de mi poesía, extraviando y descompaginando mis ideas, arrastrándome al camino del manicomio.

Hé aquí el hecho.

II

POR hurraño que mi carácter fuese, y por esquivado que yo con la sociedad me mostrase, no podía vivir sin sociedad alguna; ninguna pues, frecuentaba, pero á algunas asistía alguna vez. Para colmo de desgracia y por complemento de mi locura, se había engendrado en mi corazon una pasion loca, que estaba dispuesto á sofocar, pero que no me atrevía á romper; no sabía cómo decir ni cómo ocultar á una mujer á quien amaba que mi ida á América no tendría vuelta; porque, decidido á cruzar el Atlántico, iba desesperanzado de hacer fortuna, y casi seguro y con la esperanza casi de encontrar la muerte.

Yo he vivido siempre con la sonrisa en los labios y con la boca llena de alegres palabras; pero he llevado siempre la tristeza en el corazon por no haber sabido lograr jamás lo que me he propuesto, pareciéndome siempre en conciencia justo y bueno lo que me proponía. Así es que en mi corazon no he dejado jamás penetrar á nadie, para lo cual he aprendido desde muy jóven una cosa muy difícil de poner en práctica: el arte de hablar mucho sin decir nada, que es en lo que consiste generalmente mi poesía lírica, aunque por ella se

extrabasa la melancolía y en ella rebosa la amargura de mi alma. Yo soy un hombre muy alegre y un poeta muy triste, de lo que resulta que mi poesía y yo parecemos falsos, y tal vez somos de *doublé* mi poesía y yo; pero no soy yo ni mis contemporáneos, sino la posteridad, quien ha de aquilatar el carácter del hombre y el valor de su poesía: *ai posteri dunque l'ardua sentenza...* si los pósteros llegan á tomarnos en serio á mi poesía y á mí. De aquélla no se me da una higa, y de mí pienso decir ingénuamente lo que creo en este libro, por si es el último que escribo, y para que no digan ni los pósteros ni mis contemporáneos que de engañarles traté disimulando mis malas cualidades, ni que alucinarles quisí defendiendo los defectos de mis obras; y como de éstas no es ahora cuestion, sino de aquéllas, hablemos un poco de mis malas cualidades.

Una de ellas es la de no haber podido creer en el amor de las mujeres: entendámonos, en el amor por mí de ninguna mujer; no hablo de las legítimas, por que éstas, sabiendo ya en todo á qué atenerse conmigo, no han podido dudar de nada; hablo de las cien mil mujeres que hablan de amor en nuestra sociedad, que de todo habla. Desde que tuve la desgracia de escribir mi *Don Juan Tenorio*, y desde que hasta los Tenorios de taberna supieron de memoria y dirigieron á sus queridas la carta de Don Juan á mi doña Inés, consideré completamente perdidos para mí los corazones de todas las mujeres españolas y de todas las que en las Américas que españolas fueron hablan el castellano. Hombre sencillo y de vulgarísimas costumbres, de pequeña estatura y exterior de solidez harto dudosa, tenía necesariamente que ser mal juzgado por las mujeres; las devotas y melindrosas me iban á tener por un mónstruo

de doblez, doctor graduado en la academia de seducciones infernal de Satanás; las de abierto carácter y acomodaticia conciencia iban á esperar de mí nubes de incienso, exhaladas de mi poesía en perpétuos y apasionados madrigales, décimas derretidas y cartas como la de Margarita la tornera y doña Inés de Ulloa; las ardientes y apasionadas iban á tomarme por profesor de una nueva escuela de disolucion, y por inventor de nuevos, pósticos y nunca sentidos placeres, y las romásticas é idealistas iban á creer que me alimentaba con alones de sifos y pechugas de colibrís, condimentados con ámbar y ambrosía, rocío matinal y esencia de rosa de Constantinopla. Comprendí, pues, que en la práctica del amor el hombre iba necesariamente á desacreditar al poeta: que el poeta iba á llevarse al hombre por los países imaginarios del amor, y que ninguna mujer que creyera amarme, si llegaba á dar con alguna que de veras me amára, iba á saber ella misma á quién en mí amaba, si al hombre ó al poeta, ni qué era lo que en mi favor había alucinado su fantasía y arrastrado su corazón; á esta aura de poesía de que mi fama me ha rodeado, esta reputacion de poeta amoroso que las amorosas cartas de mis galanes me han dado, ó la sinceridad alegre y la cordial simpatía del hombre cuyo exterior casi raquíutico está en contradiccion con la exuberancia amorosa de su florida y seductora poesía.

He pasado, pues, con la mitad de las mujeres por un imbécil que no supo jamás atrapar por su único cabello á la ocasion, que por la palma de mi mano pasaba rozando, y grosero con la otra mitad, porque pagué sus falsos melindres con un autógrafo ó un retrato al tiempo de volverles las espaldas, y me he casado dos veces tan vulgarmente como cualquier tendero de aceite

y vinagre, sin consultarlo con nadie y sin dar á nadie parte ni responsabilidad en el asunto.

Y sin embargo, amaba á una mujer ántes de salir de Europa, y la amaba hasta el punto de no atreverme á revelarla mi decidida resolucion de no volver.

Y porque á ella iba esta mujer iba yo á una sociedad, en la cual se reunían algunos ingenios italianos, franceses y españoles más ó ménos conocidos y célebres despues, y algunas señoras de conocido talento ó de notable hermosura. Americanos eran los dueños de la casa, y entre las americanas que su salon frecuentaban había una preciosísima chilena, casada con un rico inglés, que, siendo cónsul en su país, allá la había conocido, y de ella se había perdidamente enamorado. Rayaba en alta la estatura de aquella chilena, y comenzaban sus formas á cargarse con la redondez de los treinta y un años; pero aún conservaban su talle la flexibilidad y su paso la ligereza juvenil, llenando la incipiente amplitud de sus contornos de graciosos hoyitos, sus mejillas y las comisuras de su risueña boca. Dos ojos pardos, grandes, luminosos y tranquilos, revelaban en su faz la tranquilidad de su alma y la pureza de sus pensamientos; y una abundante y algo riza cabellera castaña coronaba su escultural hermosura, como las marañas de flotante niebla coronan las montañas de su país al levantarse el sol sobre el horizonte. Dos hijas tenía, como su padre rubias, y crecidas y esbeltas como dos ángeles de Alberto Durero: la una de once y la otra de catorce años, con quienes y con ella dividía el rico inglés su cariño, labrándolas una existencia que todos envidiaban; libres las tres de la presencia de una hija que el inglés hubo en cuatro meses de primer matrimonio, y que en Lóndres residía casada

con un socio, que en ciertos negocios en la India le ayudó á reunir la riqueza de que sus rentas provenían. El inglés se había captado el respeto, y la chilena el cariño de nuestra sociedad, y ningun sábado comenábamos sin ellos la música y la lectura que sosteníamos italianos y españoles, en competencia de franceses y alemanes.

Había yo escrito, no recuerdo si en unas notas de *Granada*, un tratado de quiromancia, y un supersticioso italiano me había atribuido el arte de tirar las cartas por un artículo que sobre cartomancia y adivinación había yo, para un periódico americano, escrito por aquellos días. Un sábado de Octubre de 1855 esperábamos en hora temprana la reunion de nuestra sociedad, que solía comenzar á las diez, la mujer amada por mí, los dueños de la casa y tres ó cuatro de los artistas que nuestras veladas amenizaban, de los cuales eran, y sea dicho de paso, la inolvidable Persiani y el famoso Moriani, á quien se llamaba *il tenore della morte* por lo bien que sabía morir en *Stradella*, *Lucía* y *Lucrecia*, y á quienes habíamos conocido en Lóndres. Las mesas de juego estaban preparadas, y mientras cuatro ó cinco señoras cuchicheaban alrededor de la chimenea y los hombres hojeaban un álbum en el velador, hacia y deshacia yo distraidamente una baraja, porque hay que saber que yo no sé jugar á ningun juego de naipes; pero barajo las cartas con la destreza del más consumado tahur.

Al dar los tres cuartos para las diez entró en el salón nuestra hermosa chilena con sus dos niñas y sin su marido; y como despues de los saludos y cortesias de entrada volviere yo á barajar, distraido en los turbios pensamientos que en la imaginacion me oscurecian, la chilena vino á mí, diciéndome de repente:

—He leído de usted hoy cosas que me han llamado la atención; ¿quiere usted decirme la buena ventura y tirarme las cartas? Mi marido tiene por estas dos cosas una aversión inconcebible; pero ahora que no está aquí, y siendo usted el nigromántico, tendría yo un gran placer en ver lo que nunca he visto. Veamos: ¿qué hay escrito en mi mano?

Y me tendió abierta su izquierda mano desnuda del guante. Yo no he creído nunca más que en Dios, y estoy felizmente libre de toda superstición; las conozco todas, de todas me he valido en mis escritos para hacer efecto sobre la imaginación de mis lectores; pero de todas me río y compasión me inspiran todos los que creen ó temen los agüeros, hechicerías y evocaciones. Tomé á broma la demanda de la chilena, y con mi mano izquierda los cuatro dedos de la suya, como si fuera á estudiar sus rayas; cogí de mis labios con los cinco de mi diestra un beso que hice muestra de colocar con ellos en su palma, y la dije:

—Aquí no hay más que lo que mi deseo pone con este ósculo tan respetuoso como galán: larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

Amohinóse un tantico la voluntariosa chilena; apercibiéronse de lo que entre ella y yo pasaba los circunstancias; empeñáronse en que satisficiera yo su capricho; rehusé yo alegando la vanidad de semejantes prácticas; tornaron á insistir, y volví yo á rehusar; pero importunado al fin, y creyendo notar en la curiosa dama no sé qué febril exaltación, que me pareció extraña en ella, barajé sonriendo, díla á cortar la baraja, cortó creo que temblando, tendí siete cartas tapadas sobre la mesa y la mandé volver una; volvió un as de *carreau*, y tornando yo á confundir y mezclar las seis cartas aún no

vistas, volví á tenderlas descubiertas alrededor del as; apareciendo en aquella combinacion un agüero tan terrible como inverosímil. Notó ella, sin duda, en mi semblante la mala impresion que aquella combinacion me había hecho, y poniéndome en el hombro su diestra, me dijo:

—¡Cuidado, que quiero la verdad!

—Pues bien—respondí yo—como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que «en los siete días entrará la justicia en su casa de usted por una muerte y se disolverá una familia.»

Quedóse la dama un instante pensativa, y echándose á reir, nos reimos todos. Entraron los contertulios, cantó Moriani, se leyó, se bailó, y á la una nos despedimos, las señoras con besos y los hombres con apretones de manos, y cada cual se volvió á su casa, á través de la nieve con que empezaban á blanquearse las calles.

III

EL sábado siguiente, á las diez, viendo yo que la dueña de la casa llevaba á una señora al piano, y que Iradier se sentaba á él para acompañarla, pregunté yo:

—Pero qué, ¿no esperamos á nuestra hermosa chilena?

Miráronme todos con asombro, y la señora exclamó:

—¿Pero no sabe usted?..

—Nada; ¿qué hay?

—Que su marido resbaló el miércoles al entrar en su casa, y cayó de espaldas perdiendo el sentido. Le subieron á su lecho, y espiró á las dos horas sin poder hablar ni hacer testamento; y como la fortuna del marido está sujeta á no sé qué leyes inglesas, es la hija del primer matrimonio la que todo lo hereda.

No quise oír más. Una pesadumbre inmensa se apoderó de mi espíritu y trastornó mi cuerpo; la sociedad comprendió el mal que semejante noticia me causaba; y no habiendo llegado tampoco aún la mujer á quien yo amaba y por quien allí concurría, salí de aquella casa y pasé aquella noche insomne, determinando apresurar mi viaje y salir de París para no volver á encon-

trarme con aquella infeliz mujer, que debía de unir
ra siempre mi recuerdo al de su desventura.

Yo no creo más que en Dios y soy cristiano por
viccion; pero la imágen y la historia de aquella her
sa chilena se conserva en mi memoria tan poética
mo melancólica, y vaga por el campo fantástico de
imaginacion en compañía de la hija epiléptica de Ma
co Maggiorotti, mercader de lanas en Cádiz.

Yo moriré probablemente en un manicomio, por
poeta hasta la muerte; ¡cuán poéticas afecciones se ap
sentarán en mi corazon hasta mi último suspiro!... por
qué yo he derramado en mis libros la poesía de mi
imaginacion, pero he guardado la de mi corazon pa
ra mí.

IV



EL 27 de Noviembre de 1854 me despedía de Muriel y de Torres Caicedo, quienes me habían procurado veintidos cartas de recomendacion para Méjico; yo iba recomendado por importantes personajes influyentes de las Américas españolas, desde el presidente de la república Santana hasta el empresario del Teatro Viejo, y llevaba un pequeño crédito para hacer frente á los gastos de los primeros días de mi llegada, suponiendo Muriel que con mi nombre y las cartas no necesitaría más en Méjico para hacer allí mi fortuna.

El 28 por la noche me despedía en la estacion del ferro-carril una mujer en cuyos brazos dormía un sér inocente nacido en el pecado, por quien debía yo vivir, trabajar y volver de América rico. A las dos de la mañana me embarqué en Boulogne en uno de los viejos cascarones que hacían entónces la travesía del canal de la Mancha, y á las ocho me alojé en Lóndres en un modesto hotel no léjos de Charing-Crose.

Lóndres es para mí la ciudad más antipática del universo, y los ingleses de Lóndres los más antipáticos

individuos de la raza humana. El inglés de Londres cree que para ser algo en el mundo y para salvarse después de la muerte lo primero que se necesita es haber nacido inglés y en Londres, y que el resto de la tierra no es más que el patio y las caballerizas de Inglaterra. Mi padre me decía pocos meses antes de morir en Torquemada:

—Deséñgñate, hijo; mientras el mar no se trague la isla de la Gran-Bretaña, no habrá paz en ninguna parte.

Y sea por la mala idea que de ellos me hizo concebir mi padre antes de que yo los viera en su país, ó sea porque yo lo he visto siempre á través de Gibraltar, pasé por Londres sin detenerme más que á tomar mi pasaje de primera cámara en el *Paraná*, y continué mi viaje á Southampton, de cuyo puerto debía zarpar. Pero el *Paraná* no anclaba en Southampton: el Gobierno inglés le había embargado para llevar tres mil hombres á Crimea; y aunque la Compañía de los vapores del Atlántico gestionaba con esperanzas la devolución de aquel buque y preparaba otro, los viajeros y la correspondencia del *Paraná* debíamos esperar indefinidamente á que se resolviese la cuestión entre el Gobierno y la Compañía. En las oficinas de la Agencia de ésta tropecé con el general mejicano García-Conde, á quien me había presentado en París el embajador Pacheco, y que debía ser compañero mio de navegación. Mal de muchos... y nos juntamos y comenzamos á vivir juntos, y á comentar nuestra situación expectante, animándonos el uno al otro á esperar, renegando de Inglaterra, el momento de salir de su territorio modelo. Al otro día por la mañana oímos hablar español en el cuarto inmediato al que nos alojábamos, y el general

García-Conde creyó oír pronunciar mi nombre por los que en español hablaban. Propusímonos verlos por si conocidos nos eran; pusímonos en acecho dejando entreabierta la de nuestro aposento para ver á los que por la puerta del inmediato saliesen, y al fin dí yo en brazos de Ramon Losada, el relojero de Regent-Street, que era el huésped del contíguo aposento. Rió, bromeó, se conmovió, y aún lloró escuchándome; aprobó mi resolución de ir á Méjico, me presentó á un jóven que le acompañaba, pasajero tambien del *Paraná*, y me dió dos cartas para la capital del imperio de Moctezuma: la una para un loco que escribía en periódicos y que podía servirme de mucho, y la otra para un su correspondal, que podría darme por cuenta suya seiscientos duros en la ocasion en que yo los necesitára.

Losada era en Inglaterra un originalísimo personaje: conocido en todas partes, en todas era útil y por todas se metía como por su casa. A la de un conocido suyo nos hizo trasladar con nuestros equipajes, y en ella estuvimos cuatro días cómoda y alegremente. Allí me hizo trabar amistad con el jóven en cuya compañía venía, que era un Sr. D. Angel Inambelz, comerciante enriquecido en San Luis de Potosí, adonde regresaba, y á quien me puso por compañero en el camarote del buque, cambiando mi billete por otro mejor, segun dijo y razones que me dió. Dejéle hacer, convencido de su buena voluntad y de su conocimiento de aquel país y de aquellas gentes, y cuatro días despues del en que debía partir, esto es, el 6 en lugar del 2, apareció en el puerto el *Paraná*, buque negro, viejo, enorme y feo, como la ballena que se tragó á Jonás. El 8 al medio día nos condujo Losada en un bote á bordo, nos recomendó al capitán Lees, á quien conocía,

nos instaló juntos al general García-Conde, á Inambelz y á mí; y hé aquí un rasgo característico de Losada, que se había hecho inglés y era comerciante.

A última hora, encerrándose con Inambelz y conmigo en el camarote, me dijo de esta manera:

—El señor Inambelz lleva de mi fábrica cuarenta relojes á Méjico. Cuando desembarquen ustedes en Veracruz, él, que conoce allí á todo el mundo, dirá á todos quién es usted y armará el jaleo consiguiente. Su reputacion de usted hará probablemente inviolable su equipaje; hágame usted el favor de meter en el fondo de su maleta los cuarenta relojes de mi amigo, y unos cuantos paquetes de encajes de Bruselas que con ellos lleva, y nos ayudará usted á hacer una grande economía.

— Pero, hombre — le dije — ¿y si me registran mi equipaje?

— Inambelz, que estará presente, lo declarará suyo, pagará y no haremos la economía.

Fraude lo llamé yo en mi conciencia; pero como ni los aduaneros ni los Gobiernos suelen tenerla, me callé; y quien calla otorga, dice el refran.

Comenzó el *Paraná* á lanzar resoplidos de humo y fuego por sus válvulas y chimeneas, y á sacudir aletazos como Leviatan, y comenzaron á abandonarle los que en los botes á Southampton debían volverse. Losada abrió un saco que consigo traía, y comenzó á llenar de cajetillas y de tabacos habanos el sombrero de Inambelz; pidióme luego el mio, é hizo con él la misma operacion, diciendo:

— En el buque todo el mundo fuma, y mucho; no hay cosa mejor que hacer. Usted, que no es gran fumador, busque las cajetillas del fondo, que son las de mejor papel, y acuérdesese de mí siempre.

Y así diciendo nos abrazó, se lanzó al bote tan ligero y seguro y alegre como un muchacho; y cuando el *Purraná* se mecía ya entre cielo y agua, le vimos con el antejo del capitán saltar en el muelle y desaparecer entre la gente. Fué el último español y el último amigo de quien me despedí, convencido de no volverle á ver.

Al arreglar mi equipaje en mi camarote, y al desocupar, para colocarle en su funda, mi sombrero de las cajetillas con que Losada me le había atestado, hallé entre las del fondo una carta dirigida á mi nombre, que decía: « el capitán te los cambiará; » hablaba de cuatro billetes de veinticinco libras esterlinas, que acompañaban dentro del sobre sus cinco palabras escritas en un pedazo de mal papel. Tal era Losada, de quien ya he dicho algo en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

V



o hay soledad más grande que la del mar. La primera noche en que me hallé solo entre cielo y agua sobre la cubierta de aquella monstruosa amalgama de madera vieja y de hierro mohoso que se llamaba el *Paraná*, ha sido la más triste de mi poquísima alegre vida.

Toda la pasada, día por día, hora por hora, se me vino á la memoria; la casa de Valladolid en donde nací, con su jardín, desde el cual, atados á un hilo que ella me echaba desde un balcon de la casa inmediata, enviaba yo á Nieves Masas un puñado de alélie y unos capullos de rosas; la iglesia de San Martín, en donde me bautizaron y donde me llevaba á misa mi madre; las dos hermanas rubias hijas de la hermosa marquesa de Villasante, las cuales, cuando niño, me habían parecido dos ángeles, y cuando mozo y estudiante dos figuras flamencas, vivas, arrancadas de un cuadro de Rubens; todas las mujeres á quienes por mi madre había conocido, y cuya imágen y cuyo recuerdo adoraba por el de mi madre, cuya imágen, de todas cercada, evocaba mi memoria con la maravillosa

lucidez del sonámbulo y con la tristeza desesperada del moribundo; todo cuanto había amado, cuanto por algo, aún por el pesar, me había sido caro en mi existencia; todo lo bello, lo luminoso, lo poético de mi pasado, la gloria, la amistad, el favor; todo lo que había podido obtener y no había querido aceptar por merecer la estimación de mi padre; todo lo alegre y fantástico de mi niñez; todo lo revuelto y afanoso de mi juventud; todo lo aislado, lo esquivo, huraño, misterioso y desesperado de mi edad madura; todo lo inútil de mis versos; toda mi ingratitud para con mi pueblo, que por ellos me había aplaudido y coronado y glorificado en vida; todo el pandemonium de efectos mal sofocados, de pasiones mal concebidas, de facultades mal empleadas, que habían producido el desvarío descarriado de mi imaginación, el vacío de mi corazón, el vacío de mi poesía, el vacío de mi fe, el vacío de mi esperanza, la nulificación de mi reputación y de mi personalidad; todo lo que constituye y caracteriza una individualidad, perdido por mi insensatez... todo esto surgió en el caos de mi alma, y dudé de mí mismo, y desconfié de Dios, cuya faz contemplaba tras aquel azul estrellado cielo, á través de las bergas del *Paraná*, que el mar tranquilo inclinaba de babor á estribor y de proa á popa, según sus ondas se hacían espuma en sus costados ó se partían en su quilla, resbalando partidas bajo su viejo y panzudo casco.

Y al són monótono y regular del agua y de la máquina, me lloré envuelto en mi capoton de viaje, como si en él me llevarán amortajado á enterrarme vivo, hasta que al fin el cuerpo fatigado, la materia bruta venciendo al espíritu, me sumió entre mis lágrimas en un sueño pesado, febril é inquieto, imagen y hermano de



la agonía que precede á la muerte del criminal; sus remordimientos ahogan, ó del loco cuyos delirios dislocan y desencajan la máquina del cerebro, si se desvanece en las tinieblas de la demencia, que son hechas de las de la muerte.

Pero, Dios mio, ¿qué le importa á nadie lo que en mi corazón ha pasado? Vamos á lo que pasaba en *Paraná*, á los pormenores trágico-cómicos y casuales de aquella navegacion.

EN EL MAR

(TERCERA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.)

I

Los ingleses son los hombres más formales y más formalistas del mundo, y los mejores marinos que navegan por todos los mares conocidos; un buque inglés funciona con la misma precision que un reloj de French, y un capitan de la marina inglesa va en su buque sobre las aguas como el difunto Neptuno en su carro tirado de tritones y escoltado por delfines.

Pero cobra buena fama, y en todas partes cuecen habas; embarcaos en el *Paraná*. El Almirantazgo había destinado este buque al trasporte de tres mil hombres á Crimea; el *Paraná* era de esta capacidad, pero la Compañía á quien pertenecía era incapaz de soltar el *Paraná* sin disputárselo al Almirantazgo; y en Inglaterra hay Compañías capaces de tenérselas tiesas á todo el Reino Unido de la Gran Bretaña como en ello se atravesie un compromiso contraido ó un puñado de libras cobradas,

El Almirantazgo que sí y la Compañía que no, tiraban del *Paraná*; aquel por la popa, para lanzarlo lleno de soldados hácia Crimea, y ésta por la proa para enviarlo á San Thomas con la correspondencia y pasajeros de América; y fueron los tres mil soldados en dos buques, á cuyos propietarios enrendó la Compañía en lugar suyo con el Almirantazgo, y zarpó el *Paraná* para América, llevándome á mí por mis pecados por el Atlántico adelante.

En el tiempo empleado en aquellos dimes y diretes entre el Almirantazgo y la Compañía, el *Paraná* se preparó mal y se abasteció peor para aquel viaje, cuyo rumbo ignoraban los contendientes; importábale poco á la Compañía que los tres mil hombres fuesen como fuesen á Crimea, porque ella á quienes había atrapado era á los pasajeros de América, que la pagábamos seis mil reales por barba, é importábale ménos al Almirantazgo de que nosotros fuéramos allá vendidos, porque lo que él necesitaba era estrellar en los muros de Sebastopol á las tres mil víctimas con uniforme, prontas ya á partir en el *Paraná*: la cuestion era que no faltáran los soldados en una parte, ni el correo en otra; es decir, que lo que importaba era no faltar á la formalidad de lo prometido y de lo anunciado: y allá fuimos nosotros con las cartas de aquel mes de Noviembre, aunque con algunos días de retraso.

Fuese que el capitán quisiese forzar la máquina para ganar el tiempo perdido, fuese porque ésta estuviese mal graneada y mal colocada por la premura, ello es que á la altura de las Azores las piezas afectas á la rotacion comenzaron á mostrarse incandescentes, despidiendo un calor que convertía en antecámara del infierno el salon central de aquel viejo y enorme tonel con

ruedas que nos arrastraba penosamente sobre las olas.

Comenzamos á avizorarnos los pasajeros, y comenzó á tranquilizarnos el capitan, mandándonos turnar en el perpétuo trabajo de refrescar la máquina con grasa y agua salada, con cuya ocupacion nos mantenía tan entretenidos como asustados. Abandonábamos este afan sólo las horas de las comidas, que eran tan inglesas como el capitan y de carne tan rebelde á la absorcion de la manteca como los émbolos de la máquina; pero olvidábamos nosotros lo indigesto de la nutricion por el miedo del incendio, y el viaje no podía ser ménos divertido ni más determinado; el miedo y la incertidumbre del fuego dentro, y la seguridad del abismo fuera, y así nos alejábamos tan lentamente de Europa como tardíamente nos acercábamos á aquella bendita isla, dinamarquesa entónces, de San Thomas—y mientras de Europa con pesar nos apartábamos y nos aproximábamos con ánsia á las Antillas, trabábamos unos con otros relacion los viajeros, y haciamonos cargo, como podíamos, de la tripulacion del inglés transporte. Componíase la marinería de gente allegadiza y de repente enganchada, en lugar de la enzolada al servicio ordinario de la Compañía, por haberse ésta desperdigado ó por rehusar el servicio para el cual no estaba comprometida, ó por creer inciertos el rumbo del buque y el día de su partida de Inglaterra. Mitad de blancos y mitad de negros, aquella chusma era tan desconocida para el capitan como para nosotros; y mirábanse los blancos y los negros como se mirarían, si juntos se encontráran, dos manadas de osos de los dos opuestos colores y de dos opuestas comarcas traídos, y teníalos solamente á raya, para que no se mordieran, la severa disciplina y la vigorosa personalidad del capitan, que á

su personal servicio traía media docena de ingleses tan corpulentos y vigilantes como él, quienes velaban día y noche sobre su mal avenida tripulación, la cual, desusada de medio cuerpo arriba, trabajaba sin descanso en arreglar el mal aparejado buque, que se había hecho a la mar sin completa preparacion y abasto por huir del Almirantazgo y no retrasar más la correspondencia comercial de Inglaterra con el Nuevo Mundo.

El general García-Conde y yo nos fuimos familiarizando con los que hablaban castellano, españoles, franceses y alemanes que en Méjico estaban establecidos, y á quienes y de quien conocía él y conocido era; entre los cuales iba un Baralt, pariente del escritor del centro de América tan conocido en España, que acompañaba á la Habana y al seno de su familia restituía al hijo de otro literato y acaudalado cubano, de la familia de los Aldamas, á quien conocíamos por sus escritos todos los poetas castellanos, á quien no miraron nunca con buenos ojos los Gobiernos españoles por sus tendencias separatistas, y á quien tenían alejado de Cuba y vigilado en España.

Era el Baralt un mozo tan instruido como alegre y decidior, socio ó empleado en una casa de comercio de Santiago, á la cual volvía á dar cuentas de una comision con que á Europa le había enviado. Conociame él por noticias que de mí le diera el otro Baralt, su pariente, y por lo que me conocen muchos que jamás me han visto la cara como no haya sido en retrato; por las ya entónces célebres leyendas de mis *Cantos del trovador* y mis demas venturosos librejitos. En relaciones entramos, y contentos uno de otro hicimos aquella navegacion, formando uno de sus grupos con ambos García-Conde y Angel Inambelz, el amigo de Losada, y dos franceses

en la capital de Méjico establecidos, un leal y honradísimo M. Goupil, y un alegre y atrevidísimo marsellés, M. Charles Tracase, á quien nada se le ponía por delante, y á quien debimos todos los buenos consejos que de los apuros de nuestra navegacion nos sacaron.

Había largo tiempo vivido y muchos dineros acumulado en Méjico, y en un gran almacén que hacía doce años allí había establecido y hacía tres que había traspasado, y cuya renta iba á recoger todos los meses de Diciembre, volviéndose á París con el paquete de Febrero. Ingeriase de cuándo en cuándo en nuestra sociedad un personaje de color dudoso, de ojo vivo y escrutador, y de rizado cabello, limpia y atildadamente vestido y pretenciosamente calzado, que entendía de todo, de todo hablaba y á todos conocía, pero cuyo nombre no supimos nunca, porque ni él nos lo relevó ni nos atrevimos á preguntárselo. Baralt, conocedor de las Antillas y de sus habitantes, y que tenía un sí es no es de mordaz y su ribete de mal pensado, hizo de él mil conjeturas á cual más disparatadas; pero aquel casi afeminado, tan cortés y bien educado como incomprendible personaje, hablaba de la política, la literatura y los personajes influyentes de España y de las Antillas con un conocimiento y un aplomo, con una moderación y un tacto tan especiales, que descarriaba todos los cálculos de Baralt, que le dió por espía de alto copete, por jugador afortunado y por todo, en fin, ménos por lo que era.

Y así llegamos á San Thomas nueve días más tarde de lo que debíamos; es decir, el 28 de Diciembre en lugar del 16.

Allí debíamos de trasbordarnos á otro buque de la Compañía encargado de conducir á la Habana y á

Veracruz su correspondencia y pasajeros, mientras una ligera y esbelta goleta blanca que en aquel puerto se balanceaba debía de llevar á la Guaira los que para la América central traían pasaje.

Pero aquí de la formalidad inglesa. El buque de la Compañía no estaba ya en aquella Isla, y el cónsul inglés nos anunció con la mayor formalidad que para continuar nuestro viaje á la Habana y á Veracruz tendríamos que esperar allí al buque del mes de Enero.

Al oír tal, el primero que puso el grito en el cielo fué el marsellés, quien se dirigió inmediatamente al cónsul francés, aconsejándonos á Baralt y á mí que nos dirigiéramos al español, para obligar al agente inglés de la Compañía á buscar el modo más breve de trasportarnos á la Habana. El marsellés era un francés impagable: revolvió la Isla y sacó de su casa y de sus casillas á todos los cónsules europeos que en el puerto existían. Díme yo á conocer del de España, que era D. Federico Segundo, y entre éste y el francés, aguijoneados por el impertérrito M. Charles, obligaron al fin á los ingleses á proponer al capitán del *Paraná* que continuase su viaje hasta la Habana, donde hallaría el buque corresponsal. El capitán declaró que el *Paraná* no servía para nada, que él había aceptado su mando en aquel viaje por venir á tomar el del suyo, que era el *Withe*, y que prefería dejar allí el servicio de la Compañía á volver á montar el *Paraná*, que no podía llegar á la Habana.

Volvió el marsellés á insurreccionarse, y volvimos á gritar todos, capitaneados por el marsellés; volvieron los cónsules á cargar sobre los dos ingleses; y al cabo de porfías de unos, súplicas de otros, amenazas de algunos, improprios de no pocos, lamentaciones y desesperados esfuerzos de todos, se convino en que el capitán

Lees nos llevaría en el *Paraná* á Jamáica, y de allí en el *Withe* á Cuba y á Veracruz; pero era preciso pagar el exceso del pasaje de allí á Jamáica, y esperar en San Thomas dos días para hacer carbon. Aceptamos lo que no podíamos rehusar: pero adivinando el por qué de la mala figura y el compungido gesto que hacían algunos, dijo el marsellés:

— Nadie se apure: yo tengo aquí dinero para todo francés, español y mejicano que vaya á Cuba y á Méjico; y el que no pueda allí pagarme, yo le esperaré su reintegro á uno de los tres plazos del buen deudor: tarde, mal y nunca.

Desarrugáronse los entrecejos; dimos un aplauso al rumboso marsellés, y cambié yo en oro mejicano los cuatro billetes de Losada, disponiéndome con mis amigos á pasar alegremente aquella noche en aquella Isla más florida, más pintoresca y más salubre al parecer que la de Calipso; pero que no es más que un escondite y una trampa donde el vómito y la muerte aguardan al europeo á la puerta del suelo americano.

Baralt y yo dijimos al cónsul inglés que si el buque que partió estaba aquí para llevar á Cuba la correspondencia y los pasajeros del *Paraná*, ¿á qué ha ido á la Habana sin la una y sin los otros?

— ¡Oh! — dijo el inglés con la más inglesa é imperturbable formalidad. — Ustedes debieron llegar aquí el 16, y él salir el 18. Él fué á decir que ustedes no habían llegado.

Y hé aquí la formalidad formalista del inglés.

Media hora más tarde aguardábamos en una fonda que nos sirviesen la comida que habíamos pedido el general, el marsellés, Goupil y otros cuantos que habíamos formado grupo y sociedad aparte, cuando se

presentó un negrito con una carta dirigida á los señores Zorrilla y Baralt, dentro de la cual venía una tarjeta que decía :

«El presidente de la república de Santo Domingo espera que el Sr. Baralt y el Sr. Zorrilla le honren aceptando su hospedaje y su mesa. El dador les guiará á su casa.»

No había medio de rehusar, por más que ni Baralt ni yo alcanzáramos el motivo de tal invitacion de parte de un personaje á quien ni uno ni otro conocíamos. El negrito nos condujo á una cercana y preciosa casa de campo, en cuya sala baja nos introdujo, y en la cual nos recibió con el más cordial apretón de manos, llevándonos en seguida al comedor, el desconocido, atildado, rizado y pretenciosamente calzado compañero de navegacion, que era el presidente Baez.

II

SIN que ninguno de los que en el *Paraná* navegábamos hubiera jamás pensado ni tenido interés en ir á Jamáica, bogábamos una noche con rumbo á aquella Isla en busca del *Withe*, el cual estaba allí sufriendo no pude nunca saber qué operacion.

No hay que esperar aquí descripciones ni noticias de estas islas de las Antillas, á las cuales arribamos como á estaciones naturales del viaje á Méjico; porque ni estos recuerdos son un itinerario, ni este apéndice tiene el objeto de prolongar una narracion entretenida con incidentes extraños, verídicos, ni ideales. En vez de extenderla, tengo obligacion, necesidad y deseo de reducirla; porque no debiendo contener más que la historia de mi corazon, no puede tener interés; y á nadie, sino á mí, puede importar que llegue á conocimiento del pueblo en que he nacido, y á quien todavía no he deshonrado con mis escritos. No voy, pues, á apoyar el tejido de este relato más que en los puntos culminantes y fijos de mi oscura y personal historia, para poderme cobijar á su sombra, y para que me sirva de

*

sudario al espirar, despues de sacar de él las consecuencias que mis lectores verán en sus últimas páginas.

Llegamos á Jamáica. En las Antillas se respira con su caliente atmósfera el ambiente de la pereza, y se engendran en el corazon y en el espíritu el amor al ocio y el prurito de los deleites. Las islas son los oasis del desierto del mar: á ellas se llega harto y entumecido del encierro del barco y de la falta de ejercicio, y se gozan con ánsia la luz, la anchura y la libertad. Aquellos oasis brindan á los que pasan por ellos todos los placeres de los climas cálidos, y todos los que ofrece al europeo la novedad de los diferentes frutos, los distintos manjares, las diversas y libres costumbres de las mezcladas razas que en ellas habitan. Estas les ofrecen, sin reserva, todo á cambio del oro de que suponen repletos los bolsillos de los que allí arriban; y á los que allí por vez primera ponen los piés, les arrastra la curiosidad á ver y á gozar aquel todo que aún les es desconocido. Aquella exuberante naturaleza que produce unas plantas, unas flores, unos árboles y unas frutas tan grasas, tan fragantes, tan pomposas y tan sabrosas; aquella gente mestiza tan holgazana, tan decidora, tan alegre, tan provocativa y tan sin cuidados; aquellas mujeres de tan poca ropa vestidas y de tan poco pudor dotadas, por natural consecuencia de la poca necesidad de cubrirse y de ocuparse de nada, porque allí con nada se vive y con todo alimenta la tierra, contamina al más puro, seduce al más casto, emperieza al más activo y materializa al más espiritual.

Allí ví y admiré por primera vez el plátano, razon vegetal y palpable de la innata holgazanería de aquellas razas; cifra viva en la cual escribió la naturaleza el

consejo de «no trabajéis.» El plátano es un árbol cuyas espléndidas hojas absorben el nocturno rocío, y cuyos troncos necesitan apenas el jugo de la tierra para desarrollar su rápida y lujuriosa vegetación. Abanicos sonoros y ondulantes de la selva, aquellos árboles parece que arrullan el brote y crecimiento del racimo de su fruto, como las criollas á sus hijuelos con el monótono y sentido ritmo de sus apasionados cantares; el racimo brota en la parte superior de su tronco, cobijado á la sombra de su penacho; cada uno de sus granos viene envuelto en una sólida, estriada y luciente cubierta, que del sol, del polvo y del rocío le guarece mientras pueden dañar á su primera vegetación; luego esta corteza se abre, se desprende de él, y sobre él poco á poco se arrolla, conforme del sol, del aire y del rocío va necesitando, hasta que de él se desprende seca, cuando ya por sí puede nutrirse del rampojo á que cada fruto viene asido; y según el inmenso racimo va madurando, el tronco se va doblando hasta depositarla suavemente en manos del hombre, que puede dormirse á su sombra, seguro de que la bajada de la fruta le despertará viniéndosele á la boca, y sin que necesite tampoco cultivar el árbol, que por sí solo brota otro pie al lado del que se cae, y á quien abona, beneficia y nutre su propio despojo, su tronco filamentosos y sus hojas que sirven de fiemo.

¿Cómo ha de ser trabajadora la raza á quien pone Dios el alimento entre los labios, sin más trabajo que el de comerle? Allí gusté el azucarado zapote, la suavísima chirimoya y la fragante piña, reina de las frutas, á quien hace Dios nacer coronada de flores y empenachada de verdes hojas, y allí sesté cunado por la brisa del mar en una hamaca de seda, oreado por los

ondosos ramos de la palmera, arrullado por el trino del sinsonte y del salta-pared, despertando asombrado de admiracion ante el vuelo y el zumbido del colibrí, que se sostiene inmóvil sobre sus incansables alas, mientras tiene el pico sumido en el cáliz de las campánulas, para chupar la gota de miel que en su fondo le sirve Dios por alimento, como en una copa de japonesa porcelana. Allí concluí de convencerme de que todo lo que ha hecho Dios es perfecto y maravilloso, y cumple con el fin para que lo crió, y empecé á apercibirme de que sólo la raza humana es la que ni obedece ni honra á su Criador.

Baralt y M. Charles convertían en festines nuestras comidas y en estruendosos *meetings* nuestros festines; y así pasamos tres días en Jamáica, yéndonos las tres noches á admirar las reuniones de los metodistas, los anabaptistas, y de las ocho ó diez sectas que allí pacíficamente se reunen en sus capillas para oír con ejemplar recogimiento las lucubraciones estrambóticas de sus fanáticos predicadores.

Y allí comencé á persuadirme de que los católicos somos los que ménos devocion y compostura guardamos en nuestros templos, aparentando ménos fe y ménos conviccion en nuestra única y verdadera creencia, que los herejes, los paganos y los idólatras en sus heréticos y monstruosos errores.

El capitan Lees hizo carbon, agua y víveres en aquellos tres días, y obligando al maquinista á colocar su máquina *como estuviera* en el vientre de hierro del *Withe*, á las nueve de la noche del cuarto hicimos rumbo á la Habana. Sobre aquel mar turquí de las Antillas, fosforescente como una nube que relampaguea, é iluminado por una luna que parece una claraboya, por la cual

envía á la tierra el paraíso el tibio reflejo de la luz viviente que alumbra á los bienaventurados.

El capitán Lees, una especie de Antinoo rubio, joven, vigoroso y de la buena raza de Albion, había formado su tripulación como la del *Paraná*, reclutando en Jamáica la heterogénea chusma que allí había podido encontrar. Su autoridad á bordo estaba apoyada, más que en su nombramiento y en su derecho, en sus dos poderosos brazos y en los de ocho ingleses que con él habían pasado del *Paraná* al *Withe*, y que, como él, tenían siempre el puñal y el revólver á la cintura, y en el bolsillo la llave del camarote que encerraba las armas del buque. Los negros y los blancos, los irlandeses y los ingleses, éstos y los españoles, y los alemanes con éstos, nos aveníamos muy mal, y nadie se miraba de buen ojo en aquella levantisca y advenediza tripulación. La máquina de *Withe* funcionaban tan torpemente como la del *Paraná*, porque la colocación de ambas se había hecho con la precipitación exigida por la exactitud de la obediencia inglesa: «salga usted de Southampton el 9. Salga usted de Jamáica el 7.» Y el *Paraná* y el *Withe* salieron de uno y otro punto el día en que la Compañía les mandó salir; pero salieron como se hallaban el 9 y el 7; la orden era de partir; el espíritu de la orden, que debía ser hacer con seguridad el viaje, no entraba para nada en la cuestión; en inglés, salir no quiere decir más que salir, y salimos á la mar, y llegamos á Cuba y á Méjico como Dios quiso; un capitán inglés no puede hacer más que hundirse con su buque y ahogarse con sus tripulantes, pero no prevenir de probable naufragio al armador ó á la Compañía que le emplea, de quienes son la cuenta y responsabilidad de las condiciones del buque; así se es ó no se es inglés, y

así bogábamos rumbo á la Habana sobre un mar tranquilo y azul como el lago de las hadas en el teatro y á la luz del plenilunio.

La estela del *Witthe* quedaba tras de nosotros larga y fosforescente como la cola de un cometa, y la sombra de sus vergas se dibujaba casi sin movimiento en el espejo terso del agua, que no plegaba el más ligero soplo de brisa ni el ménos sensible oleaje: aquella absoluta calma de la superficie, hacía olvidar el abismo inmensurable del Atlántico sobre el cual bogábamos. El capitán Lees había obsequiado á sus pasajeros con una cesta de botellas de Champagne: la señorita Brümmer, alemana rubia, blanca, larga y flexible como una Margarita de goma alargada á fuerza de estirla, había ejecutado en el piano unas sonatas monstruosamente difíciles, con la precision inflexible y falta de claro oscuro de un autómatas de Nuremberg; nuestro francés M. Charles había berreado una *Marsellesa pur sang*. Baralt había dicho algunos versos suyos y míos, yo había salmodiado el canto de *El Pirata* de Espronceda, y un mejicano había fraseado de la manera más picaresca y característica una de aquellas intencionadas cantinelas mejicanas, que rebosan gracia y gotean malicia, de las cuales aprendí muchas más tarde y no olvidaré jamás ninguna. Habíase, en fin, pasado la velada en tan perfecta como inesperada armonía, y pasajeros y tripulantes habían ido á buscar el reposo en sus camarotes y hamacas; solos Baralt y yo, sentados sobre cubierta, nos habíamos entregado á una de esas conversaciones vagas, inconexas é interminables, en que mezclan los poetas los recuerdos de todo lo que saben, hablan de todo lo que ignoran, se interesan por cuanto no les importa, y se rien de su propio entierro en una

improvisacion descabellada y sin término, en la cual la fuerza del consonante les obliga á traer al retortero los amigos y los enemigos, los héroes y los mentecatos, los dioses del paganismo y los ángeles cristianos, los nombres griegos, árabes y egipcios de todas las mitologías, y los propios de todos sus conocidos y compañeros, mezclados con todos los del calendario y del martirologio. Improvisamos sobre cuanto nos ocurrió, reimos hasta desternillarnos de todo lo improvisado, y cuando hartos de hablar y cansados de reir pensamos en retirarnos á nuestros camarotes, notamos que tendido bajo de un banco, y envuelto en un capote de marinero, un individuo había dormido cerca de nosotros durante nuestro extravagante y prolongado coloquio, ó había taimadamente escuchado nuestra enmarañada improvisacion.

Ni él hizo movimiento alguno, ni en nosotros despertó sospecha alguna su presencia en aquel lugar: no habiendo por qué espiar, ni motivo de ser espiados, no pudimos suponerle espía: creimos que había tenido el capricho de venir á dormir sobre cubierta, como nosotros le tuvimos de pasar la noche improvisando al aire libre.

Al amanecer divisamos la isla de Cuba.

III



EN América nadie estaba prevenido de mi partida de Europa. Desembarcamos en la Habana, comimos en la fonda del teatro de Tacon, y asistimos á la *Lucía* que aquella noche en él se representaba. Baralt guardó mi secreto y respetó el incógnito que yo deseaba conservar, por cumplir á Muriel mi palabra de que su suelo natal, Méjico, sería la primera tierra americana que visitase; pero Cuba es España, y era imposible que el autor del *Don Juan* pasára incógnito por la Habana. Ocupaba yo un segundo puesto en el fondo de un palco con el marsellés, Goupil, Brümmer y su hija, y el general García-Conde; pero los palcos de aquel teatro no estaban cerrados por su parte posterior más que por persianas, para dejar circular por ellas una ventilacion necesaria en aquel sofocante clima; alguno de los curiosos que por los corredores registraban los palcos debió sin duda reconocermé, y al concluirse la funcion un grupo no muy numeroso aguardaba nuestra salida. Daba yo el brazo á la señorita Brümmer, que me llevaba casi toda la cabeza y hablaba con ella francés en

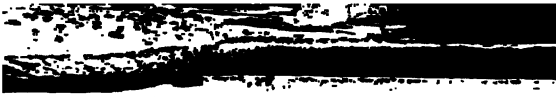
voz alta, con suficiente prevención para no darme por entendido de los «él es» y «no es él,» que oía en torno mio. La completa indiferencia con que yo pasé y la facilidad con que hablaba la lengua de que me servía, contuvieron si no convencieron á los agrupados; y llegado al hotel, me acosté y dormí tranquilamente.

A las nueve de la mañana del siguiente día, el doctor Zambrana se presentó en mi aposento y me dijo: «No puede usted negar quién es, y vengo á saludarle con algunos amigos que le estiman.» Abrazáronme y colmáronme de caricias él y una docena de cubanos que con mis desdichadas obras se habían acostumbrado á tenerme en más de lo que nunca he valido, y me rogaron que me quedára en la Habana, prometiéndome éxito en la publicación ó el negocio que emprendiera; excuséme con mi palabra dada y negocios ajenos que á seguir hasta Méjico me obligaban; y prometiéndoles volver, y dejándoles no muy contentos, y tal vez casi ofendidos de mí, torné á embarcarme y me hice á la mar al día siguiente, despues de despedirme del alegre Baralt, que me hizo mucha falta en el golfo, en cuyas aguas me engolfé yo, pesaroso ya de no haberme quedado en Cuba — no sé aún hoy decir por qué, el *Withe* era un buque de hierro, ni grande ni chico, ni viejo ni nuevo, de mediano andar y perfectamente mal servido, á pesar de su vigoroso y diligente capitán Lees. Su salida de Jamáica fué extemporánea y obedeció, como la del *Paraná* de Inglaterra, á la necesidad de sacar del puerto la correspondencia y los viajeros; ninguno de estos dos buques salió al mar en las necesarias condiciones de seguridad y limpieza: el *Withe* estaba en Jamáica con su máquina desmontada, y el maquinista la volvió á montar el día en que se lo mandaron y en las condiciones

en que desmontada la tenía. En la Habana se hicieron víveres y carbon para seis días como en Jamáica, suponiendo los seis de Cuba á Méjico tan felices como lo habían sido los seis de Jamáica á Cuba. La tripulación y la servidumbre, tomadas mitad de las del *Paramá*, y mitad, desconocida y advenediza, en Jamáica, se avenía mal con los buenos ingleses y la buena disciplina del capitán Lees, quien tenía que contemporizar mal de su grado con ella, y con la desconfianza del maquinista y los fogoneros, que no se atrevían á dar á sus calderas toda la fuerza que requería la marcha impuesta al buque para efectuar la travesía en el tiempo impuesto al capitán por los superiores.

Así bogábamos por el golfo rumbo á Veracruz. El general García-Conde había intimado con Baralt y conmigo desde el principio de nuestro viaje, y él y Inambelz eran los únicos con quienes formaba yo rancho aparte y sostenía largas conversaciones, en las cuales echábamos de ménos la original y verbosa intervencion de Baralt: los alemanes y los mejicanos nos dejaban platicar solos, y noté al tercer día que casi no me dirigían á mí la palabra. Hasta el alegre y expansivo marsellés se me figuró que me desdeñaba un poco; pero como había partido yo de la Habana bajo el influjo de una inexplicable melancolía, de la cual tal vez la separacion del festivo Baralt era la causa, gozábamos en la soledad y el aislamiento, sin apercibirme del que en derredor me hacía el desden de mis compañeros de viaje, y en el cual, entre paréntesis, llevábamos ya un día de retraso. En la mañana del cuarto leía tranquilamente en el comedor un periódico de la Habana, cuando el alemán Brümmer se sentó á mi lado diciéndome:

—Traigo una comision para usted de los compañeros



de viaje que hablan español, y me lisonjeo de que el poeta de Castilla no les rehusará lo que en su nombre voy á pedirle.

— Dispuesto estoy á satisfacer sus deseos — respon-
díle, creyendo que se trataba de alguna narracion ó de
alguna lectura que la monotonía de la navegacion in-
terrompiera y amenazára.

— Pues bien; las señoras quieren que las enseñe us-
ted los versos que ha hecho usted contra ellas y sus
compañeros de viaje.

— ¡Yo!.. — contesté asombrado.

— ¡Vaya! — repuso el alemán — estoy al mismo
tiempo autorizado por las señoras y los viajeros para
prometer á usted el perdon de todo lo dicho en gracia
del ingenio y chiste con que usted la ha dicho; sea lo
que quiera, ya sabemos todos qué es juicio, y el cora-
zon de los poetas es responsable de los desvaríos de su
imaginacion.

— Dispense usted que le diga que no comprendo una
palabra de lo que usted me está diciendo — repliqué yo,
y en Dios y en mi ánima que no lo comprendía. Pero
el alemán siguió diciéndome:

— No tenga usted recelo alguno; todos lo hemos to-
mado á broma, pues estamos convencidos de que en
broma tan sólo ha hecho usted los versos, y por eso de-
seamos verlos.

— Pero ¿de qué versos me habla usted? entendámo-
nos — repuse comenzando á amostazarme de lo que me
parecía una broma, cuyo objeto y razon no se me alcan-
zaban.

— Pues de los versos que hizo usted la otra noche
sobre cubierta con su amigo Baralt contra todos nos-
otros, y los Reyes, y el Papa, y medio mundo; por lo

cual lo tenemos por chistosa broma, y de la cual desearíamos participar.

Vínoseme la sangre al rostro, al mismo tiempo que á la memoria la presencia de aquel embozado con inmovilidad de dormido que oyó insomne sin duda, y no comprendió por ignorante de la lengua la desatinada improvisacion en que Baralt y yo nos lanzamos, no sabiendo que tenía tan mal oyente; porque la verdad es que, aunque en ella sacamos á relucir los trajes, las fisonomías, acaso las caricaturas de algunos de nuestros compañeros de navegacion, y en ella mezclamos cuantos Papas, Reyes, Santas y cortesanas á la lengua nos traía la fuerza del consonante, como en toda improvisacion sucede, estuvo la nuestra muy léjos de ser una sátira ofensiva para ningun tripulante del *Witke*, y hubiera divertido á todos y á nadie agraviado á poder yo repetirla.

¡Triste destino del ingenio, y sobre todo del del poeta! ¡Ser mal entendido y peor juzgado por los tontos! Avergoncéme de mi situacion, é indignóme la interpretacion injuriosa dada á tan insignificante pasatiempo, y que tan mal parados dejaba mi reputacion literaria y mi educacion de hombre bien nacido. Maldije en mi interior por la centésima vez mis versos, que tantas pesadumbres me habían acarreado, y no queriendo aceptar aquella mala posicion, á que tan malamente me traía la ignorancia ó la malicia de un mal oyente, dije al aleman en voz alta y poniéndome en pié:

— Diga usted á los que á mí le envían que siento en el alma no poder repetir nuestra improvisacion; pero que tengan entendido que ni en mi educacion ni en el género de poesía que yo cultivo cabe lo que me imputa



el espía traidor é imbécil que se permitió escuchar lo que era incapaz de comprender.

Amoscóse el alemán con mi formal respuesta; díjome no sé bien qué, y respondíle lo que ya no recuerdo; levantamos la voz y comenzaron algunos á asomarse á los abiertos respiraderos que del comedor se abrían sobre cubierta; y viendo yo entre ellos la cabeza de un alemán rojo que atentamente me contemplaba, exclamé, señalándosele á mi interlocutor: « Así Dios me perdone como aquel es el Júdas que me traiciona; » y apercibiéndome entre las de otros la honrada fisonomía del general mejicano García-Conde, le supliqué que bajára; púsele en cuatro palabras al corriente de lo ocurrido, y díjele finalmente:

— Diga usted á nuestros compañeros de navegacion que mi educacion y mi debilidad corporal no me permiten romperme á puñetazos el esternon, como esas bestias perversas de la Gran Bretaña, único duelo permitido á bordo de sus buques; pero que, en desembarcando, usted se entenderá con los dos padrinos del que me atribuye semejante villanía; y que como soy quien propone el duelo, le dejo todas las ventajas de eleccion de armas y arreglo de condiciones. No hablemos una palabra más del asunto, y más me plugiera que saltára el entrepuente con los dos improvisadores y su torpe espía, que caer bajo su lengua.

Dicho lo cual en un paroxismo de ira del que me iba sintiendo presa, me metí en mi camarote, que siendo del centro y de primera, estaba en el mismo comedor.

Hay en el Código del honor una ley que da por nulos en tierra los duelos aplazados á bordo, y téngola yo por tan justa como previsor. El poco trecho en que á bordo se vive, y las perpétuas incomodidades

que no pueden ménos de darse unos á otros los navegantes, germinan y acrecientan sus antipatías y mal humor, y raro es el viajero que se encuentra á gusto en el buque al fin de una larga navegacion. El capitán Lees tenía ya que dar permiso para boxar á algunas parejas de su tripulacion, cuyos individuos, blancos y negros, ingleses y yankéés, podian apenas soportarse unos á otros; quienes, segun la bárbara costumbre de sus países, se satisfacian saltándose un ojo ó rompiéndose una costilla, con lo cual creían establecida la superioridad de raza y satisfecho el orgullo nacional. El caso en que yo me veía era prueba del malestar que á los viajeros nos acosaba, y una fatal circunstancia, tal vez por alguno prevista, por muchos temida y por nadie en palabras formulada, vino á trasformar en riesgo el malestar de nuestra ya desagradable navegacion.

Nos revolvíamos y sudábamos una noche, todos insomnes, en nuestras literas, despues de haber oido sobre nuestras cabezas el ruido de las patadas, los puñetazos y las caídas del tercer pujilato de la jornada, cuando á un repentino estallido, una terrible conmocion y un largo y desgarrado silbido de la máquina, quedó el *Withe* inmóvil sobre las aguas, y un rumor de pasos precipitados y de voces de mando del capitán nos sacaron de los camarotes y nos llevaron sobre cubierta.

Una parte de las tablas del entrepuente se habian partido como cañas secas, aunque quedaban aún mal sujetas por las rotas abrazaderas y los casi arrancados clavos de hierro que reforzaban su ensambladura. A un fogonero debíamos el no ser ya pasto de los tiburones, que escoltaban los buques en aquel golfo: un émbolo se había roto, y el fogonero, arrojándose con riesgo de la vida



Al abrir repentinamente la válvula de seguridad, había impedido reventar á la caldera y abrirse el buque como un triquitraque.

El fogonero estaba con el brazo derecho abrasado por el agua hirviendo, el médico se le cubría de algodón en rama, y la tripulación y los viajeros permanecíamos estupefactos, pensando trémulos en la muerte de que acababa de librarnos aquel infeliz desconocido, condenado al infernal trabajo de los hornillos.

Rompí al fin el marsellés nuestro angustioso silencio, preguntando al capitán Lees:

— Y bien, capitán: ¿cuál es ahora nuestro porvenir y cuál nuestra esperanza?

El capitán respondió con la flema característica, y la veracidad descarnada y absoluta de un inglés honrado:

— Si el capitán del buque-correo que debe venir mañana de Veracruz no quiere remolcarnos otra vez á la Habana, aquí nos estaremos hasta que la marea nos haga pedazos en los *alacranes*, ó el viento Norte nos estrelle en las costas de Yucatan.

A cuya franca declaración y ante cuya doble perspectiva nos quedamos todos mirándonos unos á otros, como si nuestro ángel custodio nos hubiera dicho al oído que estábamos á medio kilómetro del valle de Josafat, y que ántes de diez minutos íbamos á oír la trompeta del Juicio.

IV



No hay peligro ni posicion desastrosa con que el hombre no concluya por familiarizarse, como sean duraderos. El *Withe*, sin amarras ni anclaje que por costados ni proa le sujetasen, y cuyo casco de hierro enlamado de verde légamo ofrecía al agua su vientre resbaladizo y glutinoso, comenzó á balancearse de babor á estribor, y de estribor á babor, con esa regularidad matemática de un inmenso y doble metrónomo, cuyas varillas eran los dos palos de su envergadura. Comenzamos á no poder mantenernos en equilibrio sobre cubierta, y á oír rodar por los camarotes y huecos del buque cuantos trastos y utensilios móviles en su cavidad contenía; y aglomerados pasajeros y tripulacion en el entrepuente, comenzamos á descomponernos asiéndonos unos á otros, dando con nuestro peso mayor y más desigual movimiento á la nave, quedando sólo en la línea céntrica de proa á popa el capitan Lees y algunos marineros; los demas rodábamos á pesar nuestro desde los centros á las barandas, en medio de las imprecaçiones de los unos y las carcajadas de los otros, porque nada hay sério en la vida humana que no tenga algun

ridículo y risible por donde contemplarse. Aquel insoponible movimiento nos obligó á sujetarnos á cuanto inmóvil pudimos ceñirnos, y á voces los lejanos, y directamente los que en asideros céntricos nos manteníamos, entablamos con Mr. Lees una confusa discusion, de la cual salió la siguiente resolucíon:

Que aguardando al buque-correo inglés, que no podía ménos de pasar á la vista en un término breve, se arrancaríá una de las doce columnas de hierro que unían la cubierta del centro con la superior, y se trataríá forjar y taladrar el hierro por una punta, sustituyendo con ella, como mejor se pudiese, el émbolo roto, que no era posible soldar. Si el correo inglés no nos remolcaba, el émbolo improvisado nos haríá marchar por poco que fuese hácia Veracruz. No hay esperanza, por loca que sea, que no se acoja en tales situaciones como una segura prenda de salvacion. Armóse, pues, una fragua mientras la columna se desencajaba, y comenzóse la faena, tocando á cada cual por turno, pasajero ó tripulante, excepto las señoras, el sostener el hierro, atizar el carbon y dar al fuelle incesante impulso. Maravilloso agente de la alegría es la esperanza, y la operacion empezó al amanecer con la más expansiva algazara, sin que á nadie le ocurriera que ántes de poder forjar el hierro de la columna íbamos á gastar el carbon, y que cuando tuviéramos émbolo, si á tenerlo llegábamos, no tendríamos vapor. La operacion y la esperanza duraron cuarenta y seis horas, al cabo de las cuales, forjado y taladrado un cabo de hierro, unido con un pasador al encaje inferior, y sujeto el otro cabo con gruesos alambres al anillo giratorio de la maza superior del émbolo, se dió fuego á la caldera, y despues de otras cuatro horas de expectativa, el *Whithe* rompió lentamente las ondas,

cesando en su insoportable movimiento de metrónomo al tornar á su impulso de avance sobre el tranquilo golfo. Eran las once de la mañana del sexto día de mar.

Estábamos todos cansados del trabajo y de la vigilia; y fiándonos á la vigilancia del infatigable capitán, nos recogimos casi todos á nuestras literas en busca del sueño reparador que necesitábamos tras tanto afán y tan insólita fatiga.

A las seis llamó la campana á comer: el capitán anunció que comeríamos en un solo plato los dos condimentos que se nos servirían, porque la mayor parte de la vajilla se había roto y nos tenía que poner á ración por escasez de víveres; pero nos la daba doble de whisky, ron y azúcar para que pudiéramos hacer ponche con que hacer bien la digestion y conciliar el sueño.

El peligro de los arrecifes quedaba ya muchas millas detrás; hacíamos más de dos por hora, y habíamos llegado á hacer seis en dos en que el capitán había tendido las velas al soplo de unas brisas, que habían atravesado el golfo durante la noche como gaviotas desperdigadas. El *White* seguía su marcha lenta, pero constante, á la luz de la menguante y bicornes luna, que corría por el espacio azul sobre la frente desmelenada de la invisible Diana. El capitán, la tripulación y los pasajeros dormíamos en las hamacas y las literas, conducidos y guardados por el contramaestre, el timonel y el vigía sobre cubierta, y el maquinista y el fogonero al pié de los ardientes hornillos y de la rugiente caldera. Rayaba el alba del octavo día; el calor sofocante de aquel clima hacía rato que nos tenía desvelados, y hablábame García-Conde de sus hijas, de su mujer y de su casa, como un hombre honrado y feliz que era en el seno de su numerosa familia y en el retiro de su doméstico hogar. Había

algo del patriarca antiguo en la venerable cabeza, en la confidencial conversacion y en la historia íntima de aquel general mejicano que había alcanzado aquellos tiempos en que en su país se prestaban cien mil duros sin recibo y se casaban los hijos para sostener la palabra del padre. Escuchábale yo tan embebecido como melancólico; yo que no había vivido nunca con mis padres; yo, cuyas hijas se habían convertido en ángeles ántes de llegar á ser muchachas; yo, en fin, que iba sólo y descorazonado á vivir entre desconocidos y con esperanza de morir desconocido en un ignorado rincon.

El recuerdo de aquella conversacion con aquel padre feliz de tantas hijas honradas, á quienes despues conocí, es uno de los puntos luminosos que brillan en el abismo confuso de mi ya casi entenebrada memoria. ¡Ojalá haya caído la bendicion de Dios sobre aquel venerable anciano, y sobre aquellas santas mujeres y sobre sus nietos, á quienes dejé en mantillas! García-Conde hablaba y yo escuchaba, como aquel monje de la religiosa leyenda que escuchó cien años á un pájaro del paraíso, cuando una quietud repentina atajó la marcha del buque, cesando en él el ruido y la trepidacion, como cesarian en su pecho los del corazon de un hombre á quien un aneurisma repentinamente matára. Se había vuelto á romper el émbolo, y el *White* volvía á su insufrible movimiento de metrónomo. Tornamos á cercar al capitan, y tornamos á invocar el auxilio de su ciencia; pero la determinacion era ya más difícil de tomar; la máquina no tenía compostura para la cual bastáran los medios de que podíamos disponer.

Mr. Lees se paseaba con la cabeza baja y los brazos cruzados, buscando en su cerebro un pensamiento y en su boca una palabra que inútilmente deseaba manifestar

y decir á los que, angustiados de él, los esperábamos mirándole ir y venir desde el palo mayor al trinquete, y de éste á aquél, miéntras sus marineros de distintas razas y colores callaban ó fumaban de pechos sobre las barandas, escupiendo inactivos al mar sobre cuya superficie no podían ya hacer deslizarse aquel cascaron que flotaba inerte como un viejo salmon á quien los pescadores hubieran cortado todas las aletas y nadaderas de lomo, vientre, quijadas y cola.

Pasaba el tiempo, y á nadie le ocurría nada oportuno, útil ó consolador; los ojos de los marinos se encapotaban bajo los fruncidos entrecejos, los de las mujeres se arrasaban de lágrimas, y los de los viajeros buscaban los del capitan, que continuaba sus vueltas de leon enjaulado sin permitir que las de nadie se fijáran en sus pupilas, clavadas tenazmente en las tablas que pisaba.

¡El correo de Veracruz! gritó repentinamente el vigía. Corrimos todos á proa, y vimos efectivamente brotar casi en el horizonte un punto oscuro coronado de un penacho móvil, todo ello tan pequeño como una pluma de un pájaro mosca. El capitan tendió su antejo hácia aquel punto, y diciendo «él es, pero no nos vé,» nos pasó su magnífico Dollong, con el cual tuvimos todos el tiempo y el placer de percibir lo que creímos paloma que nos traía el ramo de oliva.

El *White* disparó su cañon giratorio con tanta destreza que el taco agujereó el foque del bauprés, tendido para recoger viento. El correo de Veracruz viró proa hácia nosotros, y el tórax se nos ensanchó con la aspiracion, que á pleno pulmon tomamos.

Avanzaba el correo inglés sobre el *White* á toda máquina; en cuarenta y cinco minutos se nos puso al paio, y el capitan Lees mandó botar su canoa y envió en ella

á su segundo á bordo del *Leopardo*. A los diez minutos volvió el segundo de Lees á su canoa, en la cual cargaron algunos bultos, y el *Leopardo*, volviendo á sacudir su hélice, se alejó del *White*, cuya tripulación, agolpada angustiosamente á sus barandas, esperaba que el segundo explicára desde su canoa la inexplicable partida del *Leopardo*. El segundo subió á cubierta en silencio, y llegado á presencia de Mr. Lees, le dijo en voz alta: «El capitán Backer, del *Leopardo*, no puede remolcar el *White* á la Habana ni á Veracruz, porque un correo inglés no puede volver atrás ni entorpecer su marcha voluntariamente; el remolcar el *White* le haría perder dos días lo ménos; nos cede cinco cajas de galleta, las planchas de hierro que no le hacen falta y los periódicos mejicanos.»

A semejante declaracion solté yo la carcajada sin poderme contener, y mis compañeros de viaje por poco no me dan la tollina que hubieran dado con mucho gusto al capitán Backer del *Leopardo*, el más inglés de todos los ingleses. La más profunda desesperacion se apoderó de los viajeros y tripulantes del *White* cuando el capitán Lees nos anunció que no tenía esperanza más que en que Dios nos enviára un viento cualquiera que adonde quisiera Dios nos llevára. Despechados unos mesáronse los cabellos, blasfemaron los marineros, lloraron muchos, y todos se dieron punto ménos que por perdidos. Yo me dirigí á la escotilla, cuya escalera conducía á los camarotes.

— ¿Dónde va usted? — me dijeron á un tiempo el marsellés y García-Conde.

— A dormir — respondí yo.

Soltó el francés una de las F más mayúsculas de su vocabulario, y exclamó entre indignado y atónito:

— ¡A dormir en esta situación!

— Vuestro refran lo dice: «el bien viene miétras se duerme;» voy á buscarle.

Y me fuí á dormir, y me dormí. Es mi costumbre desde muchacho; cuando me veo acosado de tantas pesadumbres ó abrumado por tanto trabajo que ni sé por dónde empezar ni por dónde salir, me acuesto; y cuando me despierto, tomo la primera determinacion que me ocurre, y emprendo el trabajo que primero se me presenta; así he salido de todos mis atolladeros, y así he emprendido y concluido todas mis obras.

Al despertar, todo había cambiado en el *White*: todo en él se me apareció bajo el aspecto más siniestro; no ví más que semblantes huraños y miradas recelosas; nadie estaba dispuesto á fiarse de nadie, y me pareció que la tripulacion, dividida en dos bandos, se vigilaban el uno al otro como dos osos al pié de un roble en cuyo tronco zumbára una colmena. El capitan Lees y sus leales andaban con las pistolas al cinto, y sus hombres de confianza guardaban los tres botes insumergibles de los seis y la canoa capitana que llevaba el *White*.

Durante mi sueño se había averiguado que parte de la marinería había resuelto apoderarse de los botes de salvacion, y abandonar el buque; los ingleses y los yankees por una parte, y los franceses, españoles y mejicanos por otra, se habían coaligado y armado para el caso de naufragio ó abandono del *White*, y el capitan Lees y sus fieles ingleses estaban decididos á recibir á hachazos á todo el que atentára á la seguridad de su barco.

Tal era mi situacion en el golfo de Veracruz, el no recuerdo cuántos de Enero de 1855.

V

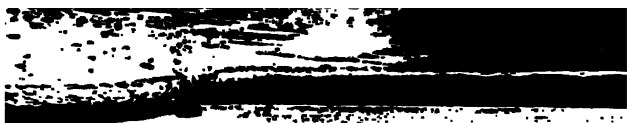


El general García-Conde, ayudado por el marsequés, había arreglado, no sabía yo aún como, mi cuestion con el aleman; éste y sus compatriotas en Méjico avecindados habían hecho causa comun con los mejicanos y los franceses, y los cuatro españoles que íbamos en el *White* íbamos á su bando ligados. Velábamos unos miéntras otros dormían, y armados como posible había sido vigilábamos á los yankees y á sus aliados del Norte, para que no llevasen á cabo su proyectada traicion apoderándose de los tres botes insumergibles. Ellos hacían otro tanto con nosotros; y no necesita el lector ser un lince, ni hacer un esfuerzo extraordinario para hacerse cargo de la cordial alegría que en la sociedad del *White* reinaba, esperando la voluntad de Dios en forma de viento, cuya llegada no estaban resignados á esperar los de las razas positivistas del Norte, detenidos sólo por nuestra vigilancia y nuestro mayor número. Pasábamos la mayor parte de ambos partidos día y noche sobre cubierta, mirando las cáscaras de las naranjas que al mar tirábamos flotar á la misma distancia de nuestro inquieto y cabeceador

navío, que se balanceaba con la más desolante uniformidad, como si estuviera sostenido del cielo en dos invisibles anillos por proa y popa, y en los cuales, como una hamaca de ellos colgada, le columpiáran las ondas. El agua tranquila y turquí del mar de las Antillas dejaba á la vista penetrar á gran profundidad en su seno, y á través de la gran masa de agua que alcanzaban á sondar nuestros ojos veíamos cruzar los más vistosos y rápidos pescados, dejando tras sí una estela de fosforescentes chispas, que cortaban y enturbiaban otros que trazaban luminosos triángulos, círculos y losanges, que producían por la noche en el fondo del mar el efecto del reflejo de unos cohetes y fuegos pirotécnicos que en el aire se verificáran.

El espectáculo era maravilloso; pero el placer que en nosotros producía estaba horriblemente amargado por los espectadores que, como nosotros encima, tenía debajo del agua: una deforme cuadrilla de tiburones inmóviles bajo el inmóvil *White*, que aguardaban tranquilo, como si de ella estuvieran seguros, la sumersión del buque inglés con todos sus tripulantes. A la mitad de una noche de plenilunio, gozábamos absortos y silenciosos aquella submarina representación de cuadros disolventes, el general, el marsellés, Inambelz y los ya conmigo reconciliados alemanes, cuando me ocurrió á mí, á quien ocurrieron todas las baladronas fanfarronadas de mi *Don Juan*, salir por una de las más inoportunas ocurrencias del mundo.

—Señores— dije— no sé por qué nos afligimos y mostramos tan cariacontecido semblante á nuestra posición. ¿Qué es lo peor que puede sucedernos? ¿Que por falta de víveres y de viento nos echemos al mar en los botes y zozobremos, ó que se hunda por cualquiera causa



fortuita ó premeditada con nosotros el *White*? Pues bien; ni los espléndidos Faraones, ni la fiel y millonaria Artemisa, aquéllos para su raza y ésta para su marido, supieron prepararse una tumba tan magnífica como la que nosotros tendríamos en el fresco seno de la tridentada Anfitrite, cuyos ondulantes abrazos no nos librarán de ser voluptuosamente engullidos por esos pardos y panzudos súbditos de la mujer de Neptuno, y considerad, señores, cuanto más noble, más rápida y ménos sensible sería esta muerte, que la lenta y atosigada de una asquerosa enfermedad, con la cual aburriríamos á nuestros parientes y amigos, haciéndonos detestar y tal vez hasta maldecir por algunos de ellos; además de que semejante fin tendría dos inapreciables ventajas: una, que nuestro cuerpo no se agusanaría, y otra, que nuestra alma quedaría exenta de la obligacion de buscarle y reunirle molécula por molécula para presentarse con él en el valle de Josafat; porque despues de digerido por estos guardias civiles de Neptuno, tengo yo para mí que la transformacion sufrida por su digerida carne no la permitirá tornar á ser extraida y concentrada ni por Liebig de la grosera pasta de la tiburónica, y Dios no admitiría en su presencia un alma humana envuelta en carne de tiburón.

Hasta aquí pudo oír no más el alegre marsellés M. Charles, que soltó la carcajada; pero el severo y buen cristiano García-Conde frunció el entrecejo, y los alemanes supersticiosos rompieron contra mí en harto agresivas palabras y no poco expresivas conminaciones. Pero yo, que no les había del todo perdonado su mala idea y peor intencion respecto de mí, les interpeilé con la más cómica seriedad de esta manera:

—¡Pues qué! ¿pensais, tozudos trasegadores de cerveza

amarga á vuestros estómagos, atracados de coles ágrías, que, si el caso de naufragar llegára, esos centinelas que bajo el agua nos aguardan me llevarían á mi á alguna velada literaria ó me invitarían á cenar con la divina Thétis para que la recitára las décimas del *Don Juan Tenorio*?

Desarrugó su ceño el general y tomó resueitamente mi defensa el marsellés, exclamando:

—Tiene razon; si hemos de morir, más decente será que demos el gran chapuz como hombres alegres, que como liebres cobardes sorprendidas por un nublado; y para saber ántes con quién tendremos que habérmolas y cogerles la delantera, voy á pedir al capitan que nos permita pescar uno de esos tiburones, si hay quien entienda á bordo de semejante pesca.

—No hay que molestar á nadie, niño — dijo un negro colosal que de marinero venía en el *Withe* — si su merced me da algo que lo valga, yo me ofrezco á matar uno pa que lo vea este señó tan alegre y se alegre con él la gente.

Mirámosnos unos á otros asombrados de tal oferta; pero habiéndola aceptado el capitan Lees y abonado al negro vários de sus compañeros, el marsellés le prometió dos onzas; y el negro, pidiendo y tomando entre los dientes el cuchillo más largo y afilado que pareció, sin quitarse el pantalon de lienzo, única prenda que vestía, y diciendo denme algo que tirarles para que suban, arrojó al agua dos sombreros de paja que le dimos; y cuando los tiburones salieron á la superficie, se echó al mar como si fuera á bañarse con sus amigos, y desapareció buzando. Toda la tripulacion se agolpó á los barandales del *Withe*, todos los tiburones se sumieron en busca del negro á quien sintieron caer.

y el marsellés, arrepentido, exclamó: «he cometido un homicidio.» — Aún no lo había concluido de decir, cuando una mancha de millones de burbujas rojas coloreó el agua lechosa del mar, profundamente tranquilo; borróla, dispersándola poco despues, una masa parda, que de la mar tras ella surgía: era un tiburón degollado por la garganta por el negro, que surgía al mismo tiempo que él, asiendo una de las cuerdas que los marineros junto á él lanzaron al ver aparecer su cabeza. Izáronle aquellos con grande algazara, izóse él riéndose y chorreando sobre cubierta; aplaudiéronle todos, y yo tardé muchos minutos en serenarme y reponerme del mayor miedo que en mi vida he tenido por la de un hombre.

Tratóse de lazar y embarcar el enorme cetáceo: preparáronse cuerdas y harpones, y empezóse la manobra; pero ántes de que nada pudiera llevarse á cabo, gritó de repente el capitán Lees: «¡todo el mundo á las velas!» Las vergas del *Whithe* se cubrieron de chusma: los cinco trapos y los dos foques que el buque llevaba, cayeron en un minuto tendidas ante sus dos palos; una racha de viento que las hinchó repentinamente, hizo crujir todas las jarcias, y el *Whithe* humilló su proa y levantó su popa, como un caballo furioso que, bajando el belfo inferior hasta los encuentros, intenta librarse de su jinete con un salto de carnero. Dos blancos rizos de hirviendo espuma se desrizaron por ambos costados del buque cuando salió de las ondas en que se había hundido su remojada quilla; la popa comenzó á trazar estela, y las cáscaras de naranja, las hojas de las piñas y los despojos que habíamos arrojado al mar, y que hacía tres días que estaban pegadas al barco, comenzaron á quedarse detrás de él; el *Whithe* bogaba

sobre el golfo impelido por un nordeste desigual, que amenazaba fijarse á Norte, del cual íbamos tal vez á tener más que temer que de los mismos alacranes, de entre los cuales nos había sacado la columna del comedor trasformada en émbolo á fuerza de carbon.

Desembarcamos en Veracruz, aunque con mar ya picada; dijose quién yo era; salió á recibirme la familia de Muriel, respetada y pudiente en el país; pasó mi equipaje sin registrar, y los relojes de Losada defraudando á la República. Comimos alegremente y tomamos nuestros billetes en unas diligencias encarnadas, que eran entónces los vehículos que unían á Veracruz con la capital de la antigua Thenostitlan.

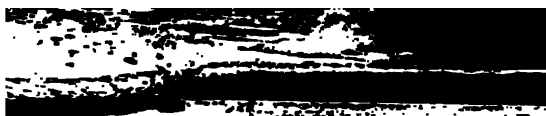
Y estaba yo arreglando la maleta, de la cual se había sacado lo que en ella venía de ajena propiedad, cuando me anunció el criado de la fonda la visita de Pepe Esteva, uno de los más conocidos poetas veracruzanos, de quien Muriel me había ventajosamente hablado, y para quien me había dado carta. Entreguésele, felicitándome de conocerle; abrazóme devolviéndome cordialmente mis felicitaciones, y hecha amistad y entablada entre ambos la fraternal franqueza de hermanos de Apolo, me tomó cariñosamente las manos en las suyas, y contemplándome de hito en hito, me preguntó en un tono que me extrañó:

— Pero, ¿á qué viene usted á Méjico?

— Pues ya se lo dice á usted la carta de Bartolomé Muriel — respondí sin comprender su pregunta.

— ¿Y esto? — continuó él mostrándome desplegado un papel impreso que de su bolsillo sacó.

Eché sobre él una rápida ojeada; contenía unas infames quintillas escritas contra los mejicanos y su presidente Santana, impresas en Cuba y firmadas con mi nombre.



Quedéme estupefacto comprendiendo mi desesperada posición; pero sin comprender aún la intención traidora del autor de aquel libelo que infamaba mi nombre, inutilizaba mi viaje y anonadaba mi porvenir. Esteva me contemplaba fijamente con ojo escudriñador, y yo le dije por fin lo único que me ocurría.

— Pero si yo hubiera escrito eso, ¿cabe en cabeza humana que fuera yo tan bestia que viniera aquí?

Esteva comprendió sin duda mi sinceridad, pero dijo meneando la cabeza:

— Pues es muy mal negocio: Santana es tan orgulloso como quisquilloso de su nacionalidad el pueblo mejicano, y lo mejor que puede usted esperar es el ser expulsado del territorio.

Lo único que no me ocurrió fué volverme á embarcar; mi sinceridad de castellano abroquelaba mi conciencia; mi lealtad de español se revelaba á aceptar ni la sombra de una villanía. Una remota esperanza de morir lejos de España en la obcecación de mis pesares de familia me llevaba á aquel país, pero nunca creí ser acusado de traición y merecer el castigo ni el fin de los traidores.

— Pues yo subo á Méjico — dije con entereza.

-- Pues no sé qué decir á usted, porque todo el mundo está aquí persuadido de que las quintillas son de usted, y yo mismo le he contestado con otras en que le he puesto á usted como un trapo.

— Y lo merece el autor de ellas; pero tengo la vanidad de creer que no habrá hombre de sentido común que me confunda con él como me mire á la cara; la respuesta de usted resbala sobre mi honradez, y subo á Méjico fiado en Dios y en ella.

— Me alegraré que su honradez le sincere á usted,

sin que necesite de la intervencion de Dios. ¿Será indiscreto preguntar á usted cómo piensa conducirse?

—Segun vengan las circunstancias; no pienso darme por entendido de que conozco semejantes versos si nadie los recuerda para mal mio; no quiero que se piense que *excusatio non petita acusatío manifesta*.

—Piensa usted bien; pero ya habrá quien se acuerde; aquí hay gente de mucha memoria.

—Pues subo á Méjico, y ya sabrá usted lo que allí me sucede.

Abrazóme y abracéle; tomé mi puesto en la diligencia, y en ella entré á los cuatro días en el pintoresco, salubre y poético valle en que está fundada la capital de Méjico; en la cual iba yo á verme cara á cara con la más vil de las calumnias, echada sobre el hombre más inofensivo en política, y así llegué yo, cargado á traicion con ella, al país que más amaba, por ser la patria de mi mejor amigo y de mi más generoso amparador: Bartolomé Muriel.

—¿Quién había sido el autor de aquellas quintillas, y qué le había hecho yo para que me las hubiese atribuido?

—Pues... ¿y quién sabe, señor? como dicen los mejicanos cuando no quieren responder á una pregunta ó resolver una cuestion. Pues ¿y quién sabe?

ALLENDE EL MAR

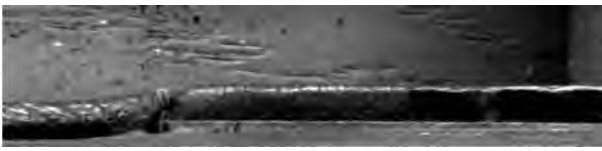
I



LEGAMOS á Méjico tras cuatro días de viaje *sin accidente*; cuando mandaba Santana no había ladrones en el camino: todo ladron cogido era fusilado. Los enemigos de aquel presidente decían: « Cuando él manda, sólo él roba: » costumbre añeja de nuestra raza española; para todos los partidos contrarios al que manda, éste tiene todos los vicios, y todos los contrarios son unos pillos. En tiempos de mi padre, que fué sargento mayor de realistas, todos los liberales eran unos bribones; despues fueron los carlistas unos bandidos; ahora todos los liberales están condenados al infierno por los neos, y hay quien sueña con el petróleo que ha de quemar á éstos en sus Seminarios, como á zorros á quienes se ahoga en sus madrigueras. Afortunadamente todo esto pasa rara vez de palabras en España, y nuestra raza española en Méjico sigue en esto las tradiciones patrias. Mandaba, pues, en aquel delicioso país, cuando yo llegué á su capital, D. Antonio Lopez de Santana, que se firmaba Santa Anna, no sé

si con razon ó sin ella. Tengo yo para mí que en su primera edad, ántes de llegar á ser célebre y millonario, se llamaría Santana, como se firman todos los Santana de nuestra tierra; pero despues debió de parecerle vulgar apellido para un alto personaje, y cuando yo llegué se llamaba y se hacía llamar Su Alteza Serenísima don A. L. de Santa Anna, y creo que no iba tan fuera de camino: Anna en hebreo tiene dos enes. Someto este procedimiento á la consideracion de mi antiguo amigo D. Manuel Santana, propietario hoy de *La Correspondencia*; si yo me hallára en su posicion, comenzaría á hebraizar mi apellido, como aquel serenísimo presidente de la República mejicana.

A media legua de su capital salió á recibirme el señor conde de la Cortina, hermano del difunto marqués de Morante, tan erudito como éste, y caballero aquél de exquisito gusto en artes y de tan espléndidas costumbres y rumbosos instintos, como que había vivido siempre en Méjico y en Sevilla, de donde es oriunda la noble familia de los CORTINA. Llevaba este conde en su carruaje, cuando salió de Méjico á recibirme, á Anselmo de la Portilla, el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó á las Américas, sea dicho sin ofensa de pasado ni de presente, y á Federico Bello, el español de más ingenio y de más pereza que allá he conocido. De ambos tendré ocasion de hablar más adelante; baste por ahora saber que escribían ambos por entónces un periódico mantenedor de los intereses españoles en aquella República, estimados de todos y patrocinados por el conde de la Cortina. Como datos característicos de éste, apuntaré dos rasgos de esplendidez que acababa de realizar: fué el primero que, al instalarse una lotería mensual para sostener la Academia de Bellas Artes, cupo

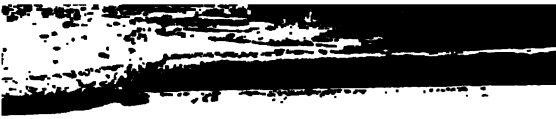


El billete del conde el primer premio de 50.000 pesos, y no salieron del salon en que aquel primer sorteo de instalacion se verificaba; el presidente Santana le pidió prestados treinta mil, dió diez y seis mil á una señora que había venido á ménos, y el conde se llevó sólo cuatro mil para dulces y flores á las muchachas; y fué el segundo que acababa de dar al Presidente un baile de tres horas, que le había costado veinte mil pesos. Como la consecuencia más inmediata de gastar el dinero es quedarse sin él, el conde de la Cortina no era ya millonario cuando me salió á recibir con Portilla y Bello; y dejándome con ellos al anochecer instalado en el mejor hotel de la calle del Espíritu Santo, se subió á su palacio de Tacubaya, situado en el centro de una posesion que vendió años despues á la hija de un opulento gallego britanizado.

Portilla y Bello me dieron las primeras noticias y consejos útiles con una lealtad tan franca cuanto sincero era el cariño que por mis escritos y mi reputacion me habían cobrado en aquel país, donde habían defendido mis obras de la crítica apasionada, y mi persona de los maliciosos supuestos del vulgo. Diéronme á entender que bajo la buena sombra del conde de la Cortina podríamos sacar honrada y honrosamente algunos pesos de la publicacion del primer libro, que ellos me ayudarían á publicar, y de la gran curiosidad que tenían los mejicanos de oír mis lecturas, ya que de gran fama de lector iba yo allí precedido. Al despedirse de mí para dejarme descansar de las noventa y seis horas de diligencia, pidióles serme por ellos presentado otro español que en el inmediato cuarto se aposentaba: llamábase Manuel Madrid, y es uno de los hombres que mejor idea me han hecho formar de la humanidad, y el á quien

debo mejores consejos y más valiosos servicios, por más que yo no haya sabido ó querido aprovecharme de ellos. Manuel Madrid era hombre de negocios, que por el mismo había hecho siempre los suyos, y estaba tan bien quisto en el país cuanto de él y sus habitantes era conocedor. Mis versos me han ganado muchos amigos, y es lo único porque estimo algunas pocas páginas de mis incorrectos libros; pero con nadie trabé por ellos tan pronto intimidad como con Manuel Madrid. Hombre de tanto corazon como perspicacia y mundo, comprendió mi posicion sin necesidad de que yo se la revelára; comprendí yo á mi vez, sin que él de ello me dijera la más mínima palabra, que sentía profundamente que yo hubiera ido á aquella tierra; y aunque ni él, ni Pertilla, ni Bello habían hecho la alusion más remota á las apócrifas quintillas, yo sentía que las tenía suspendidas, como Damocles la espada, sobre mi cabeza; cuando Manuel Madrid se retiró á su cuarto, me acosté convencido de que tenía en América un amigo tan verdadero como lo había sido Muriel en París. Manuel Madrid y yo nos tuteamos á las dos semanas como si nos hubiéramos criado juntos desde niños; sus últimas palabras aquella primera noche, fueron:

— Aquí hay un talento especial para sacar al europeo de balde lo que en más él fie de su valer; lo primero que se quiere sacar de usted, es una lectura; si fia usted en ellas, no se venda en la primera, porque á las veinticuatro horas le imitarán para desvirtuar lo que usted valga con la facilidad de la imitacion. Mañana le invitarán á usted al acto académico de la apertura de la Universidad; no tendrá usted más remedio que ocupar la tribuna. Si su talento de usted es múltiple en géneros de lectura, dé usted una buena muestra



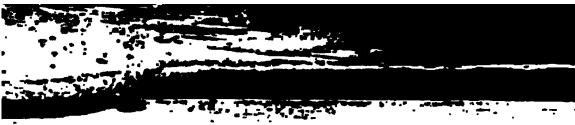
de uno, pero resérvese usted armas para el porvenir.

Manuel Madrid conocía su gente; á los dos días me invitaron para el quinto; preparé una composición, en la cual, por la premura del tiempo y el escaso que me dejaban las visitas y los obsequios, ingerí como mejor pude unas octavas de la introducción de mis cuentos de un loco; y si no resultó de aquella amalgama una buena poesía, resultó á lo ménos un ejemplar de lectura muy á propósito para el caso. Llevóme á la Universidad en su carruaje el conde de la Cortina, y halléme con asombro en un salón lleno de obispos, canónigos, frailes y doctores, con quienes tenía poca afinidad un poeta como yo, tan escaso de saber como de títulos académicos. Pero lo que me tenía absorto en aquel cuádruple círculo de doctores con sus mucetas, eran los frailes, cuyos hábitos hacía ya veinticuatro años que no se veían en España; y contemplaba yo con infantil curiosidad aquellas rapadas y cerquilladas cabezas, asomadas á sus capuchas como las tortugas á su concha, y cuyos ojos, fijos sobre mí, rebosaban curiosidad. El Arzobispo que presidía, el rector que hacía de moderante, el secretario y los doctores que debían sostener el acto, hablaron en latín y en español con una pronunciación suave y melíflua para mí no desconocida, puesto que había oído hablar á tantos mejicanos como á casa de Muriel asistían, pero que allí, por ser general, me hacía un delicioso y extraño efecto.

El poeta D. Joaquin Pesado, el más famoso en Méjico por entónces, leyó una poesía de corrección y forma clásicas, que todos aplaudimos, y tras él me condujeron á la tribuna, que estaba malísimamente colocada, enfrente de la puerta, cerrada sólo con un tapiz, y en el centro de la pared lateral de un salón que por ser

tan largo parecía estrecho, y que tenía á la cabecera una ventanilla abierta sobre el estrado en que estaban el arzobispo, los obispos y los doctores, y á los piés una larga celosía, tras de la cual se veían apiñadas las cabezas de las señoras á aquel acto admitidas. El lugar no podía ser peor, ni la posicion más desfavorable para el orador y el lector; pero como en los que en la tribuna me habían precedido había yo estudiado la desigual sonoridad y los ecos del salon, y en la práctica y el estudio de estos casos fio yo mis ventajas como lector, empecé y concluí mi lectura limpia, clara y serena, dándole un marcadísimo claro oscuro con la armonía de las onomatopeyas y el vigor de los períodos de que la había rellenado á propósito. A los cuatro endecasílabos me había captado la atención, al final de la primera estancia había yo dominado la Asamblea, y desde la mitad de mi composición la arrastré tras mi palabra como si me antojó, sin haber hecho uso más que del registro medio de mi órgano vocal. El éxito fué legítimo y el aplauso universal; apresuráronse todos aquellos reverendísimos á felicitar me; y conforme me iban alargando y retirando sus manos, iban dejando en la mía una monedita de oro taladrada con un lacito de cinta de los colores republicanos; las cuales, no cabiéndome en la mano, depositaba yo en mi bolsillo.

El conde de la Cortina reía á socapa de mi sorpresa. Portilla me previno de que se trataba de darme un beneficio en el teatro con mi *Tenorio* y una lectura; y mareado con las visitas, los abrazos y los apretones de manos de frailes y presbíteros, me acosté aquella noche calculando cuánto haría de entrada el teatro en que me darían el beneficio, que era la mina única de cuya explotación podía yo prometerme alguna legítima utilidad.



Pero ésta precisamente era la mina que debía reventar á mis piés.

Corría el mes de Marzo: estaba cercana la Cuaresma, y ya para concluir la temporada cómica; y un español llamado Moreno, que era agente de la empresa del teatro, viendo que con mi beneficio iba á perder uno de los pocos días de entrada segura que la quedaban, discurrió un medio de librarse de mí, que no había pensado en aquello que el entusiasmo general y á mis amigos y no á mí había ocurrido. Buscó á uno de los hijos del presidente Santana, le dió las malhadadas quintillas para que se las enseñara á su padre, y le dijo que eran un insulto y una provocacion del partido español al Presidente aquellos obsequios á un traidor enemigo de la República como yo.

Santana, que era vanidosísimo, sintió su amor propio herido por los aplausos dados á otro que á él, llamó al gobernador Bonilla, y le mandó que me pusiera inmediatamente preso; Bonilla le hizo observar que era un atropello injustificado que podía traer al Gobierno una dificultad con el ministro de España, y que él se encargaba de dar al acontecimiento la forma más conveniente para la aclaracion del hecho y satisfaccion suya y del país.

Concluía yo de comer solo en un gabinete del restaurant del hotel á las cinco de aquella tarde, cuando un hombre alto, flaco, descolorido y vestido de negro, me pidió permiso para decirme á solas cuatro palabras.

Ofrecíle asiento, y entre un poco cortado y un tanto ceremonioso me dijo que el señor gobernador deseaba hablarme, y venía de su parte á pedirme hora en que pudiera recibirle.

Púseme yo en pié, y tomando mi sombrero, que en

la percha inmediata tenía colgado, le respondí que yo no tenía representación ni privilegio alguno para eximirme del respeto á las autoridades de los países por donde viajaba, y que no podía permitir que el señor gobernador se incomodara por mí; que yo estaba pronto á ponerme á sus órdenes, y que podía guiarme al palacio del gobierno.

Comenzó aquel hombre á balbucear excusas para mí incomprensibles, y concluyó por decirme que yo no podía ir con él por la calle, porque él era jefe de una policía no muy bien mirada por ciertas personas; y que si creían al verme con él que me llevaba preso, podía originarse algun tumulto, del que no quería él ser responsable.

Dijele yo, comprendiendo su miedo no tanto á provocar el tumulto cuanto á hallarse por mí metido en él, que no conociendo las calles le seguiría desde lejos si traía orden de fiarse de mí.

—Sí, señor, sí, — exclamó.

Y salió apresuradamente del gabinete, al tiempo que en él entraba Anselmo Portilla, á quien dije tranquila pero intencionalmente:

—Dispéñeme usted, pero voy á ver qué me quiere el gobernador Bonilla, que me envía á buscar.

Portilla, oyendo tal, salió tras mí del hotel y echó apresuradamente calle abajo, mientras yo tomaba despacio la calle arriba, sin perder de vista al hombre vestido de negro que me servía de conductor.

II

ESTE, que miéntras por las calles anduvo llevaba no poca semejanza con una zorra que siente tras sí la mal despistada trahilla, me aguardaba al pié de la escalera del palacio del gobierno erguido y risueño como una garza que se pavonea orillas del lago donde pesca y caza como sultana de la inundada pradera. Tiró él escalera arriba y seguíle yo hasta un salon poco alumbrado, en cuyo fondo había una mampara forrada de damasco rojo; llamó á ella con un discreto golpe de los nudillos, y abierta inmediatamente de par en par, me dió paso á un aposento de la misma tela tapizado, donde me esperaba el gobernador Bonilla ante una mesa convertida en altar, sobre la cual se alzaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas, y á cuyo lado derecho había otra pequeña mesa ocupada por un notario, á cuya espalda estaban en pié dos sombríos y silenciosos testigos; sobre aquella mesa y ante aquel escribano había un papel, en el cual reconocí á la primer ojeada un ejemplar de aquellas apócrifas quintillas impresas en la Habana con mi nombre.

Era el gobernador Bonilla un hombre como de cua-

renta años, bien apersonado, de agradable fisonomía y cortesanos modales. Recibióme cortés, y me explicó sin doblez ni erguimiento de lo que se trataba: de que yo declarase, probándolo si me era posible, que no era yo el autor de aquellos versos que insultaban á la República y á su presidente Santana.

Respondí yo tranquilamente, y escribía el notario segun yo respondía, que no reconocía por míos más versos que los inclusos en la coleccion de Bandry, de París; que aquellos allí presentes no podían ser míos, porque trataban de las personas y cosas de Méjico con el conocimiento de quien había habitado el país, al cual era evidente que yo por vez primera venía; porque su contexto agresivo y grosero estaba en contradiccion con todos mis escritos, en los cuales rebosa el decoro de un hombre bien nacido y bien educado, y ajeno á aquella política en que se mezclaba el autor anónimo, porque yo no encabezaba nunca mis publicaciones dándome el don, sinó que las firmaba sencillamente con mi nombre de bautismo y el primer apellido de mi familia; que yo rechazaba la paternidad de aquellos versos, reservándome el derecho de repetir contra el autor ó autores que me calumniaban atribuyéndomelas, y que traía, en fin, cartas para el señor presidente de la República de personas con quienes aquel gozaba de crédito y estimacion, cuyas cartas no podía traer quien no mereciese la estimacion y el crédito de los que para el Presidente se las habían dado.

Aquí dijo torpemente al escribano el gobernador Bonilla que escribiese que «yo declaraba que no podía ser autor de los versos por el respeto y la estimacion que por el Presidente tenía» — á cuya declaracion escrita me opuse, alegando que, no conociendo personalmente

á Santana, no tenía por él más motivos de estimacion y respeto que los que de mí exigía la alta dignidad en que estaba constituido—declarando por fin, y exigiendo que constase consignado en aquel documento, que ni yo tenía tan baja idea del pueblo mejicano, ni era preciso ménos sino que yo fuera loco ó estúpido para venir á aquel país á quien tan villanamente insultaban los versos que se me atribuían.

Quedó, pues, mi declaracion tal, sobre poco más ó ménos, como á la verdad y á mi dignidad de español convenía; habiendo, á fuerza de atencion y serenidad, evitado que en ella apareciese alguna frase ó idea adulatoria al Presidente, en lo cual quería, grandemente empeñado en ello, enredarme el gobernador Bonilla, acérrimo santanista y hermano del ministro de Relaciones de aquel Serenísimo Presidente.

Firmé yo sin vacilar el relato escrito por el notario, y quiso Bonilla que yo jurase invocando á Cristo en pro de la sinceridad de mis palabras; pero rehusé pronunciar tal juramento, negándome redondamente á impetrar la intervencion y amparo de Dios en pro de mi lealtad, que saltaba á los ojos de los hombres de juicio y sentido comun.

Excusóseme el gobernador con su obligacion, resistí yo con mi conciencia inculpada, y concluyó aquella ceremonia con despedirnos cortésmente y ofrecernos nuestra mútua consideracion. Déjele, pues, con su aparatoso altar y su zurdo escribano, y enderecé mis pasos á casa del encargado de Negocios de España, que lo era por entónces el Sr. Lozano Armenta.

Ante la presentacion de mi tarjeta se me franquearon todas las puertas, hasta la de su despacho, en el cual y con él estaba mi buen amigo Anselmo de la Portilla.

Relaté lo ocurrido al Sr. Lozano Armenta, quien templó la exaltacion de las palabras en que se lo relaté, diciéndome:

— Fíe usted en mí, y cálmese. No había verdaderamente necesidad de tanto aparato, ni nadie hubiera dado importancia á tal absurdo, que su presencia de usted desvanece; pero el Presidente es algo vanidoso, sus partidarios lo han endiosado y ensoberbecido, y el país es naturalmente quisquilloso de su independenciam, á la cual no ha tenido aún tiempo suficiente de acostumbrarse. Voy á pedirle inmediatamente una audiencia particular para presentar á usted al general Santana; usted le entregará en ella sus cartas de recomendacion, y verá usted como ni el leon es tan fiero, ni el pueblo mejicano tan vulgar ni pequeño como puede á usted parecerle. Lo que en él sobra es el ingenio, la perspicuidad y el buen sentido, y no es á ningun mejicano á quien usted debe el mal rato que acaba á usted de darle el gobernador Bonilla. No se mueva usted mañana de su casa hasta que no le envíe mi carruaje, en el cual llevaré á usted á la presidencia.

Escribió en seguida un billete timbrado con las armas de España que decía: « El Encargado de Negocios de España suplica al Serenísimo Sr. Presidente de la República que le señale en el día de mañana hora en que presentarle al... poeta D. José Zorrilla, quien desea dar y pedir explicaciones al Gobierno que tan dignamente preside. »

— ¿Está usted satisfecho? — me preguntó Lozano Armenta, mostrándome su billete.

— Yo no tengo pretensiones tan altas — le respondí — ni explicaciones que dar ni que pedir.

— Yo lo haré por usted — replicó — usted es proba-

ble que lo echára todo á perder; por eso le suplico á usted que lleve á la audiencia sus cartas, y yo llevaré la palabra.

Salimos Portilla y yo de casa de Lozano Armenta, aquél tan satisfecho como yo pensativo. Había yo ido á Méjico como á una segunda patria en donde morir tranquilo y estimado, por ir á ella recomendado y ser la patria de aquel Bartolomé Muriel, tan noble, tan generoso que había sido mi ángel tutelar en París. Amaba yo á Méjico por ser su tierra nativa y por lo mucho que él de ella me había hablado; había yo apacentado con íntima delicia mis ojos en aquel hermoso terreno de las comarcas de Córdoba y Orizaba que había atravesado al subir á la meseta central. Habíame arrobado de encanto al ver por primera vez aquel elevado valle, alfombrado de frescas lagunas, rodeado de montes selvosos y de nevados volcanes, y alumbrado por aquella luz que es un reflejo tibio de la que ilumina las invisibles maravillas del paraíso, y al apearme del vehículo que á su capital me había conducido me hallaba agobiado por una calumnia que me imposibilitaba para siempre de manifestar, sin que pareciese bajeza, mi cariño á aquella tierra, en la cual había yo vislumbrado en lontananza la mia de promision. Había yo esperado, y Muriel me lo había hecho esperar, que allí, en un trabajo honrado, á la sombra de la proteccion de los españoles, para quienes me había dado cartas, y de la misma del general Santana, para quien me había procurado la única que podía ganarme la de aquel extraño personaje, olvidaría yo mis pesares, me congratularía con aquellos malditos versos míos que no habían sabido captarme el amor ni el perdon de mi padre, y que regenerando mi sér hastiado de mí mismo y del viejo mundo que abandonaba,

volvería al fin á sentir en mi corazón la nostalgia del desterrado, volviendo á mi patria otro de lo que de ella había salido, y con mejor fortuna de la que en ella me había vuelto constantemente la espalda. ¡Cuán rápidamente había echado por tierra el castillo de naipes de mi ilusoria esperanza el primer viento del desengaño! Yo iba á ser en aquella poética y pintoresca tierra más pária, más vaga sombra, más desarraigado fantasma que en la mia propia, cargado y manchado con una calumnia, de la que el vulgo jamás me daría por limpio ni por libre.

Llegamos Portilla y yo á mi aposento del hotel, y en él hallamos esperándonos á otro de los hombres á quienes debo más amistad, más consuelos, más auxilios y mejores horas en las amargas de mi descompaginada existencia, el Dr. Sanchíz.

Era el tal un valenciano de treinta y dos años, robusto, activo, inteligente, inquieto rebosando vida y ansioso de lucha. Dotado de prodigiosa memoria, había estudiado bien su facultad de medicina, y había tenido que sujetarse á ríguroso exámen para vencer la oposicion sistemática y la envidia malévola que le habían atraído á su llegada el aplomo con que exponía su ciencia, la inextinguible facundia con que ahogaba á sus contradictores, y la fortuna, á quien con su incontrastable audacia y su constancia pertinaz obligaba á echarse humillada á sus piés. Fuerte en anatomía y en todos los estudios de su facultad, y escudado con sus certificados sin tacha y sus brillantes ejercicios de revalidacion en América, se había, tal vez el primero en aquel país, declarado secuaz de la doctrina homeopática de Hanneman, y había sabido crearse una clientela, por la cual comenzaban á mirarle de mal ojo muchos de

sus colegas. El Dr. Sanchíz, cuya inteligencia era tan clara como segura su memoria, estudiaba mucho, leía más y lo abarcaba todo. En cuanto Portilla y yo entramos en mi cuarto, echó á un lado cumplidos y ceremonias, y vino á abrazarme, diciéndome:

—Con usted viene quien le dirá á usted cuanto le quiero; sé de memoria libros de usted, y puedo recitarle su *Don Juan* y su *Margarita la tornera* sin errar una palabra, y marcando los versos en que concluyen y empiezan las páginas de sus ediciones. Esto le probará á usted los derechos que vengo á alegar para que me acuerde su amistad, y á ofrecerle cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo y cuanto puedo, para combatir á su lado contra la estupidez y la calumnia, que salen siempre al paso de los que valen más que las medianías y el vulgo. Con que téngame usted por suyo en cuerpo y alma, y hágame el honor de darme un primer abrazo con que inaugurar una fraternidad que espero que dure lo que la vida de ambos.

Y abríome los brazos el alegre Dr. Sanchíz, y quedó con él sellada una amistad que sólo pudo cortar su muerte; é imponiéndose á la reflexiva y juiciosa prudencia de Portilla, y aprovechando el asombro con que yo le contemplaba, nos constituyó en sesion para tratar de mi porvenir; y me dió tales consejos, tan minuciosas noticias de los moradores de Méjico, hizo la crítica de tanta gente de ingenio, la caricatura de sus pretenciosas medianías, ensalzó á unos, deprimió á otros, pulverizó á alguno, y puso, en fin, ante mis ojos un Méjico estrambóticamente estereotipado en unos moldes fantásticos, que hizo reir á Portilla y derramó en mi corazon una esperanza y una alegría que me hizo dormir tranquilo aquella noche, y esperar sereno al día

siguiente la llegada del coche en que vino á las dos, para presentarme á Santana, el caballeroso Lozano Armentia.

A la hora designada por el Presidente, nos presentamos Lozano Armentia y yo en su antecámara. Entre las pequeñeces con las cuales creía aumentar su importancia aquel serenísimo señor, era una de ellas la de no recibir á nadie sin hacerle sufrir más ó ménos prolongada antesala. Diónosla á nosotros de diez minutos y nos recibió, con no poca sorpresa mia, en pleno Consejo de ministros; y puestos en pié todos, el encargado de Negocios de España presentó al Gobierno de Méjico al diminuto y sietemesino autor de *Margarita la tornera* con estas palabras:

— Tengo el placer de presentar al Serenísimo señor Presidente al poeta español D. José Zorrilla, quien trae para S. A. cartas de recomendacion.

— Ya lo sé — dijo Santana — son de nuestro embajador en París.

— El señor Presidente las verá — dije yo sacando del bolsillo y presentándole una de D. J. F. M., importante y opulento personaje americano con quien le unia antigua amistad, y con quien tenía pendiente cuenta de tanta importancia cuanta era la de las dos personas entre quienes pendía.

— El que trae esta carta... — balbuceó Santana con aquélla en la mano...

— No puede ser autor de los versos que se le han imputado — le interrumpí yo con tranquilidad — los que pueden obtener semejantes cartas no pueden escribir semejantes villanías.

— Es verdad — repuso Santana enteramente repuesto de la sorpresa de recibir de mi mano aquélla. — Ya lo

había yo creído así por la declaración hecha ayer por el señor Zorrilla y publicada esta mañana en los periódicos. No hay, pues, que hablar más del asunto: el portador de esta carta tiene derecho á nuestra consideración, y el Sr. Zorrilla no tiene más que decirnos lo que espera del Gobierno de Méjico y de su Presidente en particular.

— Que el señor Presidente — respondí yo — guarde esa carta y la considere como no recibida, y que su Gobierno le asegure de la exaltación patriótica del pueblo, tal vez mal convencido aún de su inculpabilidad, para no recibir insulto público y habitar tranquilamente en el territorio.

Frunció el entrecejo Santana, y Lozano Armenta tomó la palabra para decir de mí lo que ya no recuerdo, ni repetiría aunque lo recordára; y puestas las cosas en su lugar, salimos ceremoniosamente despedidos del salón presidencial.

Cuando de vuelta á mi hotel Lorenzo Armenta y yo marchábamos en su carruaje, me dijo aquél:

— Ha hecho usted mal en no aprovechar el crédito y la protección que aquella carta le procuraba.

— No he querido aceptarlas forzadas, como me ha parecido que se me ofrecían — le respondí.

— No tengo costumbre — me replicó — de juzgar el puntillo de honor ajeno; por más exagerado que sea, reconozco en cada cual el derecho de mirar su dignidad como le parezca. Mañana vendrá usted á comer conmigo; esta invitación envuelve, en el placer de tenerle á usted á mi mesa con mi familia, la intención de que se sepa en Méjico la deferencia con que se honra en tratar al poeta español el ministro de su país.

Díle las gracias, asegúrele de mi reconocimiento y

de mi existencia, y tras un cordial apretón de manos de aquel benévolo é hidalgo diplomático, subí á mi cuarto, donde me esperaban impacientes el buen Anselmo de la Portilla, el bullicioso valenciano Sanchíz y el juicioso Cipriano de las Cagigas.

He nombrado ya á éste en uno de mis anteriores artículos como comprador en París de mil ejemplares de mi poema *Granada*, y voy á decir aquí, como lugar á propósito, cuatro palabras del hombre leal que más tarde murió en mis brazos, despues de haber hecho por mí y por mi fortuna lo que Dios no quiso que lográramos, matándole en la Habana y dejando en mi alma uno de los más tristes recuerdos de mi vida. ¡Oh bueno y pundonoroso Cipriano! Dios me la ha prolongado sin duda para dar testimonio de tu rectitud y lealtad, y yo le doy gracias infinitas de haberme hecho tropezar contigo sobre la tierra, porque por tí y por Sanchíz y por La Portilla, y por otros cuantos hombres como vosotros, he aprendido á amar á la raza humana y á perdonar á mis enemigos, que lo han sido y todavía lo son, por no haber ellos aprendido á conocerme á mí ni á vosotros.

No se crea por lo referido que era Cagigas pendenciero ni disputador, nada de eso; con su perenne é infantil sonrisa, cortaba las disputas con oportuna intervencion; abreviaba y aclaraba las cuestiones con su juicioso sentido práctico y una lógica observacion, y era el que arreglaba las diferencias de todos con las palabras absolutamente precisas. Era el hombre más reservado del mundo, y no hablaba mal de nadie jamás. Era amigo y había sido agente del presidente Santana, de quien sabía secretos y guardaba documentos desconocidos; y no hubiera, ni puesto en el

tormento, revelado ninguno de aquéllos, ni entregado ninguno de éstos, ni dicho una palabra que pudiera perjudicar á sus amigos. Tenía los amaños de un político reformador y de un negociante en grande; pero el estar en país extraño le había impedido meterse de lleno en el balumbo de su política, y las vicisitudes y continuos cambios de ésta no le habían dado tiempo de llevar á cabo sus negocios. Era editor y librero, y escribía y sostenía un periódico; al llegar á Méjico con los dos mil ejemplares de dos tomos de mi *Granada*, se encontró con una reimpression de esta obra, hecha por un hermano de Ignacio Boix, en mal papel y cerrada impresion, en un cuaderno que vendía á la cuarta parte de precio del á que Cagigas podía dar la mia, y que le arruinaba; pero no hizo nada contra aquel español tan mal compatriota nuestro, ni me habló jamás una sola palabra del mal negocio que conmigo y mi poema había hecho.

Tal era Cagigas; para dar idea de cuyo carácter he adelantado cuatro años mi narracion: era hermano de otro Cagigas que murió, salvo error de mi memoria, de secretario del duque de Montpensier; tan estimado éste de los que le conocieron en Sevilla, como el mio de Méjico, á quien enterré el 59 en la Habana, y cuya memoria conservo con el cariño que tengo orgullo en manifestar en estos recuerdos.

Estos eran los tres amigos á quienes hallé esperándome cuando volví de la audiencia presidencial. Contéles yo lo acontecido en ella, y Cagigas me dijo, como Lozano Armenta, que había hecho mal en devolver la carta á Santana; Portilla fué de contrario parecer, pero los tres convinieron en que lo mejor que había que hacer era que el conde de la Cortina me llevára á la

hacienda de unos parientes, para que el público se acostumbrara á saber que yo permanecía en la República y olvidase las quintillas; pero nadie se volvió á acordar de ellas, porque tal vez nadie me las achacaba, sabiendo mejor que yo de qué pluma habían salido.

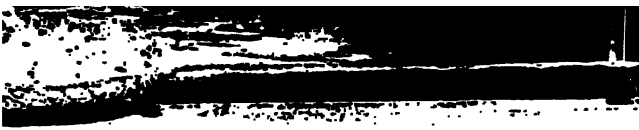
Cuando Cagigas y Portilla nos dejaron solos, me dijo Sanchíz con un cariño tan fraternal que aún se arrasan mis ojos en lágrimas al recordarlo:

—Va usted á ir á vivir á casa de una gente rica, y el hospedaje de los ricos sale muy caro. Usted no ha tenido tiempo de arreglar aquí sus negocios; Cagigas no lo ha tenido de encaminarlos por buena via, y Portilla no tiene nunca dinero para tantos hijos como su mujer le pare; en las haciendas hay que hacer regalos, que poner un pañado de duros á un gallo ó á una carta; son costumbres del país, y además, á los criados ajenos hay que darles propinas por todo; la leche que me dió mi madre la mamé revuelta con los versos de *Don Juan Tenorio*; con que fuera melindres: yo tengo unos pocos sacos de pesos en casa de un comerciante aleman; usted me dice á quién y con qué señas hay que enviar á París una libranza todos los meses, y ahí queda esa media docena de onzas para no ir á la hacienda como un gorrion mantenido.

Y poniéndome el oro sobre el velador, se escapó del aposento ántes de que yo tuviera tiempo de verle á través de las lágrimas que me cegaban.

¡Dios es grande! ¡Bendito sea Dios! como dicen los árabes.

Cipriano de las Cagigas era seis ú ocho años más jóven que yo; un mozo cuando le conocí. Oriundo no sé bien si de Asturias ó de Galicia, era de estatura poco elevada; pero ancho de hombros, levantado de estemon,



fornido de brazos, y colocado su dorso perfectamente á plomo sobre sus robustas piernas, caminaba sobre ellas con la firmeza y seguridad de un Anteo en miniatura. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello; y su cabello rubio y lacio, que usaba largo, caía por detrás en torno de él como el del rey Don Pedro de Castilla y el de las esculturas de los siglos XII y XIII. El mechón del centro, que sobre la frente se le venía cuando inclinaba para el trabajo su descubierta cabeza, tenía que ser tirado atrás continuamente con su mano, como le sucedía al incomparable pianista Listz, cuyos retratos vemos aún en los almacenes de música. Los ojos de Cagigas eran azules, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresion su mirada; su tez, blanca y trasparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbilampiño, y su sonrisa perenne y natural le daba el aire más virginal é inofensivo del mundo. Ninguna materia corporal, sin embargo, ha estado jamás más en contradiccion con su espíritu, porque era recto, tenaz é inflexible, y le llevaba al peligro sin miedo de él, y cumplía con su deber sin curarse de riesgos ni amenazas.

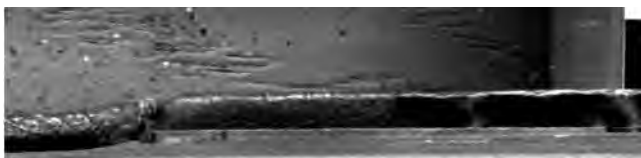
Nada había que moral ni físicamente le amedrentase. En 1859 bajábamos de Méjico á Veracruz en una de aquellas diligencias de color de sangre de nuestro inteligente compatriota Casimiro Collado; y ya habíamos recorrido sin accidente, es decir, sin ser robados, las tres cuartas partes del camino, cuando entre Orizaba y Córdoba, ó no sé si más allá, dieron el alto al carruaje y nos cercaron diez indios armados de hondas y de garrotes. Era allí proverbial por entónces, y costumbre aceptada entre los viajeros, la de dejarse tranquilamente

despojar del poco dinero que se llevaba para las necesidades del viaje, con el cual no había miedo de malos tratamientos ni atropellos.

Los nueve viajeros que dentro de la caja roja íbamos nos disponíamos á obedecer al alto, y el conductor comenzaba á refrenar el caliente tiro, que por una cuesta galopaba, cuando el risueño Cagigas, abriendo rápidamente un saco de noche que no había soltado de la mano en todo el viaje, sacó de él un par de buenos revólvers americanos; me dijo dándome uno: «Tome usted esa portezuela, y al que llegue á tantearla fuego á boca de jarro en mitad del pecho.» Gritaron rebelados nuestros compañeros, y amenazó el conductor por la ventanilla delantera; pero el imperturbable Cagigas dijo á los viajeros: «Señores, al que me impida defenderme lo mato.» Y al conductor: «Ten más miedo que á los indios á la bala que yo te meta por los riñones. ¡Látigo y á escape!»

Los indios, ligerísimos corredores, siguieron largo trecho, y ganaron tierra sobre el tiro; Cagigas me gritó dos veces «¡alerta!» y yo preveía con miedo que los indios correrían tanto como los caballos, y que era casi probable que acabáramos como perros á palos en aquel desierto camino. Nuestros compañeros iban inmóviles y pálidos como muertos; tres ó cuatro pedradas habían ya tocado la caja del carruaje, y yo esperaba la que derribára al conductor, cuya cabeza sobresalía de la caja, cuando oí decir á Cagigas: «¡Ah, pillo, sin vergüenza!» y un tiro de su revólver y los gritos de nuestros perseguidores.

No sé lo que sucedió por el lado de Cagigas; no podía descuidar el mio. Pero ¿por qué no he de confesar que tenía miedo, y que sólo de miedo iba dispuesto á



hacer lo que Cagigas de bravo? El tiro entre tanto corría desbocado por aquella verde pendiente. No pude apreciar cuánto tiempo corrimos; pero al fin Cagigas dijo, sentándose: « ¡ Pues no faltaba más sino que nos dejáramos moler por unos indios garroteros! » Y guardando su arma, me pidió la mía, que le volví sin decir palabra. Cagigas no dijo tampoco una más, y se volvió á acurrucar en su rincon, sin mirarme siquiera, por no darme sin duda á conocer que había conocido mi miedo, y sin llamar cobardes á nuestros pusilánimes compañeros; alguno de los cuales recuerdo que había hecho grandes alardes de valor durante el viaje, y mostrado unas armas de las cuales no se había servido en la ocasión. Cagigas no volvió á hablarme jamás de lo sucedido, y la verdad sea dicha, yo no me atreví á recordárselo, para que no recordára mi palidez y lo nada que me había tocado hacer con que atestiguar mi valor ante el suyo.

III

EL 18 de Junio corríamos hacia los *Llanos de Ápam* el erudito conde de la Cortina y yo, en un coche viejo tirado por cinco caballos jóvenes, casi potros. El conductor y seis criados montados que nos escoltaban, vestían sendas chaquetas y calzoneras de cuero, y sombreaban sus rostros bajo los anchos jaranos, que vienen á ser los sombreros de nuestros picadores de toros.

A las siete de la mañana cruzábamos á galope la famosa villa de Guadalupe, cuyo magnífico santuario no pude ver más que de refilon. Mucha piedra, mucho enverjado, y un pozo del cual sacaban con un caldero encadenado y bebían con ánsia muchos indios un agua amarilla, que dicen que cura las fiebres. Después una llanura arenisca, orillas de la laguna de Tezcoco, y después un camino real de liebres trazado en la arena y socavado en los tepetatales por las ruedas de los carros que diariamente conducen á la capital *el pulque*, que allí sustituye al vino. Los gobiernos de Méjico no se habían ocupado de reparar las carreteras abiertas por los españoles; y esta incuria, imperdonable en otro país,

era allí por entonces facilísima de comprender. El indio camina siempre á pié y carga los objetos de su tráfico en burritos casi enanos; no necesita para nada las carreteras: no hay mejicano que no tenga caballo, y como éstos no van herrados y marchan con inconcebible seguridad por los más ásperos terrenos, por eso la raza blanca, que lo es de ginetes, no las echó mucho de menos; la que nosotros seguíamos siguió, pues, llamándose carretera de los llanos; pero sólo existía de ella el rastro que el lucrativo tráfico del pulque no había podido perder.

A cada cuatro leguas encontramos una *remuda*; cinco potros de tiro, algunos á medio domar, que una vez enganchados partían como venados perseguidos por una trahilla, y seis para nuestros criados, que levantaban en torno nuestro una nube de polvo, del cual íbamos cubiertos al fin de la primera posta. No me pareció muy satisfecho el conde de aquella manera de viajar, y al arrancar los caballos con nosotros no dejaba de manifestar en su semblante cierta inquietud, que pronto se disipaba.

—¿Por qué viajamos con tal rapidez? — le pregunté por fin.

— Es costumbre de la casa — me respondió. — Mi primo, el propietario de la hacienda adonde vamos, tiene la manía de no emplear más de seis horas para las diez y ocho leguas que la separan de Méjico, y tiene en sus caballerizas y en sus potreros un sinnúmero de caballos que no hacen más que este servicio. Si nosotros llegáramos media hora más tarde de la que él les ha fijado, los criados llevarían un rapapolvo. Sólo puede excusarles el reventar sus caballos en el camino.

Y seguimos corriendo hasta dar en el llano y con la

pirámide de *Cholula*, monte hecho á mano, como dicen los indios. Tienen éstos esta pirámide en gran veneracion, como obra de sus mayores; y las dos supersticiones india y católica, con las cuales han amasado su religion de hoy, atribuyen á aquel montecillo, hoy con la cruz coronado, un enjambre de leyendas, todas basadas en un tesoro que bajo ella existe. En las Américas españolas, todas las tradiciones se reducen á esto: *oro enterrado*. Todo individuo vulgar de nuestra raza cree y espera que la fortuna por la lotería, ó la ciega casualidad en el seno de la madre tierra, le ha de procurar un tesoro: *oro llovido* ú *oro enterrado*; y lo esperamos corriendo toros y cantando peteneras, hasta que nos cantan el último gori gori los curas de la parroquia bajo cuya jurisdiccion eclesiástica morimos; y tal vez vamos, andando el tiempo, á aumentar el número de los tesoros enterrados si á los prepósteros se les antoja interpretar sábia y prehistóricamente la inscripcion semi-bárbara puesta en nuestro sepulcro por un amigo ignorante ó por un sacristan con pretensiones de bachiller.

Seguíamos corriendo: á las once ménos cuarto entrábamos en Otumba, Ozómpam, en la lengua del país. Es un poblachon de mal caserío, con una iglesia y una plaza. Once años he andado por allí despues, y todavia no he concebido cómo y dónde se dió la famosa batalla de Otumba.

Y seguimos corriendo, y entramos en Ajapusco, cuyo cura, descendiente del famosísimo cura Hidalgo, primer guerrillero de la emancipacion mejicana del dominio español, se nos agregó para ir á la hacienda, por ser quien debía decir en ella la misa del día siguiente; y de cuyo cura, como tipo de algunos de los de aquella tierra, diré algo más adelante.



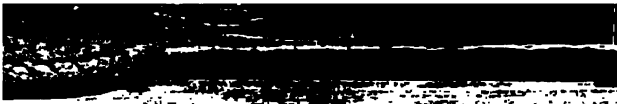
Y seguimos corriendo, y á las doce ménos minutos llegamos á los linderos de la hacienda de los Reyes, á los cuales vimos salir á recibirnos sus dueños, sus hijos y sus convidados; las señoras en dos carruajes, los hombres ginetes en sus cerceños caballos, y ataviados con todo el oro, la plata, la seda y el cuero guadamacilado de que se componen los trajes y arneses de los ginetes mejicanos. La presentacion fué tan breve como cordial; la hospitalidad de las haciendas no tiene restricción: colocáronnos al conde y á mí en la carretela de las señoras, y dada por el dueño la señal de partir... ¡partimos!

Dejábame yo arrastrar por aquella tromba sin darme cuenta ni tener conciencia de mí mismo, y sin dar á las señoras la más mínima muestra de mi proverbial galantería; doblamos un ángulo y pasamos un puente con una velocidad vertiginosa, y aún pensaba yo con asombro en aquel quiebro, en el cual la fuerza centrífuga debiera de habernos descarrilado ó volcado, cuando entramos en el patio de la casa al son de las campanas, al estallido de los cohetes y de los petardos, de la gritería de los indios, los ladridos de los perros, y los vivas de los criados y familiares.

IV

EN propietario de una hacienda de los llanos de Apam era aún en 1855 lo que un señor feudal en la Edad Media; en sus tierras no había más derecho ni jurisdicción que las suyas. Los ochocientos, mil, dos mil ó más indios que en ella trabajan, no son ya esclavos; ya no se les azota, ni se les maltrata, ni el señor tiene el bárbaro derecho de hacerles morir bajo el peso de una excesiva faena; son ciudadanos libres de una República libre; no están vendidos ya, sino asalariados; pero el pobre será siempre y en todas partes víctima de las triquiñuelas de los legistas. Hé aquí cómo son ciudadanos los indios de las haciendas. Durante la Semana Santa el administrador junta su indiada y ajusta á cada individuo de ella su cuenta del año anterior; para aquellos indios el año concluye en Semana Santa, como el año cómico para nuestros actores, y entre cada indio y el administrador se traba el siguiente diálogo:

Administrador. — ¿Quieres permanecer al servicio de ja hacienda por el mismo salario que hasta aquí? (Treinta pesetas mensuales; *mensiles* como ellos dicen.)



El indio responde sí ó no; regatea, demanda, transige y se queda.

El administrador. — ¿Qué necesitas adelantado?

Indio. — Una manta, unas calzoneras, dos camisas, etcétera, y tanto en dinero.

El administrador da al indio del almacén lo que el indio demanda en efectos, y de la caja lo que en especies; el indio queda al servicio de la hacienda, pero su cuenta corriente comienza con una deuda cuyo total se le descuenta de su salario; recibe diariamente su ración de maíz, se instala en su choza con su mujer y está obligado á comprar su sal, aceite, velas, tabaco, etc., en la tienda de la posesión; la cual, ocupando generalmente cuatro, seis y hasta quince leguas cuadradas un principado europeo, no le da facilidades para ir á buscar lo que há menester á mercado ni ciudad vecinos. El indio trabaja por cuadrillas bajo la dirección de un capataz, y habita, según la cuadrilla á que pertenece, en el rancho que le corresponde de los en que la hacienda está dividida. Cada rancho tiene su administrador, quien cuida de su laboreo y cosecha, habita en caserío con sus trojes, ganados, aperos, cuadrillas y tinacal correspondientes, rindiendo cuentas semanales al administrador principal.

El tinacal es lo que nuestra bodega; un inmenso cobertizo de sólidas paredes, lleno, en vez de cubas, de cueros de buey clavados en fuertes cuadros de madera, en cuyos recipientes se deposita el agumiel que sirve de semilla para fermentar el jugo de las pitas con que se hace el pulque, que es la bebida que en el país sustituye al vino.

Una hacienda de pulque es lo que hay que poseer en el universo; el pulque se elabora diariamente, y diaria-

mente vienen á sacarlo de su cuenta y riesgo los contratistas en cantidad y precio fabulosos; el consumo que del de los Llanos hace la capital de Méjico es incalculable, y los propietarios de estas haciendas reciben la renta de sus propiedades semanalmente, traída en sacos á sus gabetas por los dependientes de los contratistas.

No hay propiedad territorial de más producto, de ménos quiebra ni de ménos trabajo en el mundo que éstas de pulque. Los magueyales (ó magueyeras) son una inmensa plantacion de gigantescos agaves (pitas) que, colocadas de un modo especial en interminables melgas, cuyas líneas rectas se cruzan en ángulos agudos, los augean la tierra con sus líneas eternamente verdes. Grandes almácigos de millares de plantas jóvenes permiten reponer todos los años las que se secan despues de dar el jugo que á su debido tiempo se les extrae, por medio de una série de operaciones cuya pormenorizacion aburriría á mis lectores de *El Imparcial*. Básteles saber que ni el mal tiempo, ni las sequias, ni fenómeno alguno atmosférico interrumpe ni aminora las cosechas de estas haciendas; si cien mil magueyes labrados (capados es la expresion técnica de escalaboz) no producen los miles de cargas contratadas, se labran veinte, treinta ó cuarenta mil más; y el contratista, que diariamente vende y con no poco lucro, paga semanalmente con religiosidad. El pulque es una bebida estimadísima, á la cual atribuyen los mejicanos grandes propiedades nutritivas y medicinales; se la hacen beber por la noche á las señoras débiles que amamantan sus hijos, porque dicen que aumenta, espesa y vivifica la secrecion láctea; ello es una bebida blanquizca, mucilaginoso, espesa y de extraño olor al beberla; al europeo, y sobre todo al español habituado al vino, le cuesta no

poco tiempo y trabajo el acostumbrarse á ella; yo no pude nunca; pero como Dios no hace nada sin razon, cuando con tal profusion ha dado allí los magueyes, necesaria y buena debe ser allí la bebida que de ellos se saca. El pulque de la hacienda adonde me llevó el buen conde de la Cortina producía á su propietario seiscientos cincuenta pesos semanales; esto es, tres mil mensuales, treinta y seis mil anuales; dos mil reales diarios. Su hacienda no era la mejor, aunque era de las buenas de los Llanos, y tenía, entre otros esquilmos, de cinco á seis mil cargas de cebada, diez mil de maíz y la lana de cuatro ó cinco mil excelentes ovejas. La cebada mantenía una multitud de caballos de tiro y silla, que era la vanidad del propietario, y el maíz servía para racionar de pan á la indiada, que no lo comía de trigo.

El propietario de la hacienda se llamaba José, y Josefa su hija mayor; y José era el conde de la Cortina, José yo, y Josés siete ú ocho de los cuarenta comensales. La comida del 19 de Marzo fué alegrísima; probé el pulque, y no quiero acordarme de la primera impresion que me hizo; salimos despues á caballo á recorrer la hacienda; hubo toros despues de comer, y peleas de gallos ántes de los toros; baile por la noche, y nada más franco, más bulliciosamente alegre ni más prácticamente republicano que estos bailes en una hacienda de los Llanos de Apam. En el salon entran y se acomodan indistintamente la millonaria heredera cargada de encajes y pedrería, y la ranchera de rebozo y naguitas; el opulento negociante y el rico gomoso don Juan de la juventud dorada, con ese charro de chaparreras y zarape; pero ese pueblo en Méjico posee innato un instinto social, que inspira á sus más vulgares individuos

la reserva y decoro que exige la estancia en el salon en donde son recibidos.

En el pueblo mejicano es, pues, instintiva la sociabilidad; y siendo alegre, decidior, chungon, y músico y bailador, como el andaluz, una de estas fiestas campestres reúne el doble encanto de la llaneza labriega y la profusion espontánea de la hospitalidad rumbosa de las dos aristocracias del oro y de la sangre.

La dueña de la casa no se desdennó de bailar un popular jarabe con *un campirano*, célebre por la incansable agilidad que la ejecucion de aquel baile nacional necesita.

De otro libro en verso que de Méjico y sus costumbres trata, he publicado en *El Imparcial* fragmentos descriptivos de estos bailes y cabalgatas mejicanas; atajo, pues, pormenores con una única observacion: en el pueblo mejicano rebosa el ingenio naturalmente, como en el Champagne la espuma.

Como todos los santos tienen octava, nuestro San José tuvo once días de gallos, toros, coleaderos, conciertos y zapateados, al cabo de los cuales volvimos á la capital como una tromba de ruido y polvo, producida por nuestros cinco coches, rodeados de cuarenta ginetés, envueltos en sus blancos zarapes, sombreados por sus anchos jaranos, galoneados y ataquillados de oro y plata, espectáculo que no me cansaba yo entonces de admirar.

El conde de la Cortina me hospedó en su casa, no debiendo, segun él dijo, volver al hotel un huésped de su familia. A ella vino Cagigas á darme cuenta de un proyecto que debía de hacernos ricos en un próximo viaje á Cuba si yo le daba mis poderes: Cagigas era hombre de buen consejo y de grandes recursos, y en

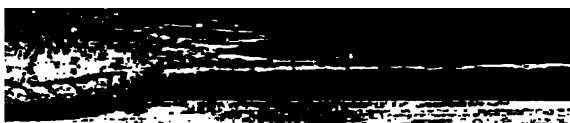


aquel verano se fué á la Habana, sin temor al vómito, para plantear su proyecto. Portilla me propuso la publicacion de un libro en el que debía yo hablar bien de Méjico, cosa que debía costarme poco trabajo despues de los obsequios de que fuí objeto, y de los versos que me dirigieron todos los poetas como en desagravio de lo pasado, de lo cual nadie se volvió á acordar. San-chíz, Manuel Madrid y el conde de la Cortina subvinieron á los gastos de impresion de mi *Flor de los recuerdos*, cuya publicacion dejamos en manos de un librero de proverbial honradez, y de cuyo libro y cuyo editor contaré el curioso éxito y la extraña muerte más adelante.

Y fueron días y vinieron días, y fuí intimando con la familia del conde de la Cortina, y casóse su primogénito con la hija mayor de su primo el hacendado de los Llanos de Apam, y Cagigas me envió unos dineros de la isla de Cuba, y un pequeño sueldo mensual que por trabajos míos me había allí procurado, y compré dos caballos, y tomé un criado, y acepté la hospitalidad de las haciendas, y me fuí á la de los Llanos á cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar, que en el país se llaman *techalotes*; y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas, y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes napoleras, y curando de la viruela negra á los miserables indios, que no se vacunan, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasé... no quiero calcular cuánto tiempo. Y fuí y volví mil veces de la capital á las haciendas, y de las haciendas á la capital, con pena del honrado y pun-donoroso Manuel Madrid, que creía aquella vida indigna

de un hombre de juicio, y con complacencia de Sanchíz, á quien acompañaba á visitar sus enfermos, y con quien en pláticas interminables me pasaba las horas perdidas.

Y cayó del poder Santana y subió á la presidencia Conmonfort, y perdió influencia el clero con el advenimiento del partido liberal al poder; y se echaron al campo los unos, y allegaron cuerpos de ejército los otros, y se agriaron las cuestiones políticas, y se perdió la seguridad en las haciendas y en las campiñas, por las cuales corrían y merodeaban numerosas partidas de pronunciados, en cuyas banderas se ostentaban diversos lemas: RELIGION Y FUEROS decía en unas; JUSTICIA Y LIBERTAD se leía en otras, y atizaban el fuego de la discordia periódicos de ambos partidos, y llamaban los liberales *religioneros* á los de religion y fueros, y libertinos éstos á los de justicia y libertad; y sostenían dos Prelados un periódico titulado *El Pájaro Verde*, caritativo anagrama de ARDE, PLEVE ROJA, con su falta de ortografía, hija de la pronunciacion mejicana, y cuyo periódico pedía sin rebozo las inquisitoriales hogueras para quemar á los impíos; y salieron desterrados de sus diócesis algunos Prelados, etc., etc., etc. Lo de siempre en nuestra inquieta raza, llamada latina sin duda porque reza en latín, sin saberlo, como las monjas.



V

Los proyectos y las afecciones del hombre social son como las guindas; se tira de una, y nadie sabe cuántas salen de la cesta enganchadas unas en otras. El conde de la Cortina, cuyo primogénito era ya marido de la hija mayor de su primo el hacendado, había aposentado á sus hijos en su palacio de Tacubaya, adonde me llevó tambien á mí, hospedándome en un cuarto sobre el jardín y contíguo á la biblioteca. Había el conde gastado muchos miles de duros en llenarla de libros, y tenía la perfectamente ordenada y cuidadosamente limpia, siendo la más selecta de aquel país. Sepultéme yo los primeros días entre aquellos libros, y guióme el conde por el laberinto alambrado de sus estantes, complaciéndose en mostrarme los tesoros literarios que en ella encerraba y la inmensa erudicion que atesoraba en su prodigiosa memoria. ¡Cuántos volúmenes me hizo hojear de cuyo contenido no sabía yo una palabra, ni de cuya publicacion tenía yo noticia! De cuántas cosas por mí ignoradas me dió nociones, y cuántas y cuán agradables horas pasé

escuchándole enumerar, clasificar y calificar hechos, costumbres, vicios, excelencias y vicisitudes de los hombres sábios y de los héroes de aquella tierra emancipada ya de nuestros dominios; él era español, pero hablaba siempre como mejicano, y los mejicanos acudían á él en cuestiones históricas, lingüísticas y literarias, como al más entendido y competente de los españoles, cuya Academia de la lengua, de la cual era socio correspondiente, representaba allí sin rival y sin apelación, y la verdad es que aquel hombre era una gramática viva y un tratado de retórica encuadrado en su levita, siempre abrochada. Tenía un gusto exquisito en artes su casa, ornada con los mejores grabados antiguos y modernos, y la vanidad de saber disponer una fiesta y hacer los honores de su casa y de su mesa como el más escrupuloso maestro de ceremonias y el más entendido culinario, profesor del arte cisoria.

Estaba en todos los puntos de la etiqueta de todas las cortes, y á él acudían los Presidentes de la República nueva para arreglar el ceremonial de la recepción de los embajadores, etc. Hubiera hecho, á saber conservar sus millones, el más suntuoso Mecenas del mundo; siendo él, sin embargo, modestísimo en el vestir y excesivamente parco en el comer, apenas podía yo darme cuenta de cómo le mantenían el chocolate, las frituras, las golosinas con que se cubría su mesa, de la cual volvían intactos á la repostería los platos de carne. Era el hombre más pulcro que he conocido: jamás le vi una mancha en su ropa, ni hallé un átomo de polvo en su escritorio. Su casa era el templo de la paz y la mansion del silencio: reinaba perpétuamente en ella la más absoluta tranquilidad, y jamás ruido ni movimiento alguno revelaba la presencia en ella del dueño de la casa,

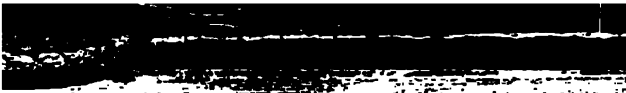


que trabajaba ó estudiaba en su despacho sin necesitar para nada su servidumbre. Generoso hasta el despilfarro daba por inconsciente esplendidez, y no asombraba ni conmovía su natural estoicismo el más maravilloso ó inesperado acontecimiento, ni la más íntima ó imprevista desventura. Era, en fin, este ilustre é ilustradísimo conde el último ejemplar en el siglo XIX de aquellos grandes españoles del siglo XVI y XVII, rumboso hasta alumbrar en Venecia con una valiosa letra de cambio al embajador francés, que se inclinaba para buscar en el suelo una moneda de oro caída de la mesa de juego, y sacar tras él del palacio de Guadalajara, donde se había hospedado Francisco I de Francia, dos carros cargados con la vajilla, muebles y efectos de que se había servido el régio prisionero; del temple de aquellos era D. José Gomez de la Cortina, conde de la Cortina, y por ser tal le estimaban su familia y sus amigos; pero abusaba de su benevolencia y generosidad alguna gente baldía y advenediza, cuyos servicios son indispensables á las personas bien nacidas y acomodadas, y con la cual necesitaba yo absolutamente no confundirme.

He dicho que el conde habitaba su palacio de Tacubaya y que tenía un apeadero en la capital, adonde iba y venía en su carruaje casi diariamente, y donde yo paraba siempre que, solo ó con él, en la ciudad tenía negocios ó visitas. Era el conde gran madrugador y gustaba de vivir en completa independencia: iba, pues, á Méjico más temprano de lo que á mí me convenía, y tomaba yo para ir uno de los muchos carruajes que hacían el servicio de Méjico á Tacubaya. En cuanto el conde partía de su palacio, entraba su ayuda de cámara en mi cuarto y me preguntaba si iba también á Méjico; en caso afirmativo, me decía que como el señor conde le tenía

dada orden de no dejarme ir solo, le diera la hora á la cual debía ir á buscar el coche. Dábale yo mi hora, y en seguida volvía á anunciarme que mi almuerzo estaba servido. El conde no almorzaba nunca, y á sus hijos se les servía el almuerzo en uno de sus aposentos. Bajaba yo, pues, al comedor, y el ayuda de cámara, que tenía por nombre Valentin y el alma del más valiente truhan, destaponaba con gran brio una botella de Burdeos y me la ponía delante. En vano le dije desde el primer día que no bebía vino; él respondía impertérrito: «Es orden del señor conde.» — Dejaba yo la botella intacta, porque el doctor Sanchíz me había prohibido todo vino, licor y bebida fermentada; y miéntras me disponía para partir, levantaba Valentin los manteles, recogía su botella y me anunciaba el coche. Dábale yo un duro para pagar los cuatro asientos, y llevándole en el de delante, me dejaba en la imprenta de Cagigas ó en casa Sanchíz, y desaparecía. A la vuelta, la misma pregunta, el mismo coche y á Tacubaya.

Trascurrieron así dos meses y algunos días; pero uno, despues de algunas horas de trabajo en la casita de la ciudad, tiré en vano de todas las campanillas de mi cámara y del ausente conde. Valentin no acudia, y convencido de que estaba sólo en la casa, salí á buscar por sus cuartos interiores algo que necesitaba. Al tirar del abierto cajon de una mesilla donde Valentin tenía los cepillos y otros trastos del servicio, puse los ojos en un libro de cuentas abierto, en cuyas dos páginas llamó mi atencion mi apellido muchas veces escrito delante siempre de una cantidad. Cedió á la tentacion, y no tuve empacho de investigar por qué y por cuánto entraba multiplicado mi nombre en aquellas cuentas, y leí las siguientes partidas:



Día 5.—Burdeos para el almuerzo del Sr. Zorrilla..	2 pesos.
Coche para ir á Méjico el Sr. Zorrilla.	1 —
Idem para volver á Tacubaya.	1 —

Día 6 y 7, las mismas partidas; total, cuatro duros diarios, ciento veinte mensuales que costaba al buen conde de la Cortina darme de almorzar un par de huevos y un *beefsteak*, y llevarme y traerme de su casa á la ciudad.

Si yo hubiera cometido la torpeza de ir á contar al noble conde este sistema de contabilidad de su servidor, se me hubiera reido en mis barbas y me hubiera probablemente dicho que quién me metía á mí en semejantes chismes, ni qué me importaba á mí de que le saqueasen sus servidores. Cagigas fué de la misma opinion, y me advirtió más de lo que yo ignoraba, y era que teniendo, segun el reglamento, los cocheros de Tacubaya obligacion de partir con dos asientos, ó con un solo viajero que pagára dos, el Valentin nos sisaba aún medio peso de ida y medio de vuelta al conde y á mí.

Al día siguiente bajé á la ciudad solo en el ómnibus, como correspondía á un poeta popular y vagabundo en aquella democrática y republicana tierra, y me aboné en el restaurant Cocquelet por un almuerzo diario.

Y hé aquí por qué decía, empezando este artículo, que los proyectos y afecciones de los hombres eran como las guindas; tiramos Cagigas y yo de una idea: mi necesidad de salir de casa del conde; pero no pudiendo volverme á la fonda, acepté la invitacion del primo hacendado del conde de visitar una quinta de su señora, inmediata á la capital, en cuya finca proyectaban sus dueños grandes reformas; y yendo y viniendo

á aquella hacienda de recreo, y á la de producto de los Llanos, y saliendo desde ambas á visitar vários lugares con aquel propietario, cuyo afan era correr incesantemente para hacer alarde de la multitud y el brío de sus caballos, comencé á ver las poblaciones, las fiestas, los santuarios, las ferias y á estudiar las costumbres domésticas, civiles y religiosas de aquellos pueblos, que las recibieron un día de España con sus leyes, usos, trajes, derechos y obligaciones, de los cuales no ha podido despojarles totalmente su emancipacion política.

Pero estos viajes, estas visitas y estos estudios, que fueron enredándose como las guindas unos en otros, fueron hechos en aquellos cuatro años del 55 al 60, en los cuales la caida de Santana, la presidencia de Commonfort, y las perpétuas peripecias y continuos cambios de gobierno que producían los triunfos y las derrotas de los LIBERTINOS y los RELIGIONEROS, tenían las campañas hechas campo de Agramante y las haciendas convertidas, segun su situacion é importancia, en fortalezas aspilleradas y prevenidas contra todo *pronunciado*, ó en almacén más ó ménos franco de provisiones de todo salteador que ostentára un lema político en su bandera ó en los colores de su traje.

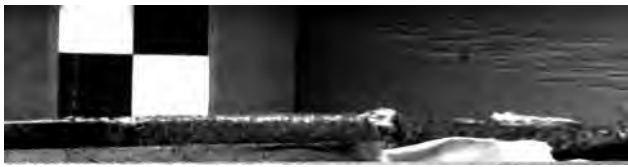
Mi propietario de los Llanos era hombre generalmente conocido: tenía la casa de su hacienda tal cual fortificada, y su azotea, coronada de sacos de arena, prevenida á la defensa; y allí se andaba rara vez á tiros con los pocos, y se transigía con los muchos; de modo que en muchas ocasiones se sentaba para comer el general del Gobierno en la misma silla en que el jefe insurgente ó pronunciado se había sentado para almorzar. Los pronunciados llegaban siempre á escape,

metiendo ruido y levantando polvo, amenazando para amedrentar, y fiando generalmente en el miedo ajeno más que en su propio valor; pero la casa, que estaba en alto, los vigías que estaban alerta en su azotea, y un buen antejo de campaña de Dollond que teníamos siempre á la mano, nos ponían á cubierto de su sorpresa, y nos permitía verlos y contarlos ántes y desde más lejos de lo que ellos creían ser contados ni vistos.

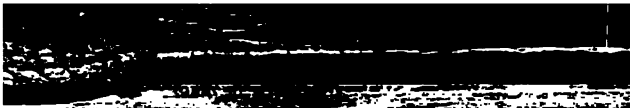
La gente mejicana es lista y de sentido práctico: en Méjico nacen muy pocos tontos, y allí tiene todo el mundo el dón de la palabra; en ningun país es tan cierto como en aquél el refran de que «hablando se entiende la gente,» y hablando con todos, con todos al cabo llegábamos á entendernos. De mí no desconfiaban ni los unos ni los otros; el dueño de la hacienda concluía por bromear con todos y quedar en broma con todos bien; y yo callaba y oía, y veía las cosas de aquel país de muy distinta manera que los personajes oficiales de las legaciones y embajadas, quienes suelen juzgar de los en que están encargados de velar por los intereses de su nacion por lo que ven en la capital, por lo que leen en el periódico oficial y por lo que les dice el subsecretario del ministerio de Negocios extranjeros.

Yo voy á decir algo de lo que yo ví y oí; pero tan á vuela pluma, y en tan breves líneas, como exige la estrechez de las columnas de la hoja literaria de *Los Lunes de El Imparcial*.

Es posible que lo que yo diga, y la imparcialidad é independencia con que lo voy á decir, no guste á muchos de sus lectores; pero habiendo escrito y juzgado siempre con severidad de mis obras y de mí mismo,



me creo con derecho á juzgar y á escribir de lo por mí visto con mi mismo criterio imparcial de siempre: y siempre se dijo que la verdad es un manjar amargo, aunque tengo yo para mí que lo es sólo para los paladares extragados por la mentira.



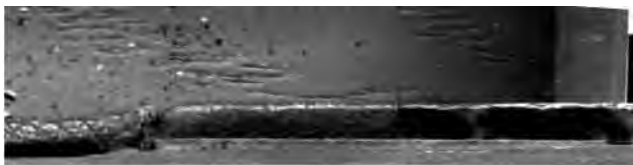
VI



TENÍAMOS los españoles unas excelentes leyes de Indias y un Supremo Consejo de Indias encargado de aplicarlas á la administracion de aquellos países, por cuya posesion llamábamos á nuestros monarcas reyes de España y de las Indias. Yo recuerdo el encomio y el respeto con los cuales hablaban de estas leyes de Indias mi padre, que era en su tiempo un gran jurisconsulto y que llegó por sus conocimientos jurídicos á ser consejero de Castilla, y un venerable pariente á quien yo llamaba tio, que lo era del de Indias, que á ellas había ido con un alto cargo judicial, y que de allá había vuelto casado con una señora de ejemplar virtud y de recto espíritu, aunque un poco curva de espinazo; en la cual hubo un hijo derecho, buen mozo, buen hijo y buen hermano, á quien mató el cólera á sus 29 años en el de 1833, y dos hijas; una de ellas tan esbelta, graciosa y atractiva, que pasaba por entre dos filas de adoradores, quienes para verla pasar la esperaban al salir de la misa de doce del Buen Suceso en la puerta del Sol, á cuyo hoy derruido templo asistía los domingos y fiestas de guardar,

volviendo á la casa paterna, que en el centro de la calle Mayor estaba situada. Jamás dudé yo de la excelencia de aquellas nuestras tan sábias leyes de Indias por mi padre y mi tío tan encomiadas, áun cuando me inspiró siempre aversion al estudio de los códigos el ver que ni mi tío ni mi padre, que por ellos habían arreglado tantos negocios ajenos, habían sabido jamás arreglar los suyos, dejando aquél á sus dos hijas embrolladas en pleitos interminables, y á mí éste más deudas que capital; así que, aunque jamás quise estudiarlas, tuve siempre gran respeto á las tales leyes de Indias, de cuya excelencia repito que nunca he dudado, pero de cuya justa, imparcial y equitativa aplicacion en aquellos países tan distantes de la Metrópoli no me he llegado tampoco á convencer jamás. Seamos un poco lógicos, por más que la lógica y la poesía crea el vulgo que han andado siempre poco avenidas, y reflexionemos unos instantes imparcialmente sobre las razones que en mí han podido engendrar tal duda en la eficacia y recta aplicacion de nuestras leyes de Indias.

Si hoy que el vapor lleva las órdenes y la correspondencia oficial en pocos días á los gobernadores de nuestras posesiones de Ultramar, y el telégrafo las trasmite en pocas horas; si hoy que cien periódicos de oposicion revelan y acusan tales perturbaciones é *irregularidades* en el gobierno y administracion de aquellos países hacen luz continua sobre lo que allá sucede, ¿cómo habian de ser estos mejores, más regulares y más oportunos cuando un virey de Méjico tardaba seis meses en recibir noticias, órdenes y correspondencia de Madrid, y cuando necesitaba catorce ó quince meses para recibir resuelta una consulta que desde allá dirigiera al poder supremo?



Y esto suponiendo que de Madrid le devolviesen resuelta su consulta á correo vuelto, cosa que me temo mucho que jamás se haya verificado, ni que se pueda probar jamás, aunque se revuelvan todos los archivos de todos los ministerios para comprobarlo. Consideremos que todos los que á aquellas tierras por gusto ó por empleo arribaban de España, creían arribar á casa propia y tierra conquistada; que las leyes y las costumbres, el derecho y la fuerza protegían allí á los españoles, y tenían necesariamente que hacerlos mejores que á los indígenas; que todo el mundo iba allá como á tierra de promision y país de Jáuja, donde se ataban los perros con longaniza, y todo holgazan topaba allí una onza debajo de cada piedra; recordemos que todavía dura y se repite entre gente vulgar lo de *ir á buscar ó tener un tío en Indias*; y no olvidemos que los españoles en general no solemos ser, ni en España ni fuera de ella, mansos corderos, ni evangélicos ejemplos de moderacion y sufrimiento, y que teniendo el gran defecto de echárnoslas de valientes allí donde mandamos... cartuchera en el cañon, y comprenderemos que los americanos no debieron estar como el pez en el agua en sus países bajo nuestra dominacion.

Y digo yo esto, porque allá y acá he oido mil veces tachar de ingratos y malos hijos á los americanos porque se declararon independientes de nosotros, sin considerar que los padres que educan mal ó con severa estrechez á sus hijos tienen al fin que perder su cariño, y al cabo han de concluir éstos por faltarles al respeto á aquéllos y emanciparse de la patria potestad.

Y soy yo quien digo esto entrado en los sesenta y cinco años de vida, sin temer de ser por ello tachado de mal español; porque yo ¡vive Dios! he vivido once años

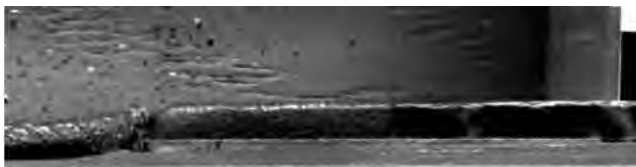
en América como español y como cristiano, fiel al lema con que encabecé mi poema de *Granada*:

«Cristiano y español, con fe y sin miedo
canto mi religion, mi patria canto;»

y en el estrecho círculo de poeta, en el cual me he constituido por mi propia voluntad y por conciencia de no servir para más, he cumplido con mi deber y he cantado á mi patria y á mi religion, hasta que he perdido la voz y la fuerza, pero sin perder la fe; porque yo soy cristiano á piés juntillos y español á macha martillo; pero no por ello creo ni defendo que todo lo que como cristianos y españoles hemos hecho fué siempre lo mejor posible y hechos siempre meritorios, ni que es inmerecido é injusto lo malo que por lo que hemos hecho nos ha sobrenido.

En cuanto á la emancipación y á las consecuencias de nuestra política en Méjico, no hay para qué hablar; el progreso de los tiempos y el adelanto social nos ofrece algo mejor que las pretensiones de nuestros abuelos al dominio de aquel país; la fraternidad que establece entre los hombres y los pueblos las mútuas consideraciones y las concesiones recíprocas, son las bases de la fraternidad universal y del amor al prójimo establecidos por Jesucristo.

No hablemos, pues, de nuestras relaciones políticas, ni de los rastros ya casi borrados, los recuerdos casi olvidados y los gérmenes ya casi extinguidos de discordia, inquina ó enemistad que pudieron dejar allí las generaciones de sus señores ó dominadores, y que borrará para siempre el conocimiento mútuo á que llevará al fin á los pueblos hermanos el trato fraternal á que



arrastra á los pueblos, á pesar suyo, el inatajable progreso de los siglos con nuestra ilustrada, tolerante y cristiana civilizacion.

Hablemos empero un poco de lo que yo ví en Méjico desde 1855 á 59, y que me pareció rastro de nuestro paso y dominacion por aquel país.

VII

A mi arribo á su capital no se habian aún exacerbado las rencorosas pasiones, ni desarrollado, desbordándose, los odios de partido, produciendo catástrofes, desórdenes y venganzas, hijas sólo de la hipócrita supersticion que envenena las creencias, convirtiéndolas en odios infernales de incurable ceguedad. Excepto el fusilamiento del llamado emperador Itúrbide, rara muerte de jefe había llegado á crimen político, no pasando de desgraciada consecuencia de un tumulto. Se había escrito la historia del levantamiento mejicano y de la expulsion de los españoles con toda la ampulosidad é hiperbólica poesía con que nuestra raza llamada latina escribe en andaluz todas nuestras glorias, dando la importancia de una batalla y de una hazaña á todo encuentro de cien hombres y á todo acto de osadía personal. Llegó la hora de que los españoles perdieran aquellas posesiones, y con ellas el derecho de sus reyes á decir que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y los mejicanos fueron ganando terreno y volviéndonos á echar hácia el mar sin grandes esfuerzos, porque estaba ya por ellos la voluntad de Dios, y

pesaban sobre nosotros nuestros pecados y nuestros errores en América.

Habíamos salido de allí sin dejar grandes ni verdaderos odios; allí se quedaron muchos españoles sin que jamás se les atropellára por las nuevas leyes republicanas, y muchos siguieron emigrando á Méjico como cuando se llamaba el reino de nueva España; y todo había pasado, por decirlo así, como una disputa de familia, quedando aún muchos mejicanos adictos á los españoles, y que no recataban su opinion ante la justa vanagloria del triunfo y la natural alegría por la independencia de las masas populares.


A mi llegada, las familias que de nobleza blasonaban ostentaban en sus salones sus retratos y los de sus antepasados, de cuyos lienzos en las esquinas superiores se destacaban sus escudos de armas y las cruces que ornaron los pechos de los togados y militares que fueron sus padres y sus abuelos. En sus conventos vivían tan tranquilos como mal enceldados los frailes Franciscos, Agustinos y Dominicos, á cuyos sermones y fiestas acudía la multitud, á cuyas visitas estaban abiertas todas las casas, y á cuyos priores, abades y padres maestros brindaban con sus quintas de recreo para pasar los calores las ricas devotas, las agradecidas comadres y todos los individuos del gran partido que despues se llamó religioso, moderado y conservador. Todo continuaba casi como en tiempo de los españoles; la autoridad del clero era respetada, creida su ciencia y seguidos sus consejos. Méjico continuaba guardando su aspecto de ciudad española, con calles y callejones solitarios y sin puertas, formados por las tapias, los muros ó las sólidas fábricas de huertos, de conventos de frailes y monjas y de templos, cuyas campanas y órganos reso-

naban sin cesar en los tímpanos de sus católicos habitantes. El claustro de la Universidad estaba lleno de reverendos cerquilludos y encapuchados, y el edificio de la Profesa estaba aún servido por el P. Arillaga y otros jesuitas con sotana y manto de Capellanes. Santana era partidario y se amparaba del clero, su mujer visitaba los conventos de monjas frecuentemente, y para su ejército acogía con preferencia oficiales españoles, de los cuales tenía vários en su estado mayor; Méjico, en fin, se parecía mucho, á mi llegada á aquella República, á nuestro Búrgos, nuestro Toledo ó nuestro Sevilla, en aquella época que yo alcancé todavía, en que los canónigos salían en sus coches á visitar sus alquerías y cigarrales, y los frailes en sus poderosas mulas, precedidos de sus espolistas, á cultivar y sostener las relaciones con los adictos, patronos, hijos é hijas de confesion de sus suntuosos monasterios. Figurábame yo que aún andaba por las calles de Valladolid como si de las áulas de su Universidad acabára de salir, admirándome, como de cosa nueva por lo olvidada, de aquellos hábitos blancos, azules, pardos y negros, relegados ya por entónçes en España y Francia á la tradicion y á la leyenda.

Y por este país nuevo tan parecido al viejo mio, comencé yo á correr en compañía y con los caballos de aquel inquieto hacendado de los Llanos de Apam que me hospedaba.



VIII

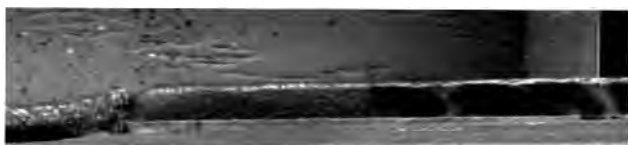
ORRÍAMOS entre aquella nube de polvo y ruido, que parecía constituir la atmósfera de los inquietos moradores de la *Hacienda de los Reyes*, unas veces solos el propietario y yo en su ligera carretela tirada por dos imparejables tordillos, y escoltados por seis cuerudos montados y armados, y á veces seguidos de su familia y amigos, en dos ó tres carruajes las señoras y gente formal, y á caballo la jóven y bien humorada.

Tenía yo por aquel tiempo cuarenta y dos años; y aunque pequeño y débil como sietemesino, hecho á tomar la vida segun venía, aguantaba el sol y la fatiga como un hombre hecho y derecho; y aunque agobiado de pesadumbres y hastiado de una vida cuyo rumbo había equivocado, poeta siempre, cualquier novedad ó mudanza me distraía de mis pesares, y corría tras de cualquier distraccion de poético atractivo como un muchacho tras una mariposa.

A pesar de la indiferencia por cuanto me rodea en que me ha sumido esta equivocacion de rumbo vital,

acosábame á veces la curiosidad de ver y estudiar qué rastro había dejado allí nuestra dominacion; qué había quedado allí de nuestras creencias y costumbres españolas, y qué debían á nuestra civilizacion y á nuestra fe aquellos extensos países por nosotros descubiertos, legislados y cristianizados. En el tiempo trascurrido y en mis continuos viajes á la capital, había ya tenido que ceder á las invitaciones de colegios, academias y sociedades, en cuyos salones y teatros, en actos literarios y funciones de beneficencia, no había podido ménos de presentarme como lector; y aunque jamás había hecho como tal más que lo estrictamente necesario para quedar bien, reservándome las excéntricas *fioriture* de mis salmodias para la ocasion en que pudiera usar y abusar de ellas en mi provecho, ya Méjico se había acostumbrado á verme y oirme; y salvo que nadie comprendía por qué diablos permanecía yo en aquel país, haciendo en él tan inútil, inquieta, improductiva y extravagante vida, ya estaba yo universalmente aceptado como un buen hombre y un inofensivo gachupin.

Dice el refran que «más vale caer en gracia que ser gracioso;» y á través de las mil vulgares suposiciones, de las mil mezquinas calumnias y de los mil absurdos cuentos á que mi incomprensible vida de inercia daba pábulo, yo había llegado á caer en gracia, y tenía ya carta de naturaleza y de seguridad en aquella tierra de gracia y de ingenio incomparables. Hubo empero una circunstancia, que no debo por lo extraña y absurda pasar en silencio, que me favoreció más que mis versos y mi manera de leerlos para captarme la simpatía general, sobre todo entre las mujeres. Méjico tiene dos debilidades nacionales: adora los piés pequeños y admira los grandes ginetes, y cree allí el vulgo que los euro-



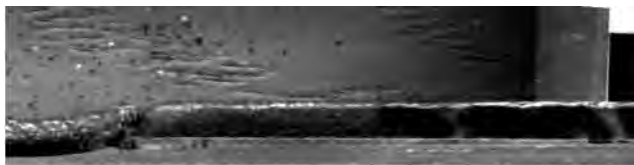
peos somos todos *patones* (como ellos dicen) y talegos de patatas á caballo. La primera vez que me presenté en un teatro, lo hice con el calzado fino, casi de seda, que allí se usa; y un hombre chiquito, bien calzado... *velai usté*; y como por amor propio y un poco de la innata y fachendosa farfantonería española, la primera vez que monté á caballo desdeñé la cómoda y segura silla mejicana, aceptando un pequenísimo galápago inglés, que para un hijo suyo había comprado hacía tiempo el propietario de la finca, y en cuyo galápago galopaba yo en un tordo cenceño llamado el *Muñeco*, que estuvo para matarme, pero que al fin no me mató... *velai usté* cómo por calzarme de seda me dieron en Méjico patente de buen poeta, y llegué á caer en gracia por no haber caído del *Muñeco*.

Sobre aquel inquieto animal, que parecía hijo de un venado, y en el izquierdo de los dos únicos asientos de la carretela de mi propietario hospedador, que pasaba por uno de los primeros caballistas, comencé yo mis egiras; en la carretela cuando íbamos solos, y á caballo cuando las señoras iban en los carruajes.

Lo primero que llamó mi atención fué el continuo encuentro por todas partes de indios cargados de cirios, cruces y objetos del culto divino, ó de cohetes y artefactos pirotécnicos, y sobre todo de gallos cuidadosamente acomodados en cuévanos de mimbre, que en forma de largos toneles llevaban trasversalmente á la espalda. Cada uno de estos cuévanos contenía ocho gallos, que asomaban sus encrestadas cabezas por la red que les cerraba las dos redondas aberturas laterales del cuévano en que el indio les llevaba cómodamente acostados. En Méjico los pueblos, los villorrios, las haciendas, las alquerías y hasta las ventas están bautizadas

con el nombre y puestas bajo el patrocinio de un Santo: San José de Acólman, San Antonio de Oméusco, Santa María de los Huisaches, etc., etc.; y como todos los santos del Calendario son allí pocos para tanto pueblito, villorrio, hacienda y ranchería, y como el más infimo y pobre de éstos se creería deshonrado y abandonado por él si no hiciera fiesta del día de su santo patrono, los caminos están siempre llenos de indios que preparan las fiestas, y de vagos devotos y ricos desocupados que acuden á ellas á llamar á las puertas del cielo por la mañana con la misa y las indulgencias concedidas á las imágenes, y á las del infierno por la tarde con las apuestas de los gallos, y por la noche con las de la banca: una vela á San Miguel y dos al diablo.

La primera fiesta á que asistí convidado fué á las del juéves, viérnes y sábadó de la Semana Santa en Ajapusco, de cuyo cura párroco he hecho ya anteriormente mencion. Los santos varones, frailes y misioneros catequizadores, que primitivamente se ocuparon de la conversion é instruccion religiosa de aquellos indios, cuya lengua difícil no sabían bien y cuyo obtuso entendimiento estaban empeñados en enderezar, discurrieron sábiamente meterles por los ojos, por medio de imágenes y cuadros plásticos, las ideas que no podían por la palabra introducir y estampar en su cerebro, lleno aún de las tinieblas de su monstruosa idolatría. Hiciéronies, pues, asistir durante la Santa Semana, en la cual recordamos los cristianos los Santos Misterios de la érvina Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, á la representacion animada de estos Santos Misterios, de los cuales fueron dándose cuenta y en ellos fueron creyendo los sometidos indios, cristianizados al fin y españolizados de tan sencilla manera. Aprendieron ellos bien ó mal



el castellano y mejor ó peor el tolthecca, el chichimeca y el otomí los constantes, pacientes y santos sacerdotes, sus misioneros; pero tuvieron que dejarles aquellas primitivas representaciones como fiestas religiosas. Hoy están aumentadas y añadidas con las profanidades que el lujo y los vicios de la riqueza han introducido en ellas, y admiréme yo de la valía de los mantos, clámides y coturnos de los centuriones y soldados romanos, de los velos preciados de encajes de las Marías y de la competencia con que la vanidad de las familias ó de los individuos se excede en gastos de los arreos de los caballos, de los trajes, las banderas, tablados y pasos necesarios á la representacion de la misteriosa epopeya de la redencion del género humano.

El cura de Ajapusco nos demostró su gran memoria en once sermones que predicó en el día entero del viérnes y los dos medios del juéves y el sábado, ya en la iglesia, ya en la ermita, ya en el campo donde se suponían las escenas de la Pasion. En el templo se hizo la oracion del huerto: el que representaba á Jesucristo estaba en unas andas en el centro de la iglesia, y desde lo alto del coro, registrada por una anilla en una cuerda, debía descender una niña vestida de ángel á ofrecerle el cáliz de la amargura; á la voz del predicador, ó porque la anilla no corría bien, ó porque algun chusco le detenía, el ángel no bajó á tiempo, sino unos momentos despues y con una rapidez que hizo palidecer de miedo á la pobre niña que representaba el ángel, y reir á la asamblea cristiana y al mismo sacerdote, con el brusco encontron que se dió con el Cristo de las andas, por la excesiva y mal calculada velocidad impresa á la criatura. La noche del viérnes guardaron á Cristo, despues de haberle azotado, abofeteado y escarnecido,

en una ermita, que llamaron el aposentillo. Los soldados romanos y los enviados de la Sinagoga lo velaron toda la noche; y para que no se durmieran, los vecinos y devotos cristianos les proveyeron de abundante alimento y más que necesaria bebida.

El cura nos dió tres homéricas comidas de vigilia, y el sábado de Resurreccion, si la gente de representacion que allí nos hallábamos no sacamos á Júdas de las manos de los creyentes, allí ahorcan de veras al miserable indio que por cuatro pesos se había comprometido á representar tan comprometido papel.

El domingo se corrieron caballos y se echaron gallos á pelear, en cuya palea y carreras, juntas con un par de horas de timbirimba, se perdieron unos cuantos puñados de duros. El cura disponía con la mejor buena fe del mundo, y satisfecho de compañía tanta y tan buena, las carreras y las peleas, y terciaba en las apuestas con los 111 duros que le habían valido sus once sermones. El domingo por la noche, alumbrados por una luna llena que á las siete saltaba del horizonte, emprendimos la vuelta á la hacienda, y á la de las suyas y ranchos los convidados, curiosos, representantes y entrometidos que habían con nosotros compuesto aquella sociedad cristiana, cuyos individuos, tal vez inconscientes, habíamos profanado el templo y cometido devotamente tantos desacatos á la divina segunda persona de la Santísima Trinidad.



IX

.....

.....

X

POR un camino que costeaba una loma rica de vegetacion, que parecía cubierta con un mullido tapiz de hojas de todas las formas y de todos los verdes imaginables, desde la fina, estrecha, lustrosa y flexible del más menudo césped, hasta la más ancha, velluda y aterciopelada de la begonia más voluminosa, y desde el verde casi amarillo de la hoja del limonero hasta el verde casi negro del más umbroso moral, entramos en el valle pintoresco y llegamos al caserío desigual de la poblacion que lleva el poético nombre de *San Juan de los Lagos*.

Multitud de carruajes, desde la pesada carreta arras-

trada por bueyes y el gigantesco furgon tirado por enormes caballos de los Estados Unidos, hasta la ligerísima carretela de mi hospedador de *Los Llanos*, en la cual nos llevaban cuatro poneys colines y descrinados: multitud de acémilas y bestias de carga, conducidas por indios de todas las comarcas de la República; multitud de ginetes de ambos sexos, con los vistosos, ricos y abigarrados trajes de todos sus Estados, desde el jarocho de Veracruz y la china doblana, hasta el lujoso lazador moreliano y la jacarandosa tapatía; una nube de mercaderes y buhoneros, desde el miserable vendedor ambulante de baratijas, deshecho de quiebras, hasta el rico fabricante de rebozos de á quinientos duros y de zarapes de á mil, colocados en cajas de cedro, y que pueden doblarse y meterse en el bolsillo de la chaqueta de montar, porque su finísimo tejido compite casi con los de Persia; multitud de ganado de toda clase, conducido á través de los campos por ginetes y picadores, que se distinguían apenas entre las nubes de polvo que por ambos lados de la multitud de viajeros levantaban; el carro-caja de los jugadores propietarios de la banca, escoltado por ginetes tan bien armados como de resuelto continente, y tras aquel y éstos un general de la República á la cabeza de dos mil soldados, para mantener en orden y hacer respetar la propiedad á la multitud de vagos, ladrones y hembras de toda casta y condicion que tras ellos venían y por todos los caminos se aproximaban: todo esto llegaba, entraba y se aposentaba ó acampaba en San Juan de los Lagos, cuya feria iba á empezar el día siguiente.

El acampar no era difícil para quien llevaba tienda ó la levantaba para exponer su mercancía con palos hincados en la tierra, y mantas, colchas, zarapes ó

lienzos clavados ó amarrados en los palos; ni era tampoco arco de iglesia para los que con estacas, ramas, brezos y juncos se construían en una hora una choza ó una barraca; lo difícil era alojarse, no tanto por la escasez de aposentos para tanta gente, cuanto por lo fabuloso de los precios de hospedaje y manutención. Un aposento... un tabuco para una ó dos personas, veinte pesos diarios; una sala para cuatro, cincuenta; una alcoba ó gabinete, de sesenta á ciento; un tablado de cama, diez; en colchones dormía quien los llevaba; una botella de cerveza, dos duros; de Burdeos ó de Champagne, ocho: todo esto los cuatro primeros días; porque, según corrían los de la feria, iban subiendo las tarifas. Cuando yo me hube hecho cargo de ellas, dejé de burlarme de mi huésped, que había hecho seguirnos un carro de la hacienda cargado con municiones de boca, colchones, y había escrito con un mes de anticipación á un su amigo vecino de San Juan, y enviádole dos días delante de nosotros un mayordomo, para que ambos nos aseguraran un techo bajo el cual dormir y resguardarnos del sol durante nuestra permanencia en el lugar de la feria.

El lugar consistía en una larguísima y ancha calle, formada por dos hileras de blancas y desiguales casas, tras de las cuales se apiñaban otras, entre cuyas bajas paredes se abrían estrechas é irregulares callejuelas. Una gran plaza en el centro y una grande iglesia á un extremo, ante otra plaza; y ante la iglesia un átrio con cerca, donde al fundarse aquella estuvo el cementerio.

Por ambos lados de aquella gran calle se instalaron una infinidad de tiendas, barracas y tinglados, en cuyo interior no me atreví á cerciorarme de lo que había ni á enterarme de lo que pasaba; pero como aquel caserío

de lienzo apoyado en el de fábrica de la poblacion era casi trasparente, sobre todo por la noche, dudé por lo apercebido de la veracidad de la narracion bíblica de la historia de las cinco ciudades de Pentápolis: á no que Dios, cansado ya de mirar á la tierra ú ocupado en el arreglo de nuevos y mejores mundos, no vuelva ya los ojos al nuestro, y no haya visto la fèria de aquel San Juan.

Las transacciones se hacen en ésta con una casi incomprensible buena fe: un ganadero de Tabasco, v. gr., vende á un propietario de Querétaro ó de Zinapécuaro una partida de mulas, unos centenares de bueyes ó unos miles de ovejas, diciéndole su edad y cualidades; el comprador y el vendedor se dan sus señas y direccion, y convienen en una fecha y en una cantidad, y á su tiempo ambos recogen la palabra dada, remitiéndose uno á otro los miles de duros y los miles de reses objeto del contrato.

La alegría es universal, y corre allí parejas con la confianza y buena fe comerciales; todo el mundo se divierte cuanto puede; nadie escatima sus gastos, y pocos dejan de apuntar un puñado de onzas en la banca, á la cual ni está mal mirado que nadie se siente, ni nadie extraña que nadie se arruine ó se enriquezca. En Méjico, no sólo no está prohibido el juego, sino que está autorizado; los banqueros pagan una fuerte contribucion, é instalan su banca en horas fijas y en una casa cuyas puertas y ventanas están siempre abiertas, y en la cual no entra la policía si no se la llama, cosa que rara vez sucede.

El juego es una costumbre establecida, una diversion nacional; y una trampa ó una estafa en el juego, está considerada como imperdonable delito é imborrable



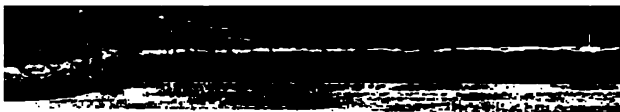
deshonra. Casi nadie lleva dinero al juego: los banqueros tienen dos cajas: una con el capital de la banca, y otra con el que prestan á los jugadores, por poco conocidos que sean, ó con sólo que exhiban su nombre y domicilio; quien no paga su préstamo á la banca, pierde su crédito con ella, y no vuelve á tenerlo ni en el comercio ni en parte alguna. Se entiende en Méjico que el juego es un vicio de nobles y un placer de caballeros; y se gana y se pierde el dinero sin pestañear ni palidecer, y es raro que ningun mejicano se pegue un tiro por haber perdido, ni meta ruido por haber ganado; tan raro como que la autoridad tenga que intervenir en lance indecoroso acontecido alrededor del tapete verde: los banqueros bastan para mantener allí el orden más perfecto, juzgan y deciden los lances dudosos, y expulsan sin tumulto, y apoyados por todos, á quien falta al decoro ó á la honradez. Cargan la bien apuntada mesa con doscientos, quinientos, ochocientos mil duros en pilas de onzas, sin temor á repentino ni violento golpe de mano; y aún no creo que ha ocurrido que una partida de bandoleros, ni una columna de pronunciados haya caido sobre una banca. No hay en las de Méjico ninguna de esas jugadas de dobles, iguales, entreses, elijanes, etc., en que el banquero tiene mucho tiempo las cartas, como un jugador de manos, entre las suyas: tira una carta arriba y otra abajo, pasa la baraja á quien la pide, espera y paga.

Tal vez á alguno de mis lectores se le ocurra que estoy aquí haciendo la apología del juego, ó que he sido jugador en América: nada más léjos de mi propósito, ni más ajeno de mis costumbres y de mis principios. El juego es un vicio perjudicialísimo á la familia y á la sociedad; esas bancas clandestinas nuestras, en que el

banquero exhibe seis, ocho, veinte mil reales, que defiende con mil suertes tan susceptibles de trampas y escamoteos, son antesalas del presidio, y los que á ellos acuden se ponen de él en camino; una banca de millones es una especulación que no necesita cometer infamias ni villanías para sostenerse: y si el juego es vicio inextinguible, tengo para mí que valiera más regularizarle, como la inextinguible prostitucion; condenar, perseguir, exterminar é infamar el monte clandestino y sin capital, calificándolo de robo, y tolerar la banca millonaria y pública, que paga gruesa contribucion al Estado; puesto que se autoriza la lotería, que no es más que una banca y un juego público de millones.

Relato, no juzgo, ni filosofo, ni moralizo; así se jugaba en Méjico por los años de 57 y 58, y no hago más que consignarlo en mis recuerdos de la feria de San Juan de los Lagos.

He dicho que habia una iglesia, y era necesario é imprescindible que la hubiera, puesto que todas nuestras fiestas tienen por abogado ó por pretexto á un santo cuya fiesta ó aniversario se solemniza. La de San Juan tenia (como tienen la mayor parte de las de Méjico) una ventana con reja que da á la sacristia ó á los aposentos del párroco, á un lado ú otro de la puerta principal; por esta reja se pide al sacristan el toque á fuego, al señor cura la confesion y los Sacramentos, etc. Alojábame yo cerca de la iglesia y entreteníame por las mañanas en ver desde mi balcon entrar y salir la gente á misa, y noté que todos los fieles que á oirla acudian pasaban primero por delante de la ventana con reja y decian algo al sacristan, que por la parte interior asomaba medio cuerpo. Al tercer día fui yo á misa y vi que todos los que en la iglesia estaban ya congregados tenían en la



mano una vela, que encendieron al comenzar el Evangelio y apagaron al consumir el celebrante: yo sólo no tenía vela, y noté que por ello era de todos notado. Pedíle á mi propietario de los Llanos la explicacion de esto, y me dijo sonriendo:

— Si me hubieras dicho que ibas á misa, te hubiera prevenido de esa costumbre, que es de la que la fábrica parroquial saca la mayor parte de sus rentas. Todos los fieles que vienen aquí tienen á vanidad tomar vela para entrar en la iglesia, porque el precio de la vela es la limosna para el presbítero que la rige. El primer día, cuando las velas están sin encender, cuestan dos reales, y las toman los devotos pobres, porque, segun se van gastando, van costando más caras; y la gente de valer hace gala de no ir á la iglesia más que en los últimos días, cuando ya se han reducido á cabos, y hay cabo que cuesta una onza, y hay quien da por devocion ó por vanidad un puñado de ellas.

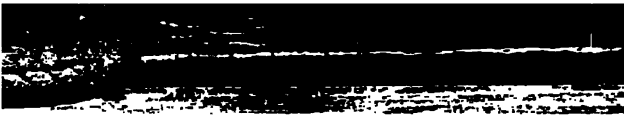
— Pues señor — dije yo para mis adentros — dice el refran que siempre está el diablo tras de la puerta; pero aquí está tras de la ventana, porque esta vela encendida por orgullo á Dios, seguramente debe de hacer reir al diablo, en honor de quien la enciende la vanidad.

Y calculando en más de veinte mil los forasteros que á la feria habíamos acudido, no resultaba pequeña la renta de las velas, y sobre todo la de los cabos.

XI

ENTRE los devotos más ó ménos sinceros, más ó ménos esclavos del demonio del orgullo y sacrificadores al pavon de la vanidad, llamaban la atención dos individuos de distinto sexo: una bellísima mujer y un hombre feísimo. La mujer era la más peregrina criatura del mundo, la más preciosa sacerdotisa de Vénus, la más seductora de las hijas del pecado, tentación viviente que había venido á aquella feria para servir de postre á Satanás, en aquella orgía, un gran racimo de almas de pecadores. Aquella mujer, que aún casi no lo sería en el Norte de Europa, pues apenas pasaba de los quince años, acudía diariamente al templo así que oía la campana, y honestamente vestida, castamente velada y piadosamente descalza, cruzaba de rodillas la sagrada nave, se colocaba cerca del presbiterio, y allí, prosternándose al alzar, oraba hasta derramar lágrimas, y era ejemplo de devoción y asombro de los creyentes.

Y aquella encantadora Magdalena volvía modestamente á su casa sin mirar ni hablar con nadie, como



la más honrada doncella del universo, y no salía más de su casa ni se asomaba jamás á sus balcones; pero como una de esas flores saturadas de fuerte aroma, de perjudicial aspiracion; como una de esas preciosas serpientes de cascabel de brillantes colores; como uno de esos cocuyos, gusanos estrellas de luminosa piel, trascendía su presencia, se oía su reclamo y se percibía su resplandor á través de las paredes de su morada, en la cual reinaba el orden y el silencio, porque á su dueña la azoraba el ruido y la amedrentaba el escándalo. Interrogada un día aquella extraña criatura sobre la monstruosa é inconcebible amalgama de su devocion matutina y su ordinaria profesion, contestó con la más ingénua sencillez: «Yo soy muy devota de la Virgen, y el día que la falto ó la escatimo en mis devociones, no me protege.»

El hombre feo, de tan ejemplar conducta en el templo como la mujer hermosa, era el director de la compañía de cacos operadores por la feria bajo sus órdenes; y hé aquí á dónde conduce la supersticion pagana é idólatra aplicada al pueblo como educacion religiosa. Seguramente que no fueron ni el prudente P. Olmedo, que allá fuera con Hernan Cortés, ni el venerable P. Las Casas, defensor é instructor de los indígenas, quienes introdujeron en aquel país tales y tan supersticiosas costumbres.

Y ello es que de aquí debió llevarlas alguno, puesto que aún vemos á los bandidos italianos de la Sicilia y de la Calabria ofrecer un lujoso cirio ó colgar una valiosa ofrenda ante el santo altar de una veneranda Madonna, y á los ladrones de Madrid hacer otro tanto, ó mandar decir una misa para que les ayude en una empresa; y la de los calabreses es desbalijar y acaso



destripar á los viajeros en las gargantas de los Abruzzos, y la de los madrileños del Avapiés á la Virgen de la Paloma, es el saqueo nocturno de una platería, intentado ó llevado á efecto por un escalo practicado en las alcantarillas.



XII

FRECUENTABA Cagigas y el doctor Sanchíz, y yo cuando permanecía en la capital, la casa y sociedad de una señora viuda, que tenía un hijo abogado tan perspicaz é instruido como afecto á la poesía, y dos hijas de mediana hermosura, pero de intachable conducta, de esmeradísima educacion y ventajosamente conocidas por sus conocimientos musicales; la mayor era una profesora en el piano, y la menor poseía una vigorosa voz de soprano muy *sfogatto*, que manejaba maravillosamente.

No era rica la viuda, ni las hijas vestían con el lujo excesivo general de las señoras en aquella tierra, ni el hijo tiraba las onzas en las ferias, como la juventud dorada de la capital; pero podían vivir muy bien de la renta de una finca y de la viudedad que por el empleo que su difunto desempeñó la correspondía; y el hijo tenía su buen caballo, con silla y cabezada chapeados de plata fina, freno y estribos de primoroso ataugiado zacatecano, sombrero atoquillado de oro y calzoneras abotonadas con cientos de moneditas nuevas de á medio; y

las muchachas no carecían de buenas arracadas de diamantes, ni de sortijas cuya pedrería obligaba algunas veces á quitar los ojos de las manos de la mayor cuando corrían sobre el teclado como dos palomas blancas que revoloteaban una tras otra. La clientela del hijo y las antiguas relaciones conservadas por su viuda madre, traían á aquella casa, en las noches de reunion, una sociedad no muy numerosa, pero de personas tan útiles como agradables, escogida entre gente de arte; casi todas las señoras *hacían* música, como hoy se dice, y todos los hombres hacían con ellas muy buen papel en su estrado y tertulia, como se decía antaño, y en su *sóirée*, como ogaño decimos, introduciendo sin necesidad en nuestro lenguaje una palabra de extranjero idioma. Entre los individuos de aquella sociedad hallábamos de cuándo en cuándo un eclesiástico de cuarenta á cuarenta y cuatro años, de fisonomía expresiva, sonrisa perenne y carácter franco, que tenía trazas de haber sido organista por la facilidad con que acompañaba á los cantantes cuando que se pusiera al piano se le rogaba, y rico, al parecer, por la magnífica repeticion que usaba y los buenos caballos que en su coche le traían á la capital, cuando á ella venía desde el Estado en que tenía su iglesia. Era un cura muy campechano, pero sin nada de chacharero ni indecoroso, á pesar del humillo á rico que de sus modales y su modo de vivir trascendía. Gustaba mucho de discutir con Sanchíz, que por la discusion tenía prurito, y el cura se los tenía tiesas con el doctor, que era un sí es no es descreído y materialista, y siempre sus discusiones concluían amistosamente en homéricas carcajadas y apretones de manos que arrancaban al alegre cura las excéntricas conclusiones del Dr. Sanchíz, que era homeópata, frenólogo, espiritista,

y progresista, en fin, en artes, ciencias, literatura, política, y originalísimamente extravagante y divagador. Cuando con él en aquella casa nos encontrábamos, salíamos de ella juntos y le acompañábamos hasta su hospedaje; y érame á mí, finalmente, no poco simpático, aunque jamás intimé mucho con él por vivir ambos fuera de la ciudad y no permanecer en ella ni uno ni otro largas temporadas.

Una noche pregunté á Cagigas despues de dejarle en su domicilio. Cagigas hizome un mohino que le era peculiar juntando y alargando los labios como quien va á silbar, y me dijo:

— Es el cura de Chalma. ¿No ha oido usted hablar de él?

— Nunca — le respondí.

— Pues pregunte usted por él á su huésped, y dígame usted que le lleve á su casa la semana de la fiesta de su Cristo titular.

— ¿Y dónde está Chalma?

— Por ahí, donde está aquí todo. Para usted y su hospedador todo está ahí, á la vuelta del cerrillo. Con los cuarenta ó cincuenta caballos que ustedes tienen en caballeriza y los dos ó trescientos en el potrero... ya verá usted lo que es en Chalma el cura de Chalma.

Dejóme Cagigas á la puerta de mi casa, en donde no había más que el portero y mi criado, porque la familia andaba por las haciendas, y yo me dormí pensando en qué sería en Chalma el cura de Chalma.

En cuanto á que el punto fuese Chalma ú otro punto de nombre indio, no estoy yo hoy en día muy seguro; porque como despues de la muerte de Maximiliano los juaristas tropezaron con unos cajones de libros y papeles que á España me venían dirigidos, y con los

cuales no he logrado volver á reunirme, escribo estos recuerdos de memoria; y la mía, que ha estado siempre reñida con los nombres y las fechas, tiene las de mi estancia en Méjico trabucadas y de través en mi ya mal seguro cerebro. Pero sea ó no en Chalma, la escena es cierta aunque el lugar dudoso.

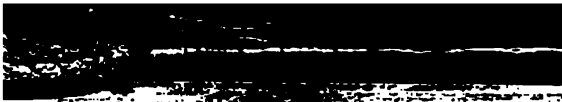
Mi inquieto hospedador, que no deseaba más que hallar ocasion ó motivo para correr y reventar caballos, me prometió llevarme á Chalma, y un buen día la emprendimos por aquellos caminos de Dios, ó mejor dicho, del diablo; porque en ellos lleva uno siempre la vida en un tris con los baches, los barrancos, los pantanos, los derrumbaderos y los mañosos, que son, hablando claro, los ladrones, á quienes en Méjico no se llama nunca tales, sino los mañosos, los niños, los traviosos, etc., tratándoseles con cierto mimo, como á gente de casa. Sucede con éstos en Méjico lo que con los negros en Cuba, que hay que llamarles morenitos aunque tengan la piel más oscura que las noches sin luna y las conciencias de los usureros.

Y llegamos á Chalma como llegábamos nosotros á todas partes: como los nublados, en medio de un torbellino de polvo y de ruido, levantados por los veinte ginetes y los tiros sueltos que nos seguían y precedían. Recibiéonos el cura con su cortés sonrisa y su tranquilidad habituales, sin asombrarse del acompañamiento de mi acompañante, á quien y cuyas costumbres ya conocía, porque las dependencias de su casa tenían para todo suficiente amplitud, y porque la hospitalidad mejicana no tiene límites. Nosotros llegamos un día ántes del primero de las fiestas: el cura nos alojó en un aposento limpio y blanco como si fuera de porcelana, y nos puso dos camas con colchones embastillados y

acordonados con dos sábanas de apénas planchada Holanda y dos almohadas con unas guarniciones plegadas como sobrepellices planchadas por monjas, que son las más primorosas planchadoras del mundo. En casa de aquel cura no había ningun individuo del bello sexo, porque de la india que nos hacía las tortillas y de algunas otras que á servirnos se prestaron alguna vez, no podíamos asegurar á qué sexo pertenecían, primero porque todas pasaban de los cincuenta años, y segundo porque en aquel departamento los hombres llevan el pelo trenzado como las mujeres; y careciendo aquellos de barba, cuando envejecen parecen mujeres los hombres y hombres las mujeres; de modo que el europeo, cuando á aquellos departamentos arriba, si hombres y mujeres cambiáran el traje, no distinguiría los sexos, y un día sí y otro no podrían hombres y mujeres vestir indiferentemente y sin que el extranjero se apercibiera del cambio.

Y amaneció el siguiente día, y nos despertó el repentino estruendo de los cohetes, los tiros, las cámaras, las campanas, los ladridos, relinchos y gritos de todos los perros, caballos y moradores del festejoso pueblo. Vestímonos apresuradamente, y vimos desde la ventana una nube de indios que por cerros, llano, veredas, sendas y caminos se nos venía encima, precedidos, acompañados ó seguidos de tambores, trompetas y músicas, y cargados todos de cruces que, en torno de ellos y encima de sus cabezas, formaban bosque. De entre aquel bosque de cruces salían cohetes, petardos y aullidos, y de algunos grupos lastimeros baladros y aullidos, que eran, como al fin comprendí, sus religiosos cantares. Segun se acercaban unos grupos de indios, aparecían otros á lo léjos, desembocando

por entre las nopaleras, descendiendo de las lomas y trepando por las barrancas, pero todos cargados de cruces, unas grandísimas hechas de troncos groseros de árboles mal cortados, en carros tirados por bueyes; otras en hombros de una veintena de hombres que se remudaban, y las grandes venían plagadas de clavos, de los cuales pendían centenares de cruces chicas y medianas, colgadas de los clavos con cintas; y en los vestidos traían cruces cosidas y cruces en las manos, y en los bolsillos cruces de madera, de flores, de bejuco, de paja, de bellotitas engarzadas en agujas y en alfileres, de espinas de biznaga, de plumas de águila, de paloma, de colibrí... no sé si la fiesta era la de la Santa Cruz; pero las cruces no cabían en la iglesia, y comenzaban á llenar el átrio.



XIII



ONTEMPLABA yo con asombro aquel cargamento de cruces; contemplábame á mí asombrarme mi hospedador sonriéndose, y contemplábannos á ambos con extrañeza los indios, y con desconfianza el cura, su vicario y el sacristan, los cuales estaban situados en un corredor sobre el que nuestra ventana se abría. Bajaron éstos á la iglesia, y fueronse aquéllos acomodando por todas partes; y entre ellos se establecieron los buhoneros, los rosquilleros, los vendedores de comestibles, los de medallas y religiosas baratijas, más ó menos ortodoxas, más ó menos prohibidas por los santos Concilios, y más ó menos ostensiblemente patrocinadas por la supersticion y la logrería; la mayor parte cintas de algodón, seda y tisú de plata, en cada una de las cuales había una inscripción que decía: « Medida de la cabeza del Santísimo Cristo de Chalma para todos los dolores de cabeza, » « Medida de la cintura de la Santísima Virgen de los Remedios para el feliz parto de las preñadas, » etc. Esta exhibicion y venta de piadosos objetos no me

mó la atención en aquel pueblo extraviado y aislado de la sociedad civilizada por haberlo ya visto en el mismo suntuoso y famosísimo templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en cuyo fondo, y en dos magníficos mostradores de cedro y caoba fileteados de raíz de olivo y de limoncillo, los vendían dos presbíteros con sobrepllices cuando yo llegué á aquella República y visité por vez primera aquel célebre santuario.

La fiesta y feria de Chalma fué como todas: misa, sermón y procesión por la mañana, y procesión y sermón por la tarde; toros y peleas de gallos en la plaza, cohetes y cámaras casi sin interrupción, y árbol de pólvora y torito de fuego por la noche. El tercer día fué la solemne bendición de las cruces, contadas por los curas y el sacristán en los dos anteriores, que se pasaron enteros en tan fatigosa y constante operación. Comenzó el desfile de los indios por delante de la ventana que de la sacristía daba al exterior en la fachada de la iglesia; y según iban pasando los grupos, decía el sacristán leyendo en un libro que tenía delante: «Pueblo de tal, 20 de 1.^a clase, 150 de 2.^a y 300 de 3.^a» Y el jefe del grupo, tribu, familia ó ayuntamiento le dejaba en el alfeizar de la ventana un saco ó esportilla (en lengua india *tompeate*), en el cual iba la cuota que por sus cruces á la familia, tribu ó grupo correspondía; y tasadas desde peseta á una, dos y tres onzas, lo contenido en los tompeates sumaban muy respetable cantidad de pesos.

Y que ningún alma timorata y creyente extrañe ni se escandalice de estas infracciones de lo expresamente prohibido por el santo concilio de Trento, que es el que á los católicos nos rige; porque en aquellas regiones, de la metrópoli romana tan apartadas, los sacer-

dotes tienen que andar todo el año la ceca y la meca para doctrinar aquellos puebluchos y aquellos aduares, donde los pobres indios viven diseminados y en poco contacto con la poblacion blanca y civilizada; y como muy pocos de aquellos puebluchos podrían ni se aventurían á sostener un párroco, es preciso inculcarles de una manera ú otra los principios religiosos, el afecto á las ceremonias de la Iglesia y el respeto á sus sacerdotes.

Los indios, por su parte, son todo lo buenos cristianos que les deja ser su escasa inteligencia, y adoran á Dios y creen en el cura, por quien son cristianos, por cuya direccion han de conservar sus territorios en en vida, y por cuya absolucion han de salvar sus almas despues de la muerte. La del indio mejicano es la raza más tacaña y apegada al dinero que yo he conocido. Un indio trota dos horas y tres leguas cargado como su asno con una enorme saca de carbon; y cuando lo vende en el mercado tantea cincuenta veces cada peseta, contra las piedras la suena, la muerde y ruega á todo el mundo que le diga si es buena, y suplica con lágrimas al comprador del carbon que no le engañe; y cuando por fin se decide á envolverla y anudarla en la punta de su faja, es cuando ya no le queda la más mínima duda de la bondad de la moneda. Pues bien; este indio que es todo mezquindad, miseria y tacañería, tiene sus ideas religiosas tan barajadas en su espeso cerebro, que oculta su dinero hasta á sus propios hijos, vive entre harapos en una cabaña, cambia furtivamente su plata en onzas, las entierra en un lugar de él sólo conocido y se muere sin declarar lo que tiene ni dónde lo tiene, porque cree que su dinero sigue á su alma al otro mundo y le sirve para pagar á San Pedro su entrada en el paraíso.

¡Quién sabe si esta superstición obedece á una lógica india, hija de la observación de toda su vida! Desde el tiempo de la conquista el indio ha visto que el blanco no ha buscado allí nunca más que dinero; y suponiendo que San Pedro siendo blanco no ha de hacer nada sino por dinero, lo guarda para aquel paso supremo y no tiene inconveniente en darlo por las cruces; aunque en este caso cede su fe al demonio de la vanidad, que tienta lo mismo y lo mismo pierde por ella á los que habitan, huelgan y mandan en los alcázares que á los que acampan, trabajan y sirven en las cabañas y en los aduares.



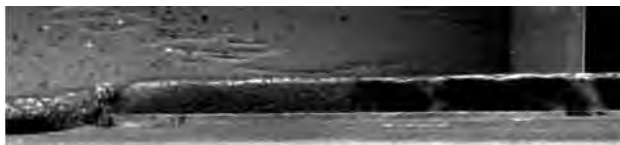
XIV

MIÉNTRAS yo vagaba estudiando el país á mi manera y las costumbres que á él habíamos llevado sus antiguos dominadores, y las que con su emancipacion había él ido adquiriendo, la política había revuelto la tierra y exaltado las cabezas. El ministro español que me había presentado á Santana había perdido el juicio; Santana había emigrado. Conmonfort había subido á la presidencia, y con él el partido liberal; los *religionarios* andaban por los campos *pronunciados*; Cagigas, que era santanista, andaba haciéndose el enfermo, el sueco, y se había hecho muy poco encontradizo; Anselmo Portilla dirigía un periódico conmonfortista; Sanchíz andaba como siempre, erguido y discutidor, y despues del diplomático Antoine y Zayas, que allí se decía que hacía negocio, vino á enderezar el negocio de la Convencion española mi condiscípulo y amigo de la niñez Miguel de los Santos Alvarez, investido del carácter de enviado extraordinario y apoyado por una escuadra que fondeó en Veracruz.

Dijeron los mejicanos que no era decoroso tratar con

la amenaza de una escuadra enfrente de las narices, y dijeron los españoles que no se podía tratar sino con una escuadra á las espaldas; y entre «retira la escuadra y trataremos,» y «si retiras la escuadra no haremos nada,» Miguel Alvarez adelantaba poco como embajador, aunque como literato era recibido y acariciado por todo el Gobierno, que se componía precisamente de gente de letras. Páino y Guillermo Prieto eran ministros; y ellos y otros dos individuos del Gabinete eran amigos de Manuel Madrid, con quien yo pasaba semanas enteras en una alegre casita del alegre pueblo de Tacubaya. A aquella casa acudíamos los domingos, y en ella almorzábamos Páino, Prieto, y algunos otros personajes influyentes en la situación, con el excéntrico español Patiño, de quien hago más larga mención en mis memorias póstumas. Manuel Madrid, que era tan buen español como buen amigo, quería que Miguel Alvarez saliese airoso de su comision, y convinimos en reunir á éste con los ministros en su casa, donde yo tenía habitación, como en terreno neutral y con pretexto de continuar nuestros almuerzos dominicales. Invitó él á la gente política y yo á la de letras, á la cual debía yo llevarme á mi aposento y entretener con versos y fruslerías, mientras Alvarez se las arreglaba con los ministros despues del Champagne.

El primer domingo todo salió á pedir de boca; llevéme yo mi gente á mi cuarto, les enseñé un Korán y otros libros árabes que tenía sobre la mesa, les leí pedazos de las *Dos rosas y dos rosales*, y cuando con ayuda de una botella de *Sillery Monseux* y unos habanos, regalo de Cabañas y Carvajal, pasaron aquel mal trago de mis versos, ya los políticos habian levantado sesión y citádose para el domingo siguiente.



Pero éste, al fin del almuerzo, cuando yo intenté llevarme á los míos, les hallé más dispuestos á escuchar la voz de la diplomacia que la de la poesía. Manuel Madrid me miraba ya impaciente, los políticos no tenían tiempo que perder, y yo no sabía cómo apoderarme de D. Joaquín Pesado, famoso poeta entónces, político en otro tiempo, y curioso como una monja. Madrid, por fin, más avisado que yo, me dijo: « Acuérdate de que has prometido á aquellas señoras que harías firmar sus álbums á D. Joaquín: te los he puesto sobre tu mesa. » Pesado no pudo esquivar semejante demanda, y siguióme con los otros poetas á mi cuarto, donde el previsor Manuel Madrid nos envió puros y Champagne para que no volviéramos sin apurar unos y otro.

Mas D. Joaquín Pesado tenía un ojo al gato y otro al garabato: había husmeado que allí se fraguaba algo, y quería saber de qué se trataba: dos veces se había vuelto hácia la mampara; y dos había yo logrado llamarle la atención; pero preveía que se me iba á escapar, y Manuel Madrid me iba á llamar imbécil y torpe á boca llena.

Era Pesado muy devoto, tenía una numerosa familia, tres ó cuatro muchachas hermosas, y otros tantos muchachos con cabeza de querubines: un cuadro de Rubens. Dábales una santa educacion y una instruccion como la suya, y sabía yo que todas las noches rezaban el rosario en familia; y Pesado acababa de escribir un panegírico ó cosa parecida del Santo Rosario para edificacion de sus piadosas hijas. Una cuestion religiosa era lo único que podía hacerle olvidar la política, y no quería yo exponerme al justo bufido de Manuel Madrid. So pretexto de buscar un manuscrito saqué de su cajon muchos papeles, y tiré entre ellos sobre la mesa un

precioso rosario de ámbar y venturina, que pertenecía á las señoras dueñas de los álbums.

Cogiólo inmediatamente Pesado, y examinándolo dijo:

— ¡Precioso rosario! ¿Es de usted?

Aquí le aguardaba yo, y respondí:

— No, señor; yo no lo uso porque nunca lo rezo.

— ¡Nunca! — exclamó asombrado.

— Nunca — repuse yo tranquilamente, y el pez prendió en el anzuelo.

— ¿Por qué? — me preguntó dispuesto á entrar en discusion.

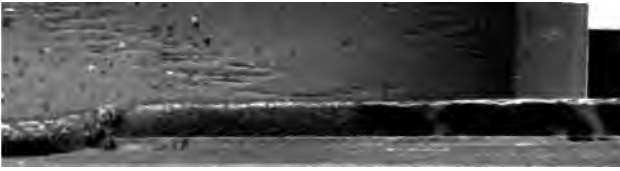
— Porque tengo para mí que la invencion del rosario fué una torpeza de Santo Domingo de Guzman, que lo introdujo en España.

— ¡ Hombre, hombre! ¿Cómo explica usted eso de la torpeza? — me dijo Pesado como queriéndlo comprender mejor mi mala idea.

— Mire usted — seguí yo diciendo con la más taimada imperturbabilidad — Santo Domingo de Guzman, que iba á Argel á redimir cautivos, vió que los moros rezaban con una camándula de catorce granos; y sin ver bien lo que ellos dicen con aquella camándula, cometió la torpeza de inventar una de cien granos.

— Explíquese usted mejor; lo que está usted diciendo es una gran impiedad.

— Los árabes reconocen los catorce atributos de la divinidad pasando los catorce granos de su camándula: Dios Criador; Dios Misericordioso; Dios remunerador; Dios Grande, etc.; pero no se dirigen al Criador; no le hablan; no se le igualan; lo reconocen, lo adoran; y Santo Domingo la dijo á María Santísima cien veces la misma cosa como si fuera sorda ó estúpida.



— ¡Jesus! ¡Jesus! — exclamaba Pesado cogiéndose la cabeza con las manos. — ¡Qué blasfemias! ¡Un hombre como usted! ¡Un poeta cristiano!

— Y además — continué yo — la manera irreverente con que se reza es un desacato. Se mascan entre dientes y se ganguea sus palabras; de modo que sobre atreverse la criatura á hablar cara á cara con la Santísima Virgen y con su Divino Hijo, los habla con un tono que costaría ser despedido á su criado de usted si con usted se atreviera á usarlo.

— ¡Dios mio, Dios mio! — exclamó Pesado. — Voy á convencerle á usted del error en que está.

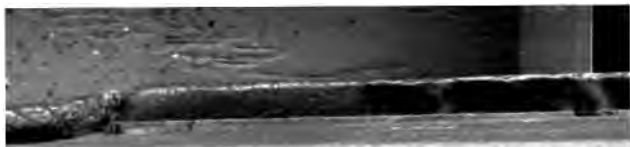
Y comenzó una disertación eruditísima para confundir mi impiedad y hacerme retractar de mis blasfemias, que escucharon absortos conmigo los que nos rodeaban.

Cuando él cesó de hablar, Miguel Alvarez había partido para Méjico con los ministros; y oyendo á Pesado, ni habíamos nosotros oído partir al coche.

D. Joaquin Pesado se fué escandalizado, pero á oscuras de lo que se trataba.

No recuerdo ya bien cómo cumplió su cometido; pero el 12 de Junio del 56 fué reconocido Miguel de los Santos Alvarez como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C., cuyo acto solemne se había diferido hasta allanar algunas dificultades que para ello se habían presentado; pero en consecuencia de su reconocimiento y recepcion, el Gobierno de Comonfort mandó que se pusiera en via de pago la convencion española, satisfaciendo á sus acreedores los dividendos que hubieran dejado de percibir, hasta igualarlos con los de las convenciones inglesa y francesa.

Alvarez dejó tan bien á España como mal á mí. Alvarez fué mi más íntimo amigo y mi más asiduo compañero en la universidad de Valladolid por los años de 35 á 36. Nuestros padres, liberal el suyo y realista el mio, habian sido rivales, primero en la Chancillería, de la cual fueron relatores, y enemigos despues cuando se envenenaron los odios políticos al renegar Fernando VII de la Constitucion el 23. El padre de Alvarez tuvo al



fin que emigrar á Portugal, y el mio salió de Valladolid para la intendencia de Búrgos; y ambas familias conservaban, á causa de la obcecacion que producen las pasiones políticas, mala memoria una de otra. Mi padre, desterrado en Lerma, atribuía mi perdicion á mi amistad con el hijo de su rival; y el tío de Alvarez, nacional ó urbano, como entónces se llamaban los milicianos, me atribuía á mí la carrera de perdicion, en la cual habíase metido su sobrino por la aficion á los versos y á las artes que yo infiltré en el claro ingenio de Miguel Alvarez; pero uno y otro ignorábamos las circunstancias en que nuestros padres se habían encontrado en anteriores y ménos ilustrados tiempos. Simpatizamos desde que nos vimos, y nos quisimos y vivimos como hermanos en la Universidad; y al siguiente día del en que el entierro de Larra me puso en evidencia en Madrid, mi primer cuidado y mi mayor orgullo fué presentar á mi amigo á todos los que lo fueron míos; y nunca ha flaqueado nuestra amistad ni el tiempo ni la separacion, ni las opiniones nos han hecho hasta hoy, uno con otro, ni desdeñosos ni olvidadizos.

Al llegar á Méjico Alvarez con la alta investidura de su plenipotencia, nos volvimos á encontrar allí como cuando los dos andábamos con manteos en la Universidad: retrocedió para mí el tiempo veinte años; olvidé los pesares y el hastío, bajo cuya influencia había yo cruzado el mar con la sola esperanza de morir pronto, y la palabra chispeante de ingenio de Miguel me volvió á abrir el paraíso de los recuerdos de la edad de la esperanza en el alma desesperada. Alvarez me abrió sus brazos, su corazon y su bolsillo como cuando todo era comun entre ambos; pero yo no pude abrirle mi alma...

y Alvarez me creyó feliz por algo que él no comprendía y cuyo secreto ó capricho respetó.

— Vente conmigo — me dijo al partir.

— No puedo — le contesté.

Y nos abrazamos despidiéndonos, y él se volvió á España tranquilo por mí, y yo me quedé en Méjico con las tinieblas en el alma y la angustia en el corazón. La preciosa hacienda en que me hospedaba, rodeada de jardines, en una loma desde la cual veía yo el valle entero de la Mesa Central, en cuyo fondo se vislumbraba desde su terrado la blanca ciudad de Méjico, destacándose sobre el azul de la laguna de Tezcoco como uno de esos maravillosos trabajos de marfil que los chinos colocan en el país de un abanico; aquella familia propietaria de la hacienda, y la sociedad numerosa que la visitaba, compuesta de las más lindas muchachas, y la gente de arte más alegre que Méjico albergaba, se me convirtieron en oscuro y desierto paisaje y en desagradable compañía.

Ensilé mis caballos, y me volví á los Llanos de Apam, donde al sol y al viento de aquellas llanuras me pasaba los días cazando ardillas y las noches durmiendo, forzado á dormir por el cansancio del día, sin libros, sin periódicos, sin tintero y sin plumas. Y allí más tarde, en una de las fiestas conmemorativas que en la hacienda se celebraban, y á que él asistió, me vió con asombro D. Joaquín Pesado ayudar respetuosamente á la misa y acompañar al ex-fraile capellán de la casa á curar, y á sacramentar y á olear á los pobres indios; y entónces cayó en la cuenta del por qué le había dado tan mal rato y escandalizado tanto con mis heréticas opiniones sobre el santo Rosario y Santo Domingo de Guzman.

Pero desde la partida de Miguel de los Santos Alvarez los negocios políticos convirtieron el país en un volcan, con la fermentacion de las ideas y la eterna lucha del progreso con la reaccion. El 25 de Junio había el Gobierno promulgado la ley de despropiacion de dominio de las corporaciones religiosas sobre fincas rústicas y urbanas. Protestó el Arzobispo, no sólo contra esta ley, sino contra el art. 15 de la Constitucion política de la República, que establecía la tolerancia religiosa. Siguieron otros Prelados el ejemplo del de Méjico; desbordáronse algunos curas en el púlpito, incitando á los pueblos á la desobediencia y á la rebelion á la Constitucion, y el Gobierno decretó que á todo trance se llevára á efecto la desamortizacion sin concurrencia de las corporaciones intervenidas, en vista de la oposicion del clero, y subrogando en su lugar en la autoridad política todos los derechos legales; y el Arzobispo que no, y el Gobierno que sí, entraron en el negocio, primero los escribanos y despues los soldados, y el supremo Gobierno desterró algunos Obispos y algunos curas, y el 11 de Setiembre el coronel Castejon se pronunció en Iguala, levantó acta desconociendo al Gobierno de Comonfort, proclamó en su lugar á Rómulo Diaz de la Vega, presidente de la República; tremoló la bandera con la divisa de *Religion y Fueros*, y comenzaron los mejicanos á fusilarse en nombre de la religion, de la libertad y de los fueros, como nosotros en la guerra de los siete años, desde el 33 al 40. Los frailes Franciscanos apadrinaron una conspiracion; y sorprendidos en sus claustros los conspiradores, Comonfort suprimió la comunidad, declaró nacionales sus bienes y vendió el convento, dejando en pié la iglesia para el culto, y entregándosela con los vasos sagrados,

paramentos, reliquias é imágenes al diocesano. A los Agustinos aconteció punto ménos de lo mismo; y divididos los pareceres de los gobernadores de los Estados, unos afectos al supremo Gobierno, otros disidentes, se llenó la República de partidas y de bandoleros, y nos fué ya tan difícil como arriesgado vivir en las haciendas, á la merced de los creyentes sublevados de buena fe y de las bandas de gente baldía que se ampara siempre malamente de la sombra de una bandera leal. Mi hospedador, el propietario de los Llanos de Apam, fiado en que de todos era conocido, se arriesgaba á permanecer en ellos más tiempo del conveniente; y aunque los Llanos, como productores de grandes riquezas, no son turbulentos, sucediόνos más de una vez tener á la mesa á la hora de cenar al general del Gobierno, en la misma silla en que había almorzado el general insurrecto. Capoteábamos á unos y á otros como podíamos, y poniéndonos la capa como venía el viento, teníamos la casa aspillerada y fortificada, las azoteas guarnecidas de sacos de arena, sesenta carabinas Minié y cuarenta hombres dentro de la casa, y dormíamos con vigías en el terrado, centinelas en la puerta y las carabinas á la cabecera de la cama.

Y cayó Comonfort, y volvieron á coger el mando los de religion y fueros, y volvieron á ser echados al campo, y Anselmo de la Portilla se tuvo que ir á Nueva-York tras de Comonfort, de quien era amigo particular; y por recobrar y conservar los bienes secuestrados, y por los conventos derribados y las casas vendidas, se armó un zipizape de mil diablos, en medio del cual recibimos una mañana una carta de Cagigas que nos anunciaba su llegada al siguiente á Otumba en la diligencia, y pedía que le enviáramos allí un coche que le

condujera á la hacienda. Llegó Cagigas, recibióle las señoras alegremente, comió con su sonrisa, tranquilidad y apetito habituales, y cuando se halló conmigo á solas, me dijo:

— Vengo por usted; mande usted que en cuanto anochezca nos pongan un carruaje ó caballos para irnos á Méjico, y pasado mañana saldremos para Veracruz á embarcarnos para Cuba.

— Pero, hombre — repuse yo con asombro — si Veracruz está en manos de Juarez; si apénas corre una diligencia por semana y los caminos están llenos de pronunciados.

— No importa — replicó interrumpiéndome. — Todo está calculado; he escrito á Portilla que esté en la Habana el 8 de Noviembre; nosotros llegaremos allá el 4; yo tengo pase con los fueristas, usted lo tiene con los republicanos; iremos en compañía y al amparo del Padre General de los Agustinos, que irá en un coche; ya le contaré á usted esto, y veremos de pasar por Veracruz sin tropezar yo con Juarez.

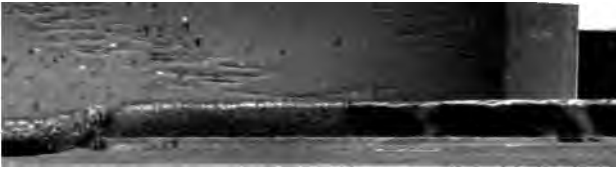
Y se engancharon cinco caballos á una carretela, y corriendo toda la noche llegamos á Méjico al amanecer, y al día siguiente salimos para Veracruz en una diligencia colorada de Casimiro Collado, quien nos previno que tardaríamos ocho días en el viaje, porque no podía cambiarnos los tiros más que en Puebla y en Orizaba.

Y yo partí sin darme razon de por qué ni á qué, esperando que Cagigas me lo explicára por el camino.

XVI

POR el camino, es decir, en el carruaje colorado de Casimiro, no había modo de explicarse, porque no lo había de aislarse dentro de su único departamento, el cual constaba de tres banquetas de á cuatro puestos; dos en los testeros de la caja, y uno en medio suspendido de los costados: la entrada tenía lugar doblando los dos asientos laterales de la banqueta central. Los que ocupaban ésta daban la espalda á los que iban en la banqueta posterior, por lo que se hacía difícil la conversacion general, y nadie dejaba nunca de ser mirado constantemente por los compañeros que de frente llevaba: los de la banqueta posterior y los de la del centro por los de la anterior, y éstos por los de las otras dos. La carretera no lo era más que en el nombre; el movimiento del vehículo insoportable, los encontones perpétuos, y se necesitaba una perpétua atención para guardar el equilibrio y no desnarigarse con su vecino; no recuerdo haber viajado de manera más incómoda.

Caminábamos despacio para no apurar al ganado, y



llevábamos constantemente á veinte varas delante de nosotros un coche ocupado por tres monjes Agustinos, quienes se asomaban frecuentemente á las ventanillas para ver si les seguíamos, como nosotros para ver si nos precedían: parecían ambos carruajes dos barcos navegando en conserva, cuidadosos de no perderse el uno al otro de vista.

No tuvo Cagigas precision de satisfacer la curiosidad que en mí excitaba la por él anunciada compañía de aquellos tres frailes, porque pronto la convesacion entablada por nuestros compañeros de viaje me puso al corriente de su falsa ó verdadera historia, tal como algun periódico poco clerical la había contado, y tal como la había aceptado el vulgo, que lo peor piensa siempre y de lo más inverosímil se paga.

Y contaba que una tarde de aquel apenas trascurrido otoño presentáronse dos extranjeros en el convento de los PP. Agustinos pidiendo hospitalidad, á la cual con derecho se declararon como afiliados á aquella Órden en el país de donde venían. El destierro del venerable Prelado, el secuestro y venta de parte de los bienes del clero regular y la libertad en que éste se hallaba, exento de vigilancia por parte de la autoridad eclesiástica, á causa del disturbio de aquel primer período revolucionario é innovador, tenía á los frailes de polendas mejicanos desperdigados por los pueblos, haciendas y rancherías, en casa de sus protectores devotos y de sus devotas hijas de confesion, lo que en Méjico se llama gráficamente *muñar temperamento*. Ocupaban, pues, solamente la casa conventual de los Agustinos el P. Procurador, el viejo maestro de novicios con los pocos que ya había, y el mayordomo encargado de la administracion interior, á cuyas órdenes estaban la repostería y los

legos de servicio, cuando les llegaron los dos citados y desconocidos huéspedes.

Recibióles tan cortés como receloso el P. Procurador, y despues de procurarles un refrigerio en el refectorio, les condujo al aposento que les había destinado. En vano había el desconfiado P. Procurador procurado sacar las palabras de la boca á los dos poco expansivos forasteros; el uno hablaba un español muy mezclado de italiano, y el otro callaba como si en vez de Agustino fuese Cartujo, ó como si por inferior á su compañero no debiera más que escucharle. Miéntas el P. Procurador les buscaba la lengua sin encontrársela, aquellos viajeros, abriendo sus maletas, sacaron de ellas, y se endosaron tranquilamente, unos hábitos Agustinos tan completos, que uno de ellos mostró en el suyo los atributos de la suprema dignidad de la Orden al estupefacto padre Procurador, que le contempló abriendo tamaña boca y ojos tamaños, como jamás hubiera creído que pudieran dilatársele.

— Mande, hermano, tocar la campana — dijole el reciénvenido — y reuna la comunidad en la Sala de Capítulo.

Pero como el P. Procurador sabía que ni el sonido de todas las campanas de la catedral podría llegar á donde sus monjes no podían oirlas, permanecía boquiabierto y ojiazorado, sin saber ni qué decir ni qué decidirse á hacer. Resuelto por fin á ganar tiempo, dijo muy compungido que aquella hora era de paseo, y que los monjes que en la ciudad estaban volverían á la noche, y que iba á mandarlos avisar; y afectando una obediencia ciega y una diligencia sorda, desapareció, dejando á los recién llegados esperar ceñudos é impacientes la vuelta del escapado Procurador y de sus paseantes monjes.

Llegaron cuando pudieron los seis ó siete que por la ciudad andaban, y criados bien montados trajeron á los que tomaban el temperamento por la temperatura, según el lenguaje del país, en el trascurso del siguiente día. Echóles el Superior una soberana reprimenda, y volvió á abrirse la iglesia al despuntar el alba, y á llenarse los altares de celebrantes de la santa misa, y los confesonarios de devotas pecadoras, y el templo de fieles, y volvieron á volar las argentinas campanas, á estremecer y perfumar la sacra nave el órgano y el incienso; y con asombro del Gobierno y satisfacción de los verdaderos creyentes tornó á ser la comunidad ejemplo de fervor en el cumplimiento de su santo ministerio en las difíciles circunstancias porque la política del de Comonfort les obligaba á atravesar. Cambióles el meticoloso Superior en negras las medias blancas que usaban, y que jugaban con sus negros hábitos y la ridícula canoa de su sombrero por un gracioso, y acandilado tricornio, como el que él de Roma traía; y todo el mundo les tuvo en cuenta y aceptó con respeto tan inesperado cambio.

Pero no era ésta la cuenta de los PP. Agustinos, un poco más latos en su disciplina en aquellas latitudes, cuyo clima respira molicie, independencia y poesía, que en las de la fría Europa. Un domingo llevaron al severo Superior á decir misa á una opulenta casa de una señora devota sincera y buena cristiana. Al fin de la misa, un hujier le ofreció en una bandeja de plata un ramo de flores; alargó el Agustino la mano para agradecer graciosamente el obsequio; pero no pudo llevárselo al olfato, porque las treinta rosas de que el ramo se componía contenían treinta onzas de oro que pesaban más que oían. El P. Procurador le advirtió que era costum-

bre del país, cuya no aceptación era una ofensa; y en vista de que el mitrado Agustino guardó el ramo en su celda y no envió sus onzas á mayordomía, al domingo siguiente le prepararon sus monjes otro mayor en la misa de las monjas de Coyoacan ó de otro inmediato pueblo, hasta que un lunes, llevándole ante un arcon donde guardaban sus capitales, le dijeron: «La tormenta política se nos viene encima. Vuestra Ilma. no conoce nuestro país: nos tendremos que disolver, ó nos disolverán; tome lo que le convenga, y déjenos con nuestras medias blancas y nuestras canoas arrostrar una tempestad á la cual es inútil que se exponga el jefe de quien necesita toda la Orden.»

Dicen que el Superior de los Agustinos, que iba en el coche delante de nosotros, llevaba letras sobre la Habana por dos mil onzas, y que el P. Procurador le acompañaba á embarcarse en Veracruz para verle embarcar y asegurar de su partida á los monjes.

Tal fué la falsa ó verdadera historia que de él contaron nuestros compañeros. ¡Quién sabe!

Algunos de ellos se fueron quedando en Orizaba y Córdoba. Aquí se empaquetó con nosotros en el coche un judío llamado Salomon, á quien en Méjico llamaban «Salomon el de los brillantes» no sé por qué, y el cual Salomon traía consigo una hermosísima judía, su legítima mujer. El tal judío sabía tanto como su real homónimo el hijo de David: de todo hablaba y á todos conocía en Méjico y en Veracruz: con todos había hecho ó tenía pendientes negocios, y después de haber servido en Méjico á Miramon, pensaba hacer á Juarez el servicio de revelarles los secretos de aquél. Felizmente, no nos conocía ni á Cagigas ni á mí. Cagigas me dijo:

— Déjele usted hablar y hágase el tonto.

Y así, después de haber impedido Cagigas que los indios nos robasen, como he dicho en un artículo anterior, topamos con este judío hablador y con su hermosísima judía, con los cuales llegábamos ya al pueblo de La Soledad, casi á vista de Veracruz. Si no podíamos pernoctar en aquella ciudad aquella misma noche, no podíamos ya embarcarnos; el buque levaba anclas al día siguiente al medio día.

Pero ya á vista del pueblo, nos hallamos á nuestros tres PP. Agustinos, que nos esperaban apeados y desesperados. El coronel Andrade, cuyos quinientos hombres estaban á doscientos pasos de nosotros, iba á atacar á La Soledad y les había mandado hacer alto. Cagigas me dijo:

— Si no podemos llegar á tiempo de embarcarnos, yo no puedo entrar en Veracruz. Si Juarez me coge, me fusila.

Yo conocía al coronel Andrade, que era un jóven de tan buena familia como de buena educacion. Le expuse nuestra situacion, y me dijo:

— Usted sabe que nadie puede pasar delante de un jefe que efectúa un movimiento estratégico. Voy á atacar á los jarochos. Si los desalojo de La Soledad, pasarán los viajeros inmediatamente. Si me resisten, haré una tregua para que pasen vuestras mercedes.

Explicué yo á los Agustinos y á mis compañeros lo dicho por el coronel Andrade, y mustios, inciertos y cariacontecidos nos agrupamos en silencio á esperar el resultado del ataque del coronel Andrade, que disponía su tropa para atacar por dos lados, simultáneamente, el cerrillo en que se eleva la aldehuela de La Soledad.

XVII

EN las Américas españolas como entre nosotros, por razones que ni son de este escrito ni yo competente para escudriñar, han podido faltar grandes generales que hayan sabido en las grandes circunstancias maniobrar con grandes masas de soldados; pero han sobrado siempre coroneles, capitanes y guerrilleros, que con pocos hombres se hayan arriesgado á acometer y hayan llevado á cabo grandes hazañas, atrevidísimas empresas, é increíbles y casi maravillosas locuras. El coronel Andrade era uno de éstos, y una de éstas era la que iba á realizar. Se había metido repentina y sigilosamente en país enemigo, é iba á sorprender un lugar cuyo número de defensores ignoraba, y cuyo punto, despues de ocupado, no podía sostener ni veinticuatro horas, por su proximidad á Veracruz, por el solo placer de dar cima á semejante hombrada y una pesadumbre á Juarez, jefe del partido contrario al suyo.

Y se la dió. Su presentacion fué tan inesperada, su ataque tan vigoroso y bien combinado, que en cuarenta

minutos desalojó de La Soledad á los descuidados jaro-
chos, les mató los que no pudieron escapar pronto, se
posesionó del pueblo y nos envió á decir que podíamos
avanzar y continuar nuestro camino.

Pero Andrade no llevaba consigo capellan, á pesar
de pertenecer á los religioneros, y el cura de La Soledad
no se curó, sin duda, más que de no caer en manos de
los que le hubieran tomado por tornadizo y renegado
como adherido á los excomulgados juaristas. Fué,
pues, necesario que nuestros tres PP. Agustinos confe-
sáran y ayudáran á bien morir á tres ó cuatro á quie-
nes los de Andrade habían puesto en tan extremo tran-
ce; en cuyo santo ministerio y en auxiliar todos nos-
otros como mejor supimos á los heridos, para que en
caso necesario testificáran con los juaristas nuestros
buenos servicios, se pasó más tiempo del que nos con-
venía perder si habíamos de llegar á Veracruz ántes
de las nueve de la noche, hora en que las puertas de
la plaza quedaban cerradas. Por fin el coronel Andra-
de, tan satisfecho de su hecho como nosotros asom-
brados y pesarosos de él, nos despidió cortés y alegre-
mente, recomendando á Salomon que saludára de su
parte á Juarez y le contára lo visto; y á las dos de una
tarde caliginosa y nublada comenzamos á cruzar las
cinco leguas de arenoso camino que nos faltaban que
hacer con nuestros cansados tiros.

Fuéronnos saliendo al encuentro los jarochos que,
desalojados de La Soledad, se habían ido quedando á la
husma entre los matorrales; y el judío Salomon, que
conocía al jefe con quien no tardamos en dar, le dió
explicacion de lo acontecido y garantías por la conducta
de sus compañeros de viaje, el cual no volvió á ser in-
terrupto ni nosotros inquietados hasta las puertas de

Veracruz, donde nos dió el alto un centinela á las ocho ya muy bien dadas de una noche oscura, ventosa y desapacible. Salomon habia llevado la batuta y la palabra durante nuestra última jornada, y Cagigas, que se habia quejado dos veces de un dolor agudo en el pecho, habia subido al pescante con el conductor, diciendo que se sentia mal y que necesitaba aire. Escortado por dos individuos, uno del resguardo y otro de la policia, nos condujo nuestro vehiculo á una fonda de la plaza; y despues de tomar aposentos y colocar en ellos nuestros equipajes, el de policia nos anunció que todos teniamos que ir con él al palacio del gobernador su jefe, quedando sólo exceptuada de aquella medida gubernativa la señora de Salomon. Este tomó la delantera, haciendo cabeza de nuestra asenderada sociedad, y tras él, que gárrulamente conversaba ya con el de policia, íbamos á tomar la escalera, cuando Cagigas se puso tan malo que fué preciso dejarle para que le acostáran; pero él, ántes de entregarse en manos del camarero que se presentó á asistirle, sacándole como pudo de su cartera me alargó un papel, diciendo con voz flaca: « Ahí va nuestro pasaporte. » El judío Salomon, que por lo visto era tan caritativo y amigo de hacer un servicio al prójimo como cualquier buen cristiano, respondió de Cagigas, y ante el aplomo y prosopopeya salomónica, y sin más requisito, el agente de la policia juarista dejó en el hotel al pasajero enfermo y nos condujo á los demas al gabinete del gobernador.

Allí se dió Salomon con él grandes apretones de manos, hablando largamente, unas veces en alta voz y otras en secreto, de los sucesos de la capital y de los incidentes del viaje, hasta que satisfecho el gobernador de oírle, aunque no hartó el judío de hablar, nos dirigió

aquél tres ó cuatro preguntas, á las cuales respondieron mis compañeros, deseosos de manifestarse corteses y agradecidos con la autoridad, miéntras yo miraba las paredes y el mueblaje como si fuera sordo ó ignorára la lengua que se hablaba, y nos despachó por fin diciéndonos que aunque, como extranjeros, debíamos llevar á visar los pasaportes á nuestros respectivos consulados á las ocho de la mañana del día siguiente, por lo adelantado de la hora y por ser tan pocos los viajeros iba él á hacérselos visar inmediatamente por el empleado que estaba de guardia.

Apresurámonos todos á presentar los nuestros; y como el mio, que había sacado y traído Cagigas de Méjico, era para mí un documento desconocido, no quise arriesgarme á entregarlo sin pasar por él la vista; desdobléle, pues, torpemente, y me dí tiempo para ver que servía para mí y *para mi secretario particular*.

En mi nombre no repararon ni el gobernador ni su empleado, quienes no tenían felizmente pujos de literatos; con que autorizados por ambos legalmente para salir del territorio de la República, nos volvimos al hotel como habíamos venido todos los viajeros tras del utilísimo Salomon, cuya interesante é inextinguible locuacidad había apartado de mí y de mis compañeros la curiosidad del gobernador.

Subí apresurado y afanoso por Cagigas la escalera del hotel, y entré de golpe en nuestro aposento; estaba aquél acostado y tapado hasta los ojos; pero incorporándose en cuanto vió que venía soló, me dijo: «cierre usted la puerta.»

— ¿Trae usted despachado el pasaporte? — me preguntó cuando la vió asegurada.

Referíle lo sucedido con el gobernador, y continuó

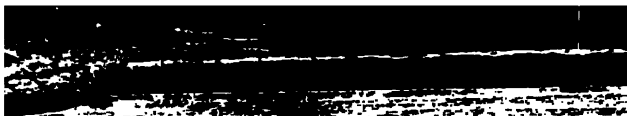
diciéndome con su sonrisa y tranquilidad habituales:

— Usted no tiene por qué ocultarse, ni *éstos* por qué meterse en que vaya usted donde quiera; pero bueno será que no se aperciban de quien es usted. Mañana irá usted al consulado solo y á última hora, para que, si el cónsul español quisiera hacer á usted algun obsequio, no tenga ya tiempo ni de pensar en su secretario de usted. Ahora baje usted á la plaza, y al primer mozo de cuerda que encuentre pregúntele por Rafael el gallego; es un barquero paisano mio, que ha hecho aquí su negocio, y es un hombre de toda mi confianza. Déle usted esta tarjeta mia, y pídale usted en mi nombre un bote con dos buenos remeros para llevarnos mañana al buque inglés de diez y media á once. La mar está mala; desde aquí se siente el oleaje; si Rafael le pone á usted dificultades por ello, ofrézcale usted una onza de oro, y ahí tiene usted diez en ese papel. Yo tendré listos los equipajes; Rafael acompañará á usted al consulado: desde allí pasarán ustedes inmediatamente por ellos y por mí, y al bote, haga el tiempo y la mar que hagan.

Bajé yo á la plaza, dí con Rafael; ante la tarjeta de Cagigas, se puso á mi disposición bajo estas condiciones: si la mar seguía como estaba, diez duros; si se calmaba, tres; y si el oleaje rebasaba los muelles, veinte.

No quiso Cagigas que bajase yo al comedor; y su pretexto de no perder de vista al enfermo, me hice servir la cena en el cuarto. Cenó Cagigas lo que pudo á escondidas del criado, y cuando yo, acostado ya y apagada la luz, andaba insomne á vueltas con mis pensamientos, sentí la tranquila y regular respiracion de Cagigas, que dormía tranquilamente.

¿Qué cuentas tenía Cagigas pendientes con Juárez? No tuve tiempo de preguntárselo.



XVIII

A las diez de la mañana del siguiente día entraba yo con Rafael en el consulado español, á cuyo cónsul, despues de las formalidades de costumbre, entregué las cartas que para él me habían dado.

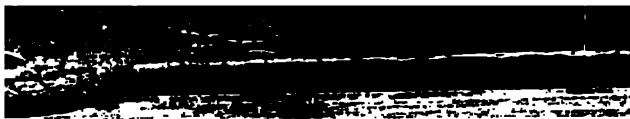
A las diez y media cruzábamos la plaza y salíamos al muelle, Cagigas y yo, precedidos de Rafael y seguidos de un mozo con los equipajes. Llovía, y los hilos del agua del cielo hacían combas en el aire al sopro desigual y desordenado del viento; el agua del mar saltaba por encima de los malecones y hacía la playa del muelle. Cagigas se afianzaba el hongo en la cabeza con la mano izquierda, y se sujetaba con la derecha á la cara un pañuelo blanco que chorreaba. En el escalon de una puerta, no sé si de la capitanía del puerto, libre del oleaje, estaban agrupados esperando su bote, ó sin atreverse á embarcar, nuestros tres PP. Agustinos. Cagigas se dirigió resueltamente al bote de Rafael que bailaba sobre las olas, y se arrojó en él de bruces en cuanto le vió levantarse sobre una; echaron tras él mi maleta y su

saco, sobre los cuales me tiré yo porque no había más modo de embarcarse: hizo lo así Rafael, y ¡arranca la canoa! Cagigas, que se mareaba con sólo mentarle el agua, iba como una masa inerte entre el baul y el saco en el fondo, lleno ya de agua, del bote; yo comencé á tiritar, creo que más de miedo que de mojado; y tras media hora de agonía nos izaron del bote al buque los marineros ingleses.

Repuesto un poco Cagigas bajo el toldo y sobre la cubierta del buque anclado, me dijo:

— Mire usted con el anteojo lo que pasa en la playa; se me figuró oír mi nombre cuando arrancábamos.

Dirigí mi Dollong á tierra; los dos PP. Agustinos se acababan de embarcar en una canoa de ocho remos, de no sé qué buque, proporcionada por el Padre Procurador, que les despedía muy expresivamente desde el muelle, y en él tres militares, rodeados de algunos paisanos, discutían vivamente sobre algo interesante, mirando y señalando al buque-correo inglés. Dije á Cagigas lo que veía, y exclamando con su constante sonrisa: « ¡Si nos descuidamos! » se fué á su camarote, de cuya litera no pudo moverse hasta que dimos vista á la Habana.



XIX

EN LA HABANA.

PASÓ Cagigas mareado toda la travesía, siendo inútiles todos los auxilios, consuelos y distracciones contra su mareo, cuyo único antídoto creía él que era el Champagne, de cuyo vino bebió á sorbos cuatro botellas en los cuatro días de navegacion; felizmente, su estómago no retenía alimento ni bebida alguna. No he visto hombre más perdido sobre el agua, y sin embargo había ocho veces atravesado el Atlántico. Quien se maree como él puede sólo juzgar del dominio que en él tenía el espíritu sobre la materia.

Los PP. Agustinos con quienes habíamos viajado en Méjico, bajaron una vez cada día á visitar á Cagigas en su camarote. Su P. Procurador y el coronel Andrade le habían enterado de quien yo era, y los juaristas de la playa, que trataron delante de ellos de perseguirnos y áun de hacer fuego sobre Cagigas y sobre mí cuando bailábamos sobre el abismo entre la sonora espuma de las encrespadas olas, les habían hecho comprender quién era Cagigas. Juarez se persuadió de que yo era

quien había hecho á Cagigas pasar tan osadamente delante de sus narices, y los PP. Agustinos creyeron que Cagigas y yo pertenecíamos al partido del clero mejicano, y que escapábamos con una misión política. Ambos erraban; Cagigas era hombre reservadísimo, y yo, fiado en Cagigas, iba á ciegas á Cuba; sin que supiera yo ántes de llegar á Veracruz, ni ántes de arribar á la Habana, qué peligro era el que corríamos en Veracruz, ni qué negocio me llevaba á Cuba.

El Superior de aquellos dos religiosos dió el primer paso para trabar conversacion conmigo, tomando por pretexto el valor que les había infundido al embarcarse el vernos á nosotros llegar salvos al buque-correo. Aquel Agustino era maltés; gallardamente apersonado y representando mucho ménos de sus cincuenta y dos años, hablaba correctamente el italiano, el francés, el inglés, el alemán y el árabe; gran latino y erudito por buenos estudios literarios, su conversacion era amenísima, simpático su continente, y nobles y corteses sus modales. Cagigas le dió por lo que los mejicanos llamaban *muy hábil*, y nosotros *que se pierde de vista*, suponiendo que iba por las Américas á hacer su negocio: yo tengo para mí que iba de buena fe á poner arreglo en su Orden, y que no siendo posible ordenar nada en aquel país en tan revuelta y azarosa época, seguía su viaje á las Américas del Sur, animado de un recto espíritu y en cumplimiento de su deber. Dios nos ha de juzgar á todos por nuestras obras, y nadie más que Dios tiene derecho á asomarse á las conciencias.

Al desembarcar en la Habana me ayudaron á sacar del buque á Cagigas, y en el muelle nos despedimos.

Cagigas no se repuso hasta despues de un sueño reparador, y al despertarnos al día siguiente me pidió

perdon sonriendo de los azares á que me había expuesto, y comenzó á explicarme el negocio que allí nos llevaba.

No hay para qué hablar ya de ello, puesto que por su muerte fué un negocio perdido; pero para demostrar la travesura y vastos proyectos de Cagigas, bastará apuntar ligeramente su pensamiento. Miétras yo daba seis lecturas, que por tres mil duros tenía apalabradas en el Liceo, él prepararía la introduccion en Cuba de una colonia de trabajadores yucatecos asalariados, para lo cual debía yo más adelante adquirir el beneplácito de quien correspondía en la Isla, adquiriendo él los buques y el capital necesarios. Una vez planteado el negocio él lo traspasaría á una casa de los Estados Unidos, y yo debía de volver á Méjico á instalar allí, con privilegio de seis años, cuatro sillas-correo mensuales, enlazadas con cuatro buques españoles semanales, para dar al comercio mejicano cuatro correos al mes, en lugar del único mensual de la Compañía inglesa, á quien iba enderezada la competencia. Anselmo de la Portilla, que debía de llegar de New-York, debía de traer escrito un luminoso folleto sobre estas dos combinadas especulaciones, con cuyo folleto debía yo presentarme al capitán general, etc., etc. Anselmo de la Portilla era el primer periodista de las Américas, y el más leal y claro defensor de los intereses españoles en Méjico; su escrito debía de imprimirse en la Habana, etc., etc. Cagigas llevaba tratada, hecha y concluida toda la parte de estos dos negocios en Nueva-York, en Yucatan y en Méjico, faltándole sólo su arreglo en Cuba; tenía en su cartera un crédito de setenta mil pesos, y con noventa mil decía él, sonriendo muy satisfecho, que empezaba á rodar el carro. Escuché yo todo aquel doble

proyecto suyo, sin comprender qué parte pudieran tener en él mis versos para ofrecerme la cuarta parte de la respetable cantidad en que, después de planteados, los tenía traspasados ó vendidos á dos casas de gran crédito comercial.

— Usted no sabe lo que vale su nombre — me dijo con su flemática tranquilidad habitual. — Déjese usted guiar, y dentro de dos años podrá usted poner al hijo de Júpiter y de Letona, con sus nueve holgazanas de Musas, á tejer esparto en el patio de su casa de usted, que podrá tenerla propia.

Sin que yo comprendiera muy bien el negocio, pero acostumbrado á la audacia y sinceridad de Cagigas, asentí á todo, y comenzamos por ir á que él me presentara en la Redaccion del *Diario de la Marina* para dar la noticia de mi arribo á la Isla, puesto que el secreto que Cagigas necesitaba había hecho que nadie de ella se apercibiera.

La primera consecuencia fué la galante invitacion del capitan general D. José de la Concha, marqués de la Habana, para un baile que en su palacio daba al cuarto día de la fecha de tal invitacion; y el primero y más vulgar apuro el de no tener yo traje conveniente para asistir á tal fiesta, pues el que traía de Méjico estaba ya fuera de moda. El autor de *Don Juan Tenorio* no podía aparecer ridículo ni anticuado en tan aristocrático salon; de la primera impresion que causa puede depender la fortuna de un hombre; pero era el caso que todos los cubanos querían presentarse en palacio sin la más leve arruga y flamantes por extremo de sus trajes, y los sastres de moda tenían más trabajo aceptado del que podían abarcar con sus quintuplicados oficiales. Tal era el *embullo*, y así lo anunciaban los periódicos,

dando el anticipado pésame á los Lions cubanos que tendrían que quedarse sin frac infaliblemente.

Entre presentarme mal y no presentarme en tan extremosa sociedad, acepté el quedarme en cama y aplazar mi presentacion para la distribucion de premios de los juegos florales del Liceo, y así se lo anuncié á Cagigas; pero éste, con su eterna y estereotipada sonrisa, me puso el sombrero en la mano y me sacó tranquilamente de casa para llevarme directamente á la de Porzio, el sastre caballero, el Don Juan de los sastres, el que daba el tono en la Habana, donde no era hombre *comme il faut* quien con Porzio no se vestía. La casa de Porzio estaba atestada de gente: el más poderoso ministro, el más venal favorito del rey, no se vió nunca más asediado, más suplicado, más halagado ni más adulado que Porzio lo estaba y lo era en aquel momento. «Veinte onzas por mi frac á las nueve de la noche,» le decía un mancebo de rizado cabello, inglesas patillas, ojos negros, orlados de fenomenales pestañas, un *dandy*, criollo del moreno y gracioso tipo que por las islas abunda.

— No puedo dar á usted palabra — le respondió Porzio — ha llegado usted tarde, y no puedo posponer á nadie.

— Ya lo oye usted — dije yo á Cagigas al oido.

— Pues ya verá usted — me replicó él.

Y abriéndose paso hasta Porzio, habló con él aparte dos ó tres minutos, al cabo de los cuales Porzio, romano por el nombre, florentino por lo artista, napolitano por el ingenio y veneciano por su buen aire forma social, me tomó cortésmente por la mano, me introdujo en un saloncito interior, y cerrando la puerta, me dijo:

— Usted no puede dejar de asistir al palacio; mu-

chos se quedarán sin frac, pero usted tendrá el suyo en su casa á las nueve en punto de la noche de pasado mañana. Tendré un placer en ser el primero de quien reciba usted un obsequio en este país.

Y me tomó minuciosamente medida, lo mismo que á Cagigas, á quien advirtió que sus prendas, que no eran de etiqueta, no estarían hechas hasta la semana próxima.

Pepe Santana, hijo del famoso ex-presidente de la República mejicana, estaba en Cuba establecido, y era íntimo de Cagigas, aunque no andaba el hijo muy bien con su padre. Santana, hijo, hombre tan cortés, servicial y oficioso como altanero era el ex-presidente, se encargó de amueblarnos una habitacion que en el piso bajo de su casa nos cedió por cincuenta pesos mensuales un poeta muy bien aceptado en Cuba; quien, además de tener publicados muchos y no malos versos, tenía dos preciosísimas hijas, modelos de estatuaria viviente, y bautizadas con los extraños nombres de África y América. África era una hermosísima criatura capaz de hacer soñar con su imágen á San Pablo, primer ermitaño, y de pecar á su discípulo San Pacomio. En las tres piezas de aquel alojamiento, emprendimos, Cagigas sus gestiones en el negocio, y yo el trabajo de mis lecturas, aplazadas para fin de la quincena.

A las nueve de la noche del tercer día, el oficial de *Porzio* me presentó un traje de etiqueta que no pesaba diez onzas, traje de aquel país en donde hasta la piel y las pestañas estorban y pesan.

Y fuí muy bien recibido por los marqueses de la Habana, y muy aplaudido en los premios de los juegos florales y obsequiado por Bethancourt, presidente del Liceo, miéntras llegaba la noche de mi primera lectura.

Todas, al encontrarnos en casa solos, me daba Cagigas cuenta de lo por él hecho; no le faltaban más que siete mil duros para completar sus noventa mil: me mostró las cartas de aceptación de la razón social de varias casas conocidas, y todo marchaba perfectamente, y un porvenir risueño y azul como el cielo de la esperanza se abría ante nuestros ojos. Una sola nube le sombreaba: la tardanza de Anselmo de la Portilla, á quien con ávida inquietud esperaba Cagigas en el *Kanhowa*, que ya estaba en retraso. Una noche, la duodécima de nuestro arribo á la Habana, al retirarme encontré á Cagigas ya acostado contra su costumbre: se recogía muy tarde y dormía muy poco. Tenía dolor de cabeza y sueño. Durmió tranquilo toda la noche; pero al día siguiente no amaneció aliviado: no tenía, sin embargo, ni fiebre, ni síntoma alguno alarmante: dolor frontal y pesadez, desgana, pereza y nada más. A las seis horas de estar levantado, se tuvo que volver á acostar. Alarmado, porque en aquel clima toda indisposición puede parar en mal, llamé al doctor Zambrana, literato tan conocido como acreditado médico, amigo leal y desinteresado, dispuesto hacer lo imposible por evitarnos á Cagigas ó á mí la más leve enfermedad.

— No me engañe usted — le dije. — Si Cipriano tiene síntomas del vómito, no me lo oculte y trátele usted como sea necesario. Sabe usted que le quiero como si fuera mi hijo, y que es la esperanza de Portilla y mía.

— No tenga usted miedo — me respondió jovialmente Zambrana — estamos en Diciembre; ya no hay vómito; no tiene nada; mañana estará bueno.

Y recetóle, y hablamos de versos, y fué; y seguí yo trabajando, y Cagigas dormitando. Tomó las medicinas, pasó la noche tranquilo; y volvió Zambrana, y

trajo otros dos médicos, y los tres me aseguraron que Cagigas no tenía más que una leve indisposición, sin el más mínimo síntoma de fiebre amarilla (vómito negro). Y seguí yo trabajando, y Cagigas durmiendo. Cuando le preguntaba cómo se sentía, me respondía:

—No tengo más que pesadez. ¿Se sabe del *Kanhowa*?

Así pasaron tres días más: Cagigas clamando por Portilla, yo escribiendo, los doctores ratificándose, y el *Kanhowa* no parecía, y á mí Cagigas no me gustaba: cuanto más le observaba y le contemplaba, peor me parecía; y ni tenía fiebre ni espasmo... tenía pesadez, que á mí me pesaba en el alma. ¡Pobre Cagigas! A las cuatro de la tarde del quinto día de su modorra, dió vista el vigía y anunció el *Kanhowa*. Llegaba Portilla en él.



XX

GRAN las cuatro de la tarde del 24 de Noviembre. Había yo trabajado asiduamente desde las siete de la mañana, interrumpiendo mi trabajo sólo para ver de cuándo en cuándo á mi enfermo, á quien los médicos se habían resuelto á imponer por fin un *método preventivo*, el cual consistía en traspasar á su estómago con una jícara el contenido de una lata de cuatro libras de aceite de almendras dulces. Consentí yo en semejante tratamiento *preventivo*, á pesar de lo absurdo que entónces me pareció, y que aún hoy todavía me lo parece, porque supuse que debía ser resultado de la experiencia, que en aquel país, como en todos, debía ser madre de la ciencia. Un negro, á quien el cuidadoso Santana había apostado en el puerto, vino á anunciarme la llegada del *Kanhowa* y el arribo en él de Anselmo de la Portilla: escribí á éste dos palabras enterándole del estado de Cagigas, y suplicándole que alojase á su familia en la casa cuya direccion le enviaba á renglon seguido, y viniese inmediatamente á la nuestra, teniendo la precaucion de no penetrar en la habitacion sin pasarme recado.

Un hombre de la actividad de Cagigas, de quien podía decirse que dormía con un solo ojo como los lince, y sobre un pié como las grullas, y que pasaba la vida en perpétuo movimiento y en infatigable acción, no podía pasar á tal pesadez, á semejante somnolencia y á una pereza de cinco días sino por efecto de un grave cambio en su naturaleza y de una grave enfermedad, que podía desarrollarse más ó menos fatalmente por cualquier conmoción brusca, moral ó física. Esto lo sabe cualquiera que ha visto cuatro enfermos en su vida ó que ha leído un libro de medicina, siquiera sea de la llamada *doméstica*. Cagigas había mostrado desde desembarcamos una impaciencia febril por ver llegar á Portilla; debía de haber entre los dos algún secreto muy íntimo, que nunca supe, y no quise que la repentina presentación del tan esperado Anselmo fuese causa de una crisis, que yo temí desde el segundo día de aquella extraña enfermedad. Desvelé, pues, á Cagigas, y le dije que el *Kanhowa* acababa de fondear en el puerto, y que Pepe Santana había visto con el anteojo á la mujer y á la cuñada de Portilla sobre la cubierta: con que de un momento á otro era razonable esperar á éste. Sonrió, despejóse y se incorporó Cagigas con tal anuncio: volví á dejarle con un español honradísimo, que como enfermero me había procurado el mismo cariñoso Santana (y á cuyo español, si vive y lee estos recuerdos, pido lealmente perdón de haber olvidado su nombre), y con pretexto de continuar mi trabajo me salí á la calle á espiar la llegada de Portilla. Víle al fin á lo lejos, y me adelanté á salirle al encuentro, decidido á no errar por falta de precauciones; y conduciéndole sin ruido á nuestra morada, dejéle en la antesala y volví á entrar en la alcoba de Cipriano, que se había vuelto á amodorrar.

— Ya viene Anselmo — le dije — el criado trae sólo unos minutos de delantera sobre él.

Volvió á sonreír, á despejarse y á incorporarse el enfermo: entró Portilla, que tras mí venía, en la sala; vió Cagigas su silueta á través de la esmerilada vidriera, y se abrazaron llorando los dos amigos, á quienes yo dejé discretamente solos.

A los pocos momentos, y como si Dios me lo depa-
rára, entró á visitarme mi condiscípulo en Seminario de Nobles el P. Solís, Superior en la Habana del colegio de Jesuitas, en cuya Sociedad había profesado, y á quien no había vuelto á ver desde 1834. Los recuerdos de la niñez son siempre agradables y poéticos: congratulábase el P. Solís de encontrar á su condiscípulo Pepe tan famoso, y asombrábame yo de encontrar Superior de los Jesuitas á mi condiscípulo Solís... cuando me llamó Portilla desde la alcoba. Caía la tarde, que era nebulosa, y estaba cercano el crepúsculo; no veía yo la fisonomía de Cagigas, á quien pregunté cómo se hallaba.

— Bien — respondió — no me duele nada; pero con la emocion y la fatiga de la conversacion con Anselmo... tengo náuseas.

Así la jofaina, que sobre la cama la puse, pasóme el brazo izquierdo por el cuello para incorporarse, y apenas inclinó hácia mí su cabeza, rompió en un fácil y abundante vómito. Quiso Portilla salir por luz, pero yo le detuve asiéndole por la ropa: serenóse inmediatamente Cagigas, y diciendo: « Me siento muy descansado, » volvió á reclinarse en las almohadas.

El negro encendía el gas de la sala, á la cual salí con la jofaina en la mano derecha y tirando de Portilla con la izquierda. Solís cruzó las manos y levantó al

cielo los ojos, y tal vez una plegaria mental, al ver la jofanía mediada de sangre negra, y de ella salpicados mi camisa, chaleco y pantalon de nánkin. Portilla palideció y cayó anonadado en el sofá: yo sentí algo como si mi cuerpo se hubiera quedado de repente vacío de todas mis entrañas y de mi cerebro hueco se hubieran evaporado todas las ideas.

El enfermero salió corriendo á buscar un médico, y á los diez minutos volvió con el Dr. Zambrana, que viendo, al entrar, la jofaina sobre una silla, exclamó desesperado:

— ¡Qué enfermedad más traidora, no la entenderemos jamás!

Portilla, que no la conocía, preguntó con tanta ansia como candidez al Dr. Zambrana:

— ¿Es el vómito?

— ¡Y mortal! — contestó Zambrana con desesperacion.

Rompí yo á llorar sin poderme contener, y Solis me tendió los brazos ahogando mis sollozos contra su pecho para que no los oyera Cagigas, en cuya alcoba entró el médico á cumplir su triste deber.



XXI



OLÍS y yo aconsejamos á Portilla que se fuera á descansar, si podía, á su alojamiento; se le conocía la fatiga de la navegacion; traía mujer y cinco hijos pequeños, que debían aguardarle con sobresalto; no podíamos permitirle quedarse á velar al enfermo, y ménos á presenciarse su fin si ocurría en la noche, de lo que prometimos avisarle; dímosle, en fin, esperanzas de un error de la ciencia y de un milagro inesperado de la Providencia, y quedamos con el moribundo la religion consoladora y la amistad sin consuelo.

Volví á desvelar á Cagigas para decirle la verdad; pero él me atajó diciéndome con su inefable sonrisa:

— Yo soy un hombre que desde que nací sé que he de morir; si tengo el vómito y es mortal...

Las lágrimas corrieron hilo á hilo de mis ojos; ¡había oído las palabras del doctor Zambrana! Yo me arrodillé escondiéndole mi faz contra su rostro.

— No llore usted, sea usted hombre — dijo asiéndome las manos y haciéndome sentar en su lecho. — Yo muero en paz con mi conciencia; lo que no he hecho

es porque no he podido. Vamos: usted ha visto muchos enfermos y sabe usted muchas cosas. ¿No tiene usted en su caja algo que me reanime para darle á usted mis últimas instrucciones? ¿No conoce usted un sacerdote ilustrado que me reconcilie con Dios? ¿No hay por aquí alguno de sus condiscipulos?

¡Dios mio! su sopor no le había quitado el oído, y sabía que Solís estaba en la inmediata cámara. Con él lo consulté, dímosle una dosis de ácido fosfórico en medio vaso de agua, reanimóse, é incorporado él y yo sentado en su cama, con su boca casi en mi oído y teniéndome suavemente abrazado, comenzó á decirme con tan envidiable como asombrosa tranquilidad:

—Sé que es usted mi amigo, y no puede usted dudar que lo soy suyo. Si yo hubiera vivido le hubiera á usted hecho rico; tal vez eso no está de Dios, y le dejo á usted pobre; porque como ni Portilla ni usted pueden dirigir el negocio á que aquí los traje, le ordeno á usted que devuelva todos los créditos que hallará en mis dos carteras; y cuando concluya usted los compromisos, que no dejarán de ofrecérsele á usted en este invierno, vuelva usted á Méjico, donde yo necesito que vuelva ántes del 1.º de Julio. En cuanto llegue usted á aquel la ciudad, irá usted á la calle, de... núm., á casa de fulano, á quien entregará usted de mi parte mil cien pesos contra un cajon que contiene papeles. Queme usted todas las cartas sin abrirlas, y devuelva usted todos los documentos á las personas á quienes pertenecen. De aquéllas y en éstos dependen, y tengo en garantía la honra de personas que quiero que no se acuerden de mí para mal. Los Sres. Bustamante, Romero, de esta plaza, le darán á usted cuanto necesite si no hace usted aquí negocio, y con ellos puede usted



plantear el de los correos, en lo que le ayudará á usted Sanchíz, y los Bustamante darán á usted instrucciones y capital. Acaso deba usted á mi muerte su fortuna. Adios, abráceme usted; que éntre el sacerdote, y tenga usted cuenta de que nadie me impida morir en paz.

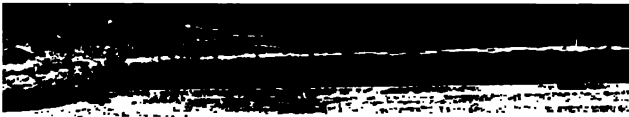
Salí de ella como un sonámbulo, y entró en la alcoba, como el ángel de la esperanza, el P. Solís, que estuvo á solas veinte minutos con el desahuciado enfermo.

A media noche volvió el doctor con Pepe Santana; aquel no conocía remedio al mal; sólo un milagro podría hacer que el sueño de Cagigas fuera reparador, si no repetía el vómito ni sobrevenía nuevo trastorno en su naturaleza; por lo cual opinó que lo mejor era dejarle dormir. Quedamos, pues, como todas las noches el enfermero español y yo con Cagigas, fiando en el milagro de que su sueño tranquilo resolviera la crisis favorable.

Cagigas y yo dormíamos en una misma alcoba; los piés de su cama tocaban con los de la mía; yo respiraba durante el sueño el aire que él descomponía con su respiración; pero jamás me ocurrió que por ello pudiera trasmitirme su enfermedad. Estaba yo rendido de trabajar y velar. Al día siguiente era juéves, y tenía mi primera lectura en el Liceo; á las tres de la mañana me hizo el enfermero tenderme vestido en mi lecho; la terrena debilidad corporal venció al espiritual instinto del deber, y me quedé profundamente dormido.

XXII

DESPERTÉ sobresaltado y seguro de tener razón de mi sobresalto. Amanecía: el enfermero estaba inclinado sobre el lecho del enfermo, de donde yo tenía conciencia que había surgido el motivo de mi sobresalto despertar. Me arrojé de mi cama y me fuí á la de Cagigas; estaba en los últimos instantes de la más tranquila agonía. Dos veces abrió los párpados sobre sus ojos cristalizados, que ya no pudieron mirarme, y dos veces abrió la descolorida y terrosa boca, que no pudo aspirar el aire, que ya no necesitaba su cuerpo, vacío del alma que acababa de abandonarle.



XXIII

QUENTERRAMOS á Cagigas el 25 de Noviembre del 58. El hidalgamente oficioso Pepe Santana me excusó los dolorosos pormenores del entierro, que presidimos ambos.

Un pormenor tristísimo: Cagigas usaba el pelo largo; al cerrar la caja quedó fuera una guedeja de su cabello castaño claro, que me fué llamando la atención, porque el aire la mecía, durante el trayecto de la casa al cementerio. Allí no me pude contener y corté todo aquel flotante rizo; recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi muerto amigo. Sobre mí lo he llevado mucho tiempo, y aún lo conservo.

XXIV

Al dejar en el cementerio los restos mortales del honrado Cipriano de las Cagigas, nadie quiso dejarnos ni á Portilla ni á mi volver á la casa mortuoria. Quintin Suzarte quiso hospedarme con su familia, pero vivía en aquella misma casa. Isidoro Araujo de Lira, que hacía poco que había comprado el *Diario de la Marina*, nos llevó á la suya y me ofreció, además de alojamiento, mesa y carruaje, tres mil duros al año, por espacio de tres, comprometiéndome yo á escribir en el folletin de su diario. A Portilla le señaló dos mil duros por un año por artículos políticos, históricos y de administracion.

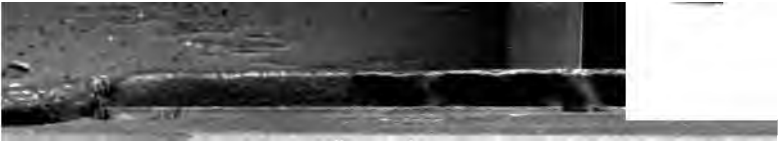
Pero la falta de Cagigas, y las circunstancias y consecuencias de su muerte, engendraron en mi corazón una insuperable tristeza. Los cuidados fraternales y la lujosa hospitalidad de Isidoro Lira; las atenciones asiduas de que me colmó el capitán general marqués de la Habana; el trato cariñoso de la marquesa y la cordial simpatía de sus dos hijas, no pudieron arrancarme más que las forzadas sonrisas y la ficticia alegría necesarias

para no parecer mal en la mesa y en los salones de su palacio. Invitábanme á comer todos los domingos y á todas sus nocturnas recepciones; llevábanme á su palco en el teatro y en su carruaje á los paseos; pero cuando volvía en alta noche en casa de Lira, éste, que me esperaba todas para dejarme acostado, salía de mi cuarto con la penosa impresion de mis inextinguibles lágrimas. Un día, al sentarnos á la mesa, la casa giró en torno de mí y la tierra me faltó bajo los piés; un gran ruido como música y campaneó lejanos me resonó atronándose en el cerebro, y perdí el sentido. Levantóme asustado Isidoro, y llamó inmediatamente á su médico; me hicieron acostar; sentía náuseas, vahidos y somnolencia. Así estuve cuarenta y ocho horas.. Siempre que me desvelaba, lo primero con que daban mis ojos era con los de Isidoro Lira, fijos en ellos. La madre más cariñosa no cuida de su hijo como aquel leal y pundonoroso caballero cuidó de mí. Al tercer día me encontró el médico trabajando á las siete de la mañana; opinaron que había pasado el vómito, y se congratularon de ello. ¡Ay de mí! era el primer amago de una afeccion epiléctica que combato hoy con unas dósís de bromuro que asusta al farmacéutico á quien por primera vez presento la receta del Dr. Cortezo, al cual, por ella, debo probablemente la vida.

Me entregué á un trabajo tenaz, del que Isidoro y Portilla me arrancaban para distraerme; y sin recibir ni pagar visitas, sin recorrer los institutos, ni las fábricas, ni nada de lo notable que entónces en la Habana existía, me enajené la voluntad de los amigos, exasperé la malevolencia de los envidiosos ó malquerientes, y fuera de las seis lecturas que dí por cumplir en el Liceo, nada reveló en la Habana la presencia del poeta popu-

lar, á quien todo el mundo se cansó de hacer inútiles invitaciones y no aceptados obsequios. Mi tristeza era más fuerte que mi voluntad, y mi atonía más que mi educacion y que mi interés. Lira y Portilla se desesperaban, y yo permanecía en mi aposento diez ó doce horas en aquel clima entregado á un trabajo afanoso y febril. Yo veía á través de la amarillez que la vista del cadáver de Cagigas me había dejado en las pupilas aquella deliciosa isla de tropical y exuberante vegetacion; y aquel sol deslumbrador me parecía pajizo, y pajizo y amarillento aquel mar turquí, y aquellos verdes y perfumados platanares; y aquellas criollas ricas de sangre y de vida pasaban ante mi vista como las visiones amarillas y calenturientas del delirio de la fiebre.

Un caso extraño que debía de haberme servido de distraccion y consuelo, vino á poner colmo á mi pavorosa melancolía. Había yo trabado relaciones y dejado en Méjico á un mozo de veintiseis años, á quien había muchas veces fiado copias de mis versos y encargos en la ciudad cuando á la hacienda en que yo habitaba venía. Era aquel mancebo hijo de un escocés que tenía una gran fundicion de plomo, cuyo establecimiento dirigía con su padre; pero éste, casado de segundas nupcias con una hermosa mejicana en quien tenía dos querubines rubios, descuidaba, si no aborrecía, al hijo de la primera mujer. Jorge se llamaba el padre, el mejor y más trabajador hombre del mundo, pero de recio carácter, y Agustin se llamaba el hijo, el más amante y ménos amado de su padre, de quien llevaba la contabilidad y de quien recibía sueldo como si empleado y no hijo de aquél fuera en su fundicion. Yo tenía cariño á Agustin porque, aunque completamente iliterato, andaba siempre encantado con mis letras, leía mis libros, asistía



á mis lecturas, y creyéndome de buena fe una notabilidad, estaba muy pagado de mi franqueza con él y dispuesto á boxar y romperse el bautismo con quien con él no conviniera en que era yo el primer poeta del universo; cuestion de la cual no se le alcanzaba un átomo y en la cual era profundamente lego. Agustín Aynslie era un mozo robustecido con el ejercicio continuo de su oficio: volcaba él solo una caldera de doce arrobas de plomo fundido, arrollaba una plancha de veinte piés, y movía, arrastraba, fijaba y soldaba una tubería de ciento veinticinco metros en una mañana. Se imponía por su uerza y su actividad á todos los dependientes de su padre, y hacía las compras, los negocios y los viajes ocasionados por el tráfico del establecimiento; y con el mandil, el hornillo y las herramientas, iba á las obras en nombre de su padre como su primer obrero, sin que su padre tuviese que dirigir sino señalar el trabajo. Agustín tenía muy buen corazón, pero muy ligera cabeza: decía la verdad tal como la sentía, pero solía estar continuamente fuera de toda buena forma social: era, en fin, un hombre muy bueno, muy leal, muy servicial y muy trabajador, pero de muy descuidada educación. Hablaba el inglés y el francés, era fuerte en contabilidad, muy buen jinete, muy amigo de las mujeres que no tienen amigos, y gran bebedor de cerveza y de cognac.

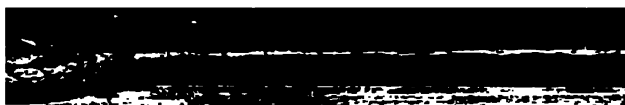
El día 22 de Diciembre interrumpió mi trabajo un gran ruido de voces que se levantó en el piso bajo de la casa de Isidoro Lira, el cual á poco se presentó en mi cuarto diciendo que un jóven que acababa de llegar de Méjico se empeñaba en entrar á verme; y ántes de que Lira me lo hubiera acabado de decir tenía ya en mis brazos á Agustín Aynslie, á cuya vista sentí el frío del

terror paralizarme el corazón. Lo primero que me ocurrió al verle tan robusto, vigoroso y colorado, fué que iba inmediatamente á atrapar el vómito y á morir como Cagigas. ¿Y qué iba yo á responder á su padre, el cual se habría quedado tal vez pensando que yo le había sacado de su casa á su hijo, y de la fundición á su primer dependiente?

— ¿Pero cómo y á qué viene usted? — le dije.

— Pues así que leí en los periódicos la muerte de Cagigas — me respondió — empeñé mi alfiler y mi sarta de brillantes, vendí mi caballo y vengo á sustituir al difunto; usted no puede estar aquí solo, y aquí estoy yo.

Supliqué á Lira que le buscara alojamiento, le ofrecí cien duros mensuales y le prohibí que fuera á ninguna parte sin mi permiso.



XXV

UN detalle curioso de otro curiosísimo personaje. Salía yo una tarde con Agustin Ayns-
lie de la casa de baños, frente á la cual tenía
la suya el sastre Porzio; y éste, que estaba aguardán-
dome en el balcon del piso bajo, me llamó y me alargó
una carta cerrada. Creí que era la cuenta que con él
tenía; pero él me dijo:

— No es la cuenta: es otra cosa; no la abra usted
hasta que esté en su casa.

Saludóme, guardé la carta y volví con Agustin á
casa de Lira.

La carta decía en italiano: « He leído en los periódicos la muerte de Cagigas; y no creyendo justo hacerle á usted pagar su ropa, que no ha tenido tiempo de usar, suplico á usted que me la devuelva, porque tengo ya su valor restado de su cuenta de usted. »

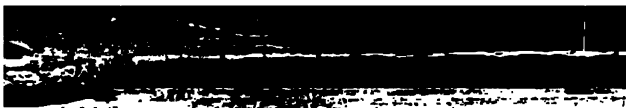
Yo le contesté al día siguiente: « Cagigas ha sido enterrado con el traje negro que usted le hizo; suplico á usted, pues, que vuelva á convertir en suma la resta. »

Y contestó Porzio: « No puedo raspar ni corregir mi libro mayor, porque si tuviera que presentarlo á un tribunal me deshonraría. Usted ha pagado el entierro de su amigo, yo pagaré la mortaja; estamos en paz. »

XXVI

No hallando Isidoro Lira modo de sacarme de mi aislamiento ni aliciente que á la sociedad me hiciera volver; viendo, con pesar, que me resistía á recibir más proteccion que la del trabajo, que esquivaba la con que el generoso marqués de la Habana quería mejorar mi posicion, que rechazaba con altivez la idea de una suscripcion como la que para Lamartine se había realizado en años anteriores, y que me pasaba los días trabajando y las noches en la sola compañía de Portilla y de Aynslie, temiendo yo de este último cualquier exceso que le acarreará la fiebre, varió de sistema, y una mañana me presentó al personaje que más influyó en mi bienestar en aquella Isla, y que probablemente nos salvó á Aynslie y á mí de morir en ella.

Era éste un vascongado de sencilla apariencia, de francos modales, y de pocas y sinceras palabras, á quien yo tomé por un honrado vircaino que, poseyendo un cafetal, y teniéndome en estimacion por haber oido á Lira hablar bien de mí, me ofrecía hospedaje y



retiro en su hacienda por haberme los médicos aconsejado abandonar la ciudad y salir al campo.

— En mi finca — me dijo — tendrá usted un alojamiento de estudiante: un catre de lienzo en un cuarto casi desmantelado, con un ajuar de alquería, muy buen aire, mucha tranquilidad, una libertad absoluta y un buen cocinero. Con esto tendrá usted que contentarse, y para ir á gozar de ello tiene usted el carruaje á la puerta; yo le instalaré á usted hoy en aquel tugurio, y mañana le dejaré á usted en completa posesion de él.

— Vamos, pues — dije — pagado del sencillo exterior de quien tan franca oferta me hacía.

Y partimos en un ligero tílburí, tirado por un buen caballo retinto, que se llamaba *Bonito*.

Corría la tercera semana de Enero del 69, y caminaba yo, embebecido, contemplando la verde y lujuriosa vegetacion de aquella Isla, cubierta de ricas plantas y fragantes flores en aquella estacion, en la cual suele verse nuestra Castilla envuelta en el sudario de una nevada.

Explicábame mi conductor, en breves palabras, los nombres y las cualidades de los propietarios de las fincas por entre las cuales se extendía la carretera; y el aroma de las piñas, el rumor de los platanos y los abanicos de las palmeras y cocoteros perfumaban el aire que Aynslie y yo respirábamos á plenos pulmones, arrullaba nuestros oidos y sombreaban nuestro camino. Aynslie tomó á los veinte minutos una franqueza con nuestro huésped como si hubiera con él pasado la vida, y él le contó alegremente media docena de verdes chascarrillos á cambio de otras tantas coloradas historietas que aquél le contó de su mejicana república. Lo más curioso y lo que más me llamó la atencion, fué que,

siendo vascongado el narrador, todos sus cuentos tendían á hacer resaltar la torpeza ingénua de los vizcaínos que por vez primera arribaban á aquella Antilla.

Riendo y cantando como colegiales que hacen novillos entramos en el cafetal, cuya plantacion era nueva, y cuya extension y rendimientos tenían apenas importancia por aquel entónces. Una caşita de madera y ladrillos de un solo piso, y unas cuantas habitaciones abiertas sobre dos corredores; una pequeña fábrica de almidon de yuca, y á la sombra de unos cuantos miles de plátanos nuevos, otras tantas plantas de café alternadas con piñas y con naranjos; un proyecto de huerta, en cuyos cuadros hacían el sol abrasador por el día, y el abundante rocío por la noche, brotar con asombrosa rapidez unas sabrosísimas legumbres y unas olorosísimas frutas; un palomar y un gallinero de chachalacas, como las llaman en Méjico, pintadas en Europa, y allí gallinas de Guinea, y unos cuantos negros á cargo de un capataz, que los abrigaba con burdas anguarinas y los recogía á las diez para que no se asolearan en aquel país en que su dueño andaba con chaqueta y pantalon de dril, y Aynslie y yo sin más que un pantalon y una blusa. Esto era lo que allí había entre mucho terreno sin desmontar, y en una situacion tan pintoresca como salubre, y sin que en nada de aquello se reveláran ni pretensiones de opulencia, ni futilidades de lujo. Instalónos su propietario en la finca, haciéndonos primero visitar sus dependencias y conocer á sus habitantes, y nos dió posesion de nuestras habitaciones: un gabinete con dos camas, una para mí y otra para el dueño cuando viniera á visitarnos, un despacho con una gran mesa y un inmenso tintero, un cuarto para Agustín Aynslie y un comedor con dos anchas alacenas.

Antes de la primera comida nos dió las llaves de ambas y nos dijo:

— En la una hay vinos, y en la otra conservas; para ustedes se han puesto ahí: la comida del campo es aquí pobre, y es preciso completarla con algo prevenido; con que á trabajar y á comer bien, y á darse buena vida. En la cuadra hay una mula, de que yo me sirvo, y unos caballos, que mandarán ustedes ensillar cuando se les antoje; y cuando quieran ir y volver á la ciudad, el tílburri y el *Bonito* quedan á su disposicion.

Comimos, paseamos, nos atracamos de fresca y saludable agua de coco, que por primera vez bebíamos Agustin y yo, y despues de una ligera cena con ensalada de palmito, nos acostamos mi huésped y yo en nuestro gabinete, y Agustin en un aposento apartado en un rincon de la casa, adonde aconsejé al propietario que le colocára, con extrañeza de éste y sin más explicacion mia. Apagó la luz mi vascongado hospedador, dímonos las buenas noches, y quedámonos en la más profunda oscuridad y en el más completo silencio.

Pero no podía yo conciliar el sueño. Todavía me aco-saba, al hallarme en el campo, el sobresalto de las noches en las haciendas de Méjico, donde dormíamos con un solo ojo, con vigías en las azoteas y las escopetas á la cabecera de la cama por temor de los pronunciados, que solían aparecerse sin que nadie los evocára: no se pierde en tres semanas una costumbre de tres años. A cada ruido exterior, ladrido de perro, relincho de caballo ó voz de hombre, aguzaba yo el oido y sentíame re-bullir mi compañero de cuarto, con asombro de mi agi-tacion.

— ¿Se siente usted mal? — me preguntó por fin.

— No: ¿por qué? — le respondí.

— Como le siento á usted desvelado é inquieto...

— Tardo mucho en dormirme por costumbre — le respondí, recordando que estaba en tierra de España, exenta entónces todavía de los azarosos desastres de las fratricidas luchas civiles.

Mi huésped me aconsejó que me entregára tranquilamente al reposo, porque allí no sucedía nada; y si no es por tener encerrados á sus negros, hubiéramos pedido dormir con las puertas abiertas. Concluimos, en fin, por dormirnos; pero á poco más de la media noche me despertó mi huésped diciéndome que escuchára y le explicára, si podía, el extraño rumor que por el cuarto donde dormía Agustín Aynslie resonaba, turbando el sueño de los moradores de la casa.

Escuché yo con atencion, y le dije:

— No es nada; es Agustín que duerme.

— ¡Cómo que duerme! — exclamó asombrado. — Si parece que anda á trompis con seis ingleses.

— Pues así duerme, y por eso le dije á usted que le aposentára léjos de todos.

— Pero ¿cómo demonios duerme para armar toda esa batahola?

— Pues duerme dando gritos y puñetazos en las paredes. ¿Quiere usted verlo?

Encendió luz mi hospedador, cubrímonos y fuimos al cuarto de Aynslie. Ni se despertó, ni se apercibió de nuestra entrada en él; pero dormía en silencio.

— Deje usted la luz en un rincon — dije á mi compañero — y esperemos un poco.

Agustín dormía boca arriba, con un pañuelo atado fuertemente á la cabeza y con los brazos desnudos fuera de las ropas. Al cabo de unos minutos dió un gran puñetazo en la pared, en la cual tenía apoyado su catre,

y empezó á decir á gritos, acompañando sus palabras con puñadas y talonazos en la pared:

— ¡Si digo yo bien que son ustedes unos holgazanes y unos para nada! ¡Si cuando no está aquí mi padre creen ustedes, como él, que no soy yo aquí nadie! Pero, ¡voto á... (y lo echaba redondo) que al que se me rebele le hundo el esternon de un puñetazo! ¡Arriba esa caldera! ¡Abajo esa cadena! ¡Fuera todo el mundo! ¡Brutos, imbéciles!

Y sus gritos y sus puñetazos estremecían la pared, y el capataz estaba escuchando por fuera de la ventana, y los perros se desgañitaban en el corredor, y la negrada se asomaba á sus rejas sin concebir lo que pasaba. Desperté yo á Agustin, quien, contemplándonos azorado, nos preguntó que qué sucedía; y cuando yo le dije que metía un insoportable ruido, volvió á acostarse diciendo:

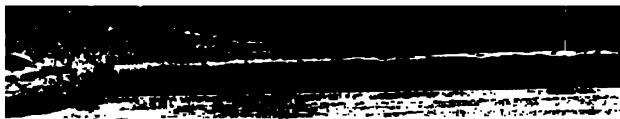
— Pues no escuchar, ó aguantarse.

Así dormía Agustin Aynslie y así dormía su padre, pero dormían así cuando dormían solos; á Agustin le ponían por compañero de cama á un hermanito de cinco años, y dormía tranquilo, como su padre con su mujer; de cuyo fenómeno no me ocupé nunca porque me acostumbré á él, ni de él pudo darse razon Calvo cuando yo se lo hice ver. Porque mi hospedador, el propietario del cafetal, no era otro que el opulento banquero D. Manuel Calvo; de quien yo, que jamás me he metido en la vida ajena, no supe allí ni la riqueza, ni la importancia, ni la influencia que en la Isla y con sus autoridades ejercía; túvele siempre por un vascongado rico, y agradecele su hospitalidad en el campo por el mayor número de horas tranquilas que para trabajar me procuró en él; y de verme trabajar doce horas en aquel clima sé yo que



anduvo tan asombrado como satisfecho, y que por ello me tuvo y aún me tiene en estimacion.

Tal era mi aislamiento y lo absorto que mis pensamientos me traían. No pensé allí más que en trabajar para sacar pronto á Portilla y á Aynslie de aquella Isla, en donde temía verles morir como á Cagigas.



XXVII



AYÓ muy en gracia Agustin al capitan general y á Calvo, y no le hubiera ido mal si se hubiera quedado en Cuba; pero tenía cosas tan chistosas para ellos como enojosas para mí.

Los Sres. Bustamante, Romero y Compañía me abrieron un crédito en su caja, y Aynslie corría con mis cobros y pagos en la impresion del solo libro que en la Habana dí á luz; tenía, pues, que ir continuamente á la ciudad, pero le tenía expresamente prohibido quedarse en ella de noche. Sabía yo muy bien que si en la ciudad se quedaba alguna, no dejaría de ir á baile ó broma, en los cuales concluiría infaliblemente por cometer tres ó cuatro excesos, de los cuales me amedrentaban las consecuencias. Teníale yo prevenido que tratára bien y ayudára á los mejicanos que hallára en la Isla; porque habiendo yo recibido tan simpática hospitalidad en Méjico, me creía obligado á probarles en mi tierra mi gratitud; pero quería yo hablar de los mejicanos emigrados por causas políticas ó faltos de fortuna. Un juéves salió

del cafetal con pruebas y encargos para la imprenta, y esperábale para comer al caer la noche. Anocheció, pasaron las ocho, las nueve, las doce; amaneció el viernes, pasó su mañana, llegó la tarde, y mi Agustín no parecía; el sábado, por fin, vino con Calvo en el tilburi. Reconvínele por su tardanza, y me respondió muy satisfecho:

— ¿No me ha dicho usted que debíamos portarnos muy bien con los mejicanos que aquí halláramos?

— Sí.

— Pues he dejado á usted bien, obsequiando á tres que se han embarcado esta mañana. Les invité á comer en nombre de usted, les llevé al teatro y fuimos el viernes á ver todo lo que hallé digno de verse, y nos amaneció cenando.

— Ya. ¿Y usted pagó todos los gastos?

— Por supuesto.

— ¿Y cuánto ha gastado usted en ello?

— Diez onzas y media.

— ¿Y quiénes eran los mejicanos?

Y me nombró á un comerciante rico, á un hacendado y á un general, los cuales tomarían probablemente á fanfarronada mía semejantes obsequios siendo ellos mucho más ricos que yo, no habiendo tenido conmigo en Méjico más que relaciones pasajeras de sociedad que á nada obligan, ni áun á cultivarlas.

Determinó el capitán general D. José de la Concha hacerme una distincion para probar públicamente la honra que quería dispensar al poeta, y anunció que iría al cafetal á cazar y á pasar tres días en mi compañía. Previneme en consecuencia de buenos caballos, armas y todo lo necesario. Salimos á recibir al general, que vino en una volante de tres caballos; extraño peso

lujosísimo vehículo, que se llama *un trio*; tomamos los dos lados del carruaje Agustín y yo, ginetes en dos magníficos caballos, y al apercibir la calzada, cerrada con una barrera, hice una seña á Agustín, quien, con la destreza incomparable del jinete mejicano, tendió su caballo á escape, saltó la valla, descorrió el cerrojo que estaba cerca de la tierra colgándose de la silla, abrió la barrera arrastrando de costado su montura, y quedó sombrero en mano aguardando el paso del general; admiró éste la arriesgada suerte, que asombró á la escolta, y me dió á mí esperanza de que Agustín me dejaría bien en aquella expedición.

Pero ¡ay de mí! llegamos á un cafetal vecino al de Calvo, donde nos tenían preparado entre dos lagunas un tiro de patos salvajes.

Colocámonos á un lado en el terreno que ambas lagunas separaba; el general en el centro; su jefe de Estado Mayor, que era un tirador de primera fuerza, á su derecha; yo á su izquierda, y Agustín á la derecha del jefe de Estado Mayor.

Los patos estaban en la laguna derecha; los ojeadores debían levantar la bandada, que al pasar á la izquierda pasaría sobre nosotros, proporcionándonos un tiro bien aprovechado, aunque se desbandára despues de él. Así fué; levantóse la banda, ojeada por la derecha, y se dirigió compacta á buscar el agua de la izquierda; prevenímonos todos los cazadores á tirar inmediatamente despues del tiro de honor que pertenecía al general, y dejamos venir los patos; pero mi Agustín, que se vió el primero de la derecha, sin curarse de respetos ni categorías hace fuego ántes de tenerlos á tiro, yerra, dispersa la banda y nos deja sin caza, y al general Concha y á Calvo riéndose á carcajadas, al jefe de Estado Mayor



absorto de tan torpe falta, y á mí con intenciones de darle un culatazo en la cabeza.

Tal era mi buen Agustín Aynslie, cuyas torpezas y excentricidades divertían tanto al general Concha y á Calvo, como á mí me hacían temblar ó desesperarme, y tales fueron mis negocios en la isla de Cuba.

XXVIII

Ni la cordial hospitalidad de Calvo en su salubre y pintoresco cafetal, ni la honra y la distraccion que en él me procuró la presencia del marqués de la Habana, ni la cariñosa amistad del malogrado y caballeroso Isidro Lira, ni la proteccion generosa de los Bustamante, Romero y Compañía, ni las esperanzas que ventajosas propuestas de amigos debieron infundirme para el porvenir, lograron disuadirme de mi determinacion de abandonar la isla de Cuba sin visitar sus poblaciones, en las cuales mis lecturas y mis trabajos debían procurarme honra y lucro legalmente adquiridos. Una carta recibida de Francia el día de la partida del marqués y de Calvo de la finca de éste, concluyó de aislarne de la sociedad, dejándome sobre la tierra solo y sin afeccion alguna de corazon, amarrado á un lazo que Dios solo podía romper y cargado con las deudas de mi casa. Nada me ligaba ya por amor á la raza humana, nada me interesaba ya por cariño en el universo, nada me retenía apegado á la vida, y la más completa indiferencia por ella y por

mi reputacion enfrió mi espíritu, entorpeció mi inteligencia y comenzó á nulificar mi personalidad.

Quise, y lo intenté mil veces, continuar y concluir el libro que había empezado á publicar; pero mi cerebro estaba vacío de ideas, y roto el molde en el cual hasta entónces había forjado tantos versos con mis palabras. Gastado, empequeñecido, reducido á mi mismo en estrechísimo círculo social, concluí por cobrar aversion á mis versos y á mi pasado; y deseoso de librarme de los que por mi bien se interesaban, sin cuidarme de mi deber ni de mi fama, volví con Aynslie á la capital, le mandé que preparára los equipajes, me despedí de los marqueses de la Habana y anuncié á los Bustamante y Romero el 13 de Marzo del 69 que en su viaje del 16 partiría con su vapor *Méjico* para aquella República.

Aquellos buenos amigos respetaron mis tristeza, y no se empeñaron en aconsejarme ni en disuadirme, sino en extender su proteccion sobre mí hasta el otro lado del golfo, adonde me llevaban razones que no se metieron á juzgar; y poniendo á mi disposicion su buque, me nombraron su agente en Méjico, me autorizaron á plantear allí la empresa que Cagigas había concebido, me abrieron crédito para cimentarla, y subviniendo á todos mis gastos, y colmándome de atenciones y deferencias, se ofrecieron á acompañarme y á instalarme en su buque el día de la partida.

Calvo, con aquella inalterable serenidad que formaba la base de su carácter, con aquella sobriedad de palabras con que trataba los negocios, y viendo sin duda con su sentido práctico que yo era un loco inútil para los que en el mundo producen algo, me dió á mí un cordial abrazo y un paquete de onzas para nuestro viaje á Agustin Aynslie. Hosco, huraño, sombrío y

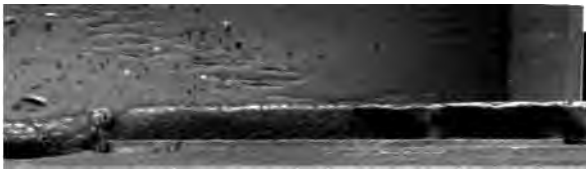
absorto en mis negros pensamientos, me preparé á salir de Cuba sin despedirme de nadie, como había venido á nadie sin anunciarme; pero había un personaje de quien no podía partir sin despedirme y pagarle su cuenta: Porzio.

He dicho que Porzio tenía una sastrería; pero á mí se me metió en el magin que Porzio era sastre como el rey D. Sebastian de mi *Traidor, inconfeso y mártir* era pastelero en Madrigal, para no parecer lo que era, ó para esperar volver á ser lo que de ser había dejado al aparecer al frente de su establecimiento. Porzio era el tipo de la elegancia y el alma del buen tono en la Habana: su porte y sus costumbres eran fastuosas; su cuerpo delgado, nervioso y flexible, sus manos de piel cuidadísima, de luengos y afilados dedos y de uñas largas y acanaladas, su aplomo cortés y sus desembarazados modales y movimientos, acusaban al hombre bien nacido y bien educado, á quien algun día podría muy bien venir á sacar de su establecimiento una carroza de cuatro caballos para llevarle á un palacio de su propiedad, en medio del asombro de sus dependientes y de la envidia de los que por superiores suyos se habían hasta allí juzgado. Conocía yo muchos italianos, á quienes la situación política de su país había arrojado de los hoteles y en los teatros extranjeros desde sus solariegos y blasonados castillos. Recuerdo á un Spontoni ó Spontini, quien despues de haber cantado en los teatros de los Estados Unidos y en el de Méjico, rompió un día su escritura, hizo cinco ó seis meses una vida oscura y misteriosa entregado á un trabajo intelectual, y al llegar un nuevo embajador de Italia se presentó con él en la recepcion del Presidente con un soberbio uniforme cargado de condecoraciones; y una idea de esta

pecie era la que yo de Porzio me había forjado, sin más razón acaso que por mi costumbre de poetizar y elevar á fantástico cuanto natural y sencillo por ante mis ojos pasaba. Porzio me dió y cobró su cuenta; preguntóme cuándo partía, anunciómelo sencillamente que me enviaría un recuerdo, que esperaba que yo aceptaría. Ofrecíselo, agradeciómelo, despedímonos, y no se quitó del balcon hasta que, al volver yo la esquina de la calle, me envió desde él el último besamanos.

El 16, á las cinco de la tarde, me despedí de Portilla y de su familia en el muelle, los cuales debían embarcarse el 20 para Nueva-York, y Bustamante y Romero me acompañaron á bordo, me instalaron con Aynslie en un camarote de preferencia, dieron órden al capitán de llevar el buque á las mías para desembarcar en Veracruz, en Tampico ó donde más me conviniera, y me presentó á cuatro generales mejicanos que volvían á su patria fiados en volver á entrar en su capital con el presidente Miramon, que bajaba á sitiar á Juarez en Veracruz, de cuya rendicion no tenían duda.

Hervía la caldera, rugía el vapor en las entrañas del buque, y los marineros recogían el ancla, enrollando sus cadenas en el torniquete. Bustamante y Romero me abrazaron con la cordial efusion de dos hermanos, y se volvieron al bote; cuando atracaba éste al muelle el *Méjico* doblaba el Morro, dejando tras sí un penacho de humo en el viento y un largo rastro de espuma en el mar; y en el de las Antillas nos engolfamos, cercados y deslumbrados por la roja luz de incendio de un sol poniente, que parecía una aurora boreal.



XXIX

EL capitan del *Méjico* nos sirvió una opípara cena; me colocó á su derecha en la mesa, y á mi lado y á su izquierda á los cuatro generales mejicanos; que eran el ex-presidente Rómulo Díaz de la Vega, el general Wolf, francés de origen, el ministro de la Guerra Severo del Castillo, y el cuarto un hombre de agudo ingenio, vista de lince y prevision jamás adormecida, cuyo nombre flota y se me escapa entre la niebla de mis recuerdos. Conocía yo á Rómulo Vega y á Wolf, y deseaba conocer á Severo del Castillo, uno de los hombres más honrados y de más firme carácter que en aquellos tiempos de revueltas habían siempre hecho un papel digno entre aquella política de odios y venganzas civiles; en las cuales cada cual obra como más conviene á su ambicion y á su interés, con mengua casi siempre de la dignidad y de la honra. Severo del Castillo no tenía mancha de oro ni de sangre en sus manos, ni tacha de tornadizo en su historia, ni roedor de villanía en su conciencia. Desterrado en la

Isala de Caballos, había estado muchas semanas entre las garras de la muerte á causa de una enfermedad contraída en aquel mortífero clima; pero ni por debilidad de espíritu ni de cuerpo había pedido perdón, ni abdicado de sus convicciones. Una noche se escapó al fin de aquella verruga de arena, rompiendo el círculo de agua que amenazaba tragársele; emigró, y volvió á su patria sin rencor por lo pasado ni ánsia de venganza para el porvenir. Sus enemigos le hacían justicia, aunque con excesivo rigor le trataron; y la de Severo de Castillo es una de las figuras más nobles, más dignas de respeto y de más luminosos contornos que aparecen en el abigarrado cuadro de la historia de los diez años que yo conozco de aquella tierra tan bien dotada por Dios cuanto mal tratada por los hombres.

Rómulo Díaz de la Vega, sin pretensiones de eminencia ni notabilidad, era un pundonoroso militar que, opuesto siempre á los partidos extremos, había pertenecido al moderado; y elegido presidente de un pronunciamiento contra los excesos del partido exaltado, se había batido por lo que él creía principio religioso y deber de conciencia, habiendo salido de su presidencia de aquellas revueltas tan sobrado de honra como escaso de dineros: cosa no comun en ningún país en tiempo de guerra civil. Sencillo, alegre, cuidadoso de su persona y admirador de la creación en las criaturas del bello sexo, tenía algo del difunto rey de Italia Víctor Manuel; en su individuo por su corpulencia y vigor, en su fisonomía por su peinado, bigote y perilla, y en su espíritu por su debilidad por las mujeres. Jesucristo de la Magdalena que mucho le sería perdonado, porque había amado mucho, y se digo del rey D. Alfonso VI en mi leyenda del Cid:



« Suprimo el tercer defecto
de que la historia le acusa.
y es que le gustan las hembras,
lo que para mí no es culpa. »

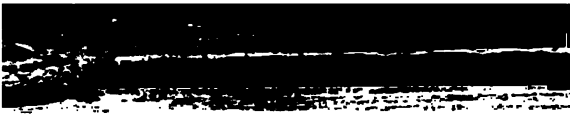
Rómulo Vega, como militar, como amigo y como **compañero**, era uno de los más agradables y simpáticos con quienes mi buena suerte me ha hecho tropezar en mi **vagabunda existencia**.

El general Wolf era un lorenés ó normando del mejor humor del mundo, con todo lo bueno del francés *pur sang*, con todo lo alegre é imprevisor del americano de raza española, y con toda la verbosidad franca del andaluz. Instruido sin pretensiones; bien educado á pesar de la larga vida del campamento; buen latino y asíduo lector, era de chistosísima conversacion, de aristocráticos modales y de amenísima compañía. Dotado de gran memoria, metía su cuarto á espadas, cuando al caso venía, en historia, en geografía, en artes y en ciencias, sin pretension ni petulancia alguna, pero con juicio muy recto y sin dar jamás una pifia; era, en fin, el francés ménos francés fuera de su patria, pero dispuesto siempre á colocarse al pié de su pabellon en cuestion seriamente nacional.

Con estos compañeros cruzaba yo por segunda vez las aguas del Golfo de Méjico con rumbo á Veracruz. El capitán del buque, á quien sus propietarios me habían recomendado como quienes me tenían por una eminencia, me admiraban como una celebridad y me querían como á un hermano mimado, les había dado á entender que en el buque no se haría más que lo que yo dispusiera; y ellos, que habían visto en la Habana las atenciones de que me habían colmado personas como el

capitan general y Calvo, habían comprendido, á pesar de mi voluntaria nulificacion en Méjico, que yo era por algo estimado en mi patria, y áun sospecharon si volvería á la suya con alguna comision de más importancia que los versos, de los cuales no les parecía yo muy pagado. Intimamos, pues, unos con otros, ayudados por un Sillery muy espumoso que nos servía el capitan por orden de sus armadores, y enteráronme de sus planes y sus esperanzas en la bajada de Miramon á Veracruz, que ya creían por él, ó al ménos sitiada en regla y á punto y en la necesidad de rendirse.

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, porque en aquella época concluyó el de mi poesía con el de mi juventud; tenía ya cuarenta y dos años, de los cuales llevaba veinte y dos perdidos inútilmente en llenar de versos cuarenta tomos, inútiles á mi fortuna y al progreso de la humanidad. Podría aplicarse á la colección de mis obras el título de aquella comedia de Shakspeare *Mucho ruido para nada*: yo había metido mucho ruido, que de nada había servido á nadie. Réstame sin embargo añadir una media docena de números sobre algunos sucesos de mi tiempo, que completen y den algo más de interés á estas personales memorias mías: diciendo cuatro palabras de la embajada de D. Joaquín Francisco Pacheco á Méjico, de la expedicion de Prim con la intervencion francesa, y del breve imperio de Maximiliano ántes de venir á morir á mi patria; en la cual tengo para mí que es justo que me entierren con decencia, como dice mi desatinado D. Juan Tenorio.



APÉNDICES

I

Arribamos á Veracruz el 22 ó 23 de Marzo. Los generales mejicanos buscaban con el anteojo del capitán y con mi Dollong las tiendas de Miramon ante la ciudad; pero ni sombra de hombre aparecía sobre el estéril y monótono arenal de los médanos veracruzanos; todo era calma y soledad en torno de la primera ciudad fundada por Hernan-Cortés en las playas del Nuevo Mundo. Juarez dominaba todavía en ella, y ó no había aún bajado Miramon, ó había sido rechazado. Rómulo Vega y sus compañeros temían tener que volverse á Cuba si lo segundo había acontecido, y no podían desembarcar para entregarse como conejos desperdigados en manos de los juaristas, ni yo podía por ellos detener el buque indefinidamente ante Veracruz. Era forzoso tomar lenguas y saber á qué atenerse: enviamos, pues, á tierra á Agustin Aynslie con los demas viajeros, como á persona que, insignificante en política y conocida en Méjico, nada tenía por qué temer. Hasta la puesta del sol permaneció en la ciudad, y ya por el

comenzábamos á inquietarnos cuando en el bote de un buque inglés volvió á bordo del *Méjico*: los ingleses, los catalanes, los jesuitas y los masones se reconocen y ayudan en todas partes: Aynslie se había encontrado con su capitán Mac-Intosch, su paisano, y tornaba trayendo en el bote que nos le devolvía una docena de frascos de aquella cerveza superior de Edimburgo, tan espirituosa y tan cara como el Jerez; y la rubicundez de sus mejillas, y lo encandilado de sus ojos probaban que en su estómago fermentaba el liquido de la botella que completaba el número trece de la docena del fraile.

Aynslie bebía, pero no se embriaga; volvía satisfecho de volver bajo el pabellon de Inglaterra y de saber lo que en tierra nos esperaba, que no era en verdad muy satisfactorio.

Juarez sabía que Miramon acampaba ya en La Soledad; que los cuatro generales del *Méjico* volvían para unirse con él; y estaba persuadido de que yo, como había ayudado cuatro meses ántes á escaparse de Veracruz al difunto Cagigas, iba á ayudar ahora á sus enemigos á desembarcar en la costa en algun bote del barco que á mis órdenes venía — por cuyas dos fechorías me enviaba á advertir con Aynslie que si desembarcaba en Veracruz tendría el disgusto de mandarme fusilar como amparador de traidores.

Mis lectores conocen mi inocencia inconsciente en ambos hechos; pero yo me guardé bien de intentar sincerarme con el presidente indio de Veracruz, queriendo sobre todo evitarle el disgusto de tener que cumplir su palabra.

Quedámonos, pues, todos á bordo del *Méjico* aquella noche, y á las cuatro de la tarde del siguiente día vimos



ginetear por la playa los exploradores de la vanguardia de Miramon, mandados por un oficial superior que inmediatamente cambió señales de correspondencia con los generales que de la Habana volvían.

Al cerrar la noche me dijo Rómulo Vega:

— Dispóngase usted á desembarcar; Miramon va á enviarnos una canoa.

— No puedo — le respondí — sería un acto de adhesión á un partido, y no puedo mezclarme en la política de este país; yo nada signífico en él.

— ¿Vuelve usted, pues, á la Habana?

— No: estoy obligado á subir á Méjico.

— ¿Va usted á desembarcar á Tampico?

— Tampoco; me quedaré en uno de los buques de guerra españoles aquí estacionados hasta que pueda tomar tierra por Boca del Rio; y flanqueando por detrás del campamento de Miramon, tomaré á caballo el camino de Orizaba.

— Es una mala idea, mi querido poeta — exclamó el general despues de un momento de reflexion — ó cae usted en manos de los *mañosos* ántes de pasar el *Chiquitruite* si Miramon toma á Veracruz, ó cae usted en las de los jarochos si levanta el sitio; y los jarochos le traerán otra vez ante Juarez. que no olvidará su promesa.

— Yo me las compondré para llegar á Méjico, general.

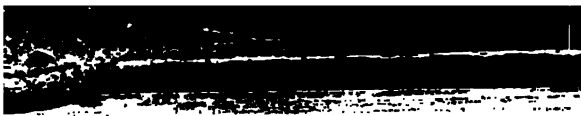
Insistió y resistí; adhirióse á su opinion Woff, Castillo y su compañero; pero en la oscuridad de las primeras horas nocturnas desembarcaron sin mí, y Aynslie y yo pasamos con nuestros equipajes á bordo de la *Berenguela*, cuyo comandante, D. Juan Topete, recibió en su fragata, en la cual mantenía la más

rigurosa disciplina, alojándome á mi en su cámara, tan coquetamente amueblada como el tocador de una duquesa, sólo que sus alfileres y sus horquillas eran bayonetas, sables y hachas de abordaje. El *Méjico* levó anclas y zarpó para Tampico á la media noche, y al día siguiente nos preparamos á presenciar el bombardeo de Veracruz. Pero pasó aquel día, y trascurrió el segundo, y amaneció el tercero, y no podíamos explicarnos la inmovilidad del campamento y el silencio de los cañones de Miramon, cuya inmovilidad y silencio veían los juaristas tan asombrados como nosotros, pero recelosos ellos de alguna estratagemã que no podían adivinar.

Estableció Miramon su cuartel general en Medellin y sus avanzadas en Casa-Mata: nosotros veíamos con nuestros anteojos aquella parte de su campamento, en la cual vários generales no cesaban de dirigir los suyos sobre el mar, y comprendimos que esperaban por el algo que por él no aparecía. Los juaristas tenían á Veracruz rodeada de fosos, trampas, empalizadas y caballos de Frisa, y tranquilos ó inquietos, estaban en silenciosa expectativa, resueltos á ver venir lo único que venirles debía, los proyectiles de los cañones de Miramon, que no levantaba sus baterías.

Al cuarto día supimos por un pescador que lo que levantaba era su campo, y al caer la tarde vimos efectivamente retirarse de la Casa-Mata sus avanzadas.

Sin comprender nada de la incomprensible conducta del general mejicano, y comprendiendo que el recelo de alguna rara estratagemã, de que Miramon era muy capaz, iba á mantener á los absortos juaristas al abrigo de sus murallas hasta estar seguro de las intenciones de su enemigo, me dispuse á tomar tierra por Boca del Río y á alcanzar la retaguardia de Miramon ántes de



que los veracruzanos volviesen á ocupar á Medellin.

Aynslie tenía ajustada y á vista de la *Berenguela* una barca pescadora; tomamos en un saco de mano los papeles y lo estrictamente necesario, y encomendé al comandante de la *Isabel la Católica*, D. Tomás Llacha, que había conocido á mi padre, los tres baules en que consistía nuestro equipaje. En ellos apareció y con ellos quedó para siempre perdido el envoltorio del regalo del elegante Porzio; contenía tres trajes de verano de tela Nankin y uno completo de montar, tras de cuya casaca de terciopelo morado con botonadura de plata se me fueron un instante los ojos, por más que no haya sido yo nunca extremado en el vestir.

Y sea dicho de paso, y de epitafio sirva de aquel descuartizado equipaje: Llacha se lo dejó á Montojo, capitán de no recuerdo qué bergantin español; Montojo á Marsivault, comandante del *Lucifer*; éste á otro que en aquellas aguas relevó su bergantin, hasta que, perdida la memoria de á quién perteneciesen, se pudrieron los cueros de mis baules en las bodegas, se escaparon por sus boquetes las averiadas prendas, y joyas, ropas, retratos, memorias y manuscritos, quedando sólo los cuatro primeros capítulos de mis *Dos escondidos y una tapada*, que fueron á parar no sé cómo á manos de mi hospedador en la Habana D. Manuel Calvo, de quien hoy les espero para concluirlos y publicarlos, si encuentro editor que me los quiera imprimir.

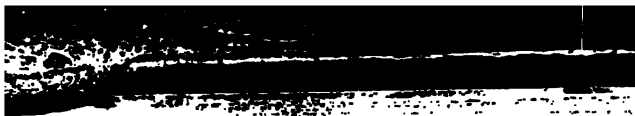
Dejando todo esto en el mar tras de nosotros, y despues de despedirnos de Llacha, Topete, Montojo y Marsivault, de quienes conservaré siempre el más agradable recuerdo, nos echamos á media noche Agustín y yo en la barca por aquél retenida para ambos; pero con asombro suyo y no poco disgusto mio, la encontramos

ya ocupada por dos silenciosos personajes que habían resuelto por sí y ante sí ser nuestros compañeros de viaje. El tiempo, el lugar y el caso no eran para andar sin saber con quién: interpelé, pues, á los intrusos, y al barquero, y resultó que uno era pariente de Bustamante y propietario en Puebla, y el otro español de categoría, recomendado á la casa de su pariente de la Habana por el arzobispo de Méjico, Labastida. Pasé por el primo de Bustamante, á quien vivo aún hondamente agradecido; pero no me pasaba del gaznate el recomendado del inquieto Arzobispo, hácia quien no me arrastró nunca la más mínima simpatía; apeché, sin embargo, con ambos y nos hicimos á la mar.

Aynslie nos dejó en una hacienda cuyo nombre he olvidado, y se metió tierra adentro hasta Medellín, de donde no volvió hasta las cuatro de la tarde.

— Pronto — nos dijo — vámonos de aquí. Traigo un carricoche que no nos cuesta más que seis mil reales hasta La Soledad, cinco leguas al cabo de las cuales, si no damos con los jarochos ó con los juaristas, daremos con Miramon, que se vuelve á Méjico, único modo de que lleguemos nosotros.

Cogimos nuestros sacos; nos empaquetamos en el fermentido carricoche, que en una revuelta del camino nos esperaba, y atravesando el chaparral para no entrar en Medellín, llegamos á la orilla izquierda del río de este nombre al tiempo mismo que treinta juaristas al mando de un capitán se metían en su vado por la orilla derecha; iban á tomar posesion en nombre de Juárez de aquella villa mejicana, homónima de la extremeña. Por perdidos nos dimos, y sólo de sus sospechas nos libertamos porque no pudo ocurrirles que no fuéramos amigos y del país, hallándonos en él veinticuatro



horas despues de la retirada de Miramón. A Veracruz creyeron que íbamos, y allá les dejamos creer que nos dirigíamos; pero en cuanto salimos del río por sus opuestas orillas doblamos á la izquierda, y con tanto placer quanto había sido el miedo al verlos, les perdimos y nos perdieron de vista. El carruaje era detestable, lo que llaman allí un guayin, como quien dice, un rompe-cabezas; pero los cinco caballos que lo arrastraban tenían más aliento que estampa. Nos sacaron del arenoso chaparral más pronto de lo que creimos, aunque no tan pronto como deseábamos, y á las dos de la mañana nos metimos, alarmándole, en el campamento de Miramon, donde fuimos reconocidos con sorpresa y recibidos con júbilo por los generales del Méjico.

II

Cuatro palabras más de necesaria explicacion. Miramon había salido de Méjico casi solo; su gente y su artillería la había escalonado y recogido por Puebla, San Martin, Aculcingo, Orizaba y Córdoba; la expedicion había sido aprestada sagaz y secretamente. Una empresa yankée de Nueva-Orleans, con quien había hecho un empréstito y un contrato, debía de fondear en Veracruz frente á Casamata, con dinero, municiones y proyectiles el mismo día que él levantára sus tiendas en aquellos médanos; Miramon cumplió con escrupulosa exactitud, y esperó cuatro días á los yankées, que le faltaron. Sus soldados llevaban municiones para sus fusiles, pero vacíos y mudos sus cañones.

Hé aquí el misterio de su repentina aparicion y des-

aparición de Veracruz. Lo que pudo ser una maniobra estratégica que le honrara á coronarla el éxito, pareció un exceso de loca y temeraria improvisación por ajena falta, pues sobre él caía la responsabilidad de la torpeza ó mala fe yankée.

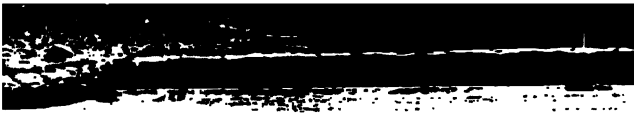
Nuestro *guayín* era el peor de los tres carruajes que pertenecían á un mi *homónimo* vecino de Medellín, quien había alquilado los otros dos á los generales mis compañeros de navegación para subir hasta Córdoba, donde podrían procurarse caballos; y aunque Agustín Ayllie se guardó muy bien de decir al Zorrilla de Medellín para quién le pedía su tercer carruaje, no podía escaparse á la perspicacia de aquél quiénes podían ser los que para ir á La Soledad le necesitaban: de aquí el precio, trescientos duros por cinco leguas; dióselos Agustín en onzas; pero como buen escocés taimado, diciendo para sí: «Que me vea yo contigo en La Soledad, que allí te ajustaré la cuenta.»

Y cuando al amanecer y al levantar el campo el conductor quiso volverse á Medellín con su carricodé, díjole Agustín revólver en mano:

—No, amigo; por trescientos duros hay que llevarnos hasta Orizaba, ó se volverá usted sin el carruaje; decir al Zorrilla de Medellín que yo no puedo permitir que deje tirado en mitad del camino á su paisano el Zorrilla del *Don Juan Tenorio*. Cuya forzosa hecha por Agustín ignore yo hasta que nos hallamos en Orizaba.

III

No sé en qué revista ó periódico militar he hecho ya la narración de esta retirada; de la cual, por no decir



á mis lectores cosa de que ya pueden tener noticia, y porque á nadie parezca que intento dármele de valiente, diré sólo lo que esté en mi conciencia no haber ya dicho.

Subimos hasta Córdoba observados y picados por los ginetes jarochos, que nos mataban algun rezagado ó desperdigado á cada encrucijada ó recodo arbolado donde podían tirar y huir; y por la noche no podíamos encender fuegos en nuestro campo atrincherado con los carros y furgones de los bagajes, porque sus buenos tiradores metían sus balas en nuestras hogueras, á veces á través de los cuerpos cuyas siluetas sobre su llama se dibujaban. En los tan fragosos como poéticos desfíladeros del *Chiquihuite* se dió uno de esos ejemplos maravillosos de empeño y tenacidad que suplen la táctica y la pericia militar, y pasaron por sobre el lecho de los torrentes y barrancos secos, cuyos puentes habían sido destruidos, los carros, las ambulancias y los cañones, en medio de la algazara y la broma entre las cuales apecha con la vida la gente de nuestra raza. Las mulas de los furgones, las acémilas menores de los bagajeros, y hasta los caballos de los soldados, de los oficiales y de los jefes, arrastraron y desembarrancaron, á fuerza de gritos, bullas y carcajadas, las pesadas cureñas de las bocas de fuego, y los vehículos cargados hasta el exceso; todo pasó y se puso á salvo en la cima de aquel inmenso peñascal, cuyo cono profundo y áspero como el centro del volcan cubre la naturaleza de tan lujuriosa vegetacion, de tal profusion de clemátidas y campánulas y de toda suerte de floridas enredaderas y plantas trepadoras, que parece un canastillo de flores preparado por los Titanes, que es lo que significa su nombre de *El Chiquihuite*: el canastillo.

En Orizaba nos esperaban las fuerzas de Robles Pe-

zuela y de Pepe Cobos, de quienes voy á hacer una breve mencion. Del primero se aseguraba que pertenecía á la noble y conocida familia de los Chestes y de los Viluma, y por su valor y caballeridad hubiera podido honrar á la régia estirpe más generosa. El general mejicano Robles Pezuela, hombre de aristocráticos modales, esmerada educacion, de instruccion é ilustracion nada vulgares y de costumbres fastuosas, era un buen militar, y hubiera sido, á vivir, un hombre de Estado muy útil á su patria en las azarosas circunstancias á que lo arrastraron el desórden posterior de sus gobiernos, y los azares de la extranjera intervencion. Tenía una gallarda cabeza y una simpática fisonomía, varonilmente colocadas sobre un enorme busto, porque era excesivamente grueso, y obligado á andar estrechamente fajado, lo cual no le impedía ser un ágil caballador. En la mesa era un alegre comensal y un diestrisimo trinchador: son las dos cualidades de las gentes de buena compañía; sabía á un tiempo comer bien y hablar mejor, pudiendo decirse de él lo que Don Quijote en casa de los duques de Villa-Hermosa, que donde él se sentaba estaba la cabecera. El capitan general marqués de la Habana y los generales mejicanos que conmigo navegaron en el *Méjico* de los Bustamante le creian ya Presidente de la República, ó abocado necesariamente á serlo por renuncia ó destitucion de Miramon; llevaba yo pliegos para él en este supuesto, y esperábamos de su administracion y de su afinidad con los españoles un cambio muy favorable á nuestra convencion y á nuestros asuntos en aquel tan privilegiado como desgobernado país. A él debimos el no ser detenidos indefinidamente en Aculeingo por Ampudia Cervajal y otros guerrilleros en sus tajos atrincherados, é

los cuales les desalojó Robles flaqueando su formidable posición. Mucho de él se esperaba y él no poco se prometía para el porvenir; pero al desembarcar el ejército interventor en las playas de Veracruz, cayó impensadamente en manos de los juaristas, que le fusilaron sobre el terreno. ¡Lamentable ejemplo de los excesos de las guerras civiles, en las cuales muere á veces como un malhechor el más ilustre y cumplido caballero! Lloráronle muchos, y muchos le echaron de ménos más tarde; con él me unieron ligerísimos lazos de amistad, y con él traté sólo en dos ocasiones por las cartas de las cuales para él me había encargado; pero lo profundo de sus miras, lo justo de sus apreciaciones, y la sagaz perspicacia de que en aquellas dos pláticas me dió pruebas, me hicieron sentir su muerte y me hacen hoy recordarle como una de las más nobles figuras que se destacan en el confuso cuadro de mis enmarañados recuerdos.

Pepe Cobos era español, de las montañas de Santander. Él y su hermano Marcelino, habían ido á Cuba á buscar fortuna en el comercio; ¡maldita idea de aquellas provincias de la emigración á América! El comercio honrado necesita mucho tiempo para enriquecer, y la prosperidad rápida de la especulación necesita mucho dinero, actividad incansable y una integridad algo problemática. Los hermanos Cobos querían sin duda avanzar más aprisa que el tiempo; y mal avenidos con la monótona tarea del mostrador y el *carnet* de cuentas, pasáronse de un establecimiento de la Habana al servicio de una hacienda de los alrededores de Puebla. La inquietud del país, trabajado entónces por numerosas partidas de pronunciados, el instinto batallador de su sangre española, y la esperanza de hacer fortuna, echa-

ron al fin al campo á los Cobos, que eran astutos como santanderinos y valientes como montañeses. Adheridos naturalmente al partido de Religion y Fueros, que era el más favorable á los españoles y el de más afinidad con sus creencias católicas, se creyeron en su derecho tomando parte activa en las contiendas de un país, donde aún andaban en tela de juicio, si no ya los intereses de España, que había ya para siempre renunciado al de su dominacion, los de cientos de españoles que nunca se habían convencido de que eran realmente extranjeros en aquella República. Cuando yo hice conocimiento con Pepe Cobos era ya jefe de alta graduacion, y se presentó en la hacienda de los Llanos, donde yo habitaba, reclamando un hermoso caballo cogido por él en accion á un jefe liberal, y cuyo caballo montaba ya una señora, á quien un tercero lo había vendido en quinientos duros. Reclamábalo asimismo su primitivo dueño el jefe liberal, ya amnistiado; pero como en aquella hacienda habíamos ocultado á Cobos del otro, y al otro de Cobos, y no una, sino muchas veces, el gallardo bayadorado quedó libre del servicio de la guerra y en poder de la señora. Por aquel caballo fuimos amigos, y la verdad sea dicha, su deferencia para conmigo llegó á un extremo casi inconcebible en el carácter que el vulgo le atribuía. Otro jefe juarista con Cobos irreconciliable, fué más tarde sorprendido por éste en la hacienda; apenas si aquél y los suyos tuvieron tiempo de salvarse en la montaña á uña de caballo, y con vários suyos quedó su mujer en aquel caserío. La guerra estaba horriblemente envenenada; los odios de partido cegaban á los partidarios en sus venganzas. Cobos ¡Dios le perdone tan mala idea! pensó en apoderarse de aquella mujer, á quien los dueños de la casa habían encerrado

en mi aposento al inesperado arribo de Cobos. Éste me pidió la llave de aquel cuarto, único que le quedaba por registrar; yo sentí en la cara el frío del miedo y de la vergüenza.

— ¡Vamos! — exclamó Cobos, contraído el semblante y los ojos chispeantes de ira.

Él era un hombre fornido, aunque pequeño, y yo he sido siempre débil y nunca hombre de pelea; él podía ahogarme entre sus brazos sin más esfuerzo que el necesario para ahogar á un pollo, y subí con él á mi cámara, que estaba en el piso alto de la casa. Llegados ante la puerta, saqué la llave de mi bolsillo y díjele cerrándole el paso:

— Aquí hay una mujer; ambos somos españoles; yo tendré algún día que escribir lo que aquí pase, y siempre habrá deshonor para alguien en mi relato; para mí sobre todo, ó por no haberme dejado matar, ó por no matar á un español que me deshonrará á mí al deshonrar á una mujer á quien ni uno ni otro conocemos. »

Cobos no levantó los ojos; volvió en silencio la espalda, bajó cejijunto el caracol, y al entrar en el salón donde la familia y sus jefes nos esperaban, dijo:

— No hay nadie aquí: hemos llegado tarde; que toquen botasilla, y vámonos.

Con este español dí yo en Orizaba; y en un retinto Carey suyo que de mano llevaba subí hasta Méjico, escoltado por su gente, con quien me dejé en Puebla en no muy agradable situación, de la cual salimos del modo que no sé dónde tengo seguridad de haber contado.

Tostados por el sol y el viento, y embarrados hasta las cejas, llegamos Aynslie y yo á la Gran Thenostiltan de Moctezuma, donde á él no le esperaba su padre

y á mí me aguardaba un coche para llevarme á la quinta que á dos leguas de Méjico poseía y habitada la familia de mi hospedador, ex-propietario de los Llanos de Apam.

IV

Un caso curioso sobre mis propiedades literarias. Había yo dejado en la hacienda chica de aquél un caballo negro de mi propiedad, al cual el excesivo cuidado y la falta de ejercicio habían puesto tan gordo y pesado que tardé tres horas en hacerle andar las quince mil varas que había entre la quinta y la ciudad, y que ántes de mi partida á la Habana trotaba sin fatigarse en cincuenta minutos. Llegué por fin á mi hospedaje de la ciudad, y no bien acababa de establár mi pobre caballo, y aún no había tenido tiempo de desembarazarme de las espuelas, cuando se me presentó un dependiente de una librería con una cuenta de trescientos y pico de pesos.

Era del librero que me había impreso hacía cuatro años el único libro que había allí dado á luz: un homenaje á Méjico, una especie de álbum en que consigné mis primeras impresiones. Creo haber dicho ya que la impresion de aquel libro, que se publicó por entregas, me la pagaron el conde de la Cortina, Manuel Madrid y el doctor Sanchíz, y de cuyas dos últimas no estaba satisfecho el importe, porque ni se habían pedido cuentas al editor librero de la venta de los tres mil ejemplares tirados, ni yo había pensado jamás pedirselas. Disgustóme, pues, que tal cuenta me presentáran y tan apénas vuelto de mi viaje. Devolví su cuenta al depen-



diente, y díjele que miéntras no exigiese yo cuentas de mis libros vendidos no corría tanta prisa: que en cuanto me instalára y presentára los créditos que traía, arreglaría cuentas con la casa, y creí el asunto concluido.

¡ Cuál fué mi asombro al recibir dos días despues una cita judicial para celebrar juicio de conciliacion sobre pago de aquella suma, aumentada con una mitad más! Registré mis cuentas de Méjico, que había tenido la precaucion de no llevarme á Cuba; entreguélas á Agustín Aynslie, que tenía poder legal para representarme, y Aynslie formalizó mis cuentas con el librero con sus recibos á la vista. Aynslie estaba muy ducho en tales negocios, gerente como había sido de la fundicion de su padre; y en cuanto á las cuentas de libros, no ofrecen dificultad grande, ni acarrean tampooo largas discusiones. O tantos ejemplares vendidos, ó tantos ejemplares existentes. Allí había un cuaderno de suscripcion con 700 nombres inscritos de la ciudad, á 20 pesetas (que allí son cinco duros) por ejemplar, 2.500 duros; descontados los 500 pedidos por el librero en su presentada cuenta, Agustín demandaba 2.000 duros de los libros vendidos por suscripcion, la cuenta de los enviados á los departamentos y la exhibicion de la existencia en el almacen.

Agustín vino á contarme la escena del juicio, la mala cara que á su demanda habían puesto el librero y el juez, que era su amigo; la sentencia que éste había tenido que dar contra él, y la transaccion que con éste había hecho Aynslie, sabiendo que yo no quería litigios. Dí yo el asunto por zanjado, y me volví tranquilo á la hacienda en mi rechoncho caballo negro.

Cuatro días despues, un domingo de Junio, se presentó repentinamente en mi cuarto el doctor Sanchíz,

quien sólo expresamente llamado venía á la casa en que me hospedaba. Traía el ceño encapotado, y parecía poco á gusto con lo que quería y le costaba trabajo decirme. Excítéle yo á romper su silencio, y me dijo por fin:

— No te creí capaz de la villanía que has cometido, y no he podido ménos de venirme á decir que no cuentes más con mi amistad. ¡Tal infamia por miserable puñado de pesetas!

— Pero ¿qué mil diablos estás diciendo? — exclamé trémulo de sorpresa — ¿de qué villanía y de qué infamia se trata?

— De que fulano se muere (y me nombró al librero).

— ¿Y qué tiene eso que ver con mi infamia y mi villanía?

— Que muere de un ataque bilioso por la afrenta y la estafa que tú le has hecho.

— ¡Yo! ¿Quién lo dice?

— Él á mí y á su confesor.

— ¡Cristo bendito! Puede engañar á los hombres, pero se engaña él si piensa engañar á Dios.

Y conté á Sanchíz lo acaecido, y le remití á los documentos de que Aynslie era depositario.

Y es que en nuestro país el ingenio no se cuenta: hay libreros y hay empresarios que creen que el libro, ya impreso, no pertenece más que á ellos; el trabajo del poeta es la túnica de Cristo: el papel, la tinta, la encuadernacion, es lo que constituye la mercancía; la letra no: ¿qué hay allí del poeta? la idea: una cosa abstracta, impalpable, ingrávada, sin tasacion mercantil.

Y hay quien cree esto de buena fe, y vive muchos años del producto del ingenio sin remordimiento alguno de conciencia; el editor, el actor y el empresario creen

que dan valor al pensamiento del poeta dándole publicidad... y así hace cuarenta años que vivo yo sobre la tierra ¡poco ménos que estafando á mis editores! porque el aplauso, la gloria, la fama, ¿no constituyen una recompensa? Esa es la del escritor, la del poeta, su nombre es lo que pasa á la posteridad, y... *suum cuique*.

V

Volví yo á Méjico de la Habana con dos objetos: cumplir la última voluntad de Cagigas y la palabra que le había dado en su mortuorio lecho, y plantear el pensamiento de los Bustamante Romero y compañía, que tan beneficioso debía de haber resultado para el comercio de Méjico con Europa; pero no estaba de Dios que yo pusiese felizmente mano en negocio alguno que honradamente me condujese á la fortuna. Los obstáculos que ante el mio se levantaron, fueron insuperables. Sólo el privilegio de su instalacion iba á costarme tan enorme suma que no era posible que aquellos buenos amigos me la pasáran en cuenta sin creerme un desvergonzado estafador: renuncié, pues, la comision y agencia de aquella especulacion, y escribí mi desistimiento á los Bustamante, quienes de él á pesar siguieron enviándome mensualmente, con los doscientos cincuenta pesos que Isidoro Lira me pasaba, algunos encargos y comisiones, y las cantidades que ellos decían que me correspondían, pero que realmente me regalaban. El Dr. Sanchíz se había metido en un negocio extrañísimo á su profesion: el abastecimiento de pescado de mar del mercado de Méjico, en el cual

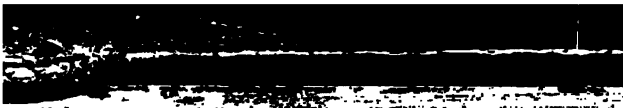
jamás se había presentado semejante artículo. Extremoso en todo y hombre de maravillosa actividad y de inquebrantable energía, subía y bajaba de Veracruz á Méjico con sus carros, vigilando por sí mismo su administracion; veíale, pues, con escasa frecuencia; y muerto Cagigas, desterrado Portilla en los Estados Unidos y ausente de la capital por sus negocios Manuel Madrid, volví á sumirme en un completo aislamiento, yéndome con mi criado francés en mis dos caballos á la desierta hacienda de los Llanos de Apam en un estado de espíritu del cual ni me dí entónces cuenta, ni despues me he podido dar razon. No era tristeza, aunque de satisfaccion tenía pocos motivos; no era nostalgia, porque nada me impedía volver á mi patria; ni era desesperacion, porque no había ido á América con esperanza alguna; ambicion no había tenido jamás; sed de fama y anhelo de reputacion literaria, me habían acosado sólo miéntras creí que con ellos podía reconquistar el cariño y el aplauso de mi padre; despues de su muerte... hasta hoy ignoro á manos de quién han ido á parar aquellas primeras coronas que en las representaciones del *Cada cual con su razon* y *El zapatero y el rey* me fueron arrojadas en el escenario, y que mi familia tenía artísticamente colocadas en un grande y primorosamente tallado cuadro. Mi vanidad no ha retrasado dos minutos mi sueño ninguna noche; y muerto mi padre sin apreciarlas en lo que valían, como prendas de mis desvelos y afan por justificarme á sus ojos, yo las he desestimado porque él no las estimó, y porque jamás sirvieron á mi madre infeliz de objetos apacibles en que posar sus ojos, como emblemas de la estimacion del pueblo por el hijo que la adoraba y con quien nunca logró vivir. Las que traje de América adornan el santuario de una Madonna

en la iglesia en que me bauticé, y las que hoy cuelgan en las paredes de mi casa están allí por respeto y gratitud á los nombres de las personas y sociedades que me las han ofrecido, y que en sus cintas se leen escritas, y porque allí sustituyen los valiosos adornos que nunca me han permitido procurarme las obligaciones en que he tenido que invertir el precio de mis escritos. Tenía yo, pues, en Méjico, por la época que voy recordando, lo que he tenido siempre despues: el vacío del corazón, ocasionado por la pérdida de lo único que había mantenido mi existencia y alimentado mi poesía; la fe: y extinguida ésta, ¿qué quedaba de mí, que no había nunca tenido más? En mi mesa no había ya tintero, ni á la cabecera de mi cama un libro; el espíritu dormía, la inteligencia funcionaba pero no producía, y el cuerpo vivía pero no gozaba de la vida. A las seis de la mañana me iba á matar conejos para almorzar; á las once ardillas para comer, y á las cinco de la tarde tórtolas para cenar; mi criado francés, que era profesor en la ciencia culinaria, se ocupaba de la cocina, y yo de mi escopeta, y á las nueve nos acostábamos.

Pero el mundo no podía girar en torno mio sin que yo me apercibiera de su movimiento; yo he tenido siempre costumbre, afan, manía, de oscurecerme y de nulificarme; pero no he podido vivir con los ojos cerrados, y la fermentacion del progreso de Méjico, la fiebre del desarrollo de la virilidad de la nacion que se había emancipado desprendiéndose de la dominacion de España, no podía ménos de fijar mi atencion, tanto más cuanto yo había sabido apartar de mí la suya. Duraba aún, no la inquina contra los españoles, sino la monomanía nacional de creerse aún obligados á tener odio á los gadepines, reducida entre la gente de razon

al antagonismo vulgar y sin consecuencias que obliga los franceses á chinguas á los excéntricos hijos de la Albión y á nosotros á los fidalgos de Portugal; y por no estudiarnos ni conocernos bien unos á otros, unos á otros nos atribuimos preñeces y defectos, que tal vez á ninguno son peculiares. De modo que así como los franceses aplican á los ingleses todos sus cuentecillos y anécdotas que implican ridiculez ó torpeza, y nosotros á los portugueses y viceversa, los mejicanos nos los aplicaban á los españoles; vaya un solo ejemplo. Nosotros, que tenemos viñas, no nos utilizamos de las pitas (magueyes ó agaves americanos) más que para hacer cuerdas; pero ellos, cuya renta más pingüe y cuya bebida más popular es el jugo de la pita, el pulque, cuentan que los españoles que van á Méjico se asombran de ver tal plantacion de gigantescas alcachofas. Como se comprende, el odio de Méjico á los españoles es una pura broma, que en 1860 quedaba aún como manía y costumbre tradicional; la actual generacion está ya para perderla, y la venidera la recordará para reirse de ella con sus hermanos, que serán nuestros hijos, porque tal es la ley y el progreso del tiempo; y Méjico entonces progresaba, crecía y se constituía sufriendo la fiebre y los sacudimientos naturales del crecimiento y formacion de su nacionalidad; Méjico tengo yo para mí que está destinado á ser el primero de los pueblos hispano-americanos.

El gobierno de Santana tuvo algo de infantil apoyándose en niñerías; vistió una especie de guardia real con botines altos como la imperial de Napoleon, y no sirvió más que para maniobrar en el despejo de la plaza de toros; titulóse Alteza Serenísima como los Infantes de España; salió siempre desempedrando las



calles precedido de batidores y seguido de lujosa escolta, cosas todas suprimidas ya por los soberanos de Europa, pero que recordaban el fausto y costumbres régias de los vireyes á aquella generacion que aún los había alcanzado á ver.

Pero vino con el gobierno sério y práctico de Comonfort la generacion de los que, si los habían visto, era siendo tan niños que, si de ellos les quedaba la imágen en la memoria, no habían por su pompa sentido jamás ni respeto ni temor; así que, al comenzar á plantear las instituciones y prácticas modernas de gobierno, chocaron necesariamente las costumbres nuevas con las viejas, y la generacion que entraba en la sociedad con la que estaba en ella de largo tiempo instalada.

El 5 de Febrero de 1857 firmaron y juraron Comonfort y los diputados de todos los Estados *la Constitucion política de la República mejicana*; y con ella se establecieron las leyes orgánicas del registro del estado civil y de la guardia de seguridad, la instalacion del sistema métrico decimal, y otras innovaciones exigidas ya por el adelanto é ilustracion sociales.

El señor arzobispo de Méjico, D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, el más santo varon que ocupó aquella sede episcopal, que gastó en edificios de enseñanza y beneficencia y en obras de caridad sus cuantiosas rentas, que comía legumbres insaboras y dormía en un catre con un jergon, digno, en fin, del respeto y la veneracion universal, se creyó en conciencia en el deber de protestar contra aquella Constitucion; palabra y cosa que ha costado mucho hacer tragar á la mitad de nuestra raza española, como si una Constitucion fuera más que el Código, por el cual se rige el pueblo que le acepta. El gobierno de Comonfort se permitió hacer

observaciones al santo y escrupuloso Prelado, y éste entró con él en una discusión teológica. El gobierno eclesiástico de Puebla publicó una circular prohibiendo que los fieles de aquella diócesis juráran tal Constitución, no debiendo recibir la absolución los que la jurasen sino precediendo á su confesión la retractación del juramento hecho ante la autoridad civil.

El obispo de Michoacaz y otros Prelados y gobernadores eclesiásticos, hacen idénticas protestas y declaraciones; y llegado en esto la Semana Santa, el Cabildo niega al Gobierno la entrada en la catedral y la ceremonia de la entrega á éste de la llave del sagrario, con cuyo motivo el Gobierno reduce á prisión á varios canónigos y da orden al venerable Arzobispo de considerarse preso en su habitación del palacio episcopal.

Yo estaba en el atrio de la catedral, y la plaza llena de gente; pero no estalló revolución ni desorden notable; unos murmuraron indignados, otros se retiraron escandalizados, y la mayor parte se quedaron indiferentes espectadores, mirando á las cerradas puertas del templo, donde se encastilló el Cabildo, y las del palacio presidencial, adonde se retiró el Gobierno.

Y éste que sí y el clero que no, y el ministro de Justicia, Negocios eclesiásticos é Instrucción pública expidió la ley de desamortización de los bienes del clero del Estado de Puebla, que fué el primero que excomulgó á los que juráran la Constitución, comprendiendo luego los de Méjico, Tlascala, Veracruz, Guerrero y Bajaca; y el coronel Castejon se pronunció contra el Gobierno en Igualada, donde se proclamó antipresidente de la República á mi amigo el general Rómulo de la Vega, y se fueron sacando la cabeza y sus partidas al campo Cobos y Osollos y Mejía por religion y fueros, y Vidauri

y Santos Degollado y otros por el Gobierno, y la guerra civil se encendió y se encarnizó, y el Gobierno pagó sus tropas con los dineros de la Iglesia, y desterró á los Obispos; pero no pudo la guerra tomar el carácter de religiosa, porque con tales contiendas las autoridades se desprestigian con los pueblos, y los intereses materiales, y las ambiciones mundanas, y los partidos políticos son los que luchan; pero el espíritu religioso, la fe creyente se entibia, y se escandaliza ó se amilana.

En medio de aquel desórden, miéntas unas veces batían las tropas de Comonfort á los pronunciados, y otras éstos á aquéllas, ya no era posible cazar ardillas en las haciendas expuestas á los asaltos de unos y otros; y volviéndome á la capital, ví la instalacion del telégrafo, y la construccion del gasómetro, y el franqueo prévio de la correspondencia con los sellos de correo, y otras mejoras que el progreso de la época imponía por gracia ó por fuerza á aquella tierra y á aquella generacion que progresaba y crecía, alumbrando la instalacion de sus adelantos con el relámpago del fognazo de los cañones y el rojo resplandor del incendio de sus haciendas.

VI

Aquí hay un cáos en mis recuerdos, en el cual voy á meter por unos instantes una antorcha de blanca y perfumada luz.

He dicho que me hospedaba en una hacienda cerca de la capital. Estaba ésta inmediata al pueblecito alegre de San Angel, y había sido un caseron destartalado,

construido, sin duda, por algun vascongado rico del siglo XVIII, quien la bautizó con el nombre eúskaro de Goicoechea: casa de arriba. El viejo padre de la esposa de mi hospedador, que la adquirió por compra, se la dejó al morir á su hija, y su marido trasformó el caseron en una quinta risueña, convirtiendo en rasgado y regular ventanaje sus estrechos y desiguales ventanillos, en salones ámplios y cómodos, ventiladas y bien alumbradas cámaras, sus irregulares y lóbregos aposentillos; dió á todos los cuartos salida y luz á los comedores de un patio cuadrilongo, que sombreaban una docena de siempre verdes naranjos, y cuya atmósfera refrescaba una fuente de mármol florentino, en cuyo pélon nadaba un centenar de peces de colores. La viguería de cedro con la cual se habían nuevamente techado los corredores perfumaba aquel patio, especialmente en los días lluviosos, en que la humedad se impregnaba en el cedríneo maderaje; y por un corredor suntuoso añadido á la fábrica, construido sobre el jardín, abiertas en sus tres aislados muros diez ventanas y tres puertas de medio punto curiosamente ensambladas y envidrieradas, se salía á un jardín caprichoso, al cual rodeaba una huerta de 17.000 piés de árboles frutales, cerrada por una tapia de 5.000 metros de circunferencia. La parte baja de aquella quinta, habitada por la familia, artesonada, amueblada y alfombrada al gusto moderno, era la morada del rico que goza en ese campo del *comfort* y comodidades de la capital; pero había en la parte alta una série de habitaciones deshabitadas, que remataban por el Sur en la casa del administrador, y por el Norte en una especie de torrecilla, cámara cuadrada con un balcon sobre el jardín, precedida de una antesala, en uno de cuyos ángulos encajaba en sólido marco de

piedra la maciza puerta de una inmensa terraza ó azotea que cubría los corredores y la vivienda baja, y cuya azotea guardaban media docena de alanos de tan insociable trato como descuidada educacion; no conocían más que al que les daba de comer.

En aquella cámara solitaria me dijeron que solía retirarse á estudiar el padre de mi hospedadora, literato de quien Méjico conserva con respeto, y muy justamente, venerable memoria; y allí me instalé yo, sin permitir que el lujo y la restauracion del piso bajo llegasen hasta aquel aposento, dejándole con sus paredes blancas, sus viejas vigas, su puerta carcomida y su antiguo mueblaje; componían éste una mesa grandísima y un doble armario de la forma de los modernos *entredoses*, sobre cuyos armarios y mesa tenía yo los 74 tomos de Walter-Scott, una Biblia latina, un Koran árabe, unos tratados de antigua alquimia y demonología, un diccionario de Dominguez. dos escopetas y un revólver de bolsillo. Agustin Aynslie me había regalado y abierto en un rincon una espita de grifo, que vertía el agua que tomaba de un inmediato depósito en una inmensa jofaina horadada, cuya vertiente de plomo desahogaba en las azoteas, único mueble de cierto lujo que pretenciosamente ostentaba mi modesto alojamiento en su estrambótico ajuar.

Pero tenía en él un balcon al Poniente, que se abría sobre el jardin, y que era un balcon del Paraíso. Bajo él crecían los espinosos cactus, que producen los fragantes *huele-de-noche*, y encuadraban y festonaban su marco

como verdes cortinas y lambrenquines,
campánulas, bignonias, yedra y jazmines,
madreselva, clemátidas y pasionarias,

yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especie de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas.

Bajo él, entre magnolias, en cien planteles
regados por mil caños, dábanse espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geranios, amarantos, plúbagos, luisas,
aleltes, acantos y minutisas;
bulbosas espigelias, nardos galanes,
renúnculos, camelias y tulipanes.

Por cima de este eden, y á través del áura embalsamada que sobre él perpétuamente se mecía, como el velo sutil y perfumado de la favorita de un sultan, alcanzaba yo á ver el agua inquieta de un arroyo saltador, en la cual lavaban las indias de Hacopagne, y el arranque del monte de las Cruces, en cuya espesura solía haber guarecidos bandoleros ó pronunciados. El sol poniente venía todas las tardes á teñir de púrpura la enguirnaldada vidriera de aquel balcon, y sus últimos rayos deslumbraban á la numerosa familia de arañas y alacranes que, invisibles, anidaban en la carcomida viguería y en los agrietados marcos del balcon y de la puerta. Pero contra estos insectos de incómoda vecindad, tenía yo allí unos amigos que me fueron siempre leales de generacion en generacion: una familia de *salta-pared*, pájaros pardos de largo pico, de cola quebrada y golilla roja, de la especie de los barrenadores, que buscan su alimento en los huecos abiertos por los gusanos en las cortezas de los árboles y en los escondites de los insectos que se guarecen en las agrietadas paredes. Por ellas trepan estos pardos pajarillos de piedra en piedra y de ladrillo en ladrillo, como si caminaset

y no voláran, y desde mi instalacion en aquel lugar habían acudido á mi balcon y entraban familiarmente en mi cuarto en cuanto yo se le abría. Los abuelos habían encontrado en sus baldosas los granos perdidos de cebada del pienso de mis caballos; los hijos los habían buscado enseñados por sus padres, y la tecera generacion había aprendido á volar viniendo á buscarlos entre mis libros y por encima de mis perchas, miéntras yo trabajaba acodado en mi mesa sobre mis papeles. Nadie más que los desterrados y los poetas sabemos procurarnos y agradecer estas amistades. Con estos pájaros me pasaba las largas horas y semanas enteras sin comunicarme con los moradores de la casa más que á las horas de comer. Los días de fiesta estaba la quinta llena de visitas: las muchachas más avisgadas y las más conocidas señoras de la ciudad corrían y curioseaban por aquel jardin, al cual rara vez descendía yo, y veían y saludaban en aquel balcon al poeta huraño que esquivaba su sociedad, mirándole, como las figuras móviles de una linterna mágica, pasar entre el ruido de las risas y la música por bajo de aquel enflorado balcon.

Acodado á él me ocurrió hacer un cuento de pájaros y una lectura de flores, y para ello hice centenares de estrofas y miles de apuntaciones, que al cabo para nada me sirvieron por excesivamente extravagantes, incomprendibles ó de exagerado y pésimo gusto. El doctor Sanchíz, que me envidiaba la propiedad de aquel balcon, que venía de cuándo en cuándo á asomarse conmigo á él, y que en él me pedía que le recogiera ejemplares de las plantas y flores medicinales y ponzoñosas que al rededor y dentro de sus tapias se criaban, me inspiró la idea de una fantasía de *La Mandrágora*, de cuya planta brotaban algunos piés entre las belladonas, los beleños

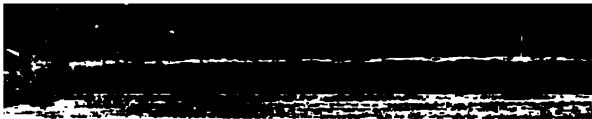
y otras solináceas al pié de las tapias, guarida de pitados lagartos y doradas culebras, con las cuales llega uno á familiarizarse en aquellos climas, que tantas variedades de reptiles producen.

Y encontré muchos años despues una de las apuntes que para una lectura de flores sobre la mandrágora tenía escrita, y de sus versos recuerdo estos de su introduccion:

¡Abrete, sésamo! ¡Brotar
de su centro átomo puro
de luz vivífica, gota
pura de esencia vital,
geniecillo microscópico
de mi poesía gérmen;
sal, despierta á mi conjuro
á tus hermanos que duermen
dentro de mis flores ... sal!

Héle allí: va con su mano
de Silfo dejando abiertas
ante nosotros las puertas
de mi encantado vergel.
¡Ya lo están! el aire sano
aspirad de su comarca;
cuanto vuestra mente abarca
oyéndome, es tierra de él.

Entrad... mas pisad con cuanta
precaucion posible os sea,
porque á su umbral verdeguea
planta encantada y setal.
Miradla: allí se levanta
fatídica, allí campea
una mata de *Circa*:
ésa es la planta infernal
que su poder da á los magos;



ved, ni áun viles jaramagos
nutre su sombra fatal.

Esa planta es *la mandrágora*;
esa planta ácre, ágría y fea,
tiene una historia fantástica:
brotó en Egipto: en Judea
la cultivaba en un páramo
la Pitonisa de Endor;
en Grecia, de su archipiélago
en un islote, Medea
la halló arraigada en el túmulo
de un cainita encantador;
por la sibila Cuméa
fué empleada, y hoy la emplea
el gitano ensalmador
en sus conjuros fatídicos,
resto de los ritos drúidicos,
con que da al vulgo pavor,

Esa planta es la *mandrágora*;
para arrancarla es preciso,
cogiéndole de improviso,
amarrar á ella un lebrel;
y sin cesar, hostigándole
hasta que la desarraiga,
obligarle á que la traiga
hasta espirar en pos de él.

.....

¿No sabfais esa historia
de la *mandrágora*? Es bella
como verdica; de ella
hacen antigua mencion
cuantos relatos fantásticos
han hecho los demonólogos,
los alquimistas y místicos
en apéndices y prólogos

y comentarios casuísticos,
al dar clara explicacion
de los libros parafrásticos,
de los sueños cabalísticos,
de la ciencia sibilfónica,
de la cábala rabínica...
leedlos con atencion,
y vereis que es *la mandrágora*
un talisman potentísimo
para hacer de los poéticos
delirios evocacion.

Yo poseo una.

Yo con ella, abstraído yo del mundo y olvidado de Méjico, que sólo de mí sabía que á su territorio habria vuelto, imaginaba yo hacer una lectura estupenda, creada y escrita entre las flores de aquel jardin, mientras en torno de él se cuajaba la tormenta que habia de traer á aquel país de flores, música, poesía y luz, primero la embajada de Pacheco, que fué una verdadera embajada, despues la intervencion francesa, que fué una imperdonable locura, y por fin el Imperio, que fué una sangrienta catástrofe.

Y ántes de todo lo cual, tan desacertado y triste, cúpome allí tomar parte en una alegre, benéfica y consoladora escena.

VII

Había caído Comonfort, y habían sido presidentes Zuloaga y no sé quién más, y había llegado á presidente Miramon, y habían salido en su lugar al campo los liberales, y no les había podido aquél desalojar de

Veracruz; y comenzaba ya á preverse una intervencion europea, y Méjico se sentía, en suma, como si el apagado volcan del Popocatepti hirviese bajo su capital, cuando la graciosa presidenta y las señoras más ricas dispusieron para el 18 de Julio una funcion lírica, des-
empeñada en el Teatro Nacional por notabilidades mejicanas, artistas jamás dedicados al arte teatral, á beneficio de los pobres.

Por una de esas contradicciones de nuestro modo de ser en esta nuestra progresiva centuria, aquellas bellezas republicanas y aquellos republicanos artistas se des-
deñaron de ser ensayados por ningun actor cómico; y la Comision de señoras, en un billete noble y heráldicamente timbrado, me impusieron la obligacion de dirigir y ensayar *El Trovador* de Verdi, y de pedir, en una composicion *ad hoc*, el óbolo *de oro* que el público debía depositar en las bandejas de plata. ¡Noche deliciosa! Un recuerdo de luz, flores, armonía, lujo mundano y caridad espléndida, en medio de los tristes y oscuros de mis pesares; una de las mil una noches, de cuyo fantástico relato quedan en mi memoria, y en las efemérides de aquel año, las imágenes y los nombres de la preciosa niña Gonzalez Bossero; que, azucena apenas abierta al soplo de las auras de su décimosexto Abril, hizo una Azucena que trascendía aromas de juventud á través del oscuro afeitte y los harapos de la gitana, robadora del Trovador; y la de la señorita Peralta, que recorrió despues los teatrós de España, Italia y Viena, derramando placer en los corazones y recogiendo flores con que tejerse en su patria una corona inmarcesible.

Yo pedí y saqué aquella noche para los pobres más doblones que letras tenían los doscientos endecasílabos

de mi plegaria; es tal vez la única que en mi vida me han parecido buenos mis versos y que dormí satisfecho de haberlos escrito.

Y me volví á mi torrecilla, con mis pájaros, con mis flores y con mi nunca confeccionada lectura de *La Mardragora*; pero miéntas yo apacentaba mis ojos en el tapiz perfumado de aquel jardín tendido bajo mi balcón, y en aquel giron de cielo limpio y sin un vapor por el día, y tachonado de radiantes topacios por la noche, la tempestad se cuajaba sobre la inmediata capital, y cien huracanes políticos, en forma de numerosas bandas de sublevados, se la acercaban rodeándola y apretándose por doquiera y por doquiera surgiendo y multiplicándose. En un sermón que predicó el ilustrísimo Sr. Madrid, en el Cármen, predijo que aquéllas eran los últimos cultos que allí recibía la Madre del Redentor bajo aquella advocacion. El obispo Madrid era un santo hombre, á quien el pueblo veneraba como á tal, y aquel inesperado vaticinio produjo entre los creyentes imprevisto asombro y recelosa inquietud. El ministro Llave de Veracruz tuvo que expedir un decreto poniendo fuera de la ley á las partidas pequeñas y piquetes sueltos que, con pretexto y nombre de constitucionales, saqueaban los pueblos y asaltaban las haciendas; en la de San Gregorio fué asesinado Zuarú; y su compañero el general Vidaurre, que se salvó milagrosamente, tomó de la muerte de su amigo rápidas y sangrientas represalias. Arias, el comandante español de la fragata *Berenguela*, reclamó al Gobierno de Veracruz sobre la captura de la barca *Concepcion*, por cuyas reclamaciones comenzó á fermentar en el partido constitucional la antigua inquina contra los gachupines (españoles). Fúgase el presidente Zuloaga, y apodérase

Miramón del poder; pero es derrotado en Silao por González Ortega, y vuelve á Méjico disfrazado en la diligencia. La Junta de representantes confirma su reelección á la presidencia, y nombra un nuevo Ministerio; los periódicos religioneros suben el tono, y con pretexto de nombramiento de nuevo tesorero de la catedral se celebró una gran función religiosa, última por entonces que celebrar permitieron los acontecimientos desastrosos que la exageración de ambos partidos precipitaba. El Gobierno de Oajaca y los de otros Estados destituyeron de la cura de almas á los eclesiásticos que no juraron la Constitución, y el general González Ortega dirigió una circular á los ministros extranjeros residentes en Méjico anunciando que tenía orden del Gobierno constitucional de tomar la capital, y que no respondía de los daños que á sus nacionales ocasionaría la guerra. El general Márquez, que estaba preso, pidió salir á batir á los constitucionales: pusiéronle en libertad y prometiéronle gente, por ser uno de los militares de carrera y de estudios del país. El obispo Munguía predicó en la Colegiata un sermón que no satisfizo á nadie, porque en él pretendió probar la protección divina prometida á la Iglesia *independiente de todo poder humano*, mientras se acogían á centenares á la capital los eclesiásticos desposeídos, y las familias ahuyentadas de Tulancingo, Cuernavaca y otros puntos por las guerrillas y cuerpos de ejército constitucional.

En medio de este tumultuoso desorden, surgió la noticia del arribo del embajador de España D. Joaquín Francisco Pacheco al puerto de Veracruz. Una palabra produce á veces un cambio, un trastorno ó una revolución: los pueblos se pagan mucho de las palabras; la de

embajador hizo un maravilloso efecto en aquél. Hasta entónces no habían enviado á Méjico más que *ministros plenipotenciarios*, encargados de negocios ó cónsules generales las naciones de Europa; pero aquél era un embajador, y España había ganado pocos años ántes con la gloriosa guerra de África el derecho á ser tenida por una gran nacion; y los recuerdos viejos, la fastuosa dominacion de sus vireyes y la fama del jurisconsulto y del literato, hicieron de D. Joaquín Francisco Pacheco un personaje de *Las mil y una noches*. Los periódicos religioneros llenaron sus columnas de biografías y encomios del embajador, y los libreros no perdieron esta ocasion de embadurnar las esquinas con carteles anunciadores de las obras del famoso jurisconsulto, y hasta los criados de mi huésped y los de sus amigos, sabiendo que yo tenía la dicha de conocerle, me decian en un mimoso, expresivo y familiar lenguaje: « ¡Ay, niño; á ver si este señor nos arregla por fin! » El 22 de Agosto, á las cinco de la tarde, llegó Pacheco á las puertas de la capital: cuatro mil carruajes le formaron valla: el Gobierno salió á recibirle á más de una legua fuera de la ciudad, y los ministros entraron con él en su carretela, cuyo paso seguía la multitud vitoreándole. Nadie llegó con más autoridad á tierra extranjera: los españoles del comercio le habían preparado un sumptuoso banquete en la casa-palacio donde le alojó el Gobierno, y á él habían sido convidados los ministros, los banqueros, el cuerpo diplomático y cuantos españoles notables en la capital se encontraban. Yo había conseguido eliminarme y nulificarme de tal manera, que ni tenía puesto en la mesa, ni nadie se acordó de mí. Pero habiendo yo salido al camino, como todo Méjico, á ver la entrada del embajador, y habiendo llamado

naturalmente la atención de éste el carruaje ligero en que mis canelos, guarnecidos á la europea, nos arrastraban al doctor Sanchíz y á mí, reconocióme y saludóme con la cordial alegría de un padre que vuelve á dar en país lejano y tras largo tiempo con un hijo pródigo á quien creía ya para siempre perdido. No me era posible esquivarme de la inmediata visita, é hícele pasar mi tarjeta al salón en que esperaban con él los invitados la órden de pasar al comedor. Pacheco fué uno de mis tres primeros amparadores; él, Donoso Cortés y Nicomedes Pastor Diaz, pelearon por mí y perdieron la votación contra D. José Joaquín de Mora, con quien optaba yo al sillón que en la Academia española dejaba vacía la prematura muerte del insigne catalán D. Jaime Balmes: él fué quien hizo que, sin hacer yo nueva solicitud, fuese aceptado al jueves siguiente por aclamación como académico, sucesor en esta docta corporación en lugar del famoso crítico D. Alberto Lista: él creó un consulado para un individuo de mi familia: él me había aconsejado y corregido cuando yo le consultaba mis excéntricas elucubraciones; él, en fin, había tenido conmigo las atenciones cariñosas del más benévolo superior. Cuando me presenté en su salón con el Dr. Sanchíz, me abrazó y me besó, y me presentó á todos con expresiones que no olvidaré jamás, pero que nunca repetiré; y al anunciar los huérfanos que la sopa estaba servida, los anfitriones se apresuraron á sacrificar á dos de sus convidados para colocarnos en su puesto á mi compañero el doctor y á mí; pero no pude aceptar semejante honor, alegando mi traje de campo y la necesidad de no volver á deshora á la próxima hacienda, en la cual moraba.

— Déjenle ustedes ir sin comer — dijo Pacheco — ése es de casa, y volverá mañana á la hora de almorzar.

Pocas escenas de las en que he tomado parte en mi larga vida me han causado más asombro que la de mi visita á Pacheco al día siguiente. Preguntóme y respondióme mil veces y sobre mil cosas: púsele al corriente de la precaria posición del Gobierno, rodeado de enemigos, falta de recursos y del apoyo de la opinión: díjele cómo el pueblo había tomado su representación, colocando su personalidad sobre la del Presidente mismo de su República y al nivel del recuerdo de los vireyes españoles: díjele que sentía que no hubiera tratado diplomáticamente con Juárez y su Gobierno al pasar por Veracruz, puesto que era huésped de una casa en la que habitaban á un tiempo dos dueños: que debía aceptar la guardia de honor que, igualándole con el Presidente, le habían puesto en su casa, y el carruaje de gala que el Gobierno había puesto á su disposición: que allí nadie andaba á pié, y que la autoridad tenía que estar aún rodeada de todo el prestigio exterior que la hace respetable para el público, que no desune la autoridad de la persona del que la ejerce. Díjele, en fin, cuanto creí que en conciencia debía decirle, y echóse á reír y no quiso creerme y vi con miedo que no conocía la tierra que pisaba: y, en fin, aquel mismo día, despidiendo la guardia y la carroza, echóse á pié y solo por las calles á examinar los escaparates de las tiendas y á mirar á las mujeres y diciendo que la vida particular no tiene nada que ver con la etiqueta oficial, se fué á visitar á las señoras y á preparar con ellas veladas y conciertos, y al cuarto día de su entrada en triunfo en la capital se vendía en las pulquerías y establecimientos de bebidas una composta de pulque, mezcal, huevo y arcánic, que los léperos pedían diciendo al vendedor: «Compañero, déme cuatro cuartos de embajada de España.»

Ningun pueblo de tan intencionado ingenio como el mejicano para dar en tierra con una palabra con la institucion más sería ó con la mejor aquilatada reputacion.

Esto pasaba por el 26 al 30 de Agosto, y entre este mes y el de Diciembre todas las pastorales de los Prelados, todos los ampulosos artículos de sus periódicos y todas las promesas por ellos aseguradas sobre auxilios celestes y terrenales, no pudieron impedir que todos los generales de Miramon fueran derrotados uno tras otro; y el 12 de Diciembre, en San Miguel de Calpulálpam, dejó el mismo en poder de su por segunda vez vencedor Gonzalez Ortega todos sus trenes, su artillería y cuatro mil prisioneros, entrando á la madrugada fugitivo y solo en Méjico, habiéndose dispersado, como las esperanzas de su partido, los diez mil hombres que con él salieron y que no tornaron con él.

La consternacion fué general: el desconcierto en la presidencia irremediable: el ejército constitucional avanzó sobre la hermosa y desventurada Thenostitlan de Moctezuma: Miramon y los jefes reaccionarios se fugaron, y Pacheco, y el ministro de Francia, y los generales Berriozábal y Ayestarán salieron al paso á tratar con el vencedor, que llegaba al frente de veinte mil hombres y noventa piezas de artillería, la mitad de ellas cogidas á los vencidos.

Y aquí empezó la dominacion constitucional de Juarez, con quien nada trató Pacheco al pasar por Veracruz.

VIII

La intervencion de los embajadores tuvo mal éxito con Gonzalez Ortega; el general Berriozabal y los extranjeros que se armaron velaron toda la noche, y al amanecer del 25 comenzaron á entrar en la capital las avanzadas de los constitucionales, las blusas rojas de Aureliano Rivera. Ortega, general en jefe, Zaragoza, cuartel-maestre, y Santos Degollado, se apresuraron á entrar tras ellos para evitar desastres; pero por pronto que este último acudió á la imprenta y redaccion del *Diario de Avisos*, periódico reaccionario que contra él se había ensañado, no pudo evitar el asesinato de su propietario, Vicente Segura Argüelles, jóven aún y muy conocido en los círculos literarios mejicanos. El general constitucionalista impidió que se ultrajára su cadáver, y el sentimiento que por tan desventurado suceso manifestó le atrajo la simpatía universal.

Los generales hicieron repicar las campanas hasta la puesta del sol, como se había hecho á la vuelta de Miramon, y dispersaron á cintarazos algunos grupos que increpaban á las monjas, cuyos esquilonos permanecian mudos. Dieron un bando que condenaba á ser pasados por las armas, sin más procedimiento judicial, á los que robáran el más mínimo objeto de pertenencia ajena, y fueron fusilados tres en la plaza de Santo Domingo, siete en la de San Pablo, y dos amanecieron el 6 colgados en los faroles de la Plaza, con un cartel al pecho que decía: « Por ladrones. » Se publicaron entre salvas de artillería las leyes llamadas de la reforma, expedidas

por el Gobierno juarista de Veracruz, la tolerancia de cultos, exclaustacion de regulares, *refundicion* de las monjas, nacionalizacion de los bienes eclesiásticos y celebracion del matrimonio civil.

El Arzobispo publicó una circular declarando á éste concubinato; y mientras el santo Prelado protestaba, fueron llegando los ministros de Juarez, Melchor, Ocampo é Ignacio Lallave, y el 31 oyeron solemnemente misa las tropas, con la formacion y músicas prescritas por la Ordenanza. El 1.º de Enero del 61 hizo su triunfal entrada el ejército federal por medio de las calles, colgadas y enfloradas, é interrumpidas con arcos de triunfo. Más de seis horas duró el paso por ellas de la comitiva más numerosa que tras sí había llevado en Méjico la bandera tricolor, y trascurrió aquella noche entre iluminaciones, bailes y serenatas.

El nuevo Gobierno, haciendo oidos de mercader á protestas y reclamaciones, estableció la absoluta independencia de la Iglesia y del Estado, prohibió todo culto exterior, el derecho de asilo de los templos, la asistencia oficial de los empleados civiles á los actos religiosos, la salida del Viático con campanilla y luces, el juramento, etc., etc., etc., y destituyó, en fin, á todos los empleados del Gobierno anterior, de los cuales decía desdeñosamente *El Siglo XIX*, periódico dirigido por Zarco, despues ministro de Juarez: « Apénas ha habido quien oiga los clamores del hambre de esas pobres gentes que nada valen, pero que han contribuido á nuestros males tan pasivamente como los tinteros y las plumas de las oficinas. »

El que esto escribe se paseaba por Méjico, y á veces con el embajador D. Joaquin Pacheco, que veía con asombro realizarse tan tranquilamente en un país

católico tan radical revolucion; y yendo y viniendo de la quinta de Goicoechea á la ciudad, y de ésta á aquélla, sin que nadie le frunciera el entrecejo ni por español ni por poeta religioso y católico; y yendo y viniendo nuestro embajador á visitar señoras desde San Cosme á la ciudad, y desde la ciudad á San Cosme, se nos vino encima desde Veracruz el mismísimo presidente Juárez, que llegó á Guadalupe el 10, y despues de ser allí recibido por el Ilmo. Sr. Pardío, su particular amigo, hizo su entrada oficial el 11, organizó definitivamente su Ministerio, y aquí fué Troya. El 12 desterró de la república, en el término de ocho días, al embajador de España, á los ministros plenipotenciarios de Guatemala y del Ecuador, y al Nuncio apostólico, Mons. Luigi Clementi, quien andaba, segun el vulgo, muy bien hallado en aquel país católico, apostólico y romano, derramando á manos llenas gracias, indulgencias y privilegios á cambio de derechos establecidos y de ofrendas piadosas de devotos creyentes y de opulentas devotas. *Vox populi...* que puede errar á pesar de la mitad no escrita de este proverbio latino.

Quedóse absorto mi buen maestro y protector, el famoso jurisconsulto D. Joaquin Francisco Pacheco, al recibir la orden de Juárez á su nombre de bautismo, sin tratamiento alguno de embajador, de cuyo alto carácter había venido investido; pero ésta era la consecuencia de haber pasado por Veracruz, sede presidencial de Juárez, como D. J. F. Pacheco, embajador de Miramon, presidente en la capital.

Pacheco no tuvo tiempo de exponer su embajada á Miramon, porque éste tuvo que fugarse, y Juárez no se la quiso oír porque suponía que era para Miramon. Hubo, pues, que tomarlo á broma, y haciéndolo así

maletas, fuimos sus amigos á despedirle, y partió nuestro embajador en el mismo carruaje con Mons. Clementi, y tras él partieron asimismo desterrados el señor Arzobispo y vários Prelados y canónigos que, más ó ménos voluntariamente, los acompañaron; y dícese que no fué muy cariñosa la recepcion que les hizo el pueblo de Veracruz, instigado por un italiano que dirigió al Nuncio en su rica lengua patria un discurso imposible de ser reproducido por el más hábil taquígrafo, ni traducido por el mejor profesor de ambas lenguas.

Tal pareció la embajada de Pacheco vista desde allá, que era donde yo estaba y desde donde yo la veía; vista desde acá, yo no sé lo que pareció; pero no era posible cargar á nadie con la responsabilidad de tal éxito en aquel país, á cuya revolucionaria política se pensaba ya poner dique con una intervencion europea.

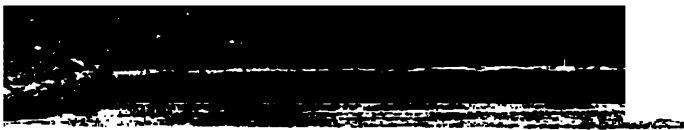
IX

Fué nombrado gobernador de Méjico Juan José Baz, á quien nada se le ponía por delante. El miércoles de Ceniza, á deshora de la noche, sacó á todas las monjas de sus conventos para *refundirlas*, como allí se decía entónces, es decir, para suprimir los conventos en los cuales quedaban muy pocas monjas, y reunir las en otros, conservando unidas á todas las de una misma regla; tal era la ley. Pero las pobres monjas anduvieron en coches y en ómnibus por las calles, con asombro de unos, indignacion de algunos, y befa y chacota de la gente maleante.

Al fin, las unas quedaron en algunos conventos, sin entenderse ni avenirse, por tener distintas costumbres y obedecer á diferentes reglas y estatutos; algunas se volvieron con sus familias, y muchas fueron recogidas por sus parientes ó alojadas en casas particulares. En la mía hubo tres, á las cuales se las habilitó una capilla, y no pudimos verlas el rostro porque su regla las prohibía mostrarle sin velo.

Lo más curioso de aquel trasiego de monjas era que el gobernador las echaba de sus conventos y la gobernadora las recogía, las distribuía por las casas de sus amigos y cuestaba para su manutencion. Unos conventos fueron vendidos y convertidos en casas; de alguna iglesia el nuevo propietario echó á los fieles que oían misa y al sacerdote que la decía, y se apoderó del copon, los cálices y ornamentos sagrados sin pararse en el sacrilegio. El convento de monjas de la Encarnacion (ó de la Concepcion) era riquísimo. Era una especie de ciudadela murada, dentro de la cual había una ciudad pequeña, con sus calles, su plaza, su mercado, su alumbrado y sus primorosas casitas en lugar de celdas. Estas casas tenían rampas en vez de escaleras; sus aposentos, cerrados con mamparas y con biombos chinoscos, contenían comodísimas camas y lujosos muebles; y las reverendas madres de ellas propietarias se visitaban unas á otras en cochecitos arrastrados por muchachas legas que tenían á su servicio; unas que en su compañía habitaban, y otras que de la ciudad diariamente penetraban en el monasterio.

Juan José Baz derribó los muros que cerraban las calles, y abrió aquellas casitas y expuso todos aquellos secretos femeniles á la curiosidad del público. Todo Méjico hizo muchos días de aquel monasterio el paseo



de moda, y Dios nos perdone á todos los que fuimos las maliciosas observaciones y los mundanos propósitos que sobre lo que veíamos hicimos. Mas tarde se alojaron en aquellas santas casitas las mujeres que la moderna civilizacion segrega á los apartados barrios.

Yo he visto esto; y esto, con otras cosas más, motivaron la intervencion europea en el antiguo imperio de Moctezuma. De ésta nada quiero decir, á pesar de haberlo anunciado, por no prolongar estos RECUERDOS, cuyos apéndices tal vez sobran.

Quédanse, pues, mis observaciones y notas sobre la intervencion europea en Méjico para mis memorias póstumas, las cuales probablemente no interesarán á nadie, como recuerdos inútiles de cosas pasadas en cuenta, pero que yo he consignado en unos cuadernos, tal vez por el prurito de hablar hasta despues de muerto. ¿Quién sabe si lo en aquellos cuadernos escrito parecerá mejor que lo que en vida he hablado? Y si así no fuere y pareciera peor, á fe mia que ni yo lo he de saber ya, ni nadie habrá que abra mi sepultura para volverme mis palabras al cuerpo.

Voy á concluir pasando rápidamente mi pluma sobre el breve imperio de Maximiliano, en cuya corte, ni fuí yo lo que se ha dicho, ni deja de importarme á mí decir lo que fuí, que fué bien poco, sino para poner los puntos sobre las íes y mordaza á las lenguas de los que no saben lo que dicen hoy; porque los que á mi vuelta á la patria lo propalaron, estaban tambien muy léjos de saber lo que decían.

X

Meses hacía, tal vez cerca de un año, que habían hecho su entrada y se titulaban emperadores, y como tales reinaban en la capital de Méjico, Maximiliano y Carlota, y aún no me conocían, ni sabían que el poeta español, autor de *Don Juan Tenorio*, vagaba por los floridos dominios de su nuevo Imperio.

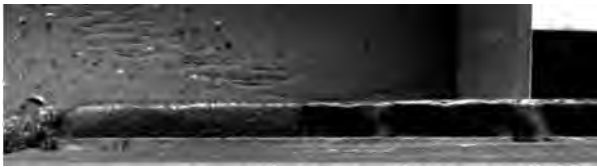
Extranjero en aquel país, no me creí con derecho ni obligación de hacerme reparar por los nuevos soberanos; y vuelta con ellos la paz á las ricas campiñas de la mesa central del valle, volví á mi selvática vida de los llanos de Apam y á cazar ardillas en sus haciendas de Reyes y de Ometusco; miéntas sus propietarios, damas sus señoras, y chambelanes y dignatarios de palacio ellos, asistían á la mesa y saraos Imperiales.

Tan poco afán tuve yo de ingerirme en el Imperio ni empeño en alcanzar la proteccion de los emperadores, como esperanza en la duracion de aquella monarquía.

Asistí á su entrada en la capital, y penosa fué la impresion que en mi imaginacion de poeta hizo aquella ostentosa ceremonia. La he consignado despues en un libro, del cual voy á copiar cuatro estrofas.

XXVII

¡Quién sabe si la raza mejicana
que á su segundo emperador espera,
su segunda corona va mañana
en la sangre á arrojar con la primera!



Mas retumba el cañon: ya la campana
la comitiva anuncia, y la carrera
despejan por las filas circulando
señales de atencion, voces de mando.

XXVIII

Ya está libre la via; ya el ambiente
vibra al son de las trompas y atabales:
ya ve avanzar la mejicana gente
sus tropas y banderas nacionales,
donde brillan con luz del sol naciente
la corona y las armas imperiales,
y en cien carrozas de esplendente lujo
cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX

Clero, ciudad, consejos, regidores,
las damas palatinas, la grandeza,
chambelanes, regencia, embajadores,
ciencia, magistratura, armas, nobleza;
placas, bordados, plumas, blondas, flores,
la corte, en fin, con su imperial riqueza,
como un enjambre de áureas mariposas
avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX

Luégo en grupo fantástico ondea
la imperial comitiva, que camina
con grave lentitud; en él campea
de la brillante guardia palatina
el uniforme rojo, y la librea
roja imperial, cuyo color domina
de aquel dorado grupo entre las olas,
como entre rubia miés las amapolas.

XXXI

Y... ¡qué delirios la aprension inventa!
el *rojo* que, apagando los colores
todos, al avanzar *rojos* ostenta
pajes, guardias, aurigas, picadores...
de su manto imperial cándida sangrienta
parece tras los dos emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
vértigo dan al alma y á los ojos!

.....

LIII

Entraron en su alcázar entre flores,
y entre ésta, aunque tardía, gigantea
aclamacion los dos emperadores:
el sangriento color de su librea
fué el último de todos los colores
que vió la multitud que vitorea:
y el séquito imperial dejó en mis ojos
del sangriento color los visos rojos.

LIV

Porque yo estaba allí; yo conocía
la raza y el país; yo era extranjero
en él y huésped; mas nacido había
hidalgo y español; y, soy sincero,
sentí por ellos honda simpatía:
y ella tan noble y él tan caballero...
me parecieron pájaros sin nido
que, por darse á volar, le habían perdido.

Tales fueron mis primeras impresiones sobre la intervencion francesa y la ida de Maximiliano á Méjico, y raras y breves visitas hice yo á su capital durante los primeros meses de su reinado. Germinaba ya en mi corazon esta indomable indiferencia por todas las cosas de la vida, esta aversion á los versos, á las exhibiciones personales y á las reuniones literarias, que engendró en mi espíritu la indiferencia y el desprecio en que mi padre los tuvo; y andábame yo ya por los andurriales solitario y silencioso, sin dárseme un ardite y sin ánsia alguna de los goces de la sociedad civilizada. Cuidando con esmero de mis caballos y de mis escopetas, me pasaba las horas perdidas por aquellos campos desiertos, dejando vagar sin rumbo á la imaginacion descarriada, en perpétua observacion de las alimañas de la tierra, de los pájaros é insectos del aire, y de los cambios de la luz del cielo; cuya poesía me distraía, pero sin que me sirviese de encanto ni de estudio, pues no tenía ni tintero, ni libros, ni papel hacía ya meses en mi aposento, y seguramente Maximiliano no hubiera tropezado tan pronto conmigo sin una circunstancia muy natural, que yo no supe prever, que no hubiera procurado nunca buscar por mí mismo y que no supe tampoco cándidamente cómo evitar.

El Colegio de Minería es una riquísima fundacion y un suntuoso edificio, fundacion de españoles. Sus rentas alcanzaban entónces (ignoro si alcanzan hoy) para pagar al director un sueldo de diez y ocho mil duros, de doce mil al vicedirector, y de seis mil, cuatro mil y tres mil á los profesores. Despues de los exámenes de fin de curso se celebraba la distribucion pública de premios, fiesta civil la más concurrida de la buena sociedad, y á la cual anhelaba asistir siempre más

concurrancia de la que admitía el inmenso patio, entoldado, decorado y profusamente iluminado, en que se celebraba.

Llegaba la época de la de aquel año, y sólo á la del de mi arribo á Méjico había yo asistido como mero espectador. Extrañóme, pues, recibir un día una comision de dos profesores, con una comunicacion del ministro de Instruccion pública y director del colegio, Velazquez de Leon, en la cual encarecidamente me suplicaba que escribiese una poesía para leerla ante los emperadores, que debían presidir la distribucion de premios. Contesté que no me correspondía á mi semejante papel en mi calidad de extranjero; que el señor ministro no había pensado, al darme tal encargo, que los emperadores creerian que no había en el país ingenios capaces de sustituir al español á quien se acordaba la representacion de la poesia, y que no me convenia tampoco á mí que los ingenios mejicanos pudiesen atribuirme la petulancia de haber pretendido el honor con que se me brindaba. Insistieron en su demanda los dos profesores comisionados, é insistí yo en mi rotunda negativa de presentarme solo como único lector de poesías en aquella solemnidad.

Aquí era sin duda adonde ellos querian traerme; respondieronme que por eso no quedaria; que dos poetas mejicanos leerian conmigo; pero que tampoco querian presentarse sin mí, como patrocinados por mí sombrero. Pediles los nombres de aquellos poetas, y al conocerlos conocí que no era oro lo que relucía, y que más se intentaba colocarme en un mal lugar que hacerme una distincion. Contesté, pues, que no me comprometia que el asunto era para mí difícil, y que como no había más que cuatro dias de término, si no lograba hacer el



trabajo al ménos pasable en los tres días primeros, no pusieran mi nombre en el programa hasta que á última hora diera yo mi consentimiento ántes del medio día del cuarto.

Y hé aquí el misterio de aquella invitacion inesperada. Dios me ha condenado á vivir entre miserias, pequeñeces y mezquindades. Un jóven de buena familia y de no mala posicion en el alto comercio, pero no de los ingenios de verdadera valía, de los que produce muchos aquel país, en el cual lo que sobra es ingenio, instruccion, inspiracion y perspicacia, imitaba la entonacion y modulaciones de mis lecturas, hasta el punto de haberme asegurado unas señoras amigas suyas y mias de que, encerrado en un gabinete y recitando en él composiciones por mí leidas, nadie era capaz de distinguirnlos.

Yo no he dudado jamás de que un hombre pueda llegar á hacer lo que otro hace, por difícil que sea, y los americanos son diestrísimos en las artes de imitacion. Me previne, pues, para no quedar mal en caso de lucha; dí con unas estrofas de períodos de bien acomodados alientos y de armónica sonoridad, aunque de escaso valor literario, y fiado en mis facultades orales y en mi maestría en el arte de leer, dí mi nombre para el programa y llegó la hora de la sesion. Insistieron tenazmente en que fuese yo el último que leyera; y temiendo una emboscada, me sostuve en mi derecho de ser el primero por mi reputacion y antigüedad; razones que hubiera alegado y sostenido lo mismo para ser el último, si hubiera visto en ello empeño de que fuera el primero.

Hice lo que supe, y no debí de hacerlo mal; los emperadores esperaron que me adelantára á saludarlos hasta las gradas de su estrado; pero yo saludé

modestamente en el vacío hecho ante ellos y me retiré á mi puesto. Tocó el turno á mi imitador; pero como dicen los italianos: *Non é lo steso morire che parlare della morte*. Mi hombre se turbó, balbuceó, no se hizo oír, y en resúmen, no pude saber jamás si me imitaba bien ó mal.

El general Wolf, que era amigo mio y se hallaba detrás de los emperadores, les dijo quién yo era; miraronme toda la noche con mucha insistencia, y al siguiente día recibimos una invitacion á comer en palacio los que habíamos tomado parte en aquella fiesta literaria.

Así fué cómo me conocieron Maximiliano y Carlota; pero no fué así ni entónces como me acordó el primero toda la amistad que su majestad imperial permite á un soberano acordar á un simple particular.

XI

Volvíme yo al campo, y quedáronse los emperadores en su palacio; ni ellos juzgaron ocasion suficiente aquella para hacerme oferta alguna, ni yo hice nada de mi parte para que me las hicieran. Yo no era allí nadie, ni tenía, como extranjero, derecho á aspirar á nada; el emperador me fué simpático desde la vez primera que le ví; pero además de que la emperatriz no me lo fué nunca, comprendí desde su llegada que jamás el imperio echaría raíces en aquel país; porque ni Maximiliano podía llegar á comprenderle nunca, ni Méjico á Maximiliano.

La diplomacia conducía la intervencion por el camino de una política que jamás podía ir acorde con los

sentimientos, los instintos y el carácter de aquel pueblo, á quien los franceses no conocían, y Maximiliano tuvo allí, desde que llegó, dos elementos que neutralizaron todas las probabilidades de éxito y estabilidad que le daban su inteligencia, su amabilidad, su sincera voluntad de hacer bien al país, y la asiduidad con que en hacerla trabajó, adoptando una vida modesta que no chocára con la sencillez republicana que halagaba á aquella nación, recientemente emancipada y desvanecida ya por las teorías de una libertad á cuya práctica no había llegado, pero de la cual creía gozar en su independencia de la antigua dominacion española.

Los franceses, que suelen generalmente no estudiar la lengua, ni la historia, ni las costumbres de los países adonde van, creían que la mayor parte de los mejicanos tocaban aún su cabeza con plumas, cubrían su cintura con tapa-rabo y se armaban con arco y flechas; y al desparramarse los zuavos por la capital, vieron á las mejicanas que seguían atrasadas no más de un trimestre las modas de París, y oyeron á todos los mejicanos que no pasaban de los treinta años hablarles la lengua francesa, en sus escuelas hacía ya cuarenta enseñada.

Y á los que crean exagerada esta opinion mia, les diré que todavía se cree en Francia que las señoras españolas llevan la navaja en la liga, y que los hombres vestimos de toreros, cuyos trajes cambiamos por los suyos cuando atravesamos por su frontera. Ahí están sus periódicos y sus grabados; una estampa de España no pasa por española si el paisaje no está animado por una procesion de frailes con la teja de D. Basilio en la cabeza y una pareja de bailarines ejecutando un bolero al son de una guitarra miéntras pasa la procesion. El pueblo francés seguirá aún muchos años viéndonos

través de este prisma, á pesar de los ferro-carriles y de la prensa; y si tal cree de nosotros, á quienes tan vecinos tiene, ¿cómo juzgará á los pueblos entre quienes y él extiende Dios la inmensidad de los mares, y levantan sus escritores las inauditas patrañas de sus libros?

Así que los franceses, queriendo imponer á la fuerza su política al imperio y al pueblo de Méjico, hacían el vacío en torno del engañado Maximiliano; y agrandaban este vacío las exigencias irrealizables del partido allí llamado *religionero*, el cual creía que el emperador católico debía de despojar y desterrar á todos los compradores de bienes nacionales eclesiásticos y de manos muertas enajenados por Juárez y Comonfort, á cuyos hechos consumados no podía aplicar el nuevo emperador más que sus justas leyes de revision de títulos y escrituras de adquisición.

Yo no me he mezclado jamás en política, porque no he sabido hacer más que versos; pero no se necesitaba más que no haber perdido el sentido comun para comprender la posición en Méjico del emperador Maximiliano. Mi simpatía por él no tuvo más base que la profunda compasión que me inspiró aquel noble príncipe, á quien desde su llegada consideré como la víctima expiatoria de los errores de la casa de Hapsburgo en América. ¡Preocupaciones vagas del poeta cristiano, que cree que Dios castiga en este mundo, como á los individuos, á las razas y á las naciones!

Un día me dijo una dama de la emperatriz que el emperador deseaba hablar conmigo de teatros y poesías, y utilizar mi fama y mi práctica en la gaya ciencia; pero que habiéndole dicho que yo era un furioso republicano, temía de mi parte una grosera repulsa al más sincero avance ó á la más cortés oferta. Respondió la

dama á la Emperatriz de lo absurdo de semejante aserto, aseguróla que yo era completamente extraño á la política, y prometióla que, cuando el Emperador visitára su hacienda, me encontraría en ella dispuesto á serle útil como lo creyera conveniente.

Y en un viaje que hizo por los Llanos para ver el acueducto de Tempoala, se hospedó en una hacienda á cuyo lindero salí yo á recibirle con los propietarios de ella, y fuí de los invitados á su mesa y de los que tomaron parte por la noche en una tertulia en la cual *se hizo música* y leí y recité cuantos versos él me pidió; pero no habiendo tenido ocasion de hablarme á solas durante aquel largo festin y de los prolongados obsequios que allí se le hicieron, me dijo al retirarse despues de la media noche:

— Mañana saldremos á las cinco, y tendré mucho gusto en que me acompañe usted, que debe conocer este país.

A la partida para el acueducto tuve yo buena cuenta de que mis criados tuviesen ensillados mis caballos, y me ingerí entre su escolta austriaca cuando arrancó de la hacienda la carretela en que viajaba con un secretario.

Las mañanas de la estacion de las lluvias son deliciosas en aquellas llanuras. Los días amanecen claros y el sol espléndido, y las nubes no empiezan á cuajarse hasta una ó dos horas despues del medio día. La tierra despi- de el balsámico vapor de la humedad absorbida el día anterior á través de las yerbas y las plantas aromáticas que alfombran aquellas extensas praderas, y un aire salubre y vivificador refrescan los pulmones al respirar.

Si no estuviera poblada aquella tierra por nuestra raza, inquieta y torpemente germinadora de guerras

civiles, allí se viviría con la vida que Dios acordó al hombre al crearle en el Paraíso; porque Dios ha derramado allí la luz, la vida y la alegría, y el hombre desprecia allí los favores de Dios, tornándose los en pesares y desventuras. Maximiliano, ó contemplaba absorto aquel maravilloso amanecer, ó rezaba como católico sus oraciones matutinales; ello es que marchamos los primeros minutos en religioso silencio y á lento paso, porque no le gustaba correr en sus viajes ni en sus paseos; al fin, tirando atrás la capota de su ligera carretela, dijo volviendo la cabeza: «Así gozaremos del aire y podremos hablar.» Miré yo á mi alrededor, y ví sólo oficiales y soldados austriacos, autómatas de la disciplina y esclavos de la consigna; los de la hacienda, no creyendo tan madrugador á Maximiliano, enganchaban sus tiros y ensillaban sus caballos para alcanzarnos; espoleé, pues, mi cabalgadura, y me coloqué al estribo, esperando que el Emperador me dirigiera la palabra. A las primeras nos entendimos:

— El secretario que me acompaña — me dijo — es alemán, y no comprende el castellano; habla usted sólo conmigo: hable usted, pues, sin rebozo.

No se lo dijo á sordo ni tartamudo; preguntó claro, y no respondí turbio; quedamos en que, no buscando en mí un adulator ni un palaciego más, yo debía ayudarle á crear un teatro nacional mejicano, del cual me nombraría director, con la condicion de que no me mezclaría ni en la política del país ni en las intrigas de palacio; no me obligaría á usar uniforme ni distintivo alguno, y tendría derecho á ser recibido por él inmediatamente que yo le pasára mi tarjeta por la secretaria del gabinete civil.

Y seguimos alegremente el camino, visitamos el acce-

ducto, cuya arquería compite en altura y extension con los de Segovia, Mérida y Tarragona, y que es obra de un buen fraile, á quien los indios llamaron el padre Motolinia, que significa «el hombre pobre.» Este buen fraile, que dejó en Méjico tan buena memoria como San Francisco Javier en Goa, se mesaría hoy las barbas y lloraría si pudiera resucitar y ver que su acueducto, destruido por el abandono y robadas sus piedras una á una, no sirve ya para llevar á Otumba el agua de Zempoala, que fué para lo que él le construyó; y ¿quién sabe si, como Dios le acordó la perseverancia para construirle piedra á piedra, acordaría á su indignacion el milagro de convertir con una palabra su inmóvil é inútil esqueleto de piedra en un gigantesco cien piés que moviese todas sus mil columnas para marcharse tras él de aquella ingrata comarca, que se ahoga de sed por haber cortado la médula cristalina que el fraile hizo correr por su hueca columna vertebral?

Maximiliano ordenó su recomposicion; pero esta órden, como otras muchas que dió, no tuvieron tiempo de cumplirse; y en medio de una de aquellas lluvias tropicales de que Europa apénas tiene idea, el Emperador se tornó para la capital y nosotros á los magueyales de los Llanos.

XII

Maximiliano me nombró director del teatro Nacional de Méjico y del particular de su palacio. Quería levantar aquél desde sus cimientos é instalar éste en el

primitivo salon del Congreso, que dentro del alcázar de los Vireyes existía. Para construir el primero me dió sus planos, dibujados por él mismo, y me habló de un presupuesto de una suma fabulosa de duros. Escuchéle tranquilamente exponerme sus planes, y dejéle darme sobre ellos sus instrucciones, comprendiendo sin dificultad su intento de ponerme en situacion de aprovechar el lucro que podía proporcionar semejante empresa al que de ella se encargára; pero me había juzgado mal, y no había contado con mi completa ineptitud para labrarme una fortuna con negocios de administracion, ni recta ni torcida, y en cuatro palabras le convenci de la inconveniencia de gastar el dinero, que para sostenerse en el trono necesitaba, en fundar un teatro que no serviría más que para abrir un sitio donde manifestarse á la oposicion política, so pretexto de crítica artística y para dar pávulo á que la maledicencia supusiera que él me apadrinaba y yo me disponía á enriquecerme en la irresponsable administracion de obra tan larga y tan costosa.

Quedó, pues, todo reducido á convertir en teatro un salon de Palacio, y dar en él de cuándo en cuándo algunas representaciones para soláz de la Emperatriz y de la corte, en cuyo teatro iría á trabajar la compañía de verso que vegetaba como podía en un teatro de la capital, cuya compañía, con título de Imperial, actuaría bajo mi direccion, con la gratificacion que el Emperador quisiera darla, mientras se realizaba la instalacion de un teatro Nacional, indefinidamente aplazada.

El jefe del Chambelanato, un aleman que ejercía las funciones de intendente general de Palacio, recibió la órden de mandar construir el tablado; encargué yo sus decoraciones á un escenógrafo, y el 4 de Noviembre,

para celebrar los días de la Emperatriz, y por eleccion de ésta, se representó en aquel improvisado teatro la primera parte de mi *Don Juan Tenorio*. En el *Album de un loco*, que publiqué en Madrid á mi vuelta en 1867, hay una nota que da pormenores de esta funcion al insertar en aquel libro los versos de que en ella hice lectura. Maximiliano y Carlota habían aprendido el castellano en algunas de mis obras, y ella se sabía mi *Don Juan* de memoria; y la doble ventaja de ser su autor y el encargado de distraerles de los afanes de su inseguro reinado, me dieron con ambos un favor y una confianza que no es fácil á muchos particulares adquirir con los soberanos. Maximiliano, que era un príncipe literato y artista, á quien placía deshacerse alguna vez de la enojosa etiqueta de su imperial dignidad en el retiro de su aposento y en las expansiones de su vida íntima, me nombró su lector, no para que le leyera nada, sino para hablar con un hombre ajeno á la política de más halagüeños asuntos, y para saber por él lo que del país no quería ni debía preguntar á los en aquel país nacidos. Tuve yo muy en cuenta aquello de que los reyes son como los leones, con quienes es siempre arriesgado familiarizarse, y á la confianza que el Emperador me daba correspondí con la más constante y estudiada circunspeccion, áun en medio de la leal franqueza con que tenía que contestarle á sus más francas y extremadas preguntas, á las cuales era á veces difícilísimo dar adecuadas respuestas.

Esta jamás descuidada circunspeccion mia para no resbalar jamás en la desnivelada pendiente de conversaciones resbaladizas áun entre personas de condicion igual, le hizo tal vez formar de mí no mala opinion y acordarme una confianza, cuyas demostraciones

exteriores y públicas la hicieron parecer mayor á los ojos recelosos de los que, con más interesadas miras que yo, asistían á su corte ó solicitaban su favor. Yo nunca tuve el que creyó la gente vulgar que con él alcancé; pero habiéndome dicho un día que le habían hablado no muy bien de mí, y habiéndome propuesto *si quería confesarme con él*, dijele que sí; y tales preguntas me hizo y tales respuestas le dí, que ni le quedó nada por saber ni á mí que revelarle. Rióse mucho y asombróse no poco de lo por mí con él confesado; y como no ignoró desde aquel día nada de lo que de mí saber quiso, no hubo desde aquel día austriaco ni mejicano que de mí le hablase á quien él no respondiera que él sabía de mí más que nadie, y que nadie debe hablar mal de lo que no sabe bien.

La casualidad le reveló algunas atenciones mías, que, aunque pequeñísimas, le dieron idea de la sinceridad de mi carácter; vaya una sin consecuencias: tenía yo en mi teatro una muchacha que con su sueldo mantenía á su madre viuda y á dos hermanas. Murió la madre: hízola la compañía decoroso entierro y cristianos funerales. Pedí yo y pagué los gastos hechos en ellos por la compañía, como director del teatro Nacional; dí á cada una de las muchachas treinta duros para los lutos, señalándolas otros treinta mensuales, para que no por falta de pan las faltara el decoro, guardador de la honra: todo lo cual hice yo con ellas en nombre del Emperador y como por él autorizado. Las muchachas agradecidas, y siendo extremadas en mujeriles labores, bordaron primorosamente un pañuelo y fueros á ofrecérsele á Maximiliano, dándole con lágrimas gracias por lo que por ellas había hecho. No comprendió Maximiliano bien aquellos extremos de gratitud; pero

oyendo mi nombre mezclado en sus sollozos, despidiólas cariñosamente y llamóme para preguntarme qué era lo que aquellas muchachas le tenían que agradecer. Díjele yo lo por mí hecho con ellas en su nombre, y volviéndome él á preguntar si había cobrado yo del Tesoro aquellos duros, y volviéndole yo á responder que para algo había de servir el sueldo del director de un teatro imaginario, se echó á reir y me volvió la espalda, diciendo:

— Estas cosas no las hacen más que los poetas.

Y volviéndose al pasar la puerta de su despacho interior, para saludarme y despedirme con un movimiento de cabeza, volvíme yo á mi casa sin volver á pensar en lo sucedido.

El primero del mes siguiente recibí un billete del intendente de Palacio, que decía:

« De orden de S. M. remito á usted cien duros, asignacion mensual que recibirá usted por su caja particular. »

Todavía no había hecho uso del derecho por mí demandado de ser recibido por Maximiliano inmediatamente que pasára mi tarjeta; demanda que él no había comprendido y que yo le había dicho que comprendería la primera vez que se le pasára. Un día se la hice pasar por el secretario del gabinete civil; recibíme al momento, y le anuncié que me constaba que habría riesgo para él si volvía á las cuatro al palacio de Chapultepec, como acostumbraba por el camino de abajo del acueducto, sin hacer explorar y guardar el de arriba.

— ¿Qué riesgo ha de correr — me respondió sonriendo — quien no ha hecho aquí más que bien?

— En ese caso — repuse yo — suplico á V. M. que me permita acompañarle á Chapultepec, para darle

cuenta por el camino de los asuntos de mi dirección.

— Y me acompañará también usted á la mesa, dijo, y me despidió, añadiendo:— La amistad á Maximiliano le hace á usted soñar con riesgos para el Emperador.

Hablé con el secretario del gabinete civil, hombre lealmente adicto á Maximiliano; escribió éste cuatro palabras que yo le dicté á la persona de quien le di el nombre; mandó aquel billete á su destino con persona de confianza, y á las cuatro, al salir Maximiliano para Chapultepec, me encontró á caballo en la garita (como allí se llaman á las puertas de la ciudad).

Maximiliano habitaba en el estío el palacio de campo de Chapultepec, y venía todos días al de la capital al despacho de los negocios, yendo y viniendo siempre solo, con su secretario particular, en un coupé sin escolta y sin picador. Aquella tarde me llevaba á mí al estribo y se iba chanceando sobre el desempeño del papel de caballero mayor por el poeta desheredado, autor del *Don Juan*. Aquel camino, tan solitario como pintoresco, tiene á la izquierda un campo siempre verde y bien cultivado, que remata en el calado acueducto del agua fina de Tacubaya; y á la derecha una honda acequia le separa no más de un sólido cimiento de musgosos sillares, sobre el cual se afirma el acueducto del agua gorda.

A la otra parte de la arquería, y á la altura de las seis varas del muro sustentador, corre tendida una calzada abierta entre el acueducto y el campo de extensos maizales y de páramos sin término, cuajados de brezos y de chaparros. La calzada baja, resguardada del sol poniente por el acueducto, sombreada por hojosa y sonante arboleda, refrescado su ambiente por los derrames que escupe el agua por las ya agrietadas piedras

del viejo acueducto y por la de la acequia, enramada de algas y berros silvestres, es en verano un delicioso paseo, pero frecuentado apenas por algun ginete misántropo ó alguna pareja de indios que va ó vuelve al mercado por las mañanas y á sus chozas al medio día.

Un enemigo cobarde ó un asalariado traidor, apostado y oculto bajo un arco del camino de arriba, tendría la seguridad de acabar impunemente con la víctima que, descuidada, viniera por la calzada de abajo, seguro además de escapar por la chaparrosa y abierta llanura alta. Y por aquel camino íbamos en alegre conversacion Maximiliano en su coupé, y yo á caballo á su portezuela; y así llegamos, á paso tranquilo y cómodo, por bajo los corpulentos sabinos de su acotado parque, al empinado castillo Azteca de Chapultepec. Allí comimos en una galería, desde la cual veíamos comiendo el indescriptible panorama del valle de Anáhuac, en cuyo centro la capital parece una ciudad de marfil de un abanico chino, destacándose sobre el fondo azul de la laguna de Tezcoco.

Quien no ha visto á Méjico desde Chapultepec, no ha visto la tierra desde un balcon del Paraíso: Maximiliano se extasiaba contemplando aquel fragante y gigantesco canastillo de flores, puesto al pié de los nevados picos de la Sierra Madre, que le devuelve por el aroma fresco de sus jardines de Iztapalapa, el cedríneo perfume de sus alorces cimbradores y de sus retorcidos enebros. Allí, en aquella galería, exclamó una tarde el infeliz príncipe austriaco, respirando á pleno pulmon aquelaire salubre, y dilatando sus pupilas azules á aquella luz tibia y trasparente: «Así deseo yo que me dé Dios luz y aire, para morir bendiciéndole.» ¡Y Dios le oyó!

Aquella tarde en que yo le acompañaba, comenzaba

ya á confundir su luz con la neblina parda del crepúsculo; teníamos ya vacías las tazas del café y fumaba Maximiliano, no comprendiendo que yo le despreciara sus elegidos vegueros, y entreteníale yo con el relato de cuentos y pormenores de costumbres del país, sin darnos ni él ni yo cuenta ni de quiénes éramos ni de cómo el tiempo se nos pasaba, cuando nos interrumpió la señal de su telégrafo particular, que la hizo de atención. A los pocos minutos, el empleado que de él cuidaba se presentó con un telegrama descifrado, en el cual anunciaba el gobernador que «habiendo tenido aviso de que gente sospechosa y armada habia sido vista en la calzada alta, próxima la hora del paso de S. M. por la baja, la policía había sorprendido á dos individuos cuya procedencia é intentos se averiguaban, habiéndose salvado por el páramo algunos ginetes mejor montados que les acompañaban.»

Leyó Maximiliano el telegrama y pedíle yo permiso de retirarme. Apretóme las manos entre las suyas, como si hubiera sido un condiscípulo mio de Universidad; y seguro de que yo no había de decir más de lo que por la mañana le había dicho, me acompañó hasta la escalera, dando órden de que me se escoltára hasta la ciudad.

XIII

Tres meses despues, un acontecimiento que sólo dependía de Dios varió completamente mi posicion social, y pedí permiso á Maximiliano para volver á Europa. Aunque yo no era nada en su Imperio ni en su

corte, pues la direccion de un teatro Nacional que aún no existía no era un empleo, sinó un pretexto para darme tres mil duros de sueldo, y el título de lector me había sido dado á condicion de no leer, Maximiliano me negó el permiso que solicitaba: insistí yo en mi demanda y él en su negativa; paséle por el gabinete civil escrita la dimision positiva de mis dos fantásticos empleos, y al fin me citó un día para el siguiente, con el objeto, segun decía, de fijar las condiciones de mi viaje.

Y hé aquí en qué consistieron y cómo concluyeron mis efimeras relaciones con aquel príncipe desventurado, de quien me veo obligado á conservar una triste y poética memoria en la última hoja de mis recuerdos.

En una larga conversacion que á solas tuvimos, comprendió Maximiliano mi firme resolucion de volver á España, las razones que para ello tenía y la necesidad que para emprender tal viaje me apremiaba. He dicho ya que me había confesado con él (fué su expresion), y no ignorando nada de lo que de mí le importaba saber, más el hecho con el cual Dios acababa de hacer en mi posicion social un cambio tan radical como inesperado, convino en que mi viaje era inexcusable; pero como el desinterés y la circunspeccion que en mis relaciones con él y con su corte había yo demostrado le habían convencido de que yo no era un cortesano adulador ni un calculador egoista sobre el favor que él me había dispensado, tuvo que decidirse á revelarme las esperanzas por él sobre mí fundadas.

Maximiliano no podía ménos de apercebirse, por más que á nadie pudiera confesar sus recelos, de que su Imperio no tenía aún, ni podría tener nunca, sólido fundamento. El no había ido nunca por su gusto, ni ménos por ambicion de mando ni de riqueza, á ocupar el

carcomido trono de los Aztecas: una voz misteriosa, la de la poesía del pueblo, le había dicho por la pluma de un italiano aún hoy desconocido como la voz de una Sibila, que

Il trono fracido de Moctezuma
è nappo Gallico colmo di spuma (1),

y aquellos tres pareados, esculpidos en su memoria, le cosquilleaban alguna vez en el fondo de la conciencia; aunque no creyera posible la prediccion del último, que él interpretaba cuando más por una lejana y tan digna como necesaria abdicacion (2). Maximiliano era cristiano sincero y católico sin restricciones; pero como aleman era tambien un tanto supersticioso, y no reunía nunca trece á su mesa, ni le gustaba que cayera en mártes el santo de su mujer, ó que se hiciera en tal día á la mar el buque en que partía una persona estimada; no era, pues, posible que la fatídica prediccion de los tres pareados italianos se borráran de su memoria, ni desertáran de su conciencia; él mismo me los recitó una vez, despues de hacerme yo el ignorante de ellos; y si en ellos no hubiera él pensado, no me los citára, por más que lo hiciese en tono de broma y afectando no darlos importancia. La supersticion está en todos los corazones: de un agüero feliz casi

(1) El trono apollado de Moctezuma
es copa de Champaña lleno de espüma.

(2) Il *tímeo Dánaas* chi non ricorda,
sotto la clamide trova la corda.

—
El *tímeo Danaos* quien no recuerda,
bajo la púrpura da con la cuerda.

todos se olvidan, pero nadie deja de recelar de una fatídica predicción: la superstición es el mayor enemigo de la sencilla y sublime religión del Crucificado. Maximiliano, pues, imaginaba una doble exposición-defensa de sus actos como Emperador en dos diferentes trabajos, que pensaba encomendar á dos distintas personas; la de su política al príncipe de Salm-Salm, y á mí la de su historia, mejor dicho la de su leyenda; y al pedirle yo permiso para ausentarme de su Imperio, temiendo por una parte de su idea, se decidió á revelármela ántes de tiempo y de que yo emprendiera un viaje sin vuelta, de la cual quiso asegurarse.

Y hé aquí el resúmen de aquella conversacion. En caso de que los negocios del Imperio se enredasen perdidos en el mal camino que llevaban, y se hiciese necesaria una abdicacion, el príncipe de Salm-Salm recibiría todas sus cuentas, correspondencia y documentos políticos para escribir su obra, que aparecería impresa en alemán, en español, en francés y en italiano, y á mí me confiaría las notas de sus impresiones personales, para que yo las consignára en una especie de legendario, desde que se aconsejó á él y á Carlota aprender el castellano hasta el hecho de la abdicacion, que les condujera de vuelta al castillo de Miramar, donde yo tendría aposento, sueldo y acceso en sus aposentos como lector y cronista suyo.

Y como yo no había aceptado las ocasiones que él me había ofrecido de lucrarme en negocios que para otro hubieran sido muy lucrativos, él sería editor del libro que me encargaba; sólo que el editor me le pagaría como Emperador, de modo que su precio cubriese y áun doblase el de todas las deudas mías y de mi casa en Méjico y en Europa.

No había razon para no aceptar tan imperial propuesta; y como él sabía la suma de mis deudas, yo aceptaba la cantidad por él marcada: dos tomos á 25.000 duros cada uno; pero yo tenía una condicion que poner, y se la puse: que ni en Méjico ni en Miramar, si así llegábamos á volver, perdería yo mi nacionalidad; que estaría siempre bajo el pabellon español, y que á caer en la prevision humana, yo vendría á morir en España, aunque fuera en un hospital.

Yo tengo esta idea muy metida en el cerebro, y esta conviccion muy arraigada en mi conciencia: que un poeta, *que no es más que poeta*, por popular que sea en España, ha de morir en el hospital ó en el manicomio; y aunque de esta idea mia se reia mucho Maximiliano, tambien afectaba reirse del *sotto la clamide — troca la corda*, y encontró al fin las balas con que le fusilaron, sin volverme á ver á mí, que era el único amigo que para él tenía el temor de la cuerda, como para sí el del manicomio ó el hospital.

Quedamos, pues, en que mi viaje duraría un año y tendría vuelta; que conservaría mi sueldo durante mi ausencia, recibiendo adelantada una anualidad como gasto de viaje; que me acompañaría mi secretario de la direccion del teatro, mozo de tanto sentido práctico como entendido en administracion, tambien con su sueldo; que el primer miércoles de Mayo me entregaría de sobremesa sus instrucciones, partiendo sin despedirme de nadie más que de él y de Carlota en el vapor *La France*.

Y á las cinco de la tarde del miércoles 2 concluíamos de comer y entrábamos en su despacho de la torre del Mediodía del palacio de los Vireyes, donde con la cordialidad de un amigo y el cariño de un hermano me

entregó un paquete de notas, una libranza de 4.100 duros sobre París, sesenta y dos onzas y media para el pasaje y una letra sobre Madrid para los gastos de la vuelta, que debía verificarse entre Junio y Setiembre del 67, previo aviso suyo.

A las seis ménos cuarto se levantó de la silla para despedirme, y me abrazó: el era de aventajadísima estatura, y mi frente llegaba apénas al lugar en que latía su corazon, contra el cual me estrechaba: sentí que los ojos se me inundaban de lágrimas; y cuando me condujo hasta la puerta, yo no pude articular palabra; apretéme la mano, y diciéndome: «Hasta la vuelta, y puede Vd. escribirme por mi gabinete civil,» me despidió. Atravesé el inmenso salon vacío en que la puerta de su gabinete se abría, y al llegar á la puerta de aquél, sintiendo yo que aún me esperaba en la de éste, me volví á hacerle el último saludo. Estaba efectivamente sonriéndome bajo el dintel de aquella puerta; los rayos del sol poniente, que por el balcon del gabinete que tras ella y sobre la plaza se abría, iluminaban por detrás su figura inmóvil, que destacaba sobre aquel fondo de resplandor de incendio: su cabeza rubia parecía cercada de una aureola de luz purpúrea, y nunca he podido olvidar esta coincidencia supersticiosa.

La primera vez que le ví, entrando en la capital, bajo su manto rojo de púrpura y escoltado por su guardia palatina de uniforme rojo, me pareció que tras de sí dejaba un rastro de sangre; y la última me dejó la impresion de haberle visto circundado de fuego como si saliera ó cayera en un volcán.

Y el 13 de Junio de 1866 me hice á la mar en Veracruz.

Maximiliano telegrafió á Veracruz para que el vapor

La France, donde me embarqué, no partiera el 13; pero no participando ni su capitán ni yo de aquella preocupación del príncipe austriaco contra el número 13, nos hicimos á la mar, alegando el perjuicio que tal retraso ocasionaba á la Compañía de aquellos buques-correos.

Yo he estudiado todas las supersticiones de las creencias y todas las preocupaciones del vulgo en todos tiempos y países, y de ellas me he valido para dar interés con lo maravilloso á mis leyendas y á mis dramas; pero con estas cosas sucede á los poetas lo que á los sacristanes con los santos: que á fuerza de despolvar y manosear sus imágenes, se familiarizan de tal modo con ellos que concluyen por perderles el respeto. Jamás ha hecho buque francés viaje más feliz á través del Atlántico; ni una nube en el cielo, ni una racha en el aire, ni una ola espumosa en el mar; apenas el agua se rizaba, y casi nos era fastidiosa la eterna monotonía de aquella perpétua tranquilidad.

Había yo pasado once años y medio en Méjico esperando una muerte que siempre me desdeñó, en la indolencia del hastío de la vida y en el poco caso que de ella se hace en aquel delicioso país, en el cual todo se toma conforme viene. Y ¿quién sabe si éste es mejor modo de pasar de la cuna al sepulcro, adonde y de donde vamos y venimos, por la voluntad del Criador, sin ser consultados ni á la llegada ni á la partida? Ello es que yo había desperdiciado sin conciencia mi tiempo en aquellos once años y medio, cinco de los cuales pasé sin libros, tintero, papel ni plumas, cazando ardillas y tostándome al sol, sin recibir ni enviar una carta á España, y procurando no más olvidarme de mí mismo para que los demás me olvidáran.

De cuando en cuando, en mis breves estancias en la capital, me caían á las manos *Los Monfies*, de Manuel Fernandez y Gonzalez; *El tanto por ciento*, de Ayala; *Las querellas del rey sábio*, de Eguilaz, y el relato de *La guerra de África*, de Alarcon. Extasiábame yo con *Los Monfies*, y adoraba en sueños á aquel fecundísimo ingenio andaluz que me hacía andar por las calles y cuevas del Albaicin entre las sombras de los moros, evocadas por él, de la Granada fantástica de la Edad Media, y tenía que defender contra la crítica agresiva aquellas comedias que me testificaban la vida literaria de mi patria, y aquel libro de Alarcon que con tan característica originalidad ponía tan alta la gloria de España en aquella tierra donde aún se miraba de reojo á los *gachupines*, que le habíamos descubierto y poseido desde los tiempos de Cárlos V y le habíamos perdido en los del inolvidable Fernando VII.

Esta admiracion que me causaba allá la sorpresa de leer y la necesidad de defender sus obras, me encariñaba con sus autores, á quienes no conocía; y el que no ha estado por allá, no sabe cuánto se estima y con qué idolatría se adora lo que acá nos honra y allá llega en las alas de la fama. Nada me deben, pues, ni Alarcon, ni Fernandez y Gonzalez. ni Tamayo, ni los otros más jóvenes ingenios que durante mi ausencia de la patria han salido á luz en ella, como yo en 1837, por el cariño fraternal que allá por ellos engendraba en mi corazon el orgullo de ser español y poder llamarme hermano suyo.

La vida es una perpétua lucha, y de ella nace el amor á lo por que se lidia: y por triste ó desapacible que sea el lugar en que habitamos con nuestros pesares y nuestras peleas, siempre le abandonamos con

sentimiento. Dejaba yo pocas amistades en Méjico: mi vida huraña, mis costumbres poco sociales, mi afición á la soledad y al campo, concluyen siempre por enajenarme las voluntades.

Yo sé que el hombre se debe á la sociedad, y el cristiano al prójimo; pero hay dos cosas que me hacen á mí romper con el prójimo y con la sociedad: la falsedad de los cumplimientos y los versos; como no he hecho más, nadie me habla más que de ellos; y como á mí me divierten los ajenos y me hastían los míos, á donde de mis versos me hablan dos veces suelo no volver la tercera.

Dejaba, pues, pocos amigos en Méjico, de donde partía para volver, y esperaba hallarme olvidado en España, donde hacía quince años que de mí no tenía nadie noticia ni correspondencia; y sin embargo, bogaba yo en *La France* con alegría hácia España, é inspirábame poética melancolía el alejarme de Méjico. El corazón del hombre es un abismo de deseos, un tesoro de esperanzas y un manantial inagotable de recuerdos; y con los recuerdos, las esperanzas y los deseos de mi inquieto corazón, y con la versatilidad de mi voluble espíritu vagabundo, arribé á la Habana, por donde fue imposible pasar incógnito. Convenía á mis intereses que los periódicos de Cuba no anticipasen en España la noticia de mi vuelta á Europa; pero no podía ménos de dar un apretón de manos á mi hospedador Manuel Calvo, un abrazo á mi condiscípulo Trifon Modet, y la enhorabuena de haberse casado con una hermosísima ce-bana á mi feo hermano en Apolo, el mozárabe Juan Ariza.

Ajeno estaba yo al estrecharle entre mis brazos de que era la última vez que nos veíamos. ¡Allá quedó con

Cagigas, y Federico Bello, y el doctor Sanchíz, y en aquella isla tan alegre, tan rica y tan codiciada, cementerio de mis más leales amigos! Y Juan Ariza, autor del *Don Juan de Austria*, valía mucho más, y mucho más merecía que el olvido en que le hemos echado. Nada me debe tampoco por cumplir mi deber al rendir con este cariñoso recuerdo el homenaje debido á su talento.

Tenía ademas que reunirme en la Habana con un personaje, de quien aún no he dicho una palabra, pero que tuvo la mayor influencia en mi vida y negocios en América, y que allí iba á embarcarse conmigo para Europa. Debíale yo grandes servicios sin haberle tratado más que por correspondencia, porque no le conocía personalmente, y no pude dar con él hasta que estuvimos á bordo. Era éste un francés de Strasburgo (que todavía era departamento de Francia), librero y quincallero en la Habana, donde hay muchas librerías á medias con la quincalla, no sé por qué.

Llamábase este librero Leon Williez, y era sobrino del relojero del mismo nombre, á quien todo Madrid ha conocido en la calle del Príncipe. Este relojero lo fué de mi padre desde que vivíamos en la casa hoy palacio de Santoña, y cuidó de los relojes por los cuales conté las horas en que escribí todos mis dramas y mis leyendas. El Williez librero trabó conmigo relacion por una carta que desde la Habana me escribió á Méjico, con motivo de la muerte desastrosa en desafío que acabó con el honrado y pundonoroso director del *Diario de la Marina*, Isidoro Lira, que me protegió franqueando á mis escritos las columnas del folletin de su periódico, con un sueldo de tres mil duros anuales, en 1860. Williez, al participarme la muerte de Lira, me decía que el

periódico cambiaba de propietario, de redaccion y tal vez de opinion con la muerte de Isidoro; que como yo, fiado en la amistad y proteccion de éste, había dado la mitad del original por todo el sueldo, que mensualmente me remitía aunque no escribiera, él se me ofrecía á pagar lo que me reclamáran (si me lo reclamaban) y á seguir pagándome el mismo sueldo si aceptaba los trabajos que á continuacion me proponía. Concluía su carta diciéndome con el más familiar desenfado que habiéndose presentado á él para pedirle mi direccion el apoderado de un acreedor de mi casa por mil ciento diez y ocho pesos, con un tono y una cara que no le había parecido de buen augurio, se había tomado la libertad de satisfacer aquel crédito, cuyo recibo me enviaba adjunto, para evitarme el disgusto de ver la cara y oír el tono de semejante acreedor.

Dejóme sumido en un mar de confusiones esta extraña carta de tan extraño personaje, y dudé mil veces si era una broma; pero el recibo en papel sellado, legalizado por ante escribano, el timbre del papel y un paquete de libros en rústica que me trajo despues un dependiente de las mensajerías, me hicieron por fin tomar por lo sério aquel inesperado editor y aquella extraordinaria manera suya de hacer negocios. Contesté que aceptaba sus proposiciones, que comenzaría la traduccion de aquellos libros que me enviaba á condicion de no poner mi nombre en su portada y bajo las condiciones que iríamos conviniendo en nuestra subsiguiente correspondencia.

Mal convencido aún y receloso, sin embargo, escribí á Juan Ariza pidiéndole noticias del hombre é informes de su establecimiento; contestóme Ariza con una concision espartana: «acepta,» y acepté. Traduje del francés

y del italiano una porcion de librefjos, cuya traduccion no creí deber firmar, y Williez me envió exactamente las mensualidades estipuladas y cuantas sumas necesité; mil doscientos pesos que dejé al Sr. D. Manuel Mendoza Cortina para pagar mis cuentas atrasadas y del semestre ántes de partir, y trescientos y pico que recibí por saldos de cuentas conmigo el Sr. D. Pío Bermejillo, fueron remision de Williez en letra contra el banquero Portilla; y todo este crédito y estas remesas me las hacía Williez sin la más mínima observacion.

Tal era el hombre con quien me reuní á bordo de *La France*, y á quien no me cansaba de examinar y estudiar. Sencillo y vulgarísimo era su exterior, modesto, pero limpio hasta la pulcritud, en su vestir; claro y conciso en el hablar, con poco acento francés en el castellano y con inmensa facilidad en el aleman; nacido y criado en Strasburgo, el aleman y el francés eran simultáneamente sus lenguas maternas; y esa fué su desventura y la mia, porque, el tiempo andando, mientras arreglaba en Strasburgo sus negocios de familia, tomándole por espía, le fusilaron los prusianos.

Hombre práctico y nada poético ni ideal, estaba siempre dispuesto á todo; y comprendí, al estudiarle, que se había metido en negocios chicos y grandes, segun la necesidad de su situacion y de su bolsillo. Durante la navegacion no permitió que mi secretario ni yo pagáramos ningun extraordinario, declarándose nuestro tesorero; y al desembarcar en San Nazaire, nos dió una muestra impagable de su audacia y *savoir faire* en el ejercicio de su gramática parda mercantil.

Mi secretario y yo traíamos poco equipaje; una maleta de cuero inglés cada uno; pero Williez traía dos enormes mundos, que nosotros creimos llenos de libros

y de papeles. Depositados en el muelle los equipajes para registrarlos, y ojo avizor sobre ellos los aduaneros franceses, Williez dejó que dos de éstos registraran nuestras dos maletas y la suya, que puso al lado, diciéndome mientras y en francés, y alto de modo que los aduaneros lo oyeran:

— Usted trae unos cuantos cigarros; vaya usted á declararlos y pagar los derechos á la administracion.

— Este señor tendrá la bondad de acompañar á usted — dijo volviéndose á uno de los dos aduaneros, y le añadió:

— Este caballero llega por primera vez á Francia, y no está enterado de los trámites administrativos de nuestro país.

Partí yo con el aduanero, declaré mis cigarros, que me había regalado Ariza para el viaje, pagué por ellos una enormidad, y cuando volví al muelle hallé á Williez y á mi secretario sentados tranquilamente sobre los mundos de aquél.

— Vámonos, nos dijo en cuanto yo llegué.

Cargólos en un carro con las maletas, y nos fuimos á un hotel á esperar, almorzando, la hora de tomar el tren de París. Federico (mi secretario) me dijo que mientras yo estuve en la administracion había arrimado sus dos mundos sin registrar á nuestros baules ya registrados, y con el más diestro disimulo les había puesto la cifra de registrados que los aduaneros ponian con su yeso en los ya vistos, sentándose con él á esperarme sobre ellos, y suponiamos que había introducido libros impresos en los Estados-Unidos.

XIV

A las nueve de la noche nos instalábamos los tres en París en casa de una tía de Williez, y á la mañana siguiente, llevándonos á su cuarto ántes de almorzar, nos dijo:

—Ahora yo pago su estancia de ustedes en París; porque como ustedes no fuman, les debo en obsequios la parte que de mi contrabando les pertenece por haberme ayudado á introducirlo.

Y abriendo sus dos mundos, vimos que contenían cada uno cincuenta cajas de los mejores vegueros de Vuelta Abajo.

Williez se reía y se aprovechaba de todo. Al mostrarme yo poco satisfecho de su hecho, me respondió:

—¡Bah! hace medio siglo que mis compatriotas viven engañando al universo, y es justo que haya quien les engañe. Es la ley de la compensacion; además, que el buen mercader debe de saber sacar horros los gastos de viaje.

Y entónces me apercibí de una coincidencia extraña: en mi arribo á Méjico ayudé á defraudar al gobierno republicano con los relojes de Losada, y á mi vuelta á Francia, á la Hacienda imperial con los tabacos de Williez.

XV

Este se hizo nuestro *cicerone* en el París nuevo, donde para mí eran ya nuevos y desconocidos los hombres, y cuyas nuevas cosas venía curioso de ver. Muriel, mi protector, había muerto; Fernando de la Vera andaba representando por la América Central á S. M. C.; Torres Caicedo bullía por su país preparando la realizacion de sus sueños de oro, que eran una plenipotencia cerca de la Santa Sede; el doctor Delmás había espirado en los brazos de su sobrina, víctima del cólera esporádico, contraído en la asistencia de dos marinos coléricos, despues de haber probado en un luminoso artículo de una Revista médica que el cólera no se trasmite por contacto, es decir, *que no se pega*, como dice el vulgo. Su sobrina Celeste se secaba conservando con su virginidad los empajados pellejos de aquel gato y aquella liebre que vivieron alegres sin echar de menos el bazo que mi amigo Delmás les había extraído. Mademoiselle Celeste, que vivía solitaria y melancólica con la modesta herencia y los empajados recuerdos de su tío, me dió á entender, entre suspiros y reticencias, que la señora por quien desbazó Delmás á aquella liebre y aquel gato no pudo resistir como ellos la operacion.

De aquella visita á Celeste Delmás saqué yo dos consecuencias: una, que por lo visto á la raza humana la es más necesario el bazo que á los gatos y á las liebres, puesto que los estudios hechos en el bazo de éstos no sirven para la extraccion del de una individuo de aqué-

lla; y otra, que la doncellez, indefinidamente conservada, agría y arruga generalmente á las mujeres como si se las pusiera en escabeche. Y esta observacion pertenece á mi fusilado editor Williez, al cual asombró la decrepitud prematura y la extrema delgadez de mademoiselle Celeste, junto á quien sería una maciza Vénus de Milo la delgadísima Sarah Bernhardt.

París me pareció lo que me había parecido veinte años ántes: el paraiso de los tontos; y como yo pertenecí siempre á la numerosa familia de los papa-moscas, me eché por aquellas calles y me embobé ante las tiendas, los bazares y las exposiciones de toda especie por el día, y fuí con Federico á entontecerme por la noche en el teatro histórico y en los otros levantados en mi ausencia. En el histórico ví la magia de Cendrillon, que maldito lo que se me alcanzó que tuviera de histórica; pero yo he sido siempre muy aficionado á los funámbulos, atletas, equilibristas y bailarines, y sobre todo á las bailarinas.

Una buena mímica italiana, contando á patadas en el tablado y á manotazos en el aire la muerte de Julio César ó la presentacion de Galileo al dux de Venecia, me extasía; y luégo, cuando avanzan desde el fondo de la escena sobre la luz de la batería cincuenta ó sesenta pares de piernas, saliendo de aquellas faldas de gasa, que no son hoy más que un pretexto para salir en cueros, y aquel batiburrillo de brazos y cabezas de sílfides, y aquellos cuerpos alados de mariposa... vamos, es un espectáculo de verdadera diversion, porque no obliga á pensar en las unidades clásicas, ni en los anacronismos históricos, en una palabra, no obliga á convertir la diversion en estudio, como sucede con los dramas y las comedias; y en suma, puede uno hacerse cuenta que

ha tomado una dosis del hachich del sultan de Constantinopla ó del emperador de Marruecos, y que está uno abriendo una de aquellas frutas de cuyas pepitas brotan las huríes, que salen de ellas para abanicar graciosamente el sueño de la siesta de los bienaventurados del paraíso de Mahoma.

Finalmente, el baile tiene la ventaja de que las bailarinas no tienen palabra; es decir, no hablan, y la palabra es lo que mata el teatro y la humanidad; si no habláramos, si hubiéramos tenido la dicha de que el hombre se hubiera quedado en el último peldaño de la escalera del difunto Darwin, que en paz descanse, la humanidad, mímica y no parlante, hubiera bailado en vez de hablar; y jamás hubiéramos dado en pronunciar esos magníficos discursos académicos y congresiles, que jamás han aclarado sino embrollado las cuestiones, ni hubiéramos oído en el teatro platicar en redondillas y en octavas á los reyes con las fregonas, y á los papas con las lavanderas.

Por eso me encantan á mí los bailes y las bailarinas, porque no hablan; y no haciendo discursos filosóficos ni versos prosáicos de los que hoy se usan, me producen un deleite plástico, un deliquio platónico, resultado de la combinación artística de la música y el movimiento. Como mujeres... nunca las tomo, porque creo que no las hay más desventuradas: detrás de unas no hay más que una triste historia, una serie de días de trabajo y de noches de lágrimas y soledad; y detrás de otras un antro lóbrego, al cual no me he querido nunca asemar; alguna vez he aliviado el trabajo y enjugado las lágrimas de alguna; de ninguna he rasgado por la noche la malla de seda que miente la carnación y acusa los contornos de la móvil exposicion de su cuerpo.

XVI

¡Demonio! Ahora me apercibo de que estoy pasando por París, y de que he largado la introducción de un artículo realista á lo Emilio Zola: vámonos pronto de París como yo me fuí, que fué de esta manera.

Contemplaba embobado una noche los equilibrios de un clown en el Circo de invierno, cuando una mano se apoyó en mi hombro y una voz conocida se introdujo en mi oído, diriendo:

— ¡Tú aquí, Pepe!

Era Juan del Peral, que siempre tuvo el don de ubicuidad: á todo el mundo conoce, con todo el mundo habla, de todo el mundo es amigo, y entra y sale en teatros, ateneos, oficinas, redacciones y ministerios como Pedro por su casa. En todos los periódicos escribe y de todos los centros de publicidad es corresponsal; no hay salón de duquesa, gabinete de traviata ni cuarto de actriz cuya puerta no le esté franca, y su encuentro era el más inoportuno que podía yo haber hecho, importándome no dar en España el quién vive de mi vuelta á Europa, porque era infalible que al día siguiente algún periódico la daría.

Y la dió; pero no tuvo eco, porque no volvió nadie á verme ni á saber de mí. Williez arregló mis cuentas con mis antiguos editores franceses, hizo con poderes legales mis cobros y mis pagos, y dándonos con él cita para Madrid en el mes de Octubre, partimos mi secretario y yo para Lyon, Aviñon y Nimes, dando fondo

en Perpiñan y visando á España como dos perdigueros de muestra sobre una perdiz.

Necesitaba yo mucho tino, y tomar bien lenguas y precauciones, para no dar una pifia; un buen bombo, un éxito ó una ovacion, rara vez se obtienen ya espontáneos: es preciso prepararlos; no se tiene dos veces un cementerio con tres mil personas á mano para salir al mundo, como tuve en 1837, á la muerte de Larra. Los mejicanos me habían pronosticado que mi patria no se acordaba ya de mí; yo me había ya apercebido, por las obras nuevas que había hojeado, de que la nueva pléyade literaria de España, la juventud sobre todo, sabía más que yo, porque había estudiado más; lo que se escribía tenía más meollo y ménos hojarasca que la con que yo había afilegranado mis huecos versos. ¿Qué juicio habían formado de mí valer, en qué estima ó en qué menosprecio me tenían los que tras mí habían surgido? ¿Me conservaban ó me habían ahogado en su memoria? Deseaba yo que los mejicanos se hubieran equivocado; anhelaba que llegase á sus oídos y á los de Maximiliano, entre el ruido de algunos aplausos, la noticia de mi llegada á España; quería poder decirle algun día: «Yo tengo mi panteon en la patria donde tuve la cuna;» y esperaba en Perpiñan, discurriendo cuándo y cómo y por dónde volver á entrar en la tierra en que ví la luz.

Viajaba yo con dos pasaportes: el uno regio, como lector del Emperador y agregado á su casa imperial, del que en ninguna parte me serví; en el de mi secretario Federico decía: «le acompaña D. J. Zorrilla;» y resultaba yo en él como su ayo, su mayordomo, su preceptor, en suma, como segunda persona. Así entramos el 19 de Agosto en Barcelona, y nos hospeda-

mos en el hotel de las Cuatro Naciones, no hablando más que francés, y sin que á autoridad alguna ni á vigilante de la frontera se le hubiera ocurrido que aquel Zorrilla, acompañante de un muchacho, fuera el autor de *Don Juan Tenorio*, viviendo yo siempre muy sobre mí para oír impasible mi nombre, si en mi presencia se mentára. Y así pasamos veintiun días en Barcelona, hasta que al vigésimosegundo se les ocurrió al avisado Aulés, al excéntrico Llanas, al severo Angelon, y á algun otro literato catalan, que aquella corva nariz judía y aquella fabulosa perilla, que bajo un hongo de muy anchas alas y sobre un estrecho gaban de verano iban todas las noches á respirar y á ventearse con las auras del mar al paseo de la muralla, eran las mismas que mis retratos copiaban desde Febrero de 1837.

Una mañana en que solo y descuidado miraba yo unas caricaturas en un kiosko de la Rambla, sentí un «aquí está Zorrilla,» al tiempo que una mano familiarmente caía sobre mi brazo. La sorpresa me obligó á venderme, y mi incógnito no pudo durar más. Al día siguiente se presentó en mi cuarto del hotel el tan conocido como estrambótico fabricante Pepe Puig y Llagostera, con una carta del bravo Ramon Losada, relojero cronometrista de Regent-Street, que era sócio de la compañía de su fábrica explotadora, y en cuya carta le mandaba alojarme en su casa, etc. No era posible desairar al buen Losada, y su carta fué el origen de mi amistad y vida comun con aquel extraño personaje, fabricante, diputado, conspirador y malogrado y dispartado Pepe Puig.

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO. De mi *Vuelta á la patria*, segunda parte de estos, tengo por

tal vez nos veamos en Miramar;» y aguardé tranquilo aquel segundo anunciado aviso, que no debía ya recibir.

Y aquí, en estos momentos de espera, será bueno echar una rápida ojeada sobre mi situación, y hacer sobre ella algunas necesarias observaciones. He dicho que había ajustado cuentas con mis editores; pero este ajuste no era un saldo: yo he debido siempre algo á mis editores, porque jamás ninguno me ha negado el crédito. Al ajustar estas cuentas, traté de corregir algunas de mis obras y de recobrar con su correccion y refundicion algo de sus productos: aviniéronse al principio mis editores con mi pensamiento, y no se negaron á cederme aquella parte que reconocían pertenecerme con justicia por la propuesta refundicion; pero mejor pensado, ellos y yo desistimos de tal idea. Mis obras (las que aún viven) no me pertenecen á mí ya, sinó al público; éste se las sabe de memoria, y por no volverlas á aprender las acepta con sus desatinos y rechaza toda correccion. Los veintidos años que estuve ausente de mi patria me mataron civilmente en el espíritu de la generacion que no me veía, y yo volví como un resucitado que sufre los efectos y presencia el espectáculo de su fama póstuma. Volvieron, pues, mis editores á quedar en su perfecto y legal derecho, sin que á mí me ocurriera entónces, ni me haya ocurrido jamás, que me hayan engañado ni menos estafado en sus contratos. Yo escribí y vendí mis obras cuando aún no existía ley de propiedad literaria; no pensé más que en captarme con ellas el cariño de mi padre, á quien por ellas abandoné; no creí que la política le empobreciera, ni que lo famoso que había con ellas hecho mi apellido fuera una razon para

desheredarme indirectamente, dejándome más deudas que capital; no pensé, por consiguiente, al venderlas, ni pude pensar en el porvenir. Es verdad que algunas han producido y siguen produciendo mucho; pero también hay muchas que apenas han producido lo que recibí por ellas, y que ya están para siempre sepultadas en el olvido.

Hay alguna que, mirada bajo el punto de vista mercantil, parece que pudiera acaso darme derecho de reivindicacion; v. g.: *Don Juan Tenorio*; este drama es una mercancía literaria que entró en circulación en 1844, capitalizada en 600 duros. Suponiendo (y no creo exagerada mi suposicion) que no haya producido más que mil duros anuales de derechos en provincias y Ultramar, y 300 en Madrid, suman 49.400 duros en los treinta y ocho años. Si esta propiedad no hubiese sido literaria ó la ley acordára al ingenio la lesion enorme, es claro que un capital de 600 duros, del cual se han cobrado 49.000 de intereses, podía muy bien ser objeto de reclamacion y de transaccion, y no hubiera conciencia que no se pusiera de parte del reclamante; pero en este caso excepcional, no teniendo la ley efecto retroactivo, ni existiendo excepcion para las mercancías del ingenio, mi obra está legalmente vendida, y legalmente y en derecho poseida por quien me la compró; y ni me ha ocurrido nunca, ni me ocurrirá jamás demandar á mis editores la cesion de su propiedad, ni en todo ni en parte, ni ménos caer en la vulgaridad de darme por robado ni por estafado; yo vendí como entónces se compraba, y mis editores compraron como yo vendía; las obras de teatro no pueden venderse á cala como los melones: éste pudo muy bien salir calabaza como otros muchos; con que, á quien Dios se la dió, San Pedro se

la bendiga —yo rechazo toda responsabilidad de cuanto dicen de mis editores los que me quieren á mí demasiado bien, los que á ellos ó á mí nos quieren demasiado mal, y los á quienes, como al asno, matan cuidados ajenos.

Pero vaya otro punto de vista para mirar esta cuestión. *Don Juan* es lo que en lenguaje de bastidores se llama una obra de defensa; todos los empresarios se reponen con ella, y todos los actores cobran por ella su sueldo en la primera quincena de Noviembre; pues bien, si todos los empresarios y los actores, que afectan compadecer al autor del *Tenorio* por la pérdida de su propiedad, hubieran dejado ó dejáran una peseta de cada sueldo que mi *Don Juan* les procura los actores, y un duro por cada entrada los empresarios, no habria necesidad de pedir para mí al Gobierno lo que para él le piden algunos. Pero léjos de ocurírseles manifestarme tan caritativa amistad, en cuanto llego á una población anuncian mi *Tenorio* á beneficio de un primer actor, me comprometen á asistir á la ejecución de mi pobre *Don Juan*, anuncian en los carteles mi presentación en la escena para atraer al público, con la esperanza de que yo *diré algo*, me colocan en el lugar más visible de la sala, instruyen á la *claque* y á los amigos de dónde me han de llamar y de lo que me han de pedir que lea ó diga; me presentan á traición un papel ó un libro, con el cual suelo hacer uno muy poco airoso, y despues de haberme obligado á oírme á mí mismo oyendo mis versos, dichos Dios sabe cómo, hastiado de oírlos, asustado de haber hecho mal lo que se hace bien, y con los piés frios y la cabeza caliente, como el negro del sermon, salgo yo del teatro; donde el empresario y el actor cuentan la entrada, de la cual, por

supuesto, no me envían un céntimo, aunque no fuera más que para indemnizarme del *camelo* de verme tan mal decorado y tan descuidadamente representado; porque, seguros del éxito, ni el empresario ni los actores suelen, con rarísimas excepciones, cuidarse de las representaciones obligadas de mi *Don Juan*.

Y esto es la gloria del autor del *Tenorio*, que tiene una sola pero impagable compensación: el aplauso sincero del pueblo, que me considera como un poeta popular desde la punta del pie hasta la de la perilla. Y salvo sea el consonante, volvamos á Quintanilla.

A fin de Junio anunció el telégrafo, y confirmaron en Julio la *Correspondencia oficial* y los periódicos, el fusilamiento de Maximiliano, que me dejaba sumido en la aflicción y cargado con mis deudas, pero libre de mi palabra y dueño de escoger tierra en que morir. Escribí bajo la impresión de aquella infausta nueva mi libro *El Drama del Alma*, según me lo dictó mi conciencia, y me dispuse á volver á la vida insegura, azarosa y sin porvenir en España, del trabajo literario *de pane lucrando*; por más que no viese en aquel momento el modo de tomar la embocadura á la trompa épica ó á la rústica pepitaña con que iba á tener que acompañar el casi olvidado canto de mi vieja y enronquecida musa.

Pensando en ello con no infundada preocupación, me anunció una carta de Barcelona la venida á mi retiro de uno de los socios de la casa editorial catalana MONTANER Y SIMON. Y vino este último á proponerme la traducción de los cuatro poemas de Teenyson en su edición ilustrada por Gustavo Doré: convencíle yo de que era mejor hacer una leyenda española con las mismas ilustraciones de los poemas ingleses; y comenzamos aquel *tour de force*, del cual no podían salir

cuatro páginas legibles en medio del tumulto y la inquietud en que debieron escribirse—porque sabido por el excéntrico fabricante Pepe Puig y Llagostera mi trato con los Montaner y Simon, me ofreció hospitalidad en su casa de Barcelona y en su fábrica de Esparraguera; con su cuenta y razon, como él decía, para que al poeta castellano no le ofendiera la proteccion del comerciante catalan. Acepté y me estabélci en Cataluña.

Los curiosos pormenores de aquel tiempo de vida comun, con su cuenta y razon, con Puig y Llagostera, están en mi *Vuelta á la patria*. Víctor Balaguer, Pedro A. Torres Ditazza, Roure y los poetas catalanes, me pasearon en triunfo noble y generosamente por la tierra de las sangrientas barras y las rojas barretinas; allí fuí desde entónces aceptado y tenido por hermano, y donde quiera que á oirme me han llamado, me han colmado de obsequios y de aplausos, y me han despedido con un puñado de duros; porque en aquella tierra del trabajo se comprende que nadie debe trabajar sin recompensa. Desde entónces hasta hoy he tenido casi siempre mi casa en Barcelona, y allí soy mirado como catalan, aunque no uso barretina; y allí he podido decir, como un hermano entre sus hermanos, que

“Cuando por las calles ven mi persona,
dicen los noys que pasan: *es En Sarrilla*,
lo mismo que si fuera de Barcelona.

Y sea el que quiera el porvenir, no será mi pluma quien eche mas leña al fuego, ni seré yo quien retire el primero su mano de entre las de los poetas catalanes; y espero en Dios que sobre estas nuestras ma-

nos jamás desenlazadas el porvenir volverá á construir lo roto y á unir lo cortado, si por desgracia la política ó el interés llegáran á romper ó cortar algo; siendo la poesía la inmóvil base y el indestructible anillo de la unidad y de la fraternidad españolas.

Y Dios me tome en cuenta palabras dichas tan sin bajeza como sin miedo: porque sólo los necios ignoran que la lealtad es hermana de la gratitud. Así lo entendimos Puig y yo al juntarnos, y en su casa creí por aquel tiempo que la fortuna iba por fin á darme la cara.

Una buena mañana se nos presentó inopinadamente Leon Williez, tan excéntrico y estafalario como el difunto Puig, diciéndome sin tiempo casi para abrazarnos ni áun saludarnos: «Vengo de Madrid, y vuelvo á Francia para establecer casa editorial en París. La muerte de *aquel señor* le desliga á usted de su palabra; hé aquí lo que le propongo: un contrato por diez años: tres tomos de leyendas, verso y prosa, y quince mil francos en cada un año y casa en París; cuentas, cada tres años. Si se pierde, usted no debe nada; si se gana, cubiertos gastos de impresion, correo, administracion, etc., á partir utilidades. Libres á usted las obras de teatro, libre á mí la especulacion.»

Quise hacer observaciones, pero me interrumpió cogiendo el sombrero: «No tengo más que horas de que disponer; se toma ó se deja; yo me embarco esta noche en el correo de *Cette*. Volveré á comer y á despedirme.» Y se marchó.

Conocido el personaje, y consultado con Puig, acepté; y entre los dos, él dictando, como ducho en fórmulas de tales documentos, y yo escribiendo, porque fuera de mi letra, hicimos la minuta del contrato provisional.

Tornó Williez al anoecer: firmó mi manuscrito; un escribiente de Puig hizo á la carrera una copia, que, firmada por mí, se guardó Williez; y dejándome una cantidad para que no excusára el viaje á París cuando él me llamára, le acompañamos, y partió en el buque correo de *Cette*, que es el más feo de cuantos surcan el Mediterráneo.

Creí asegurado mi porvenir; pero, por lo visto, nací de espaldas á la fortuna. Williez fué á Strasburgo á arreglar sus asuntos de familia; y al cogerle allí con aquella excéntrica facha, aquel carácter tan sin aprension, y metiéndose por todas partes, hablando correctamente el francés y el alemán, me le fusilaron los prusianos tomándole por espía.

Con que, según mi cuenta, yo he muerto mercantilmente tres veces: la primera en la Habana, el 60, con Cagigas, cuya falta echó por tierra el negocio que debía enriquecernos á él, á Portilla y á mí; la segunda en Méjico, fusilado con Maximiliano, y la tercera en Strasburgo, con Williez.

Nadie dirá, al encontrarme tan tranquilo por las calles de Madrid y de Barcelona, que yo soy un muerto tres veces resucitado; pero advierto á mis lectores que á la conclusion de estos recuerdos estoy amagado de una cuarta defuncion, y que de ésta sí que no resucité.

XVIII

Retirado en una masía de Tarragona perteneciente á la familia del hoy conde de Rius, trabajaba yo con afan en la conclusion de mis *Ecos de las montañas*, que

es en mi juicio el libro peor que en verso se ha publicado en España en lo que del siglo va trascurrido. Ni otra cosa podía ser, escrito en los intervalos breves que de quietud relativa me dejaba la interminable série de convites, veladas, excursiones y extremados obsequios con que los catalanes me honraron por aquel tiempo. En medio de un capítulo, el municipio de Tarragona, la comision de los juegos florales de Reus ó cualquiera otra delegacion de perentoria fiesta mayor, en país más ó ménos cercano, me encerraba en un *coupé* de un tren especial, y comenzaba conmigo una semana de bailes, lecturas, festines y serenatas; y los buenos de mis editores Montaner y Simon quedaban en Barcelona con las manos en la cabeza, sin poder dar á los suscritores de mis *Ecos de las montañas* otra razon de la falta de entregas que la de que el autor estaba en una ó en otra fiesta, en tal ó cuál poblacion. Cuando de ellas á Barcelona me devolvían los que para ellas me secuestraban, ya no tenía ni tiempo de leer lo que iba publicado; y sin saber lo que decía, y esperando el cajista mis cuartillas en la antesala, concluía línea tras línea y verso tras verso la atrasada entrega, que permitía respirar á los Montaner y Simon; quienes aceptaban los insulsos desatinos de mi original, contentísimos de saber que aún no me habían vuelto loco ó entontecido la vanidad ó el cansancio, con que mi alma y mi cuerpo debían rendir y abrumar todas aquellas extremosas demostraciones de entusiasmo de los pueblos catalanes por el poeta castellano.

Lo más curioso en estas fiestas y certámenes de torres de hombres y luchas de carreras de los *Xiquets de Valls*, en las cuales me tocaba dar alguna vez el premio á los vencedores, era que aquellas sencillas gentes, que

entre Balaguer, Torres, Martí y Folguera, y mil catalanes á quienes por famosos conocían, veían por vez primera á tan extraño desconocido, se preguntaban unas á otras:

— « *¿Qui es aquest tan petit ab tanta perilla que tot hom lo saluda?* »

No faltaba alguno que respondiera:

— Es *En-Surrilla*.

Y entónces se sucedían infaliblemente esta pregunta y esta respuesta:

— *¿Quim Surrilla? ¿Lo ministre?*

— *¡Cá... no! Aquest es l'home tan savi qu'a fet Don Juan Tenorio.*

¡Dios mio! Sólo entre aquellos sencillos campesinos podía dar fama de sábio *Don Juan Tenorio* al que tan ignara y desalentadamente le escribió. Pero tales son la gloria y la popularidad, y tal es el inmediato castigo que Dios á su vanidad impone: el nombre del ministro comenzaba á oscurecer el del poeta; la política comenzaba á ahogar á la poesía, y así se confunde y se borra todo sobre la tierra. Hoy algun comerciante, al remitirme con su cuenta el objeto por mí comprado, encabera mi cuenta escribiendo: « Debe D. Manuel Zorrilla... »

Cuando rectifico el error y le hago comprender que soy el poeta, y no el ministro, se queda como quien comprende que habla con una sombra, y alguno me ha dicho cándidamente:

— ¡Ay, yo le creía á usted muerto hace mucho tiempo!

Hé aquí la gloria de nuestra tierra: la del muerto.

Como quiera que sea, y miéntras sobre la tierra en que nací me siento vivo, cumple á mí gratitud y á mi honradez consignar en él, ántes de concluir este libro,

mi reconocimiento con los amigos que por Valencia y Cataluña en estos últimos años, sin confundir al poeta con el ministro, me han ayudado á vivir; contribuyendo á sostener mi reputacion con sus juiciosos escritos, como Pitarra (Federico Soler) y Conrado Roure, Jacinto Labaila, Herrero y otros ciento; con su hospitalidad y su hacienda en Figueras, Gerona, Mataró, Reus, etc., la familia Albert, el Dr. Barba y los empresarios Brugada, Jordan y Griffell, y otros muchos á quienes no temo ofender no nombrándolos, porque

La adulacion servil fuera en mí mengua,
Porque la fe del hombre agradecido
Está en el corazon, y no en la lengua.

Ni puedo ni debo añadir un nombre ni una palabra más.

XIX

Trabajando, pues, una tarde en el retiro de aquella masía de Tarragona de que ya he hecho mencion, me distrajo el ruido de un carruaje que á su puerta se detenía; era el de Mariano Rius, que me le mandaba con una carta, en la cual me ordenaba abandonar inmediatamente aquella quinta, donde ya no me consideraba seguro.

¡Cual no sería mi asombro al entrar de vuelta por las calles de Tarragona, topándome en ella de manos á boca con una procesion cívica que paseaba en un estan-

darle el retrato de Prim, al son de la Marsellesa y de vivas á la República!

Acababa de estallar y se verificaba la revolucion del 68, y la fama comenzaba á entenebrar con el nombre de Ruiz Zorrilla el de su pariente y homónimo, autor de *Margarita la Tornera*.

No era tiempo de publicar libros de literatura, y comenzaba el de la baja, si no del desprestigio, para los versos. Como nunca supe hacer otra cosa, comencé yo á comprender que empezaba para mí la época de la nulificación, sofocado bajo la triple presion de la vulgarizacion de la poesía, la aparicion de dos ó tres poetas de más meollo, y autores de más sustanciosas obras que el mio y las mias, y la presentacion y engrandecimiento del poderoso nombre del Ruiz Zorrilla, absorbente del Zorrilla á secas, que hasta entónces se había venerado sólo en las principales Zorrillerías del reino que aquél en república convertía.

De esta triple é inminente catástrofe resolví yo defender mi poesía legendaria y el dudoso porvenir de mi existencia con un doble esfuerzo supremo, y procurando sacar el partido posible de aquellas tres desfavorables circunstancias.

Discurrí, pues, elevar el romancero á legendario, por si algun día pudiera llegar á plantearse la cuestion de si el legendario podrá ó no constituir una epopeya nacional, y la emprendí con el del Cid para exhibir el primer ejemplo. Como éste debía de alcanzar más dimensiones y necesitar más tiempo de los que podía nutrir el escaso precio que los editores de España podrían poner á semejante trabajo, determiné acudir al Gobierno que presidía mi homónimo y decirle: «ya que con el tayo, que se hace famoso, me destruyes y anulas la fama

de que hasta hoy gozó el mio, ayúdame á sustentarle ó á crearme otro nuevo con mi trabajo.»

Y el Sr. D. Cristino Mártos y D. Juan Valera encontraron *la fórmula*, como hoy se dice, de procurarme una subvencion anual bajo el nombre y forma de comision; por no haber antecedentes de que hubiese habido, ni tal vez fundamento de que pudiese haber, ningun poeta pensionado en España.

Y creo excusado y hasta impertinente añadir una palabra más sobre esta comision en el momento en que llega á mis oidos que personas de más valer y de más claro ingenio que yo han empezado á hablar de ella, con intencion de extender sobre mí una proteccion tan generosa de su parte como agradecida de la mia.

XX

AL EGREGIO POETA SEVILLANO D. JOSÉ VELARDE.

Mi querido amigo: Con el nombre de usted encabecé este revuelto libro de mis enmarañados recuerdos, y con él debe de concluir. Su carta de usted del 29 de Setiembre de 1880, dió motivo al comienzo de su publicacion en los *Los Lunes* de *El Imparcial*, y por ella se me devolvió el sueldo que se me acababa de suprimir. A usted debo, pues, dirigirme á su conclusion como á su principio.

De estos mis recuerdos, por estar tan engarzados unos con otros, ha resultado esta tan mal confeccionada obra en tres tan desordenados volúmenes, de cuyo segundo es esta carta el *finis coronat opus*. En ambos,

con una ingenuidad casi infantil, he dicho en incorrecto y bárbaro lenguaje lo que tal vez no debía decir en vida, porque no arguyera en mí vanidad y petulancia imperdonables; si en alguna de sus páginas mis palabras acusáran al parecer semejantes aspiraciones de una soberbia que no tengo, defiéndame, usted que me conoce, de tan injusta imputacion, aunque mi indiscrecion y falta de tacto hayan desparramado en estas hojas alguna idea mal expresada que parezca justificarla.

La enredada madeja del argumento tan mal devanado en este libro, no merece ni los honores de la crítica; porque no puede considerarse más que como pueril desahogo de un escritor viejo que comienza con él á dar muestras de que chochea.

El tomo III lo componen las *Hojas traspapeladas*, en las cuales algunos recuerdos del tiempo de Fernando VII, algunas historias que parecen cuentos y algunos cuentos que son historias, le interesarán á usted más que la narracion de los hechos efimeros de mi inútil vida. Algunos van añadidos á este tomo, que no serian tolerados ni permitidos en las columnas de un periódico; pero los he arrancado de mis memorias póstumas, en las cuales quedarán tal vez candescentes algunas chispas, que darán luz sobre la historia del tiempo y de los hombres en que y con quienes viví; y me lisonjeo, tal vez no ilusoriamente, de que algunos de los que me sobrevivan se convencerán de que no he visto el mundo y los hombres tan sólo con los ojos de la cara.

Muchas cosas tenía intencion de decir á usted en esta carta para que pudiera usted responder á las muchas que le habrán dicho y áun le dirán los que han perdido su tiempo en inventarme hechos no hechos por mí, y en ajustarme mis cuentas sin duda por las cifras de

las suyas. Pero de mi vida privada no debo cuentas más que á mi confesor y á Dios, y de mis cuentas constan las sumas totales en mis libros y en los de mis editores con estas cifras:

Los ocho primeros tomos de versos, pagados á 1.000 1.500, 2.000, 3.000 y 5.000 rs., montan 27.500. Mis treinta y dos obras dramáticas, *Don Juan*, á 12.000; *El Zapatero y el Rey*, á 8.400; el *Sancho García* 8.800, con las gratificaciones y beneficios acordados alguna vez por las empresas, no llegan, ni estirándolas en el tormento, á 300.000 reales. *El poema de María* á 32.000, con los 5.000 duros del de Granada y los sueldos de periódicos; desde los 36.000 reales de los *Cantos del Trovador* hasta los 18.000 de los *Cuentos de un loco*; los 50.000 ganados con *mis lecturas*, los 10.000 de *la leyenda de los Tenorios* y los 30.000 del *Cid*, no suman tampoco 17.000 duros; y con éstos y los 3.000 ganados con Williez, y los 3.000 con Isidro Lira, y los 4.000 que Muriel malgastó conmigo en París, los 2.000 que en Méjico malgasté yo á Manuel Madrid, y unos cuantos picos que conmigo han empleado en sacarme de apuros amigos como mis condiscípulos el duque de V. y F. T. de la V. y el G. J. y los 1.000 del banquero N. C. etc., etc.,—cuyos nombres les avergonzaría tanto á ellos ver impresos como á mi lealtad satisface poderlos citar—no llega lo por mí gastado en cuarenta y cinco años á 54.000 duros; de los cuales 13.000 no pueden entrar en la fabulosa suma que me han valido mis versos, porque no se los debo á éstos, sino á la proteccion y á la generosidad de mis amigos. — Con que, con 24 á 30.000 reales anuales, puede ahorrar ochavo á ochavo un tendero de aceite, jaban y velas, pero tiene aún que salir empeñado cual-

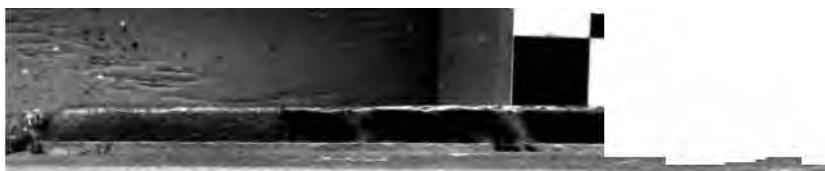
quiera que tenga que vestir frac y calzar guante, llamando la atención por más ó ménos justamente famoso.

Pero desventurado de aquel á quien hace Dios famoso en nuestra tierra.—Si le ven comer un día en la fonda ó convidar una noche á dulces ó á flores á unas amigas, ya le aplican las aleluyas de la vida del hombre malo: *gasta en francachelas y va con pindongas.*

Pero ¿á qué mil diablos ocuparse de semejantes cuentas ni de tan inevitables miserias? Tal es la vida social: tomémosla conforme viene, y preparémonos á morir cayendo con gracia y en posición académica, como gladiadores de nuestra edad y de nuestra tierra de María Santísima, burlándonos de nuestro propio entierro, entre las mesas de un café flamenco una noche de Navidad, ó una tarde de Junio á la salida de los toros.

Adios, mi querido Velarde; usted será famoso, porque para serlo tiene tamaños; pero se alegrará mucho de no verlo su agradecido amigo,

JOSÉ ZORRILLA.



FE DE ERRÁTAS.

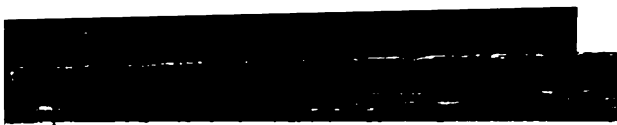
<u>PÁGINA.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE.</u>
8	15	inevitable	inhabitable
10	1	á Méjico	de Méjico
161	4	amaños	tamaños
162	24	gorrion	gorron
169	5	cerceños	cenceños
171	28	agumiel	aguamiel
172	13	los augean	losangéan
175	26	napoleras	nopaleras
181	16	más de	ademas
200	9	doblana	poblana
211	10	mohino	mohin
214	11	bellotitas	belloritas
274	última	volante	volanta
286	5	su capitán	un capitán
298	7	ex-propietario	el propietario
310	15	Hacopagne	Tlacopaque
359	18	de ahorros	horros

NOMBRES EQUIVOCADOS.

<u>DICE.</u>	<u>DEBE DECIR.</u>
Angel Inambelz	Angel Juanbelz
D. Tomás Llacha	D. Tomás Hacha
Marsivault	Marivault

11

11



RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.





HOJAS TRASPAPELADAS

DE LOS

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

POET

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO III

MADRID
EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR

23 — Caballero de Gracia — 23

1882



ES PROPIEDAD.

Tipografía Gutenberg, Villalar, 5.

HOJAS TRASPAPELADAS

DE LOS

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

I



ORRÍAN los años de 1827 al 29; reinaba el señor rey D. Fernando VII, á quien llamaron el *Deseado* sus buenos vasallos, que por él se batieron contra Napoleon, y de otro modo los que se arrepintieron de haberse por él batido; era ministro de Gracia y Justicia y secretario de Estado, D. Tadeo Calomarde; corregidor de Madrid, D. Tadeo Ignacio Gil, último corregidor de coleta, zapato de hebilla y sombrero de tres picos de la monarquía española; era inquisidor general el doctor Verdeja, latino emperrado que llamaba coplas á cuanto en verso castellano han escrito desde Juan de Mena hasta Melendez Valdés y Arriaza, de quienes fué amigo; comisario general de Cruzada el espléndido doctor Varela, opulento y mundano eclesiástico, protector á su modo, y al modo de aquellos tiempos, de los literatos y artistas que á su proteccion acudieron; director del Seminario de Nobles, el P. Gil; director empresario y autócrata del teatro el

inteligente y diestrísimo italiano Grimaldi, y por fin, Superintendente general de policía el padre del que escribe estas líneas.

Para dar razon de cada uno de estos personajes desde Calomarde á mi padre, podría escribirse un tomo de tan curiosas como ignoradas anécdotas características de aquella época calificada de década ominosa, y de la cual queda aún no poco que aclarar. Cúmpleme aquí solamente decir cómo llegó el último á la superintendencia de policía, magistrado tan íntegro como severo, juez tan incorruptible como hombre consecuente con su partido, por cuyas altas y nobles cualidades cargó alguna vez con ajenos pecados y altas responsabilidades; que es lo ménos que puede hacer un hijo, perdido por no haber nunca seguido partido alguno, por un padre que se perdió por ser caballerescamente leal al de quién él creía su legítimo rey y señor; el hijo, por no tener fe más que en Dios, ha vivido siempre al amparo de la Providencia y de su trabajo; y el padre, por poner su fe en hombres sin ella, murió olvidado en el rincón de su hogar, despues de haber tenido en sus manos los secretos y los destinos de la mitad de la nacion. El hijo puede, pues, haciendo caso omiso de las opiniones de su padre, resucitar la memoria del integérrimo magistrado y del Superintendente de policía que limpió de ladrones, rufianes y vagos la capital, y obligó al Municipio y al Corregidor á cuidar de su alumbrado y policía urbana por primera vez, despues del desórden y abandono en que la dejaron las guerras extranjera y civil que desmoralizaron á España desde 1808.

Mi padre debió á la proteccion del Asistente de Sevilla, Arjona, y del duque de San Carlos y del Infantado,

el ser nombrado gobernador de Búrgos, donde recibió en latin, á su paso, al duque de Angulema; digo en latin, porque la oficialidad francesa de aquel general se entendió en aquella lengua con la autoridad de aquella provincia: desde la cual fué mi padre trasladado á la Audiencia de Sevilla, para que pudiera ingresar en la Sala de alcaldes de Casa y Corte, y despues en el Consejo de Castilla, ántes de entregarle la superintendencia general de policia del reino, lo cual sucedió á fines de 1827.

Madrid, mal empedrado, peor enacerado, y alumbrado tan sólo por algunos malos faroles de aceite que se apagaban pronto, y por los que los vecinos estaban obligados á poner en los portales, que cerraban más pronto por evitar gasto y escándolo en sus sucios rincones y tortuosas escaleras, se cubría desde el anochecer de ladrones y gentes de mal vivir, que impedían las reuniones y tertulias de las gentes honradas, y las buenas entradas en los teatros, por temor á los riesgos que corrían á la vuelta á sus hogares. Mi padre puso por condicion á su aceptacion de la superintendencia el vivir en Madrid estudiándole unos cuantos meses, como uno de sus alcaldes de Casa y Corte; y cuando tuvo arreglada su policia (en otra ocasion diré cómo), se instaló con sus oficinas en el piso principal de la casa que hoy habitan los duques de Santoña en la calle del Príncipe, esquina á la de las Huertas, como tal Superintendente general de policia.

Atajó y puso cotos á aquel fanatismo realista basado en la tremenda Real órden de 9 de Octubre de 1814, expedida por el general Aymerich, cuyos once artículos declaraban reos de lesa majestad y condenados á la horca á la mitad de los españoles; modificó el reglamento

de policía que databa del 1815, desde el primer ministro de ella el mariscal de campo D. Pedro Agustín Echávarri; y á pesar de estar todavía sostenidos los delatores y apaleadores de Chaperon y de Capapé por Ugarte y Chamorro, que aún privaban con el Rey, el Superintendente refrenó vigorosamente sus agresivas demostraciones ahorcando como por equivocacion á varios jefes de aquellas partidas de la porra, muchos de cuyos individuos habían buscado la impunidad de delitos ordinarios y de condenas judiciales bajo la capa de su acendrado amor al soberano absoluto. En vano se importunó al Rey y al Superintendente en favor de estos acérrimos realistas; éste reclamó de aquél las facultades omnímodas y la absoluta libertad de accion que había pedido, y se declaró dispuesto á presentar la dimision de su cargo si S. M. no le creía digno de toda su confianza.

Basta con lo dicho para comprender que si bien Madrid vivía bajo la opresion política de un partido, cuyos elementos, maleados por la fanática exageracion del sentimiento religioso y del absolutismo realista, producían lastimosos errores y mal justificadas persecuciones, la autoridad velaba por el orden y la seguridad pública; y el vecindario, aunque no libre del todo de una sospecha ó de una delacion, podía dormir tranquilo y descuidarse en cerrar las puertas de la calle de vuelta de las representaciones de *La Pata de Cabra*, en las cuales hacía Guzman las delicias del pueblo y de la Corte.

Ambos vivían, pues, en ese abandono meridional que apenas se ocupa del mañana, y echando poco menos que á broma todos los enojos y pesadumbres de la vida.

Ejemplos.—Estaba absolutamente prohibido á todos

los españoles de las provincias venir á Madrid sin una razon justificada, y el Superintendente visó 72.000 pasaportes por esta poderosa é irrecusable razon, escrita en ellos á favor de sus portadores: « Pasa á Madrid á ver *La Pata de Cabra*. »

Estaba asimismo rigurosamente prohibido el usar bigote á los paisanos, y un día dió de manos á boca con el Superintendente Ventura de la Vega, que se le había dejado crecer.

— ¿Es usted oficial del ejército? — preguntó aquél á éste.

— No, señor — respondió Ventura.

— ¿Será usted, pues, oficial de voluntarios realistas?

— Tampoco, señor.

— Pues, ¿por qué usa usted bigote? — dijo con severidad el Superintendente.

— Porque son los únicos bienes raíces que poseo — repuso hipócritamente el taimado Venturita.

Volvióse el Superintendente á uno de los alguaciles que le seguían, y le dijo:

— Lleve usted al señor á una barbería, y que le afeiten el bigote.

Y dirigiéndose á la futura celebridad, añadió:

— Si le vuelvo á usted á encontrar embarbado, le envío á usted á la cárcel con todas sus posesiones.

Afeitado Ventura en la primera barbería cercana, salióse éste á la calle, cuando el barbero y el alguacil le preguntaron:

— ¿Se va usted sin pagar?

— Por supuesto — respondió Ventura. — Que le pague á usted S. E., que le mandó afeitarme.

Y el Superintendente pagó la barba.

Prohibidas estaban tambien las máscaras, y prohibidas

deben estar para que tenga aliciente. El Rey las temía por miedo á los conspiradores; la autoridad las temía por miedo á los tumultos; el clero las anatematizaba por miedo á clandestinas venganzas; pero el pueblo deliraba por ellas porque estaban prohibidas; y el pueblo y la clase media tenían bailes de máscaras, más encantadores cuanto más misteriosamente verificados. Dos ó tres opulentas familias de la clase media abrían sus salones á primeras horas de la noche á nobles y blasonadas eminencias envueltas en sencillos dominós, sobre los cuales cerraban cuidadosamente sus puertas y sus ventanas, para bailar hasta las doce, al són de discreta ó sordina música. El Rey, que detestaba las máscaras y era á veces muy celoso de su autoridad, dijo una noche en su tertulia al Superintendente de policía:

— A pesar de su absoluta prohibicion, hay máscaras en Madrid. ¿Lo ignora la policía?

— La policía lo sabe mejor que V. M., puesto que sabe el por qué las hay — respondió con respeto, pero con firmeza, el Superintendente.

— El Rey espera que la policía le manifestará ese por qué.

— Y S. M. quedará satisfecha — repuso el Superintendente á la orden embozada que encerraban las palabras del Rey.

La infanta Carlota y la princesa de Beyra, que asistían á la tertulia, tuvieron durante este diálogo, la primera los ojos tenazmente fijos en los serenos del Superintendente, y la segunda constantemente bajos los suyos.

Tres noches despues, á las once y tres cuartos, entraba por la puerta de las caballerizas reales una berlina

de dos caballos, sin blasones ni libreas, de la cual se apearon dos damas envueltas hasta las cejas en espesos mantos. Atravesaron sin luz el patio, abriéndolas un postigo un embozado que las acompañaba, y entraron en palacio por una de las escaleras de servicio; pero al desembocar por su puerta en el piso principal, hallaron con asombro tras ella al Superintendente con toga y vara, á quien un hujier alumbraba con un candelabro de plata; y entre aquella extraña autoridad y aquellas misteriosas damas, se trabó este breve diálogo:

Una dama. — ¿Aquí tú á estas horas?

El Superintendente. — Esperando á Vuestras Altezas para acompañarlas.

— ¿A dónde?

— Al cuarto de S. M. el Rey. VV. AA. saben que tengo llave y entrada en su cuarto á todas horas, y los monteros de Espinosa orden de dejarme pasar.

La dama que había tomado la palabra irguió fieramente la cabeza, y dijo plantándose ante el inflexible togado:

— ¿Y si yo no quisiera seguirte y me volviera atrás?

— Hallaría V. A. tras de todas las puertas cruzadas las alabardas del zaguanete.

Vaciló un instante la dama enmascarada, y tembló todo su cuerpo como atacado de una convulsion bajo los pliegues de la seda que la envolvía; pero dominada por su fuerza de voluntad ó no queriendo estrellarse contra la del Superintendente, le dijo:

— Vamos.

Y echó tras él con resuelto paso, seguida por su trémula compañera. El Rey esperaba aún en su despacho: el montero de Espinosa se le anunció, y presentóse ante S. M. el Superintendente seguido de las

dos enmascaradas damas, pues llevaban aún sus dominós bajo los mantos.

— ¿Qué me traes ahí? — preguntó el Rey al magistrado.

— El por qué hay máscaras en Madrid — respondió éste mostrando á las damas, que no eran otras que SS. AA. las infantas doña Luisa Carlota y la princesa de Beyra.

Cuando muchos años despues me contaba la primera en la casa núm. 40 de la calle de la Luna, donde habitaba accidentalmente, esta escena que yo sabía por las notas de mi padre, me decía aquella señora tan notable por su belleza como por su resolucion:

— Hoy, sólo por los buenos ratos que me han hecho pasar las comedias del hijo perdono al padre los malos ratos que me dió.

Y efectivamente, aquella princesa era la más asídua espectadora de mi *Sancho García* y del *Zapatero y el Rey*, en cuyas representaciones la veía en su palco de proscenio ántes de levantarse el telon.

II

Entre nueve y diez de una noche lluviosa de Octubre de 1828, en la calle del Caballero de Gracia, en la hostería de *El Caballo Blanco*, y en el cuarto de tres mesas del fondo de su corredor, conversaban de sobrecena en la del rincon tres individuos, á quienes por forasteros delataban su traje, maneras y conversacion.

Era el primero, y el que ocupaba la cabecera, un hombre rechoncho, colorado y entrecano, cuya larga y

cuellialta levita, cuyo chaleco abrochado hasta arriba, cuyo pañuelo negro anudado sin arte al cuello, y el gorro de seda con que cubría su tonsurada cabeza, acusaban á tiro de ballesta al cura de pueblo con licencia en Madrid.

El que á su derecha rumiaba las últimas almendras de un sequillo, con las cuales saboreaba las últimas gotas de un añejo Peralta que en su vaso quedaban, mientras atentamente escuchaba al beneficiado que llevaba la palabra, era un viejo alto y enjuto, de espesas cejas y tostada piel, cuyas manos rojas y encallecidas, cuyo chaqueton y chaleco de paño de Nieva, y cuyo cuello sin corbatin le declaraban por un segoviano y acomodado labrador.

El segundo comensal del beneficiado, porque indudablemente era éste quien á los otros dos convidaba, era un mozo trigueño y ojinegro, de naciente bozo y agraciada figura, provinciano, pero listo, y tal cual vestido, como estudiante que ya había cursado más de dos áulas y visto más de dos ciudades.

De la provincia de Segovia eran los tres sin que pudiera dudarse, y no era desagradable ni enojoso el asunto que á Madrid los había traído, ni escasos estaban de fondos cuando tan alegre, abundante y descuidadamente cenaban.

En la mesa primera de junto á la puerta, enfrente de la segunda que nadie había en toda la noche ocupado, rumiaba tambien las últimas almendras de su sequillo, y saboreaba los últimos tragos de su ordinario Arganda, un hombre flaco y de color cetrino, abrigado en un gran carrik de cuatro esclavinas, sumida la barba en un corbatin de cuero con vivo blanco, cubierto con un sombrero, bajo cuyas alas desaparecían su frente y ojos, y

absorto, al parecer, con una amorosa delectacion en el trasiego del líquido de la botella á su tal vez mal alimentado estómago. Este hombre, que parecía un bendito, suspiraba de cuando en cuando satisfecho, y debía de ser no poco sordo, porque cada vez que el mozo respondía á sus demandas, se hacía repetir sus respuestas adelantando un ¿qué? y torciendo la cabeza á la derecha para oír sin duda mejor con el oído izquierdo, que debía ser el más sentido de sus dos orejas.

Una vez que el beneficiado le había dirigido la palabra, había él seguido comiendo sin oírle, al parecer; y la única vez que levantó su voz atiplada, fué para preguntar á los tre segovianos si les incomodaba el humos de un puro de á dos cuartos que iba á encender en el braserillo de barro que para eso acababa de pedir al mozo.

Contestóle el beneficiado que no eran señoritas, que podía encender su tagarnina, y que si era servido le daría él de mejor tabaco de que él se servía; pero el del carrik, que al primer signo de asentimiento del beneficiado pareció echarse de bruces sobre el braserillo para encender á fuerza de pulmon su tagarnina, no oyó sin duda las palabras del cura, y se contentó con su primer movimiento de cabeza para entregarse á su segundo vicio. El cura y sus comensales no volvieron de él á ocuparse; y decía el cura al labriego, continuando su plática:

— Pues así he visto yo *La Pata de Cabra* con mi sobrino, pidiendo permiso para venir á examinarle de escribano: que mi Prelado no me hubiera concedido para venir á echar una cana al aire.

— De modo — dijo el labrador — que *La Pata de Cabra* es cosa digna de verse.

— Maravillosa — respondió el mozo. — Mi tío se rió

tanto con Guzman, que no pudo dormir ayer por la noche, porque aún se reía soñando con Don Simplicio.

— Y tú con aquellas bailarinas que ataban á los cíclopes — dijo el cura á su sobrino. — No es el teatro espectáculo para gente joven.

— ¡Bah! ¡bah! — dijo el sobrino al labrador. — Escrúpulos hipócritas de mi tío: tres chicas que parecía que enseñaban los brazos y las pantorrillas, pero no era más que la seda de que iban vestidas: engaña-bobos y saca-dinero. Y luégo, que al salir y encontrarnos los que salíamos de la galería con los de los palcos, que le dió á mi tío yo no sé qué que se puso tan pálido, y cuando llegamos al hospedaje se coló una copa de Jerez, dijo que para pasar un mal trago.

— No hablemos de eso — exclamó el cura — que tampoco es cosa de muchachos.

— Lo que yo veo — dijo el labrador — es que el tío y el sobrino se dan ustedes á la *vita bona* en Madrid, y la pasan á tragos.

— La verdad es — dijo el beneficiado — que dos botellas de Peralta no son para tumbar á dos hombres como nosotros, vecino; pero yo me siento un poco caliente la cabeza, y á mí me da por lo triste, y en cargándome un poco más de lo regular... vamos, cada cual tiene sus secretos... y sus recuerdos... y su conciencia.

— ¡Otra! — exclamó el labriego — tendría que ver que quien arregla la conciencia de los demas tuviera la suya llena de trastos.

— Bueno está, vecino, y no hable de lo que no entiendo. Los curas y los médicos son los que tienen más sobre su conciencia la de los otros; y ayer oí yo una voz que, si es de quien yo me figuro, ya hace tiempo que debía habérsela atajado el verdugo en la garganta.

— ¡ Ave María Purísima ! — exclamó el labriego.

— Vamos, vamos — exclamó el cura levantándose y pidiendo la cuenta — vámonos, que si los confesores pudiéramos hablar claro de nuestros confesados... y yo recibí un día una confesion que todavía me eriza los pelos.

— Esa es la embriaguez de mi tío; en bebiendo un poco, tiene miedo de que le llamen para confesar á nadie.

— Vámonos, vámonos — dijo el cura pagando y saliendo apresuradamente de la fonda.— Mi sobrino tiene razon, y yo necesito tomar un poco de aire y encerrarme á dormir en mi cuarto para no dar mal ejemplo ni hablar disparates.

Pagó el beneficiado; colocóle su sobrino la capa sobre los hombros, sirvióle el labrador su sombrero, y saludando al del carrik, que se quitó el suyo tambaleándose, y les dijo cuatro palabras incoherentes á través de una enorme bocanada de humo, salieron á la calle diciendo el cura del del carrik: ése sí que tiene mal estómago; trabajillo le va á costar el salir con su botella.

— En verdad — dijo el labriego, dando un primer traspies — que hay hombres á quienes embrutece la bebida.

— Y uno es el sordo ése — dijo el cura, echando por la calle del Clavel á la de San Bartolomé, donde se hospedaban.

Despidióse el labrador del tío y del sobrino; y tirando por la de Peligros, fuese á buscar la de Barrionuevo, donde tenía su alojamiento, llegando á él con el frío y el movimiento completamente sereno, y despejado el cerebro de los vapores del Peralta.

No así llegó al suyo el beneficiado; quien, morigerado

y metódico por costumbre, se resentía del exceso cometido, y tuvo que apoyarse en el brazo de su sobrino.

Entraron al fin en su casa como pudieron; y cerrando tras ellos la puerta con llave, dejaron libre la calle á otro que, más beodo que ellos, la media descompasadamente de cera á cera, llevando en el brazo un abrigo que hubiera hecho mejor en cuidar de colocarse sobre los hombros, para guarecer su cuerpo de la helada y menuda lluvia que incesantemente sobre la tierra se depositaba.

III

Durmióse el beneficiado, á quien su sobrino ayudó á desnudarse y acostarse, y despertóse avergonzado de lo sucedido y receloso de lo dicho. Vistióse y lavóse, y tomó su breviario para rezar sus horas, y pidió devotamente perdon á Dios de su no consuetudinaria intemperancia, y salió á confesarse ántes de decir misa en el vecino convento de Capuchinos, que ocupaba entónces el lugar que hoy la plaza de Bilbao, dejando á su sobrino durmiendo como un liron.

Encontróle vestido á su vuelta y esperándole para tomar el chocolate. Bebiendo estaba el beneficiado con gran placer su gran vaso de agua con azucarillo, cuando la patrona entró á anunciarle que un desconocido preguntaba por él y deseaba hablarle.

— Que éntre quien sea — dijo el cura.

Y entró, sin esperar á que la patrona le diese la vénia del eclesiástico, un hombre cano, de mediana edad, de mediana estatura y de mediano porte, que con una

cortesía algo zurda y con una atención un poco forzada le preguntó:

— ¿Tengo el honor de hablar con el Sr. D. Pedro Conchillos, beneficiado de...? (y le nombró su pueblo).

— Sí, señor — respondió el eclesiástico. — ¿En qué puedo servir á usted?

— En venirse detrás de mí si su merced no lo toma á mal — respondió su ambiguo interlocutor.

— ¿Y á dónde? — volvióle á preguntar el beneficiado.

— A la superintendencia de policía; el señor Superintendente desea hablar á solas con vuestra merced; y como sus ocupaciones y su dignidad no le permiten venir á visitar á vuestra merced en esta casa, vengo á rogarle de su parte que me siga á la superintendencia.

Y así diciendo, mostró un papel sellado al asombrado eclesiástico, quien tranquilo en su conciencia, pero asustado con la fama de severo del Superintendente, siguió trémulo, cabizbajo y meditabundo á su poco simpático mensajero; dejando á su pobre sobrino en la mayor zozobra é inquietud hasta saber el fin con que S. E. el Superintendente llamaba al beneficiado á su palacio de la calle del Príncipe, ante cuya fachada fué á esperar impaciente la salida de su atribulado tío.

IV

Por aquel tiempo de prohibiciones, persecuciones y represiones, en que todo yacía inerte bajo la presión del miedo universal, la revolución medrosa de la policía, la policía del pueblo, el pueblo del Gobierno, el

Gobierno de sí mismo, y todos del Rey, había una cosa que renacía y se regeneraba de la más extraña manera: el teatro.

Todo en España ha sido así siempre, inconsciente, inesperado, fenomenal, casi absurdo. El teatro renacía y se regeneraba en manos de un extranjero, Grimaldi, y con una casi inocente estupidez: *La Pata de Cabra*.

Había Grimaldi venido á España con los franceses de Angulema y quedándose en España; halló en el teatro los restos de las compañías y de la tradicion de Maiquez y Carretero; y con Guzman, la Llorente, Rafael Perez (la primer peluca, como se llamaba entonces á los barbas, hoy sin nombre), la Generoso, Pedro Montaña, Fabiani, Cubas, Caprara, Campos, Azcona y otros (de quienes hablaremos este invierno al tratar de la Corte y el teatro de Fernando VII), formó una compañía que comenzó bajo su impulso y direccion un renacimiento tan extraño como desapercibido, y cuya influencia en lo venidero nadie pudo prever. El germen de nuestro teatro moderno lo incubó y lo dió vida el italiano Grimaldi con *El hechizado por fuerza*, *Blanca* y *Mocasin* y *La Pata de Cabra*; esta última obra única suya, único pasto digerible para el público de aquella época, y cuyo éxito no ha tenido jamás igual en los teatros de Madrid. Grimaldi había comprendido perfectamente nuestro país en aquel tiempo, y le dió la tontería más adecuada á la ignorancia en que yacía, como base de un tratamiento higiénico á que se proponía someterle para nutrirle y regenerarle. *La Pata de Cabra*, intachable para la censura eclesiástica, comprensible para el vulgo, popular por la misma crítica de nuestro país, que el extranjero hacía de nosotros en D. Simplicio Bovaáiiiiia Majaderano

Cabeza de Buey, hizo las delicias de aquel público, á quien Guzman hacía reirse de sí mismo, bajo la cáustica intencion del privilegiado ingenio del sagacísimo italiano, afrancesado primero y españolizado despues. Grimaldi con *La Pata de Cabra*, distrajo de la política al público de Madrid por algunos meses; y ya he dicho otra vez que mi padre firmó 72.000 pasaportes para venir á Madrid á ver *La Pata de Cabra*; entónces nadie, ni clérigo ni seglar, ni militar ni extranjero, podía venir á la Corte sin explicar al Superintendente general de policía el objeto de su venida y el tiempo en que es proponía conseguirlo; y todo el mundo tenía miedo del Superintendente, porque éste lo tenía de todo el mundo en nombre del rey D. Fernando VII; y hé aquí el modo de ser de la sociedad madrileña de aquellos años de 27, 28 y 29, en que fué Superintendente mi padre. —Se vivía del miedo: la revolucion se desperdigaba medrosa en la emigracion, y mi padre vivía avizor sobre la emigracion, para que el Rey durmiera medroso en palacio en medio de los espías de mi padre y de los de la invisible, lejana, pero inevitable revolucion.

Divago: otra vez hablaremos de los elementos de disolucion, de los gérmenes de discordia que en aquella Corte fermentaban y que produjeron nuestra revolucion; volvamos ahora al cura segoviano que, con pretexto de examinar á su sobrino, había venido á Madrid á ver *La Pata de Cabra*.

El agente de policía le introdujo en el despacho del Superintendente, y le dejó allí solo con él, como si le hubiera dejado en la jaula de un leon. La alta estatura del magistrado, envuelto en su toga de terciopelo, con su golilla y vuelillos de encaje abotonados con esmeraldas, detrás de aquella inmensa mesa cargada de

papeles, armas y objetos raros, cuerpos de delitos y pruebas de crímenes, hizo sin duda en el pobre cura un efecto tremendo; porque pálido y silencioso, permaneció unos momentos con sus espantados ojos fijos en la cara tranquila, severa y toda afeitada del alcalde de Casa y Corte, que se había puesto de pie para recibir al sacerdote de la religion que profesaba.

—Siéntese usted, padre, y tranquilícese; está usted delante de una autoridad que respeta la sagrada de usted, y nos entenderemos en pocas palabras: yo tengo poco tiempo y no las gasto inútiles.

—Estoy á la disposicion de V. E. — dijo el cura un poco repuesto con las corteses frases del magistrado.

—Deje usted el tratamiento á un lado. Usted comió ayer en la fonda del *Caballo Blanco*, é hizo mal en beber de aquel Peralta, que es un vino traidor, aunque es de una tierra en que no hay traidores.

—Sí, señor, hice muy mal — dijo compungidamente el cura.

—Y dijo usted — siguió el magistrado — que había usted oido en Madrid al salir del teatro una voz que, si es la de quien usted se figura, hace ya tiempo que el verdugo debiera habérsela cortado en la garganta. Nunca es tarde para la justicia: hablemos un poco de eso. ¿Dónde oyó usted por primera vez la voz que se figuraba usted haber oido á la salida de *La Pata de Cabra*?

La imágen del sordo de la fonda se levantó en la memoria del beneficiado como la del Profeta en el festin de Baltasar; sintió que su cuerpo temblaba; sintió el sudor frío que se oreaba en su frente, y no supo qué responder. El Superintendente esperó con la más tranquila paciencia á que responderle pudiera. Al fin dijo:

— Es un secreto, y debo guardarlo *sub sigillo confessionis*.

— No, no le pido yo á usted, señor cura — dijo el Superintendente — la revelacion de una confesion: no. Sólo necesito saber dónde y cómo fué la confesion, las circunstancias que la ocasionaron: nada más; el nombre del pecador, ni el pecado, no se lo pregunto á usted. Oyó usted una voz, y juzga usted criminal al individuo cuya garganta la produce: la historia de esa voz es la que yo quiero saber. ¿ Dónde la oyó usted? ¿ Esa voz es de su confesado de usted?

— ¡ Oh! no — dijo inocentemente el cura — la confesada fué una infeliz mujer.

— Tanto mejor: nada pregunto de la confesada ni de su confesion; del de la voz es de quien se trata.

El cura estaba ante el magistrado como una liebre entre las uñas de un gato montés, y se decidió á hablar por ver si podía escapársele:

— Señor, yo diré á V. E. lo que buenamente pueda de lo sucedido. Sin tocar...

— Á nada secreto, á nada sagrado — le interrumpió el Superintendente — á nada que pueda comprometer al hombre, ni al sacerdote. ¿ Encontró usted al hombre de la voz?..

— En un camino real.

— ¿ Solo ó acompañado de la mujer?

— No, señor; de otro hombre enmascarado como él, y ginetes ambos en dos poderosos caballos.

— ¿ Dos?

— Pero habló solamente el uno.

— ¿ Y dijo?..

— Que era preciso que fuera con ellos á confesar una mujer que se hallaba *in articulo mortis*. Yo

podía negarme á ejercer mi ministerio, y respondí que no tenía inconveniente, que guiasen adonde estaba la moribunda. Entónces el hombre que había hablado añadió: «Es que hay una condicion, y es que no queremos que vea usted el lugar en que está, y que es preciso que se deje usted vendar los ojos y conducir á ciegas.»

— ¿Usted se resistió?

— Cuanto pude: pero el sitio estaba desierto; aquellos caballeros tenían cada uno un par de pistolas enfundadas en sus sillas, y el que llevaba la palabra dijo sacando una de las pistolas: «Padre cura, no se le pide á usted mas que lo que está obligado á hacer, y lo hará usted por bien ó por mal.»

— ¿Y no pudo usted ménos que dejarse vendar?

— Y me condujeron vendado entre los dos, llevando cada uno una de las bridas de mi mansa cabalgadura hasta una casa, cuya puerta oí abrir cuando me mandaron apear. Me tomaron de la mano, me hicieron subir una escalera...

— ¿De cuántos peldaños? ¿Se acuerda usted por ventura?

— Perfectamente: dos tramos de á catorce; pasamos una pieza que creí antesala; despues otra que tenía una mampara, que sentí cerrarse de golpe tras de nosotros; y cuando me quitaron el pañuelo con que me habían vendado los ojos, me hallé en un aposento donde en una cama yacía la que debía confesar. No puedo decir más; señor, suplico á V. E. que nada más me pregunte.

— Nada de la confesion ni de la confesada; ¿pero á usted le sacaron de allí?

— Del mismo modo que me llevaron; y cuando volvieron á dejarme me dijeron: «Cuando no sienta usted

el galope de nuestros caballos, puede usted quitarse el pañuelo: no ántes, porque arriesga usted la vida.»

— ¿Y esperó usted ?

— Hasta que no oí nada: más de lo que ellos necesitaban; y cuando me quité de los ojos el pañuelo, me encontré en el mismo lugar del camino real en que me había encontrado con ellos.

— ¿Y reconocería usted ese lugar ?

— Sin duda: he tenido mil veces que pasar despues por él.

— ¿Y duró mucho el trayecto de ese lugar á la casa ?

— Más de dos horas y media. Los encontré al medio día, y eran las cuatro dadas cuando me ví libre de ellos.

— Está bien, señor cura; dispéñseme usted la molestia que le he ocasionado — dijo el Superintendente tras unos momentos de meditacion. — Lo que más siento — añadió — es la que aún le voy á dar: no salga usted de Madrid hasta que reciba orden mia.

— La licencia de mi Prelado se me acaba dentro de cinco días.

— No importa; un dependiente mio irá á ver á usted y le llevará el permiso para permanecer indefinidamente en la Corte.

— Es que yo no he calculado más que los veinte días de mi permiso...

— Mi dependiente dará todas las órdenes necesarias, y yo le abro á usted crédito en la Caja de la superintendencia.

Abrió el magistrado un cajon de su mesa, dió al asombrado cura un puñado de monedas de á ochenta reales, y le dijo entregándoselas:

—Coma usted en su casa y no beba Peralta; responda usted á todo lo que mi dependiente le pregunte: es un hombre tan instruido como desconocido, con quien puede usted ir donde quiera; le llevará á usted á lo reservado del Retiro, á la Historia natural, á la Armería y áun al teatro sin alzacuello; haremos la vista gorda y le abonaremos á usted con el Prelado; pero cuidado con moverse de Madrid.»

Y diciendo y haciendo el Superintendente, acompañaba al cura hácia la puerta del despacho con la mayor cortesía. Allí le confió al portero que lo había introducido; quien, conduciéndole á través de las oficinas, le abrió, saludándole, la mampara que daba al descanso de la escalera; al fin de la cual encontró á su sobrino que hasta allí, impaciente, se había arriesgado á llegar.

—¿Qué hay, tío? — le preguntó ansioso el estudiante.

—Nada, sobrino; vámonos á casa — respondió el tío — el señor Superintendente quería saber á qué habíamos venido.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Pues que hemos venido á ver *La Pata de Cabra*.

—Pero, tío, ¿qué habrá pensado de usted el Superintendente?

—Nada malo por ver *La Pata de Cabra*, porque me ha mandado quedarme en Madrid para volver á verla otra vez.

Y así diciendo, llevóse el cura á su sobrino á su casa, y no se dejó por él arrancar una palabra más sobre el caso.

V

Recibió al cuarto día el beneficiado Conchillos la autorizacion de su Prelado para permanecer indefinidamente en Madrid, y llevóle dicha autorizacion un hombre alto, cejijunto y amojamado, pero el más cortés y divertido del mundo.

— Yo soy—dijo al beneficiado al presentarse en su habitacion—un empleado de la superintendencia; tengo el encargo de acompañar á usted á ver Madrid, y de tratar á usted como al mejor amigo del Superintendente, bajo cuyo patrocinio directo está usted desde hoy colocado. Así, pues, no tiene usted que pensar más que en distraerse y ver Madrid; desde el palacio real, cuando los Reyes nó estén en él, hasta la cárcel de Corte, aunque estén en ella los presos; porque éstos no suelen salir de ella más que para los presidios, excepcion hecha de los que salen para la horca.

Maldita la gracia que debió hacer al beneficiado la presentacion y el proemio del agente de mi padre; pero acordándose de las palabras de éste al despedirse de su despacho, respondió al que en nombre suyo se le presentaba:

— Sea usted quien quiera, señor mio, yo estoy á su disposicion de usted, segun lo que el señor Superintendente me ordenó.

— Es que no se trata—respondió el agente al beneficiado—de que usted se resigne á órden alguna, sino de que aproveche usted con alegría la ocasion de gozar,

sin la más mínima inquietud, de un tiempo y de una autorizacion que el Prelado le acuerda á usted para descansar de las penosas tareas de su cura de almas. Comience usted, pues, por enviar á su Universidad ó á su pueblo á su sobrino, y vámonos entre tanto á ver cuatro cosas de las muchas que hay que ver en esta coronada villa.

Bien comprendía el beneficiado que los consejos de aquel hombre eran hijos legítimos de las órdenes del Superintendente; y aunque esperaba poca diversion de su compañía, la aceptó con sus consejos, y envió á su pueblo, á la mañana siguiente, á su sobrino, embanastado en una galera que para la capital de su inmediata provincia salía; conminándole y rogándole por todos los santos de cuyos nombres se acordó, que no dijese allá una sola palabra de la situacion en que él en Madrid quedaba. Prometióselo el mozo, y engaleróse triste y preocupado por lo que ocurrir pudiera á su tío entre las garras de aquel esbirro, que no de otra cosa calificaba el despierto mozo al de quien dejaba á su buen tío acompañado.

Pero engañóse éste de medio á medio acerca de su acompañante, que venía todas las mañanas á llevarle á la iglesia y á ayudarle la misa, y tomaba despues con él un riquísimo chocolate; del cual le regaló un par de libras, diciéndole que provenía de la última tarea hecha en la plazuela de Santa Ana para las señoras monjas Calatravas. Llevóle luégo á ver la Armería y el Museo, y la Historia Natural, y lo reservado del Retiro, y el leon viejo de la vieja rotonda, que entónces componía la casa de fieras, y los conejos de la Casa de Campo, y las lavanderas del Manzanares, y las muñeiras y las palizas de los aguadores y carboneros en Nuestra Señora

del Puerto: y ya comían en la fuente de la Teja ó en la calle del Cármen, en la hostería de Buttarelli, ó cenaban en *El Caballo Blanco*, despues de asistir sin alzacuello á las galerías oscuras del Príncipe y de la Cruz á las representaciones de *La Pata de Cabra* y *El Diablo Verde*; pero en cuanto al Peralta de la hostería del Caballero de Gracia, no hubo medio de que el agente le hiciese volver á enviar una gota por su garganta al fondo de su poderoso estómago.

El agente le contaba la historia de todo y de todos los que veían, sazonzando sus relatos con picantísimas observaciones sobre el de la vida de algunas de las muchas mozas que le saludaban al paso por todas partes, y á quienes él daba siempre un empleo honroso de doncellas de grandes casas, ó de costureras, aprendizas y menestralas de grandes modistas ó establecimientos conocidos de comercio. Lo único que al cura enojaba en las divertidas conversaciones de su acompañante, era la insistencia de éste en intercalar en todas algun recuerdo ó alguna pregunta de aquella misteriosa confesion, de la cual se había tenido que confesar con el Superintendente: si había sentido durante el tiempo que anduvo vendado si su caballo marchaba sobre piedras, arena ó césped: si se había apercebido de que atravesaban algun puente ó vadeaban algun arroyo: si había pasado por bajo ó cerca de alguna arboleda, de cuyas hojas hubiera apercebido el rumor ó sentido la sombra ó la frescura: si había oido ruido de alguna presa con batanes ó con molinos: y otras mil semejantes preguntas de mil diferentes maneras hechas y con muchísima destreza, pero cuya taimada premeditacion no había podido escapar á la medrosa suspicacia del intranquilo beneficiado; quien tenía siempre en la memoria y

delante de sus pupilas aquel gabinete del palacio de la calle del Príncipe, donde tras aquella mesa cargada de papeles había visto por primera vez á aquel severo magistrado, vestido de terciopelo y engolillado de encaje como una figura escapada de un cuadro del Ticiano.

Al cabo de dos semanas de esta vida vagabunda y regalona, anunció el agente una tarde al beneficiado que una ineludible obligacion y un viaje que por ella tenía que emprender le iban á privar de su compañía por unos cuantos días, tal vez por más de una semana. No supo muy bien darse cuenta el beneficiado de si se afligía ó se alegraba de aquella separacion: el hecho fué que pronto echó de ménos á su cicerone: que comenzó á ver irse uno tras otro los duros que, de cuatro en cuatro, componían el puñado de ochentines que el Superintendente le había dado; y que comenzó á comprender y á temer que no tendría jamás valor para irle á decir que se le habían acabado.

Comenzaba á recordar y á echar de ménos el buen servicio y las previsoras atenciones de su ama y sus dos sobrinas, mujeres respetuosísimas y sinceramente adictas á su persona, cuyos cuidados y servicios no podría nunca reemplazar la maritornes alcarreña que servía á los pupilos de la patrona que le hospedaba. Comenzó, pues, á vagar solo por las calles de Madrid, sin atreverse á entrar solo en aquellos sitios de distraccion en los cuales le había metido su compañero; comía en la calle del Cármen, en la hostería de aquel buen Buttarelli á quien saqué yo más tarde á la escena con mi *Don Juan Tenorio*, el cual Buttarelli servía cubiertos de á ocho y diez reales con una profusion que concluyó por arruinarle; y comía allí porque no se atrevía á volver solo al *Caballo Blanco*, en uno de cuyos aposentos

tuvo origen su desventurada posición actual y su entrevista con el Superintendente; ante cuyo palacio pasaba todos los días como un sonámbulo el silencioso, escamado y solitario cura, sin atreverse á entrar en él para preguntar por su porvenir al engolillado morador de aquellos salones, convertidos en temerosas oficinas de averiguaciones, prendimientos, destierros y estrangulaciones.

Así pasaron otros cuantos ya para el beneficiado insoportables días. A las dos del veintiuno estaba dando fin á una de las sabrosas chuletas de Buttarelli, cuando entróse de rondon en la sala de la hostería su desaparecido compañero el agente de la superintendencia, quien con aquel su proverbial buen humor y su poco aprensiva franqueza se sentó frente al beneficiado y pidió otro caiberto diciendo:

— Acá estamos todos.

Tembló y alegróse de volverle á ver el buen presbítero; porque aunque bien sabia que no era más que un centinela de vista, ya que no un espía, el tal agente le hacia tolerable la ausencia del ama y las sobrinas, y era para él una especie de sombra protectora en Madrid y una garantía contra la severidad de su Prelado, á quien sólo el agente podría explicar su tan prolongada permanencia en la Corte. Recibióle, pues, con alegre sonrisa y cordial apretón de manos, y comieron en amor y compañía, y al fin de su improvisada é imprevista francachela, dijo el agente al presbítero:

—Mañana al rayar el alba es preciso que este usted listo para salir de Madrid. Acabo de ajustar y pagar sus cuentas de usted con su patrona.

—Pero ¿á dónde vamos?

—No lo sé. Al alba iré á buscarle para que vayamos

á la superintendencia, que es de donde hemos de salir. ¿Necesita usted dinero? ¿Tiene usted alguna cuenta pendiente? ¿Alguna compra que hacer para el pueblo?

—¿Pero vamos á ir á mi pueblo?

—Usted irá desde donde le deje el señor Superintendente, á quien iremos acompañando. Vámonos, que no hay tiempo que perder.

Y tal diciendo, saldó el agente la cuenta con Buttarelli, y se llevó poco ménos que á remolque al aturullado cura; que no acertaba á volver en sí del susto que le había causado la noticia del viaje en compañía de aquel togado tan amable, pero á través de cuya sonrisa alcanzaba á ver el pobre presbítero la vara inflexible de su inexorable justicia.

Hizo su maleta, en la cual metió unos pañuelos de seda y unas muy abrigadoras medias de lana para los cuellos y pantorrillas de su ama y sobrinas, y al cabo de una noche insomne y atribulada, esperó presto á partir á que la luz de la aurora tiñese con sus albores matutinos los emplomados vidrios de la ventana de su aposento.

A las cinco y media vino su compañero á buscarle; y metiéndole en el coche en que venía, le condujo á la superintendencia, en cuyo patio vió una silla de posta, en la cual le acomodó el agente; quien envuelto en un gran carrik de cuádruple esclavina, le dijo que era órden de S. E. que así y allí le aguardasen.

Miéntas lo hacían, reconoció el asombrado cura el carrik del borracho que ocupaba la mesa inmediata á la en que se embriagó con su sobrino y el labriego en *El Caballo Blanco*; y creo que no necesito decir al lector lo que pensó, adivinó y temió el pobre presbítero, cavilando y sacando consecuencia de sus cavilaciones.

Bajó y montó el Superintendente al lado del beneficiado; y dándole la derecha, envuelto en un capoton de viaje forrado de pieles, saludóle con una sonrisa y unos buenos días; y metiendo en las bolsas un par de pistolas que debajo del capote traía, mandó montar al agente en el cabriolé que cobijaba al conductor, y arrancaron con la silla de posta los cuatro vigorosos caballos á ella enganchados, lanzándolos el conductor á galope desde que salieron por la puerta de Segovia.

Seis horas duró aquella carrera, sólo interrumpida para cambiar dos veces de tiro; en la segunda posta brindó el Superintendente al beneficiado con las provisiones y el Peralta que el agente llevaba en el cajon del cabriolé. El cura no había podido familiarizarse con la compañía del severo aunque risueño magistrado. Su conversacion no había podido sostener la del Superintendente, ni su pobre latin de misal había podido hacer frente al ciceroniano del jurisconsulto, que era *doctor en ambos derechos* y latino como lo somos hoy los que á las letras nos damos en nuestro latino país.

A las doce y media paró de repente en firme la silla de posta, que había visto el cura de trecho en trecho escoltada por algunos soldados, que no pudo ver nunca de dónde salían. Abrió el agente la portezuela izquierda, apeóse el Superintendente, ayudó al cura á sacar del carruaje su entumecida persona, y preguntóle sin más preámbulo:

—¿Fué aquí donde los enmascarados vendaron á vuesa reverencia?

Echó el absorto eclesiástico una mirada en derredor, y respondió balbuceando:

—Aquí mismo; entre estos tres olmos, junto á los cuales arranca ese sendero.

—Acerquen esos caballos — mandó el Superintendente á unos mozos que de las bridas tenían cuatro; y volviéndose al atónito beneficiado, le dijo con su cortés sonrisa, detrás de la cual había siempre una orden ineludible: — Ahora es preciso que vuestra reverencia se vuelva á dejar vendar.

Lo cual hecho, y montados en las prevenidas cabalgaduras, echaron por el sendero, conduciendo por el ronzal el caballo en que cabalgaba el bueno del beneficiado Conchillos.

VI

Un hombre á quien se conduce con los ojos vendados, tiene forzosamente que mirar dentro de sí mismo; y dentro su cerebro es donde se figura ver la parte del mundo por donde camina, que fuera y en torno de sí mismo no pueden percibir sus órganos visuales.

El más que nunca atribulado Conchillos miraba dentro de sí mismo buscando el pedazo de mundo que atravesaba; pero todo en su imaginacion se le representaba ménos lo que ver quería, á través del miedo que su acompañamiento le inspiraba. ¿Qué fin iba á tener aquella extraña excursión, y qué consecuencias iba de ella á sacar, y qué iba de él á exigir aquel togado, que no vacilaba en dejar su palacio y la Corte para volverle á traer por aquellos para él tan invisibles como nunca vistos andurriales?

El silencio absoluto en que caminaban, sin duda por el respeto que sus subordinados tenían á aquella tan

absoluta y absolutista autoridad, le dejaban en libertad completa para coordinar sus recuerdos y hacer á solas y á oscuras un comparativo estudio de los de su primero y su actual vendamiento y entenebrada caminata; pero la pavorosa en que su incertidumbre le sumía desperdigaba sus recuerdos, como banda de gorriones espantados de un granero en que entran repentinamente los medidores del vendido grano.

Inútilmente quería Conchillos prestar atención á los ruidos y á los pasos y á los accidentes exteriores; sólo sus temores, que á cada momento se acrecentaban, presentaban á su imaginación, y á su consideración sometían, las alarmantes circunstancias de su situación actual. Si se le iba á exigir la revelación de una confesión; si se le iba á obligar á presentarse como revelador y testigo de un misterioso crimen; si iba tal vez á ser acusado de encubridor y cómplice, y hasta se le ocurría que su Prelado le degradara y le hiciera secuestrar de por vida en una prisión eclesiástica, ó cuando ménos en aquel solitario convento de la Cabrera, en donde sería el ludibrio de los legos, sin tener ya ni ama ni sobrinas que le consoláran; y ésta era la más pavorosa de todas sus aprehensiones.

En tal estado pasó Conchillos poco más de una hora, sin apercibirse más que de que había pasado por un puente de madera y que había vadeado un ancho arroyo; de repente la bestia en que cabalgaba se detuvo, y oyó la voz conocida del agente, su acompañante, que le decía: «déjese vuestra reverencia venir sin cuidado en nuestros brazos;» y sintiendo que del derecho le aseguraban, hizo lentamente lo que le decían, y se halló de pie en tierra; y conducido por la mano, echó á andar sin saber por dónde. A poco le advirtieron de que estaba

al pié de una escalera que era preciso subir; tanteó con el pié derecho la altura de su primer escalon, y subiéndolo dos tramos, dejó de sentir en lo que del rostro llevaba á él expuesto la impresion del aire libre, comprendiendo por ello fácilmente que estaba dentro de un aposento. Sintióse de repente quitar el pañuelo con que venía vendado, y oyó la voz del Superintendente que le preguntaba:

—¿Es éste el cuarto en donde confesó usted á aquella mujer?

Tendió el beneficiado sus miradas en torno suyo; y viéndose á solas con el grave magistrado, examinó atentamente las paredes, el techo y el suelo de la ruinosa habitacion en que con él se encontraba; y brotándole á las sienas imperceptibles gotas del frío sudor del miedo, y comenzándole á temblar la barba, respondió:

—Sí, señor, sí; aquí es; pero había ahí una alhacena, frente á la cual estaba la cama de la confesada.

Llamó el magistrado, y á poco el agente del carrik picó la pared con un grande azadon que de fuera trajo; cayeron rotos los sobrepuestos ladrillos que la alhacena tapaban, y dijo el cura, mirando y remirando escrupulosamente por todas partes:

—Sí, señor, sí; aquí fué.

—Mírelo usted bien, y que no le quede de ello la duda más mínima; ¿puede usted asegurar bajo juramento que éste es el cuarto en que tuvo lugar la confesion de aquella mujer?

Volvió á reconocer Conchillos el aposento, y volvió á repetir lo dicho y en ello se ratificó; con lo cual el magistrado volvió á suplicarle por segunda vez que se dejára vendar para volver como había venido.

Entónces el pobre beneficiado rompió en súplicas y

en protestas, formulando en palabras ante el magistrado, que sonreía, todos los temerosos pensamientos y las acongojadoras aprensiones que por el camino á la venida le habían atribulado el corazón.

El togado le tendió la diestra, y poniéndole la siniestra en el hombro derecho, con tranquilizadora familiaridad le dijo:

— Nada tiene usted que temer, ni para nada más tiene usted que intervenir en lo que á consecuencia de su ida á Madrid y de su venida conmigo aquí pueda suceder. Sólo le encargo á usted, señor Conchillos, que no hable una palabra con nadie de lo hasta hoy sucedido. Voy á dejar á usted muy cerca de la capital de la diócesis á que su curato de usted pertenece. Usted, sin ver al señor Obispo, se irá á su pueblo, en la caballería que sus sobrinas de usted le habrán enviado hoy al meson en donde acostumbra usted á parar. Usted no dirá sino que yo le he detenido á usted en Madrid para aclarar ciertas dudas sobre una partida de casamiento mal extendida años atrás, y el señor Obispo recibirá el aviso y las prevenciones que hagan al caso.

Prometió Conchillos, y no dudó el magistrado que el miedo le haría cumplir su promesa, un absoluto silencio; y volviendo el agente del carrik á vendar al beneficiado, tornó éste á bajar los dos tramos de la subida escalera, guiado por aquel su antiguo compañero; tornáronle á montar en su manso caballejo los invisibles brazos de los que al magistrado escoltaban, y tornaron todos en silencio á deshacer lo andado. Al cabo de un tiempo igual al empleado para venir, volvieron á descabalar al eclesiástico, á quien no quitaron el pañuelo de los ojos hasta que ya hacía un cuarto de hora que corría en la silla de posta con el Superintendente.

Estaba ya próximo á espirar el día cuando avistaban cercana una ciudad. Detúvose el carruaje, despidió el Superintendente al beneficiado, bajaron su baul de la vaca, apeóse el del carrik, y volviendo á arrancar á galope los caballos, desapareció la silla de posta con el Superintendente, quedando el beneficiado y su compañero abandonados en mitad de la carretera.

Sentóse el del carrik sobre el baul del cura, y comenzó tranquilamente á hacer un cigarrillo, que ofreció á aquél cuando concluyó de liarle; tomóle el beneficiado, y dijo mirando con inquietud en torno suyo:

— ¿Pero cómo vamos á llevarnos este baul, que no quiero dejar aquí, y que pesa mucho para que ni usted ni yo carguemos con él?

— Conmigo, señor cura, ya sabe usted que de nada tiene que ocuparse — respondió el agente de policía — todo se reduce á esperar un poco.

— Pero, ¿á quién?

— Al carrito de la posta que conduce la correspondencia de Madrid; no puede tardar veinte minutos en trasponer aquella loma. En él cargaremos el baul, y entraremos en la ciudad como si en él hubiéramos venido directamente de Madrid.

Y así diciendo, comenzó el del carrik á fumar su cigarro, y no encontró el cura cosa mejor que hacer que encender el suyo en el de su compañero.

VII

Veniase la noche encima, y picaba el frío en aquel agreste paraje, donde los lobos abundan; no las tenía todas consigo el buen Conchillos, pero la calma del del

carrik le animaba. Por fin, trasponiendo el cerro, apareció sobre la parda carretera el móvil punto negro que presentaba á la vista en la penumbra el esperado carro. Sus dos caballos bajaron á escape la loma, y el agente se plantó en mitad del camino, y á sus voces y á su presencia paró el conductor sus jadeantes caballejos. Mostróle un papel y díjole unas cuantas palabras el agente, y echando en el carro el baul se encaramaron los dos abandonados en el carrucho, que volvió á partir á escape para ganar los minutos perdidos.

De aquellos carros de posta se ha perdido ya hasta la memoria en España. Eran unos carros de lanza con dos ruedas: las dos barandillas laterales iban forradas de cuero, y á veces de simple estera, y encajados sus palos en el marco cuadrado del que la lanza salía; de una á otra baranda se sujetaba sobre tres aros un encañado de cañizos cubierto de lona, y una red de cañamo muy espesa, colgada en los palos de las barandas; y colgada y clavada sobre el eje, formaba dos senos á manera de serones, en los que iban las balijas, y sobre ellas y sobre el eje iban el conductor y el zagal que de cada posta salía con los caballos. No hay para qué ponderar al lector lo incómodo de semejante vehículo, dentro del cual saltaban viajeros y balijas á cada empuje que al eje comunicaban las ruedas, al pasar por sobre las piedras y al hundirse en los infinitos baches del mal cuidado camino. El pobre beneficiado votaba sobre el eje y caía como un saco de lana, ya sobre el conductor, ya sobre el agente, que votaban como él devolviéndole sus topetadas y encontronazos: y contó el cura toda su vida como el peor rato pasado en ella los tres cuartos de hora que tardó en llegar á la ciudad en aquel fementido carro.

Habló el agente dos palabras con el administrador de Correos; cargó un mozo con el baul del cura, y fuéronse con él á alojarse en el meson donde el cura solía parar cuando venía de su pueblo á la capital de la provincia, y donde hallaron al espolista del cura, que con su cabalgadura le aguardaba.

Allí instalados el beneficiado y el del carrik, en un cuartucho ahumado y en una mesa coja, pero ante un par de pollos con tomate y un jarro de vino blanco de Rueda, cenaron juntos por última vez, recordando la primera del *Caballo Blanco*, en donde se conocieron.

El agente pidió perdon al sacerdote por la familiaridad con que en algunas ocasiones había tenido que faltarle al respeto; perdonóle el cura de todo corazon, pero no pudo ménos de decirle:

— Pero, hombre, ¿qué necesidad tenía usted de ir á contar al señor Superintendente lo que yo dije en el *Caballo Blanco*?

— Escuche usted, señor cura — respondió el agente — con el señor Superintendente no tiene uno la vida segura. El jefe de su policia, que fué Paco, y hoy es ya D. Francisco, nos tiene en un pié como á grullas, y tiene ojos y oidos en las hosterías y en las tabernas; un mozo y el pinche del *Caballo Blanco* podían haber oido lo que yo, y otro que yo no le hubiera á usted hecho pasar en Madrid los buenos días y las alegres noches que usted me debe, sin agravio de la moral y sin detrimento del decoro de su santo ministerio. Ahora, señor cura, déme su bendicion y permiso para volver á Madrid en el carro de la posta que sale á las doce de la noche.

—¿En el mismo que nos ha recogido en el camino?— exclamó el cura asombrado.

— O en otro igual — respondió sonriendo el del carrik.

— Muy bien le debe á usted pagar el señor Superintendente para volverse á Madrid en aquel carricoche — dijo ingénuamente el cura.

— Ya le volvería yo las espaldas en lugar de volver á Madrid en semejante carro; pero tiene el Superintendente unos papeles míos atados con una cuerda, que no puede desatarse de mis papeles sino para atármela á mí al pescuezo.

Y así diciendo, envolvióse el del carrik en él y dejó al inocente cura dando vueltas, sin poderlas comprender, á sus últimas palabras.

VIII

La sociedad madrileña de 1828 y 29 bailaba y jugaba como la de ahora; lo que hoy llamamos *soirées* se llamaban entonces *tertulias*, en las cuales entonces, como hoy en aquéllas, la gente jóven reía, bailaba, tomaba dulces y helados, y se enamoraba; la gente machucha jugaba á la malilla y al mediator, y el sexo bello se quitaba el pellejo caritativamente, según costumbre de nuestra católica nación, que ha adoptado el evangélico proverbio de *al prójimo contra una esquina*. Lo mismo que hoy vamos á la *soirée* de Fernán-Núñez ó de la hermosa duquesa de la Torre, se iba entonces á la tertulia de los Valle-Andinos ó de la Puente-Virgen, y en ella se encontraban, como en las *soirées* de hoy, discretísimas señoras y encantadoras

muchachas, asediadas, encantadas ó fastidiadas por vanos impertinentes y pretenciosos *lechuginos*, que no eran ni más ni ménos que nuestros *gomosos*, y se bailaba la gabota, y el baile inglés, y la mazurka con espolines, como hoy los lanceros, etc. Aquella sociedad, con distintos nombres y bajo ménos desvergonzadas formas, gozaba con los mismos placeres y se entregaba á los mismos vicios que la nuestra, llevando á ésta la sola ventaja de no tener poetas ni filósofos que la hicieran bostezar y dormir de pié. Habíalos entónces; pero ni Arriaza, ni Nicasio Gallego, ni Lista, ni el duque de Frias andaban como nosotros de tertulia en tertulia con un rollo de manuscritos debajo del brazo, prontos de decir do quiera que hablaban prestos: «aquí traigo mis papeles;» ni D. Fermin Caballero, ni D. Agustin Búrgos, se hacían aborrecer y tal vez maldecir por la enamorada juventud, interrumpiendo sus amorosos coloquios con la lectura de sus correcciones fraternas ó sus odas de Horacio.

La gente de dinero era entónces, como hoy, tan bien recibida como muy buscada, y á las tertulias de los ricos, y de los cortesanos, y de los títulos, anhelaban ser invitados todos los que pretendían pasar por gentes á la moda.

La riqueza y el título tenían, sin embargo, entónces un riesgo que hoy no tienen, y era la curiosidad del Rey y de su Superintendente de policía, á quienes alguna que otra vez se les antojaba conocer la legitimidad de la proveniencia de las riquezas ó de los títulos. Así que un Obispo armenio, que viajando con un secretario y un coadjutor fué aposentado por un cláustro de Reverendos, presentado en la Corte, y celebró de pontifical en vários actos y funciones episcopales católicas, fué

una mañana sorprendido por el curioso Superintendente, que se apoderó de sus papeles y credenciales, y entregándoselas al sábio Jesuita el orientalista Artigas (si no me es infiel la memoria), entregó con ellas á su portador en custodia á los Jesuitas del Colegio Imperial, mientras él comprobaba la legitimidad de sus derechos al Episcopado.

Cinco meses despues, le enviaba tranquilamente á presidio con sus dos familiares; por ser, como se le había antojado que era al Superintendente, un embaucador sacrilego que había estafado á los muy confiados Reverendos que le habían hospedado, á las incautas monjitas que le habían festejado, á la diplomacia, á quien había despistado; á la Inquisicion, que no había sabido ver más que sus morados capisayos, y á la Corte, á quien deslumbró su pectoral de esmeraldas y su episcopal anillo. El Superintendente le hizo desaparecer sigilosamente por honor del clero y de la Corte; y cuando el tal magistrado dió cuenta de lo por él hecho con el obispo de Megalópolis al señor rey D. Fernando VII, se rió S. M. bajo el embozo de los estafados frailes, de las crédulas monjas, del míope inquisidor Verdeja, de su alucinada Corte y de sus sonrojados ministros, á cuya mesa se había sentado el desenmascarado personaje.

IX

Y vivían dos por aquel tiempo en una gran casa de una calle muy céntrica, cuya cortesanía y espléndidez era proverbial, y cuya tertulia estaba abierta

á lo mejor de la magistratura; á no poca parte de la nobleza y á muchos hacendistas influyentes en la administracion de nuestra Hacienda nacional, que por entónces aún se llamaba la Real Hacienda. Eran estos dos personajes, á juzgar por su apellido, oriundos de Nápoles ó de Sicilia; ya vinieran á España sus primogénitos en tiempos de Carlos III, ya tal vez mucho ántes, en los en que la segunda mujer de Felipe V patrocinaba al Cardenal italiano que llamó á nuestra revuelta patria á muchos de sus compatriotas, que á España, á su Reina y al Cardenal, su protegido, fueron muy útiles en los proyectos de progreso que en nuestra tierra intentaron y llevaron á cabo. Cuándo y cómo quiera que su naturalizacion en ella efectuado se hubiese, por españoles pasaron y españoles eran, y de extranjeros no conservaron más qué sus apellidos. Posesiones habían tenido en alguna provincia; secretos encargos del Gobierno habían desempeñado con éxito en Inglaterra ó en Francia, y por adictos se les tenía al absoluto Gobierno, de quien no eran tampoco desconocidos. Por cuñados se daban, como hermanos vivían y juntos tenían sus capitales, y co-propietarios eran de varias casas por ellos edificadas y sitas en los puntos más céntricos de la Corte. Tertulia diaria tenían en la suya, concierto ó baile una ó dos veces al mes, y mesa de doce cubiertos de cuando en cuando. Lorenzo el uno y Leopoldo el otro se llamaban; viudo aquél y hermano éste de su difunta; sus apellidos no importan nada; á mí se me han borrado de la memoria, y no tengo á mano para buscarlos en ellas las notas póstumas de mi señor padre.

Era á fines de Marzo, noche de uno de los tres días de Pascua de Resurreccion; pero aunque ya el calendario

daba por entrada la primavera, prolongaban el invierno las lluvias y las ventiscas, que algunos años hacen en Madrid insoportable la última luna de Marzo y la menguante de Abril, si viene lluvioso. Era, en fin, una noche de desapacible invierno en una aún no aparecida primavera. La tertulia, reunida en casa de los cuñados Lorenzo y Leopoldo, había jugado, cenado, bailado, murmurado y enamorado en sus lujosos salones de tibio ambiente por el calor de dos chimeneas, innovación de Francia introducida en nuestras casas hacía pocos años. La condesa de X, parienta de ambos por la difunta del viudo, y que hacía los honores de aquella casa en que no había mujeres, había animado con su chispeante palabra y su social desembarazo la expansiva alegría de sus contertulios; contándoles miéntras saboreaban los helados bizcochos y el aromoso café una caliente y picante anécdota, en la cual había hecho el papel de víctima una persona ausente.

Los dos cuñados habían admirado sonriendo, y los malillistas dejado sus cartas sobre la mesa, y los comensales agrupados ante la chimenea, aplaudiéndole con entusiasmo, el primor descriptivo de los pormenores y la malicia intencionada del pérfido relato de la ingeniosa condesa; la tertulia había sido, finalmente, amenísima, y á la media noche concluía con besos y abrazos de las señoras, miéntras los galanes caballeros las ayudaban á envolver sus escotados pechos y sus desnudos brazos en las costosas pieles y bien forrados capuchones. Algunos carruajes se llevaron á sus hartos y satisfechos dueños: muchos de los contertulios se fueron acompañados de sus criados, que les esperaban, y las parejas y grupos de las familias de la clase media, cuya vanidad los lleva á las tertulias de los ricos, se

dispersaron por las calles que en la principal donde la casa estaba sita desembocaban.

Lorenzo y Leopoldo se retiraban á sus respectivos dormitorios; los criados apagaban las luces, ordenaban los muebles y extinguían el fuego de las chimeneas; el mayordomo arriba revisaba la casa ántes de recoger la servidumbre, y el portero abajo aseguraba el pasador de la hoja izquierda de la doble puerta de la calle, cuando por la mitad derecha, aún franca, entró gravemente en el vestíbulo un personaje alto, envuelto por el frio y la hora en un ancho leviton forrado de piel, y trayendo en la mano un rico baston, en el cual no se apoyaba.

Antes de que el portero tuviera tiempo de dirigirle la palabra, se sintió asegurado por vários individuos que al del baston acompañaban, y que cerraron tras ellos la hoja derecha de la puerta, por cuyo vano en la casa se habían introducido. Subió la escalera el del baston seguido de otros dos embozados; y el mayordomo, que iba á cerrar la mampara de los aposentos del piso principal, dió con él de manos á boca; y ántes de que abriera la suya, oyó al que llegaba decirle en un tono que no admitía réplica:

— Guíe usted al cuarto de D. Lorenzo.

Y volviéndose á los dos que seguían sus pasos, añadió:

— Lleven ustedes allí á D. Leopoldo.

Y echando por delante al aturullado mayordomo, llegó con él á la puerta del aposento del dueño de la casa. Preparábase éste para acostarse, cuando, sintiendo alzar el picaporte, volvió la cabeza y se halló cara á cara con el Superintendente general de policía.

No necesitó el magistrado nombrarse, ni de nom-

brarle tuvo ánimo D. Lorenzo, absorto ante su repentina y extemporánea aparición. La del Superintendente era siempre de mal agüero á semejantes horas; y mientras el atónito D. Lorenzo buscaba su perdida serenidad llegó su cuñado, tras el cual cerró el magistrado la puerta, diciendo:

— Vengo sólo á hacer á ustedes unas preguntas. ¿Cómo murió doña Estefanía, esposa de usted y de usted hermana? ¿Cómo y por qué abandonaron ustedes y dejaron arruinar la casa de campo que poseía en...?

D. Leopoldo respondió tranquilo:

— Mi hermana murió en Florencia de fiebre cerebral; Lorenzo tiene y va á mostrar al señor Superintendente la partida de defunción, firmada por el Dr. B., y la certificación del entierro en el cementerio de...

Lorenzo, repuesto por la tranquilidad de su cuñado, sacó de un cajon y presentó al magistrado los dos documentos por D. Leopoldo citados. Estaban en regla, con sus correspondientes sellos, firmas y certificaciones.

— La casa— siguió diciendo D. Leopoldo— la abandonamos porque, no teniendo más que un huertecillo casi improductivo, no valía la pena de gastar en el edificio ruinoso, que sólo teníamos por haberle heredado de nuestro pobre abuelo; y siendo ricos ya por negocios y servicios hechos á quienes y en ocasiones que V. E. no ignora sin duda, no tuvimos necesidad de vender una casucha que no tenía valor.

— Hoy le tiene inmenso— dijo el Superintendente.— Puesto que doña Estefanía murió y está enterrada en Florencia, ¿á quién fué á la que confesó el cura Conchillos el día 19 de Febrero de 1817? ¿Quiénes eran los dos enmascarados que á confesarla le condujeron vendido? ¿Y de quién es el cadáver que, bajo el nombre de

Amalia Mozzoni, enterraron ustedes el 21 del mismo Febrero en el cementerio del pueblo de... á cuya feligresía pertenece la casa?

— ¿Pues de quién ha de ser, sino de nuestra criada, Florentina Amalia Mozzoni?

— Pero es que Amalia Mozzoni está hoy en Madrid, adonde yo la he hecho traer desde el lugar de Sicilia en donde vivía.

Callaron los dos cuñados: Lorenzo aterrado, y torbo Leopoldo, que se dirigió á un cajon de la mesa de despacho de Lorenzo, que el Superintendente no le dió tiempo de abrir, y en el cual halló el magistrado un magnífico par de pistolas, de las cuales se apoderó.

X

Al día siguiente apareció cerrada la puerta de la casa de los dos desaparecidos cuñados. Quiénes dijeron que habían tenido que emprender un repentino viaje por una funesta desventura de familia, acaecida en su país; quiénes que se habían fugado por una repentina ó fraudulenta quiebra; quiénes que, afiliados clandestinamente á una logia masónica, habían huido al extranjero ántes de caer en manos de la policía. A las pocas semanas pocos de sus tertulianos se acordaban más que de las buenas comidas y refrescos que en su casa se servían; y como mi padre me ha dejado incompletas y cortadas por grandes lagunas sus notas, yo tampoco puedo decir hoy en qué pararon aquellos dos florentinos, de cuyos papeles se apoderó el Superintendente, y cuyos bienes se vendieron dos años más tarde judicialmente para pago de acreedores.

LOSADA

I



ORRÍA el mes de Setiembre de 1828. Era todavía ministro Calomarde y corregidor de Madrid D. Tadeo Ignacio Gil, el de la coleta, último corregidor de los *del sombrero de tres picos* de Pedro A. de Alarcon, el de *El Niño de la Bola*. Toreaba en la plaza de la Puerta de Alcalá Montes, y comenzaba su carrera, bajo su direccion, el Chiclanero, y picaba Miguet, el de la jaca pia de las corridas reales, que murió en el corral hecho pedazos por un toro de Gavi-ria, núm. 3, que, en lugar de estar en su chiquero, estaba en el callejon, miéntras la lidia de su compañero núm. 2. El caso no se ha explicado bien nunca, pero ello fué que Miguet, que era ya viejo y capataz de una ganadería, ponía las divisas á las reses, y despues de ponérsela al segundo toro, le ocurrió bajar al corral por el callejon de los toriles. Al destacarse su silueta sobre el cuadro de luz del abierto porton del corral, le partió el toro núm. 3 y le deshizo entre los pesebres de los caballos. Y vaya este caso de plaza, hoy que priva lo torero y lo flamenco, para hacerme plaza con mis

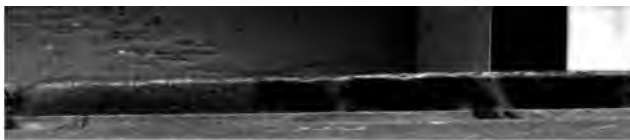
lectores. Pero esto era veinticinco años después de lo que voy á relatar, del año en que Miguet picaba y Paco Sevilla comenzaba á acreditarse, y prendía caireles la Liebre á topa-carnero... y dale con los toros y los toreros, ahora que cada día va la torería á más y los toreros á ménos, puesto que no hay corrida sin cogida, ni res trasteada sin veinticinco pases... y volvamos de una vez á lo que pasaba en 1828.

Había por entónces, haciendo duo con el gayo corregidor de la coleta, un Superintendente general de policía á quien nadie se atrevía á pisar la cola, que la llevaba en la toga que vestía, con golilla y vuelillos de encaje, apresillados con esmeraldas. Esto hacía que cuando á la sala de Alcaldes de Corte iba, porque lo era, salían los chicos á besarle la mano, tomándole por un obispo, ó cuando ménos por un abad; dábasesla él á besar, y les solía decir: « Besad, hijos, besad, y que Dios os bendiga y os libre de oír mis misas. »

Y era que tenía por altar una horca que había clavada en la plaza de la Cebada, y asesorado por dos comisiones, una civil y otra militar, enviaba á ejecutar su última suerte en aquel extraño, vil y primitivo patíbulo á los ladrones, rufianes y gente de este jaez, á quienes, según la opinion de aquellos tiempos, no se puede hacer entrar en razon sino metiéndoles en cintura. Y por un error de medidas ó de distancias, en vez de meterles en cintura con faja ó ceñidor por el talle, les metía por el cuello en el dogal. Yo no sé, ni discuto, si este procedimiento era justo, bárbaro, humanitario ó inhumano; pero fué útil en 1828 para dejar tranquilo y seguro al vecindario de la villa del oso, que en 1827 no podía salir al anochecer, ni llevar dinero de día en los bolsillos sin tropezar con lobos y garduñas que se los limpiáran,

hallándose limpia su casa todo el que de ella salía por muchas horas. Si este método curativo social no hubiera sido aplicado por aquellos años más que á los ladrones, rufianes, barateros, bandidos y asesinos de que estaba plagada España, y de quienes eran madrigueras algunos barrios de su capital, podía haberse disculpado como remedio heróico, empleado en desesperado caso á muerte ó á vida; pero aquellos tres alcaldes de Casa y Corte, aquel Superintendente y aquellas comisiones militares por ellos asesoradas, enviaban á veces á aquel patíbulo de tan mal ver, tan repugnante, tan innoble y arriesgado de hacer funcionar, y tan deshonoroso y humillante de sufrir, á hombres que no tenían más delito que pensar de un modo poco ortodoxo sobre ciertas materias religiosas, y diferir del Gobierno en opiniones políticas.

Y contra esto sí que encuentro yo qué decir: y es que, cuanto más se aprieta por un lado, más se afloja por otro la cadena social; así que, miétras más se ahorcaba, más se conspiraba; y andaban todos, la justicia y los justiciados, dándose siempre caza y minándose siempre la tierra unos á otros, y viendo, en fin, quién ahorcaba á quién. Para ser mano en este juego vivía avizor el Superintendente, poniendo en práctica ciertos principios que había adoptado por convencimiento de la experiencia y por conocimiento de la raza humana en sociedad constituida. Creía aquel togado Superintendente que las mujeres y las pasiones del hombre son los mejores servidores de un Gobierno que sabe servirse de aquéllas por éstas; en consecuencia de cuyo principio, averiguando las flaquezas de unas, las deudas de otros y los secretos de todos, se servía de ellas contra ellos; y los maridos porque no supiesen algo las mujeres, y



éstas porque pasasen por algo los maridos, y los unos porque no les tirasen de la manta, y los otros porque mejor les tapára, ellos y ellas bailaban el agua delante al Superintendente, que tenía la clave de muchas cifras, el cabo de muchas madejas y la llave de muchas puertas, con envidia de los palaciegos, asombro de los inquisidores y jesuitas, pávura de la gente de mal vivir y zozobra de los del partido que andaba á salto de mata.

Sin embargo, y como al mejor cazador puede írsele el mejor gazapo, al señor Superintendente se le escaparon várias liebres; como Marcoartú, quien llevándole no más de ventaja la distancia de la mesa al balcon, se lanzó por éste á la calle, y por ésta se acogió á la embajada inglesa; y como Salustiano Olózaga, quien despues de haber estado de él escondido pared por medio del mismísimo palacio de la superintendencia, se le escapó disfrazado de sacerdote en una silla de posta con el pasaporte de un canónigo, cuyas señas con las suyas se convenían; pero teniendo Olózaga por señal particular vários pelos blancos entre los negros de las ricas pestañas de sus hermosos ojos, se las cortó, y los cabos vueltos le produjeron una oftalmía con la cual llegó casi ciego á la frontera.

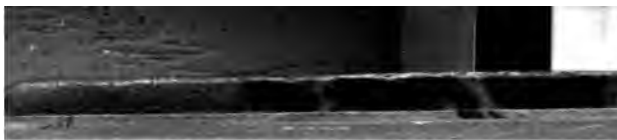
Contábanme Marcoartú y Olózaga años despues estos pormenores, y reíamos entónces los tres de lo que tanto á los dos les había hecho ántes temblar.

Pero entre estos alegres burladores del severo Superintendente, hubo uno cuya audacia y fortuna no tienen par en las secretas memorias de aquellos sombríos y enmarañados cinco años.

II

Una tarde recibió el Superintendente un perfumado billete de una dama de quien nadie remotamente sospechar podía ni aunque le conociera personalmente. Recíbale ésta en una casucha vieja, aislada entre un corralejo por un lado y el huertecillo de un beaterío por otro, una de cuyas dobles llaves tenía el Superintendente, y adonde éste á su llamamiento acudía en traje eclesiástico y la dama en el de beata. Estaba situada la casa en las cercanías de las Vistillas con vista sobre Palacio, cuyos régios aposentos podían registrarse con un buen antejo cuando sus balcones estaban abiertos. Aquella tarde de fin de Setiembre, al caer la noche, entró el bien disfrazado Superintendente en la aislada casucha; pero no halló en ella todavía á la dama, cosa hasta entónces nunca acontecida, porque no era el Superintendente personaje á quien pudieran muchos hacer esperar. Aguardó éste sin impaciencia muy corto trecho, durante el cual anoheció y entró en el aposento una criada con un quinqué encendido que puso sobre la mesa, cerrando inmediata y naturalmente las maderas del balcon.

Al concluir las de cerrar presentáronse en la estancia cinco enmascarados, dos de los cuales sujetaron y amordazaron á la mujer, y cogieron la accion al sorprendido, pero no acobardado Superintendente, que permaneció sentado junto á la mesa. El que parecía jefe de aquella gente le dijo, poniéndole delante dos documentos



impresos, y alargándole la pluma de un tintero que, prevenido sin duda, se veía sobre la mesa:

— Tenga V. E. la bondad de firmar ese pasaporte y ese permiso de correr la posta, para que pueda salir de España una persona que no tiene gusto de estar en ella.

— ¿Y qué autoridad es la mía para poner aquí mi firma? — dijo tranquilamente el magistrado.

— Ninguna como presbítero — le respondió el enmascarado — pero si V. E. firma como Superintendente de policía, puede que la del reino se equivoque y deje pasar al viajero.

Y viendo que el magistrado no tomaba la pluma que él le presentaba, díjole resueltamente el enmascarado:

— Sé que juego la vida; pero la de V. E. está en mi mano y ve que me la debe; si con la firma me salvo, con la muerte de V. E. me libro á mí y otros.

El Superintendente firmó sin chistar los dos documentos, mirando primero al nombre escrito en el pasaporte, y despues á los ojos de su extraño demandante, única cosa que de su rostro podía ver.

Firmó el uno y recogió el otro los dos papeles, y dijo al que los había firmado el que los había recogido:

— Tengo tal fe en la palabra de V. E., que si me la diera de darme veinticuatro horas de ventaja no me propararía á lo que voy á hacer; porque estoy convencido de que V. E. lo está de que me debe la vida, y hombres como V. E. no pagan con una villanía una generosidad que tan cara puede costarme. Vamos, pues, á sujetar un poco á V. E. y á dejarle vigilado por veinticuatro horas.

— No podrán ser tantas — observó el magistrado — en cuanto éntre el día será preciso que me busquen y que me hallen, y hasta mañana á las siete podrá usted

llevar doce horas y treinta y seis leguas de ventaja.

Dejóse atar las manos y los piés el Superintendente, y al ver que le iban á asegurar en el sillón en que estaba, dijo:

— Si me dejárais en el sofá, podría conciliar el sueño; al cabo es la primera noche que tengo tanto tiempo de dormir desde que tengo este cargo.

Pusiéronle en el sofá, marchóse el enmascarado, posiéronse los otros dos de centinela y colocóse el Superintendente en el sofá en la postura que halló más cómoda para dormir, con asombro de los dos que le guardaban.

De repente les preguntó:

— ¿No nos descubrirá esa mujer si puede gritar?

— Esa mujer — respondió uno de ellos — ha hecho muy bien su papel, y abajo no hay más que otros dos amigos. La casa tiene un sótano y por él pasaremos á otra casa y á otra manzana cuando salgamos; ¿para qué ocultar nada á personas como V. E.?

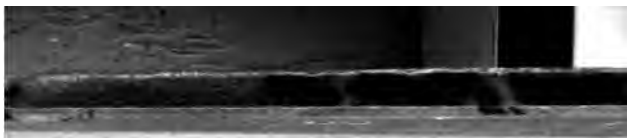
— Está bien, escapad ántes del alba; no os sentiré si os moveis — dijo aquella caballeresca autoridad.

Y se entregó al sueño con la más completa seguridad, al parecer.

III

A las siete y media de la mañana siguiente entró el Superintendente en su casa y en su despacho; tiró del cordón de la campanilla, escribió cuatro palabras en un papel y dijo, dándosele al vigilante que se presentó:

— A Francisco, y que le espero.



Escribió una orden en papel timbrado y unas notas en otro sin él. Antes de un cuarto de hora apareció Francisco; dióle la orden, y á leer las instrucciones, y mientras aquel leía, sacó un puñado de onzas que puso sobre la mesa.

— Señor — dijo Francisco — doce horas que lleva, tres que necesito para salir, y las eventualidades del viaje.

— En las del suyo fio para que le atrapes — observó interrumpiéndole el jefe. — Un caballo mal domado, un postillon borracho, él que no sepa dar alientos á la montura si no es ginete.

— Las mismas contras llevo yo — murmuró el agente.

— Y con hacer tu deber, cumples: hazlo — dijo su jefe.

Partió Francisco y murmuró el Superintendente, cerrando el cajon y poniéndose á trabajar.

— Su fortuna le valga; sentiría tenerle que quitar lo que él me ha dejado á mí.

IV

Francisco corrió sin perdonar fatiga. Hasta Aranda no alcanzó lenguas del fugitivo. Aún le llevaba trece horas. En Pancorbo supo que había llegado con un caballo desherrado; calculó el tiempo y vió que había ganado sobre él cuatro horas; cualquier otro accidente podía hacerle ganar las otras nueve; pero en Vergara ya le dieron un caballo asombradizo y que se plantaba; le rajó los ijares con las espuelas, y le obligó al fin á salir á la carrera; pero se le cansó á las dos leguas, y

le faltaba una para la posta de Villarreal; montó en el del postillon, pero no quería ir solo, y se cansó él de castigarle, y perdió dos horas y media de las cuatro que había ganado.

En Aztigarraga supo que, á consecuencia de una caída, se había detenido á curarse un golpe en una pierna; no le llevaba más que cinco horas de ventaja; en Oyarzun creyó cogerle; pero cuando llegó á Irun hacía tres horas que se había dirigido al puente de Beovia, y no llegó á éste más que para cumplir con su conciencia.

El Superintendente general de policía era mi padre; el que se le escapó Ramon Losada, despues relojero constructor en la calle del Regente, en Lóndres.

Vamos á buscarle allí.

V

Veintisiete años más tarde habitaba yo en París, donde había publicado los dos primeros tomos (únicos) de *Granada*. Fuera por la riqueza del argumento ó por lo que del autor en él se esperaba, se hacían al mismo tiempo que yo lo publicaba tres reimpressiones: una en Bruselas, otra en Méjico y otra en la América del Sur. El tal poema de *Granada* era mi esperanza: mis bienes enajenados podían ser sustituidos por la propiedad de mis obras nuevas, si lograban hacerse populares. *Granada* lo fué por sólo su título, ántes que viese la luz, y las tres reimpressiones iban á hacerme famoso donde quiera que la lengua de Castilla se hablára; pero iban á

hacerme ganar en fama lo que me iban á hacer perder en dinero.

Dionisio Hidalgo, el antiguo gerente de *La Publicidad*, tenía en París una casa de comision de libros, y mis poderes para administrar mis intereses y vender mi poema; pero tenía orden expresa de no vender más que al contado á los libreros americanos y á sus comisionados. Los libros, el fruto y la propiedad del ingenio, son considerados en España y en las Américas españolas, desde tiempo inmemorial, como la hacienda del perdido, como la túnica de Cristo, sobre la cual se echan suertes, como un terreno baldío y que cualquiera puede labrar. Un editor gasta sin pena diez mil duros en la edicion ilustrada de un poema, y hay que arrancarle uno á uno diez mil reales para el poeta que se lo escribe: un empresario da con placer seis mil duros á una bailarina y veinticinco duros diarios á un cómico, que concluye por arruinarle, y lo único que resiste, lo único porque hay que demandarle en justicia, es el miserable tanto por ciento que la ley concede á los autores, y que jamás se ha podido cobrar conforme á la ley.

Yo, que esto sabía, tenía dada á Hidalgo la orden de no soltar ejemplar sin pago ó fianza, sobre todo á los hispano-americanos, nuestros hijos; pero Dionisio Hidalgo, por causas que no hay por qué explicar, vendió mi poema condicionalmente: es decir, con la condicion de que al recibir *allá* el segundo tomo se pagaría el primero, y al recibir el tercero el segundo, y así sucesivamente; condicion que parece justa, puesto que el librero debe de tener seguridad y garantía sobre el autor, pero que *allá* no es más que el pretexto para no pagar; porque sobre la más mínima falta ó tardanza se entabla una reclamacion, se multiplican cartas, se

formulan quejas, y miéntras la marcha del negocio y los convenios se regularizan, se pasan años, se vende ó se reimprime, se olvida, y buenas noches. Vendí mil ejemplares para Méjico á Cipriano de las Cagigas; mil á otro comisionado del centro América, y quinientos á Bandry para Alemania, quienes pagaron sus dos mil quinientos ejemplares; casi todos los otros fueron perdidos.

Visto lo cual, dí el grito de «¡todo el mundo al agua!» y suspendí la publicacion para matar á mis libreros ántes que me matáran á mí.

Quedábanme tres mil ejemplares, cuando Ignacio Boix, que había ido tambien á establecerse en París, me pidió mil quinientos con una rebaja de 35 por 100. Díselos y díome en pago tres mil francos á la mano y dos pagarés de cinco mil, á seis y á nueve meses. Boix pudo establecer el comercio de libros en España, y hacerse el primer editor nuestro y ganar millones; pero tenía un flaco: las mujeres. Catorce días ántes de espirar el plazo de mi primer pagaré vendió á los Garnier, hermanos, el periódico *El Eco de Ambos Mundos*, y quebró. Tenía Boix relaciones, cuentas y créditos con un personaje del carlismo, que había casado en Inglaterra con una mujer millonaria; crédulo yo y mal aconsejado, pasé el Estrecho y llegué á Lóndres con esperanzas de negociar mi crédito con aquel personaje: estaba en baños; no volvería lo ménos en tres meses. Fiado en otro amigo que yo tenía en Lóndres, hice mi viaje con el dinero preciso de ida y vuelta; pero la indecision me entretuvo en Lóndres unos días, y al fin, uno me encontré en medio de aquella Babilonia sin medios para volver á París. La ley inglesa considera al extranjero como un perro; quien allí no tiene dinero,

al declararse insolvente se arroja al Támesis ó va á la cárcel.

Ya comenzaba yo á pensar en el Támesis, cuando una mañana muy temprano, estando aún en la cama, el criado me anunció la visita de un español que deseaba verme; pedí su nombre y me dió el de Ramon Losada, que entró casi detrás del criado en mi habitación. Yo sabía su historia con mi padre, que fué quien me la contó.

Era Losada un hombre alto, enjuto, cejijunto, cerrado de barba y brusco en sus modales. Entró con el sombrero puesto y tomó la silla que le ofrecí, la aproximó á mi cama y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo. — ¿A qué debo, señor Losada, el honor de esta temprana visita?

LOSADA. — ¿Sabe usted la historia de mis relaciones con su padre de usted?

Yo. — Yo no he vivido nunca con mi padre, ni he entrado en mi casa sinó despues de su muerte.

LOSADA. — Pues bien; si yo no me escapo de manos de su padre de usted, probablemente me hubiera hecho ahorcar en la plaza de la Cebada.

Yo. — ¿Y á mí que me cuenta usted de eso?

LOSADA. — Yo le cuento á usted esto, caballero, porque su padre de usted cumplía entónces con lo que él creía su deber, y yo le jugué una de esas malas pasadas que dificilmente se perdonan.

Yo. — Ni soy responsable de las acciones de mi padre, ni me hago cargo de sus créditos de ese género. Sírvase usted decirme claro á qué viene usted.

LOSADA. — Vengo á decir á usted que sé su situación de usted; que le han engañado á usted cuando le han

hecho creer que aquí negociaría dos créditos de Boix, y que yo me creo obligado á satisfacer al hijo por lo que hice con su padre.

Yo. — Suplico á usted por segunda vez que se explique claro.

LOSADA. — Usted es un hombre distinto de su padre; yo le estimo á usted (por esto, por lo otro y por lo de más allá), y tengo á su disposicion quinientas libras esterlinas.

Yo. — Guárdelas usted. Lo que usted en conciencia deba á mi padre, no lo cobra en dinero su hijo.

LOSADA. — Usted no conoce la tierra que pisa; no tiene usted con qué pagar el gasto de este hotel, y aquí el que no paga se deshonorra y va á la cárcel.

Yo. — O al Támesis.

LOSADA. — Oiga usted, señor cabezudo; el Támesis no se sorberá á un hombre como usted mientras viva Losada. Voy á dar órden de que me pasen sus cuentas de usted; y como no puede usted ir á ninguna parte sin dinero, usted vendrá al fin por él á casa de Losada. Ahí tiene usted mi tarjeta.

Y dejándome una sobre la mesa de noche, se levantó.

Lo que no me había ocurrido nunca, me lo hizo venir á la imaginacion aquel hombre. Yo traía conmigo aquella magnífica repeticion de French que mi padre había recibido de los señores Torres, de Bordeaux, pero de la cual no me había acordado, porque jamás había entrado en mi cálculo deshonorra, empeñándola, semejante prenda.

— Espere usted — dije á Losada, y volvimos á anudar la conversacion. — Puede usted hacerme y yo aceptar de usted otro favor. Abra usted esa balija, y hallará

usted una repetición; usted es relojero y conocerá su valor; présteme usted sobre ella diez ó doce libras para volverme á París.

Sacó de mi maleta la repetición, examinóla y dijo:

— Yo no soy prestamista ni usurero. Yo puedo dar á usted el valor total de esta prenda, pero no quedarme con tal garantía por diez libras; usted la rescatará si quiere ó puede, y si no la habrá vendido, pero no empeñado. Dentro de una hora estaré de vuelta.

Y marchóse con la repetición.

Era Losada el mejor y más leal y más caritativo hombre del mundo, pero tenía la manía de hacerse el ogro y el terrible. Fué á casa de French, que vivía cerca de San Pablo, á ver el registro del número del reloj. Tenía éste lo que se llamó el secreto de French; una orla de brillantes en la esfera y otras dos en la tapa posterior y en la caja del cristal. El reloj había costado treinta mil reales, y llevaba además una larga y maciza cadena de oro mejicano.

Dos horas después volvió Losada ocultando la satisfacción de su alma tras de su cejijunto semblante.

— Aquí tiene usted el valor de su reloj. Conozco que usted sabe, y me lo niega, la historia de su padre conmigo. Si por ella no quiere usted ser amigo mio... tenga usted entendido que yo siempre lo seré de usted. Tengo en mi casa muchos libros de usted, y nadie ni nada podrá jamás hacerme no querer á su autor.

Y puso sobre mi mesa de noche un puñado de billetes de Banco, que componía treinta y cinco mil reales.

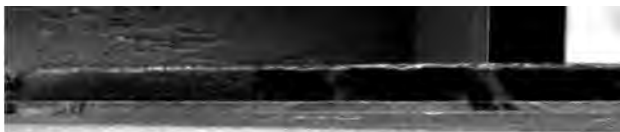
Comprendí la lealtad de Losada; vífiéronseme las lágrimas á los ojos y tendíle la mano. Apretómela él enternecido, y con una delicadeza exquisita me dijo:

— No podemos hablar más por ahora; ¿quiere usted

darme el placer de venir á almorzar hoy conmigo á las doce? Podrá usted partir esta misma noche.

Acepté y fuí, y fuimos desde entónces amigos, y le escribí en América una leyenda que se titula *Una repetición de Losada*, un ejemplar de la cual tenía bajo su almohada cuando murió.

Y muchos españoles le han debido en Lóndres servicios parecidos al que á mí me hizo, y yo lo consigno aquí como hombre agradecido y para contribuir á la buena memoria póstuma de un español á quien todo el mundo ha conocido.



HISTORIA DE MI CONDISCIPULO

JUAN AURELIO RICO DE OROPESA

I



CSTUDIABA conmigo... ó mejor dicho estudiaba él cuando no estudiaba yo, segundo año de leyes en la Universidad de Valladolid. Lo que yo allí estudiaba eran las maravillosas portadas de San Pablo y de San Gregorio, las agujas bizantinas de la Antigua y de San Martin, el Hospital de Esgueva y las demas fundaciones del rico caballero D. Pero Ansurez, entre cuyos calados rosetones y filigranadas cresterías hallé los personajes de las fantásticas leyendas que despues escribí. Estudiaba él el Derecho, y dábale pena de que yo no lo estudiára, y amonestábame cariñosamente y poníase junto á mí en la cátedra para soplarme la leccion cuando el doctor D. Pelayo Cabeza de Vaca, nuestro catedrático, me la preguntaba; pero leíale yo despues mis versos, contábale los argumentos de mis leyendas y explicábale los primorosos pormenores de mis idolatradas portadas; y paraba él en seguirme en mis correrías escuchándome embebecido; y paró más tarde en

descuidar á Heinecio por Juan de Mena y Jorge Manrique, y paró por fin en la peor parada en que pararse pudo, que fué en la de hacer trovas y cantinelas que arrancaban lágrimas de risa á las mismas figuras de piedra de la imaginería de las portadas que yo á admirar le llevaba. Manifestónos públicamente su descontento nuestro doctor D. Pelayo; y hubiéranos negado la certificación del curso á no haber intervenido en favor nuestro la poderosa recomendacion del bondadoso é ilustradísimo rector D. Manuel Joaquin de Tarancon, condiscípulo y grande amigo de mi padre, y consumado humanista, por lo cual no miraba con tan malos ojos mis versos como D. Pelayo. Ganamos, pues, como pudimos nuestro segundo año, y despedímonos en Mayo hasta Noviembre, Juan Aurelio para irse á su pueblo, y yo á Lerma, de cuya Colegiata era canónigo un mi tío materno, que á mi padre, desterrado ya de la Corte, y hospedado en su casa con mi madre y conmigo tenía.

Era mi Juan Aurelio natural de un pueblo cuyo nombre no decía nunca, como si atragantado le tuviera y no pudiera arrojarle del gatzate; de Renuncio era, si vá decir la verdad; pero no era para ser confesado el ser de Renuncio, por ser tal el pueblo como su nombre: nacer en Renuncio era renunciar á tener patria; por cuya razon Juan Aurelio decía siempre que era de Búrgos, y decía verdad, puesto que Renuncio es de esta provincia. Lo que Renuncio tenga de renunciabile, no lo sé yo muy bien todavía; pero algo y áun algos debe de tener, porque há pocos años que traté y ví morir en Roma otro hijo de aquel pueblo, prebendado en nuestros píos establecimientos de Santiago y Montserrat, y llamado D. Santos, el cual no confesó jamás que era de Renuncio hasta que, al renunciar á la vida, tuvo que

decir que en Renuncio moraban sus hermanos y herederos. A Renuncio fué en Mayo, y de Renuncio volvió en Noviembre á Valladolid mi Juan Aurelio, y en Valladolid, y en la cátedra de D. Pelayo, nos volvimos á encontrar para estudiar ó no el tercer año de leyes. Intimando más cada día con él, estimé más, segun las fuí conociendo, las prendas de su carácter. Hijo único de un labrador rico, y heredero de un tío cura y de una tía viuda, setentones ambos y ambos avaros y con fama de tener escondido un doble y bien cebado gato, ofreciase á mi Juan Aurelio un dorado porvenir.

Buen hijo, pero mimado; buen creyente, pero algo crédulo, era un tanto inconstante en sus principios, un si es no es caprichoso en sus propósitos, y confundía fácilmente las prácticas de nuestra santa fe católica con las preocupaciones supersticiosas del vulgo. Yo, que en lugar de los del Derecho leía por aquellos días cuantos profanos libros en las manos me caían, topé con un diccionario infernal francés, más ó ménos expurgado, en el cual estudiaba y del cual le traducí y leía los artículos de las brujas y los vampiros, y los tratados cabalísticos y quirománticos de los alquimistas y demonólogos. Juan Aurelio era un buen latino, pero ignoraba y asombrábase de que yo supiera las lenguas vivas que los Jesuitas me habían hecho aprender en el Colegio; así que atestábale yo el magin de los artículos de magia más ó ménos negra de mi infernal diccionario, y de la magia romántica y poética que rebosan las aún no popularizadas novelas de Walter Scott; y lo que á mí me sirvió para ser al fin un poeta fantástico y legendario tan célebre como pobre, le sirvió á él para dar en el loco más rico y más ignorado de cuantos merecemos un aposento en un manicomio, por haber dado en España á nuestra

imaginación la dirección de nuestro porvenir. Juan Aurelio y yo nos separamos de la más inesperada manera. Despedíme yo de él para irme á mi casa, y fuguéme de ella veinticuatro horas despues; hízome mi fortuna famoso, é híceme yo olvidadizo é ingrato, y no volví más á pensar en mi condiscípulo Juan Aurelio, hijo y vecino de Renuncio.

II

Y pasáronse cinco años sin que uno de otro tuviéramos noticias, hasta que en Setiembre de 1842, al volver del teatro una noche, hallé en mi casa una tarjeta, que decía: «Juan Aurelio Rico de Oropesa, abogado. Calle de Jacometrezo, 21, principal.» Pensé yo en visitarle días despues; pero él, con la imprevisora franqueza de la gente de los pueblos, me despertó á las ocho de la mañana del siguiente día, me molió á abrazos y me llevó á almorzar á su casa con su mujer, de quien ya tenía dos chiquillos que parecían gemelos; una cuñada no mal parecida, con dos ojazos negros que le miraban todo, y un cuñado, estudiante de teología, que tenía siempre bajos los suyos, pero que no perdía tampoco nada de lo que su alrededor pasaba: ambos á dos me hicieron á mí concebir la sospecha de que tenían en el cuerpo el curso más aprovechado de gramática parda, y de que iban á parar en ser en Madrid los dos más astutos pardillos que habían venido á la Corte desde la provincia de Búrgos. La historia de Juan Aurelio era la que, como yo adiviné, habrán mis lectores

adivinado: sus padres y sus tios habían muerto, dejándole sus bien cuidadas fincas y sus bien repletos gatos; habíase casado con la que sus padres, mientras vivieron, no le habían dejado contraer matrimonio, y á instancias de su mujer y de su cuñada venía á establecerse en la Corte con tres mil duros de renta y una taleguilla de onzas para hacer frente á los gastos de instalacion; con la esperanza ademas de casar en Madrid á la cuñada de los ojazos mejor que en Renuncio, y con el propósito de hacer concluir al estudiante su carrera en Toledo, donde, ó en Madrid, pudiera llegar á ser un eclesiástico de provecho.

Abrió Juan Aurelio su bufete, pero nó tuvo muchos litigantes: vino conmigo á los teatros, aficionóse su mujer á los toros; y en resúmen, desde el Setiembre del 42 al del 45 hizo la vida que en Madrid hacen los acomodados de la clase media, rozándose más ó ménos con las ménos y más acomodadas de ella. Tenía entrada por mí en el teatro de la Cruz, para cuya empresa escribía yo; iba á los toros con los redactores de *El Español*, que estábamos abonados á la barrera del tendido quinto; gustábale dar un apretón de manos y un paquete de puros á Cúchares ó al Chiclanero, y echar un párrafo con el picador Hormigo; y no le disgustaba tener un ratito de palique con las figurantas de la *Lámpara maravillosa* y otros bailes en que hicieron maravillas los pintores Abrial y Aranda, y las parejas Rouquet y Bartholomin. Cayéronle una vez cincuenta duros á la lotería, y tomóla aficion; aunque en verdad sea dicho, ni los toros y los toreros, ni los bailes y las bailarinas, mermaron sus tres mil duros de renta; y todos sus excesos fueron aficionarse á los toros hasta comprar la tauromaquia de Montes, escrita por Serafin Calderon,

y aprenderse de memoria la de Pepe-Hillo, de la cual le regalé yo un ejemplar de la primera edicion. Y así feliz y con sus sesenta mil de renta, dejé yo á mi Juan Aurelio al partirme para Francia el 8 de Julio de 1846.

Y murió mi madre el 47, y volví á mi casa de Castilla; y murió mi padre el 49, y vendí mi hacienda, y me volví á París, y me hice á la mar, y no volví á saber más de mi bueno de Juan Aurelio en los veinte años que léjos de mi patria anduve dando tumbos por el mar, tropezones por la tierra, y voces al aire, y versos á las prensas y motivos de andar en lenguas del vulgo, que es en suma lo que se llama vulgarmente hacerse famoso. Volví á España en Agosto del 66. Lloré de placer al pisar mi tierra; prohibióme el secretario del gobierno civil de Barcelona la mitad de la composicion que hice saludando á mi patria; y aunque no contaba yo con que un secretario se atreviera á corregirme mis versos, los publiqué tales como él me los dejó, acatando la autoridad establecida, pero sin comprender semejante exceso literario en la autoridad civil; quien comprendía yo que me prohibiera los versos, pero no que me los corrigiese. Tomándolo, sin embargo, por la buena y aceptando tan nuevas costumbres, seguí adelante; volví á Madrid, conocí á Pedro Alarcon, parecí á unos bien y á otros mal; parecióronme á mí bien todos y todo, ménos el que mis obras diesen tanto dinero á otros y á mí nada; pero como la culpa era á medias mia, por mi falta de prevision y de la ley de propiedad literaria, que no existía cuando yo las escribí, me resigné á escribir otras, y fuíme á Italia á escribirlas, y volví con ellas escritas; y un buen día de 1878 me vino á la memoria que en el núm. 21 de la calle de Jacometrezo, donde yo estaba alojado, había vivido en otro tiempo

condiscípulo Juan Aurelio, y écheme á la calle tras de noticias tuyas, y hé aquí lo que averigué cuando dí con él.

III

La cuñada de los ojos grandes, despues de haberse desbravado, pulido, perfumado y embarnecido, se había hecho una graciosísima muchacha de tez pálida y trasparente, alta de pecho, quebrada de cintura, redonda de caderas, de seguro andar, de atractivo sonreír, por debajo de un bozo sutilísimo que sombreaba su boca provocativa; y se había casado con el hijo de un escribano que se pasaba de listo. El estudiante se había doctorado en Toledo; había dicho su primera misa en la capilla del condestable de su catedral, era teniente cura en una buena parroquia de Madrid, y estaba muy bien quisto en la Vicaría y en la Nunciatura. Su hermana mayor, la mujer de Juan Aurelio, tenía un hijo y una hija de diezinueve y dieziseis años, en lugar de los dos chiquitines que yo había conocido, y á quienes Dios se había llevado. La casa en que vivían era propia y estaba lujosa, aunque un poco anticuadamente amueblada; el capital y los bienes, de cuya administracion estaba encargado el eclesiástico, asesorado por el escribano, se elevaban á más de trescientos mil duros, y mi Juan Aurelio pasaba en su casa, guardado á vista, los meses del año que no había necesidad de encerrarle en no sé qué manicomio de Aragón ó de Cataluña.

Quando dí con su casa y con su familia, ésta le aguardaba en aquélla, y gracias á mi fama y á la curiosidad

que con ella había despertado mi personalidad en sus mujeres y sus muchachos, no tuvieron inconveniente en que yo viera y conversara con mi pobre discípulo; quien, aunque tenía completamente barajado el juicio, no estaba sujeto á accesos de furia ni había peligro alguno en su trato familiar. Lleváronme á su estancia; anunciáronle mi presencia; saltó él del sillón en que tomaba el sol ante un balcon que le tomaba del Mediodía, y echándome los brazos al cuello y besándome con lágrimas, exclamaba:

— ¡Pepe de mi alma! ¡cuánto me alegro de volverte á ver! Pero me encuentras perdido, Pepe, perdido sin remedio.

— ¡Vamos, Juan, sosiégate — le dije yo — nadie está perdido con el capital que me ha dicho tu mujer que tienes; si estás enfermo te curarás; si estás alucinado, te desengañarás; ya estoy yo aquí; vamos, siéntate y hablemos.

— Sí, sí, tú me vuelves á mis felices días; tú distraerás un poco mis últimas horas; pero, Pepe mio, no me volverás la esperanza, yo no tengo remedio; yo estoy perdido, perdido.

— Pero hombre, ¿por qué?

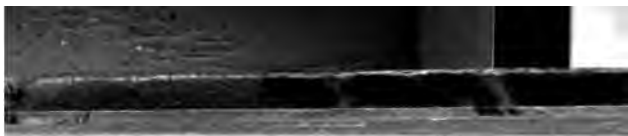
— Porque tengo ya más de trescientos mil duros.

— Con ellos me viera yo para salvarme — exclamé sin poderme contener; á lo cual Juan Aurelio, aterrado y volviéndome á abrazar, como si quisiera protegerme contra algun peligro invisible, me dijo al oído:

— No, Pepe mio, no; ni un real de los que yo tengo te serviría más que para perderte como yo. Estos malditos millones me cuestan el alma.

— ¡Hombre de Dios!

— No, Pepe, no hombre de Dios, sinó hombre del



diablo; por ellos he dado mi alma á Satanás; estoy condenado. Entra, ven, siéntate; yo te lo contaré todo, y verás como no tengo remedio. En cuanto me muera, Satanás da conmigo en el infierno sin remision.

— Vamos, Juan, cuenta, cuenta; puede que yo te la busque.

— Imposible; ya verás: escucha, Pepe.

— Dí, Juan, dí.

Y sentándonos uno frente al otro, y tomando en las tuyas trémulas mis manos, y fijando en los míos sus extraviados y húmedos ojos, comenzó á solas conmigo el relato de su historia; la cual, descartados de ella los suspiros, las interrupciones y las divagaciones de su lunático narrador es como sigue.

IV

—Ido tú, mi querido Pepe—me decía contando Juan Aurelio— quise yo continuar solo la misma vida que contigo hacía; pero la empresa del teatro de la Cruz no continuó dándome la luneta gratis que á tu sombra me daba; los periodistas dejaron de invitarme á ir con ellos al tendido quinto, y comprendí al fin que lo que tu sombra me procuraba me lo iba á tener que procurar en adelante mi propio afán y el dinero de mi bolsillo. Dividióse la compañía del teatro de la Cruz, murió Cárlos Latorre, que me guardaba las atenciones debidas á un tan su amigo como él sabía que yo lo era, y Julian Romea no me recibía en el saloncillo del Príncipe, donde se juntaba gente de más talento del que yo

tengo. Pero como mi afición á los toros y á los teatros rayaba en mí casi en vicio, y como mi mujer y mi cuñada estaban acostumbradas á frecuentarlos, yo las llevaba conmigo y nos divertíamos á tres; pero gastábamos triple, y la lotería no me caía nunca, y las rentas de mi pueblo, que se mermaban no sé por qué cada año, comenzaban á no dar para todo. Mira, Pepe, tú sabes muy bien que el tiempo y el dinero no bastan á nadie en Madrid; y aunque el tiempo lo hacemos los españoles al sol en invierno y á la sombra en verano, cosa que no sabe hacer ninguna otra nacion más que la nuestra, en cuanto al dinero yo no sabía entónces cómo se hacía. Por fin, algunos años despues comenzó á publicarse un *Boletín de loterías y toros*, y excuso decirte que yo he sido hasta hoy su más constante suscriptor. ¡Los toros y la lotería juntos! Mis dos flaquezas, mis dos únicas fruiciones; aunque la de la lotería la gozaba siempre homeopática, porque nunca me habian caido más que seiscientas y cuatrocientas pesetas, y cada año eran más frecuentes las extracciones, más caro el precio y más el número de los billetes. Figúrate tú que el señor director Rivero los aumentó hasta cuarenta mil. ¿Quién diablos iba á acertar entre cuarenta mil un número premiado? Yo no sé cómo los jugadores no han reclamado: una lotería de mil onzas de premio y de cuarenta mil billetes á seis duros, la tengo yo en la misma línea y categoría que un burlote de cien duros; y creo que el mejor modo de apuntar á ambas es con un par de pistolas. Yo no jugué nunca más que á las de diez y seis mil billetes y dos mil onzas de premio, y dos veces me tocaron quinientos duros.

Pero en los toros sucedió lo mismo que en la lotería: conforme fueron faltando los toreros, fueron doblándose

los precios de la plaza, hasta que hicieron la actual, que, como es árabe, creí yo que íbamos á pagar la entrada en ochavos morunos; pero ¡quial! á duro y á treinta reales cristianos con cruz y cara; y que ya no había más remedio que seguir yendo á los toros y jugando á la lotería; porque las mujeres decían que había que vivir como en Madrid se vive, y que si no teníamos bastante, que me metiera en negocios como los demas. Y la verdad es que á los toros era imposible de dejar de ir, porque el *Enano* traía unos artículos tan llenos de sal como de novedades; y comenzaba á llamar á las res cornúpeto y aleluyas á los caballos, y barbienes á los chulillos, y hablaba de guasa y de camelo, y de qué sé yo cuántas cosas que no encontraba yo en los diccionarios que aquí dejaste, y que me dijeron que eran todas oriundas de Málaga; de modo que ya tenía yo envidia hasta de los que volvían de aquel presidio, porque entendían aquella jerigonza. Pues anda que despues vino lo flamenco, y las cantaoras, y las zapateadoras, y los palmeadores y los pateadores y ¡olé! fué Madrid la hospedería de la risa y el almacen de la alegría y del ruido del universo. ¡Y qué compás! Como que le llevaba toito el mundo con piés y manos sobre el pavimento y las mesas, y no quedaba nada completo, ni vecino que durmiera en seis mil metros á la redonda de un café flamenco; y mis hembras, que gozaban y se reían con exposicion de atrapar un aneurisma; pero quien lo atrapó fué mi administrador de Renuncio, adonde tuve que ir á realizar la hacienda que me quedaba por su fallecimiento. En menos de un año... dinero más divertido no se ha gastado en Madrid; pero mi casa quedó hecha un infierno: mi cuñada atizaba á mi mujer, el escribano á mi cuñada, el curita al

escribano, y mi mujer á mí; y yo no sé explicarme, porque aún no me he podido dar cuenta de cómo sucedió, que mi cuñado el cura se fué de mi casa primero, y despues el escribano con su mujer; y yo solo en ella ya con la mia, por ir á los toros y jugar á la lotería conocí el Montepío y diez ó doce casas de empeños, y los cafés en donde se cena á seis reales, y á una porcion de sujetos de cuyo carácter y modo de vivir tampoco me he podido formar idea fija. Ello es, Pepe, que bajé y bajé, y caí tan abajo...

Y aquí bajó tanto la voz mi Juan Aurelio, y me dijo muy bajo cosas tan bajas que me arrasaron los ojos de lágrimas, y despues de una pausa, siguió en voz alta diciendo:

—Y al fin una tarde me salí desesperado, y me metí por el ya desemparedado Retiro, buscando un árbol en que ahorcarme, si no encontraba primero algun amigo que me diera una peseta para comprar un cordel, y le encontré.

V

Florentino Sanz, que sabes que me tuteaba como á tí, me dió una onza, que me dijo que era la última que le quedaba; y advirtiéndome que la muerte del ahorcado era muy rápida y muy deleitosa, por no sé qué que pasaba por la columna vertebral, me dejó junto al estanque chino con una sonrisita que aún no he podido olvidar. Quedéme yo mirando aquel agua donde dicen que Fernando VII pescaba á caña, y no me acuerdo si pensando en la pesca de Fernando VII ó en las mil

pesadumbres que yo había pescado, me pescó el crepúsculo vespertino; y entre la neblina de un anochecer de Febrero empezaron á venírseme á la memoria y aparecerseme en el espejo de la imaginacion aquellas leyendas tuyas del espejo de Cornelio Agrippa de Netthesseim, y de aquel arquitecto de Bruselas á quien un diablo verde dió dinero para acabar un puente; y pensando en tí, y en el diablo, y en tus endiabladas leyendas, y en una diabólica idea que hacía ya meses que me acosaba, recuerdo que dije dándole de bastonazos á un tronco desmochado que á la bajada del Parterre, como un fantasma sin brazos, se destacaba: «Si tú fueras el diablo, debías darme tres premios grandes de la lotería de tres años, y te llevarías un alma buena.» Y seguía yo esto diciendo, descortezando el tronco á bastonazos, sin que me haya podido dar cuenta jamás del estado de mi espíritu en aquella ocasion, porque daba yo mis bastonazos al árbol con ira, con miedo, con esperanza, y en fin, como si estuviera ébrio. De repente me sentí asido por ambos brazos, y me encontré entre los de dos guardas que me llevaron á la Administracion, donde me acusaron de ser yo quien todas las tardes rompía los bojes y desmochaba los árboles del Retiro. Protesté yo, insistieron ellos; declararon en contra mía otros dos empleados que me reconocieron, tomándome sin duda por otro, y escapé por fin dejando de multa cuatro duros de la onza de Florentino. Ya era noche cerrada; subí corriendo por la Carrera de San Jerónimo, y al dar vuelta á la calle del Cármen por la Puerta del Sol, oí la voz agria y penetrante de una vieja que gritaba: «¡El último billete de la lotería! ¡Ciento sesenta mil pesetas para mañana! ¡Doce duros el billete!»

Justos los que me quedaban de la onza; me olvidé de

todo: tomé el billete, di mis doce duros, y metiéndome en el bolsillo del pecho, di con él y conmigo en mi casa, donde había la de Dios es Cristo, porque no había ya un Cristo que nos fiase media libra de garbanzos.

¡Qué noche me hizo pasar mi mujer! pero yo me aguanté y me dormí en una silla con los brazos cruzados sobre mi billete. A las nueve del día siguiente me salí de mi casa sin decir esta boca es mía, y me soplé en el salon del sorteo. La primera bola que rueda por aquel maravilloso alambrado: el primer chico que grita «premio de las ciento sesenta mil pesetas,» y el otro que le responde: «número 12.648.» A las doce, la lista grande, 12.648; á las nueve de la noche, *La Correspondencia*, 12.648. Al otro día, la lista oficial: 12.648. Al medio día era dueño de treinta mil duros; no he podido saber por qué me descontaron dos mil.

Llevé mis treinta mil duros al Banco, dejé allí veinticinco mil; tomé la primera casa vacía que encontré en la calle de Atocha, me la hice amueblar por el más próximo mueblista, y llevé á mi nueva habitacion á mi familia, á quien dije al sentarnos ante una cena traída de los Andaluces de la calle de la Cruz: «Tenemos casa y veinticinco mil duros en el Banco.»

Mi cuñado el escribano, dijo:

— Es preciso que nos encargues de su administracion, porque tú solo vas á dar al traste con tu capital.

Mi mujer dijo:

— Es preciso que volvamos á llamar á mi hermano el cura.

Y mi cuñada dijo:

— Y es preciso que nos llesves mañana á los toros.

Yo había olvidado hasta el día en que vivía, que era

sábado, y ya los toros no eran los lunes, día de los zapateros, sino los domingos, día de jolgorio para todos los cristianos. Fuí, pues, corriendo á abonarme á un palco, y tomé para el resto de la temporada el único que quedaba entre sol y sombra.

Calló un momento para respirar mi buen condiscípulo Juan Aurelio; y mientras él, cabizbajo y absorto, buscaba al parecer en su cerebro ideas y palabras para continuar su narracion, contemplábale yo de reajo, sin poder darme aún cuenta de la causa ni del género de su locura. Salió él por fin de su momentáneo arrobamiento, y siguió diciéndome como más confidencialmente:

— ¿Crearás, Pepe, que desde el palco ví los toros bajo otro aspecto muy diferente del que desde el tendido y las gradas les había visto? Mientras había asistido á las corridas entre aquella multitud, había seguido sus impulsos y sus movimientos; me había embriagado con sus gritos, había participado de su entusiasmo frenético, y había, en fin, dejado á la tumultuosa expresion de sus pasiones arrastrar en sus tempestades mi juicio y mis principios taurómacos, aprendidos en Pepe-Hillo, Montes, el Chiclanero, y hasta en el despernado Tato, última gloria coja del redondel.

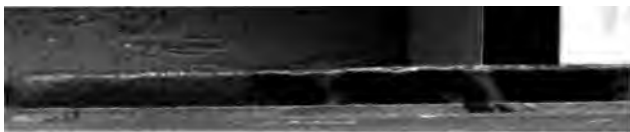
Desde el palco me causó horror y hastío, y hasta vergüenza, la brega desordenada del diestro, que suele preparar á la res con un trasteo compuesto de diez pases de telon, quince naturales, tres de pecho, cuatro arras-trados y dos desarmes, encunándose para una estocada á volapié; la cual, segun mis reglas, sólo merece una res marraja que, aplomada y aculada á las tablas, no acusa el acoso del trapo, previniéndose para arrancar al bulto, demasiado enseñada por un capeo imprudente ó

por una larga ó mal prolongada lidia. Yo, mi querido Pepe, estoy en la plaza siempre en pro de la res que obedece invariablemente á su instinto, y no puedo sufrir que la inteligencia martirice al instinto, cuyas reglas fijas dan á la inteligencia la seguridad de la victoria; es decir, al hombre la de matar la res. Pero, en fin, esto es cuestión de pareceres; y puesto que á muchos parece bien lo que á mí me parece mal, es posible que la razon sea de ellos; mas en lo que no cedo un ápice de mi opinion, es en la de aquellos cinco ó seis mil hombres insultando, silbando y humillando desde lo alto de sus puestos á diez ó doce que están haciendo lo que pueden; es una escuela de cobardía, en la que seis mil están contra quince, olvidando toda la lealtad y la nobleza de que blasona la raza de la nacion, que conserva los toros como resto de su valor y de su gloria tradicionales.

Y aquí comencé yo á creer que estaba efectivamente loco mi Juan Aurelio, porque sólo los locos dicen tan sin cuidado en España semejantes verdades. Así que, sacándole de su imaginario redondel para traerle al terreno positivo de su narracion, le dije:

— Tienes razon; pero no debió ser en la plaza donde te hallaste tus trescientos mil duros.

— No, hombre, no; ahora verás. Como yo no soy hombre de administracion, entregué la de mis dineros á mis cuñados, quienes, el escribano principalmente, contribuyeron á doblarme mis veinticinco mil, mientras yo seguía poniendo á las extracciones de ménos números y más premios. En todo el año no atrapé más que uno de cuatrocientas pesetas; pero en el de Navidad del 76 cogí los doscientos cincuenta mil duros del millon y medio de pesetas.



— ¡Diablo, que fortunon! — dije yo entre dientes.

— No mientes al diablo — exclamó aterrado Juan Aurelio — yo me había olvidado de él en mi casa con diez criados y dos carruajes, y butacas en el Real, y palco en los toros... cuando una tarde que volvía de dar solo por el Retiro un paseo, volví á toparme de manos á boca con Florentino Sanz, cuya vista me recordó la onza prestada, y la ocasion y el origen de mi fortuna. Díle noticia de ella y quise devolverle su onza, con las necesarias satisfacciones por mi olvido; pero él me dijo despidiéndose de mí con aquella sonrisita que no he podido olvidar ni digerir: « Guárdala, hombre, guárdala; yo no quiero ya una onza por la que el diablo te ha dado tantos millones; » y me dejó plantado á la bajada del Parterre, frente al sitio en que ya no estaba el tronco seco, desde cuyo centro oyó y aceptó sin duda mi propuesta Satanás.

VI

— Dirigíme al guarda — siguió diciendo tras breve pausa mi Juan Aurelio — y preguntéle por el árbol: hízome él repetir mi pregunta y marcarle el sitio en que el árbol estuvo: díle yo además las señas del color y forma de su desmochado tronco; y el guarda, despues de mirar la acacia jóven plantada en su lugar, exclamó: « ¡Ah! Sí, sí, señor; ya caigo en qué árbol era el por el que su mercé pregunta: sí; le descuajamos há ya dos años Celipe y yo; y cuando le serramos al través en cuatro para poderle rajar al hilo con el hacha, chirriaba,

y sudaba y se resistía como un condenado; y luego, al quemarle, no daba más que humo, que nos sofocaba dentro de la caseta. Sí, señor, sí; ya caigo: era el árbol más malo que había en todo el parque, y por eso nos le dieron: pero el demonio que hiciera nada de su maldita madera.»

Al juntar yo las palabras de aquel hombre con las de Florentino, me ocurrió por primera vez una idea inconcebible, y preguntéle, acosado por ella, si creía que dentro de aquel árbol podía haberse alojado el demonio.

— ¿Y qué te respondió el guarda? — pregunté yo á Juan Aurelio, comenzando á concebir su situación y su locura.

A lo que él contestó, recordando con terror la respuesta del taimado guarda, que era sin duda de alguno de los pueblos de al rededor de Madrid, en donde nacen los más redomados pardillos de España:

— Pues díjome aquel hombre: «Mire su mercé, señor, ahora caigo en que sólo teniendo el demonio dentro del cuerpo, como su mercé sospecha, podía aquel tronco resistirse tanto al hierro y al fuego.»

— Y tú, mi pobre Juan, comenzaste á dar vuelta en tu cerebro á semejante idea...

— Y no me dejaba ni dormir ni reposar, Pepe; comencé á andar insomne y ayuno: y no pude ocultar mi preocupación á mi familia, y un día se lo revelé á mi mi cuñado el escribano.

— ¿Y qué te dijo?

— Me contempló asombrado un momento... y llamó á mi cuñado el cura.

— ¿Y qué te dijo éste?

— Que era un caso de conciencia, y que era necesario consultarlo con quien supiera más que él; que era

preciso no volver á jugar á la lotería, ni ir á los toros, y tomar un confesor entendido y mudar de vida.

— Y decía bien.

— Si; pero el escribano decía por su parte que todo era una tontería; que no era yo el primero á quien había caído dos veces un premio grande; que el diablo no andaba por ahí metiéndose dentro de los árboles; que lo que yo necesitaba era distraccion, y que en suma, mientras que no me cayeran tres premios grandes no estaban cumplidos los términos de mi oferta ni había motivo para suponerlos aceptados por el diablo; y que lo mejor era no pensar más en ello y que yo siguiera jugando un billete en todas las extracciones, hasta que me tocara otro premio grande. El cura lo consultó con muchos teólogos, de los cuales me decía el escribano que no hiciera caso; y el caso no se atrevía, á la verdad, á resolverlo ninguno de aquéllos, y yo, con disgusto de ellos y de mi cuñado el cura, y con visible contentamiento del escribano y de las mujeres, seguí echando á la lotería y llevando con él á los toros á su mujer y á la mía, de quienes no tuvo límites el placer al verse abonadas un palco de sombra como dos duquesas.

— Mal hecho, Juan Aurelio, mal hecho; debiste seguir los consejos del cura.

— Lo mismo hubiera sido: yo ya estaba condenado, Pepe, y por cualquier camino me hubiera seguido el diablo. Escucha y verás.

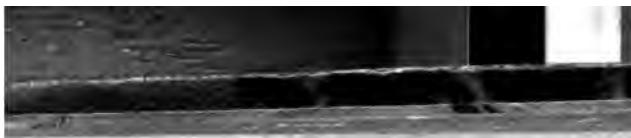
— Dí.

— Echando á la lotería, y yendo á los toros, y leyendo *El Enano* y mis tauromaquias, se pasó año y medio sin que me cayeran más que cuatrocientas pesetas; y ya iba yo olvidando la historia de la onza de Florentino y del árbol desmochado, cuando no sé por qué fiesta se

dieron en 1.^o de Julio una corrida de toros y un sorteo extraordinarios. La extraccion era de cuarenta mil billetes á mil reales, y sus dos premios grandes de á trescientos mil y de á ciento cincuenta mil duros, y la corrida de ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de aquellos retintos, chatos y cornicortos de la antigua ganadería que perteneció á Gaviria. Aquellos retintos hacía ya años que no se presentaban en la plaza; el anuncio de su lidia me rejuveneció de veinticinco años; se me antojaba que iba á volver á la cuerda de aquel tendido quinto con Espronceda y Villalta; y con Luis Bravo y Enrique Gil y Cayetano Cortés, y que ibas á estar tú por allí acerca con Fernando Vera y Miguel de los Santos, y que allí, detrás de vosotros, en el tendido, iba á volver á encontrar á Cárlos Latorre con el espadachin Eusebi, y el ronco Elías Noren y el ingenioso pintor Aranda y los dos Guzmanes, y hasta me acordé de aquellas dos bailarinas sevillanas y de aquellas dos muchachas aragonesas que vestían de manolás con más collares y más cadenas...

— ¡Hombre, hombre, Juan Aurelio! — dije yo á éste, cortándole el hilo de unos recuerdos que temí que iban á echarle en brazos del delirio de su locura.

— Haces bien, Pepe, en atajarme — dijo Juan Aurelio, cayendo desde su alegre desvarío en una profunda tristeza — dejemos nuestras juveniles memorias y vengamos á mi presente desventura. Aquel día, 1.^o de Julio de no sé ya bien qué año, habíamos determinado pasarlo entero fuera de casa y en los alrededores de la Plaza de Toros. Tenía yo desde el día anterior en el bolsillo del pecho de mi levita mi billete núm. 2.828, número de felicísima combinacion, en el cual los dos doses parecen dos ochos recortados, y los dos ochos dos



doses añadidos; sumando siempre dos veintiochos ó dos ochenta y dos, segun al derecho ó al revés se lean, aplicándoles aquellas reglas cabalísticas de los cálculos de tus libros demonológicos, que se perdieron en un empeño de honor. A las cinco de la mañana salimos el escribano con su mujer y yo con la mía en un coche con cuatro mulas, un mayoral y un zagal, para la Alameda de Osuna, en donde teníamos encargado un almuerzo campestre, que alegremente devoramos á la sombra de unos olmos y á la orilla de una fuente; y bien almorzados, columpiados y divertidos, nos volvimos á Madrid calculando la hora de caer á tiempo en el circo taurino, como se llama hoy á la morisca Plaza de Toros. Eran las cuatro, el calor excesivo, el aire sin un pelo, la entrada llena, el bullicio inmenso y la cuadrilla hacía ya su entrada en la arena cuando abríamos nuestro palco. Una onda circular de mantillas blancas, pañuelos de seda y abanicos de todos colores se agitaba sobre la multitud apiñada en los palcos y en los tendidos, y todo era grana y azul, y oro y plata en el redondel. Una corrida de toros, Pepe mío, lo que no se ve más que aquí, y lo que vas á ver, como lo ví yo aquella funesta tarde, origen de mi desventura y de mi condenacion.

El primer toro era uno de los retintos de Gaviria, bien armado, buen mozo, cenceño y voluntario, pero sin poder; no deshonoró la ganadería, pero no hizo más tampoco; el público le vió sacar por el arrastradero sin pena y sin gloria, diciendo *¿Y qué?*

En el intermedio, y miéntras los monos sábios le enganchaban al balancin de las mulas, una voz resonó en la plaza y otra en el corredor de los palcos, gritando — ¡La lista grande! ¡Los dos gordos en Madrid! — Lancéme al corredor, compré el papel cuajado de números,

y mientras en la entreabierta puerta contemplaba con ojos desencajados al par por el temor y la alegría mi número 2.828, colocado en segundo lugar y premiado con 150.000 duros, habían soltado del chiquero un Veraguas, berrendo y botinado de negro, que en un santiamén había dejado en la plaza dos caballos despanzurados, un picador descostillado, y un muchacho que se metió al quite, y á quien le había quitado de delante volteándole como á un dominguillo, sin sentido, á diez pasos detrás de su cola; la cual mosqueaba escarbando y husmeando la tierra, buscando con dos ojos como áscuas un objeto móvil sobre quien arrancar. Cuando yo me asomé de pechos á la barandilla del palco con la lista grande en la mano, todos los espectadores aullaban de pié, y alargaban los puños, y amenazaban con los bastones á la cuadrilla, que, sobrecogida de un instantáneo pavor, tenía abandonadas aquellas bestias muertas y á aquellos hombres heridos, entre los cuales se había emplazado la res, amenazando recargar y hacer trizas un hombre vivo ó una bestia muerta.

Entónces, acosado por la idea del premio de los tres millones, que atestiguaba mi condenacion, y por aquel espectáculo de sangre y de tumulto, iluminó mi cerebro una misteriosa intuicion, y se presentaron patentes á mi comprension las mil secretas miserias, las mil escondidas infamias, las mil ignoradas ruinas y las mil insondables desesperaciones de aquella multitud compuesta de los que habían empeñado su última alhaja, sus últimas y más necesarias prendas, su sueldo del mes, su jornal de la semana y de los usureros que les habían dado por ellos la cuarta parte á dos reales mensuales por duro, y de los rateros y de los estafadores que habían aliviado los bolsillos de los distraídos y

burlado la confianza de los amigos de buena fe, para venir en coche á aquel espectáculo de tumulto y de sangre, y comer despues en la fonda, y perder por fin la noche en un café flamenco con una venal manceba, mientras la mujer y los hijos legítimos amanecen en vela y ayunos en la desmantelada casa, junto á la cama, sin el ya empeñado colchon y sin esperanza de pan para el día que clarea. Porque los millones que gasta un rico, aunque sea en los vicios que con ellos sostener puede, siempre redundan en provecho de muchos pobres, para quienes son regalos los desperdicios del pródigo; pero el despilfarro de la clase media y los vicios del pobre no mantienen á nadie, ni conducen más que á la vergüenza, á la miseria ó al crimen. Todo esto concebía yo allí intuitivamente, como si el demonio me lo pusiera patente; y allí se me figuraba que veía y que allí estaban gritando como energúmenos, y satisfechos de hallar en quien cebar su vengativa desesperacion, los treinta y siete mil perdidosos de los cuarenta mil jugadores de la lotería, cuyos tres millones del segundo premio tenía yo en mi bolsillo, representados en el número 2.828 de mi billete; los honrados menestrales, los jornaleros menesterosos, los artesanos y empleados con mezquinos sueldos, quienes, no pudiendo jugar más que décimos entre diez ó veinte jugadores cotizados y repartidos, no pueden ganar más que centésimas partes de los premios que aciertan; de donde resulta que las loterías pueden doblar la fortuna de los ricos, pero nunca sacar al pobre de su miseria.

Y allí, entre ellos, y en aquel inexplicable vértigo mio, veía yo como si leyese sus historias escritas en sus frentes, la del empleado destituido, la del menestral desalojado por el casero, la del jornalero despedido,

la del mercader arruinado y hasta la del futuro suicida, por haber querido vivir sosteniendo vicios y diversiones más costosas que su haber. Y encima de aquel anillo móvil, viviente, vociferante, y excitado y exasperado por la doble embriaguez de la pasión y del peligro, encima de aquella muchedumbre que olvidada de la ley vigente, de las conveniencias sociales y hasta de la cortesía humana, denostando frenética á la autoridad porque no se los daba pronto, pedía bramando y rugiendo hombres y caballos que entregar á aquella pujante y emplazada fiera; encima de todo aquello, y destacándose sobre el azul del firmamento, me bailaba delante de los ojos, y sobre la línea negra del caballete del tejado de la andanada de palcos fronteros al mío, una trinidad fantástica, inconcebible é inexplicable, compuesta de Florentino Sanz y sus dos quevedos; el que realmente existió y el creado por él en su magnífica comedia; y aquellas tres figuras inquietas, flotantes y burlonas que, confundándose las tres en una y dividiéndose la una en tres, palmoteaban y pateaban á lo flamenco, y enviaban á mis oídos por sobre el clamoreo del público que pedía furioso caballos y hombres, estas palabras que al entrar en mis oídos sacudiéndome el interior del tórax, como si fueran puñetazos interiores que dieran en mi esternon mis pulmones:

—¡Olé por los barbianses que tienen al diablo por padrino!

Y sintiendo por primera vez un ruido como si me rompieran cien cañas en el cerebro, y en mis oídos una música lejana de campanas y violines, me desmayé, atacado por primera vez del accidente que los médicos han calificado de epilepsia, y en uno de los cuales ten por seguro, Pepe de mi alma, que Satanás se la llevará.

— Delirios, Juan, delirios — le dije yo. — Tú estás afligido por una de esas afecciones nerviosas, casi desconocidas de nuestro abuelos, y tan comunes en nuestro siglo, en el cual vivimos á escape, y sufrimos casi en la juventud los achaques de la vejez; pero, en fin, yo supongo que, conocido tu mal, habrás puesto remedio á él, comenzando por olvidarte de los toros y de la lotería.

— ¡Quíá! Yo soy más español que Riego y la Virgen de Atocha; y en lugar de ir al palco, desde donde veo la plaza bajo ese aspecto fantástico, me he abonado á la barrera del tendido quinto, donde tengo á mi espalda al pueblo, y no veo más que el redondel, y allí... ¡Olé por los barbianes!

Y esto diciendo, y excitado sin duda por los esfuerzos del ejercicio oral de su narracion, cerró los ojos, extendió los brazos buscando apoyo, y á impulso de involuntaria contraccion muscular, haciendo un mohín horrible, perdió el sentido.

No me quedaba duda; mi pobre Juan Aurelio estaba atacado de epilepsia. Aquel acceso duró apenas un minuto; pero era la muerte segura en un plazo más ó ménos lejano.

Al volver á la vida mi pobre condiscípulo, sacudiendo poco á poco el breve atolondramiento en que sus ataques le dejaban, me dijo, estrechando afectuosamente mis manos entre las suyas:

— Ya lo ves, Pepe mio, no hay remedio para mi cuerpo ni para mi alma; mi familia me rodea de cuidados y de atenciones, administra mis fondos y subviene á todas mis necesidades y caprichos, y á mi gasto en los toros y en la lotería; porque si me cayera por cuarta vez el premio grande, dicen que sería prueba contra

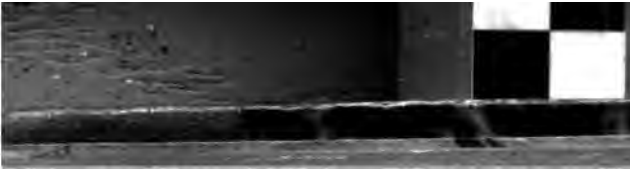
el diablo, que no da más de lo que se le pide. Así que, mientras, estoy resuelto á no tocar un perro chico de mi dinero, ni á testar de unos millones cuyas monedas han de convertirse despues de mi muerte en hojas secas como las de Cornelio Agrippa. Si no por eso, Pepemio, yo te daría quince ó veinte mil duros para que imprimieses tus obras completas, te despidieras de los editores y no murieras en el hospital ó en el manicomio, porvenir que no tendría nada de extraño que el diablo te deparára.

En este punto entraron en el aposento las dos mujeres y los dos cuñados; quienes, haciéndome señas á espaldas de Juan Aurelio, me obligaron á despedirme tiernamente de éste; diciéndome despues que me habían separado de él ántes de que le acometiese otro acceso de epilepsia, del que le veían amagado por el exceso de nuestra conversacion, que comprendí que habían escuchado é interrumpido á propósito.

VI

Várias veces volví á visitar á la familia de Juan Aurelio, pero ya no logré volverle á ver.

En el verano del 78 supe por mis editores Montaner y Simon, de Barcelona, que su familia se había establecido en aquella ciudad, y que él estaba muy malo en el manicomio de San Boy; y el 26 de Enero del corriente 79 recibí su papeleta de defuncion y la súplica en ella de encomendarle á Dios. Mi pobre amigo Juan Aurelio había confundido la poesía fantástica de mis



leyendas y las supersticiones de los libros de cabalística, nicromancia y demonología, que yo le había dejado, con las sencillas creencias de nuestra santa fe; había tomado los toros por expresion de nuestra gloria caballeresca, el capricho del azar por intervencion del diablo, y la supersticion le había conducido á la duda, la exaltacion nerviosa á la descomposicion cerebral, y luégo á la epilepsia y al manicomio y á la sepultura, y sus parientes le habían heredado *abintestato*.

Cuando la semana pasada tropecé en mi pupitre con su papeleta de defuncion, me ocurrió escribir su historia; y hoy al concluirla, me ocurre la siguiente reflexion: la mitad de los españoles tenemos aún en nuestros cerebros mal deslindadas la fe y la supersticion; tomamos por expresion y tipo de la gloria y del carácter nacionales el espectáculo de los toros y por arte lo flamenco; y tenemos, en fin, por estrella de nuestra esperanza el premio gordo de la lotería de Navidad...

No soy tan loco que añada una palabra más de lo que me ocurre sobre el porvenir como consecuencia de esta reflexion.

CORRESPONDENCIA

AL DOCTOR D. JOSÉ DE LETAMENDI

I

AL empezar esta carta, mi querido José, no recuerdo muy bien el motivo principal que á dirigirtela me impulsa; pero es posible que lo recuerde ántes de concluiría. Comienzo loco te parecerá tal vez éste; pero

de poeta, de médico y de loco,
dicen que todo el mundo tiene un poco.

Lo que yo tengo de poeta anda por ahí impreso en libros, y lo que de loco tengo, si esos mismos libros no lo probáran, bastará para probarlo el loco comienzo y la loca narracion que pienso hacerte en esta epístola, donde lo que tengo de médico voy á decirte, miéntras á las mientes me vuelve la trasmemoriada razon de esta correspondencia.

Un día de los del vigésimotercero año de mi vida me ocurrió tener que matar á un hombre en una leyenda, y no sabiendo cómo matarlo bien, determiné estudiar un poco la anatomía del cuerpo humano. Aprendí de ella lo que los poetas meridionales aprendemos de todo;

lo suficiente para no confundir las tibias con los omoplatos, ni el hígado con los pulmones. Después de haber visto pintados en las ilustraciones de los libros de Anatomía los detalles exteriores é interiores de nuestros miembros y vísceras, quise estudiar algo del natural; y después de mucho miedo y de no ménos asco, logré familiarizarme con los cadáveres, como se familiariza cualquier buen español con ver pisarse las tripas á los caballos en la Plaza de Toros.

No tuve empero paciencia para hacer un completo curso de anatomía, y me contenté con darme algunos meses á la frenología, y dí en tener en mi mesa una calavera, sobre la cual sabía darme la importancia de hacer alguna observacion más ó ménos craneoscópica; pero tuve al fin que devolverla al cementerio, porque ninguna criada quería arreglar mi cuarto ni pasar por él á mi alcoba para hacerme la cama. Con esto y con la amistad que me unió en mi juventud con el doctor Avilés, con el viejo Codorniu, y con Pepe Calvo y Martin, de quienes aprendí cuatro fórmulas de recetar y á poner unos cuantos vendajes, me dí por suficiente instruido, y conservé de mis estudios la afición á tener amigos médicos toda mi vida. A los veintinueve de ella me fui á París á estudiar árabe, del cual sé tanto como de anatomía y materia médica; y mientras allí empezaba mi morisco poema de Granada, allí trabé amistad con el jóven doctor M. Julio Delmas, con quien fui algunas veces al Hôtel-Dieu, y con quien anduve en discusiones y observaciones sobre un raro caso que traía entre manos. Una señora ya entrada en años, y á quien como á su ya difunta madre quería, padecía una especie de hipertrofia en el bazo, que resistía á todo método y tratamiento medical. Delmas concibió la idea fija de

hacerla la abstraccion completa del bazo, para cuya operacion se estaba preparando con estudios, consultas y experiencias. En este tiempo tuve yo que hacer un viaje de algunos meses á Bordeaux, y cuando volví á París y á casa de Delmas, me encontré en ella con una media docena de animales que no tenía ántes de mi partida. Un día, enseñándome un hermoso gato blanco y una liebre que comían en dos sillas á su mesa, me dijo:

— Ya los ves qué contentos andan, qué tranquilos comen y qué gordos están; pues no tienen bazo; para nada lo necesitaban.

Yo no sé lo que haría Delmas con su enferma; pero él tenía trazas de vaciar todos sus animales para estudiar la extraccion del bazo de aquella buena señora. Cuando me separé de él algunos meses despues, no lo había intentado todavía.

En el trascurso de ellos me presentó á Ricord, á cuya cátedra asistí de oyente algunas veces, y á la cual dejé de ir desde que presencié en el anfiteatro una operacion de aquel primer carnicero de París (*premier charrentier*), como dió en llamar el vulgo á aquel famosísimo operador.

Tratábase de un hombre que tenía una horrible cáries en el lado derecho de la mandíbula inferior, y había Ricord propuesto sacarle todas las muelas, aserrarle la parte cariada de la mandíbula y sustituírsela con una de boj que tenía ya preparada, por las medidas que el doctor le había dado, un ebanísta tan jónen como diestro que á su servicio tenía. El anfiteatro estaba lleno de estudiantes y de espectadores; el individuo estaba amarrado á la mesa de operaciones; los practicantes alerta y en torno de ella, y yo en una de las galerías altas, con

unos buenos gemelos de teatro, para no perder el más mínimo pormenor de la operacion, que empezó Ricord explicando con la mayor calma lo que iba haciendo. Todavía no se había adoptado la aplicacion del cloriformo. El enfermo bramó al sentir el bisturí dividirle en tres el carrillo, y al contacto del aire en sus descubiertos huesos; los practicantes ponían nieve en la herida y recogían la sangre con esponjas; Ricord aserraba y arrancaba los huesos cariados, explicando su operacion en voz tan alta como los berridos del paciente; el ebanista midió, corrigió, pulió y acomodó su pieza de sustitucion; Ricord asentó sobre ella la dividida carne y cosió la piel como los chicos el cordoban de una pelota; y al cabo de veintisiete minutos, desde el sexto de los cuales el paciente había perdido el sentido, mandó á los practicantes que le volvieran á la cama, diciendo con la más francesa seguridad: *Messieurs, si la fièvre ne survient pas, je répons de l'individu* (señores, si no sobreviene la fiebre, yo respondo del sujeto). La operacion trajo la fiebre, y el operado murió al segundo día; pero la responsabilidad del operador quedó á salvo, puesto que él previno su condicion « si no sobreviene la fiebre. » La culpa fué de ésta.

Otro día me preguntó Delmas:

— ¿Tú no has visto nunca galvanizar un cadáver?

— Nunca — respondí.

— Si quieres verlo, M. Velpeau tiene uno que nadie ha reclamado de la Morgue, y te llevaré conmigo á ver su experiencia.

Acepté yo, y nos citamos para las dos de la tarde en el pasaje du Saumon; Velpeau vivía en la calle de Montorgueil.

El cadáver estaba cubierto con un paño sobre una

mesa de mármol en plano inclinado, colocada en medio de una sala. Unas quince personas, todos individuos de la docta facultad, conversaban en grupos en torno de ella; y el dueño de la casa, ayudado de otro jóven, preparaba una pila de Volta y todo lo necesario á la cabecera de la mesa, la cual no cubría el paño que estaba plegado sobre la cara del cadáver. Comencé yo á calcular dónde me colocaría de modo que lo que yo suponía que iba á ver no me sorprendiese, y que no me alcanzase ninguno de aquellos cuatro remos inertes que el galvanismo iba á poner en movimiento; y resolví colocarme á los piés de la mesa, desde donde vería sin riesgo de una sorpresa que pusiera en ridículo al español profano ante aquella sábia y francesa gente. Comenzó la operacion: descubrieron el cadáver; era el de un mancebo de veinte á veintitres años, que se había metido en la cabeza una bala por el parietal derecho; la muerte había sido instantánea, y no había en su fisonomía contraccion ni señal de sufrimiento; era un misterio social que dejaba sin explicar un suicidio.

Contemplaba yo aquella cabeza juvenil de Antinoo y las correctas proporciones de aquel cuerpo de mármol blanco como el Apolo del Belvedere, y pensaba con honda tristeza en la madre desolada, en la hija huérfana ó en la esposa viuda (que de él no sabían, pues no le habían reclamado) fijos mis ojos en su inmóvil cuerpo, sobre cuyos nervios y músculos no ejercía aún su accion el poder misterioso del galvanismo. A poco parpadeó, descubriendo y volviendo á cubrir sus dos pupilas fijas y sin mirada; yo apoyé mis manos en la mesa, y esperé con pavor, fijos mis ojos en su semblante: de repente hizo una mueca indescriptible, abriendo desmesuradamente los párpados, y contrayendo y dilatando

los labios, extendiendo los brazos y los dedos, y sacudiendo todo su cuerpo como para incorporarse á impulso de una contraccion de la columna vertebral; y mientras yo contemplaba absorto el fenómeno de la galvanizacion en la fisonomía movilizada por ella, el cadáver, resbalando por el plano inclinado, tocó con sus piés mi pecho, y yo dí, al retirarme despavorido, con la cabeza en la pared, excitando la hilaridad de aquellos graves doctores, que era justamente lo que había tratado de evitar. Salíme corrido y amedrentado de aquella casa, de donde sacaba mi merecido por meterme á sobresaliente en el anfiteatro.

A las pocas semanas volví á España para orar sobre la tumba de mi madre; y cuando en 1849 volví á París, ya huérfano y desheredado, ya no encontré á Delmas; á cuya vida me dijeron que había puesto fin una bala perdida delante de una barricada del faubourg Saint-Denis, asistiendo á los heridos una noche de 1848; pero no era cierta felizmente tal noticia: Delmas viajaba por Alemania ampliando sus estudios sobre el bazo, y su familia vivía esperándole en el departamento donde radicaban sus escasos bienes paternos.

El frío excesivo del 49 encrudció unas anginas de que padecí desde un enfriamiento cogido al salir acalorado de dar leccion de equitacion del picadero del Seminario de Nobles. La condesa de Nujac me envió al famoso doctor homeópata Cabarrús, nieto de nuestro más famoso conde de Cabarrús, y médico de todos los y las cantantes, actores y actrices y bailarinas célebres de aquel entónces. El doctor Cabarrús, cuya hermosa figura, flexible carácter y esmeradísima educacion le hacían el médico más simpático para sus enfermos, que hablaba correctamente várias lenguas, entre ellas la

española, y que conocía mis obras, que le había regalado mi editor Baudry, me abrió su casa, me presentó á su hija, que era la más preciosa y poética criatura que había entónces en París, y me convirtió á la homeopatía librándome de mis anginas, no sé si por la virtud de su belladona ó por la de las abluciones y baños fríos, que he continuado usando por espacio de veintitres años. Rompí relaciones con los alópatas, leí á Hahnemann y á Hering, compré tres ó cuatro botiquines y me hice acérrimo defensor de la dinamizacion, los glóbulos y las dosis infinitesimales. Un día fui convidado á comer por el doctor Vicente, español emigrado y establecido en una quinta de Montmorency. El doctor Vicente era alópata, y sus cinco comensales eran de la facultad. La familia del doctor era amabilísima, y los franceses son los mejores compañeros de mesa. Se comió sin etiqueta, se bebió sin exceso, y yo, que hablo el francés sin maldita la aprension, tercié en la alegre conversacion con éxito inesperado. El doctor preguntó á sus comensales, ante el Champagne, qué les había parecido su poeta castellano; declaráronme los franceses galantemente por *homme d'esprit*, y me honraron con un brindis bien colmado y un prolongado aplauso. Entónces el taimado del doctor Vicente les dijo:

—Pues para que vean ustedes lo que son los hombres de talento en todas partes; este poeta tiene una flaqueza, una aberracion inconcebible: ¡es homeópata!

Una carcajada homérica acogió semejante revelacion.

Amostacéme yo con esto un poco, y dóblaron ellos su hilaridad.

—Vamos á convencerle; vamos á convertirle—dijeron.

—Yo me dejo convencer—repuse—y estoy dispuesto á dejarme convertir; pero nada de argumentos

ni de discusiones: estas embrollan las cuestiones en lugar de aclararlas: ejemplos, hechos y nada más, franceses míos.

— Hechos, hechos — exclamó el que había ocupado, sin duda por su mérito y categoría, la cabecera de la mesa. — Allá van.

— ¡Vengan! — exclamé yo.

Y comenzó él así su alegato:

— En la última invasion del cólera, el 184..., sus amigos de usted, Cabarrús, Perry, Vidal y Nuñez, que se hallaban en París, pidieron al Gobierno salas en cuyos enfermos ensayáran sus medicinas. Concedióselas el Gobierno en sus grandes hospitales, y trajéronnos sus glóbulos y sus tinturas; pero como nuestros estatutos prohíben la ingerencia en nuestros departamentos de profesores extraños y que no hayan ganado sus puestos por oposicion, tuvieron que dejar sus medicinas y sus diagnósticos confiados á nuestra administracion, bajo sus instrucciones. Nosotros comenzamos por tirar por la ventana sus globulillos, sustituyéndolos con otros inertes de simple azúcar de leche. Pues bien; fué tal el efecto del poder de la imaginacion en los enfermos, que no tomando más que agua pura no murieron más que el 17 por 100, miéntras que de los asistidos con verdadera medicina llegaron hasta el 40 por 100.

— Pues bien, señor doctor francés — contesté — yo estudié lógica en el colegio, y hé aquí la consecuencia que saco del hecho por usted aducido; el cólera no mataba más que el 17 por 100, y hasta el 40 los mataba la medicina. Por eso soy homeópata; porque, suponiendo que la homeopatía no es nada, el enfermo curado por ella lucha con sólo la enfermedad, libre de los errores de la ciencia del médico y del boticario; y como la enfermedad

la ha hecho Dios ó la naturaleza, si es usted materialista, con sus crisis y resoluciones, el enfermo en manos de Dios tiene las 99 en pro de su salvacion.

— ¡Diablo de poeta! — exclamó el francés — cualquiera que no estuviera firme en sus convicciones puede que vacilára ó le diera la razon.

Veo, mi querido Letamendi, que mi carta se alarga más de lo que yo alargarla me propuse, y aún no he podido recordar qué era lo que quería decirte en ella cuando me resolví á escribírtela; voy, pues, á tomarme una semana para trabajar mi maldita memoria, y espero que en una segunda carta, ni á mí me quedará nada por decirte, ni á tí que saber de tu desmemoriado amigo.

II

En 1869 tuve el placer de hacer amistad contigo, y te hablé de un doctor Vidal, á quien había yo tratado en París y de quien tú me dijiste que no tenías noticia alguna. Viéneme aquí como rodada una ocasion de recordar breves pormenores del paso por la tierra de aquel viejo catalan, buen hombre, buen médico y buen cristiano; y plugiera á Dios que este miserable escrito mio llegára á ser tan leído y famoso como si por el mismo Cervantes lo hubiera sido, para que la memoria de aquel hombre honrado viviera tan largo tiempo como tengo yo para mí que merece.

El doctor Vidal era de la escuela de Barcelona, de donde han salido tantos y tan buenos profesores en la oscura y difícil ciencia de curar. Tenía cincuenta y seis años cuando le conocí en 1853, y la cabeza completa-

mente calva por su parte superior, y circundada por una corona de cabellos grises y rizados que se la orlaba de sien á sien por su parte occipital. Su estatura era mediana y su cuerpo robusto y ágil; sus ojos pequeños, pero perspicaces y luminosos, y lucían más en su semblante lleno de cicatrices y costurones, por haberse renovado á pedazos la piel y la carne de aquella ya casi desbarbada faz, á causa de una enfermedad de la más honrosa procedencia.

El doctor Vidal había pasado muchos años en los Estados Unidos. Nunca he sabido ni la razón de su viaje y estancia en América, ni la época en que allá fué y permaneció; porque el doctor Vidal hablaba no más que lo necesario, y no respondía jamás á preguntas oficiosas ó inoportunas; porque él, que era la discreción y la honradez personificadas, jamás las hacía; pero bien puedo jurar que nada había en su vida que le obligara á ocultar ni á desfigurar el hecho más mínimo de ella. Sé que en Nueva-York y en Filadelfia había ejercido la medicina despues de haber sufrido los competentes exámenes, y que sus relaciones con Hering y otros homeópatas anglo-americanos le habían conducido á adoptar el sistema homeopático, despues de haber tenido que enseñar el francés, el español y las matemáticas para subvenir á los precisos gastos de su subsistencia. Comprenderás, por lo que en seguida voy á escribirte de él, el por qué y el cómo no había podido jamás hacer fortuna. El doctor Vidal era el hombre más formal y severo del mundo: sus hechos eran hijos de sus convicciones: lo que sabía lo sabía bien, y cuando se encargaba de un enfermo no admitía discusión ni resistencia, ni transigía con sus caprichos, ni con las complacencias de su familia ó de los que le cuidaban. O se cumplían

al pié de la letra sus prescripciones, ó se despedía de la casa; ni esquivaba la consulta con otros médicos, ni le asustaba la discusion; pero inflexible en su rectitud, ni cobraba grandes honorarios aunque se los diesen, ni permitía, sin protestar, que los exigieran los médicos que con él tropezaban. Llevando en su cerebro un caudal riquísimo de ideas, y un gran fondo de virtud sin-cera en su corazon, hablaba bien en cualquiera lengua de las que sabía, y no se mordía la suya para decir la verdad, por difícil que fuera de decir ó arriesgada la ocasion en que la dijera.

Una noche, en una asamblea anual de los profesores de su sistema, les dijo, despues de un discurso que fué creciendo por minutos en vehemencia: « que él se despedía de su asociacion porque ya habían transigido con la avaricia, estableciendo farmacias en las cuales se vendían los medicamentos y se tasaban las recetas á precios más altos que en las farmacias alopáticas, y porque habían olvidado que la medicina era un sacerdocio, poniendo precio á sus visitas, exigiendo honorarios fijos por sus consultas y traficando, en fin, como los charlatanes con la salud pública y con la buena fe de la humanidad doliente. »

Como no era este, en verdad, el modo de entrar en discusion, ni de atajar la introduccion de los abusos en toda práctica de institucion ó de ciencia humanas, el doctor Vidal tenía pocos amigos, pocos enfermos, escasísima proteccion y casi ningun crédito. Respetado por cuantos le conocíamos, no era favorecido por los que favorecerle podían, y sólo era llamado por los pobres y los artesanos; de aquéllos no recibía honorarios, y de éstos sólo los que creía al alcance de su escaso caudal. Hombre sóbrio, comía sólo carne asada, patatas

cocidas y huevos; y como dormía sólo seis horas, tenía tiempo de estudiar, de asistir á los hospitales, de dar lecciones de idiomas y de cuidar de los enfermos que traía á su casa, en las cuatro camas que para ellos tenía dispuestas; porque su caridad era evangélica é inagotable, y perpétua su constancia en el estudio. Había ensayado en sí mismo y en sana salud, segun las indicaciones de Hahnemann, una porcion de sustancias medicinales, cuyas dosis había aumentado segun convenia á las observaciones de su amor á la ciencia, y no segun se lo aconsejaba la conservacion de su propia salud; así que habiendo sufrido la intoxicacion de no sé qué veneno animal, de no sé qué reptil de las regiones americanas, había pasado una larga enfermedad, á manera de lepra escamosa, que él se había curado perdiendo dos pedazos de piel y de carne, que daban á las de su rostro el aspecto de rastro de una grave y extensa quemadura.

Tal era por dentro y por fuera, es decir, en alma y en cuerpo, el venerable doctor Vidal; su rectitud y su amor á la ciencia, á la verdad y al prójimo, eran en él un fanatismo, una especie de locura; pero es fuerza convenir en que eran un fanatismo sublime y una santa y evangélica locura. Jamás quiso aceptar de mí más que mi compañía, ni quiso jamás quedarse á comer con mi mujer y conmigo, tal vez porque los días que la hora de comer le cogía en mi casa era porque él no tenía en la suya comida más que para sus enfermos. De éstos ayudaba yo á cuidar á aquel honrado doctor, y con su docta conversacion me complacía, y holgábame de aprender algo con él de aquella ciencia que ni estudié ni aprendí jamás, pero á la cual y á cuyos profesores he tenido siempre una curiosa aficion.

Y sucedió que un día del otoño del 53 ó del 54 en que el cólera se desarrolló por tercera vez (si no me equivoco) en París, volviendo de su visita el doctor Vidal, y encontrándome yo en su casa, noté en él á su llegada la coloracion terrosa (paraticianosis) que caracteriza los primeros síntomas de la invasion colérica.

Contempléle yo fijamente, sonrió él de un modo incomprendible aún para mí, y díjome:

— Sí, dentro de una ó dos horas tendré el cólera, y no me pesa: lo tenía previsto. Vamos, hágame usted el favor de llamar á M. Guyot y á su cuñado miéntas tengo tiempo de dar á ustedes mis instrucciones.

M. Guyot era un ebanista á quien el doctor Vidal había asistido en sus enfermedades y en las de su familia, y quien le había hecho en ratos perdidos una magnífica caja de medicinas, que contenía en ocho departamentos ochocientas tinturas y diluciones preparadas y clasificadas por el Dr. Vidal: el cuñado de M. Guyot tenía una tienda de mercería en la misma calle de Clichy, en donde el doctor habitaba, y aquella caja era el único mueble de lujo que en su estancia se veía. Cuando volví, á los diez minutos, con los llamados por el Dr. Vidal, ya la cianosis era en su faz visible para el más ignorante, y la exudacion viscosa, los calambres en las extremidades, y la presion en la region epigástrica comenzaban á ser más que perceptibles para mi pobre Dr. Vidal, quien tenía un papel escrito de su puño sobre su-mesa, y nos dijo:

— Lean y firmen eso miéntas yo me acuesto.

Y comenzó á hacerlo en la cama que enfrente de su mesa tenía colocada.

El escrito, que muy de antemano lo estaba, decía en resúmen que en la prevision de ser atacado por el cólera,

y queriendo ensayar en sí mismo un medicamento especial, era su voluntad que le asistiese yo solo, ateniéndome al diagnóstico é instrucciones minuciosamente pormenorizadas que en un adjunto cuaderno me dejaba, y que M. Guyot y su cuñado M. Denis debían firmar como testigos aquella declaracion suya, que debía servir *en todo evento* de abono y garantía personal.

Vacilé yo en aceptar tan grave responsabilidad; pero la enfermedad necesitó tan presto tan pronto auxilios, que el día se pasó en cuidar al enfermo, mis dos testigos se constituyeron en mis ayudantes, y yo, sirviéndome de la instruccion escrita en el cuaderno del doctor Vidal, comencé casi inconscientemente á cumplir su voluntad. El del cuaderno era un trabajo minuciosísimo y de maravillosa precision: á todos los síntomas de todos los períodos de la enfermedad, estaban marcados los medicamentos, en diluciones, que había de administrar; encargándome la calma y la observacion tranquila para evitar el miedo de la responsabilidad. Al fin de cada párrafo me había puesto una nota por este tenor: «No se asuste usted por tal ó por tal otro síntoma: en éste, tal medicamento; en el otro, tal,» etc.

Pretencioso é impertinente sería pormenorizarte el curso de una enfermedad que tú conoces mejor que yo, y cuyos pormenores no son para escritos: la del doctor Vidal siguió su período álgido lenta pero inatajablemente, sin obedecer á ningun medicamento, hasta la extincion de la voz, la respiracion y latidos del corazon casi imperceptibles, la desaparicion del pulso, y, en fin, la insensibilidad física y moral: esto á las once de la noche del tercer día.

Para este caso me ordenaba en su escrito el doctor Vidal:

« En una cucharada grande de agua destilada, echa-
rá usted siete ó nueve gotas del contenido del fras-
co 299, que hallará usted apartado en mi pupitre; y
forzándome á abrir la boca en postura supina, me
hará usted deglutir la cucharada del líquido, no se-
parándose de mí hasta convencerse de que he efec-
tuado la deglucion, y esperará usted el efecto de cinco
á diez horas. Si sucumbo, romperá usted el frasco,
vertiendo en tierra y al aire libre su contenido.»

Colocaron supino al doctor entre M. Guyot y mon-
sieur Denis, y separándole yo los trabados dientes con
un cuchillo, derramé en su boca la cucharada, esperé
á que poco á poco se efectuase la deglucion, y me es-
panté y me arrepentí de haber hecho la voluntad del
Dr. Vidal. Permaneció éste inmóvil once minutos,
al cabo de los cuales estremeció todo su cuerpo un li-
gero temblor, y un ténue suspiro hizo borbujar en el
fondo de su garganta las últimas gotas de la cuchara-
da, y quedó inerte y comenzó á enfriarse.

Yo dije á M. Guyot que fuese á buscar al Dr. Ca-
barrús; M. Guyot me dijo que él tenía mucha fe en el
doctor Vidal, y que puesto que decía que se esperasen
de cinco á diez horas, al amanecer se avisaría á Ca-
barrús. Continuamos aún una hora observando al doc-
tor Vidal, y no hallando en él síntoma alguno de al-
ivio, ni aun de vida, les dije:

—Me parece que esto se concluyó.

Y envié á su casa á M. Guyot y á su cuñado, que
tenían necesidad de trabajar al día siguiente. Cubrí y
abrigué sin esperanza al doctor, me senté á su mesa,
que estaba debajo de una ventana enrejada, á través de
cuyos cristales se percibían las estrellas, y abrí una
Biblia, en la cual no pude leer un versículo, porque

los gritos de mi conciencia y el miedo me turbaban la razón y la vista. El cansancio pudo al fin más que mi miedo, y ahogó la voz de mi conciencia, y el sueño rindió mi cabeza sobre el libro y cerró mis ojos, cuyos párpados humedecían las lágrimas.

Cuando me desperté el sol estaba ya sobre el horizonte, y me despertaba con la conciencia de que algo que mis oídos habían percibido era lo que me había despertado. Recordé mi situación y tuve miedo, convencido de que había pasado la noche con un muerto; me arriesgué por fin á volver la cabeza, y ví inmóvil bajo las ropas el contorno del cuerpo y las prominencias de los piés y de la nariz del doctor Vidal, cuya cabeza había yo cubierto con el embozo de la sábana superior. Sentí que el terror me paralizaba, y no podía separar mis ojos de aquel lecho, á través de cuyas ropas veían el cadáver del amigo desfigurado y descompuesto ya por la horrible muerte del cólera; pero de repente una alegría mayor que el miedo me hizo saltar de la silla; descubrí la cabeza del doctor y le hallé inundado en un sudor copioso; á la impresion del aire atmosférico suspiró débilmente y abrió poco á poco los ojos, cuya indecisa mirada apercibía aún mal los objetos. Fijóse al cabo en mí, reconocióme, sonrió y me dijo:

—El sueño me ha hecho mucho bien, y me siento mejor; me parece que el lunes podremos ver á nuestros enfermos.

Era mártes; contaba con dos ménos los días de su vida; pero entraba franca y rápidamente en el período de la reaccion.

Avisé á Cabarrús, á quien conté lo sucedido y quien se encargó del Dr. Vidal; pero yo, al librarme del afan

febril de mi responsabilidad, me sentí sin fuerzas para continuar á su cabecera. Sentí un malestar indefinible: el Dr. Cabarrús me condujo á mi casa en su *coupé*, y yo me acosté, persuadido de que tenía el cólera. Escapé de él felizmente con un sueño letárgico de catorce horas y un descanso de dos días.

Hé aquí lo que sacó mi petulancia de haberme metido en tan científico atolladero.

Al cuarto día el Dr. Vidal se levantó, y al quinto salió en coche á visitar; pero despues de dos meses me dijo cabizbajo y apesadumbrado:

—Ni uno solo de los enfermos á quienes he administrado el medicamento... se ha salvado. ¿Hizo usted exactamente lo que le ordenaba mi cuaderno?

—Rayé con lapiz todas las líneas de lo que hice hasta las siete gotas del frasco 299.

—¿Y á cuántas horas de habérmelas administrado sobrevino la reaccion?

—No lo sé; yo se las dí á usted á las once de la noche, y... francamente... me dormí hasta las seis de la mañana.

—Pues no lo comprendo — dijo el doctor despues de un momento de reflexion.

Cinco meses más tarde se despidió de mí y fué al Havre á embarcarse para la Habana en compañía de una familia rica que necesitaba un médico para la travesía. Cuando en Noviembre de 1859 fuí yo desde Méjico á la isla de Cuba, unas Hermanas de la Caridad me contaron la honesta vida y la santa muerte, y me mostraron la modesta tumba del doctor Vidal. En la paz de su gloria le tenga Dios, y ojalá que por estas líneas sea su memoria venerada entre los hombres.

¿Tú crearás, mi querido Letamendi, que el caso, y

la partida y la muerte por fin del Dr. Vidal me curaron de mi manía, y escarmenté, y cesé de mezclarme en los negocios y de empeñarme en la amistad de los doctores sus colegas? Pues ahora verás y te reirás de mí.

Desembarqué yo en Méjico á primeros de Enero de 1855. A lo que yo iba y por qué no esperaba volver de allí, no es ahora del caso; pero como tú vivirás probablemente más que yo, lo encontrarás en mis memorias póstumas, escritas en el album que me regaló el Ateneo de Madrid; el cual he destinado á contenerlas, para no impacientar y quitar el tiempo con él á todos los hombres de algun valer, como lo han hecho conmigo los y las que con los suyos importunan á todo el género humano. En Méjico rodó mi vida de tan extraña manera, que mis mejores y más asíduos amigos fueron médicos, y la mayor parte catalanes, como por sus apellidos conocerás: el doctor Tort, los dos hermanos Puig y el doctor Sanchíz, valenciano, que es por la fabla lemosina lo mismo casi que catalan. Tuve empero entre estos españoles un doctor Garroni, italiano, y un doctor Clement, francés, por amigos; y puedo decir de este último que por hermano. Era éste, como normando, listo y de clarísimo talento, de universal instruccion, de conversacion amenísima y de tanto conocimiento del mundo como sábio en su facultad, y sobre todo atrevido y habilísimo operador. Bueno y caritativo como el doctor Vidal, y capaz como Delmas de meter mano en las entrañas de cualquiera á quien alguna de las suyas no hiciera muy buen servicio. Tenía Clement dos hijas, de esmeradísima educacion, que hablaban las principales lenguas de Europa, que cantaban como la Sontang, tocaban el piano como dos Santas Cecílias, tenían la

cása de su padre como una taza de porcelana, y que, sin ser hermosas, eran con su trato el más honesto de-leite de los hombres de buena sociedad. Clement era viudo; no tenía más que dos pasiones, su ciencia y sus hijas; y con él y con ellas comía yo una ó dos veces por semana cuando habitaba en la ciudad, lo que no era continuo. Clement tocaba vários instrumentos, y había añadido á un piano vertical unas láminas de cristal, unidas por dobles mazos á su encordadura, que producía unos sonidos de tan armoniosa combinacion como de extraña novedad.

Una *soirée* en casa de Clement, era un trasunto del Paraiso. Clement y yo nos teníamos por locos recíprocamente, y nos perdíamos en las más locas disertaciones sobre globos y locomocion aérea, geología, mineralogía y ciencias ocultas, en todo lo cual era él mucho más instruido y más versado mil veces que el ignaro poeta que te lo escribe. Admiraba yo su destreza operatoria, y llevábame él á veces consigo para explicarme algun caso raro ó para que le ayudase en esos servicios en los cuales es útil á un operador hasta el último estudiante de primer año; como asegurar el globo de un ojo cuya catarata hay que batir, lavar y retorcer y fajar el ombligo de un recién nacido, ó recibir en la jofaina el zaratan felizmente extirpado, cosas que no necesitan más que fuerza de voluntad y de estómago. Clement recibía y operaba una vez por semana á los pobres en su casa, y en ella y en estos días era cuando se servía de mí como de su más humilde y resignado practicante, seguro de mi pasiva obediencia y de mi pasiva aceptacion de todas las ingeniosas pullas y las cultas chanzas de que en estos casos me hacía objeto.

Una tarde, en su recepcion de pobres, operaba como

in anima vili en un indio atacado, mejor dicho, roído por un virus contagioso, una de esas horribles enfermedades con cuya inoculación el inoculado lleva consigo á sus quehaceres la destrucción en vida de su carne. Clement, con su audacia y su destreza de operador, había resuelto hacer la ablación de varias partes de su rostro, que el individuo tenía ya privadas de vitalidad. Teníamos al indio sujeto de piés y manos en el sillón; tenía-le yo la cabeza, y sufría él con el estoicismo propio de su raza los progresivos ataques del bisturí y de las tijeras de Clement. Éste, al comenzar su operación, había dicho que el indio necesitaba tapas, punteras y tacones, y hábale ya cortado la parte derecha del labio superior, haciéndole otro artificial con un losange de la piel del carrillo, aduciendo la observación de que con aquella piel no le faltaría el bigote; hábale echado abajo la nariz, haciéndole otra con un triángulo de la piel de la frente, muy chata y con un sólo agujero para la respiración nasal. El indio sufría sin chistar y yo comenzaba á sentirme mal, cuando Clement, atacando con el bisturí su ceja derecha, vacióle el ojo derecho como el de un besugo, y me lo puso en el recipiente que yo tenía en mi mano izquierda.

Quedó horrible el indio con aquella cavidad cónica, sangrienta y vacía; y en este punto de la operación entró el ayuda de cámara á anunciar la visita del ministro de Italia, cuyo carruaje habíamos sentido parar á la puerta de la casa.

— Que pase — exclamó Clement.

Y entró en la antesala el diplomático italiano, á quien Clement dijo con la más cortés imperturbabilidad:

— Sírvase usted pasar á la sala con mis niñas mientras concluyo con mis clientes; pero permítame usted

que le presente de paso al famoso poeta español Zorrilla, que me sirve de practicante.

Miróme sorprendido y saludóme un si es no es amostazado el elegante y joven florentino; devolvíle yo el saludo en silencio y enrojecido de sonrojo; pasó él al salon, soltó Clement la carcajada, y yo, dejándole continuar sus operaciones con el criado, me fuí despechado á lavar en la fuente del inmediato comedor.

Dos horas despues entraba por los linderos de la hacienda próxima á la capital, en donde me hospedaba, sobre mi pobre caballo bañado en sudor, y no volví á la ciudad en toda la temporada de verano, por no renovar el recuerdo de la ridícula posicion en que me había puesto mi afan de meterme en lo que no entendía.

Ríete de mí, mi querido Letamendi; pero más te reirás cuando en mi tercera carta veas lo que en su primera quería decirte tu viejo amigo.

III

Te he dicho que en Méjico me hospedaba en una hacienda próxima á la capital, y que tuve allí amistad con el doctor catalan D. José María Tort. De mi estancia en aquella y de mi trato con éste, voy á darte breves pormenores.

Dista aquella hacienda tres leguas de la ciudad de Méjico; y aunque en España bastára para mantener á una familia, tenía el jefe de la que me hospedaba como puramente de lujo y de recreo; llamábanla los vecinos del inmediato pueblo de San Angel *La Haciendita*, y había la bautizado su primer poseedor con el nombre vascongado de Goicoechea, que nadie pronunciaba

correctamente, y quien más se le aproximaba decía Guicochéa. Consistía en una casa de dos patios y de dos pisos, un jardín, una huerta de media legua de extensión, cercada de tapias, conteniendo diez y siete mil piés de diversos frutales, y unos terrenos de magueyal adyacentes. El piso bajo, que formaba el primer patio, era una fábrica avanzada cubierta de espaciosas azoteas con vistas á Oriente: su segundo piso se elevaba sólo sobre su fábrica posterior, con balcones al Poniente sobre el jardín y la huerta, y con ventanas enrejadas al Oriente sobre las azoteas ó terrados. Puesta al arranque de la subida del monte de las Cruces, respaldada por las faldas de la Sierra-Madre, y recogiendo las aguas de sus vertientes, la haciendita era un oasis de frescura y salubridad. Desde sus avanzadas azoteas se veía todo el encantador panorama del Valle de Méjico, cuya capital, de blanco y rojo caserío, dentellado de agudos campanarios, se destacaba sobre el fondo azulado de las catorce leguas de agua de las lagunas de Chalco y de Tezcoco, como las ciudades de marfil que labran los chinos en esas maravillosas cajas, en las cuales nos envían los comerciantes de Canton un abanico de sándalo ó un pañuelo de nipsis de inconcebible labor.

En el piso bajo estaban el salon de recibimiento y las habitaciones del propietario y de su numerosa familia: las habitaciones del piso superior estaban destinadas á los huéspedes que los días festivos venían de la capital: eran una série de habitaciones atestadas de camas, una crujiá de piezas sucesivas, cuyas dos extremidades cerraban al Sur la habitacion del administrador y al Norte la mia: la suya sobre las caballerizas, el tinacal, el establo y los gallineros; y la mia sobre el jardín y la loma escueta, primer escalon de la montaña; esto es: al Sur

la labor, el producto, la prosa positiva; y al Norte las flores, el aire vivífico por ellas embalsamado, el cielo purísimo, la luz, la poesía de la faz de Dios á través del sol y de los millares de estrellas de aquel cielo sin nubes, sin nieblas y sin caligine; pabellon trasparente de un valle colgado, como un pensil babilónico, á siete mil piés sobre el nivel del mar. Subíase á las habitaciones superiores por un caracol que desembocaba en la tercera pieza, cortada por un cancel que franqueaba é incomunicaba con el mio los vacíos aposentos de la derecha, dando por la izquierda paso á la antesala de mi cuarto; cuya descripcion de una y otro te voy á hacer, porque es necesaria para tu localizacion en la escena ridícula y temerosa que voy á narrar.

Esta antesala, sin mueble alguno, tenía al Poniente una ventana que conservaba sus puertas de balcon lo había sido, y que cerraba hasta metro y medio de altura la fábrica de un magnífico comedor saliente al jardin y añadido á la casa por su propietario mi hospedador. Por aquella ventana se salía al terrado del comedor, ostentosa pieza aislada por sus tres lados, alumbrada por diez grandes ventanas de medio punto y tres puertas avidrieradas; diez vanos laterales y tres de frente que la inundaban de luz espléndida y de ambiente cargado de aromas. Frente á la ventana se abría en esta antesala la maciza y barreada puerta de las azoteas, habitadas y defendidas por cinco enormes perros, á los cuales se tenía por bestias domésticas, porque ladraban incesantemente en aquella hacienda *pro domo sua*, pero á los cuales podía tenerse por bestias feroces por su rara vez acreditada domesticidad. En la pared de frente al caracol se abría la puerta de mi cámara; pieza cuadrada, con un balcon á la izquierda, con vista al jardin y

al comedor, cuyo muro lateral derecho formaba ángulo recto de Oriente á Poniente con el de mi cuarto y de la série de deshabitadas habitaciones que corrían de Norte á Sur. Mi ajuar se componía de un ordinario catre de red con dos gruesos colchones de riquísima lana, una anchurosa y antiquísima mesa de despacho adosada á la pared del Norte, una de noche entre ésta y mi modesto lecho, un armario-cómoda entre el balcon y la puerta, un lavabo de agua perenne á los piés de la cama, y una percha entre la puerta y aquel ángulo, de cuya percha pendían la escopeta Lefauchaux, el revólver americano y los avíos de caza, aumentados con un saquillo de balas, por si la caza se tornaba en escaramuza, segun las costumbres de los países habitados por nuestra inquieta raza; *talis pater...*

Y en aquel aposento, aislado del ruido y de la alegría de aquella rica y bulliciosa familia, pasé yo cuatro años largos, mi querido Pepe, y una vida muy distinta de la que el vulgo de allá y de acá suponían; una existencia ahitada de deleites de Cápua; extranjero tolerado en una tierra casi enemiga de España, desterrado voluntario de ésta en busca de una muerte que creí segura en aquélla, encerrando en mi corazon hondos pesares, que aún me atormentan, y en mi cerebro amarguísimas memorias, que nunca se borrarán de la mía. ¡Cuántas veces, apechado en la baranda de aquel balcon orlado de clemátidas y de bignonias, perfumado por los jazmines, las magnolias, los cactus y los huele-de-noche, entre aquel pedazo de florida tierra y aquel giron de estrellado cielo, he pasado largas horas con los ojos arrasados de lágrimas, esperando que atravesára bajando del cielo aquel ámbito de salubre atmósfera, el ángel silencioso de la muerte, miéntas el son de la

música, el rumor del baile y las palabras de los brindis llegaban á mis oídos desde los salones y el comedor de aquella alegre casa, en donde yo sólo era extranjero y yo sólo era mirado por mi reputacion como un pájaro extraño, arrojado por el viento de una tormenta á aquella region, que no era la suya! Allí conocí al leal y modesto doctor D. José María Tort, de las universidades de Barcelona y de Montpellier, el cual, con la sinceridad y abnegacion del español cristiano, dejaba su clientela de la capital para acudir en auxilio de aquella larga familia y numerosa servidumbre, en los tiempos en que las epidemias ó las enfermedades de la estacion no permitían á otros médicos, más célebres ó más interesados, correr tres leguas y perder seis horas para asistir á un individuo ó á un siervo de una familia amiga, á la cual no exigía extraordinaria remuneracion por tan extraordinario servicio. Tort y yo paramos en muy íntimos amigos; tenía yo todas las consideraciones que su saber y carácter merecían, y tenía él toda la gratitud que creía deber á un hombre que le ayudaba en la ocasion á unir los huesos de un brazo roto y le sustituía á la cabecera de un enfermo, seguro de que durante su ausencia no le faltaría el servicio del practicante más exacto y obediente á sus prescripciones; y ejercíamos á medias la medicina y la caridad, él como jefe y yo como delegado; sabedor él de que yo no había de abandonar al moribundo por miedo ni asco á un varioloso, á un tifoideo, cuyas emanaciones contagiosas apartaba de mí Dios, en cuyas misteriosas determinaciones no estaba la de mi muerte al lado de allá del Atlántico. Este era el lazo de mi amistad con el Dr. Tort: mi respeto á su ciencia y mi caridad, basada en una ignorada desesperacion. ¡Oh delicias de Cápua!

Quedábame yo solo en una hacienda meses enteros, miéntras la familia vivía en otra ó en la capital, y administraba yo las prescripciones del buen doctor catalan á los indios en sus chozas y á los campesinos en sus rancherías. Dejábame él sus instrucciones por escrito, avisábale yo por un propio de los casos extremos, que tenían algunas veces funesto desenlace entre las oraciones y los brazos de un buen fraile francisco, capellan de la casa desde su exclaustracion. ¡Oh delicias de Cámpua! Cuantas veces, despues de acompañarle por entre las miserables barracas á auxiliar á bien morir ó á enterrar á un pobre, volvía yo á asomarme y á llorar, diciendo á Dios desde mi solitario y enflorado balcon: *Domine, usque quo?*

Y sucedió que un día, estando en aquella casa toda la familia, subió á mi cuarto un ebanista que en la hacienda trabajaba, laborioso maestro tomado á sueldo por el propietario, y que para él había hecho primorosas obras de ensambladura y de incrustacion, el cual me pidió un poco de tabaco para despejarse la cabeza, que dijo que sentía pesada. Observéle un momento, y la divagacion de su mirada, el abatimiento que su faz pálida demostraba, me infundieron una sospecha, en que me confirmó su boca pastosa, su pulso acelerado, su tosecilla incipiente, y la sed y cefalalgia que me acusó. Ofrecíle unas gotas de acónito, pero no quiso tomarlas porque le había dicho no sé quién que todos mis frascos contenían venenos; y tomando el tabaco que á pedirme había venido, fuése dándose por servido; pero dejándome en la conviccion de que el tabaco que iba á sorber no atajaría la invasion del tífus que sus síntomas acusaban. Bajé á poco á su taller, donde á las dos horas no bastaron para hacerle permanecer ni su mora

al trabajo ni su fuerza de voluntad. Acostóse por fin, y á las cuatro de la tarde, habiendo sobrevenido las náuseas, los cólicos y los infalibles ruidos de la fosa iliaca derecha, previne al dueño de la casa que tenía en ella un caso de fiebre tifoidea, y que haría bien en volverse á la ciudad con sus hijos y su familia, enviándome al doctor Tort, víctima en estos casos de mi manía de entrometerme en sus atribuciones científicas y caritativas.

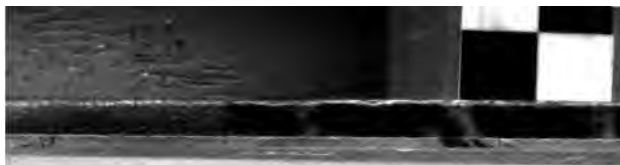
Dejéronme en Goicoechea con el inconsciente enfermo, el caritativo franciscano y el administrador con su servidumbre, y á la mañana siguiente llegó á las ocho el honrado catalan Tort, quien calificó de fiebre tifoidea la enfermedad. Trasladamos al paciente á la tercera habitacion del segundo piso, separada de la mia por mi antesala y el caracol, para aislarle y tenerle á mi cuidado; y siguieron mis caballos canelos trayendo y llevando á Tort cada dos días, sin que sus medicinas pudieran impedir á la enfermedad entrar en su segundo período; y aumentando sucesivamente el estupor, la sordera, la postracion y el delirio, y apareciendo por fin las petequias, las escaras y la exudacion, el buen padre ex-franciscano se tuvo que encargar de encomendar á Dios su alma, que abandonó su carne enferma al undécimo día de la invasion del mal. Acosó el miedo, inherente á semejantes casos, á los habitantes de la hacienda; ayudáronnos una buena india y dos medrosos criados á amortajar el cadáver; lavaron el cuarto con el agua del depósito de la azotea, y llevándose la cama, las ropas y los muebles de la tercera pieza, colocaron el muerto en su caja en mi antesala sobre una mesa; encendimosle cuatro cirios, velóle el fraile las primeras horas, y al cabo, á las once, quedó el cadáver en mi antesala, y

recogióse el padre en su aposento del piso bajo, y acostéme yo en el mio, rendido del cansancio de seis noches de insomnio; y en ese vago intermedio de la vigilia y el sueño, en las dos ó tres veces que entreabrí los pesados párpados, ví que me servía de lamparilla la luz de los cirios, que por debajo y por los intersticios de la carcomida puerta metían en mi aposento los desgarrados rayos de su trémula claridad, que no me impidió caer pronto en un profundo cuanto necesario sueño.

En lo mejor de él sentí que despertaba sobresaltado, con la conciencia de haber sentido rumor en la cámara mortuoria. Escuché, y percibí algo que no me expliqué; pero al mirar instintivamente á la puerta, me apercibí con terror de que un cuerpo opaco interceptaba á intervalos la claridad que pasaba por debajo de ella, como si álguien pasára entre mi puerta y los cirios. Yo tengo muchísimo miedo, mi querido Letamendi, pero tengo ménos miedo que vergüenza y que fuerza de voluntad; trémulo, pero resuelto, apliqué un ojo al hueco de la cerradura, por el cual no podía ver más que los bordes del centro de la caja, colocada en medio del aposento; pero miré y escuché con cuanta atencion me dejaba mi miedo y me permitía mi temblor: seguía percibiendo algo que se movía; pero nada pasaba entre mi vista y los cirios, y sentía más claro á cada mómto aquel algo de que no me podía dar razon. De repente apareció en mi visual, y al otro lado de la caja en que el cadáver estaba depositado, una cabeza chata y belluda, con la cual se vino á rozar otra de cortas y empinadas orejas, y mi miedo se dobló y se centuplicó al comprender que los cobardes indios no habían cerrado al irse la puerta de la azotea, y que los perros estaban husmeando el cadáver. Comprendí que si aquellos feroces animales

llegaban á encentar la carne muerta, yo no podría impedir el destrozo del cuerpo, ni con mis gritos, que nadie podía oír, ni con mis esfuerzos inútiles contra cinco bestias de aquella fuerza y de aquella ferocidad. Encendí mi vela y comencé por meter dos balas en los dos cañones de mi escopeta; pero la puerta de la azotea estaba á la izquierda; y abriéndose la de mi aposento sobre aquel lado, tenía yo que abrirla y quedar al descubierto para hacer fuego, quedando á merced de los tres animales, aunque cayeran dos de mis dos primeros tiros. No hay nada que aguce tanto el ingenio como el miedo, ni que obligue á salir por los más vulgares medios de las más dramáticas situaciones; tenía yo, como cazador, algunas provisiones de tal; y haciendo cuantos pedazos pude del queso y del salchichon que en el zurrón tenía, empecé á echárselos uno por uno á los perros, tirándoselos lo más cerca de la puerta de la azotea que me permitía el temor de que la emprendieran conmigo. Su olfato excitó su glotonería: corrieron sobre los pedazos, que yo lancé cada vez más léjos, fuera del umbral y dentro de la azotea; y en cuanto ví en ella á mis cinco enemigos, me arrojé á la puerta y corrí el cerrojo; pero al volverme y encontrarme cara á cara con el de cuerpo presente, me sentí acometido y dominado por el horrible miedo al muerto, que no había tenido al cadáver.

Y aquí recuerdo la exacta distincion que de los dos me hiciste en Barcelona, cuando fuimos el 69 á ver el primer caso de muerte de fiebre amarilla en la calle del Cármen; ante aquel muerto tuviste miedo y me dijiste: «el cadáver es el difunto que está bajo la jurisdiccion anatómica de la ciencia, y al cadáver no le tengo yo miedo; pero al muerto, amortajado, alumbrado y dispuesto para ser enterrado bajo la jurisdiccion civil y



religiosa... á ese sí que le tengo miedo y asco; vámonos.» Y nos echamos á la calle.

Y ahora me acuerdo del motivo principal que me impulsó á dirigirte mi primera carta. Por aquel tiempo, y en aquella y en otras epidemias, cumpliste tú con tu deber sin esquivar trabajo ni riesgo, y sin querer (un poco quijotesicamente) aceptar honra ni recompensa por tu abnegacion merecidas. Supe que te se había conferido la cruz de primera clase de la órden civil de Beneficencia por tus servicios prestados en aquella y otras épocas calamitosas, y me creí en el deber de escribirte la enhorabuena; pero era domingo; mi falta de memoria y la premura del tiempo me hicieron confundir tu correspondencia con la que debía escribir para el *Lunes de El Imparcial*, y á la una de la noche del domingo 11 tuve que dar tu carta para el periódico, lo que me ha obligado á revelar en él algunas de las ridículas situaciones en que su maniática ineptitud ha comprometido aquende y allende el mar á tu pobre amigo el prosáico poeta.

ALLENDE EL MAR



HABLO en mis cartas al doctor Letamendi de sucesos acaecidos en una hacienda mejicana, de catalanes por mí tratados en aquella deliciosa tierra, y de unos canelos míos que iban y venían en busca del doctor Tort, y viéneme á la mano la ocasion de decir algo más de aquel país, de aquellas haciendas y de otro catalan con quien, camino de una de ellas, me hizo topar aquel tronco de canelos; amigos con quienes viví encariñado, á quienes debí alguna vez mi salvacion, y de quienes, salva-sea la memoria de los racionales, sentí separarme al volver á Europa, y todavía me acuerdo con ternura, á pesar de haber olvidado á muchos de aquéllos.

Innata y profunda es en mí la antipatía por los que no se apegan á sus domésticos animales, únicos séres que sin interés nos sirven y en la adversidad nos aman, y aquellos pobres canelos míos obedecían á mi voz, relinchaban y dejaban de comer al sentir mis pasos, y conocían mi mano sobre las riendas, hasta marchar desiguales y encapotados cuando la de otro sentían en ellas.

Y no vayan á pensar mis lectores porque tenía caballos que yo era tan rico en Méjico que tenía caballerizas y trenes, como aquí mis condiscípulos Willahermosa ó Abrantes; porque en Méjico hay más caballos que habitantes, y más carruajes que en el mismo Nápoles, dondè no andan á pié ni los lazzaroni de la plaza del Mercado. El propietario de la haciendita de Goicoechea tenía ocho, y su señora poseía con sus hermanos, en una cercana á Querétaro, hasta cinco mil caballos alzados, como puedè tener cien ovejas y cinco yuntas un labrador de Castilla. Para seguir en sus viajes de una á otra hacienda, y para vivir con quienes tenían cincuenta caballos en establo y trescientos en dehesa, no podía tener ménos de un tronco y dos de silla un hidalgo bien nacido que no montó jamás cabalgadura que con su dinero no haya sido pagada. Comprado había, pues, mis canelos á un tal Huijosa, mercader español, que me suplicó que se los sacára de casa cinco días ántes de quebrar, y que en los quebrados terrenos de aquel espléndido valle me hicieron, por cinco mil reales que por ellos le dí en dos plazos, un servicio que no pagáran cinco mil duros. Porque Méjico es un país alegrísimo, en el que hay que andar siempre en movimiento, ya en son de fiesta ó en priesa de fuga, segun el tiempo y las circunstancias lo requieren; y para dar idea de este Méjico y de esta vida de sus haciendas, voy á ceder á la tentacion de copiar aquí unos versos viejos de un viejo libro que pensé publicar un día, y que hoy pienso dejar póstumo, porque me he propuesto no escribir ni publicar más versos en un tiempo y en un país en que ya los hace hasta el más humilde anunciante. ¡Qué mil diablos! Si seguimos publicando versos, ¿en qué nos hemos de distinguir ya los que por poetas hemos pasado

hasta hoy? Pero como estos míos son viejos ya, bien puedo ingerirlos en la prosa de mis recuerdos del tiempo viejo, y allá van.

Como sociedad aún nueva,
nave que, poco lastrada,
el viento ó la marejada
á voces la trae y lleva,

Méjico es una nacion
típica, única, sin par;
pero móvil como el mar
y toda contradiccion.

Méjico es chuzon, sarcástico,
un pueblo característico;
incrédulo á un tiempo y místico;
guerrillero y eclesiástico.

Sin fe en nada, lo cree todo;
con tal de andar en funciones,
á toros ó á procesiones
acude del mismo modo.

Mas pone en todo tal arte,
da á todo carácter tal,
que nada hay que le esté mal
y algo siempre se reparte.

Cantador y jacarero,
cabalgador sin reposo,
cáe en gracia, y es gracioso,
y es alegre compañero.

Y el tipo, el carácter, eso
que el andaluz llama *sal*,
indígena, natural
de un pueblo alegre y travieso;
la chispa que heredó América
de España, y modificó
segun su tipo adquirió
con su poblacion numérica,



es difícil describir
y difícil de pintar
las reglas del buen juzgar,
sin arriesgarse á infringir.

Méjico es un sevillano
con costumbres de extremeño,
y que pone grande empeño
en no parecer indiano.

Majo de rumbo y buen talle,
come guindilla que abrasa;
es extremeño en su casa
y sevillano en la calle.

Caballista y campechano,
buen jinete y mal torero,
Méjico es un caballero
que se viste de gitano.

De alamares y de herretes
cubiertos, de plata y oro
chapeados, tienen del moro
y el picador sus jinetes.

Con sus sombreros jaranos
y sus zarapes flotantes,
parecen extravagantes
picadores africanos.

Y no hay ¡vive Dios! que echar
lo dicho por mala parte;
Méjico es un pueblo de arte,
gracia é ingenio sin par,
que al tomar para su uso
lo que de fuera le vino,
se lo apropió con gran tino
cuando encima se lo puso;
y al forjar su natural
dotes y vicios tan vários,
creados y hereditarios,
supo hacerse original.

Los mejicanos son prontos
de comprension, de muy claro
perspicuo ingenio, y es raro
hallar en Méjico tontos.

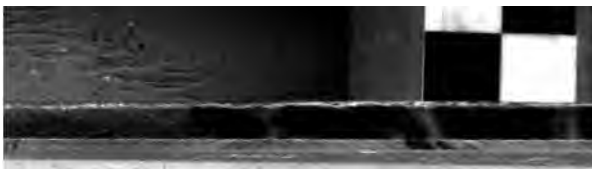
Aprenden, copian é imitan
con facilidad pasmosa;
para la más árdua cosa
grande afan no necesitan.

Así es que no tienen nada
en grande estima ni aprecio;
allí sólo el pobre es necio,
porque no ha hecho su jugada.

Las mejicanas son perlas,
y sin que se ofendan ellos,
el mejor de sus más bellos
lotes de Dios es tenerlas;
pues las mejicanas son
como las flores vistosas,
y tienen, como las rosas,
perfumado el corazon.

Las *chinas* son nuestras majas,
y con sus *náguas* de picos,
sus rebozos y abanicos,
y sus cinturas con fajas
cuajadas de lentejuelas,
calzadas de blanco raso,
su avio, donaire y paso
prueban bien que sus abuelas
se bañaron en la orilla
del Guadalquivir y el Darro,
legándolas lo bizarro
de Granada y de Sevilla.

Méjico, rico de tierra,
y escaso de poblacion,
tiene siempre algun rincón
donde se anda en són de guerra.



Pero es la guerra civil
la guerra de la ambicion,
polilla, roña y pulgon
de una tierra tan gentil.

Siempre hay en Méjico un bando
que en las capitales manda,
y otro que hace prôpaganda
y guerra contra su mando.

Allá en el cincuenta y ocho,
llevaban la tierra á saco
en la campaña el *chinaco*
y en la capital el *mocho*.

Pedía ésta religion
fueros y moralidad,
y el chinaco libertad,
justicia é ilustracion :

mas iban, y claro lo hablo,
tras de dinero los dos;
el uno en nombre de Dios,
y el otro en nombre del diablo.

Hé aquí por qué es árdua empresa
describir ni comentar
el carácter peculiar
de una nacion como esa;
pues ni es fácil darse traza
la verdad para decirla
lo suspicaz sin herirla
de su amor propio de raza;
ni fácil deslindar es
su garbo y rumbo bizarro
del derroche y despilfarro
que da con ella á través;
y audaz será quien emprenda
una descripcion galana
de una fiesta mejicana
celebrada en una hacienda.

Dejémosla, pues, para otro día, y detengámonos en la estéril llanura que rodea la población de San Juan de Teotihuacan, dos leguas más acá de Otumba (á quien los indios llamaron Ozómpam) y dos más allá de las pirámides de Cholula; las cuales sea dicho con perdón de los sábios y prehistóricos, y valga por lo que valiere la opinión de un poeta ignorante, son una prueba irrefragable de que la raza americana es egipcia y pasó á aquellas regiones por el estrecho de Bering, tal vez ántes que una catástrofe que le ensanchó, dándole las actuales dimensiones. Mas no discutamos sobre esto, porque yo dejo á cada cual el derecho de opinar como mejor le pareciere, y volvamos al arrabal de San Juan de Teotihuacan, donde hacía alto y mudaba tiros la familia que me hospedaba en la haciendita de Goicoechea, cuando iba desde ella á la de los Llanos de Apam.

Hubiera tenido el jefe de esta familia por deshonesto viajar en la diligencia de Otumba ó de otro modo que no fuera en vehículo propio; así que, necesitando para su familia é invitados lo ménos tres carruajes, tendía en el camino, siempre que viajaba, cuarenta y cinco caballos, es decir, quince tiros en las tres postas ó remudas en que las diez y seis leguas de camino promediaba.

Situaba además en cada posta todos los caballos de silla necesarios para los criados y jinetes, que en su servicio y guarda acostumbraba á emplear; y pasada una posta, salían sueltos y *pastoreados* por los *caballerangos* los tiros que hasta allí nos habían conducido, con cuyo sistema y costumbre, cuando llegábamos á la tercera posta éramos un torbellino de polvo y de ruido, levantado por los tres coches, los quince ó veinte jinetes que os cercaban, más los treinta caballos de los tiros y los

treinta de los criados, que nos seguían sueltos como una banda de búfalos salvajes. Si un coche hubiera volcado, si un jinete hubiera caído, todos aquellos cuadrúpedos le hubieran pasado por encima; pero creo que teníamos, como las plazas de toros y las antiguas diligencias de España, una sección de la Providencia, destinada por Dios á conducirnos salvos á los Llanos de Apam; y este dios era sin duda el de los enamorados y borrachos, que salen siempre ilesos de los más difíciles y peligrosos atolladeros.

Mudaba, pues, la comitiva de tiros en Teotihuacan, y refrescábanse mis canelos á la orilla de un jaguey (estanque), en donde mis dos criados acostumbraban á esponjarlos ántes de darles un sorbo de agua y un puñado de cebada, para animarlos á trotar las veinte mil varas que nos faltaban para el término de nuestro viaje; conversaba yo y tomaba un bocado con las señoras, y contemplaba la operación que con mis caballos hacían mis criados un hombre alto y fornido, en quien, á través del traje mejicano que vestía, delataban por español sus espesas patillas y su sombrero montado sobre la oreja y ceja derechas.

Al cabo de larga y silenciosa observación, exclamó aquel hombre como hablando consigo mismo, pero en son de pregunta, por si mis criados la recogían:

— Esos caballos no son del país ni de mejicano.

— Son cruzados y de un español — dijo mi francés Próspero; que vivió cuatro años contento á mi servicio, y que murió al quinto de pesadumbre y de una hepatitis producida por el cognac.

— ¿De un español? — repuso el que lo parecía — me alegro mucho; caballos mejor cuidados no los he visto por aquí, y me alegro de que un paisano mio no

se deje poner la ceniza en la frente en esta tierra de jinetes y caballistas. ¿Y puede saberse el nombre del español dueño de estos caballos?

— Y puede que no haya español que no lo haya oído — replicó mi pobre francés Próspero, que tenía por mí la vanidad de que yo, á Dios gracias, he carecido siempre. — Estos caballos son de D. José Zorrilla.

— ¡Voto va Deu! — exclamó el catalan, que se declaró por tal con el que echó redondo. — ¡En-Surrilla! ¿el que ha escrito *Don Juan Tenorio* y *El Zapatero y el Rey*?

— El mismo.

— ¿Y viene aquí?

— Y es aquél que habla con las señoras que están en el segundo coche.

— ¡Hombre! pues dígame que aquí tiene un paisano que le daría un abrazo de muy buena voluntad.

Vinose para mí mi Próspero; y yo, que había oído el final de su diálogo con el catalan, fuíme para éste, que me dijo saliéndome al encuentro y mostrándome la estima en que me tenían anteponiendo á mi apellido la partícula nobiliaria de Cataluña.

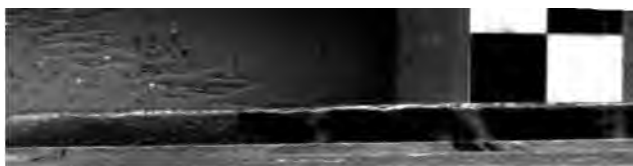
— ¿Vosté es En-Surrilla, el que escribió el *Tenorio*?

— Yo mismo — le dije, tendiéndole mis brazos, al ver con la buena fe con que él me abría los suyos.

— ¡Voto va Deu! ¿Que vosté es En-Surrilla? Nunca creí que era vosté tan chiquito. Déjeme vosté que le abrace.

Y diciendo y haciendo me levantó en sus brazos, cogiéndome por debajo de los míos; y al abrazarle yo por el cuello, me apercibí de que sus ojos se arrasaban en lágrimas.

Miré yo al cielo á través de las mias por encima de



los robustos hombros de aquel honrado Hércules catalán, y di gracias á Dios por haberme hecho nacer español, y bendije los versos que me procuraban aquel abrazo, en el cual se me revelaba á dos mil leguas de mi patria el cariño de su pueblo al extraviado trovador de los dos famosos sevillanos: Don Juan Tenorio y el Rey D. Pedro.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

DE cuando en cuando aparecen y se destacan del fondo oscuro del abigarrado cuadro de estos mis recuerdos algunas risueñas y blancas figuras, que por breves instantes iluminan su nebulosa narracion. Una de estas lumíneas, poéticas y celestes apariciones, es la de Gertrudis Avellaneda; quien, evocada por la revolucion literaria de mi tiempo, la dió con su génio vigoroso impulso y con sus obras acusado carácter. Coleccionadas corren sus obras é impresa se lee su biografía; la maledicencia se ocupó de la mujer, la crítica de sus escritos, y la opinion ha hecho justicia de su memoria. ¡Paz á los muertos! Su recuerdo no cruza por entre los míos sino para bien, y hay de ellos una página en la cual está dibujada su imágen con líneas de luz y su nombre esculpido con letras de oro. Nada más noble, más grande, ni más digno del poeta que la evocacion de un muerto para glorificarle sobre su tumba. Gertrudis vino de Cuba, su patria, precedida de naciente reputacion.

En una de las sesiones matinales del Liceo se presentó *incógnito* en los salones del palacio de Villahermosa, y la persona que la acompañaba me suplicó que diera lectura de una composición poética, cuyo borrador me puso en la mano; yo dirigía aquella sesión, y pasando rápidamente los ojos por los primeros versos, no tuve reparo alguno en arriesgar la lectura de los no vistos.

Subí á la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas, que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito, y presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza, coronada de castaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus maneras: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción una alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.

A mí, no viendo en ella más que la alta inspiración del privilegiado ingenio, no me ocurrió siquiera que la debía las atenciones que la dama merece del hombre en la moderna sociedad; y la encontraba en el *Liceo*, en los cafés y en los teatros como si no fuera más que un compañero de redacción, un colega y un hermano en Apolo. Admiraba sus producciones, asistía á las repetidas representaciones de sus dramas, y al caer el telón sobre aquella dramática situación y aquel magnífico verso último del segundo acto de *Alfonso Muñoz*,

¡Tremenda tempestad!.. ¡mándame un rayo!

llamé la atención de todo el público con el frenesí de mi entusiasmo, y reventé los guantes aplaudiéndola, como si ella ó la empresa me hubieran pagado para aplaudir. Llegó al fin un día en que de esta mi extraña conducta se presentó la ocasión de darla cuenta; y dándose la yo con la más cándida ingenuidad, la vanidad de la mujer cedió ante el amor propio del ingenio; y aceptando ambos el error cometido por la naturaleza al crearla, no nos acordamos jamás de los dos cuerpos en que nuestros espíritus se albergaban, y en una brillante serenata que me dirigí, imitando extraviada las extravagantes formas que por entonces daba yo á las mías, hizo girar, variándole en todas sus estrofas sobre este tema:

Tu alma y la mía son dos hermanas.

Mi vanidad de viejo me arrastra á citar entera esta mediana composición, halagado y orgulloso de haber sido objeto del aprecio de aquel ingenio de tan verdadera valía en esta estrofa, calcada, mejorándomela, en una de las de mi poema de *Granada*,



¿Quién dudaría

Que, aunque se visten distintas galas,
Son dos hermanas tu alma y la mía?

Más que mi vanidad, mi obligación de rendir homenaje á cuantos ingenios contemporáneos míos creo en conciencia que no merecen olvido, me hace reproducir esta prueba de la sincera admiración que me inspiró mientras vivía, y del respetuoso cariño con que recuerdo muerta á la que fué sin disputa la más inspirada, correcta y vigorosa de las poetisas de nuestro siglo.

¡Ojalá que este mi recuerdo del tiempo viejo haga vivir el suyo un día más en la memoria de los hombres;

A LA POETISA CRISTIANA, EL POETA ÁRABE

CANTILENA MORISCA

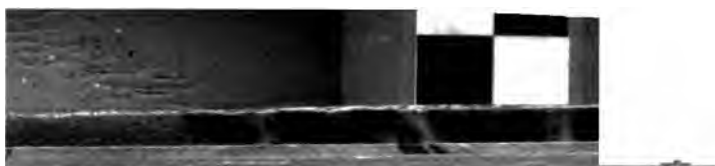
I

Preludio

Instinto con que nace
cuanto en la tierra alienta,
arraiga ó se sustenta
con nutrición vital,
á todo sér le place
unirse al sér que admira,
y á ser con él aspira
más grande, más cabal.

Es ley del universo,
es gérmen de la vida:
toda existencia unida
á otra existencia va;
lo que en sentido inverso
va nadie sabe dónde,
con algo corresponde
que en su camino está.

Cuanto en el gérmen entra



del mundo y vivir debe,
el átomo más leve,
la larva más miliar,
su par girando encuentra;
y todo en él se apila,
se atrae y se asimila
unísono á la par.

El río caudaloso
que las llanuras baña,
de la áspera montaña
atrae al manantial;
el bosque rumoroso
que el valle umbrío alfombra,
las nubes con su sombra
atrée del temporal.

Al ruido de la olmeda
responde el de la fuente,
al del voraz torrente
el estruendoso mar:
al ruiseñor remeda
el burlador sinsonte,
al mugidor bisonte
el cazador jaguar.

Como siguiendo el rastro
del sol van las estrellas,
cuanto es, sobre otras huellas
encadenado va:
El astro en pos del astro,
la flor tras la simiente,

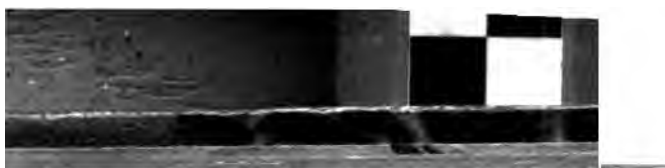
tras lo que fué el presente,
tras él lo que será.

Reclámanse simpáticos
los átomos acordes,
compiten los discordes
con su discorde són;
y de esta discordancia,
y de esta melodía,
compone su armonía
la inmensa creacion.

Y en ese cáos de átomos
unidos ó discordes,
dos átomos acordes
se suelen encontrar:
reclámanse, y unísonos
hallando sus acentos,
derraman en los vientos
un cántico á la par.

Dos aves, dos poetas,
dos ráfagas, dos fuentes,
dos ecos, dos torrentes,
no importa quiénes, dos
esencias que sujetas
á un sér, á una armonía,
un sólo instinto guía
una del otra en pós.

Yo así, poeta errante,
cual pájaro canoro



mi cántico sonoro
me escucho con placer:
yo así, viendo pujante
volar otra ave al cielo,
compito con su vuelo
y ensayo mi poder.

¿Quién osará culparme?
El ave en la floresta
reclámanla y contesta;
su instinto natural
la arrastra; yo arrastrarme
me dejó por el mío,
y la pujanza ansío
del águila caudal.

¿Quién osará mi estímulo
tachar de orgullo vano?
El endrinal villano
quisiera ser moral;
ser cedro fragantísimo
el enebral bravío,
la alga infeliz del río
ser rama de coral.

La yedra sin apoyo
ser álamo quisiera,
la caña ser palmera,
el césped alelí:
la fuentecilla arroyo,
el arroyuelo río,

diamantes el rocío,
y el púrpuro rubí.

Cristiana poetisa,
yo quiero ser tu igual.
¿Qué descarriada brisa
no fuera vendaval?
¿Qué pájaro sinsonte
no fuera cardenal?
¿Qué matorral de monte
no fuera palma real?

II

CANTILENA

Sobre las blancas hojas de un libro peregrino,
tus cánticos, cristiana, llegaron hasta mí;
yo espero que los míos se buscarán camino
sobre este pliego errante para llegar á ti.
Al viento los esparzo; jamás se desparrama
semilla cuyo grano no prenda aquí ó allí;
yo fio en que mis versos te llevará la fama,
fiel mensajero siempre de cuantos yo la dí.
¿En qué este orgullo fio?
Todo es el mundo así;
el pedernal del río
quisiera ser rubí.

Mil veces he leído los versos que me envías,
mil veces te he querido con otros contestar;
mas siempre con despecho rompí las trovas más

que no podrían viendo las tuyas igualar.
Cristiana, de tus versos las ricas armonías
son gratas como historia contada en el aduar;
las hojas en que escribes tus bellas poesías,
en hojas se convierten de rosa y azahar.

¿Por qué te doy las mías?
Porque con él al par
las más pequeñas rías
quisieran ser el mar.

—
Tus versos deliciosos trascienden á las flores
que el sol de Andalucía produce en su jardín,
y saben á las frutas que engendran sus calores,
de América, tu patria, en el feraz confin;
en cambio de tus versos, que en sus alegorías
por suyos aceptaran Hairiri y Azz-eddin,
me ordenas que te envíe mis pobres poesías,
y enviártelas quisiera, Sultana, porque al fin
el césped inodoro
quisiera ser jazmin,
ser ruiñeñor canoro
quisiera el francolin.

—
Mas ¿cómo quieres juntos que entonen sus cantares
la tímida abubilla y el libre ruiñeñor?
¿Ni cómo hán, en su vuelo, de mantenerse pares
el cárabo rastrero y el rápido condor?
Tú cantas, y te escuchan en todos los lugares;
á los que tú celebras, tus himnos dan honor;
yo canto, y sólo me oyen los árabes aduares,
y á mí los que me escuchan me prestan su favor.
Mas ¿qué raíz terrera
no anhelará ser flor?

¿Qué flor cedro no fuera
de inextinguible olor?

¡Oh ruiñeñor canoro que la floresta encantas!
¿por qué, envidioso, pides sus pios al gorrion?
¿Tú, asombro de las águilas que al zénit te levantas,
tú envidias en tu vuelo las alas del pichon?
Tú, cuyos almos himnos unidas acompañan
la lira de la Grecia y el arpa de Sion,
¿envidias el que sólo los bárbaros no extrañan
de mi morisca guzla desacordado són?
Negar me desconsuela
tu noble peticion;
mas nunca una gacela
podrá ser un leon;
ni ser un cedro seco
de sombra pabellon:
canta tú, pues; yo el eco
seré de tú cancion.

IV

SERENATAS

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Yo, al escucharte mecida en alas
del génio hermoso de las quimeras,
de tu *Granada* veré las galas
bajo el ramaje de sus palmeras;

y del Alhambra desiertas salas
veré que pueblan sombras ligeras,
miéntras al cielo tu canto exhalas
y va la luna cruzando esferas.

Luégo en pos tuya por los vergeles,
entre arrayanes, mirto y laureles
á tu Moraima pura
diré el secreto
que el céfiro murmura
volando inquieto;
y en torno flores
se abrirán al suspiro
de tus amores.
Vate armonioso,
por sólo un eco de tus cantares
que placer vierten tan misterioso,
yo te daría
las perlas todas de índicos mares,
las flores todas de Andalucía.

EL POETA ÁRABE Á LA POETISA CRISTIANA

Sirena ardiente, fascinadora,
cisne canoro del Mediodía,
reina del canto dominadora,
hija del génio de la armonía,
lanza triunfante tu voz sonora,
rival no tiene tu poesía,
ni puede, débil competidora,
seguir sus giros mi fantasía.
Mas, ¿qué lazo ata nuestros dos séres?

¿Sabes decirme por qué misterio
imán oculto de mi alma eres?
¿Por qué mi orgullo cede á tu imperio?

—
Garza pujante que al cielo subes
y que te cierne sobre las nubes,
allá en el éter donde te ufanas,
pregunta á alguno de los querubes
si nuestras almas son dos hermanas.

La mía á tu voz siento
que se estremece,
y juzgo que tu aliento
me pertenece;
mas ya te escucho:
canta tú, que yo en vano
contigo lucho.

Sirena hermosa,
por sólo un eco de tu inspirada
voz que las auras más melodiosa,
yo rompería
todos los cantos de mi *Granada*,
todas las cuerdas del arpa mía.

—
Tú te enalteces, génio brillante,
á do los astros tienen asiento;
luz da á tus ojos el sol radiante,
y Alá fecunda tu pensamiento;
y cuando vuelves, hada triunfante,
de las regiones del firmamento,
de tu voz toman su voz sonante
cuantos murmullos dan voz al viento.
Mas ¿qué misterio de nuestra esencia
nuestros dos séres identifica?

¿Por qué mi orgullo, sin resistencia,
ante tu gloria se sacrifica?

—
Génio á quien dieron las nubes cuna
vigor el rayo, color la luna:
según me exaltan tus soberanas
inspiraciones, sin duda alguna
que nuestras almas son hermanas.

Aguila que á las nubes
llevas tu vuelo,
plumas para mis alas
pídele al cielo.
De otra manera,
seguirte no me mandes
hasta tu esfera.

Bella sirena;
por seguir siempre tu alma inspirada
y oír tu canto que me enajena,
yo olvidaría
todos los versos de mi *Granada*,
toda mi tosca ruin poesía.

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Muy jóven eras, de mí distante,
del mundo acaso desconocido,
cuando de pronto voló vibrante
de tu arpa un eco que hirió mi oído.
¿Por qué, responde, de aquel instante
La impresion grata jamás olvido?
¿Por qué en la tierra, vagando errante,
doquier de tu arpa seguí el sonido?

Es que un alma fraterna
reconocía
mi alma, y con voz interna
la respondía:
así, sin verte,
ya entre las dos mediaba
vínculo fuerte.
¡Génio fecundo!

Sentí yo entonces lo que hoy columbras,
lo que ni aún ora comprende el mundo.

Sí, ya sabía
que sin la gloria con que deslumbras
de tu alma hermana nació la mía.

—
¿Y tú me dices que encubre el vuelo
y que á querubes de altiva ciencia
preguntar ose si puso el cielo
en nuestros génius la misma esencia?
Si de dudarlo nació tu anhelo,
yo, más dichosa, tengo evidencia;
que aunque las cubra distinto velo,
un alma habemos y una existencia.

Yo, si en tí cabe duda,
puedo afirmarlo,
aunque al cielo no acuda
para indagarlo.

Pues miro y siento
que es gemelo del tuyo
mi pensamiento.

¡Vate divino!

Si cada acento que ardiente exhalas
yo lo comprendo, yo lo adivino,
¿dudar podría

que, aunque se vistan distintas galas,
son dos hermanas tu alma y la mía?

—
Por eso entrambas de amor ajenas
con lazos se unen de más valía,
y del cariño fraterno llenas
entrambas viven de poesía.
Aun á distancia partir sus penas
sabrán ¡oh amigo! cual su alegría,
y de este mundo saldrán serenas
dejando un rastro de su armonía.

Las dos una fe tienen,
un Dios adoran,
y de una patria vienen
y al par la lloran.
Así, en su vuelo,
juntas saldrán triunfantes
Del triste suelo.
¡Vate sublime!

Cuando en él suelten la vil escoria
del frágil cuerpo que las oprime,
verás que ufanas,
allá ceñidas de eterna gloria,
se dan los brazos las dos hermanas.

V

DESPEDIDA

DEL POETA ÁRABE Á LA POETISA CRISTIANA

Cristiana, tú lo dices: espíritus hermanos
as almas que se albergan en nuestros cuerpos son;

tú debes de saberlo: vosotros los cristianos
abris todas las puertas que tiene el corazon.
Aláh nos da á nosotros la fe y la poesia,
las ciencias á vosotros que alumbran la razon;
nosotros adoramos lo que su mano cria,
vosotros en el cáos buskais su creacion.

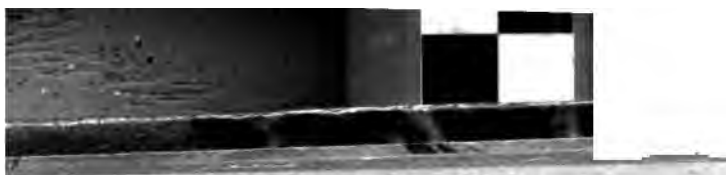
Mas aunque sea cierto
que tan distintos son,
¿no habitan el desierto
el corzo y el leon?

Aunque con otro aliento,
plumaje é intencion,
¿no viven en el viento
la alondra y el halcon?

—
Cristiana, ¡Aláh bendiga tu canto peregrino!
Cual cae sobre las flores rocío matinal,
así cayó en mi alma, y á tu cantar divino
unísono mi acento correspondió leal.
Los árabes creemos que el cielo granadino
sostiene al paraíso con su arco de cristal:
tu canto, que en las áuras de Andalucía vino,
mi alma oreó cual brisa de mi país natal.

Mas si del tuyo al lado
te escribo un canto tal,
¿no arraigan en el prado
el olmo y el moral?
y aunque de entrambos no hacen
estimacion igual,
¿dentro del mar no nacen
el alga y el coral?

—



Cristiana, ¡Aláh bendiga tu noble cortesía!
¡Aláh por tu memoria te acuerde galardón!
A tí, que has celebrado mi pobre poesía;
á tí que has consolado mi triste corazón;
á tí, que no desprecias al árabe salvaje;
á tí, que no desdeñas su fraternal union,
cristiana, á tí mis versos te envió en homenaje:
son flores del desierto, mas de mi alma son.

Cristiana, Dios ha dado
sus alas al halcon,
sus árboles al prado,
sus fuerzas al leon;
mas hizo de una cosa
mejor al hombre dón:
de un alma generosa
y un noble corazón.

HERMOSAS Y JOROBADOS

LAS dos individualidades de la raza humana de quienes yo más me he esquivado, son las mujeres hermosas de solemnidad y los jorobados de nacimiento. Una hermosura indiscutible, una belleza de punta, la reina de la hermosura, aceptada como tal en la corte, en la provincia, en el pueblo, en la familia, me pone siempre sobre mí al ser presentado á ella; y cuanto más hermosa la veo, cuanto más justa me parece la primacía que goza, más me preparo á defenderme de las relaciones y compromisos sociales que mi posición, mi educación ó mi reputación pueden conducirme á contraer con ella, su familia, sus amigos y sus adoradores, y más esquivo su intimidad.

Lo primero que me ocurre, y es lo más lógico que haya acontecido, es que la madre de aquella hermosísima mujer, viendo desde niña el desarrollo de sus formas y el perfeccionamiento de su belleza, no ha sabido decirle más que ¡qué hermosa eres! ó ¡qué hermosa

vas á ser! En la natural satisfaccion y en el orgullo natural de verse padres de tan linda criatura, los suyos suelen no cuidar más que de perfumar y colocar su rica cabellera del modo que más favorezca la luz de sus ojos y el tinte de su téz; de destinar ó economizar, segun su posicion, la mayor cantidad para ataviarla; de presentarla ántes de tiempo en sociedad; de hacerla, en fin, prematuramente mujer, para verla adquirir pronto el primer puesto que su vanidad paternal cree que merece en los saraos y los convites á que piensan llevarla. Así halagada desde niña, llega esta belleza sin rival al apogeo de su hermosura, al pináculo de su fama, y á los extremos de la admiracion y del aplauso, sin haber pensado más que en su personalidad; sin haber fiado su porvenir más que en su imparejable belleza, y sin tener jamás presente, tal vez sin haberlo sabido nunca porque nadie ha tenido la prevision de hacérselo saber, que la más efímera de las cualidades de la mujer es la hermosura.

La mujer hermosa de solemnidad, si adquiere tal vez esa educacion de adorno que sirve para brillar en los salones, la música, el baile y alguno que otro idioma, no posee ninguno de los conocimientos necesarios al cultivo del corazon, al dominio y direccion de las pasiones, á la práctica de las obligaciones y de las virtudes domésticas que la mujer nace destinada á necesitar, para ser colocada en la suprema dignidad de madre de familia, á que vino á elevarla Jesucristo, y por la cual influye tan directa y poderosamente en las costumbres de las sociedades modernas. La casa, su gobierno, su órden, su economía, su decoro, su honra: éste es imperio de la mujer; y desde el santo trono del hogar honrado da á la patria hijos preparados para ser sábios ó

valientes, y á la sociedad hijas dignas de la clase y de la religion en que nacen. La mujer hermosa de solemnidad, Narciso-hembra que no se ha ocupado más que de la admiracion de sí misma, satisfecha de reinar en el círculo en que vive, suele tener toda la altivez, la impertinencia y el exclusivismo de las reinas de nacimiento y de derecho divino, que sólo conocen de sus vasallos á los que vienen á hacerlas adulatoras y servirles zalemas, teniéndose por dignas de todos los respetos y convencidas de que todo se lo merecen. Cuando yo no he podido esquivar el ser presentado á una de estas hermosuras de primer orden, *di primissimo cartello* y *á perfetta vicenda*, he tenido mucha cuenta de mostrarme lo más admirado, lo más absorto, lo más encantado de su hermosura, y he pedido yo mismo su album para librarme de que me le envíen y salvarme cuanto ántes de la tiranía de la belleza soberana, á quien generalmente no he vuelto á ver por causa del asídúo trabajo con que estoy obligado á ganarme la vida, por lo huraño de mi carácter, por mi escaso instinto social, etc.; en estos casos me guió por la regla contraria á la de los casos de honra, y es que nada me importa quedar mal con tal de salir bien — y yo creo que salgo bien cuando me puedo salir de cualquier modo del círculo de la influencia de una mujer de única, suprema é indisputable hermosura — y se la recomiendo para modelo á los pintores y escultores mis amigos.

Y vamos á mis jorobados.

Estos asombran y contristan á sus padres desde que al salir del seno materno presentan á sus ojos aquella deforme desviacion de la línea natural de su espinazo. No por esto la madre deja de amar aquella monstruosa

prenda de su amor conyugal; pero ama y acaricia con tristeza á aquel sér á quien está segura de que no han de ver con simpatía sus hermanos, y á quien cuanto más crezca más objeto de mofa va á ser entre los niños sus compañeros, de desden para con los hombres y de desamor para con las mujeres. Por mucho cariño con que sus padres y su familia le traten, por mucha consideracion que sus maestros obliguen á tenerle á sus condiscípulos, por discreta y bien educada que sea la sociedad que frecuente, niño, colegial ú hombre, no puede ménos de apercibirse de la primera mirada de extrañeza ó de compasion que echa sobre su joroba todo aquel, hombre ó mujer, á quien es presentado; esto en el caso de que no haya tenido que soportar la perpétua befa de muchachos de mala índole y de gentes mal educadas. La tristeza que á sus padres ha infundido su curvatura dorsal, se trasmite naturalmente á su alma, crece entre el cariño inexcusable de sus padres y el respeto forzado de los extraños; pero si la chacota de los mal criados, la brutalidad de los fuertes y el orgullo de los *bien hechos* le han revuelto continuamente la bilis y han excitado en él las malas pasiones, con cardenales en su joroba y heridas en su amor propio, la primitiva tristeza va convirtiéndose poco á poco en amarga melancolía, en reconcentrada ira y en perpétua sed de venganza.

Las perfecciones que á su cuerpo negó Dios suelen estar compensadas con la lucidez de su entendimiento, la rectitud de su juicio y la perspicuidad de su inteligencia; y estudia y cultiva su espíritu, y se prepara á contrarrestar la fuerza con la destreza, la agresion con la prevision, y á dominar con la inteligencia el atrevimiento de la sandez y de la mala crianza, y á devolver

befa por befa, escarnio por escarnio, aceptando por enemiga traidora á la sociedad, á quien no va á poder tener por amiga sincera. Los médicos higienistas suelen aconsejar á su familia cuando es muchacho, y á él cuando llega á hombre, los ejercicios corporales y la gimnasia para robustecer, ya que no para enderezar, su mal acoyunturado cuerpo; y sus piernas y brazos desmesurados, y la concentracion de la fuerza en el espacio desde sus clavículas á su horcajadura, acortado y ensanchado por la doble curvatura de su esternon y de su espinazo, le dan una doble ventaja de longitud y de respiracion en una sala de armas, á más de la fascinacion que ejerce un jorobado sobre su adversario en el terreno de un duelo, de lo cual aduciré despues un ejemplo al completar estas reflexiones con un relato.

¿Dónde hay tormento, ni entre los del infierno y purgatorio del Dante, como el que debe sufrir un corazon noble, generoso, tierno y enamorado colocado entre las costillas y el esternon de un jorobado?

Porque yo quiero suponer que una mujer hermosa, jóven y buena pueda aceptar el amor de uno de estos mal contornados individuos de nuestra raza; pero mientras el jorobado conquista y merece este amor, y despues cuando pasa á ser su mujer legítima, ¿qué infierno de dudas, qué cráter de iras no debe de surgir y de fermentar en aquella alma encerrada en aquel cuerpo, ocasion de las dudas, los sarcasmos y las osadías de todos los incapaces de creer en la lealtad y en la dicha de aquella union de la hermosura con la deformidad?

Y una mujer, hermosa ó fea, al cruzar las calles ó los salones del brazo ó acompañada de un jorobado marido, ¿cómo no ha de comprender, de adivinar, casi de leer los pensamientos de todos los circunstantes, los

anhelos de los hombres y los hastíos de las mujeres? Y ¿cómo puede encontrarse en tal situación un infeliz jorobado sin desear sentir en su diestra un látigo ó un florete para castigar aquellos libertinos deseos, aquellas injuriosas suposiciones y aquellas observaciones infames, hechas á media voz detrás de la seda del clac ó del paisaje del abanico?

Y una noble y santa mujer hermosa, que por razones de familia, por salvar la honra de su padre, por accidente posterior sobrevenido al hombre que eligió por esposo, ó por amor verdadero y leal al alma cariñosa y grande aprisionada por Dios en aquella corcovada humanidad, ¿cómo arrostrará en el salon y en la calle la general maledicencia, y la universal y vulgar incredulidad? Porque ella, por torpe ó despreocupada que sea, no podrá ménos de comprender que en nuestra sociedad pretenciosa y vanal, descreida y supersticiosa, fisológica y flamenca, hay miles de imbéciles que se creerán con derecho de erigirse en jueces de sus más íntimos sentimientos y de sus más recónditas sensaciones, y que darán por venal hipocresía su noble sacrificio voluntario, por encubridor de una adúltera concupiscencia su amor sublime, y hasta por ilegítimos los hijos derechos nacidos de su recta union con un jorobado.

Hacen bien éstos en precav erse contra la sociedad: yo los he mirado siempre con compasion y con respeto, y he conocido á más de dos que han hecho temblar á más de dos Hércules, y arrodillarse á más de dos Antinoos temidos de los hombres y queridos de las mujeres. — Aún vive tal vez uno perteneciente á una de las más ilustres familias de España, tan prevenido contra los necios y los atrevidos, que ni Cárdenas, ni Valleras,

ni Monreal, ni Julian Romea, ni ninguno de los que por los años de 42 al 47 nos preciábamos de tiradores de pistola, pudimos, nó aventajarle, sinó igualarle en seguridad ni destreza; y hé aquí para prueba su tiro de apuesta: colocaba sobre la barra vertical un duro; sobre él dos piezas de dos cuartos; sobre ellas otro duro, y sobre éste otras dos piezas hasta seis duros; y afinado sus tiros por cuartos de bala, levantaba todos los duros sin tocar á los cuartos que los sostenían. Este jorobado llevaba el apellido de la casa de H., y sobrina ó cercana parienta suya debe de ser una duquesa tan espléndida como buena moza.

Pero por echármelas de observador he divagado apartándome de mi intento, que era un episodio de la historia del jorobado conde de N., que quedará para el siguiente número.

II

Corrían para mí tranquila y alegremente los días de Junio de 1846. Entretenían y abreviaban sus horas los amenos estudios históricos de mi malhadado poema de *Granada*, y distraían mis noches los para mí nuevos entonces espectáculos de París. Era la primera vez que no tenía que afanarme para buscar mi pan cotidiano, porque los que por mí y mi *Granada* se interesaban, subvenían decorosamente á mis gastos; y aquellos cuatro meses son los únicos de bienandanza que cuento en los años de mi existencia. Trabajaba durante el día en una obra de mi gusto, por mí elegida é ima-

ginada, y no forzada ni impuesta por editor ni empresario; y esparcía mi ánimo desde el anochecer á la media noche vagando por aquellos teatros y jardines, que constituyen el paraíso de los tontos para explotar sus bolsillos, pero en los cuales ha habido siempre un fondo de arte y de poesía, en que se apoya el mundo fantástico de ilusion que brota y fermenta en la atmósfera de la capital de Francia. Entónces como ahora, sobre el cieno social y las tinieblas del vicio, se alcanzaba allí á ver el resplandor del arte y la luz de la ciencia; porque París es como una arca de doble fondo, como un infierno bajo un paraíso, en donde el tonto entierra vergonzosamente su pasado y su porvenir, su vida y su dinero en la orgía de un inmenso lupanar; pero el hombre inteligente, imágen y semejanza de Dios, extrae de aquel caos, á la luz de la esperanza que alumbrá sus vigiliás, su nombre puro y las creaciones encantadoras, y los beneficios humanitarios del progreso de la ciencia y del arte.

Habíame venido recomendado de Bordeaux, por amigos valiosos de mi padre, un español emigrado, mozo y rico, calavera y carlista, á quien su padre, amigo del mío (y como él adherido en cuerpo y alma al primer D. Carlos Pretendiente y segundo Carlos V de España), pasaba fuertes mesadas, para que en la emigracion se mantuviera y no pensara en volver á Navarra, su patria, donde galanteos extremados y rivalidades políticas le habían hecho héroe de extremadas fechorías y de mal olvidados desafueros. Llamábase Fermin (sin apellido en este relato); tenía el grado de coronel en el disuelto ejército absolutista, veintinueve años, un cuerpo robusto y un bolsillo repleto; con lo cual llevaba consigo el tesoro inagotable de la alegría de la juventud

y la osadía farfantonada del militar rico. Su padre era un opulento hacendado, y él un buen mozo, con todos los defectos y las pretensiones de un chico mal criado, un poco adelantado con las mujeres y un algo más atrevido con los hombres, pero de un corazón excelente y de una arrogancia capaz de recibir consejos pasada la exaltación primera, que daba siempre lugar á la reflexión. Tal era mi Fermin: y tal como era, era un compromiso viviente, y el andar continuamente con él un continuo riesgo de meterse en un berengenal, y con efecto, dímos en uno por fin.

Un doctor, Delmas Hippolite, de quien hablo en otro lugar, médico francés que conocía su París al dedillo, nos acompañaba de día las horas que su profesión le dejaba libres, todas las tardes á comer y algunas noches hasta no muy tarde, porque no era trasnochador.

Comíamos á escote, condicion francesa que había puesto Delmas, que era un hombre muy delicado y pundonoroso, y comíamos donde la hora de comer nos cogía; en la barrera Rochechouard ó en el bosque de Boulogne, en San German ó en Versalles, en el boulevard Beaumarchais á dos francos, ó en el de los Italianos á dos lises. Fermin, que acostumbrado al vino navarro de las bodegas de su padre, bebía como limonada el Bordeaux, no se embriagaba nunca, pero se excitaba siempre; porque como rico y pretencioso, quería regalarnos diariamente con una botella de Sillery-mousseux, que era el Champagne que prefería.

Empezábamos una tarde nuestra comida, en el último saloncito de cuatro mesas del café inglés, delante de una ventana que sobre el boulevard de los Italianos se abría. Delmas, celoso del buen crédito de los viñedos franceses, había ido haciendo probar á Fermin

varios de esos vinos no famosos, pero con razon apreciados y con delicia bebidos por los *burgueses* parisienses, y gustaba Fermin saboreándose un viejo *Moulin-à-vent* que por primera vez le presentaba el doctor, cuando una ligera briska tirada por dos bayos húngaros vino á pararse y á echar ante la puerta del restaurant á la más hermosa mujer que hasta entónces habían visto mis ojos, acompañada de un caballero vestido de negro, en quien no tuvimos tiempo de fijarnos, atraidos y absortos por la belleza de aquella femenil aparicion.

Mientras el doctor observaba doctoralmente que en París se veían las más hermosas mujeres del universo, y mientras Fermin y yo contemplábamos aquél perfectamente emparejado tronco de bayos-lobos, dignos por su finura y gallardía de su incomparable propietaria, entró ésta en el aposento, haciéndonos volver á mirarla con el rumor de la crujidora seda de la falda de su vestido y el suave perfume de que impregnó el ambiente al atravesar la estancia, para ocupar la mesa del rincon del fondo opuesto al nuestro de la ventana. No debió ella extrañar, ni de notarla dió muestra exterior, nuestra insistencia en admirarla, acostumbrada como debía de estar á ser admirada; ni el extraño compañero que traía se dió por entendido de nuestra insistente admiracion, ni pareció comprender las altas y demasiadamente claras palabras con que su admiracion manifestaba mi compatriota Fermin. La educacion nos hizo á Delmas y á mí coartar nuestra ya inconveniente manifestacion admirativa; pero Fermin, con la presumida petulancia de buen mozo y de valiente, comenzó á flecharla sus asesinas miradas, y á decir en castellano lo que á la boca le venía en pro de la hermosísima recién llegada y en contra de su compañero, en quien

no podíamos ménos de reparar al fin, y formaban, en verdad, ambos la más desaparejada pareja del mundo.

Era ella alta y esbelta, y de al parecer correctísimas proporciones. Su busto escultural, flanqueado por dos brazos de intachable dibujo, sostenía sobre su gallardo cuello una cabeza de Juno, coronada de una abundante cabellera; cuya mata central sujetaba en su vértice una peineta condal de puntas perladas, y cuyos rizos orlaban abundosos sus sienes, serpeando en bucles sobre sus hombros. Cortaban su frente despejada y nacarina dos cejas tan finas como espesas, y entre sus párpados, rematados en ricas y largas pestañas, se movían dos pupilas turquíes, tras de las cuales brillaban dos chispas de la luz del paraíso.

El que la acompañaba, y de quien sólo veíamos el escorzo de la cabeza, con su oreja derecha, el pómulo saliente de su mejilla y su diestra mano, que manejaba el cuchillo con notable distincion, trinchando con admirable destreza, era un hombre de cuya estatura y conformacion completa no se podía juzgar, porque desfiguraba su dorso una joroba, no descomunal ni dislocada, pero suficiente para desencajar el más proporcionado conjunto de humano individuo.

Vestía todo de negro, rebosaban sus movimientos aristocrática distincion, apoyaba sus piernas con seguridad en el pavimento, sus piés enjutos estaban primorosamente calzados, y la mano que veíamos era larga y huesosa, pero fina, blanquísima, y de cuidadas y acanaladas uñas. Parecía, en suma, un hombre perfectamente educado y correctamente vestido, pero cargado por la naturaleza con una joroba que envilecía la nobleza de su representacion personal. La mujer nos daba la cara y el jorobado la espalda, mejor dicho, la joroba;

uno y otro hablaban francés con el criado, y aleman entre sí; lo ménos y lo mejor que de ambos dijo en español mi desafortunado Fermin, fué que ella era una ondina escapada de una laguna helada de Escandinavia, y él el Gnomo que la guardaba; porque la hermosa permaneció fría é impasible á todos los avances del desatinado Fermin, y sordo el jorobado á sus ya casi insolentes y provocadoras palabras.

Ellos tomaban en su mesa una especie de tente en pié, preparativo para más tardía comida, compuesto de unas pequeñas codornices asadas y una multitud de golosinas, regadas con una botella de Kænisberg, cuyo empolvado vidrio y cuya colocacion cuidadosa en una salvilla de plata acusaban derechos á una respetable antigüedad. Nosotros hacíamos una formal comida, en la cual la presencia embriagadora de aquella desconocida y las continuas libaciones del *Moulin-à-vent*, comenzaban á poner la cabeza de mi compatriota Fermin en una exaltacion que veía yo crecer con recelo. Los dos extranjeros hablaban bajo y en aleman; y nosotros, sobre todo Fermin, alto y en español, que el doctor Delmas chapurraba, aprovechando nuestra compañía para perfeccionarse en él, como buen francés que no perdía ripio.

La hermosa y el jorobado comían serena y pausadamente, sin ocuparse de nosotros: Fermin se desesperaba de que la mujer no se apercibiese siquiera del fuego de sus baterías, y Delmas y yo le suplicábamos sin cesar que se moderase; porque aunque los dos extranjeros no comprendieran una palabra de español, era imposible que no les chocase al fin la entonacion mofadora y provocativa, la impertinencia de su risa y sus miradas, y la infraccion sobre todo del buen tono, que general-

mente reina en los establecimientos de primer orden.

Traieron, por fin, el Sillery para nosotros, y la cuenta para el jorobado: destaponó Fermín su botella al tiempo que éste, tomando su sombrero, nos dió la cara para salir del gabinete, mostrándonos la recia contesura de su ancho pecho y la roseta de gran cruz de la Legión de Honor en su hojal; y cuando iba Fermín insolentemente á ofrecer su copa á la imperturbable ondina escandinava, oímos con asombro al jorobado que le decía en buen castellano, aunque con acento francés y con la más desdeñosa sonrisa: «Caballero, aunque la española no es ya una lengua tan comun en Francia como en el tiempo en que no se ponía el sol en los dominios españoles, no debe de hablarse delante de personas á quienes no se conoce, y en ninguna debe decirse lo que Vd. ha estado diciendo, y de lo cual felizmente no ha comprendido una palabra esa señora que ha salido delante de mí, y que es mi mujer. Pero como casi todo lo que usted ha dicho ha sido absolutamente ofensivo para ella ó para mí, aquí tiene usted mi tarjeta y las señas de mi casa, y espero que me dé Vd. la suya, para que si mañana no recibo noticias de V., pueda yo írselas á pedir.»

Los cuatro estábamos de pié: Delmas pálido, y yo rojo de vergüenza; pero Fermín, cuya audacia crecía con el riesgo, no cambió su tono chungon al cambiar su tarjeta con el incógnito; y poniéndole la punta del índice en la joroba al dársela, le dijo: «No pase usted mala noche en la incertidumbre; mañana á las doce, porque teniendo tan hermosa mujer se levantará usted tarde, irán estos dos amigos á visitarle en mi nombre, y haga Vd. cuanto pueda, pimpollo, porque no pueda yo ir solo á aspirar el aroma que exhala aquel boton de

rosa que le dió á Vd. Dios por mujer para condenacion de ella.»

Tomó el jorobado la tarjeta de Fermin con una sonrisa que me enfrío el corazon: echóse á reir Fermin apurando su copa, y partieron los bayos húngaros arrastrando hácia los Campos Eliseos aquella doble aparicion de Venus y Polifemo, á quien designaba como conde de N... la tarjeta del jorobado.

III

Tengo para mí que el valor no es más que un exceso de miedo: todo hombre de pundonor es valiente, por miedo á ser tenido por cobarde; pero hay tanto que decir sobre el valor y los valientes, que si á dilucidar me parara esta cuestion del valor, interrumpiría mi narracion por tiempo indefinido con casi interminable discurso. El P. Mariana no dice de nadie en su historia que fuese valiente: lo que dice de alguno de nuestros grandes reyes ó personajes históricos es: «anduvo valiente en tal ó cual ocasion,» y creo que dice muy bien el P. Mariana, quien tuvo el valor de escribir lo que hoy no se atreven los más valientes, porque tenía el valor civil, pasivo, sereno, perenne, de conviccion, que dan la fe y la idea, muy distinto del valor irreflexivo, impetuoso, ciego é inconsciente que dan sólo la osadía y la fuerza bruta.

En nuestros países meridionales, en nuestra España particularmente, cuya historia cree el vulgo que estriba sólo en unos cuantos siglos de batallas y trompazos,

el valor civil es apenas estimado y pasa casi desapercibido para el vulgo; aquí se cree que no hay más valor que el militar; que el ser valiente consiste no más en estar siempre dispuesto á romperse el bastimento en cualquier prójimo y por cualquier cosa; el tipo, en fin, del valiente es mi D. Juan; tengo yo sobre mi conciencia el haber hecho germinar en nuestra tierra muchos mozos insolentes y el haber entontecido á miles de muchachas casquivanas.

• Mi Fermin era valiente sin duda; pero por considerar el valor como el vulgo en España lo considera, solía dar en pendenciero, provocativo y aparecer como procaz é impertinente bravucon; él conocía su defecto y se arrepentía de sus arrebatos; pero criado en esta idea vulgar del valor, se reconocía y se arrepentía siempre, pero rara vez cedía ni se enmendaba, y sostenía sin sinrazón con sus puños, teniendo en más ser valiente que racional.

Cuando la pareja de arrogantes bayos húngaros se quitaron de delante de los ojos aquella tan desparejada pareja de seres humanos, Fermin no volvió á acordarse del hombre, sino de la hembra á quien por mujer tenía; y excitado su cerebro por el *Moulin-à-vent* y el *Sillery*, llegó hasta creerse paladin libertador de aquella hermosura; que, según él, debía de vivir en poder de aquel jorobado, como una dorada luciérnaga enredada en los hilos de la tela de una araña. Yo sé que sería inútil pretender traerle á la razón y hacerle reflexionar sobre lo mal hecho y lo mal dicho por él hasta que hecha la digestión y libre su cabeza de vapores, pudiese escuchar y reflexionar en calma mis amistosas, justas y claras observaciones; pero no había remedio: á las doce del día siguiente era forzoso que Delmas y

yo fuéramos á casa del jorobado á darle satisfacciones por Fermin, ó á pedirle su hora y sus condiciones.

Tomamos café, paseamos, llegamos hasta la media noche en un jardín público, y nos despedimos en el boulevard, á la esquina de la Chaussée d'Antin, en cuyo número 36 vivía yo entónces, y sólo al despedirme dijo Fermin dándome la tarjeta del jorobado: « Ha sido una impertinencia mía; pero no hay modo de volverse atras; toma, y no olvideis de ir á las doce en punto. »

— Antes iré yo á hablar contigo— le dije.

— Es inútil— me contestó— me levantaré tarde; yo sé lo que he hecho; pero quien tal hizo, que tal pague; yo obro siempre de mi cuenta y riesgo.

Y con un apretón de manos echó por el boulevard, dejándonos poco ménos que plantados.

Delmas, que contra su costumbre había permanecido con nosotros hasta tan avanzada hora, se despidió de mí diciéndome: « Yo abreviaré mi visita, y á las once y media vendré á buscar á Vd. con un carruaje; pero si su compatriota de Vd. no piensa dar excusas, haría mejor en madrugar é ir á la sala de Grissier á hacerse un poco la mano.

— Mi amigo es fuerte y diestro— le respondí.

— Supongo— dijo Delmas— que su atrevimiento se apoya en su fuerza, ó en su destreza; pero yo tengo mucho miedo á los jorobados, y éste tiene una mirada que me fascina.

— Yo veré mañana si convenzo á Fermin y le traigo á la razon. Si no...

— Me pesará en el alma— exclamó Delmas dándome las buenas noches.

Pero no lo fué la mía. No se cómo la pasaría Fermin: probablemente de un sueño; porque su juventud

y su robustez, y lo poco en que tenía al jorobado, cuya estatura era naturalmente poco aventajada, harían que la materia dominase al espíritu, y las cosas de la vida toman la forma de la luz á que se las mira. Yo soñé toda la noche con el conde de N., y me vestí casi al amanecer como si hubiera sido yo quien con él estaba expuesto á batirse; y tan cabizbajo me tenía el pensar en el jorobado, que cuando á las nueve de la mañana me aboqué al día siguiente con Fermin, despertándole, díjome éste riéndose:

— Pero, hombre, desde que tenemos negocio con el jorobeta parece que te va á salir á tí una joroba.

Lo cual me hizo comprender que él tambien pensaba, á pesar suyo, en el jorobado conde de N.

No le pude convencer de que su insolencia para con éste había sido tan excesiva como inmotivada; de que el punto en que se hallaba nuestra comida cuando aquél entró en el gabinete, y la primera botella *Moulin-à-vent* ya vacía sobre la mesa, podían ser, y eran efectivamente, un motivo muy fundado, si no muy decoroso, en que basar una explicacion; el conde parecía un hombre de clara inteligencia, de esmeradísima educacion y de bastante mundo para no comprender nuestra lealtad á la primera palabra, sin dudar de su valor; yo hablaba el francés y el conde el castellano con suficiente correccion para no interpretar mal ni tomar una palabra por otra; y en fin, que era más racional, más digno de seres inteligentes reconocer una falta y corregir una torpeza, que exponerse á morir como un conejo en un asador por sostener una sinrazon.

Escuchóme Fermin sin pestañear, y respondióme tranquilamente:

— Todo eso me lo he dicho yo ya á mí mismo; pero

no podría volver á Navarra, ni me admitirían en mi regimiento cuando otra vez nos volvamos á levantar en las provincias, si se supiera que yo había dado satisfacciones sin batirme. A lo hecho, pecho; es el insultado: es posible que esté prevenido para casos como este, si insiste en eleccion de armas y derecho á condiciones, acéptalas todas sin vacilar; yo no soy ningun ñoño, y tengo dos puños de jugador de pelota; le cansaré, le desarmaré, le aturrullaré, y á la primera ocasion de interrumpirnos, haré y diré todo lo que tú quieras; y tú lo dirás por mí, que sabes hablar francés, porque en castellano ni yo diría más que una barbaridad, ni te aguantaría probablemente lo que dijeras, aunque fuera en unas décimas como las de don Juan á doña Inés.

Convencido de dos cosas: primera, de que efectivamente el valor es un exceso de miedo, y segunda, de que el miedo de Fermin á que dijeran que se había dado satisfacciones era mayor que el que tenía á ser atravesado como una chocha por el jorobado, dejé á mi terco navarro que tornase á envolverse en las sábanas de su cama, donde yo le sorprendí y de donde no había salido, y le dejé volver á arrebujarse en ellas, mientras yo iba á realizar un pensamiento que me acababa de ocurrir.

IV

Desde el hotel en que Fermin se alojaba en la calle de Choiseul hasta la plaza de la Bolsa, en donde tenía Grissier su sala de armas, no había más que cuatro calles que atravesar. Grissier, el profesor de esgrima más

prudente, más moderado y ménos pendenciero del mundo, decía que «él enseñaba á los hombres á matarse para enseñarles á respetarse.» Casi nunca se había verificado un desafío en el cual hubiera él sido padrino de uno de los combatientes; sus razones eran más fuertes que sus estocadas, y más útiles y oportunas que su más poderoso desarme.

Conocía el juego, la escuela, el secreto y el flaco de todos los tiradores conocidos en Europa, porque todos habían pasado por su sala; y prevenía á sus discípulos contra todas las estocadas bajas de la escuela italiana, los deslumbradores y teatrales ataques de la estudiantil berlinesa, y las peligrosas y estudiadas estratagemas de los espadachines.

Conocíale yo por haber asistido algunos meses á su escuela, con recomendacion del dueño del tiro del *Bas de Boulogne*, M. Pirmet, y él casi no quería conocerme, porque la debilidad de mis brazos y mis piernas sietemesinos, y la viveza ratonil é irreflexiva de mi imaginacion, me vedaban hasta el derecho de pensar, sin deshonra de su escuela, en darme por su discípulo.

Expúsele mi caso, presentéle la tarjeta del conde N., y tomándome equivocadamente por su provocador, me dijo tristemente leyendo su nombre escrito en ella: «Vd. no es hombre de tener pié tres segundos enfrente de él: déle Vd. satisfaccion.»

Manifestéle el error en que caía: díjele las cualidades de fuerza y de conocimiento de las armas de mi amigo, que era militar; y despues de escucharme con atencion y de meditar un momento, me dijo: su parte de Vd. es mala; la razon está de parte del conde, y de no satisfacerle, no respondo del resultado. No puedo dar armas contra el conde; pero prevenga Vd. á su

ahijado, si es tan fuerte de muñeca como Vd. me dice, que procure no perder un instante de serenidad, ni una pulgada de terreno y cansar á su adversario; y Vds. sus padrinos estén muy ojo avizor para interrumpir el duelo al primer lance dudoso ó discutible que se presente.

Ví claro como la luz del Mediodía, que ya se acercaba, que Grissier no quería hacer ni decir nada contra el conde N., ó por tener éste la razon toda, ó por no exponer á un francés á merced de un español, cuya escuela, fuerzas y persona no conocía. Salí, pues, más receloso y preocupado de lo que había entrado en ella, de la casa de Grissier, y corrí á encontrar á Delmas, que ya me esperaba en la mía. Minutos despues de dar las doce en todos los relojes de París, nos apeábamos de nuestro simon ante la verja del jardin en que se elevaba aislado en el barrio de San German, el hotel-palacio del conde de N. Dimos nuestros nombres, é introducidos en un saloncito del piso bajo, nos encaramos con dos caballeros de mediana edad que, al parecer, nos aguardaban en él. Saludámonos fría y ceremoniosamente; y yo, á quien correspondía exponer el primero el objeto de nuestra mision, dije que siendo el señor conde el ofendido y el provocado, á pesar de ser él el primero en presentar su tarjeta y precisar la situacion, nuestro ahijado le dejaba el derecho de imponer, aceptándolas sin restriccion, todas sus condiciones.

— En ese caso—dijo el mayor de aquellos señores, en cuyas patillas negras blanqueaban ya no pocas y acaso prematuras canas—hé aquí las condiciones usuales del señor conde: el florete de combate ó la espada de ceñir, hasta la rendicion, el desarme, ó la muerte suya ó de su adversario. El señor conde proponía tambien el sable; pero teniendo en cuenta nosotros, sus padrinos,

la ventaja del brazo y la estatura de M. Fermin sobre las del señor conde, y creyendo ademas que siendo el sable un arma de caballería, y no estando ya en uso los duelos á caballo, como en la Edad Media, no debíamos proponerlo, nos atrevemos á suprimirlo.

Dimos Delmas y yo nuestro asentimiento con un « está bien, » y continuó diciendo el caballero francés de la barba gris:

— Si del duelo á espada quedase uno ó ambos fuera de combate, pero no satisfecho, se verificará, cuando hubiere lugar, un segundo duelo á pistola: una en cada mano, treinta pasos de distancia, y marchando uno sobre otro, á tirar á discrecion.

Volvimos á dar Delmas y yo una señal de asentimiento con la cabeza, y concluyó el buen caballero francés de esta manera:

— Pero hay una circunstancia que ignoro aún cómo podrá influir en el ánimo de Vds. y cambiar el aspecto de nuestra situacion. El señor conde ha vivido en Bilbao, Pamplona y Barcelona como cónsul de Francia, y allí ha sido amigo, tenido negocios y recibido favores del padre de M. Fermin; y al reconocerle por su tarjeta, si éste se aviene á una explicacion con el señor conde y á recibir de él, en nombre de su señor padre, una leccion de educacion, á la que tan groseramente ha faltado con él, el señor conde se dará por satisfecho y ofrecerá su casa y su amistad al atolondrado hijo de tan respetable padre.

Hubiera yo dejado de ser de la tierra nuestra, si no me hubiera dejado llevar del espíritu farfanton de mi bocon sevillano. Había ido á buscar un medio de impedir el duelo, por su intervencion, á casa de Grissier, y ahora que aquel caballero me lo ponía como en la

palma de la mano, tomé la cortesía, y tal vez la gratitud, por miedo; y más ciego, más imprevisor y más temerario que Fermin, eché á éste de cabeza en aquel berengenal, poniéndome en pié y diciéndole con desdenosa sonrisa:

—Nuestro ahijado es ya mayor de edad y no se aventurará á recibir lecciones de nadie, ni á permitir á nadie tomar el puesto de su padre. Sólo nos resta saber el día, la hora y el sitio.

Pusiéronse tambien en pié los dos caballeros franceses, y con la dignidad de quien está en su derecho, y con una espartana concision, dijo el que había llevado la palabra:

—Mañana, á las ocho, bosque de Vincennes.

Y nos despedimos de los padrinos del Conde jorobado, y dimos al cochero las señas del hotel de Fermin.

Al contarle yo á éste las justas observaciones del francés sobre el desafio á sable, las tremendas condiciones del segundo duelo á pistola, y la facilidad del conde en darse por satisfecho de la injuria del hijo, por respeto al padre, cayó, como yo, en el error de tomar la cortesía por miedo; y yo, creyendo sandiamente haber hecho una hombrada, le precipité á concebir una barbaridad, que formuló en esta estúpida frase:

«¿Con que en el lugar de mi padre quiere ponerse? Mañana voy á ponerle yo en el de mi perro. Ya verá quién es el hijo de mi padre.»

V

Ignoro lo que en aquel día hizo Fermin; tenía yo que acompañar y despedir á una familia que se volvía

á España con el correo de aquella noche, y sólo le vi un instante en el café Napolitano para acordar la hora en que iríamos á buscarle á la mañana siguiente Delmas y yo. Era el 23 de Junio, verbena de San Juan en nuestra pátria, y Fermin se me escapó, diciéndome que iba á celebrar un recuerdo de la fiesta nocturna de España con una reunion de españoles, donde irían los Ciebras con sus guitarras y unas muchachas andaluzas con palillos y pandereta.

Yo comprendo cómo se baila y se bebe una noche, para aturdirse y olvidar que se bate uno á la mañana siguiente; pero no comprendo que teniendo que batirse á las ocho de la mañana, se baile la noche anterior, á peligro de llegar al terreno insomne y fatigado.

Junio es para mí el mes más alegre y poético del año; es el mes de las verbenas y de los holgazanes; tiene tantas fiestas como días, y tantas vigiliass como noches; tantas supersticiones como aniversarios, y tantas leyendas como verbenas; es el mes de los buenos augurios y de las esperanzas para las muchachas, y el de la cosecha para los libertinos; es el mes de las primeras frutas que calientan la sangre; de las moriscas albahacas que excitan los sentidos, y de las tradiciones que exaltan el cerebro; no recuerdo quien cantaba allá en un pueblo de Castilla:

« Tiene Junio tres verbenas
que empiezan con San Antonio;
y son tres noches muy buenas
para dar gusto al demonio,
comprar un saco de penas
y hacer un mal matrimonio. »

Y no recuerdo tampoco quién cantaba, bajo el emparrado de la puerta de un cortijo de Andalucía:

« Junio es un mes de infortunio;
palabras que en él se dan
vienen con San Juan en Junio
y con San Pedro se van. »

Junio es para mí el mes de los recuerdos y de los delirios; pasó sus noches soñando venturas en exaltacion nerviosa, y sus días en recordar aventuras pasadas, sumido en una especie de perezoso letargo; pero ¡ay de mí! siempre en Junio me ha sucedido alguna desgracia, ó me ha dejado su hez amarga en el corazon algun desengaño; en Junio se verificaban los exámenes en la Universidad, y yo salía de ellos como un pollo que se cayese en una caldera de agua caliente; y en Junio, en fin, se casó con un escribano la primera mujer á quien amé.

Y un 24 de Junio, á la seis de la mañana me presenté en casa de Fermin en un coche, en el cual nos empaquetamos á las siete Delmas, Fermin y yo con una caja de pistolas y dos espadas de combate, tomando rumbo al bosque de Vincennes. Delmas, que era hablador de suyo y cuya conversacion era siempre viva, chispeante y pintoresca, como que sabía mucho, iba callado y sombrío en la banqueta delantera al lado de la caja de las pistolas, colocado entre los piés un estuche de cirugía, y á su espalda tendidas las dos espadas.

Fermin parecía soñoliento, y casi aún no despierto, y yo me dejaba arrastrar inconsciente contemplando los árboles, entre cuyas hojas revoloteaban cantando alrededor de sus nidos los inquietos pajarillos y las brillantes gotas del rocío que comenzaban á evaporarse en las puntas de las ya crecidas yerbas.

Yo no sé por qué el día de una desgracia y los momentos antes de cualquier catástrofe, me ha presentado

siempre la naturaleza un bello y tranquilo espectáculo que contemplar: siempre en los momentos de supremo pesar ó de inminente riesgo por que ha pasado mi descarriada existencia, Dios se me ha presentado á través de uno de los más risueños cuadros de su maravillosa creacion; pero yo no he sido nunca más que un poeta; y mis alegrías y mis tristezas, mis creencias y mis errores, mis desventuras reales y mis ilusorios deleites, las agonías de mis desesperaciones y las fortalezas de mi fe, han brotado todas como vapores fantásticos y perfumados de la superficie tranquila de mi imaginacion poética: que es un lago trasparente y sereno, circundado de flores y follaje, donde la luz del cielo refleja siempre la faz de Dios. Hé aquí por qué en todas las situaciones difíciles de mi vida camino yo al peligro en la vaguedad inexplicable, casi estúpida, de quien no puede jamás formarse idea cabal de lo que le pasa, del que vive sin conciencia de la vida real, en la divagacion y el delirio de la existencia de los países imaginarios de la leyenda, la tradicion, la fábula y los romances; de la poesía, en una palabra.

Haría ya seis minutos que dejaba nuestro cochero ir sus caballos sin apurarlos, avanzando por uno de los caminos abiertos á través del bosque de Vincennes, esperando órden de direccion ó de parada, puesto que por los efectos que nos había visto colocar en su vehículo, no podía ignorar á lo que íbamos, cuando un jinete que en una hermosa yegua alazana por la misma calzada que nosotros íbamos nos precedía, se acercó á la ventanilla derecha, á la cual me había yo asomado para admirar la esbelta bestia en que cabalgaba; y tocando con su mano derecha el ala de su sombrero, me dijo inclinándose sobre el cuello de su dócil cabalgadura:

— Suponiendo que como extranjeros podían ustedes no ser prácticos en este lugar, he tenido la previsión de constituirme en su guía.

— Mil gracias — le contesté — y dí orden de que le siguiera á nuestro impasible automedonte. El jinete era el más jóven de los dos caballeros con quienes habíamos topado en casa del conde el día anterior.

Aquí, Fermin, como sacudiendo su importuna modorra, exclamó:

— ¡Diablo, qué callados habeis venido! Yo vengo muerto de sueño, porque el vino era de Jerez, las muchachas de Málaga y una carta que he escrito á mi padre para que me la echen hoy al correo diciéndole que estoy bueno, me han impedido dormir más de tres horas; pero este aire de arboleda me despeja, y ya estoy listo: ¿aparece ya por ahí mi jorobeta?

Fermin no había comprendido las frases francesas á mí dirigidas por el de la yegua; pero era claro que había comprendido la situación.

— No — le dije — ese caballero es uno de sus amigos; probablemente de sus padrinos.

— Que traiga con él muchos ó pocos no me importa; pero sentiría que hubiese dado á la policía el ¡quién vive!

— Creo — le contestó Delmas — que podemos estar sin cuidado sobre ese punto; yo he tomado ayer mis informes, y el jorobado no tiene torcido más que el espinazo; el espíritu lo tiene recto.

— Me alegro — dijo Fermin.

Y de lo dicho saqué yo esta doble consecuencia: que Fermin seguía pensando mal del jorobado, por lo que ha dado en llamarse espíritu nacional, ó por recelo de bravucon, y que Delmas, por el primer motivo, defendía y ponía en buen lugar á su compatriota; todo lo cual

encontré yo perfectamente en el carácter de los países á que pertenecíamos.

El carruaje se detuvo; abrí la portezuela y saltamos los tres á tierra; Fermin se apoyaba en una rica caña de Indias, y echó una mirada alrededor como buscando algo; como en respuesta á aquella mirada, dijo el caballero francés: «aún no son las ocho,» y mostró su reloj que marcaba las ocho menos nueve minutos.

— Hemos venido antes, dije yo atajando á Fermin, que iba á decir, sin duda, alguna inconveniencia, por si un extravío nos hacía perder tiempo.

— Así lo he comprendido; y el Sr. Conde será exacto.

— ¡Como no lo sea!.. exclamó Fermin.

— Tomaré yo su lugar para que Vd. no espere, le dijo con altivez é interrumpiéndole el caballero francés.

Ahogué la palabra en los labios de Fermin con una mirada, y Delmas con el anuncio de un carruaje que se acercaba por la avenida al trote resuelto de sus dos caballos.

Volvimos todos la cabeza; era un *coupè* negro, que arrastraban los dos bayos húngaros. Apeáronse de él, á la vera de la calzada, primero nuestro conocido de ayer, el de la barba gris, y tras él el Conde: un lacayo sacó del *coupè* dos espadas y una caja de pistolas, y encaminándose hacia nosotros, se alejó su carruaje, llevándose tras sí al nuestro.

Y aquí pasó algo tan difícil de contar como fácil de comprender, teniendo en cuenta el carácter, la tierra, la posición y las opiniones de mi Fermin.

El Conde, vestido de negro, estaba muy pálido, y nos pareció muy preocupado, al saludarnos tan cortés como secamente; y tomando el de la barba gris la

direccion de la escena: — Internémonos un poco más, nos dijo; cerca hay un recodo sin veredas, donde nadie nos podrá ver ni venir á interrumpirnos. — Y echando adelante y siguiéndole el de la yegua con las espadas y la caja, echó tras ellos el Conde, Fermin tras éste, y Delmas y yo, con nuestras armas, tras de Fermin: y he aquí lo difícil, pero inexcusable de narrar.

Caminaba el Conde un paso delante de Fermín, haciendo á su pesar y por su propio descuido la mala figura que hace siempre un jorobado, visto por la joroba: y Fermin, cediendo á una de esas diabólicas tentaciones, á que ceden desdichadamente los valientes fanfarrones de nuestra raza, tuvo la malhadada ocurrencia de apoyar su caña de Indias en el mollar del antebrazo derecho del jorobado, y empujándole hacia la izquierda, la pasó rápidamente sobre su cabeza, deteniendo el impulso que le había impreso apoyándose en el mollar del brazo izquierdo, como hacen los muchachos con el palo y el dominguillo. El jorobado se cernió de derecha á izquierda y recobró su equilibrio, obedeciendo al impulso y á la repulsión de la caña de Indias; pero ni volvió la cara, ni dijo palabra, como si lo que le hubiera tocado hubiera sido la rama salvaje de algun arbusto de exuberante vegetación.

Yo sentí la paralización del asombro, invadir mi cuerpo; Delmas se pasó la mano por los ojos, como para quitarse algo de ante su vista; y dando en esto vuelta á un grupo de árboles, entramos en una especie de glorieta entre ellos naturalmente abierta y oculta. Era un círculo informe de veinticinco á treinta pasos de diámetro, cercado, á propósito ó por descuido, de espesa é inculta maleza.

Su suelo, á pesar de la perpétua sombra en que el

alto arbolado le conservaba, era duro, seco y escaso de menudo césped; lugar, en fin, sin igual para lo que se le había buscado. Los caballeros franceses, colocados á la izquierda, formaron grupo, teniendo tras ellos al Conde, pálido, sombrío y con los ojos constantemente bajos; y así midieron y prepararon sus armas. Hicimos otro tanto Delmas y yo, teniendo á nuestra espalda á Fermin, derecho, erguido y con los ojos fijos con desdeñosa sonrisa en el grupo enemigo. El de la barba gris trazó en el suelo una línea que partía el terreno. Colocó una espada á la derecha y otra á la izquierda, delante y detrás de la línea, después de habérnoslas dado á reconocer: y dijo: « Cuando Vds. gusten. » Despojóse el Conde de levita y chaleco y se adelantó hacia la línea tomando su arma, haciendo Fermin lo mismo. Al alzarse el Conde, cuadróse, mostró su pecho desnudo, alto y deforme de esternon, abrióse para que Fermin midiese su espada y se colocase á distancia; hizolo Fermin noblemente, y cuadrándose á su vez, se abrió y mostró desnudo su pecho de Anteo y sus brazos de Hércules. Tendióse el Conde á medir su arma, y tocó, tal vez por descuido, la camisa de Fermin sobre la carnosidad interna de la tetilla derecha. ¡ En guardia! dijo el de la barba gris; y al caer el Conde con una precisión intachable en la guardia de Grissier, con su brazo izquierdo atrás, su cabeza erguida y sus ojos clavados en los de Fermin, el jorobado sufrió una trasfiguracion: yo creí que la joroba se le había metido en el pecho, y al ver su tranquila inmovilidad y su imperceptible sonrisa, surgió en mi cerebro, sin que la redujera á palabras, esta idea: « Fermin es muerto. »

Atacó éste con una impetuosidad y una rapidez que amenazaba poner en un minuto fin al combate, que

fué ni visto ni oído, cinco golpes y cinco paradas: á la sexta dijo el Conde *touchè!* y se enderezó, parando con una expulsion la sétima estocada de mi amigo. Un hilo de sangre corría del pecho de Fermin en el mismo sitio en que tocó el Conde al medir su florete. Pasóse Fermin la mano izquierda por la herida y diciendo «nada,» pero rojo como un apoplético, dió un paso adelante para colocarse en su lugar.

— ¿Nó satisfechos? preguntó el de la barba gris.

— No, respondió con rabia Fermin.

— No, dijo con calma el jorobado.

— En guardia, volvió á decir el francés extendiendo su brazo derecho entre los dos.

— Volvieron á caer en guardia, bajo su extendido brazo, y gritando *¡en avant!* y retirándole con presteza, volvió á suceder lo mismo; tres estocadas furiosas, tres paradas inquebrantales, otra expulsion del jorobado; otra voz de *touchè!* como si estuviera en la sala de armas, y otro hilo de sangre en el pecho del casi ebrio de ira Fermin. Delmas y el caballero de la barba gris se metieron entre los dos combatientes: yo no sabía lo que me pasaba y permanecí inmóvil; sentía frío, tenía miedo.

— ¿Todavía no? volvió á preguntar el francés.

— No, nõ, dijo el navarro como respondiendo por sí y por el otro.

¡En guardia! *¡En avant!*

Y se vino Fermin ciego sobre el Conde... y no sé lo que pasó: no lo ví; creo que no lo miré; creo que cerré los ojos. Sentí cuatro golpes de hierro con hierro; el silbido chirreador de una expulsión ó una finta; un estertor de esfuerzo del Conde y una blasfemia del español.

— Cuando me arrojé, instintivamente, sobre éste, Delmas le sujetaba ya por el brazo izquierdo, y los dos franceses estaban interpuestos entre él y el Conde, que tenía en la derecha su espada, y en la izquierda la de Fermin. Este no podía ni hablar, ni respirar; rugía:

— ¡Que me mate! — y los cuatro le sujetábamos.

El Conde tiró las espadas, fué á coger la caña de Indias de Fermin, y trayéndola en la izquierda, se le puso delante, y mientras él rugía, dijo con una dignidad que nos subyugó:

— Tenedle, y que calle para oirme; y marcándoselas con el índice de la mano derecha, siguió diciendo al trastornado Fermin, que cesó de ahullar: — ¡que me mate! para oirle estas palabras:

— Por cualquiera de estos dos puntazos ha podido entrar la muerte; y esta caña debía de romperse en tu rostro (y la rompió en su rodilla); pero yo debo la vida á tu padre, y no he querido matarte hoy, que es día de su santo.

Dentro de ocho, si no has venido á pedirme perdon, escribiré á tu padre lo que conmigo has hecho, y nos volveremos á batir á pistola; pero no podré detener la bala, como he detenido el florete.

Tomó el jorobado su levita; perdió Fermin el sentido, y desaparecieron los franceses, arrebatados en el *compé* negro por el trote tendido de los bayos húngaros.

Nuestra situacion era comprometida á más no poder. Fermin había perdido el conocimiento en un paroxismo de cólera y de vergüenza: Delmas temió que al volver en sí le afectara el cerebro la apoplejía ó la locura. No podíamos permanecer en aquel sitio, con aquellas armas al lado, sin arriesgarnos á dar irremisiblemente con impertinentes curiosos ó con gendarmes y polizon-

tes, á los cuales no podríamos dar explicacion alguna, que no pareciese un arbitrio premeditado para impedir el segundo duelo, si la terquedad insensata de Fermin, á quien ya no podíamos abandonar, nos arrastraba á verle morir en él. Delmas no quería separarse del navarro, para no perder el más mínimo pomenor de la manifestacion vital cuando en conocimiento volviera; ni yo me resolvía á dejar solo con él á Delmas, por si esta manifestacion se verificaba bajo la influencia de un trastorno cerebral.

No era fácil, por fin, conducir en hombros hasta el carruaje á un hombre tan corpulento como Fermin, y las malezas nos impedían ver y llamar por señas á nuestro cochero, á quien no era posible llamar á gritos, sin que otros que él los oyeran. En estos angustiosos momentos, sentimos con terror pasos de alguien que, dando la vuelta al recodo, penetraba en la escondida glorietta en que nos hallábamos; mas mi angustia se cambió en satisfaccion al reconocer al de la yegua, que con su lacayo acudía en nuestro auxilio; tal vez más por afan de sacar de compromiso al Conde su ahijado, que á nosotros de nuestro atolladero. Como quiera que fuese, el caballero francés, Delmas y el criado cargaron con Fermin, y yo con las armas y el estuche de Delmas; y con él y con todo, dimos en nuestro coche; cuyo cochero tenía de las bridas la yegua y el caballo de nuestro ayudador y de su criado.

Arreglámonos nosotros en nuestro simon, cabalgamos amo y criado, y con un silencioso saludo, partimos de vuelta á París. El movimiento del coche hizo volver en sí á mi compatriota, de cuyo rostro no quitaba Delmas sus ojos. Abrió Fermin los suyos, mirónos un instante con vaguedad, aspiró y respiró como si sus pul-

mones tuvieran la fuerza y necesitaran el aire de un fuelle de fragua; sentóse á plomo, miró y compuso su camisa y su corbatin, buscó y vistióse su levita, que se abrochó hasta el último boton; y comprendimos que conforme iba componiendo su exterior, iba en su interior dándose cuenta de la situacion, con tan poco desconcierto suyo como asombro de Delmas y mio; que seguíamos contemplándole y esperando en silencio la manifestacion de sus ideas por sus primeras palabras.

Pero los valientes son poco más que bestias brutas: creen que la ferocidad es antes que la dignidad humana, y que matarse es más digno que reconocerse. Mi Fermin, estirándose los puños y frunciendo las cejas, dijo: « La cólera me ha cegado á mí como su destreza » le ha valido á él; pero aún hay ocho dias para ir mañana y tarde al tiro; lo que siento es haber perdido el sentido delante de él, no sé cómo; pero si ha creído que fué de miedo, ya se convencerá de que no lo tengo. »

Delmas y yo callamos, por no saber qué decirle: él, despues de mirár por las ventanillas, como para reconocer dónde se hallaba, miró su reloj, y arrellanándose en su rincon, nos dijo: « Lo que tengo es sueño: he pasado tan alegre noche como triste mañana; » y cruzó los brazos y cerró los ojos, dejándonos estupefactos.

Durmiera ó no, no dijo palabra más. Al cruzar la barrera, ví al jinete de la yegua, que allí acaso nos esperaba por si los guardas fijaban su atencion en nuestro coche; pero ya porque por él con ellos estuviéramos abonados, ó porque nada ellos de nosotros recelaran, entramos en París sin percance ni detencion, hasta casa de Fermin, en la calle de Choiseul. Apeóse Fermin, diciéndonos: No os incomodeis: mañana hablaremos;

hoy tengo necesidad de dormir; y nos volvió la espalda. Delmas y yo tuvimos en casa de éste una larga conferencia, de la cual resultaron las conclusiones y decisiones siguientes:

1.^a Que Fermin, avergonzado de su vencimiento y humillacion despues de sus arrogancias, no quería hablar más de lo pasado.

2.^a Que ciego por las preocupaciones y las absurdas teorías de los valientes sobre el valor y el honor, prefería hacerse matar por el jorobado á darle satisfacciones; pero que reconociendo en conciencia la razon y el derecho en aquel, y no queriendo reconocer que debía la vida á su destreza y generosidad, iba á preferir exponerse por segunda vez á que se la quitaran de un pistoletazo, por temor á que los valientes le tuvieran en menos, por dar satisfaccion noblemente á quien estúpida, brutal é injustificadamente había ofendido y provocado.

3.^a Que no siendo decoroso que nosotros, padrinos de Fermin en su primer duelo, le abandonáramos en el segundo; que no debiendo tomar nosotros la iniciativa para explorar las intenciones del tan diestro y prevenido como altanero y jorobado Conde, ni meternos en los secretos de interés ó de amistad que entre éste y el padre de Fermin existiesen, ni á tomar por nuestra cuenta el papel de mediadores en favor del Conde contra nuestro ahijado, lo mejor era que yo escribiese claro lo acontecido al padre de Fermin y él tomase la determinacion que mejor le pareciere; si las circunstancias y el curso natural del negocio le daban tiempo para venir á París, escribir al Conde, á su hijo, ó á los dos, ó plantear, en fin, la cuestion sobre la base que más le conviniera.

4.^a Que ni Delmas ni yo procuraríamos abocarnos con Fermin si éste no nos llamaba, y dejaríamos correr el tiempo y los sucesos, hasta que el padre nos contestara ó el hijo reclamara nuestros servicios; como amigos para impedirle, ó como padrinos para llevar á cabo el segundo duelo á pistola propuesto por el jorobado.

En consecuencia de cuyos acuerdos, Delmas se fué á sus visitas y yo á mi casa á escribir al padre de mi amigo.

Díle en mi carta cuenta exacta de los hechos, sin atenuaciones de las demasías de su hijo ni exageración de los derechos que asistían y del miedo que yo tenía al jorobado, y dándole las señas del palacio del Conde, de la habitacion de Fermín y de la mía, eché al correo la carta y me volví al alcázar moro de Granada á vagar por él con la sombra de la enamorada Moraina de mi poema; en cuya fantástica y deleitosa ocupacion se me pasaron siete días, sin acordarme del mundo real ni de los azares de mi terrena existencia.

VII

El 1.^o de Julio, harto de trabajar y ganoso de movimiento, aire y distraccion, tomé un *coupe* de remise, y me hice llevar al Bois de Boulogne, con el objeto de perderme y cansarme en aquellas arboledas, para descansar después, comiendo en alguno de sus kioskos, consagrados por las modernas costumbres en pequeños templos de alegría pagana y de católica gula. Eran las cinco de la tarde: despedí mi carruaje á la entrada de las alamedas, y me eché por entre los árboles buscando en el ejercicio, aire y apetito. Al dar la vuelta á un án-

gulo formado por dos caminos que se cruzan, sentí los pistoletazos del tiro de Pirmet; entré, más que como tirador curioso, como amigo de Pirmet para saludarle, y dí al entrar con las espaldas elevadas y robustas de dos amigos; es decir, de un amigo y un enemigo en quienes no pensaba: el amigo era Fermin, y el enemigo el contrincante con quien él sostenía una apuesta en aquel momento; un Polaco emigrado que me había metido una vez el resuello, corrigiéndome veinticuatro tiros y ganándome veinticuatro luises, además de humillar mi amor propio de tirador; destreza de que entonces tenía la necedad de vanagloriarme.

El Polaco me propuso partir doce balas, tiro tan vulgar como vistoso: partí yo todas las mías; pero pesadas y medidas las mitades de nuestras balas, él partió todas las tuyas más por mitad que yo: me dió otras doce de revancha, y volví á no errar un tiro, pero á perderlos todos por corregírmelos él; con lo cual sentí yo no poderle meter en la cabeza la bala del tiro veinticinco — ¡tal me sentía de quemado! — Y cuando me dijo con sorna, embolsándose mis monedas: «Tira Vd. muy bien,» le respondí con despecho: «Veinticuatro luises gana Vd. por saberlo;» y le volví la espalda, y no le había vuelto á ver. Con este Polaco hallé empeñado á mi amigo Fermin; y el Polaco, que alcanzaba una elevada estatura, era tan cargado de hombros, que bien podía dársele por jorobado.

Cuando entré yo, acababa el Polaco de hacer con Fermin lo que conmigo había hecho hacía dos meses; y Fermin acababa de proponerle la revancha con las nueve balas colgadas á nueve distintas alturas, que era el tiro de Valleras, y que yo le había enseñado.

Embebecidos él y el Polaco en su apuesta, y yo in-

móvil por la sorpresa del encuentro, permanecí mudo y desapercibido espectador entre los varios que allí encontré. Tiró el Polaco y casó ocho balas: erró, y dejó colgada la novena y comenzó á tirar mi Fermín, y yo llevaba el alma en sus nueve balas, como si en ellas fueran con mi honra y la del pabellon español, mis veinticuatro luises perdidos dos meses antes. Casó las cinco primeras, la sexta, la sétima, nadie respiraba: casó la octava.

Al servirle Pirmet el arma para la novena, se le disparó la pistola: quiso el Polaco por tal azar igualar la partida y turbar al tirador; pero Pirmet y los circunstantes se pusieron de parte de Fermin, quien sin discutir ni alterarse, colocó el cuerpo sólida y rectamente, recogió con firmeza su brazo, dobló lentamente la muñeca, y apuntando con calma, se llevó la novena bala entre el aplauso de los franceses, para quienes el Polaco era poco simpático, y mis brazos que le ceñí por la cintura.

Recogió su dinero, saludamos á Pirmet, y trabamos, saliendo, Fermin y yo el siguiente diálogo:

— ¿Has comido, Pepe?

— Pensaba comer aquí.

— Siete días van que aquí como después del tiro:

— ¿De modo que estás resuelto á no dar satisfacción al Conde?

— Sí; pero nó en Francia.

— ¿Pues en dónde?

— En el otro mundo. Vamos á comer, Pepillo mío. Dar satisfacciones á un francés y jorobado, es echarse encima cincuenta silbas ó cincuenta duelos al volver á España.

Así dijo Fermin llevándome al restaurant; y decíame



yo á mi mismo mientras al restaurant nos dirigíamos:

— • ¡Dios mío! ¡Pero qué bestia es la humanidad!
¡El hombre es la única criatura que deshonra á su Criador! •

VIII

Comió Fermin como acostumbraba, pero no bebió como solía: mostró el mismo humor de siempre, y habló de las mil y una banalidades de que hablan en París los extranjeros ociosos, que no van más que á gastar su dinero en ver el París exterior; y ya estábamos esperando el café, y esperaba yo aún que me hablase algo del jorobado: pero ni le mentó. Comprendía yo perfectamente que por lo pasado con el Conde, humillando su amor propio, le repugnara el recordarlo; pero no comprendía que preparándose para él, como acababa de demostrarme su presencia en el tiro, olvidara su segundo duelo, aplazado por el Conde en un término fijo, que iba á cumplirse.

Viendo, pues, que Fermin no la tocaba, determiné abordar la cuestion, y lo hice sin circunloquios, diciéndole:

— ¿Y qué hacemos?

— ¿De qué?

— Pues del segundo duelo; si cuentas con Delmas y conmigo, creo que es ya hora de pensar en algo.

— ¿En qué?

— En el jorobado.

— Déjale venir: tomar nosotros la iniciativa tendría visos de provocacion ó de impaciencia; no recibir satisfaccion mia... ya sabe lo que quiere decir.

— Pero, en resumen, le debes la vida, Fermin; dos veces pudo matarte: no creo que te deshonrarás reconociéndolo.

— Si no me mató, fué por consideracion á mi padre: que arregle con él sus cuentas, que no son las mías.

— Las tuyas con él, Fermin, son una serie de insultos tan inmotivados como excesivos: reconocer una falta es nobleza, no cobardía.

— Tú no eres militar: mal hecho está lo hecho por mí; pero no puedo volverme atrás. Déjale venir. El ó mi padre se explicarán.

— ¿Has escrito á tu padre?

— Preguntándole solamente qué hay entre él y el joyobado. Aún no he recibido contestacion, dijo Fermin secamente y mostrando que el diálogo no era de su gusto.

Me guardé muy bien de revelar á mi amigo que tambien había escrito yo á su padre, y que ya me extrañaba no haber tampoco recibido contestacion; pero no me atreví á inquirir más sobre su carta, porque no entrara en sospechas de la mia.

Y tomando el café, volvimos á tomar un coche, y la vuelta de París por la avenida de los Campos Eliseos.

A los dos días de mi encuentro, comida y conversacion con Fermin, interrumpió mi trabajo la presentacion por mi criado de una tarjeta, cuyo nombre me era desconocido. Salí al recibimiento, donde el portador me esperaba, y reconocí en él al padrino del Conde, el de la barba gris, quien, con su espartano laconismo, me dijo:

— Puesto que han trascurrido los días del plazo, y vuestro ahijado no ha dado al Conde satisfaccion...

— Habrá que proceder al segundo duelo, respondí yo interrumpiéndole.

— Pues nosotros, dijo él, esperamos la aquiescencia de vuestro ahijado, y estamos á las órdenes de sus padrinos.

— Nosotros, respondí con la misma ceremoniosa tiesura con que él había entrado en escena, esperábamos la iniciativa del Sr. Conde; y aunque sabemos que nuestro ahijado está siempre pronto, como es mozo y forastero en París, y no lleva en él una vida muy ordenada, por si no podemos verle en el día, proponemos la entrevista para pasado mañana, á la hora y en el sitio que el Sr. Conde designe; á no ser que sea tal su impaciencia...

— ¡Oh! no, exclamó interrumpiéndome á su vez el de la barba gris, al contrario; el Sr. Conde esperaba satisfaccion á cambio de su generosidad, y que Mr. Fermin estimara en más la consideracion que el Sr. Conde tiene á su padre. Ha pasado ocho días muy tristes, y asistirá con la mayor repugnancia á su segundo duelo, en el cual tendrá que quedar indudablemente sobre el terreno uno de los dos adversarios.

— ¿Pues por qué no desiste de él? dije yo cándidamente.

Miróme con extrañeza mi interlocutor, y preguntóme al fin:

— ¿Cree usted que quien debe desistir es el señor Conde?

Yo no respondí: decididamente no entiendo ni el *Christus* del código de los valientes, y comprendí que el valor debe de consistir sin duda en no ceder jamás; pues yo me veía metido entre dos valientes, ninguno de las cuales quería darse por satisfecho, ni confesarse culpado. Fermin, emperrado en matar ó ser muerto por un hombre, á quien deber la vida le encorajinaba más,

me parecía un ingrato é indomable gato salvaje; y el Conde, que en vez de contentarse con la superioridad, por su noble grandeza adquirida en el primer duelo, se empeñaba en el segundo de tan mortales condiciones, me pareció una pantera sedienta de sangre. Había yo alimentado, casi inconscientemente y sin darme hasta entónces cuenta de ello, la esperanza de que el padre de Fermin, hubiera en contestacion á mi carta escrito al Conde, á Fermin, ó á mi otra que hubiera sido base más ó ménos sólida en que afirmar un arreglo que evitara un desastre; pero no habiéndole llegado á Fermin ni á mí, no osé, aunque tuve la pregunta en la punta de la lengua, arriesgar la más ligera indagacion sobre la que pudiera el Conde haber recibido, y por primera vez me encontré con profundo disgusto, envuelto y arrastrado á hacer tan desagradable papel en tan mal conducido negocio.

— Mañana, dije al de la barba gris, tendremos el honor de presentarnos en el hotel del Sr. Conde, completamente á su disposicion; y me puse en pié.

No sé por qué quise yo ganar un día.

Despidióse el de la barba gris, y no me permitió volver á mi trabajo la inquietud en que me dejó, y el hastío ó el miedo que me causaba el segundo duelo.

Aboquéme con Delmas aquella mañana, y ambos con Fermin aquella tarde, y con los padrinos del Conde al día siguiente: y amaneció, por fin, aquel día por mi tan temido, á las siete, de cuya mañana volvimos á los mismos preparativos del primer viaje para este segundo á Vincennes. Delmas iba cabizbajo, y Fermin fumaba: llegamos al sitio, pero aún no hallamos á nadie; el cielo estaba un poco encapotado; la mañana fresca, y si el objeto de nuestro viaje no hubiera sido el que

era, hubiéramos podido prometernos un delicioso paseo.

Hicimos alejar el coche, y no apercibiendo la proximidad de alma viviente, nos acomodamos sobre la yerba, afectando la indiferencia de desocupados y madrugadores paseantes, por si había por azar quien apercibirnos pudiera. Pero pasaba el tiempo y no parecía nadie; la hora era la de las ocho y el lugar de la cita el mismo; y pasaron diez minutos, y veinte de las ocho, y no acertábamos á darnos cuenta de la tardanza del exacto Conde. Las ocho y media, las nueve menos cuarto, y nada. Iban á dar las nueve, y Delmas opinaba que habíamos cumplido y que debíamos retirarnos, aguardando explicacion del Conde, cuando un torbellino de polvo, que por el camino real se venía acercando, nos hizo suponer que traía en su móvil nube un carruaje que, corriendo, le levantaba.

A los pocos minutos pararon en firme los bayos húngaros que arrastraban al *coupè* negro del Conde.

Temblé yo, perdiendo la esperanza que el retraso del jorobado me había hecho concebir, y me dispuse á presenciar algo, que me hiciera dormir mal muchas noches y guardar en la memoria para siempre un mal recuerdo y una aciaga fecha. Pero con grande asombro de los tres, vimos apearse del *coupè*, nó al Conde, su propietario, sinó al padre de Fermin, que era un navarro corpulento, moreno, cano, musculoso y de bruscos modales, pero rebosando en su fisonomía la expresion de la más franca honradez y la inflexible tenacidad de la buena gente de su país.

— Buenos días, dijo con una voz de robusto timbre y poderoso aliento; y dirigiéndose á mí, me apretó las manos entre las suyas, á riesgo de triturarme los dedos, continuando: Gracias por su carta de usted y por haber

servido de buena fe á mi hijo en tan infame calaverada; pero ni yo quiero que el jorobado me lo mate, como debe de hacerlo, ni que mi hijo mate á mi mejor amigo; lo que merecería, que yo matase á mi hijo. El Conde no viene: Fermin y yo vamos á su casa, donde nos espera. Vamos, Fermin.

Este dió un paso atrás y comenzó á decir:

— Padre, si es para...

Pero el viejo no lo dejó continuar. Dió hácia adelante el paso que él hácia atrás había dado, y cogiendo con su izquierda la muñeca derecha de su hijo, le asió con la derecha por la garganta, y le dijo con voz serena, pero temblándole la barba:

— ¿Qué idea tienes tú de tu padre? ¿Crees, miserable, que ya no es en tu casa tu padre la imágen de Dios, ó que no tiene ya puños para obligarte á obedecerle ó extrangularte?

Brotaron á los ojos de Fermin dos lágrimas, tal vez de arrepentimiento, tal vez de ira, tal vez de vergüenza... pero no hizo el más mínimo esfuerzo de resistencia.

El viejo le empujó hácia el carruaje y en él le metió poco ménos que á la fuerza; y volviéndose á nosotros y tendiéndonos una mano á Delmas y otra á mí, nos dijo grave y resueltamente:

— Gracias, señores: Fermin no necesita ya más padrinos que su padre. Esta es una cuestion de familia, y mientras yo viva, represento á Dios en mi casa y nadie mandará en ella más que yo.

Subió al *coupé*, cerró la portezuela, y el cochero que había vuelto sus bayos hácia París, se llevó al padre y al hijo, dejándonos á Delmas y á mí estupefactos.

IX

¿Qué lazo, qué interés ó qué misterio unían al jorobado Conde con el viejo y vigoroso navarro? ¿Qué pasó en casa de aquél entre él y los dos Fermines? Nunca lo supe. Cuando algunos días despues fuí á visitar á Fermin ya no habitaba en el hotel, había partido con su padre fuera de París. Una tarde del mes de Setiembre, volviendo del hipódromo, ví al Conde que subía por la avenida de los Campos Elíseos hácia el arco de la Estrella en su victoria, con su mujer.

Vióme y saludóme; saludéle, y viendo que mandaba á su cochero quebrar hácia mí, le esperé, y me tendió él las manos, y su mujer fijó en mí sus hermosos ojos con evidente curiosidad.

Díjome él que por los navarros sabía quien yo era, que había comprado mis obras en casa de Baudry para que las leyera su mujer, y me ofreció su casa para el invierno, porque en aquella semana salían para sus posesiones de Normandía.

Yo, absorto en la admiración de aquella mujer tan hermosa, pregunté como quien habla consigo mismo:

— ¿Pero esta señora comprende el castellano?

Sonrió el Conde jorobado, y respondiόμε ella, y el aliento de su boca y el sonido de su acento oreó mi faz con un áura del Guadalquivir, y halagó mi oído con el murmullo de las hojas de los naranjos:

— Como que he nacido en Sevilla, aunque mi familia y mi apellido son alemanes.

Y partió la victoria al trote de los caballos húngaros, y yo me quedé diciendo:

—¿Quién será esta mujer tan hermosa, y por qué lo será de este jorobado?



EL JURAMENTO DE LA MULATA

I

HAY en los años de mi vida dos meses que por los más felices y los más desventurados en ella cuento, y son los pasados en la fresca soledad del cafetal de Calvo en la Habana: Febrero y Marzo de 1859. Felices por la paz y tranquilidad del aislamiento en que trascurrieron, en el trabajo asiduo de unos librejos, cuyo producto me sirvió para hacer bien y para sacar de aquella isla al honrado Anselmo de la Portillacon su numerosa prole, y al más desatinado y más incondicionalmente sumiso de mis perdidos amigos, Agustín Aynslie, desventurados, porque allí la muerte y la voluntad de Dios me dejaron solo y sin sombra, como al Judío Errante sobre la tierra; y ya sin temor de nada, y de nada sin esperanzas, determiné volver á Méjico, donde esperaba morir á fuerza de hastío de mí mismo, de abandono de la Providencia, y de haber perdido las poéticas creencias de mi fe, y convencido de que estaba condenado á no amar nada, á no ser amado de nadie, á vivir en la escasa medianía del trabajo forzado,

y á morir en casa ajena, hospedería, cárcel, hospital ó manicomio; fin natural de un poeta loco, única cosa que le parangonará con Camoens y con Cervantes. Si despues de su muerte los supervivientes le perdonan la vida, al decir de él: « ¡*En paz descanse!* » Entónces lo pensaba y no lo temía; hoy lo veo sin miedo, y lo encuentro lógico, y sigo procurando olvidarme del porvenir, acordándome de lo pasado y escribiendo de mis recuerdos lo que de ellos en vida puedo escribir para entretenimiento de desocupados ó de mujeres curiosas; porque pensar que nadie ha de escarmentar en cabeza mía, ni á nadie han de convencer mis razones, ni interesar mis delirios, ni desvanecer las calumnias, ni acarrearne amigos, que por más que me quieran me sirvan de algo, no me ha pasado jamás por la cabeza; y si alguna vez me hubiera ocurrido, tiempo he tenido de ver mi pasajera ilusion disiparse como el humo para no volver.

Don Manuel Calvo, asombrado de verme trabajar doce horas sin interrupcion, en aquella isla donde el trabajo es por el clima centuplicadamente penoso y abrumador, comer distraido, no contar el dinero y no procurar ni descanso á mi tarea, ni placer á mi cuerpo, ni esparcimiento á mi espíritu, pensó, por mucho que me honrara á sus ojos la constancia de mi espíritu en el trabajo, que no era probable que lo soportara mi miserable naturaleza, me sacó del cafetal á la fuerza y me comprometió á ir los sábados á la ciudad, permanecer en ella el domingo, comer en el palacio del capitán general y asistir al teatro de la Opera, donde me abonó para que el espectáculo escénico, la música y la sociedad dieran lenitivo á mis pesares, ahuyentaran de mi cerebro las melancólicas preocupaciones, y volvieran á mis miembros con el movimiento y el ejercicio su

natural tension y á su circulacion mi sangre. Asistía yo como indiferente espectador y como desinteresado curioso á aquellas ruidosas representaciones de la *Traviata* y de la *Lucía*, y baste para prueba de la situacion de mi espíritu, saber que no puse los piés en el escenario, que el nombre del empresario me era desconocido, y que no crucé una palabra con ninguna cantante ni bailarina, no sabiéndose de mí en el teatro por dentro sino que alguna vez asistía al teatro por fuera, pagando mi localidad, cosas que hasta entónces no me habian sucedido ni en la extranjera ni en mi pátria tierra.

¿Era malo el espectáculo, artísticamente considerado, hasta el punto de no excitar mi interés ni procurarme distracción un solo momento? Nada ménos que eso: jamás he asistido á más interesantes representaciones, ni jamás en el teatro me han ocurrido consideraciones más trascendentales; y van á juzgar de ello mis lectores, si alguno tan benévolo me queda en *El Imparcial* que me siga aún por entre los zarzales espinosos de mis enmarañados é infructíferos recuerdos.

No recibía yo periódicos, ni sabía, ni me curaba en el cafetal de Calvo de lo que sucedía en el mundo: mi alegre escocés Aynslie me había dicho que se divertía la gente mucho por aquél país; que todo era danzas y tangos de blancos y negros, que había por donde quiera diversion y jaleo, que la Habana era un bullicioso y universal Belen los días de fiesta y que, sobre todo, en el gran teatro de la Opera, la competencia de dos artistas y los bandos en que el público por ellas se hallaba dividido, daban á las representaciones el atractivo del entusiasmo y la importancia de solemnidades; y fuí al teatro, porque Calvo me hizo ir y porque me lo aconsejó como conveniente la familia del capitán general marqués de la

Habana, á quien debí las más delicadas atenciones y las consideraciones más afectuosas.

La primera noche que asistí daba la *Traviata* la Gazzaniga: no es la *Traviata* una partitura de mi predileccion, ni Verdi mi maestro favorito, ni me pareció la Gazzaniga una cantante tan merecedora de aquellas flores con que al salir la recibieran, de los continuos y estrepitosos bravos y aplausos que durante toda la representacion se la prodigaron, ni de la ovacion y quintuple llamada final con que se la dieron las buenas noches. Supuse que había alguna circunstancia personal que la hacía particularmente estimada en la Habana, alguna enfermedad de la cual milagrosamente había escapado, algun beneficio dado por ella á favor de algun objeto popular ó simpático en la Isla, sus relaciones, en fin, con personas en ella queridas ó influyentes; algo, en resúmen, que avalorara y enalteciera sus dotes artísticas, que á mí me parecieron en mi primera audicion en visible decadencia: la voz ya ligeramente velada por el cansancio, las maneras un tanto vulgares y un amaneramiento pretencioso, como de niña mimosa, sobre el proscenio: y ya no era niña la Gazzaniga.

Plúgome mucho, sin embargo, que fuese tan aplaudida, porque no me gusta que el público desaire ni aco-se á los cantantes, cuyo arte es el que necesita para su ejecucion mas serenidad y confianza; y pensaba yo que valía mas que los artistas extranjeros llevaran, al volverse á su pátria, una idea exagerada de su galanteria y benevolencia española, de su exigente é inapelable severidad; y pasé, sin dificultad, por los calurosos aplausos á la Gazzaniga, sin darme cuenta de la razon de la parcialidad de sus entusiastas admiradores.

A la siguiente representacion tocaba poner en escena

la *Lucía* á la Gassier, española que llevaba el nombre de su marido, al uso de Francia, y tras el cual se me escondía una muchachuela, á quien había visto estreñarse (aún no se debutaba) en el teatro de la Cruz, que era su apellido. Cruz se llamaba, no sé si de apellido ó de nombre, y no sé si sería cruz para su marido en el matrimonio; pero me pareció, á su presentación, una Cruz muy agradable de abrazar y una voz deliciosísima de oír. La Cruz conocida mía, trasfigurada en la Gassier, era trigueña, redonda de cara y de formas, rica de pecho y de cabellera negra, riza y profusa; cejas bien acusadas, ojos tan iluminados que relampagueaban, y con unos brazos olímpicamente modelados que remataban en dos manos pequeñas y llenas de hoyitos, compañeras de un par de piés, por los que deliran Méjico y Andalucía. No era hermosa ni punto ménos; pero tenía el atractivo exterior, los efluvios vitales y simpáticos de las feas que matan á celos y quitan los amantes á las hermosas.

Saludaron su presentación en la escena nutridos aplausos, en los que no tomaron parte ninguno de los que á mi alrededor estaban, y á quienes había visto la noche anterior energúmenos por la Gazzaniga. Cesó el aplauso y lanzó la Cruz en el espacio las primeras notas de su garganta: su voz fresca y vigorosa, extensa y flexible, parecía timbrada en el cristal y templada en el agua, como las espadas de Toledo: vibraba en el tímpano y en el corazón, y su marido, que era un gran barítono y un gran actor, había perfeccionado su escuela y su acción: era la Cruz Gassier una cantante y una actriz: al concluir de cantar, el aplauso fué espontáneo y universal, pero las butacas de mi alrededor no se rompieron los guantes al marcar dos palmadas que no lo

parecieron porque no sonaron. Parecióme la Gassier muy superior á la Gazzaniga; jamás había oído la parte de *Lucía* tan magistralmente cantada; pero la Gazzaniga era siempre superiormente aplaudida. ¿Qué había entre aquellas dos mujeres?

La política americana. La Cruz representaba y era sostenida por los españoles: la Gazzaniga representaba las estrellas de la bandera yankee: los separatistas, los filibusteros, Cubita libre.

La noche del beneficio de la Garzaniga sus partidarios la ofrecieron muchas alhajas y un arpa (cantó la Saffo) de plata, con las cuerdas de oro y las virolas de brillantes.

A la Gassier se la ofreció en el suyo: en el primer entreacto una cartera vieja en una bandeja rota, pero que contenía 25.000 duros en bulletes; en el segundo entreacto 12.000 duros en que los españoles dotábamos á su hija de ocho años, y en el final hasta las cuatro mil onzas.

Así estaba el teatro de la Habana cuando fui yo á Cuba en 1859.

II

El estado del teatro era genuina expresion del estado de la isla. Acababa de ser duramente reprimida y sangrientamente castigada por el capitán general una atrevida expedicion filibustera; del Liceo habían desertado las familias principales y ricas, aristocracia del país; y ante una sociedad muy mezclada y poco conocida, cumplí yo mi compromiso de hacer seis lecturas: que aquellos nuevos socios oyeron casi con impaciencia

por bailar en seguida aquellas habaneras, un poco emparentadas con el tango y la sopimpa que por entónces se bailaban; y apercebido, en suma, de aquel estado de la Isla, me resolví á pasar por ella como un viajero casi desconocido; rehusé todas las ofertas y casi todas las invitaciones que se me hicieron; limité mis relaciones á dos ó tres familias españolas, y de la capitania general al cafetal de Calvo y de éste á casa de Isidoro Lira, que me hospedaba en la ciudad, me pasé seis meses sin ver más que los árboles del camino y los buques del puerto; tragando y digiriendo como pude, en la soledad y en el trabajo, la amargura del tránsito y de los pesares con que hilvanó Dios los días de mi existencia, sin duda por pecados míos y de mis padres.

Dejando, pues, á un lado mi juicio sobre la situacion política, y mis ideas personales sobre nuestra posesion de la perla de las Antillas, voy á dar por *últimas hojas traspapeladas de mis* RECUERDOS las de una extraña historia, cuyos pormenores en mi memoria guarecidos surgen hoy por haberme venido á las manos, entre los papeles de mis legajos, la papeleta de defuncion de uno de sus principales protagonistas.

Es una historia difícil de narrar y no muy fácil de ser comprendida, á pesar de tener por base nuestra creencia católica y la fe del catecismo; pero como esto de la fe es hoy como el honor, que cada nacion, cada raza, y tal vez cada individuo lo entiende á su manera, lo toma por la parte que se lo dan, y lo profesa y acata segun el prisma á través del cual lo mira, más puro ó más descompuesto por la luz de su educacion, la niebla de sus supersticiones ó las tinieblas de su ignorancia, siempre resulta que en todos los corazones hay un fondo de creencia y de honra, desde la vírgen

inocente y casta que aspira á la santa beatitud en el silencio del cláustro, hasta la infame ramera arrojada al lodazal del vicio y del crimen por un hombre que, más infame que ella, pervirtió su alma y prostituyó su hermosura para comerciar con ella.

Estas dos criaturas, que son á mi juicio las más repugnantes y las que ménos honran al Criador, quien no crea ninguna tal sino la sociedad que las malea y corrompe, llevan sobre sí, usan ó guardan en algun rincón un rosario, un escapulario, una cruz, algo en fin, que les recuerda la chispa de una fe, el albor de una creencia, la remota pero ímborrable idea de un Dios y de un honor, de quienes se acuerdan, por quienes juran y á quienes acuden algun día, siquiera sea en la última hora de una existencia, de cuyos días no han podido ó no se han curado de darse cuenta, hasta que al abandonarla se les presenta reducida á un punto de sombra en el pasado, y á una chispa de la luz de la esperanza en la eternidad.

Y ese es Dios, porque Dios existe, y á Dios se le ve en todas partes, y el hombre que, por sabio ó por impío, por maniaco ó por bestia, se empeña en negar á Dios, le ve dentro de sí mismo cuando cierra los ojos, y le confiesa cuando le niega; al pensar en Él, al negarle, ya duda, y si duda... teme, y si teme que Dios exista, ya cree en Él. Dios es Dios, como dicen los árabes; y yo comprendo todas las rebeliones de la humanidad, todas sus dudas y todas sus resistencias á todo lo escrito y á todo lo establecido, porque toda ley y toda institucion humana son susceptibles de error, de vicio y de tergiversacion; pero no concibo la negacion de Dios, y sobre todo la necesidad ni el empeño sistemático de negarle.

En un álbum que me presentaron en no sé bien qué población de Cataluña para que en él escribiera, hallé una página con estas palabras:

«El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios.»

Tal proposición, que me arrancó una espontánea carcajada, estaba firmada por mi amigo Suñer y Capdevila; porque yo soy amigo de Suñer desde que le conocí al volver de América en 1866; vivimos en Barcelona en distintos pisos de una misma casa; y á Suñer le sucede con Dios lo que á D. Quijote con la andante caballería; Suñer es un hombre sincero, servicial, honrado, buen padre y amantísimo de su familia; buen amigo, leal compañero y de simpática sociedad y amena conversacion; pero está contra Dios, y se emperna en vivir en continúa pelea consigo mismo, como un monomaniaco que se empeñara en desprenderse de su propia sombra; y cuando escribió «el hombre no será hombre mientras Dios sea Dios,» con el vervo *ser* afirmó, en vez de negar, la existencia de Dios, y estampó una inexplicable é incomprensible paradoja, parodiando las de Víctor Hugo, que las tiene extremadísimas.

Tengo yo para mí que mi amigo Suñer, cargado de ver á Dios tan traído y llevado por calles y callejones, por libros y por periódicos, puesto tan continúa y malamente por encubridor de ambiciones mundanas, de extravagantes hipocresías sociales, y de cábalas y bribonadas políticas, ha dicho: «Hay que regenerar esta sociedad, que tan sin ton ni son mete á Dios en todo y para todo; con que ¡fuera Dios!» Y no quiere Suñer oír hablar de Dios, porque no le ve en medio del tumulto que levantamos por Dios los que en Él creemos y los que en Él se apoyan para vivir bien á su sombra sobre esta tierra de María Santísima.

¿Y á qué viene toda esta estrambótica digresion, y qué tiene que ver con Dios y con Suñer la mulata del juramento? habrá ya dicho tal vez algun lector de *Los Lunes de El Imparcial*.

Pues, como dice un refran, que por todas partes se va á Roma, puede que por la churrigueresca portada de esta excéntrica digresion, hayamos entrado lógicamente en materia y demos á vuelta de hoja con mi mulata y su juramento.

III

Todas las noches que al teatro de Tacon asistía en la Habana, ocupaba yo una butaca de esquina central, y tenía cuidado de ir á la hora justa, para no llamar la atencion entrando ya la representacion comenzada; y todas las noches, ya comenzada, entraba en un palco central una hermosísima criolla, de un poco más que mediana estatura, de busto y brazos esculturalmente modelados, ojos negros, luminosos y ricos de pestañas; de tez pálida y un si es no es esmaltada con ese tinte cobrizo con reflejos de oro que irradia la piel de algunas mujeres de los climas tropicales. Con aire señorial y desdeñoso, lujosamente vestida, caprichosamente peinada y ostentosamente cargada de anillos y pedrería, sentábase aquella encantadora muchacha en un palco de cara al público, y apoyaba en el rodapié, calzados de raso blanco, los dos piés más pequeños y provocativos sobre que ha podido presentarse en teatro español bailarina malagueña, ni alma tunecina en café

marroquí ó serrallo de Constantinopla. Era aquella una criatura de las que echa el Criador á la tierra para perdition ó desesperacion de algun hombre, para gala y asombro de algun país; pero era una belleza cuyo atractivo era todo material, y despertaba todas las sensaciones, todos los deseos, todos los apetitos de la passion, pero hablaba poco al alma; electrizaba el sistema nervioso, pero no poetizaba el espíritu; no excitaba los sueños respetuosos, los delirios castos de un primero y juvenil amor, sino el ánsia nerviosa, la rábia concupiscente de una passion fogosa que no acepta obstáculos.

El rojo encendido de sus sensuales lábios, sobre los cuales pasaba de cuando en cuando su lengua fina para librarlos de la sequedad de una atmósfera de cuarenta grados, el casi imperceptible bozo que apenas la sombreaba el superior, los dos hoyuelos que cavaba en sus mejillas, un mohin graciosísimo é indescriptible que hacía al sonreir y al romper á hablar, el vello finísimo, perceptible sólo con los gemelos, de sus desnudos brazos, las curvas voluptuosas de sus formas ligeramente acusadas bajo sus ligeras vestiduras, y el aplomo con que se exponía á ver y á ser vista, sin miedo á la más insistente contemplacion, ni á la inspeccion más minuciosa, persuadida sin duda de su perfecta y atractiva belleza, la constituían en espectáculo de los entreactos y en distraccion durante las representaciones de los que al alcance de la vista la teníamos.

Era el ejemplar más castizo de esas seductoras y apasionadas hermosuras cubanas que han hecho perder, primero el juicio y despues la ilusion, y alguna vez, al fin, la paciencia y los estribos á muchos europeos que no han sabido resistirlas.

Pero no se imagine nadie por lo dicho que aquella primorosa criolla era una muchacha descocada y andaz, provocativa ó despuorada, no; aquella firmeza en el mirar, aquella serenidad en el presentarse como exponiéndose, era sencillo, digno, natural en ella, como en las frutas y los árboles de su país tropical es natural la exuberancia de hojas, lo jugoso de la sustancia, lo activo del dulce y lo subido del aroma.

Era una hermosísima criatura, en la cual fijaba yo mil veces los ojos en aquel teatro, y con cuyas miradas se cruzaban mil veces las mías; cuando yo la miraba con unos gemelos de poderosos cristales que me prestaba el malogrado Isidoro Lira, creía yo ver salir y respirar el aliento de su boca, y percibir las perfumadas emanaciones de su cuerpo cargado de esencia de rosa; pero entre aquella mujer y yo no había simpatías ni atractivo alguno; no había más que la curiosidad, en mí de su hermosura, en ella de mi celebridad y de mi enlutada figura, porque yo vestía constantemente mi sombrío y siniestro luto. Había además entre ambos un motivo pueril de enojo en el pasado, y un instinto presentimiento antipático para el porvenir.

IV

Tenía en la calle de la Muralla una tienda, variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que constituyen lo que, traducido bárbaramente del francés, ha dado en llamarse *bisutería*, un tal Corugedo, cuya tienda estaba bautizada con un título algo extravagante, y

que aquél giraba bajo la razon social de *Corugedo hermanos*. Uno menor tenía consigo á quien paternalmente aleccionaba para dejarle su floreciente comercio, ántes de volver á establecerse y morir en la provincia de España, en la cual habían ambos hermanos visto la luz, creo que en las Asturias.

Y este Corugedo, el mayor, es uno de los hombres á quienes Dios me ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñarme á estimar á la humanidad, á respetar la honradez y á despreciar mi miserable ingenio, que no ha sabido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empezando por mí.

Recorriendo una tarde la ciudad con un corredor español que me la enseñaba, díjome éste que había por allí un comerciante que no se atrevía, aunque tenía gran deseo de ello, á invitarme á su mesa, porque temía que yo no aceptara su invitacion, descendiendo desde el olimpo de los palacios y salones de los personajes por quienes, andaba yo festejado, á su humilde trastienda, como él llamaba á la vivienda que tras de su mostrador tenía escondida.

Cuál fué mi asombro al encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes, adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderon y todos los que forman la coleccion grabada que publicó la Academia Española, más los del Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutierrez, Espronceda, conde de Toreno, etc., recogidos de las ilustraciones modernas. Tenía allí el buen Corugedo ánforas, armas y antigüedades por él recogidas, y tras de aquel salón-biblioteca dos cámaras de dormir, frescas, enfloradas, coquetas, con todo el comfort inglés de las modernas instalaciones.

Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel interior del hombre estudioso é inteligente y aquel mostrador y anaquelaría de mercader, cargados de chinescas é inglesas porcelanas y argentería y diamantes, fué la sencilla modestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que me contaba, complaciéndose en tales recuerdos, cómo había desembarcado en la Habana, sin más que lo puesto; cómo había dormido la primera noche en el pórtico de una iglesia, por no haber encontrado á un paisano para quien traía una carta de recomendacion, y cómo, arrojando trabajos y devorando afanes, cuarto á cuarto, peseta á peseta y duro á duro, á fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por milagro plazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban. El orden y la limpieza con que tenía colocados y clasificados todos los heterogéneos artículos de que su comercio se nutría, demostraban, como su biblioteca, comprada libro á libro, todo sin un átomo de polvo ni una empañadura de humedad, la honradez jamás desmentida y la tenacidad perpétua, con las cuales aquel hombre había logrado hacer al par, por sí solo, su fortuna y su educacion; porque aquel hombre había leído y sabía lo que decían todos aquellos libros suyos: el P. Feijóo, el P. Mariana, César Cantú, etc., y todos los setenta tomos de los clásicos de todos los países, publicados hasta entónces, de la colección Bandry, en donde halló y se enamoró de mis versos, por los cuales me tenía por uno de los primeros hombres del mundo. Jamás pude convencerle de que él valía más que yo, puesto que más que yo poseía, y que mi gloria no era más que un rumbido ténue, como el del mosquito, y un resplandor efímero,

como el del relámpago. Jamás pude obligarle á suprimir el respeto y las deferencias con que me trataba, ni pude jamás manifestar ante él un deseo ó una necesidad que no me realizara ó no me cubriera. Hablé de sustituir con cerveza el agua de la Isla, que no me sentaba, y me envió un tonel de doscientas botellas de la mejor de Inglaterra: oyó decir que no cazaba en el cafetal porque no tenía armas, y me envió una finísima escopeta belga con todos los arreos de caza, y por él y en su casa nació la ojeriza con que me miraba con sus gemelos la hermosa criolla del teatro de Tacon.

Trabé yo, pues, con Corugedo una amistad sincera y por mí agradecida, aunque poco cultivada por la ausencia de la ciudad, á que me obligaba y en que me tenían mi asídúo trabajo y mis íntimas pesadumbres; pero no dejaba de pasar media hora en su tienda, ó de almorzar con él en su almacén, siempre que del campo volvía á la ciudad.

Gozábame en registrar sus escaparates, en admirar los caprichosos dijes y valiosas joyas que en ellos encerraba y en preguntarle su uso, su precio, su origen y su historia. Un día tropecé con un estuchito de nácar que encerraba un anillo:

— ¡Precioso topacio! — exclamé al ver dentro el que me lo pareció, orlado de brillantes blancos.

— Mírelo usted bien á la luz, que no es topacio — me dijo Corugedo.

Era un brillante rojo brasileño. Son raros, y recordé que eran muy estimados en Méjico, y que había una persona de familia á quien debía yo favores que de uno de ellos tenía antojo; pregunté á Corugedo el precio del suyo; registró su libro, y respondió:

— Factura del Brasil, cincuenta onzas.

Contemplé y admiré, y alabé la piedra, pero volví á colocar el anillo en su estuche y la cajita en el lugar en que la había hallado.

Días mas tarde, un sábado, iba yo á despedirme del buen asturiano despues de haber almorzado con él, cuando una volanta, chapeada de plata, tirada por dos caballos castaños, conducidos por un negro vestido de grana y galoneado de oro, paró á la puerta. En la volanta venía la hermosa criolla del teatro de Tacon, toda de blanco, calzada con chapines de seda, como en *Des-habillé* de mañana, pero toda cubierta de encajes, y exhalando aromas, necesarios á las morenas en tan cálidos países. Vióme y la ví; pero como no había por qué decirnos nada, yo me senté tras el mostrador á hojear un libro ilustrado, y los dos Corugedos fueron llevando cajas y compartimentos de sus escaparates para que escogiera lo que á buscar venía. Las señoras no se apean allí de sus carruajes para entrar en las tiendas á hacer sus compras. Pidió, buscó, revolió, desdeñó, apartó, desechó y regateó muchos objetos; y dejando marcados los por ella elegidos, partió sin dar su tarjeta, ni las señas de su casa; era sin duda parroquiana ó conocida de los comerciantes, y curioso yo de saber quién fuese, pedile de ella noticias á Corugedo.

No sé más, me respondió éste, que lo que se dice: es hija única de un cubano que heredó un cafetal á medias con una hermana, y hoy es una buena finca que posee solo por fallecimiento de su coheredera. La finca dicen que produce de 60 á 70.000 pesos, y ha vivido en ella y á su cuidado hasta hace dos años, que se estableció con su hija en la ciudad en casa que compró. Se cree que tiene una suma fuerte, impuesta en un Banco de Inglaterra ó de los Estados-Unidos, fruto de los ahorros

de diez años, suyos y de su difunta hermana, que fué siempre avara y murió doncella. Esta tuvo mucha predileccion por un hijo de un primo, que se pasó la vida conspirando contra el gobierno y que murió emigrado en Nueva-York; y parece que la tía quería casar á este primo segundo con esta muchacha, para que toda la hacienda quedara en los dos chicos, que son los últimos individuos de la familia. Hasta hace año y medio todo marchaba por este rumbo; pero el padre, que desde que se vió sólidamente acaudalado, echó ambicion y vanidad sin saber en qué fundarlas, ha pensado en un matrimonio de esta muchacha que sea más ventajoso para él, satisfaciendo las aspiraciones de su orgullo, y su fortuna se lo ha deparado. Un jóven de la nobleza de España, cuyo padre tiene grande influencia en Palacio, vino á Cuba con una comision secreta é importante para el capitán general, y á recoger al propio tiempo un puñado de miles de duros que le dejaba aquí un togado, que murió viudo despues de veintidos años de permanencia en la Isla.

El jóven de Madrid, que desde chico anduvo en la carrera diplomática, se enamoró de esta criolla; procuró al padre no sé qué cruces y bandas de España, de Roma y de Nápoles, y el mes pasado se volvió á Madrid para arreglar sus papeles, y tornar el que viene á casarse en el de Mayo. Al padre le atribuyen los chun-gones la pretension de convertir el cafetal en condado y titular; pero no es probable ni que él se desvanezca tanto, ni que tanto pueda en Madrid el novio; que por otra parte, pasa por el más cumplido caballero que ha pasado el mar. Esto es todo lo que se dice, y tal como se dice se lo digo á Vd., sin salir garante de nada. El padre y la hija andan, como los ve Vd. en el teatro,

muy fachendosos; aquí, en mi casa, compran continuamente; pero la chica regatea siempre; ha sacado, por lo visto, algo de la tía doncella; por cinco onzas ha rehusado el brillante del Brasil; y la verdad es que no he querido rebajarla una de sesenta y cinco que la pedí, porque he visto que á Vd. le gusta, y prefiero que Vd. lo lleve á Méjico; le servirá para hacer un buen regalo.

Calló Corugedo, y ofrecióme el estuchito de nácar.

— Es muy caro para mí — le dije.

— No tiene Vd. que desembolsar una peseta; yo comercio en todo; págume Vd. en libros, y aún ganaré.

Velis nolis, me hizo un pedido de libros, desaparejo del valor de su joya, y me metió el anillo en el bolso.

Yo soy tan tonto como otro cualquiera, y al día siguiente, domingo, llevé el brillante en el dedo al teatro.

Al fijar mis gemelos en la hermosa criolla, las facetas de la piedra descompusieron la luz de la araña, bajo la cual tenía yo mi asiento, y pintaron nueve chispas de luz en el espejo que había en su palco; tomó ella sus gemelos, y reconoció el anillo; frunció el entrecejo, y mi vanidad pueril me atrajo sin duda una mujeril enemistad.

V

La de aquella criolla no pasaba de una historia vulgar; como otros mil, su padre, hombre vulgar, adquirió vanidad con el dinero; y como cualquier otro padre vulgar, pensaba en casar á su hija con quien por ella le diese honores, y por su influencia en la córte, relaciones y posición, que el dinero sólo no suele dar; á no que sea tanto, que su poseedor se convierta en

becerro de oro y sea por consiguiente adorado. Padres como el de la criolla he conocido muchos; becerros de oro, algunos; y alguno que, á pesar de su oro, no pasaba de becerro.

Que la hermosura de la chica hubiera fascinado al jóven de Madrid, y que por ello la chica tuviera vanidad en exhibir aquella hermosura que había conquistado aquel buen partido, con envidia y despecho de otras muchas, que probablemente se creerían de él desahuciadas por ella, era la cosa más natural en el modo de ser de nuestra sociedad.

Que el primo segundo, á quien para marido de la chica destinaba la difunta doncella, viéndose pospuesto al forastero, odiase al español y rumiara allá en sus adentros una venganza más ó menos positiva, hija de su casi justo despecho, no pasaba tampoco de una de esas vulgaridades de que la vida social se compone; y yo leía todas las noches, desde que me la contó Corugedo, las breves páginas de aquella vulgar historia en las tres figuras que llenaban el palco de aquella seductora Venus cubana; el padre, erguido y grave, y el primo, pálido y de ojos inquietos y recelosos.

Pero he aquí un ejemplar del extraño modo de ser de los poetas que lo vemos todo á través de nuestra fantasía, prescindiendo casi siempre de la lógica y del sentido comun. ¿Qué tenía para mí aquella hermosísima criolla, que el cuadro de tres figuras de su palco estaba como fotografiado en mis ojos, y flotaba sin cesar en el vacío de mi imaginacion? Me estorbaba para trabajar la imágen de la criolla; me faltaba tiempo para llegar temprano al teatro; cuando ella tardaba no podía yo atender á la representacion, inquieto como si sobre espinas estuviera sentado; y hasta que ella entraba en

su palco no me parecía á mí que había nadie en el teatro. ¿Era la simpatía en que empieza á germinar el cariño, que es el soplo que avienta la ceniza que cubre el incendio del amor? No; en aquella adorada Vénus de Milo, la materia, la carne palpitaba demasiado bajo su piel aterciopelada, y bajo sus formas demasiado redondeadas irradiaba un calor demasiado concupiscente; no era el suyo el tipo de la mujer que yo imaginaba para el amor; yo he simbolizado en la doña Inés, de mi don Juan, la mujer toda espíritu, que da su alma por el que ama; que no podría dar un beso á su amado sin transmitirle su alma por los labios; y aquella sin par y hermosísima criolla era una huri de las que pobló Mahoma su paraíso de deleites carnales; y el amor no podía adorarla como ángel de luz, ántes de hallársela entre los brazos ángel caído por el pecado; aquella mujer no era más que pecado; vehementemente, delicioso, irresistible, capital, como el de Eva; pero un pecado sólo de la materia, y yo he pecado siempre con el espíritu; y sin duda mi espíritu se rebelaba á no hallar en aquella mujer más que la materia, y luchaba por darle un espiritualismo, una importancia poética, que ó no tenía ella, ó escapaba al análisis poético de mi espíritu.

¡Cosas de los poetas! En cuanto damos con una mujer bonita, ha de ser una heroína de novela, una misteriosa ondina de una balada, ó nos damos por engañados, vendidos y arrastrados por la tierra entre los gusanos y el polvo.

Un día de fiesta daban por la tarde una ópera bufa las segundas partes de la compañía; función de muchachos, negros y amas de cría. Quise conocer aquel público especial, y mandé reservarme mi butaca; pero no me apresuré para ir, puesto que no esperaba encontrar

en semejante fiesta á la orgullosa criolla. Me había equivocado: estaba ya en su palco, cuyo fondo y personajes formaban un cuadro risueño y encantador, completamente distinta del sério y almidonado de las representaciones de la noche.

La criolla había venido sin su padre; su primo se apoyaba en el respaldo de su sillón, risueño, decididor, galán con su prima; no parecía sino que había tenido carta del español anunciándole que no volvía, y que podía recobrar sus derechos. En un asiento más bajo, casi á los piés de la criolla, jugando, riendo y saltando de gozo, asistía á la representación la más preciosa criatura que ha nacido de mujer; una *mulatica* de diez y seis años, de boca fresca y sensual, de ojos saltadores, de inquietud de ardilla y de hermosura y formas incomparablemente provocativas. Llevaba un pañuelo rojo, de seda, coquetamente anudado al rodete; encuadrando su frente una espesa corona de rizos naturales, bajo los que chispeaban los dos ojos más juguetones que se miraron jamás en los cristales del Darro y del Guadalquivir. Con esa audacia de la mujer de los climas cálidos, había anudado á su cintura el chal ligero que sobre sus hombros traía; y bajo una simple camisa de batista, orlada de encajes, dibujaba con sus movimientos el pecho firme que nunca había oprimido corsé, mostrando desnudos desde el hombro dos brazos perfectísimos, que tal vez tampoco habían nunca cubierto mangas. De estos brazos se servía aquella criatura con una gracia que no cabe en explicación, dándolos un arqueado y unas ondulaciones como los cisnes á su cuello y las panteras á su cola. Sus ojos inquietos acudían á todo, y las ventanas rosadas de su nariz aleteaban al respirar; había algo de la raza

felina en aquella muchacha, y en la suavidad con que besaba la mano y se frotaba los carrillos contra los brazos de su señora, y en la rapidez y flexibilidad con que sus manos jugaban con las borlas del ceñidor de la criolla, había algo de los gatos chiquitos entre cuyas manos entrega su madre un ovillo. Hacía ya diez minutos que se había concluido el acto, y no perdía yo, encantado, gesto ni movimiento de aquella mulata tan incomparablemente graciosa.

Y no vaya á figurarse lector alguno al leer *mulata* una mujer hocicona, chata y cobriza: la mía era blanca y rosada; sólo un ojo de capataz podía apercibir alguna suavísima tinta parda en las comisuras de sus labios, en las ventanas móviles de su nariz ó en el arranque fino de su pequeña, recogida y delicada oreja; signos á veces imperceptibles para ojos de europeo que no ha habitado largo tiempo aquellas regiones, donde los individuos de la raza humana están clasificados como los caballos y los perros de caza. La naturaleza se complace en producir una de estas criaturas en una estirpe de mónstruos, como tiene el capricho de hacer brotar una mata de fragantes azucenas en un fétido pantano.

Estas mujeres son muy apetecidas y buscadas por los viciosos, los libertinos y los viejos extragados por los excesos: yo no he tenido tiempo de estudiarlas; pero las pocas que he conocido me parecieron, más que hijas de nuestra engañada madre Eva, de la serpiente que la engañó.

La de esta historia era una criatura preciosa, de la cual no se podían apartar los ojos, una vez fijos en ella; porque la figura de sus facciones, la proporcion de sus formas y la gracia infinita de su mirada, su

sonrisa y sus movimientos, atraía y encantaba; ella lo sabía, pero aparentaba con tal naturalidad no saberlo, que todo parecía en ella espontáneo, siendo todo artificial; nada escapaba á sus ojos ni á sus oídos de cuanto en su derredor sucedía, y juzgaba con la más calculadora exactitud el más mínimo efecto que producía en los que la contemplaban. Una gata que escondía las uñas: tal me pareció la primorosísima mulata.

Al concluirse el espectáculo, me aposté en el vestíbulo para verlas pasar: ellas esperaron á que se aclarara el monton de gente que se precipita por salir pronto, y tal vez á que se formaran las dos filas de curiosos impertinentes que pasan revista á las mujeres en estos pasos, para atravesarla y salir en triunfo: vanidad mujeril excusable en las hermosas. En el umbral del pórtico dí con el doctor Zambrana, que aguardaba parte de la familia que había enviado á la funcion de la tarde, y juntos vimos aparecer á la desdeñosa criolla, seguida de su aceitunado primo y de su primor de mulata. Acercóseles su volante; adelantóse Zambrana y dió á la criolla la mano para tomar el estribo; sentóse el primo á su izquierda, y trepó al taburete central, y se acurrucó á los piés de su ama la mulatica, como si fuera una de esas diminutas galgas inglesas que parece que de finas se transparentan.

— Adios, doctor — dijo la criolla.

— Adios, Olimpia — la dijo Zambrana saludándola.

Y partió la volante como el carro del sol en el cuadro de Guido Reni, entre un destello de luz y la bocanada de perfumes que exhalaban los vestidos y los ramilletes de aquellas dos mujeres; de las cuales me dijo Zambrana con el guiño, la acción y el dejo peculiares de los habaneros:

— Compadre, de eso no hay por allá.

— En verdad, doctor, que son dos criaturas preciosas — respondí.

— Y que puede que se las lleven á Madrid; porque en el paquete próximo viene el prometido de Olimpia, y es natural que quiera enseñar la corte á su novia.

— ¿Y quién es él?

— Pues usted debe de conocerle: él habla de usted y de su padre, y es todo un caballero y un buen mozo.

— ¿Cómo se llama?

— Leandro Nuñez de Valdenebro.

La sombra indeterminada de una reminiscencia confusa oscureció un momento mi memoria. Uno de los pliegos cerrados que el difunto Cagigas me dejaba, estaba sobreescrito con este nombre, y varios Valdenebros cruzaban por mi mente entre los recuerdos de mi niñez.

— No caigo, doctor — le dije al fin; pero es posible: cuando vuelva lo veremos.

— Si entretanto quiere usted que le presente á Olimpia y á su padre...

— Ya encontraremos ocasion: aunque no sea más que por volver á ver á la mulatilla.

— Es un demoniejo, capaz de revolver medio mundo.

— ¿Y cómo se llama ese precioso *chisgaravis*?

— Se llama María; pero la llamamos la Golondrina.

VI

Y se acabó la temporada del teatro, y me volví yo al cafetal de Calvo, y siempre, en medio de mi asiduo trabajo, me bailaban por encima de mis papeles y por

entre las líneas de mis versos, las imágenes de aquellas dos incomparables criaturas que se llamaban OLIMPIA y la GOLONDRINA.

Y muchas noches, en ese intervalo inapreciable en que se flota entre la vigilia y el sueño, me ocurría preguntarme á mí mismo: «¿Quién será y qué tendré yo que ver con este D. Leandro Nuñez de Valdenebro?»

VII

Había pasado un mes, y con él habían pasado la Gassier y la Gazzaniga y las luchas del teatro, que se había cerrado ó cuyo abono había yo dejado: no lo recuerdo ya. No se me cocía el pan, como vulgarmente se dice, por salir de Cuba y volver á Méjico, adonde me obligaba á tornar la palabra dada á Cajigas á la hora de su muerte: con cuya palabra estaba ligada la de entregar el pliego que con su nombre dejaba sobreescrito á aquel Leandro Nuñez de Valdenebro; á quien, como á aquellas dos mujeres que con él andaban desperdigadas por mi imaginacion, no había olvidado, pero á quienes el afan perpetuo de mi forzado trabajo no permitía ya entorpecérmele con su continua aparicion.

Dejé un sábado el cafetal para entregar mis manuscritos á Isidoro Lira, y como Corugedo no me supiera decir nada de la criolla, que por su tienda no había vuelto, me ocurrió pedir de ella y de su novio noticias al doctor Zambrana, que era su médico. Fuíme á comer con él el lunes, único modo seguro de dar con él; mas cuando, suponiendo que no había indiscrecion en preguntarle por Olimpia, puesto que era una de sus clientes, solté su nombre en plena mesa, ante su familia,

el de la criolla le hizo fruncir el entrecejo, y vi con sorpresa que afectando una indiferencia completa me respondió:— «No sé de ella; puede que se haya ido al cafetal con su padre.»

Quedéme perplejo y como tonto en vísperas ante aquella evasiva del doctor, y más curioso y empeñado que nunca en averiguar en qué misterio estribaban la torpe inoportunidad de mi pregunta y la inesperada puerta de escape, por la cual se me había salido el doctor, dejándome sin respuesta. Generalizamos la conversacion; y concluida la comida, y con el café aún en los labios, díjome Zambrana «vámonos á su casa de usted: me leerá lo que ha traído para el Diario;» y me sacó de la suya, pero no llegamos tampoco á la mía. Al cruzar el paseo de Isabel II, donde ya no se paseaba nadie, no pude yo con mi impaciencia; y deteniendo al doctor, le dije: «comprendo que he cometido una torpeza; pero no comprendo por qué. ¿Qué hay, doctor? ¿El nombre de esa señorita Olimpia no puede pronunciarse en su casa de usted, ni delante de su familia?»

— Sí se puede, hombre: pues ¿por qué no se ha de poder? Lo que no se podía hoy en mi casa y en mi mesa era contar lo que sucede en casa de esa señorita Olimpia.

— Pues ¿qué sucede?

— Nada que no sea vulgar y que no haya sucedido ya cincuenta veces; pero que nadie podía esperar que sucediera por quien ha sucedido: lo que constituye en un villano *sin vergüenza* á un mozo de tan alta posición social, como su paisano de usted D. Leandro Nuñez de Valdenebro.

— Explíquese usted, doctor, exclamé. Yo tengo unido en mis recuerdos de niño y en mi conciencia de

hombre con la honra y la caballerosidad el nombre de los Valdenebros: supongo que éste es hijo de alguno de los que yo estoy acostumbrado á respetar y á honrar; y aunque no le conozco más que de oídas, tengo para él un pliego de un hombre que no pudo conservar relaciones póstumas con villanos tan *sin vergüenza*, como usted supone á ese paisano mío peninsular.

— Que supongo ¿eh? Va usted á juzgar de mi suposición: el D. Leandrito debió venir con el paquete de Febrero; pero no viene hasta pasado mañana con el de Inglaterra. Una carta ha venido en su lugar, que anuncia su llegada con todos sus papeles en regla, con el beneplácito de su familia, el permiso de su jefe el ministro de Estado, y la enumeración de los regalos y los honores que para el padre y la hija trae; expresando con vehementes y apasionadas frases su deseo de que su matrimonio se efectúe inmediatamente.

— Nada más natural, doctor.

— Aguarde usted, señor poeta; hay otra cosa más natural todavía, me dijo el doctor apoyando su mano derecha en mi hombro izquierdo.

— Ya, repliqué yo; la alegría natural del padre y la hija: del uno, porque logra su ambición, y de la otra, porque se calza con el mejor partido que ha arribado á las Antillas.

— Pues es un calzado que la viene muy estrecho y no quiere calzárselo, y escuche usted. Mientras el padre y la hija leían la afectuosa carta del novio y la rica enumeración de los regalos, la GOLONDRINA, que estaba presente, comenzó á ponerse muy pálida, hasta que cayó en tierra con una convulsión. Acudieron á ella padre é hija, y la crisis nerviosa se resolvió en amargo y copioso llanto, entre quejas y exclamaciones y demandas

de perdon; que concluyeron por alarmar á la hija y al padre, con el más desagradable temor del mundo,

En una palabra, hay cosas que los médicos tenemos que decir cómo se hacen, pronto y brutalmente; yo fui llamado para reconocer á la *mulatica*, que está embarazada de cinco meses; y el padre de lo que trae es el seno es el D. Leandro, á quien sirvió ella mientras estuvo hospedado en el cafetal. Esto es lo que hay.

Un mal pensamiento y una mala sombra acudieron á un tiempo á mi imaginacion, pero no me atreví á revelárselos al buen doctor Zambrana, porque no tenían más base que mi loca fantasía.

Contemplábame con una sonrisita un sí es no es burlona el doctor, y callaba yo abismado en mis reflexiones. El caso era tan vergonzoso, como de difícil solucion. Un hombre noble, que hospedado en casa de su novia, paga aquella hospitalidad deshonorando la casa y haciendo imposible el matrimonio á que aspira, prueba, en efecto, que es un villano; y además que es el más torpe ó el más desvergonzado de los hombres, faltando á su prometida antes de que sea su mujer. ¿Qué mujer, no siendo como él desvergonzada y villana, ha de aceptar el porvenir que semejante pasado la promete?

Una consideracion me absorbía sobre todo; y era la levadura que, fermentando allí hace ya muchos años, ágría y afloja la union y los lazos de fraternidad entre la Isla y la madre patria: el recuerdo de lo por mí visto en el teatro; la sonrisita y el tono del doctor Zambrana, quería decir en estilo cubano: ¿qué tal, compadre, qué le parece á usted lo que nos viene de allá?

Y yo me sentía de parte del español, como sentía al doctor de parte de la criolla.

— Doctor, le dije al fin rompiendo el mutismo en que estas reflexiones me habían sumido; usted tiene razon, hay hechos brutales que hay que revelar brutalmente; pero á mí no me caben juntas en la cabeza la brutalidad y la hidalguía de que tiene fama el Nuñez de Valdenebro. Aquí hay algo que no alcanzamos todavía. Dejémoslo venir; y puesto que usted es el médico de la mulata y yo he de tropezar por un pliego que para él tengo con el D. Leandro... dejemos que amanezca Dios y nos veremos las caras.

— Hay que ver la que él pone á la revelacion de la mulata, dijo Zambrana.

— Esa y en tal ocasion es la que yo quiero ver; pero no sola; quiero otras caras enfrente de la de Valdenebro. Yo pienso dar la mía en este mal negocio, si el que ha de venir me la pide: ¿me promete usted, doctor, no negarme la cara si necesitamos de usted?

— Yo soy hombre que no la vuelvo nunca cuando una vez la doy, dijo gravemente Zambrana; y en esta cuestion entro con mi cara y mi conciencia; pero aquí, mi querido poeta, la cuestion va á reducirse á la de aquel abogado, á quien viéndole divagar para exponer un caso semejante, dijo el presidente del tribunal:—Al hecho, señor abogado, al hecho.

Y el abogado, echándose por el arroyo, dijo:— El hecho, señor presidente, es un muchacho hecho y derecho; el que lo ha hecho niega el hecho; este es el hecho: y se echó á reir el buen doctor y poeta Zambrana.

— Pues bien, le dije yo. Del dicho al hecho... Doctor, dejemos venir á Nuñez de Valdenebro.

Y con un apretón de manos nos separamos; Zambrana riéndose y negando con la cabeza, se fué á ver

sus enfermos, y yo á corregir mis pruebas á la imprenta del *Diario de la Marina*, dando vueltas á un mal pensamiento que excitó en mí la preñez de la mulata.

La de siempre: cuidados ajenos mataron al asno. ¡Qué tenía yo que ver con aquellas gentes! ¡Quién mil diablos me metía á mí entre la mulata, el español y la criolla!

La fantasía, el espíritu del romanticismo, que en todo veía leyenda ó drama: tenía razon el doctor; el caso era de lo más prosáico y vulgar del mundo, y la solución iba probablemente á ser escandalosamente ridícula; pero yo soy el Quijote de los poetas, y en los más vulgares hechos se me ha antojado encontrar las más poéticas aventuras.

VIII

A no escribir un capítulo de uno de esos libros concebidos en el fango del vicio para glorificar la desvergüenza del pecado, que hoy se llaman obras literarias del realismo, no hay modo de relatar los vulgares hechos en que estriba la situación de los personajes de esta historia; que como tal y verídica y realmente sucedida, está naturalmente basada en la realidad de la verdad.

No sólo no faltara, sino que hubiera muy de sobra quien disculpara, y áun envidiara al que por mi preciosa mulata se arrojara á un desatino y cometiera con ella un sabrosísimo atropello; pero no seré yo quien, adoptando la brutal claridad y la realidad repugnante del género Zola, ponga desnuda á la vista del lector á la Golondrina, le haga aspirar las emanaciones

animales de la mujer, y excite bestialmente su concupiscencia con la exposicion de su desnudez, para justificar la traicion del amante y la alevosía del caballero, en la inconcebible conducta de Leandro Nuñez de Valdenebro con su prometida la criolla y con su padre, cuando en su cafetal le hospedaron.

Si la mulata decía verdad, y sólo ella debía saberla, el futuro esposo de su ama era el padre del hijo concebido en pecado, que ella en su seno sentía gestar y crecer; y ántes de que un hijo legítimo naciera de aquel apalabrado matrimonio que á efectuar volvía Valdenebro, debía nacer en aquella casa el fruto del placer ilegítimo; la prueba irrecusable de la villanía del novio, del insulto hecho por él á la criolla, de la deshonra de ésta si la aceptaba, y de la desvergüenza de su padre, sí, á trueque de unos efimeros honores y de una vacía importancia, admitía para su hija un marido que, mientras juraba amor y fidelidad á su hija, engendraba la deshonra del hogar doméstico en donde iba á establecerla.

La situacion era inverosímil. ¿Qué pensaba hacer Leandro de la mulata y de su hijo? ¿Abandonarlos? ¿Reconocer al hijo y poner casa á la madre, á uso de la ley musulmana? ¿Conservar á ambos en la misma casa con su mujer? ¿Creía poder obligar á ésta á aceptar tal bigamia ilegal y anticristiana, y tan monstruoso concubinato? Porque él volvía en el supuesto de llevar á cabo su boda con Olimpia, y anunciaba en su carta que traía todos los documentos legales necesarios para la ceremonia nupcial, y los presentes de la boda que anhelaba celebrar inmediatamente; insensatez absurda sin haber asegurado el silencio y la anuencia de la mulata, comprándoselos á fuerza de oro ó haciéndola desaparecer de la escena por fuerza ó por voluntad.

En esta situación, y en tales circunstancias, desembarcó Leandro en la Habana, sin hallar en el puerto á su novia para recibirle y abrazarle, ni mensajero ó billete que de la razón de su ausencia le previniera, ni del lugar en que le esperaba le informase. Asombróse de tal conducta de Olimpia, y al saber que hacía pocos días padre é hija habían salido de la ciudad para el cafetal, supuso que no habían recibido su última carta, y que el laboreo de la finca, exigiendo en ella la presencia de su propietario, la hija había acompañado al padre; tomando, pues, la noche por forzado reposo, partió con sus documentos y sus regalos á la mañana siguiente para el cafetal de Olimpia.

IX

A pesar de la discrecion del doctor Zambrana, quien sólo conmigo había hablado del caso, y del interés que en el secreto tenía la familia criolla, los que de ello podían ocuparse se ocuparon, y en el círculo en que padre é hija vivían se propagó el escándalo.

¿Por quién y cómo? *Vox populi?* ¡Quién sabe!

Yo había permanecido en la ciudad, y el nombre y la historia de aquel Valdenebro bullían sin cesar en mi mente, ocupando mi imaginacion las móviles figuras de la criolla y de su mulata, del padre y el primo de la primera, y de aquel novio tan insensato cuyos hechos y cuyo carácter hallaba yo en completa contradiccion. De las vidas ajenas me he preocupado yo poquisimo en la mía. No podía darme razón de la curiosidad y el cuidado que sentía por el recién llegado Leandro, hácia quien me arrastraba mi simpatía de español, y contra

quien me predisponía lo por él hecho con la mulata; para lo cual es preciso tener presente que hay en mí una repugnancia instintiva por las mujeres cruzadas como por los perros mestizos; y me molestaba, sin acertarlo á comprender, que un hombre tan bien educado, y de las cualidades, posición y circunstancias que la fama suponía á Valdenebro, hubiera dado semejante resbalon y cometido tan inesperada sorpresa, de la cual creía yo capaces sólo á aquellos hombres groseros que se enriquecen en un tendejon ó en cualquier inno-ble tráfico, entre gente tabernaria, contrabandista, ru fianesca y maleante, para cuyo gusto no hay manjar acre, en cuyas costumbres no entra nada delicado, ni alimento, ni manjar, ni bebida, ni mujer, ni palabra. Entre éstos es la mulata una hermosura de gracia y atractivo carnal imponderable, pero con cuyo tipo no he podido yo nunca simpatizar. Hay gustos y gracias en nuestro continente y en nuestras islas, que jamás he podido contraer y que no me han seducido jamás, porque me han parecido sólo degradaciones del gusto, degeneraciones de la gracia y pruebas lastimosas de la decadencia de épocas ó de razas.

Lo mulato de allá es para mí como lo flamenco de acá; inconcebible é inaceptable. La mulata de allá es para mí como la jitana de un café flamenco de acá; en vez de cantar, aúlla; en vez de bailar, patear, y en vez de cautivar con la hermosura y la gracia, excita el instinto brutal del macho con la desvergüenza provocativa de lúbricos movimientos y contorsiones lupanaréticas. Pero vaya usted á oponerse al paso del tiempo y de la moda: miéntras pasa, vamos pateando y aullando para arrullar el sueño de la vecindad; y ¡olé! y ¡venga de ahí! hasta que amanezca Dios y mañana sea otro día.

Y por esto no podía yo concebir en el español Valdenebro, ni perdonarle su pecado con la mulata: hermosísima criatura, si en la voluptuosa belleza de su cuerpo no hubiera habido un alma atravesada y mestiza como la sangre: opinion que no pasa de extravagancia de poeta excéntrico y estrafalario, cuya curiosidad excitaban un caso y unas personas con quienes ningun lazo le unía.

Por fin dí con el doctor Zambrana, con quien yo procuraba hacerme el encontradizo. Llévemelo á mi hospedaje en hora en que mi hospedador, Isidoro Lira, asistía á la redaccion del *Diario de la Marina*; y á solas con él, y templando el calor con una botella de cerveza inglesa, de las del regalo de Corugedo, le dije:

— Doctor, yo deseo ver y entregar á Leandro Nuñez de Valdenebro un pliego que para él tengo: pero temo cometer la menor indiscrecion si, como es posible, me veo en la necesidad de intimar con él relaciones, ignorando á qué atenerme en las tuyas con Olimpia. ¿Qué hay, pues? ¿Qué sabe usted y qué puede decirme?

— Lo sé todo, porque todo lo he presenciado — dijo el doctor — y todo puedo decírselo á usted, porque tal vez usted pueda sacar de él más partido del á que él quiere darse.

— Doctor — exclamé — tenga usted en cuenta que no es la mía meterme en negocios ajenos; sólo deseo saber el terreno que piso en éste, porque es de aquellos cuyo hilo pára siempre en una maraña.

— Usted hará lo que le convenga; pero despues que sepa lo acontecido, no podrá usted dar traspíe por ignorante.

— Diga usted.

— Yo soy médico y amigo de la casa; conozco á

Olimpia desde muchacha, y puede usted suponer que he sido llamado como amigo y como médico en esta ocasion, y con este doble titulo me hallaba en el cafetal á la llegada de Valdenebro.

— ¿Y qué?

— Que sintiendo el carruaje en que venía, se abalanzó al balcon Olimpia, y al ver quién era, llamó á la Golondrina con un furioso campanillazo. Presentóse Valdenebro en la sala, seguido de dos negros cargados con cajas, que colocaron en los muebles, y apénas ellos idos y sentado Valdenebro, se le puso delante Olimpia, arrastrando con ella á la mulata, á quien arrojó á los piés de su novio, diciéndole:

— Tome usted; ahí tiene usted á su mujer; llévesela usted á Madrid y legitime á su hijo. Usted es rico y puede llevarla sin dote, y nosotros sus amos, no necesitamos su precio: llévesela usted de balde, y no vuelva usted á acordarse de una familia y de una casa de la cual escapa usted bien con no salir apaleado por un negro.

— ¿Y qué hizo él? ¿Usted lo veía? Acaba usted de decirme que lo presencié todo.

— Tras de la vidriera del gabinete, y encargado de sacarle de la casa, de la cual salieron Olimpia y su padre para evitar toda discusion.

— Pues bien, ¿qué hizo él?

— Tomó y levantó la cabeza de la mulata entre sus manos, y la dijo mirándola:

— ¿Que tú debes ser mi mujer, y que yo debo legitimar un hijo tuyo?

— Y tuyo — respondió la Golondrina, fijando sin vacilar sus ojos en los del hombre.

— ¡Mío! — exclamó éste con el más natural y bien representado asombro.

— Tuyo — repitió ella — con promesa de libertad y palabra de matrimonio.

— ¡Yo he dicho eso y he hecho eso! — dijo él.

— Eso has dicho y esto has hecho — respondió ella.

— No lo entiendo — exclamó Valdenebro, echando por tierra á la Golondrina y disponiéndose á alborotar la casa, á cuyo punto salió yo.

Y debe ser el más astuto, diplomático y el más consumado cómico, porque yo lo metí en mi coche en un paroxismo nervioso perfectamente sostenido.

— ¿Tal cree usted, doctor?

— Estoy casi seguro de ello.

— Pues bien, doctor, yo dudo.

— Y lo comprendo: los poetas ven ustedes un drama ó una novela tras los más vulgares acontecimientos; pero aquí estamos en lo del abogado: el que lo ha hecho niega el hecho: éste es el hecho.

— Pues, *¿y quién sabe*, doctor? Yo voy á llevar el pliego de Cagigas á Valdenebro. Acompáñeme usted á su casa, y preséntenos uno á otro.

— Con mucho gusto; vamos.

Y fuimos.

X

Costónos trabajo hacernos recibir por el apesarado Valdenebro, quien hacía cuatro días que en su aposento encerrado escribía y enviaba una carta diaria á Olimpia, de la cual no recibía contestación.

Era un mozo de veintinueve años, bien apersonado, de fisonomía aguilena, de piel suavemente colorada, de

ojos grandes y serenos, cabello rizo, cejas espesas y patillas inglesas; pulcra y correctamente vestido, tenía el tipo de esos gaditanos y bilbainos con pretensiones á ingleses, por más afectos al formalismo severo de Albion que á la inquieta ligereza de la alegre Francia; había algo en él del aplomo del banquero y del atildamiento del diplomático; pero estaba sumido en una profunda tristeza, y comprendí á primera vista que las pasiones se daban en su corazon una tremenda y silenciosa batalla; estaba pálido, insomne y predispuesto á una de esas afecciones nerviosas con tendencia á la epilepsia, que tan comunes han hecho en nuestro siglo el trastorno de las horas, el desórden y variacion de las comidas y de los vinos, el afan del oro y el abuso del café, del té y del tabaco, tres sustancias poderosamente medicinales que hemos convertido en bebida y alimento ordinarios.

El pliego de Cagigas contenía documentos y cuentas, tal vez de familia, acaso de negocios, y quién sabe si de política; sirviómé á mí de introduccion con Valdenebro, en cuya familia había efectivamente habido individuos amigos de mi padre, y en la cual era yo conocido por los recuerdos de sus viejos y por los delirios por mí extendidos en las páginas locas de mis efímeras poesías. La amistad entre Valdenebro y yo se entabló á nuestra presentacion, y la intimidad se estableció en el primer cuarto de hora; la amistad se basó en la simpatía de la primera impresion; la intimidad en el tacto con que el doctor Zambrana logró diestra y delicadamente ingerirme y darme influencia en la historia y el ánimo del apesadumbrado y nervioso mancebo, que teniendo perentoria y absoluta necesidad de expansion, me aceptó como un viejo y perdido amigo, nueva y

providencialmente encontrado en un paso difícil del camino de su existencia.

Despidióse á poco el doctor Zambrana; y el pobre Valdenebro á solas conmigo, á las primeras frases que de nuestra conversacion se cruzaron, rompió á llorar como un niño, ocultándome el rostro con las manos. Aquel hombre estaba noble, exclusiva y sinceramente enamorado de Olimpia, y negaba el hecho porque no era su hecho, y no era el supuesto hecho con la mulata lo que ofendía su dignidad, sino la injuria de Olimpia al creerla sin oírle, el desamor de aquella mujer de quien él había hecho su ídolo y en cuyo amor había cifrado su porvenir en la tierra y la salvacion de su alma en la eternidad; y aquel desamor que probaba en ella su repentino desvío, aquella pasion de la criolla, fundada sólo en el orgullo y en la fiereza, tan rehacia á la reflexion como incapaz de perdonar, apagaba la esperanza, desencajaba, rompía y arrancaba algo en el coraron de aquel hombre, que era desgraciadamente uno de esos á quienes Dios condena á no sentir más que un amor, que mata cuando muere, porque es el germen de la vida del sér condenado al amor único. Estos sérs que no saben, que no pueden, que no intentan siquiera tener más que un amor, no tienen tampoco más que un fin: ó su amor y el de Dios ó amar ó morir: de esos se han hecho muchos santos y santas y de esos han vuelto muchos al seno de la madre tierra sin alzar más ruido, sin dejar más rastro que la espuma de una ola en la arena de la playa, ó el polvo de una hoja seca arrastrada por un otoñal remolino. Ese era Leandro Nuñez de Valdenebro, á quien preocupaba, á quien obscecaba el afán de probar á Olimpia que lo hecho no era hecho suyo antes de abandonarla para probarla que

era indigna de él, puesto que no podía comprenderle: y el pobre Valdenebro, tal vez creyendo halagarme, me citaba el pensamiento de mi *Sancho García*:

...en casos por mi honor medidos,
cree primero á mi honor que á tus sentidos.

¡Miseras razas meridionales! ¡Siempre guiadas y deslumbradas por la poesía, y reduciendo á versos sus axiomas! Valdenebro me declaró que en la primera exaltación de su enojo, en la primera carta que escribió á Olimpia, suponía que la mulata jurara sobre un Cristo y los Evangelios que era verdad lo que de él decía, y que si ella juraba y Dios no la castigaba, él se resignaba á dotar á la madre y á cuidar del hijo; pero no á casarse con aquélla ni á legitimar á aquél. El amor ciega y entontece al más lince y avisado; y Valdenebro me decía, llorando: pero esa mujer es capaz de jurarlo todo; ¿qué sería un perjurio para ella? Si la hubiera Vd. visto con sus ojos fijos en los míos, sin rubor, sin miedo, con la más cínica desvergüenza repetirme en mi cara: «tuyo, sí, tuyo; bajo promesa de libertad y palabra de casamiento.» ¡Dios mío, y es una inconcebible impostura! pero ella sigue un plan, obedece á un impulso que yo no alcanzo, y juraría... y el mundo echará sobre mí lo que ella es capaz de echar á la misma faz de Dios.

— No — exclamé yo — no; Dios es Dios, como dicen los árabes, y aunque ahora hemos dado en suprimir á Dios poniendo en lugar suyo á la Naturaleza, va usted á ver y voy á probarle á Vd. que Dios y la Naturaleza son una misma cosa, porque ésta no sigue más impulso que el que AQUÉL la da con el soplo de su espíritu.

Vístase Vd., y vamos á ver al Obispo mejicano M., que ahora está aquí expatriado, que es un varon evangélico, sábio, justo y de tan sólida virtud como recto juicio é inflexible carácter... y déjenos Vd. hacer, que si la Golondrina no canta de plano y se retracta, será que Dios nos deje de su mano.

Y diciendo y haciendo ayudaba yo á vestirse á Valdenebro, añadiendo miéntas se vestia estas pérfidas palabras de perversa intencion:

— Pero júreme Vd. abandonar á una mujer que no ha tenido un momento de duda, ni una palabra de perdon, ni una lágrima de pesar, porque no tiene corazon ni hay en su alma un átomo de cariño más que para sí misma.

¡ Miserable de mí ! Yo había parado en aborrecer á la criolla. ¿ Por qué ? ¿ Había tenido, tal vez sin darme de ello cuenta, el intento de llamar su atencion en el teatro ? ¡ Qué quimeras me había yo forjado en mi fantasía, qué huella había dejado en mi corazon, ó á lo ménos en mi memoria, la vista nocturnamente repetida de su hermosura !

Misérias, polvo, levadura de Adan, olvidadas y corrompidas en los pliegues del corazon humano.

El Sr. Obispo aprobó mi idea ; y siendo él persona á quien por su dignidad episcopal y su autoridad eclesiástica no podía negarse nada en la católica morada de la soberbia pero cristiana Olimpia, él propuso, arguyó, discutió y resolvió, en vista de la inflexible tenacidad con que la mulata sostenía su dicho, que la Golondrina juraría ante el altar y sobre los Evangelios que el hecho que ella afirmaba, y negaba Valdenebro, era cierto; y que por más que ella adorase á su señorita Olimpia, por más que viese el trastorno que en la casa oca-

sionaba, por más que abandonada de todos ella viviera y muriera en la esclavitud, y esclavo fuera su hijo, siempre aquel hijo esclavo lo sería de Valdenebro.

Y exclamaba éste anonadado y sin encontrar la clave de la conducta de la Golondrina: « ¡Dios mío! esta infame no cree seguramente en Dios, y me deshonrará y me hará cargar con tal deshonra, y con ella y con su hijo, y tendré por fin que pegarme un tiro. »

Y el doctor Zambrana se encogía de hombros y me miraba de soslayo, lo cual equivalía á decirme: « ¿Lo ve Vd.? estamos en la misma del abogado. »

Y yo le decía: « Deje Vd. amanecer á Dios y veremos claro. »

Empezó Valdenebro por intimar conmigo, y concluyó por abrirme su corazón y fiarse en mí; y en consecuencia de esta intimidad entre él y yo establecida, y de esta confianza por él en mí fundada, le presenté una noche al respetado y virtuoso varón mejicano el señor Obispo M., á quien los disturbios y las persecuciones políticas de su patria tenían en Cuba desterrado, esperando en Dios y en mejores tiempos.

Era este Prelado un modelo de sacerdotes cristianos, honra del alto clero católico mejicano, gran teólogo, buen jurista, de amabilísimo trato y de intachable conducta. Era... ó había sido rico; pero, verdadero apóstol del Evangelio, jamás había contado lo que tenía más que para repartirlo en limosnas entre el viejo imposibilitado, la viuda y la huérfana de la guerra civil, y cuanto desvalido encontraba, con lo cual su equipaje se reducía á un baul, que contenía un rico traje episcopal para las ceremonias del templo, un poco de ropa blanca, un anillo, un pectoral y una cruz de oro con su cadena; del valor y legitimidad de todo lo cual dudaba

yo, sospechando, no sin fundamento, que hacía tiempo que debía de haber tenido que reducir á moneda las esmeraldas, los brillantes y el oro de la cruz, anillo y pectoral finos, que alguna vez había yo visto brillar sobre su morado capisayo en la capital de lo que fué reino de Nueva-España.

A este santo Prelado, cuya caridad era inagotable, cuya fe en Dios era tan ardiente como inextinguible, cuyo conocimiento del corazon y de las pasiones humanas era profundísimo, acudían los tristes por consuelo, los desesperados por esperanza, los perdidos por guía, los ciegos por luz, y todos, en fin, los náufragos en el mar de la vida, por una mano segura ó un pasajero apoyo, que si no les sacaba salvos á la playa, les sostuviera al ménos sobre las olas. Y á este Sr. Obispo M. confió por mi consejo su historia y una idea que yo le sugerí mi nuevo amigo el atribulado Leandro Nuñez de Valdenebro; por ampararle y servirle y poner mi idea en ejecucion, fué dos veces este Prelado al cafetal del padre de Olimpia, y con su episcopal y venerable representacion y su persuasiva palabra hizo al fin aceptar mi idea á aquel padre indignado y á aquella orgullosa y ofendida criolla, los cuales, apoyados en la tenaz afirmacion de que no había medio de hacer desistir á la mulata, insistían en que al dar á luz á su hijo, se la llevara consigo su seductor, ántes de que ellos la vendieran á quien quisiera comprársela ó aceptarla de balde con el feto que en su seno gestaba y que no querían ver salir en su casa á la luz de la existencia.

Y aferrados, la mulata en su afirmativa y en su negacion Valdenebro, se encomendó al fin á Dios el esclarecimiento de la verdad, sobre la fe de un juramento

solemne, que de tomar se encargaba el Sr. Obispo, encomendando á Dios la venganza del perjurio sobre aquel que ante Dios lo cometiere.

Valdenebro desconfiaba del éxito de aquella prueba de la Edad Media, en que la fe, la influencia del clero, el temor de Dios ó el miedo al diablo, infundían al pueblo, creyente de veras ó descarriadamente supersticioso, gran repugnancia á las consecuencias tradicionales del perjurio; pero la mulatica, á pesar de sus pocos años, criada en la incuria de la educacion religiosa con que el clero, poco escrupuloso de ciertos puntos de las Américas, mira á la niñez esclava, y abandonada hasta que el desarrollo de su maravillosa hermosura la hizo favorita de sus amos, á la compañía y corrupcion de negros y mulatos, sospechaba Valdenebro que ni sabía seis palabras del Catecismo, ni tenía casi temor de Dios, ni miedo del diablo, y que sería capaz de jurar y perjurar ante el altar y el Prelado, como había hecho hasta entónces ante él mismo; que ni comprendía su por qué de atribuirle á él semejante hecho, ni la obstinacion y desvergüenza con que sostenía tal impostura.

No contaba yo más que él con ningun buen instinto ni con ninguná santa creencia de la Golondrina; pero contaba con la supersticion y la naturaleza de la mujer, al fijar los términos del juramento, que sólo había yo fiado al señor Obispo y que éste debía hacer oír á Valdenebro en el momento oportuno.

XI

Una noche de Marzo, en que dió la casualidad de que el mar bramaba y el viento rugía á impulso de una de aquellas repentinas perturbaciones atmosféricas

precursoras de los turbiones primaverales de los trópicos, entrábamos en una pequeña iglesia. El señor Obispo, seguido de media docena de clérigos, Olimpia, su padre, su primo y tres servidores de su casa, que traían en medio á la Golondrina, Valdenebro y yo, y hasta una docena de personas más; entre las cuales contaban un venerable magistrado de la Audiencia, un alto empleado en Administracion, Isidoro Lira, director del *Diario de la Marina*, Juan Ariza, el castizo poeta de quien apenas ya nos acordamos, mi atolondrado secretario Agustín Ainslie, el general Wolf que fué despues hecho mariscal por el desventurado Maximiliano, y tres ó cuatro señoras á quienes no sé si conocía, porque conservaron los velos sobre el rostro durante aquella extraña ceremonia en una capilla lateral, sobre cuyo altar se elevaba un gran crucifijo, nos fuimos acomodando todos; miéntras el sacristan encendía seis grandes y fúnebres cirios, y el señor Obispo y sus eclesiásticos se endosaban las sobrepellices y estolas éstos, y aquél su capa y su mitra, y con su báculo pastoral en la derecha, y alumbrado por el sacristan y dos acólitos, colocó en un atril cubierto de un paño negro el libro de los Santos Evangelios.

Arrodillóse y arrodillámonos todos los laicos, y respondimos amén á las preces latinas, con las cuales invocó el favor y ayuda del Redentor: despues de lo cual hizo el señor Obispo hincarse ante el atril á Valdenebro y á la mulata, á quien yo observaba con la mayor atención, sin ver en su fisonomía la menor emocion, ni muestra de asombro ante aquellos imponentes preparativos. Valdenebro tenía razon: había poco que esperar del santo temor de Dios de aquella criatura pervertida desde su niñez.

Olimpia estaba casi al pié del altar, del lado de la epístola, y tras ella no quitaba ojo de la mulata el primo de aquélla, sombrío y pálido como siempre.

El señor Obispo, despues de una breve plática en la cual expuso la situacion y exhortó á la mulata y á Valdenebro, en nombre de Dios, á aclarar la verdad de los hechos, y les demandó si se ratificaban él en su negativa y ella en su afirmacion:

— *Sí* — dijo sin vacilar la mulata — y *sí* dijo alto y claro Valdenebro.

— ¿Estais prontos, resueltos y firmes para ratificar y jurar ante Jesucristo y sus Santos Evangelios la verdad de vuestras palabras? — volvió á preguntarles el Prelado.

— *Sí* — tornaron á responder los preguntados.

— Pues bien — siguió el sacerdote, pasando el báculo á la mano izquierda y tendiendo abierta la derecha sobre sus cabezas en señal de conminacion; á cuya accion se arrodillaron á su lado sus capellanes, y todos los presentes al rededor de los juramentados, quedando sólo en pié el venerable mitrado, el cual siguió diciendo, con esa solemnidad de las ceremonias católicas:

— En el nombre de Dios, que nos sacó de la nada, y de Jesucristo, que nos redimió, repetid mis palabras una por una: tú, mujer, que afirmas que éste es el padre del hijo que traes en tu seno, y tú, hombre, que niegas y rechazas su paternidad, decid: tú, mujer, *si el hijo de mis entrañas no es de este hombre*, y tú, hombre, *si el hijo que está en las entrañas de esta mujer es mio...* (y repitieron y siguieron repitiendo ambos las palabras del Obispo) yo invoco sobre mí el castigo de Dios y el desprecio de los hombres; juro ante El que digo la verdad, y si miento y perjuro y el hijo *no es*

suyo (ella) y *es mio* (él), quiero que la maldición de Dios caiga sobre el feto que está por nacer; y que Dios manifieste su justicia haciendo de él un monstruo sin par en la raza humana, física y moralmente; (y aquí palideció y vaciló la mulata, repitiendo bajo é imperceptiblemente las palabras del Obispo, que continuaba): y que nazca zambo, jorobado y bizco, para que nadie sepa qué estatura alcanza, ni cómo y á donde marcha, ni á dónde mira, para que sea irrisión de los hombres y espanto de las mujeres (y Valdenebro seguía repitiendo, y la mulata parecía sobrecogida y trémula, y seguía diciendo el sacerdote): y al fin, no encontrando ni amigos ni compañera en la vida, maldiga la madre que le concibió, y la hora en que nació, y se vuelva rabioso contra los padres que le dieron el sér, hasta beber como un vampiro la sangre de su madre.

— ¡No, no! ¡yo no juro eso: no quiero ser madre de tal hijo! — exclamó la mulata poniéndose en pié y echándose atrás.

— Yo sí, yo sí — dijo Valdenebro levantándose á su vez.

— Porque no eres su padre — le dijo sin poderse contener la Golondrina.

— ¿Quién es, pues? — preguntó el Prelado — y ¿quién es? — preguntamos espontáneamente todos los que presentes estábamos, poniendonos en pié y rodeando á la mulata.

— Yo no lo diré jamás: que lo diga él si es hombre; — é involuntariamente fijó una mirada indescriptible en el pálido primo de Olimpia.

— ¡Basta! — dijo Valdenebro con una dignidad y una energía que nadie de él esperaba. — Ni quiero ni

necesito saber más. Los que han podido creer en mí tan villano proceder ni merecen mi amistad ni pueden encontrar jamás satisfacciones que yo acepte nunca.

XII

El 16 de Marzo abandoné la Isla de Cuba para volver á Méjico, en el *Méjico*, vapor de los Sres. Bustamante, Romero y Compañía, de cuya vuelta he hablado en el tomo II de estos *Recuerdos del Tiempo Viejo*.

Valdenebro regaló á la Golondrina la canastilla y las joyas que para Olimpia había traído de España y Francia; y sin querer recibir á su padre ni á ningun individuo de la familia criolla, se volvió á Europa en el paquete inglés de fines de Marzo.

No pudiendo arrancar de su corazon el amor, ni de su memoria el recuerdo de Olimpia, ni apear con la afrenta de la mulata, se encerró en su casa; y la tristeza y la falta de ejercicio le acarrearón la afeccion pulmonal, de que murió tres años despues.

Al encontrar su papeleta de defuncion entre los legajos de papeles que conservo, me ocurrió la idea de escribir como fin de mis *Recuerdos del Tiempo Viejo*, EL JURAMENTO DE LA MULATA.

PULVIS ES

AL EGREGIO POETA CASTELLANO
GASPAR NUÑEZ DE ARCE

INTRODUCCION

Los poetas no tenemos
Más que versos por caudal,
Y con ellos, bien ó mal,
Pagamos lo que debemos.

Contigo la deuda mía
Es una amistad sincera,
Cuya inclinacion primera
Engendró la poesía.

Leía yo allende el mar
Las que famoso te han hecho,
Y la amistad en mi pecho
Por tí empezó á germinar.

De ambos en el corazon
Hoy y desde ántes de vernos,
La atan los nudos eternos
De la mútua extimacion:

Y de esa amistad por gaje
Mi — « Pulvis es » — te dedico;

No es el obsequio muy rico,
Pero es casi un homenaje.
De América al regresar
Me saliste á recibir...
Y ¿qué más se han de decir
Dos castellanos, Gaspar?

I

Dios dijo á Adán: «hecho estás
» De barro: tu sér no encierra
» Más que polvo de la tierra,
» Y á ser polvo tornarás. »
Murió Adán, y su mujer,
Y sus hijos, y cumplieron
La ley de Dios, y volvieron
Á la tierra polvo á ser.

II

Pero la raza extraviada
Del hombre, á Dios insumiso,
Volver al polvo no quiso,
Ni reconocer su nada;
Y encontró arcillas y grutas
Donde, á propósito puestos,
Se conservaran sus restos,
Momias tornándose enjutas.
Y alzó egipcios mausoleos,
Y romanos columbarios,
Y judáicos calvarios;

Y aún se tiene en pié de Céos
La pirámide titánica,
Que á nuestras generaciones
Prueba la audacia tiránica
Y la vanidad satánica
De los viejos Faraones.

III

Dios dijo al hombre: — «estás hecho
De polvo y á él volverás, » —
Mas no lo quiso jamás
Para su mortuorio lecho.

Rebelde á la ley de Dios
Y con su madre hijo ingrato,
Anheló el hombre insensato
Ser más fuerte que los dos;
Y al polvo en vez de tornar
De que le sacó el Dios Bueno,
Y de ir el materno seno
De la tierra á fecundar,

Se quedó sobre la tierra,
Gozar queriendo más vida
Que la por Dios concedida
Al polvo en que su alma encierra.

En necrópolis inmensos
Sus restos depositando,
Su carne momificando
Con yerbas, gomas é inciensos;
Metiendo en fragantes cajas
Sus momias, tan bien sujetas
Con las largas bandeletas

Que las sirven de mortajas,
Y envolviendo su esqueleto
Y su carne así amarrada
En la envoltura sagrada
Del religioso respeto,
Fundó con ellos ciudades
De muertos y catacumbas;
Pensando en paz en sus tumbas
Gozar por luengas edades
Otra existencia añadida
A la de Dios: tal demencia
Produjo la gran pendencia
De la muerte con la vida.
El respeto religioso
Hizo no ver al creyente
De la no enterrada gente
El influjo pernicioso;
Mas sus miasmas nocivos
Declaró sobre la tierra
La ciencia; y de aquí la guerra
Con los muertos de los vivos.
?Y en qué paró? En que el ambiente
Corrompió su podredumbre;
Y al crecer en muchedumbre
Y hallar su póstera gente
Aquellos miles de muertos
Sobre la tierra instalados
Y contra Dios rebelados,
De sus sepulcros abiertos
Los arrancó cual manojos
De podridas espadañas,
Y arrojó á las alimañas
Y á los cuervos sus despojos.

Hoy nuestra generacion
Entre ruinas encontrándolos,
Hace de ellos numerándolos,
Científica exposicion :
Y su momia secular,
De la ciencia por trofeo,
A la puerta de un museo
Hace al vulgo contemplar ;
Y acaso del rey aquel
De quien su edad tuvo miedo,
De un villano mancha el dedo
La apergaminada piel :
Y mal puesto en equilibrio
Al vacilar contra el muro,
Su cadáver inseguro
Sirve al vulgo de ludibrio.
Justo castigo á mi ver
Del que á la tierra se aferra
Y, hecho de polvo, á la tierra
No quiere polvo volver.

IV

Hundió á la pagana edad
El tiempo en la eternidad :
Alumbró al mundo la luz
De la fe y de la verdad :
Redimió á la humanidad
Muriendo Cristo en la Cruz.
Y ¿cuál es su religion ?
¿Cuál fué su predicacion ?
¿Qué manda su santa ley ?

La humildad, la humillacion
En el polvo: obligacion
Del pordiosero y del rey.

Y ¿qué hacemos los cristianos
de nuestros restos humanos
Con el polvo terrenal?...
Más que hicieron los paganos;
Profanar con él insanos
El cláustro y la catedral.

Asombra del legítimo respeto
De que á los muertos nuestra fe rodea,
Yace al pié de un altar un esqueleto
Que albergó un alma de homicidios rea.
Abad batallador ó rey repleto
De venganza y de sangre, allí bravea
La ley de Dios, que le conmina airada
Gritando: ¡Sal de mi mansion sagrada!

Mas ví y hallé de entrambos hemisferios
Las cien maravillosas catedrales,
Los cien mil opulentos monasterios
De la fe monumentos colosales,
Convertidos en grandes cementerios.
En cuyas áureas urnas sepulcrales
Se puso á amparo de la Cruz cristiana
Del polvo vil la vanidad mundana.

Y allí, á traicion introducido, espera
Burlar la ley de Dios, no ir á la nada,
Y al polvo no volver, masa primera
De que por Dios su carne fué amasada:
Crée allí que por la gente venidera
Será siempre su carne respetada,
Y que va en su ataud jamás abierto
En la tierra á vivir despues de muerto.

¡ Vanidad, ilusion, orgullo insano
Del que feliz y grande fué en el mundo,
Y cree robar á Dios su polvo humano!
Desde el sol hasta el antro más profundo
Nada se esconde á Dios; cobija en vano
Entre oro y mármol su esqueleto inmundo:
Aunque bajo oro y mármol le sepulte,
No hay piedra ni metal que á Dios le oculte.

Aquellas coronadas esculturas
Sobre sus regios túmulos tendidas,
Aquellas siempre inmóviles figuras
De hábitos y de mantos revestidas,
De graves y sombrías cataduras,
De hipojos ó de pié, mas siempre erguidas,
Cuyo nombre en sus áureos cenotafios
Se revela en pomposos epitafios.

¿Qué son? ¿qué hacen allí?—Símbolos vanos,
Vanas esfinges que sus cuerpos guardan
De Dios contra los fallos soberanos.
Mas aunque santas lamparillas ardan
Delante de sus bustos, los arcanos
De los juicios de Dios, no porque tardan
No se cumplen; al fin la raza viva
La luz apaga y el panteon derriba.

Una invasion salvaje, una marea
Social el mundo de repente agita,
Y cae la torre, el templo se cuarteo,
Se demuele el panteon, se hunde la ermita.
Pero la fe, la religion, la idea
Tienen gérmen de Dios, vida infinita;
La idea, que los mármoles derrumba,
Vuelve á la tierra el polvo de la tumba.

V

¡Eres polvo, y nada más,
Hombre vano! En vano en pos
Vas de más vida; va Dios
De tu ánsia vital detrás.

Vuélvete, polvo, á la tierra
Que es tu madre y te dió el sér,
Y es quien vivir ha de hacer
El polvo que á tu alma encierra.

Tú, que eres polvo no más,
Y que á tu Dios rebelado
Á ser polvo no has tornado,
Fuera de tu sér estás.

Ese panteon donde quieres
Prolongar tu térrea vida,
Es donde tu muerte anida:
En él es en donde mueres.

Ese brillante gusano
Que del césped en la alfombra
Brilla en el campo en la sombra
De las noches de verano:

Esa vaga mariposa
Que se columpia en Abril
En un pétalo sutil
Ó en el boton de una rosa:

Esa yerba nutritiva
Que alimenta los rebaños
Brotando todos los años
De la tierra siempre viva;
Esos bosques rumorosos,

Cuyos frutos alimentan
Cuántas alimañas cuentan
Desde el musgaño á los osos:
Toda esa vegetacion
Que viste á la madre tierra,
Nacen del gérmen que encierra
Lo que tú das al panteón.
Eso es el polvo en que duermen
Nuestros despojos mortales;
Esos los jugos vitales
De que nuestro polvo es gérmen.
Vuélvete, polvo, á la tierra
Que es tu madre y te dió el sér,
Y es quien vivir puede hacer
El polvo que á tu alma encierra.
No le entierres en panteones,
No le labres mausoleos:
Hoy ya en su tumba de Ceos
No está el de los Faraones.

VI

Yo sé que al orgullo humano
Tal vez ofende y le enfosca
El zumbido de una mosca
y el roer de algun gusano:
Mas ¿por qué no he de decir
Á mi raza y sociedad,
Yo, gusano, una verdad?
¿Por qué no me la han de oír?
Yo que, poeta cristiano,
Me quiero en tierra enterrar,

Con mi polvo para dar
Sér á la flor y al gusano,
Tengo antojo al siglo mio
Un progreso de pedir,
Por ver si logro morir
Y enterrarme á mi albedrío.

Nuestra edad, aunque revuelta,
Camina con firme planta
Hacia la luz, y adelanta,
Aunque con trabas, resuelta.

Extraña es nuestra centuria,
Sima de contradicciones
Y volcan de aspiraciones;
Raza de locos sin furia,
Sin fe, sin miedo y sin ira,
Que osa á todo, á todo atenta,
Que todo endiosarlo intenta
Y contra todo conspira.

Es nuestra raza; y da espanto
Ver cuán atrevida avanza,
De todo con esperanza,
Osando atreverse á tanto.

Y aún causa espanto mayor
Verla cómo, sin fé en nada,
Empeña en cualquier niñada
Su juicio razonador;

Y en árdua cuestion social,
Con apático desden,
Ni se afana por el bien,
Ni se asusta por el mal.

Raza en verdad rica en ciencia

Y en positivo progreso,
De buena fe y con gran seso,
Obra loca y sin conciencia.

Si, extraña generacion
Actual de mi madre España,
Tal es hoy tu vida extraña
Y tal hoy tu condicion.

De prosa y de poesia
Heterogéneo amasijo,
Tu razon sin rumbo fijo
Sigues, ó tu fantasia.

De activa fe y hondas dudas
En el afán que te acosa,
Ya impía, ya piadosa
Con una y otras te escudas:
É inquieta como la mar,
Flotante como las nubes,
Como ellas bajas y subes
Y fluctúas sin cesar.

Hoy, con costumbres perversas
Y desnudez nunca vista,
Blasonas de moralista
Y lo moral tergiversas;
Pues la moral arrollando,
Vas á duelos y á placeres,
Desnudas á tus mujeres
Por donde quiera llevando.

Así por extraño modo
Predicas, y no profesas
Los dogmas con que progresas
Sin duda, á pesar de todo;

- Y con tu conducta avienes
Tan mal tu filosofía,
Que eres pobre, y cada día
Gastas más de lo que tienes.
Con avidez sin ejemplo,
De oro en la sed que te acosa,
Vas fanática ó viciosa
Lo mismo al circo que al templo:
Y hallas lo mismo motivos
Para derrochar millones
En las peregrinaciones
Que en toros y cuadros vivos.
Engreida filosofas
Con tus mil grandes inventos,
Y de esos mil elementos
De felicidad te mofas:
Y siendo en verdad, más sabia,
Que las pasadas edades,
Parece que las verdades
Vas descubriendo con rabia,
Ó con error nunca visto
Que de fraudes y ambiciones
¡Tal vez negándole! pones
Por encubridor á Cristo.

—
Y oyendo tal no te ofendas
Ni contra mí te alborotes,
Porque tus faltas y dotes
Juzga un autor de leyendas,
Generacion actual mía:
Pues yo que así te las digo
Con admiracion te sigo

Por tu saber y osadía.

Aunque de sosiego en pos,
Viejo, en mi hogar me he sumido
Á vivir en el olvido
Y á morir en paz con Dios,
De cuando en cuando me asomo
Á ver la faz de mi tierra,
Y el bien y el mal que en sí encierra
Miro y en cuenta les tomo:

Y al borde ya de mi huesa
Me afano ¡oh, España mía!
Por saber si por la vía.
Vas del tiempo que progresa.

Y sí que vas: aún te agitas
Contra el viento y las mareas,
Mas sondas y brujulcas
Y los escollos evitas:

Porque aún eres hoy, España,
Como un volcan que fermenta,
Y en tanto que no revienta
Hace temblar la montaña;
Mas piensa que, al estallar,
No es fuego devastador,
Sino luz de almo esplendor
Lo que de tí ha de brotar.

Labra, escombra desde luego
Cuanto terreno ganado
Llaves; pero con cuidado,
No labres á hierro y fuego.

Yo tras tí por tu camino
Iré por despacio que ande,
Pues por verte otra vez grande
Me hiciera hasta peregrino.

Te dije noches atrás,
En salon de aquí no lejos,
Que yo era uno de esos viejos
Que no envejecen jamás.

—
Me descarrié por seguir
El porvenir de tu gloria;
Mas me vuelve á la memoria
Lo que ántes te iba á pedir.

VII

Siglo que á todo te atreves
Y que, del progreso en alas,
Cuanto hay secreto propalas
En la tierra que remueves;
 Que alzas al saber palacios,
Y á un vapor tal fuerza imprimes
Que ante su vuelo suprimes
El del tiempo y los espacios;
 Que el aire y la luz dominas
Y esclava de tus inventos
Con una chispa, en momentos,
Una ciudad iluminas;
 Que has logrado hacer pasar
La palabra en un minuto
A través del monte bruto
Y las tormentas del mar;
 Que á tu saber los secretos
De la creacion humillas,
Y haces de sus maravillas

Los más vulgares objetos;
Y encierras la luz en cajas,
Y el rayo atas con alambres,
Y haces paños con estambres
De acero, cristal y pajas;
Siglo que á todo te atreves,
Y que, del progreso en alas,
Dices que todo lo igualas
Porque todo lo remueves,
La ley de Dios por ley toma:
Toma de Dios el nivel,
Y el orgullo humano doma
Nivelándole por el.

De sus efluvios nocivos,
Letales, libra á la tierra:
Pon fin á la larga guerra
Con los muertos de los vivos.

Y pues á estudios tan serios
Te aplicas en tus escuelas
Por ver si el mundo nivelas,
Nivela los cementerios.

Del orgullo los caprichos
Doma ¡oh siglo! y que progresas
Prueba, dando al polvo huesas
No mausoleos y nichos.

Dios dijo á Adam: — «Hecho estás
« De polvo, y has de volver
« A la tierra polvo á ser, »
¿Y quién ante Dios es más?

—
Los que al hombre esclavizais
De la libertad en nombre,

Los que los fueros del hombre
En nombre de Dios hollais,
Ídolos de la ambicion,
Del orgullo y del dinero,
En el siglo venidero
Sereis polvo sin panteon.
Autócratas y sultanes,
Tiranos ayer temidos,
Mañana estareis tendidos
Al nivel de los patanes.
¡Polvo, polvo! nadie es más;
A quien se alza y se rebela,
Tiende la muerte, y nivela
Su polvo al de los demás.
Ley es del Dios Infinito:
El polvo que al alma encierra
No guardan sobre la tierra
Los mármoles ni el granito.
Por más duro que le sea,
Por más que tal fin le asombre,
Sobre la tierra del hombre
No queda más que la idea.

VII

GASPAR, los que pretendemos
Difundir la idea en tomos,
¿Qué valemos y qué somos?
¿Cuánto en ellos viviremos?
Yo, que viví de extraer
De mi polvo corporal
La idea, lo espíritu a!

Que puso Dios en mi sér,
Este papel en que he escrito
Mi idea de orgullo rea,
El papel que por la idea
Es más fuerte que el granito.
¿Qué vivirá? — Un día ó dos:
Mas aunque alcance á vivir
Dos siglos, ha de morir
Como yo por ley de Dios.
GASPAR, si me sobrevives,
No permitas que me entierren
En un nicho y que me encierren;
De ser tierra no me prives.
Yo soy poeta cristiano,
Me quiero en tierra enterrar
Con mi polvo, para dar
Sér á la flor y al gusano.
Jamás á la ley comun
En rebelarme pensé;
Dios lo dijo, y bien lo sé:
Pues hombre soy, PULVIS SUM.



EL PINAR

ESTUDIO NOCTURNO DE HISTORIA NATURAL

Á PAULINA

Pregúntasme, Paulina, qué hizo, dónde estuvo
mi Musa peregrina que á España abandonó;
saber curiosa quieres, por dónde errante anduvo
qué penas, qué placeres y qué aventuras tuvo,
qué sitios y qué séres por donde anduvo vió.

No sé, Paulina mia, qué responderte:
yo recorrí la via que vá á la muerte:
vino en mi compañía mi Musa, ansiosa
de aspirar poesía; mas dió en la prosa:

La fé y el verso
emigran hoy, Paulina,
del Universo.

Viví con los romanos... *Roma veduta*,
dicen los italianos, *fede perduta*.
Viví con los franceses... del bardo estancia
tras sus grandes reveses no es hoy la Francia.
Mi Musa y yo perdimos año tras año,
y por día cogimos un desengaño.

Nuestro siglo no quiere ya poesía:
La poesía muere, Paulina mía:
Su astro divino
se vuelve al firmamento
de donde vino.

Yo ante lo positivo del siglo cedo;
Él se adelanta altivo, yo retrocedo.
¡Pobre vieja que olvida que ya chochea
mi Musa enronquecida ya balbucea:
y hoy cuando ensaya loca cantar ó cuento,
en vano ya en su boca busca el aliento!
Mi Musa espira,
y al espirar la siento
romper mi lira.

Empero tú lo ordenas, Paulina, y obedezco;
yo debo cantilenas y cuentos inventar
para adormir tus penas: que pidas te agradezco
al moribundo bardo su postrimer cantar.
Oye mi historia triste, fantástica y extraña,
que acaso se resiste tu espíritu á creer,
porque el disfraz reviste de fábula y patraña
de aquellas que leiste cuando aprendiste á leer.
Escucha: no es leyenda de las que yo solía
contar bajo la tienda de Berberisco emir,
en versos cuya métrica, labor de orfebrería
de filigrana arábica, profusa crestería
de monasterio gótico, fué loca poesía
que en la época romántica dió tanto que decir.
Nó: narracion geórgica de inspiracion silvestre,
con caracteres de égloga ó apólogo campestre,
como labor grosera de rústico pastor,

es un alarde bárbaro, que espero que te muestre
cuál es aún el ánimo del viejo trovador.

I

Escucha : de una selva donde he vivido
me manda Dios que vuelva de muerte herido.
Mi retiro entre pinos de Francia dejo,
buscando mis caminos del tiempo viejo;
pues por más que los haya la edad borrado,
yo es forzoso que vaya tras lo pasado:
que es mi destino
arrostrar los abrojos
de mi camino.

Mas como dí á mi patria mi vida entera
y sin miedo encomiándola fuí por do quiera,
todo el afan se encierra del alma mía
en morir en la tierra donde ví el día;
y el poeta católico que tal ha hecho
á demandarla túmulo tiene derecho;
justo es que muera
en su patria y á sombra
de su bandera.

Mas ya de los pinares de aquel retiro
no traigo por cantares más que un suspiro;
por contarte al oido mi último cuento
te traje retenido mi último aliento;
y es, voz ya del otro mundo, Paulina buena,
extertor moribundo mi cantilena;
mi Musa espira:
oye al morir qué acordes
halla en mi lira.

II

Es una transparente noche de estío
y un lugar de naciente ruin caserío:
detrás de él su corriente derrama un río,
y anchos pinares
le rodean brotando piés á millares.

Una fábrica nueva perpétuamente
entre el humo que eleva ruge extridente;
cuando humo y son se lleva, tiembla el ambiente,
y allá en sus huecos
de repetir tal ruido se hartan los ecos.

El pinar atraviesa la ferrovía
donde el tragin no cesa noche ni día:
y gran ruido, gran priesa, gran gritería
trae cada hora
al lugar una rápida locomotora.

Aquel mónstruo de fuego, de humo y bullicio
que parece que ciego va á un precipicio
y al lugar desde luego saca de quicio,
trae las noticias
de todo el mundo, y juntos duelos y albricias.

Del Este allí y del Norte y el Mediodía,
de la aldea y la corte trae noche y día
gente de todo porte, noble y baldía,
diversa en traje
catadura, costumbres, raza y lenguaje.

Y la turba arrastrada por este ruido
no se parece á nada visto ni oído;

llega... da una mirada... sigue... ¡ se ha ido!
¿Dónde? — ¡quién sabe!
un tren va por la tierra como una nave
por el mar, por el viento como va un ave:
nadie su huella
sigue... nadie la alcanza...
¡si no se estrella!

III

En este sitio agreste que la segur desmonta,
do el áspero sudeste la brisa trae del mar,
donde á la luz celeste para surgir se afronta
una ciudad que preste su nombre á aquel pinar,
la que conmigo viene, por compañera
de mi existencia, tiene su vida entera.
Vida ajena en mi casa de sinsabores
entre pájaros pasa, libros y flores.
Floricultora activa, sencilla en gustos
por do quiera cultiva flores y arbustos;
mi casa por do quiera de ellos cercada,
está por dentro y fuera toda enflorada;
la casa mía
rebosa amor y flores
y poesía.

Tienen todas sus piezas y alrededores
por únicas riquezas tiestos y flores.
Paredes y contornos: hechos jardines,
por cortinas y adornos tienen jazmines,
madreselvas, clemátidas y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,

todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas:
mi casa en Francia,
respira fe, ventura,
paz y fragancia.

De mi casa delante y en dos planteles,
que guardan del paseante férreos cancelos
y que cerca un trasplante de mirabeles,
de lilas, de retamas y de rosales,
hay de tierra dos camas pares y ovals;
dó como en canastillos brotan espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geráneos, amarantos, plúmbagos, luisas,
alhelies, acantos y minutisas:
bulbosas espigelias, nardos galanes
renúnculos, camelias y tulipanes:
de Francia puesta
en un pinar salubre,
mi casa es ésta.

Mi mujer blanca y rubia como una inglesa
pero risueña, franca y aragonesa,
por ornamento y gala tiene los techos
de comedor y sala pensiles hechos:
y cuelgan de sus vigas en suspensiones
plantas del fuego amigas de otras regiones;
y en jáulas entre espesos hilos de alambre
cantan pájaros presos sin afan ni hambre;
y en el patio, en el huerto y en las cocinas,
todo á todos abierto, van las gallinas,
pavos, palomas, tórtolas, loros y patos
á comer con los ánsares, gozques y gatos;
y en tal vivienda,

que parece un invento
de esta leyenda,
es donde, el doble estruendo
de sierra y tren al par,
tres años ha que enciendo
la lumbre de mi hogar;
y á solas atendiendo
mis versos á hilvanar,
allí al progreso atiendo
del siglo y del lugar.

Mas cuantos más quebranta troncos la sierra,
cuanto más adelanta la ferrovía,
cuanto más se levanta sobre la tierra
su estridor... más se espanta la Musa mía;
y aquí, Paulina, siento que cada día
pierde tierra y aliento mi poesía:

Paulina buena,
oye el fin de mi cuento
puesto en escena.

IV

Es una noche quieta del mes de Junio:
la luz que se completa del plenilunio
se quiebra rayo á rayo sobre cada hoja,
que regada por Mayo la tierra arroja.
Las nocturnas tinieblas avergonzadas
se esconden hechas nieblas por las cañadas;
las nubes trasponiendo los horizontes,
se atropellan huyendo tras de los montes,
el cielo de vapores su faz despeja,

y sondar sus mayores límites deja;
cuyos inmensurables, hondos espacios
tachonan incontables, vivos topacios:
de Dios espejo,
la luna de su imagen
pinta el reflejo.

De este faro á la lumbre maravillosa,
desde el valle á la cumbre todo reposa;
la tierra á su luz mansa, muda ó dormida,
yace, y mientras descansa recobra vida
cobijándose envuelta, novia velada,
entre una gasa suelta de luz plateada;
y esta luz juguetona, niña coqueta
que traviesa y burlona retoza inquieta,
con los cambiantes que hace do quier que mira,
en finjir se complace cualquier mentira;
porque, falsa como hembra, muestra en penumbra
y de ilusiones llena cuanto columbra.

La edad pagana
la adoró triple en HÉCATE
LUCINA y DIANA.

En la faz movediza de un verde lago
que imperceptible riza céfiro vago,
de los árboles pinta la sombra parda
como de estacas cinta que un campo guarda;
del monte en fajas anchas la sombra dura
extiende como manchas por la llanura;
mónstruo fosforescente, da miedo y frío
convertido en serpiente de luz el río;
zarzas, endrinos, líquenes, viñas y parras
áun sin hojas de grifos semejan garras;
de las verjas ejércitos fingen las barras,

é incendios en los vidrios y en las pizarras;
Tal es la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

V

Todo á la misteriosa luz blanca de Lucina
te he dicho que reposa: mas no es verdad, Paulina;
la noche es engañosa y miente por do quier.
En esta selva hojosa que á medias ilumina,
sucede alguna cosa curiosa y peregrina:
ven, pues, si eres curiosa, lo que sucede á ver.

Paulina de ojos lípidos,
do el alma se revela
de la mujer católica,
del ángel del hogar,
conmigo al bosque acércate;
mas pisa con cautela
con tu esbeltez de antílope,
tu paso de gacela,
primor y gracia ingénitos
del andaluz andar.

Te he dicho que reposa, que calla todo
en esta selva hojosa: de ningun modo;
todo, Paulina,
calla bajo el tumulto
que lo domina.
Del vapor al empuje que el hombre guía,

la fábrica que ruge, la ferrovía
que so los trenes cruge, la gritería,
las bocinas, los silbos... todo el estruendo
del progreso que invade nuestra vivienda,
son el rumor tremendo
de esta leyenda:

porque canta la máquina dominadora
y de su triunfo víctima la lira llora;
al pasar cual relámpago, bajo su rueda
la hace añicos la impávida locomotora,
y huye espantado el númen, y el hombre queda;
y el hombre con su sierra la tierra escombra
de arboles: y la tierra, ya al sol sin sombra,
avergonzada y muda sin arboleda,
como virgen desnuda se vé, y se asombra.

Mas es fuerza, Paulina, que tal suceda;
el progreso camina: la sed del oro
se impone, predomina, triunfa y depreda.
El corcho y la resina son un tesoro;
brea, carbon, madera
necesitan comercio, guerra y marina;
la tierra entera

suprime las distancias y se avvicina
por un raill ó por una nave ligera
Francia ó España á América y Albion á China:
Con que, manera

de salvar los pinares no hay ya, Paulina.

El vapor y la sierra los desarraigan,
paso haciendo al progreso, que audaz camina,
¿Quién ataja del siglo ya la carrera?

Es preciso que caigan
¡los pinos fuera!
¡hachas y sierras traigan!

¡Fuego á la hoguera!

El sonoro penacho de su ramaje
de la altura en que ondea fuerza es que baje:

lo que ayer era

pabellon de verdura fresco, y umbrío
gigante que en la altura suelta y ligera
daba al viento de ramas su cabellera,

será vacío

espacio á la intemperie del cielo abierto,
será páramo escueto, seco y baldío
el arenal estéril de un gran desierto:
porque al perder sus árboles, Paulina mia,
pierden montes y selvas su poesía.

VI

La que amparó á su sombra la bóveda enramada
del bosque, cuyo domo flotante y secular
desde que Dios estrajo la tierra de la nada
se apoya en una fábrica por Dios apilarada
por los cien mil pilares de troncos del pinar,
con ellos al tenderlos la máquina y la sierra
la auyentan y va ante ellas cejando sin cesar;
avanzan ellas dando con el pinar en tierra,
y cuanta poesía en el pinar encierra
delante de ellas ceja... y cejará hasta el mar.

El estruendo creciente que se difunde
en todo sér viviente pavura infunde;
cuanto en la selva vive la selva deja,
y á emigrar se apercibe y huye y se aleja.
Cuanto ser animado constituía
del pinar perfumado la poesía,

cuantos de estos pinares habitantes
del pinar familiares de él se guarecen,
y al rumor se estremecen de estos clamores,
para vivir, lugares buscan mejores;
y según crecen
los silbos de las máquinas,
desaparecen.

Contéplalos, Paulina, huir despavoridos,
ó absortos escuchándolos é inmóviles de pavor,
oir los mil baladros, ahullos y rugidos,
bostezos candescentes y humeantes resoplidos
de la estridente fábrica y el carro del vapor.

—
En la punta de un árbol, una marica
curiosa, oye el estrépito que no se explica;
un conejo empinado sobre las patas,
mira el humo asombrado tras de unas matas;
y un mirlo, con el ruido y el humo, ronco,
va amparándose huido de tronco en tronco.
Vaciando apresuradas sus almacenes,
y en cordón y cargadas como los trenes,
sintiendo que peligran hueva y granero,
las hormigas emigran de su hormiguero.
La liebre huye agachada bajo la yerba;
el barranco, espantada, salva la cierva;
ciegas, casi volando, ganan camino
las ardillas, saltando de pino en pino:
sus panales vacíos deja el enjambre,
su capullo el gusano deja en estambre;
los anfibios y ranas, que en torno bullen
del lago, en él se arrojan y se zambullen.
Las aves desanidan y se desbandan;
los brutos no se cuidan de por dó andan:

banda revuelta de ánades que el aire cruza,
atropella en sus círculos á una lechuza :
temiendo á una vulpeja que toma el jopo,
con una comadreja se topa un topo ;
al cruzar la maleza bajo un tomillo
un lagarto tropieza con un cuclillo ;
y un garduño, que pasa con miedo á un sapo
bajo un espino, rasa con un gazapo.

Reptiles y alimañas, mansas ó fieras,
desconocen urañas sus madrigueras ;
y las bestias de carga, redil y establo
parece que á la larga sienten al diablo.
Muerden en los pesebres traba y ronzales
cobardes como liebres los animales ;
y lo mismo los sueltos que los trabados,
se amontonan revueltos y amedrentados :
y excitándose ardientes unos á otros,
relinchan impacientes yeguas y potros ;
la vaca, á quien se aleja de su ternero,
muge por él ; la oveja por su cordero
bala ; y la cabra trémula, casi con grito
de voz humana, clama por su cabrito.
De mulas, de lebreles y de becerros
se oyen los cascabeles y los cencerros ;
la encerrada y doméstica volatería
añade á tal estrépito su gritería ;
fieles á su consigna ladran los perros,
y el eco, apoderándose de tal tumulto,
le repite, redobra y extiende á bulto
por barrancos, quebradas, simas y cerros :
fin de la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

VII

¿Te ha gustado mi cuento? Si ó no, Paulina:
¿Sí? Pues oye un momento, que aún no termina:
que añada deja

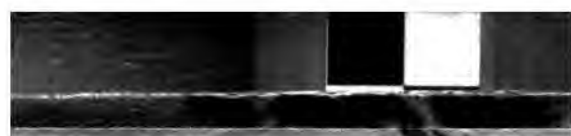
algo que sustituya *la moraleja*.

Siguieron avanzando la máquina y la sierra;
y yo, que allí vivía no más por el pinar
y por la poesía que en el pinar se encierra,
mirando que á dar iban con el pinar en tierra,
creí que aquella tierra debía abandonar.

Torné á los patrios lares: quisiste oír mi historia
te prometí cantares: mas ronco y viejo ya,
mis cuentos familiares trayendo á la memoria,
te hablé de unos pinares... y te aburrí quizá.
Perdona mi torpeza; mi decadencia excusa:
ya no hay en mí firmeza, desbarra ya mi Musa,
delira mi cabeza, mi inspiracion se va.

Mi poesía pasa cual flor de un día;
como las que en mi casa de Francia había...
pero aún me pinto
para hacer de palabras
un laberinto

(Marzo, 25, 1878.)





17

6-42

235-807







Stanford University Libraries



3 6105 020 024 761

STANFORD UNIVERSITY LIBRA
STANFORD AUXILIARY LIBRA
STANFORD, CALIFORNIA 9430.
(415) 723-9201

All books may be recalled after 7

DATE DUE

F/S JUN 2 2001
JUL 6 2001

JUL 1 2002
JUN 1 2002

G.E. STECHERT
& Co.
NEW YORK

